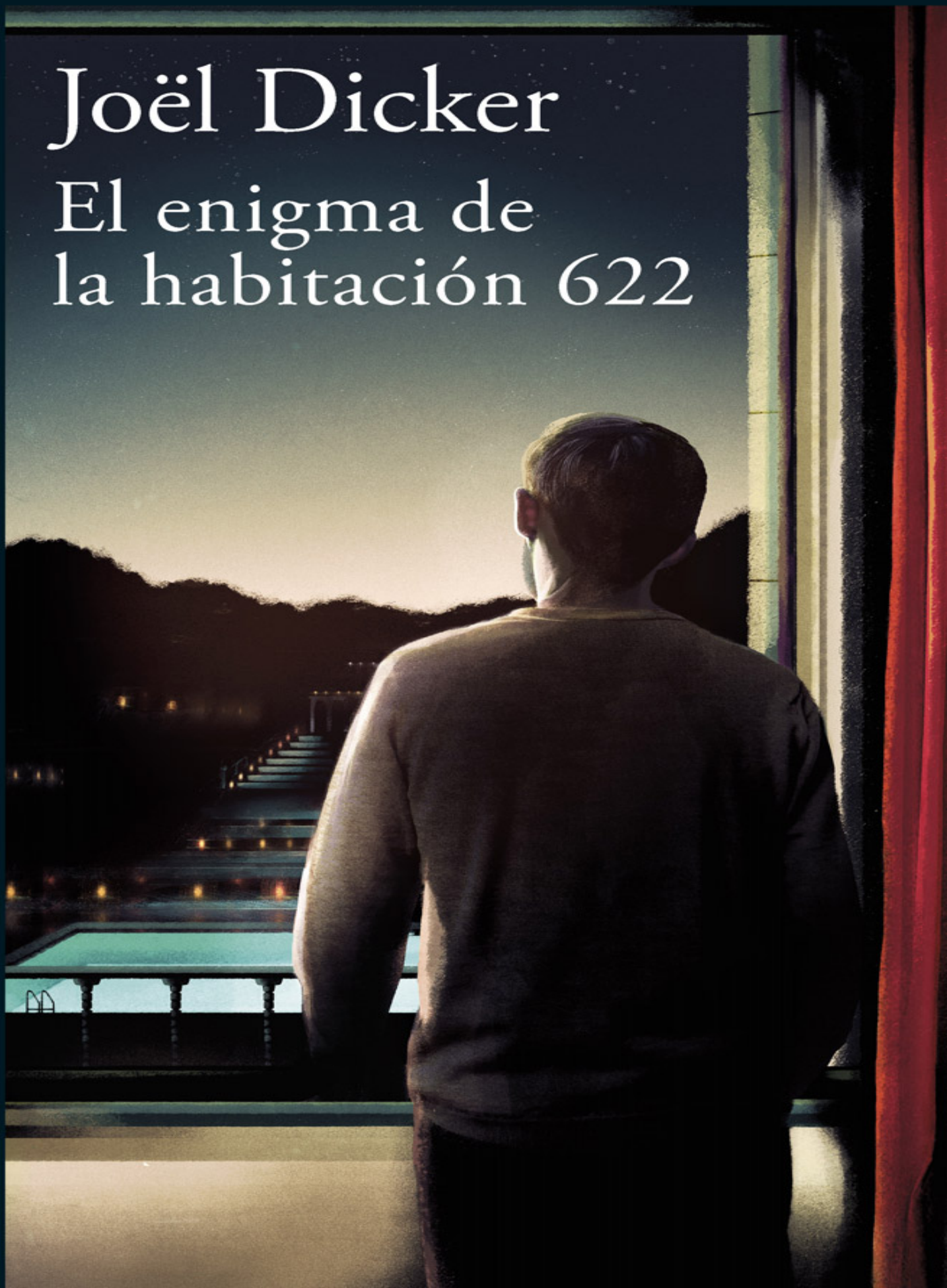


ALEAGUARA

Joël Dicker

El enigma de la habitación 622

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

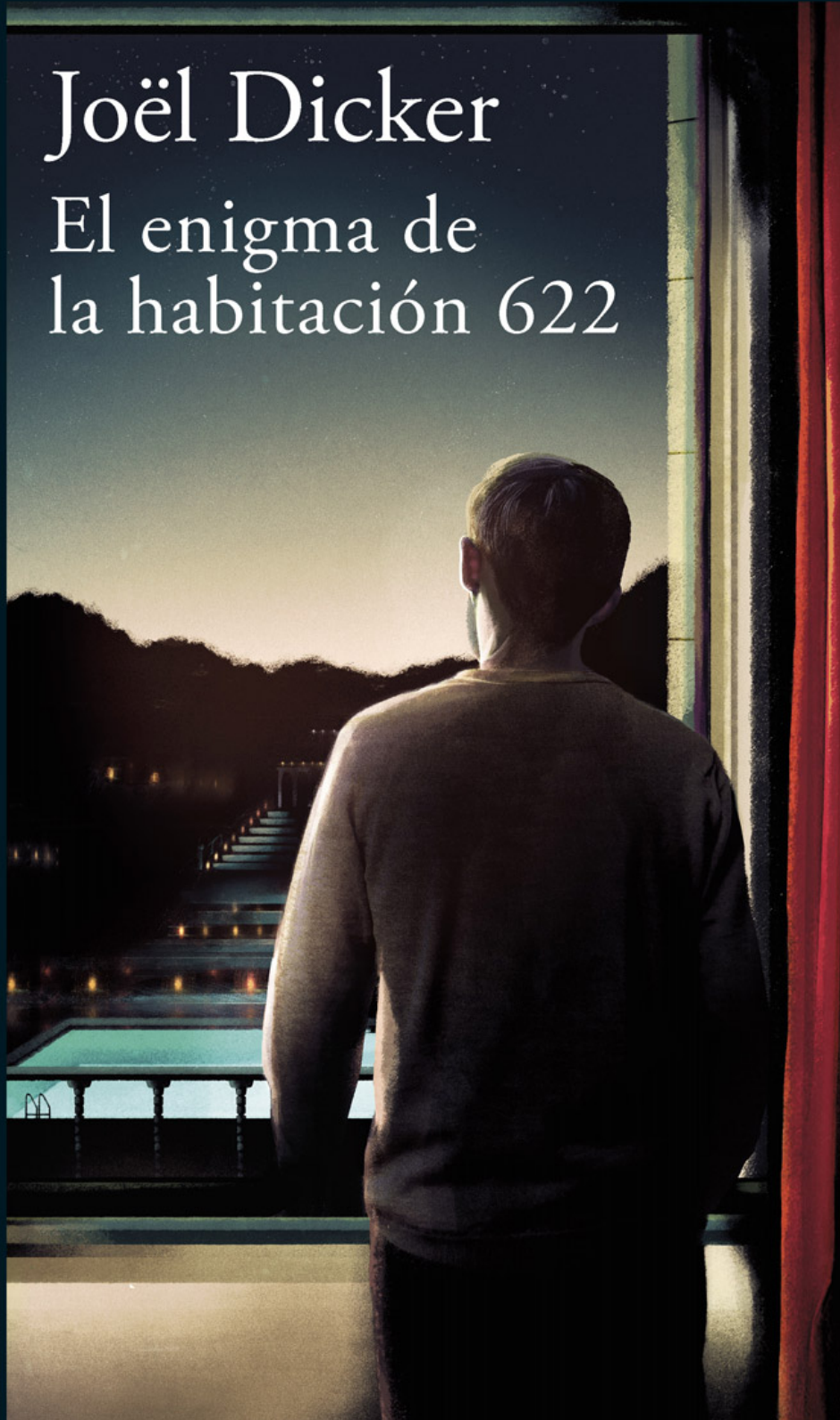


ALFAGUARA

Joël Dicker

El enigma de la habitación 622

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego



Joël Dicker

El enigma de
la habitación 622

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia
y Amaya García Gallego

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi editor, amigo y maestro, Bernard de Fallois (1926-2018).
Ojalá todos los escritores del mundo puedan conocer algún día a un
editor tan excepcional.*

Prólogo

El día del asesinato

Domingo 16 de diciembre

Eran las seis y media de la mañana. El Palace de Verbier estaba sumido en la oscuridad. Fuera, todavía era noche cerrada y estaba nevando mucho.

Las puertas del ascensor de servicio se abrieron en la sexta planta. Un empleado del hotel apareció en el pasillo con una bandeja de desayuno y se dirigió a la habitación 622.

Al llegar, se dio cuenta de que la puerta estaba entornada. La luz se filtraba por la rendija. Anunció su presencia, pero no obtuvo respuesta. Al final, se tomó la libertad de entrar, suponiendo que habían dejado la puerta abierta para él. Lo que descubrió le arrancó un alarido. Salió huyendo para avisar a sus compañeros y llamar a emergencias.

A medida que la noticia se propagaba por el Palace, se fueron encendiendo las luces en todos los pisos.

Un cadáver yacía en la moqueta de la habitación 622.

Primera parte
ANTES DEL ASESINATO

1. Flechazo

A principios de verano de 2018, cuando acudí al Palace de Verbier, un prestigioso hotel de los Alpes suizos, estaba lejos de imaginar que me iba a pasar las vacaciones resolviendo el crimen que se había cometido en el establecimiento muchos años antes.

Supuestamente, mi estancia allí iba a ser un ansiado respiro después de dos cataclismos a pequeña escala que habían acontecido en mi vida personal. Pero antes de contaros lo que pasó ese verano, tengo que volver primero a lo que dio origen a toda esta historia: la muerte de mi editor, Bernard de Fallois.

Bernard de Fallois era el hombre a quien le debía todo.

El éxito y la fama los había conseguido gracias a él.

Me llamaban «el escritor» gracias a él.

Me leían gracias a él.

Cuando lo conocí, yo era un autor a quien ni siquiera habían publicado: él hizo de mí un escritor leído en el mundo entero. Con su aspecto de patriarca elegante, Bernard había sido una de las personalidades más destacadas del mundo editorial francés. Para mí fue un maestro y, sobre todo, pese a llevarme sesenta años, un gran amigo.

Bernard falleció en el mes de enero de 2018, a los noventa y un años, y reaccioné a su muerte como lo habría hecho cualquier escritor: me lancé a escribir un libro sobre él. Me entregué a ello en cuerpo y alma, encerrado en el despacho de mi piso del 13 de la avenida de Alfred-Bertrand, en el barrio de Champel de Ginebra.

Como siempre que estaba escribiendo, la única presencia humana que podía tolerar era la de Denise, mi asistente. Denise era el hada buena que velaba por mí. Siempre de buen humor, me organizaba la agenda, seleccionaba y clasificaba la correspondencia de los lectores, y releía y

corregía lo que yo había escrito. Llegado el caso, me llenaba la nevera y me reponía las provisiones de café. Y, para terminar, se adjudicaba cometidos de médico de a bordo, presentándose en mi despacho como si subiera a un barco después de una travesía interminable, y me prodigaba consejos de salud.

—¡Salga de aquí! —me ordenaba afectuosamente—. Vaya a dar una vuelta por el parque para ventilarse las ideas. ¡Lleva horas encerrado!

—Ya fui a correr esta mañana —le recordaba yo.

—¡Tiene que oxigenarse el cerebro a intervalos regulares! —insistía.

Era casi un ritual cotidiano: yo obedecía y salía a la terraza del despacho. Me llenaba los pulmones con unas cuantas bocanadas del aire fresco de febrero y luego, desafiándola con una mirada guasona, encendía un cigarrillo. Ella protestaba y me decía con tono consternado:

—Que lo sepa, Joël, no le pienso vaciar el cenicero. Así se dará cuenta de cuantísimo fuma.

Todos los días me imponía a mí mismo la rutina monacal que seguía cuando estaba dedicado a escribir y que constaba de tres etapas indispensables: levantarme al alba, ir a correr y escribir hasta por la noche. De modo que, indirectamente, fue gracias a este libro como conocí a Sloane. Sloane era mi nueva vecina de rellano. Se había mudado hacía poco y desde entonces todos los residentes del edificio hablaban de ella. Por mi parte, nunca había tenido ocasión de conocerla. Hasta esa mañana en que, al volver de mi sesión diaria de deporte, me topé con ella por primera vez. Ella también venía de correr y entramos juntos en el edificio. Entendí en el acto por qué todos los vecinos coincidían al hablar de Sloane: era una joven con un encanto que te dejaba sin recursos. Nos limitamos a saludarnos educadamente antes de meterse cada cual en su casa. Yo me quedé alelado detrás de la puerta. Me había bastado ese breve encuentro para empezar a enamorarme.

Al poco tiempo, solo tenía una cosa en mente: conocer a Sloane.

Intenté un primer acercamiento aprovechando que los dos salíamos a correr. Sloane lo hacía casi todos los días, pero sin horario fijo. Me pasaba horas deambulando por el parque Bertrand hasta que perdía la esperanza de encontrármela. Y, de pronto, la veía pasar fugazmente por una avenida. Por regla general, me resultaba imposible alcanzarla y la esperaba en el portal

de nuestro edificio. Me impacientaba delante de los buzones y fingía que estaba recogiendo el correo cada vez que un vecino entraba o salía, hasta que por fin llegaba ella. Pasaba delante de mí, sonriéndome, y yo me derretía y me quedaba tan turbado que, antes de que se me ocurriera algo inteligente que decirle, ya se había ido a casa.

Fue la portera, la señora Armanda, la que me informó sobre Sloane: era pediatra, inglesa por parte de madre, y su padre era abogado, había estado casada dos años pero no salió bien. Trabajaba en los Hospitales Universitarios de Ginebra y alteraba el horario diurno y el nocturno, por eso me costaba tanto entender su rutina.

Después del fracaso de no coincidir con ella cuando salía a correr, decidí cambiar de método. Le encomendé a Denise la misión de vigilar el pasillo por la mirilla y avisarme cuando la viera aparecer. En cuanto oía las voces de Denise («¡Está saliendo de casa!»), yo salía corriendo del despacho, peripuesto y perfumado, y me plantaba a mi vez en el rellano, como por casualidad. Pero lo más que hacíamos era saludarnos. Ella solía bajar a pie, lo que impedía entablar cualquier conversación. Y aunque le pisaba los talones, ¿de qué me servía? En cuanto Sloane llegaba a la calle, desaparecía. Las poquísimas veces que cogía el ascensor, yo me quedaba mudo y en la cabina reinaba un silencio incómodo. En ambos casos, yo volvía a subir a casa con las manos vacías.

—¿Y bien? —me preguntaba Denise.

—Pues nada —mascullaba yo.

—Pero, Joël, ¿cómo puede ser tan inútil? ¡A ver si nos esforzamos un poquito!

—Es que soy algo tímido.

—¡Venga ya, déjese de monsergas! En los platós de televisión no se le nota nada tímido.

—Porque a quien ve usted por televisión es al Escritor. Pero Joël es muy distinto.

—¡Pero vamos a ver, Joël, tampoco es tan complicado! Llama usted a la puerta, le regala unas flores y la invita a cenar. ¿Le da pereza ir a la floristería, es eso? ¿Quiere que me encargue yo?

Entonces llegó esa noche de abril, cuando fui a la Ópera de Ginebra, yo solo, a ver la representación de *El lago de los cisnes*. Y hete aquí que en el entreacto, al salir a fumar un cigarrillo, me topé con ella. Cruzamos unas

palabras y, como ya estaba sonando el aviso para volver a la sala, me propuso ir a tomar algo juntos después del ballet. Quedamos en el Remor, un café a unos pasos de allí. Así fue como Sloane entró en mi vida.

Sloane era guapa, divertida e inteligente. Sin lugar a dudas, una de las personas más fascinantes que he conocido. Después de la noche del Remor, la invité a salir varias veces. Fuimos a conciertos y al cine. La llevé a rastras a la inauguración de una exposición de arte moderno infumable donde nos dio un ataque de risa y de la que salimos huyendo para ir a cenar a un restaurante vietnamita que le encantaba. Pasamos varias veladas en su casa o en la mía, escuchando ópera, charlando y arreglando el mundo. Yo no podía dejar de comérmela con los ojos: estaba postrado ante ella. Cómo entornaba los ojos, cómo se retocaba el pelo, cómo sonreía levemente cuando algo le daba apuro, cómo jugueteaba con los dedos de uñas pintadas antes de hacerme una pregunta. Me gustaba todo de ella.

No tardé en pensar solo en ella. Tanto es así que aparqué temporalmente el libro.

—Ay, Joël, está usted en las nubes —me decía Denise al comprobar que ya no escribía ni una línea.

—Es por Sloane —explicaba yo delante del ordenador apagado.

No veía el momento de estar con ella y reanudar nuestras conversaciones interminables. No me cansaba nunca de oírle contar su vida, qué la apasionaba, qué le apetecía y a qué aspiraba. Le gustaban las películas de Elia Kazan y la ópera.

Una noche, después de cenar con mucho vino en una cervecería del barrio de Pâquis, acabamos en el salón de mi casa. Sloane contempló, divertida, los adornos y los libros de las estanterías de la pared. Estuvo mucho rato mirando un cuadro de San Petersburgo que había sido de mi tío abuelo. Luego les dedicó otro buen rato a las bebidas fuertes del mueble bar. Le gustó el esturión en relieve que decoraba la botella de vodka Beluga y lo serví en un par de vasos con hielo. Encendí la radio, el programa de música clásica que escuchaba muchas noches. Me desafió a identificar al compositor que estaba sonando. Fácil, era Wagner. Así que me besó con La valquiria y me acercó a ella tirando de mí y susurrándome al oído que me deseaba.

La relación duró dos meses. Dos meses maravillosos. A lo largo de los cuales, sin embargo, el libro sobre Bernard fue recuperando terreno. Al principio aproveché las noches en que Sloane tenía guardia en el hospital para adelantarlo. Pero cuanto más adelantaba, más me metía en la novela. Una noche, Sloane sugirió que saliéramos: por primera vez, no acepté la oferta. «Tengo que escribir», le expliqué. De entrada, Sloane fue de lo más comprensiva. También ella tenía un trabajo que a veces la tenía más ocupada de lo previsto.

Y entonces rechacé salir por segunda vez. Tampoco en esta ocasión se lo tomó a mal. Tenéis que entenderme: me encantaba cada instante que pasaba con Sloane. Pero tenía la sensación de que iba a estar con ella para siempre, de que esos momentos de complicidad se repetirían indefinidamente. Mientras que la inspiración para una novela podía esfumarse tan rápido como había surgido, y la ocasión la pintan calva.

La primera pelea se produjo una noche a primeros de junio, cuando, después de acostarnos, me levanté de la cama para vestirme.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A mi casa —contesté con toda naturalidad.

—¿No te quedas a dormir?

—No, quiero escribir un rato.

—O sea, que vienes, te desfogas y hasta la próxima.

—Tengo que adelantar la novela —le expliqué, contrito.

—¡No me digas que te vas a pasar todo el rato escribiendo! —estalló—. ¡Te tiras con eso todo el día, hasta última hora de la tarde, y después de cenar, e incluso los fines de semana! ¡Esto se está saliendo de madre! Ya no me propones hacer nada.

Noté que nuestra relación se iba apagando tan deprisa como había prendido. Tenía que hacer algo. Por eso, al cabo de unos días, la víspera de marcharme a una gira de diez días por España, llevé a Sloane a cenar a su restaurante favorito: el japonés del Hôtel des Bergues, cuya terraza estaba en la azotea del establecimiento y tenía unas vistas a la rada de Ginebra que quitaban el hipo. Fue una velada de ensueño. Le prometí a Sloane ser menos escritor y más «nosotros», insistiendo una y otra vez en lo mucho que significaba ella para mí. Incluso empezamos a planear irnos juntos de vacaciones en agosto a Italia, un país que a los dos nos gustaba

especialmente. ¿Mejor la Toscana o Apulia? Ya lo investigaríamos cuando volviera de España.

Nos quedamos en la mesa hasta que cerraron el restaurante, a la una de la madrugada. Era una noche templada de finales de primavera. Durante la cena, tuve la extraña sensación de que Sloane estaba esperando algo de mí. Y en el momento de irnos, cuando me levanté de la silla y los empleados comenzaron a pasar la fregona por la terraza a nuestro alrededor, Sloane me dijo:

—¿A que se te ha olvidado?

—¿*Olvidado* qué? —pregunté.

—Hoy era mi cumpleaños...

Al ver mi cara de pánico, comprendió que no se equivocaba. Se marchó hecha una furia. Intenté retenerla, deshaciéndome en excusas, pero ella se subió al único taxi libre que había delante del hotel y me dejó plantado en el umbral, ante la mirada jocosa de los aparcacoches. En lo que tardé en llegar al número 13 de la avenida de Alfred-Bertrand, Sloane ya estaba en casa, había desconectado el teléfono y se negaba a abrirme. Al día siguiente me marché a Madrid y mientras estuve allí le envié abundantes mensajes de texto y de correo electrónico que no obtuvieron respuesta. Me quedé sin saber nada de ella.

Volví a Ginebra el viernes 22 de junio por la mañana para encontrarme con que Sloane había roto conmigo.

Fue la portera, la señora Armanda, quien hizo de mensajera. Me paró cuando estaba entrando en el edificio:

—Hay una carta para usted.

—¿Para mí?

—Es de su vecina. No quería meterla en el buzón por la asistente de usted, que le abre el correo.

Abrí el sobre en el acto. Encontré una nota de unas pocas líneas:

Joël:

No va a funcionar.

Hasta pronto.

Sloane

Esas palabras me dieron de lleno en el corazón. Subí a casa con la cabeza gacha. Pensé que allí, al menos, estaría Denise para subirme los ánimos en los días venideros. Denise, la mujer encantadora a la que su marido había dejado por otra, un icono de la soledad moderna. Nada mejor para sentirse menos solo que encontrarse con alguien que está aún más abandonado. Pero al entrar en el piso me encontré con que al parecer Denise se marchaba. No eran aún ni las doce.

—¿Denise? ¿Adónde va? —le pregunté a modo de saludo.

—Hola, Joël, ya lo avisé de que hoy me iría pronto. Mi vuelo sale a las tres.

—¿Su vuelo?

—¡Joël! ¡No me diga que se le ha olvidado! Lo hablamos antes de que se fuera a España. Me voy quince días con Rick a Corfú.

Rick era un individuo a quien Denise había conocido por internet. Efectivamente, habíamos hablado de esas vacaciones. Se me había ido de la cabeza.

—Sloane me ha dejado —anuncié.

—Ya lo sé; lo siento mucho, de verdad.

—¿Cómo que ya lo sabe? —dije, extrañado.

—La portera abrió la carta que Sloane dejó para usted y me lo contó todo. No he querido decírselo mientras estaba en Madrid.

—Y, aun así, ¿va a marcharse? —le pregunté.

—¡Joël, no voy a anular mis vacaciones porque lo haya dejado su novia! Además, seguro que encuentra a otra en un pispás. Todas las mujeres le ponen ojitos. Hale, nos vemos dentro de quince días. ¡Ya verá cómo se pasan enseguida! Y lo tengo todo previsto, he ido a la compra. ¡Fíjese!

Denise me llevó corriendo a la cocina. Al enterarse de que Sloane y yo habíamos roto, se había anticipado a mi reacción: iba a quedarme encerrado en casa. Preocupada a todas luces por que dejase de alimentarme en su ausencia, había hecho un impresionante acopio de provisiones. Desde las alacenas hasta el congelador, estaba todo lleno de comida.

Hecho lo cual, se marchó. Y yo me quedé solo en la cocina. Me preparé un café y me acomodé en el mostrador largo de mármol negro, enfrente de todas las sillas altas que se alineaban desesperadamente vacías. En esa cocina cabíamos diez, pero no había nadie más que yo. Me arrastré hasta el despacho donde pasé mucho rato mirando una foto mía con Sloane. Luego,

cogí una ficha y escribí «Sloane» y, a continuación, la fecha de este espantoso día en que me había dejado, con la anotación «22/6: un día que hay que olvidar». Pero era imposible sacarme a Sloane de la cabeza. Todo me la recordaba. Incluso el sofá del salón, en el que acabé dejándome caer y que me trajo a la memoria cómo, pocos meses antes, en ese mismo sitio y encima de ese mismo tapizado, había empezado la más extraordinaria de las relaciones, que yo había conseguido echar a pique.

Me contuve para no ir a llamar a la puerta del piso de Sloane ni telefonarla. Pero a última hora de la tarde, como ya no podía más, me acomodé en la terraza, fumando un cigarrillo tras otro, con la esperanza de que Sloane se asomase también y nos encontrásemos «por casualidad». Sin embargo, la señora Armada, que me vio desde la acera cuando salió a pasear al perro y cuando volvió, al cabo de una hora, se fijó en que yo seguía allí, me dijo desde el portal: «No sirve de nada esperar, Joël. No está. Se ha ido de vacaciones».

Me metí otra vez en el despacho. Sentía que necesitaba irme. Me apetecía alejarme temporalmente de Ginebra, quitarme de encima los recuerdos de Sloane. Me apetecía tener calma y serenidad. Entonces, entre las notas sobre Bernard que tenía encima de la mesa, me fijé en la que se refería a Verbier. Le encantaba ir allí. La perspectiva de pasar allí algún tiempo, de disfrutar de la tranquilidad de los Alpes para centrarme, me atrajo en el acto. Encendí el ordenador y me metí en internet: enseguida me topé con la página web del Palace de Verbier, un hotel mítico; me bastaron unas pocas fotos para convencerme: la terraza soleada, el *jacuzzi* con vistas a unos magníficos paisajes, el bar de luces tamizadas, los salones acogedores y las *suites* con chimenea. Era exactamente el entorno que necesitaba. Pinché en la pestaña de reservas y me puse a teclear.

Así fue como empezó todo.

2. Vacaciones

El sábado 23 de junio de 2018, al alba, metí el equipaje en el maletero del coche y me puse en camino hacia Verbier. El sol asomaba sobre el horizonte, inundando las calles desiertas del centro de Ginebra con un intenso halo anaranjado. Crucé el puente del Mont-Blanc, recorrí los muelles floridos hasta el barrio de las Naciones Unidas y luego tomé la autopista, rumbo al Valais.

Todo me dejaba maravillado en esa mañana de verano: los colores del cielo me parecían nuevos, los paisajes que desfilaban a mi alrededor me resultaban aún más bucólicos que de costumbre, los pueblecitos desperdigados entre los viñedos con el lago Lemán a sus pies..., todo formaba un decorado de tarjeta postal. Salí de la autopista en Martigny y seguí por la carretera secundaria que, pasado Le Châble, se convertía en una cinta que serpentea montaña arriba hasta Verbier.

Al cabo de hora y media de trayecto llegué a mi destino. Apenas si estaba empezada la mañana. Subí por la calle principal, crucé el pueblo y luego solo tuve que ir siguiendo los carteles indicadores para saber cómo llegar al Palace. El hotel se hallaba muy cerca del pueblo (un paseo de pocos minutos), pero no por ello dejaba de estar lo bastante apartado para que uno se sintiera en un sitio único. El edificio, un típico hotel de lujo montañés, con sus torrecillas y su amplio tejado, anidaba en un marco de vegetación; lo rodeaba el bosque de pinos como si fuera una muralla y a sus pies se abría el valle de Bagnes, que ofrecía unas vistas espectaculares.

Me recibió en el Palace un personal encantador y muy atento. De inmediato me sentí muy a gusto en ese lugar impregnado de serenidad. Cuando me estaba registrando en recepción, el empleado me dijo:

—Es usted el Escritor, ¿verdad?

—Sí.

—Es un gran honor tenerlo aquí. He leído todos sus libros. ¿Ha venido para escribir otra novela?

—¡Ni hablar! —le contesté riéndome—. He venido a descansar. ¡Vacaciones, vacaciones, vacaciones!

—Creo que estará bien aquí; tiene una de las *suites* más bonitas, la 623.

Un botones me escoltó con el equipaje hasta el sexto piso. Según recorría el pasillo, fui mirando pasar los números de las habitaciones. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al comprobar que el orden era el siguiente: 620, 621, 621 bis y 623!

—¡Qué raro! —le comenté al botones—. ¿No hay habitación 622?

—No —me contestó sin más explicaciones.

La habitación 623 era absolutamente espléndida. Con un estilo moderno que contrastaba a la perfección con el ambiente del Palace. Había una zona diurna, con un sofá grande, una chimenea, un escritorio de cara a una ventana que daba al valle y una amplia terraza. En la zona nocturna, una cama enorme y un vestidor contiguo a un cuarto de baño de mármol con ducha italiana y una bañera gigantesca.

Después de pasar revista, volví al asunto de los números de las habitaciones, que me traía a maltraer.

—Pero ¿por qué el «621 bis» y no el «622»? —le pregunté al empleado que estaba colocando el equipaje.

—Sin duda, una equivocación —contestó vagamente.

No me quedaba claro si de verdad no lo sabía o si mentía por omisión. En cualquier caso, no tenía pinta de querer seguir con la charla.

—¿Necesita algo más, señor? ¿Quiere que mande a alguien para deshacer la maleta?

—No, muchas gracias, ya lo haré yo —le agradecí mientras le deslizaba una propina en la mano.

Desapareció de inmediato. Por pura curiosidad, fui a inspeccionar el pasillo: salvo la habitación contigua a la mía, no había ninguna otra «bis» en toda la planta. Era algo muy raro. Pero traté de no pensar en ello. Al fin y al cabo, estaba de vacaciones.

Mi primer día de vacaciones en Verbier lo dediqué a ir paseando por el bosque hasta un restaurante panorámico donde comí contemplando las

vistas. De vuelta en el hotel, disfruté de la piscina termal y luego estuve un buen rato leyendo.

Al caer la noche, antes de ir a cenar al restaurante del Palace, me tomé un whisky en el bar. Acomodado en la barra, estuve charlando con el camarero que era un filón inagotable de jugosas anécdotas sobre los demás huéspedes allí presentes. Ahí fue donde la vi por primera vez: una mujer de mi edad, muy guapa, a todas luces sola, que se sentó en la otra punta de la barra para pedir un Martini Dry.

—¿Quién es? —le pregunté al camarero cuando la hubo atendido.

—Scarlett Leonas. Una huésped que llegó ayer. Viene de Londres. Muy agradable. Su padre es un aristócrata inglés, Lord Leonas, ¿le suena? Habla un francés perfecto, se le nota el nivel de educación. Por lo visto, ha dejado a su marido y ha venido a refugiarse aquí.

Durante las horas siguientes, volví a coincidir con ella dos veces.

Primero, cenando en el restaurante del hotel, donde nos separaban unas pocas mesas. Luego, de forma totalmente inesperada, más o menos a medianoche, cuando, al salir a la terraza de la *suite* para fumar, descubrí que se alojaba en la habitación de al lado. Al principio, creí estar yo solo en la oscuridad azulada. Me había llevado a Ginebra una foto de Bernard y la tenía en la mano. Apoyado en la barandilla, encendí el cigarrillo y la miré con ánimo melancólico. Una voz me sacó de pronto de esa contemplación.

—Buenas noches —oí.

Me sobresalté. Era ella, en la terraza contigua a la mía, discretamente ovillada en un sillón veraniego.

—Perdone, le he dado un susto —me dijo.

—No contaba con tener compañía a estas horas —le contesté.

Se presentó:

—Me llamo Scarlett.

—Yo me llamo Joël.

—Ya sé quién es. Es el Escritor. Aquí todo el mundo habla de usted.

—Eso nunca es buen síntoma —le hice notar.

Me sonrió. Me entraron ganas de prolongar ese momento y le ofrecí un cigarrillo. Lo aceptó. Le alargué el paquete y le di fuego con mi mechero.

—¿Qué lo trae por aquí, Escritor? —me dijo, tras soltar la primera bocanada.

—La necesidad de tomar el aire —contesté de forma evasiva—. ¿Y a usted?

—La necesidad de tomar el aire también. He dejado mi vida de Londres, mi trabajo, a mi marido. Necesito un cambio. ¿Quién es el de la foto?

—Mi editor, Bernard de Fallois. Falleció hace seis meses. Para mí era alguien muy importante.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Me estoy dando cuenta de que me está costando pasar página.

—Eso es una lata para un escritor.

Hice el esfuerzo de sonreír, pero se dio cuenta de que tenía la cara triste.

—Perdone —se disculpó—. Quería dárme las de graciosa y he metido la pata.

—No se preocupe. Bernard se murió a los noventa y un años, tenía derecho de sobra a irse. Tendré que mentalizarme.

—La pena no sabe de normas.

Era muy cierto.

—Bernard era un gran editor —dije—, pero también era mucho más. Era un gran hombre superior en todo y que, a lo largo de su carrera editorial, había tenido varias vidas. Hombre de letras a la par que gran erudito, fue además un hombre de negocios temible, dotado de un carisma y un poder de convicción fuera de lo común; si hubiera sido abogado, todo el colegio de abogados de París se habría quedado en paro. Hubo una época en la que Bernard fue el jefe, temido y respetado, de los grupos editoriales más importantes de Francia, sin dejar de estar muy cerca de los grandes filósofos e intelectuales del momento, así como de algunos políticos en el poder. En el tramo final de su vida, tras haber reinado sobre París, Bernard se pasó a la retaguardia sin perder un adarme de su aura; fundó una editorial pequeña a su imagen y semejanza: modesta, discreta y prestigiosa. Ese era el Bernard que yo conocí cuando me acogió bajo su ala. Genial, curioso, alegre y resplandeciente: era el maestro con el que yo siempre había soñado. Tenía una conversación chispeante, ingeniosa y profunda. Su risa era una constante lección de sabiduría. Conocía todos los resortes de la comedia humana. Una inspiración para la vida, una estrella en la Noche.

—Bernard parecía alguien fuera de lo común —me dijo Scarlett.

—Lo era —le aseguré.

—El de escritor no deja de ser un oficio fascinante...

—Eso era lo que pensaba mi última novia antes de emparejarse conmigo. Scarlett se echó a reír.

—Lo digo en serio. Me refiero a que todo el mundo sueña con escribir una novela.

—No estoy tan seguro.

—Pues al menos yo sí.

—En ese caso, ¡láncese! —le sugerí—. Basta con un lápiz y un bloc para que se abra ante usted un mundo maravilloso.

—No sabría cómo hacerlo. No sabría dónde encontrar la idea para una novela.

Mi cigarrillo se había consumido. Me disponía a volver a mi habitación cuando ella me retuvo, cosa que no me desagradó.

—¿Cómo se le ocurren a usted las ideas para sus novelas? —me preguntó.

Me lo pensé un momento antes de contestar:

—La gente suele creer que para empezar a escribir una novela hace falta una idea. Cuando en realidad la novela nace, antes que nada, de un anhelo: el anhelo de escribir. Un anhelo que te entra y que nadie puede evitar, un anhelo que te distrae de todo lo demás. Ese deseo perpetuo de escribir yo lo llamo la enfermedad de los escritores. Ya se le puede a usted ocurrir la mejor intriga para una novela que, si no anhela escribirla, es como no tener nada.

—Y ¿cómo se crea una intriga? —me preguntó Scarlett.

—Muy buena pregunta, querido Watson. Es un error que los escritores principiantes suelen cometer: se creen que una intriga consta de varios hechos que encajan juntos. Se imaginan un personaje, lo sumergen en una situación y así siempre.

—En efecto —reconoció Scarlett—. De hecho, se me había ocurrido la siguiente idea para una novela: una joven se casa y, en la noche de bodas, mata a su marido en la habitación del hotel. Pero nunca he conseguido desarrollarla.

—Porque está juntando hechos, se lo acabo de decir. Pero resulta que una intriga, como su propio nombre indica, tiene que constar de preguntas. Empiece planteando la trama de forma interrogativa: *¿Por qué una joven recién casada mata a su marido en la noche de bodas? ¿Quién es esa*

joven? ¿Quién es el marido? ¿Cuál es la historia de su relación? ¿Por qué se han casado? ¿Dónde se han casado?

La réplica de Scarlett no se hizo esperar:

—El marido era inmensamente rico pero tacaño hasta la mezquindad. Ella quería una boda de princesa con cisnes blancos y fuegos artificiales y al final tuvo una fiesta cutre en un hostel roñoso. En un ataque de rabia, acaba asesinando al marido. Si en el juicio le toca una jueza en lugar de un juez, tendrá circunstancias atenuantes porque no hay nada peor que un marido tacaño.

Me eché a reír.

—¿Lo ve? —le dije—. El mero hecho de formular la trama inicial con preguntas ofrece una serie infinita de posibilidades. Al responder a esas preguntas, los personajes, los lugares y los hechos surgirán por sí solos. Usted misma ha trazado algunos rasgos de los personajes del marido y de la mujer. Incluso ha prolongado la intriga pensando en el juicio. ¿El nudo es el asesinato? ¿O es el juicio de la mujer? ¿La absolverán? La magia de la novela consiste en que si un simple hecho, uno cualquiera, lo traducimos a preguntas, nos abre las puertas a una novela.

—¿Y da igual cuál sea ese hecho? —repitió Scarlett con tono incrédulo, como si me estuviera desafiando.

—Da igual cuál sea. Vamos a tomar un ejemplo muy concreto: si no me equivoco, está usted en la habitación 621 bis, ¿es correcto?

—Correctísimo —confirmó Scarlett.

—Y yo estoy en la habitación 623. Y la habitación anterior a la suya es la 621. Me he recorrido toda la planta para comprobarlo: la habitación 622 no existe. Es un hecho. ¿Por qué, en el Palace de Verbier, hay una habitación «621 bis» en vez de una habitación 622? Eso es una intriga. Y el principio de una novela.

Scarlett sonrió abiertamente: había entrado en el juego.

—Ojo —matizó enseguida—, podría haber una explicación racional. Hay hoteles que renuncian a la habitación número 13 por deferencia a los clientes supersticiosos.

—Si hay una explicación racional inmediata —dije—, entonces la intriga se extingue y no hay novela. Ahí es donde el novelista entra en acción: para que haya novela, tiene que ampliar los límites de la racionalidad, prescindir de la realidad y, sobre todo, crear un nudo donde no lo hay.

—¿Cómo lo haría en el caso de esta habitación de hotel? —me preguntó Scarlett, que no estaba segura de haberme entendido del todo.

—En la novela, el escritor, en pos de una explicación, va a preguntarle al portero del hotel.

—¡Pues vamos! —sugirió ella.

—¿Ahora?

—¡Claro que sí, ahora mismo!

—La 621 bis es una habitación emblemática del hotel —nos explicó el portero, divertido de vernos aparecer a semejante hora para preguntarle eso—. Cuando se construyó el hotel, pusieron por error la placa 621 en dos habitaciones. Habría bastado con cambiar una de las 621 por una 622 y listo. Pero el propietario de entonces, el señor Edmond Rose, que tenía mucho ojo para los negocios, prefirió añadir la indicación «bis» debajo del 621 y la habitación se convirtió en la 621 bis. Lo cual despertó la curiosidad de los clientes, que solicitaban esa habitación antes que cualquier otra, convencidos de que tenía algo especial. El truco sigue funcionando, puesto que están ustedes aquí, en plena noche, preguntándome por la habitación de marras.

De vuelta en la sexta planta, Scarlett me dijo:

—O sea, que esta habitación 621 bis no es más que un fallo estructural.

—Para el novelista, no —le recordé—, porque entonces se queda sin historia. En la novela, el portero miente para mantener la intriga. ¿Por qué miente el portero? ¿Cuál es la verdad sobre esa misteriosa habitación 621 bis? ¿Qué sucedió para que la gente del hotel tenga que disimular? Así es como se puede construir una idea a partir de una simple situación.

—¿Y ahora? —preguntó Scarlett.

—Ahora —contesté en broma— le toca profundizar. Yo me voy a la cama.

Qué poco me imaginaba que acababa de echar a perder mis vacaciones.

A la mañana siguiente, a las nueve, me sacaron del sueño unos golpes en la puerta de mi habitación. Fui a abrir. Era Scarlett. Le extrañó mi aspecto soñoliento.

—¿Estaba durmiendo, escritor?

—Sí, estoy de vacaciones. Ya sabe, esos ratos de descanso durante los que lo dejan a uno en paz.

—Bueno, ¡pues se le han acabado las vacaciones! —me anunció ella entrando en mi *suite* con un libro gordo debajo del brazo—. Porque tengo la respuesta a su supuesta intriga: *¿Por qué hay en el Palace de Verbier una habitación 621 bis en vez de una habitación 622?* ¡Porque hubo un asesinato! La ficción supera a la realidad.

—¿Qué? ¿Cómo sabe todo eso?

—Me he ido temprano a uno de los cafés del centro para preguntar a los lugareños. Varios me han hablado del asunto. ¿Puedo tomar un café, por favor?

—¿Cómo dice?

—¡Café, *please!* Al lado del minibar hay una cafetera de cápsulas. Mete la cápsula dentro, aprieta el botón y el café cae en la taza. Ya verá, ¡es magia!

Scarlett me tenía embelesado. Obedecí en el acto y preparé dos expresos.

—No hay nada que indique una relación entre ese asesinato y esa extravagancia de la habitación 621 bis —le hice notar mientras le llevaba la taza.

—Espere a ver lo que he descubierto —me dijo ella conforme abría el libro que había traído.

Me acomodé a su lado.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Un libro sobre la historia del Palace —me explicó, pasando las páginas—. Lo he encontrado en la librería del pueblo.

Se detuvo en la foto de un plano arquitectónico del hotel y puso el dedo encima.

—Es de la sexta planta —dijo—. ¡Menuda suerte! Mire, este es el pasillo y aquí se ve, en cada *suite*, el número. ¡Son una secuencia lógica, fíjese! Y aquí está, en efecto, la 622, entre la 621 y la 623.

Comprobé, estupefacto, que Scarlett estaba en lo cierto.

—¿Qué está pensando? —le pregunté, seguro de que algo le rondaba la cabeza.

—Que el asesinato ocurrió en la habitación 622 y que la dirección del hotel quiso borrar por completo esa historia.

—No es más que una hipótesis.

—Que vamos a comprobar. ¿Tiene coche?

—Sí, ¿por qué?

—¡Pues andando, escritor!

—¿Cómo que andando? ¿Adónde quiere ir ahora?

—A los archivos de *Le Nouvelliste*, el periódico regional más importante.

—Es domingo —le hice notar.

—He llamado a la redacción. Abren en domingo.

Me gustaba Scarlett. Por eso la acompañé a Sion, a una hora de camino, donde estaban los locales de *Le Nouvelliste*.

Detrás del mostrador de recepción, una empleada nos informó de que los archivos solo podían consultarlos los suscriptores.

—Pues habrá que suscribirse —me indicó Scarlett dándome un codazo.

—¡Anda! ¿Y por qué yo? —protesté.

—Venga, escritor, que no tenemos tiempo para debatirlo; ¡suscríbese, hágame el favor!

Accedí y saqué la tarjeta de crédito, lo que nos dio acceso a la sala de archivos. Me había imaginado un sótano polvoriento con miles de periódicos viejos amontonados, pero se trataba de un cuartito con cuatro ordenadores. Lo tenían todo digitalizado, lo que nos hizo más sencilla la tarea. Sentada delante de una pantalla, Scarlett solo necesitó unas cuantas palabras clave para dar con una serie de artículos. Pinchó en el primero y soltó un grito de triunfo. El caso venía en primera plana del periódico. Se veía una foto del Palace de Verbier, con unos coches de la policía aparcados delante, y el siguiente titular:

ASESINATO EN EL PALACE

Ayer, domingo 16 de diciembre, un hombre apareció asesinado en la habitación 622 del Palace de Verbier. Fue un empleado del hotel quien descubrió el cuerpo de la víctima cuando le llevaba el desayuno.

3. Comienza el caso

Domingo 9 de diciembre, siete días antes del asesinato

El avión estaba retenido en la pista del aeropuerto de Madrid. Por megafonía, el comandante había anunciado a los pasajeros que, debido a las copiosas nevadas, el aeropuerto de Ginebra había tenido que cerrarse por un breve espacio de tiempo, el necesario para despejar la pista. El avión tardaría media hora como mucho en poder despegar.

Lo que no era sino una molestia sin mayores consecuencias para la mayoría de los viajeros embarcados, parecía contrariar sobremanera a Macaire Ebezner, un pasajero sentado en la primera fila de la clase *business*. Con la mirada fija en la ventanilla, se acabó en dos sorbos la copa de champán con que la azafata lo había obsequiado para entretener la espera. Estaba nervioso. Algo no andaba bien. Tenía el convencimiento de que no habían inmovilizado el avión por la nieve sino porque habían dado con él. Iban a ir a pescarlo a bordo de ese avión. Lo presentía. Estaba atrapado como una rata. Sin forma de escapar. Mientras miraba la pista por la ventanilla, vio de pronto un coche de policía que se acercaba de prisa al aparato con las luces giratorias encendidas. Notó que se le aceleraba el corazón. Lo habían pillado.

*

La víspera, a media tarde, en el barrio de Salamanca, en el centro de Madrid.

Macaire y Pérez salían de la boca de metro de Serrano. Acababan de identificar al informante y de hacerse con los documentos en su piso antes de escapar en metro para mayor discreción. Pero al salir del vagón, a Pérez le dio la impresión de que los iban siguiendo. Mientras subían las escaleras para salir a la calle se confirmaron sus sospechas.

—No te des la vuelta —le ordenó a Macaire—. Hay dos tíos pisándonos los talones desde hace un rato.

Por el tono de voz, Macaire comprendió que estaban acabados. Y eso que habían aprendido a fijarse en las señales: su falta de atención iba a salirles muy cara.

Notó un subidón de adrenalina.

—Tú ve por la derecha —le dijo entonces Pérez—. Yo me voy por la izquierda. Nos vemos luego en el piso.

—¡No te voy a dejar solo!

—¡Ya! —ordenó Pérez—. ¡Haz lo que te digo! ¡La lista la tienes tú!

Se separaron. Macaire tiró a la derecha y fue calle arriba apretando el paso. Vio parado en el arcén un taxi del que acababa de bajarse un cliente y se metió dentro a toda prisa. El taxista arrancó y Macaire miró hacia atrás: no había ni rastro de Pérez.

Macaire se bajó en la Puerta del Sol y se mezcló con la riada de turistas. Se metió en una tienda de ropa de la que salió cambiado de arriba abajo, por si habían dado una descripción suya. Como no sabía qué hacer, acabó llamando al número de emergencia. En doce años, era la primera vez que lo utilizaba. Encontró una cabina cerca del Retiro y marcó el número que se sabía de memoria. Se identificó al telefonista que le contestó y le pasaron con Wagner, que le anunció la mala noticia.

—La policía española ha detenido a Pérez. No tienen nada contra él. Lo van a soltar. De todas formas, tiene pasaporte diplomático.

—Tengo la lista —indicó entonces Macaire—. Sí que era nuestro hombre.

—Perfecto. Queme esa lista y aténgase al protocolo. Váyase al piso y vuelva a Ginebra mañana como estaba previsto. No se preocupe. Todo irá bien.

—Muy bien —asintió Macaire.

Antes de colgar, su interlocutor le dijo, con una voz casi divertida que desentonaba con la gravedad de la situación:

—Ah, ya que lo tengo al teléfono: sale usted en el periódico. Es oficial.

—Ya lo sé —respondió Macaire, casi irritado por el tono desenfadado de su interlocutor.

—¡Bravo!

La comunicación se cortó de golpe.

Ateniéndose a las consignas que acababa de recibir, Macaire volvió al piso tomando todo tipo de precauciones y quemó la lista. Se arrepentía muchísimo de haber aceptado ese viaje que iba a ser el último. Le daba miedo que fuera el que estaba de más. Tenía mucho que perder: su mujer, su vida de ensueño y el ascenso que lo estaba esperando. Dentro de una semana sería presidente del banco de su familia, uno de los bancos privados más importantes de Suiza. Una indiscreción se lo había filtrado a la edición de fin de semana de *La Tribune de Genève*, en el número de ese mismo día. Había recibido mensajes y parabienes de todo el mundo. Excepto de su mujer, Anastasia, que se había quedado en Suiza. Como siempre, para ese tipo de viaje se las había arreglado para que ella no lo acompañase.

*

En la pista del aeropuerto de Madrid, el coche de policía pasó delante del avión y siguió sin detenerse por la vía de servicio. Falsa alarma. Macaire se desplomó en el asiento, aliviado. De repente el avión arrancó y echó a rodar despacio hacia la pista de despegue.

Cuando pocos minutos después el aparato se elevó al fin por los aires, Macaire se sintió fuera de peligro y soltó un prolongado suspiro. Pidió que le sirvieran un vodka y cacahuets y desdobló su ejemplar de *La Tribune de Genève*, que había escogido de entre la selección de periódicos que ofrecían a bordo. Encabezando la sección de economía se topó con una foto suya:

MACAIRE EBENZNER, SERÁ NOMBRADO PRESIDENTE DEL BANCO
EBENZNER ESTE SÁBADO

Se despejan las dudas: Macaire Ebezner, de 41 años de edad, será quien lleve las riendas del banco privado más importante de Suiza, del que es único heredero. La noticia la ha confirmado entre líneas un miembro influyente del banco, que desea permanecer en el anonimato. Según ha afirmado, «Solo un Ebezner puede dirigir el Banco Ebezner».

Pidió otro vodka que lo dejó fuera de combate. Se amodorró.

Tenía la sensación de que solo había cerrado los ojos un ratito, pero cuando recobró la conciencia el avión ya estaba descendiendo hacia Ginebra. Vio los perfiles nítidos del lago Lemán y las luces de la ciudad. Estaba nevando mucho y los copos revoloteaban por el aire. El invierno se había adelantado y Suiza estaba cubierta de blanco. Debido a la espesa capa de nieve en polvo que tenía el país empantanado, el vuelo de Madrid fue uno de los primeros en aterrizar en el aeropuerto de Ginebra tras una larga interrupción del tráfico aéreo por las condiciones atmosféricas.

Eran las nueve y media de la noche cuando el aparato se posó en la pista, que acababan de despejar. Tras desembarcar, Macaire recorrió rápidamente las entrañas del aeropuerto, que se sabía de memoria, con el maletín en la mano. Salió de la zona de llegadas como si nada. Los aduaneros delante de quienes pasó no le hicieron preguntas.

Como la nieve había alterado la actividad aérea durante la hora previa, a la salida del aeropuerto una larga fila de taxis esperaba a los escasísimos clientes. Macaire se acomodó en el que estaba en cabeza. Detrás del volante, el taxista soltó en el acto el periódico que estaba leyendo con detenimiento.

—Camino de Ruth, en Cologny —indicó Macaire.

Sin quitarle ojo por el retrovisor, el taxista le preguntó entonces, al tiempo que blandía el ejemplar de *La Tribune de Genève*:

—Es usted el que sale en el periódico, ¿no?

Macaire sonrió halagado por que lo reconocieran.

—Así es.

—Es un gran honor, señor Ebezner —le dijo el taxista con los ojos rebosantes de admiración—. No todos los días llevo a una estrella de las finanzas.

Macaire miró su cara reflejada en el cristal y no pudo reprimir una amplia sonrisa. Se hallaba en la cumbre de su carrera de banquero. La tensión de Madrid ya estaba olvidada: había salido del apuro y tenía un porvenir radiante. Estaba deseando llegar mañana al banco. ¡Deseando ver la cara que pondrían todos! Aunque en el fondo su ascenso a la presidencia fuera cosa hecha desde hacía meses, ese artículo daría que hablar. A partir de mañana todo el mundo iba a bailarle el agua. Se haría el modesto, por descontado. Solo tenía que ser paciente unos pocos días más: el sábado por

la noche, durante el Gran Fin de Semana anual que el banco celebraba en Verbier, lo elegirían para dirigir la prestigiosa entidad.

El taxi bajó por la calle de La Servette y luego por la avenida de Chantepoulet y cruzó el puente del Mont-Blanc. Las orillas del lago Lemán resplandecían. El surtidor del Jet d'Eau, el penacho de la ciudad, se elevaba majestuosamente entre los copos. Ginebra, con la nieve y las luces de Navidad, resultaba mágica. Todo parecía tranquilo y muy sereno.

El coche subió por el muelle del Général-Guisan y siguió hacia Coligny, una de las comunas encopetadas de Ginebra en la que vivía Macaire con su mujer, Anastasia, en una suntuosa finca por encima del Lemán.

En la cocina de los Ebezner, en ese preciso momento, Arma, la empleada doméstica, probaba el redondo de ternera que había puesto amorosamente a cocer a fuego lento unas horas antes: estaba perfecto. Consideró de nuevo con admiración el artículo del periódico que había colocado en la encimera para que le hiciera compañía. Ya era oficial: ¡al señorito lo iban a nombrar presidente del banco el sábado siguiente! ¡Qué orgullosa estaba de él! Aunque nunca trabajaba los fines de semana, la víspera, cuando en su cafetería habitual se había topado con el artículo, decidió ir para recibirlo a su regreso de Madrid. Sabía que iba a estar solo porque su mujer había ido a pasar el fin de semana a casa de una amiga (a la señorita Anastasia no le gustaba quedarse sola en aquella casa tan grande cuando su marido estaba de viaje de negocios). A Arma le daba pena que al volver a casa no tuviera a nadie con quien celebrar esa gran noticia.

Al ver los faros del taxi que entraba en el recinto, salió precipitadamente para recibir al señor, sin tomarse tiempo siquiera para ponerse el abrigo a pesar de que estaba nevando.

—¡Sale usted en el periódico! —exclamó orgullosa, mientras blandía el artículo delante de las narices de Macaire, que emergía del taxi.

—¡Arma! —se extrañó él—. ¿Qué hace usted aquí en domingo?

—No quería que volviera a una casa a oscuras y sin una buena cena.

Él le sonrió con afecto.

—«Presidente», ¡así que es oficial! —se regocijó Arma.

Agarró el maletín que el taxista había sacado del maletero y fue detrás del señor, que estaba entrando en la casa mientras el taxi se marchaba.

Apenas había cruzado el portón de la finca de los Ebezner, apareció un hombre en la luz de los faros. El taxista se detuvo y bajó la ventanilla.

—Lo he hecho todo como me dijo —le indicó al hombre, a quien no parecía importarle que nevara.

—¿Le ha enseñado el artículo? —preguntó el hombre.

—Sí, he hecho lo que me mandó al pie de la letra —juró con toda solemnidad el taxista, que esperaba su retribución—. He hecho como que lo reconocía, como me dijo usted.

El hombre puso cara de satisfacción y le entregó un fajo de billetes de cien francos al taxista, que arrancó de inmediato.

En casa, cómodamente sentado a la mesa de la cocina, Macaire dejó que Arma le sirviera una hermosa tajada de redondo. Estaba preocupado. Más que nada por Anastasia. Le había enviado un mensaje para decirle que había llegado a Ginebra sin novedad. Ella le contestó escuetamente:

Me alegro de que el viaje haya ido bien.

Enhorabuena por el artículo de *La Tribune*.

Vuelvo mañana, no es prudente conducir con tanta nieve.

Al releer el mensaje, Macaire se preguntó quién mentía a quién. Precisamente él llevaba doce años mintiéndole. Doce años mordiéndose la lengua.

Arma lo sacó de su ensimismamiento.

—Cuánto me alegro por usted —le dijo—. Casi lloro al ver el artículo. «¡Presidente del banco!» ¿Lo de Madrid era por trabajo?

—Sí, sí —mintió Macaire.

Parecía estar ausente y no hacía ni caso a Arma, que acabó por irse a fregar las cazuelas, rabiosa consigo misma. ¡Qué boba había sido al ir a recibirlo esa noche! Había pensado que a él le haría ilusión. Que habría sido una oportunidad única para estar juntos. Pero él pasaba olímpicamente. Ni siquiera se había fijado en que Arma había ido a la peluquería y se había pintado las uñas. Decidió marcharse.

—Si el señorito no manda nada más, me voy a ir.

—Desde luego, váyase ahora mismo, Arma, y gracias por esta suculenta cena. De no ser por usted, me habría ido a la cama en ayunas. Es usted una

joya. Por cierto, no se olvide de que vamos a necesitarla el próximo fin de semana.

—¿El próximo fin de semana? —dijo Arma con voz ahogada.

—Sí, ya sabe que es el Gran Fin de Semana del banco, solo para maridos. Me da no sé qué dejar a Anastasia sola otra vez. Dos fines de semana seguidos son demasiados... Ya sabe cómo odia quedarse sola en esta casa tan grande. Podría usted incluso dormir en uno de los cuartos de invitados... Eso la tranquilizaría mucho.

—Pero es que habíamos quedado en que la semana que viene libraría desde el viernes —le recordó Arma—. Tenía previsto irme fuera hasta el lunes.

—¡Ay, caramba, se me había olvidado! ¿Puede usted cambiar de planes? Se lo pido por favor, es muy importante para mí saber que se queda alguien aquí con Anastasia. Porque si además le da por invitar a algunas amigas, estaría bien que estuviera usted para atender la casa y la cocina. Le pagaré el doble por cada hora que pase aquí del viernes al domingo por la noche.

Arma no habría aceptado ni por todo el oro del mundo. Ese fin de semana era importantísimo para ella. Pero como era incapaz de negarle nada a su señor, aceptó de mala gana.

Cuando Arma se hubo ido, Macaire se encerró en su gabinete, un cuartito de la planta baja que le hacía las veces de despacho. Descolgó de la pared un cuadro (una acuarela que representaba la ciudad de Ginebra) que tapaba una pequeña caja fuerte cuya combinación solo sabía él. La abrió; dentro solo había una cosa: un cuaderno. Desde hacía unas semanas había empezado a dejar constancia de su secreto en ese cuaderno. Por si acaso. Para que se supiera. En los últimos tiempos había sentido que lo observaban. Que lo vigilaban. Lo sucedido en Madrid parecía darle la razón. Llevaba doce años corriendo muchos riesgos. Escribir la verdad en alguna parte quizá resultara útil.

Hojeó el cuaderno: en las primeras páginas había columnas de cifras e importes, como si se tratase de un documento contable. Si el cuaderno caía en malas manos, podría parecer dinero sin declarar. Era un señuelo. Todas las demás páginas estaban, aparentemente, en blanco, pero en realidad las cubrían sus confesiones. Para mayor seguridad, el relato estaba escrito en tinta simpática. Era un truco de toda la vida, pero que seguía funcionando:

en una mezcla de agua y zumo de limón mojaba la plumilla de una estilográfica, que había dejado sin cargar a propósito, y así el papel absorbía de inmediato todo lo que escribía. Las páginas, aunque escritas, seguían en blanco. Si alguna vez Macaire quisiera recuperar el texto invisible, solo tendría que acercarlas a una fuente de luz y de calor para que apareciese el relato.

Al principio había resultado ser una tarea laboriosa pero, con la práctica, se le había soltado la mano: incluso sin ver el texto, lo que escribía Macaire era completamente legible. Abrió el cuaderno, localizó la última página de texto escrita gracias a que tenía la esquina doblada y, mojando la pluma en el cuenco de zumo de limón, se puso a escribir. No se fijó en la sombra agazapada en la oscuridad, a pocos metros de él: un hombre lo espiaba por la ventana del gabinete.

El hombre estuvo quieto observando a Macaire durante más de una hora. Lo vio escribir y luego guardar el cuaderno en la caja fuerte de detrás del cuadro antes de salir de la habitación, seguramente para irse a la cama, dado que ya era muy tarde.

El hombre se esfumó entonces, silencioso e invisible, y se escurrió fuera de la propiedad pasando por encima de la tapia circundante. La nieve que seguía cayendo se encargaría de tapar sus huellas. Al llegar al camino de Ruth, el hombre se subió a un coche aparcado en la cuneta. Todo estaba desierto. Arrancó y condujo unos cuantos minutos, hasta alejarse lo suficiente, y luego paró para llamar por teléfono.

—Ha vuelto a casa y no sospecha nada —le aseguró a su interlocutor—. Me las he apañado incluso para que un taxista le hablase del artículo.

—¡Muy buena idea, sí señor!

—¿Cómo ha conseguido que publicasen un artículo así? ¡Con foto y todo!

—Tengo mis contactos. ¡Pobrecillo, qué chasco se va a llevar mañana!

A un kilómetro de allí, la fachada de la casa de los Ebezner no tardó en apagarse por completo. Macaire, metido en la cama de matrimonio, cayó enseguida en el sueño de los justos, con el artículo que proclamaba su fama colocado junto a él. Nunca se había sentido tan feliz.

Qué poco se imaginaba que los disgustos no habían hecho más que empezar.

4. Empiezan los líos

Lunes 10 de diciembre, seis días antes del asesinato

Seis y media de la mañana. Al arrancarlo del sueño el timbre del despertador, Macaire necesitó unos momentos para recordar que estaba en casa. Al principio abrió los ojos sobresaltado por lo que había ocurrido en Madrid. Luego cayó en la cuenta de que estaba en la seguridad de su hogar y dejó que lo invadiera una sensación de paz. Todo iba estupendamente.

No había cerrado los postigos: por la ventana comprobó que todavía era noche cerrada y que nevaba mucho. No le apetecía nada enfrentarse a la temperatura glacial. Acurrucado bajo el edredón, decidió concederse unos minutos de descanso adicional y cerró los ojos.

En ese mismo momento, en la calle de La Corraterie, en el centro de Ginebra, su secretaria, Cristina, cruzaba el umbral del imponente edificio del Banco Ebezner con admirable puntualidad. Desde que la habían contratado en el banco, seis meses antes, llegaba todas las mañanas a las seis y media, la hora en que los bedeles estaban abriendo los locales. En parte para demostrar a sus jefes lo formal que era, pero, sobre todo, porque así podía echar una ojeada a los diversos expedientes sin que nadie la molestara ni le hiciese preguntas.

En aquel día de nieve, para no correr el riesgo de llegar tarde por culpa de las calles mal despejadas, había ido a pie. Con botas y un par de zapatos de salón en el bolso, cruzó, desde su piso de Champel, la ciudad dormida aún.

Pasó por el espacioso vestíbulo del banco, elegante con su abrigo entallado. Los bedeles, en fila detrás del mostrador, todos un poco enamorados de ella, se maravillaron al ver que nada podía alterar el celo de aquella joven empleada, tan guapa como cumplidora.

—Buenos días tenga usted, Cristina —la saludaron como un solo hombre.

—Buenos días, caballeros —les sonrió ella, dejándoles una bolsa de cruasanes que había comprado en una panadería cercana.

Conmovidos por ese detalle, se deshicieron en agradecimientos.

—¿Ha visto el periódico del fin de semana? —le preguntó uno mientras se tragaba de un bocado medio cruasán—. ¡Va a ser la secretaria del presidente!

—Estoy encantada por el señor Ebezner —dijo Cristina—. Se lo merece.

Se encaminó hacia los ascensores y subió luego a la quinta planta, la de gestión de patrimonio. Al final de un largo pasillo de paredes enteladas llegó a la antesala donde estaba su puesto de trabajo y que daba paso a los despachos de sus dos jefes: Macaire Ebezner y Lev Levovitch.

La antesala no era ni muy espaciosa ni muy práctica. Un ancho pupitre que impedía el paso, un armario en una de las esquinas y una fotocopidora imponente. Era Cristina quien había pedido que la dejaran instalarse allí, en su primer día de trabajo en el banco. En todos los departamentos, incluido el de gestión de patrimonio, las secretarías trabajaban juntas en oficinas grandes y cómodas. Pero ella prefería estar en contacto directo con sus jefes.

En el banco, Cristina no había tardado en resultar imprescindible: trabajaba a destajo y nunca escatimaba esfuerzos. Era inteligente, perspicaz y encantadora. Siempre de buen humor y siempre dispuesta a arrimar el hombro. Filtraba las llamadas, clasificaba atentamente el correo, controlaba magistralmente las citas y las agendas.

Desde su primer día en el banco la había dejado muy impresionada Lev Levovitch. Era uno de los banqueros más admirados de Ginebra. El más apreciado por su maestría para los negocios, y también el más temido. Tenía unos cuarenta años y era insolentemente guapo, con pinta de actor y prestancia de rey. Aquel hombre carismático, al que todo se le daba bien y dominaba diez idiomas, era de una perfección irritante y no dejaba indiferente a nadie, lo que lo había convertido en objeto de todas las codicias. Se sabía todos los expedientes al dedillo. Entendía los mercados como nadie y sabía anticipar sus fluctuaciones. Sus clientes ganaban dinero aunque las Bolsas se desplomaran.

Una de las peculiaridades de Levovitch era que no descendía de la flor y nata: no había nacido en una familia patricia de Ginebra. Empezó desde cero y trabajó mucho para llegar donde estaba, ganándose así el respeto de los peces gordos, con los que se codeaba, y la simpatía del personal de a pie, que se reconocía en sus orígenes humildes.

Era reservado a la par que discreto, dado al misterio pero no a jactarse nunca de lo que hacía, dejando que los hechos hablasen por sí mismos cuando los contaban los periodistas (y los cotillas). Era el consejero de los más ricos, el íntimo de los poderosos y el amigo de los presidentes, pero no se le olvidaba de dónde venía, siempre estaba disponible para los necesitados, dispuesto a socorrer a los desvalidos y a ser generoso con quienes lo precisaban.

En Ginebra estaba en boca de todos y todos se morían por tratar con él. Y, aun así, era una persona solitaria y sin ataduras. Vivía todo el año en una *suite* enorme en la quinta planta del suntuoso Hôtel des Bergues, un establecimiento de lujo de Ginebra a orillas del lago Lemán. Nada se sabía de su vida privada, no se le conocían amigos, su único confidente era su chófer y mayordomo, Alfred Agostinelli, de una discreción a prueba de bomba. Era un soltero codiciado del que hablaban todas las jóvenes de la buena sociedad ginebrina, y las grandes familias de Europa anhelaban que se fijara en alguna de sus hijas. Pero Levovitch parecía completamente al margen de todo aquello. Su corazón era una fortaleza inexpugnable; decían de él que nunca se había enamorado de nadie.

Lev Levovitch llegaba todas las mañanas al despacho a las siete en punto. Pero ese día, a las ocho menos veinte, seguía sin aparecer. Y eso que vivía a diez minutos a pie del banco: la causa de ese retraso no podía ser la nieve. Esforzándose por dar con una explicación convincente para su ausencia, Cristina supuso una posible cita fuera de la oficina. Consultó la agenda de su jefe y comprobó que la página de ese día estaba en blanco hasta la franja de las cuatro de la tarde, en la que él había anotado personalmente — Cristina reconoció su letra— una entrada enigmática en mayúsculas: CITA MUY IMPORTANTE. Le resultó extraño. Por lo general solía ser ella quien anotaba todas las citas. Esta la había anotado a última hora. Cristina estaba intrigada: ¿qué significaría aquello?

De repente oyó una voz en el pasillo. Sabía que, a esa hora, en la planta nunca había nadie. Aguzó el oído y, para oír mejor, fue pisando sin ruido por el pasillo. Vio entonces, en el hueco de la escalera, a Sinió Tarnogol, uno de los miembros del Consejo del banco, que subía a pie a su despacho del sexto piso y que, a todas luces, se había parado para recobrar el aliento. Iba hablando por teléfono y se permitía ciertas confidencias, convencido de que a una hora tan temprana estaba a salvo de oídos indiscretos.

No podía ver a Cristina, que se quedó escuchando la conversación.

La dejó atónita.

Aquella noticia iba a ser una bomba.

5. Se acabaron las vacaciones

En la redacción de *Le Nouvelliste*, Scarlett imprimió todos los artículos que hablaban del asesinato de la habitación 622. Y así fue como descubrió que el crimen no se había resuelto nunca. En el coche, de vuelta a Verbier, solo pensaba en una cosa: convencerme para que escribiera una novela sobre el tema.

—¡Que en el Palace se cometió un asesinato, escritor! ¡Vaya locura! Ya estoy viendo el ambiente enrarecido, todos los clientes sospechosos, el poli que interroga a los testigos delante de la chimenea encendida.

—A ver, Scarlett, ¿qué quiere hacer? ¿Reabrir la investigación? ¿Resolver un caso con el que la mismísima policía fracasó?

—¡Equilicuá! Usted es mejor que un policía, ¡es escritor! ¡Lo investigamos juntos y luego lo convierte en novela!

—No voy a escribir una novela sobre eso —la avisé desde un principio.

—Venga, escritor... Estoy segura de que Bernard habría querido que escribiera usted una novela sobre este suceso.

—¡No, mi próximo libro no va a ser una novelucha policiaca!

—¡No sea cascarrabias, hombre! Hay incluso una novela dentro de la novela: cuando nos damos cuenta de que han cambiado el número de la habitación 622 después de que se cometiera en ella un asesinato. ¿No tiene curiosidad por saber por qué nos mintió el portero de anoche?

—Para nada.

—¡Por favor! Y además, yo lo ayudaré.

—¿Que me ayudará? Si nunca ha escrito ningún libro...

—Seré su asistente.

—Ya tengo una asistente y, créame, no le gustaría parecerse a ella.

—Pues a partir de ahora tiene dos asistentes.

—Se supone que estoy de vacaciones y que debería descansar.

—Ya descansará cuando se muera.

—De todas formas, no estoy libre. Tengo varios compromisos.

—¿Ah, sí? ¿Qué compromisos?

—Esta tarde, por ejemplo, tengo hora para un masaje y luego voy a ir al spa a darme un hidromasaje y entrar en un estado de relajación absoluta.

—¡Diga usted que sí, escritor! ¡Cuídese, recupere las fuerzas! ¡Cuanto más relajado esté, mejor será el libro! Solo cuénteme qué tengo que hacer para ayudarlo.

Dejé que se estirase el silencio y, al cabo, dije:

—Tiene que encontrar los elementos que nos permitan retroceder hasta el principio de la historia.

A Scarlett se le iluminó la cara:

—¡Eso quiere decir que acepta!

Sonreí. Pues claro que aceptaba, aunque solo fuera para pasar algún tiempo con ella.

Esa tarde, mientras se suponía que Scarlett estaba reuniendo material para nuestra investigación, yo disfruté largo y tendido de los servicios de balneoterapia del hotel. Al volver a mi *suite*, me encontré con que Scarlett había tomado posesión de ella. Había vuelto a empapelar las paredes con todos los artículos que había encontrado sobre el caso.

—¿Cómo ha entrado aquí? —le pregunté.

—He pedido en recepción que me abriesen la puerta.

—¿Y lo han hecho?

—He dicho que era su asistente. La asistente del gran escritor, figúrese, ¡casi les da algo! Pero ¡venga mejor a ver lo que he descubierto!

Me senté en uno de los sillones y ella señaló con el dedo una primera ficha en la que había escrito: *BANCO EBEZNER*.

—¿Conoce el Banco Ebezner de Ginebra? —me preguntó Scarlett.

—Sí, claro, es uno de los bancos privados más importantes de Suiza. Tiene la sede en la calle de La Corraterie.

—¿Y le suena el nombre de Macaire Ebezner?

—No, pero me imagino que con ese apellido tendrá algo que ver con el banco.

—¡Bravo, Sherlock Holmes!

Me alargó un artículo de *La Tribune de Genève* fechado ocho días antes del asesinato y que había encontrado buceando en internet. Leí el titular:

MACAIRE EBEZNER, SERÁ NOMBRADO PRESIDENTE
DEL BANCO EBEZNER ESTE SÁBADO

—Se suponía que Macaire Ebezner iba a convertirse en presidente del banco —me explicó Scarlett—. Tenía que suceder a su padre, Abel Ebezner, que había fallecido un año antes. Pero, en contra de lo que dice el artículo, porque la prensa nunca es de fiar, su nombramiento no era ni mucho menos cosa hecha.

—¿Cómo lo sabe?

—No ha sido fácil. Pero al final he conseguido pillar por banda al portero de anoche: me ha explicado que si los clientes preguntan, la consigna de la dirección es contar la historia esa del error en la numeración de las habitaciones. Porque un asesinato en un hotel causa mala impresión. He pedido hablar con el director, pero, mire usted por dónde, se ha ausentado unos días. Creo que no les apetece mucho que andemos husmeando. Total que el portero ya trabajaba aquí cuando el asesinato. Primero aseguró que no se acordaba ya de nada, pero unos cuantos billetes han sido mano de santo para curarle la amnesia. Y me ha contado que por entonces Macaire Ebezner tenía un competidor muy serio en la persona de Lev Levovitch, otro banquero, un tipo de lo más flamante, conocido en el hotel y que había sido la mano derecha de Abel Ebezner.

—El padre de Macaire Ebezner, ¿no?

—Exactamente —confirmó Scarlett—. El portero se lo había oído contar al director del Palace de aquella época, Edmond Rose, que por lo visto era íntimo del tal Lev Levovitch. El fin de semana del asesinato hubo más jaleo de lo habitual en el Palace.

—Espere, Scarlett, que no la sigo —la interrumpí—. ¿Qué relación hay entre el Palace de Verbier y el banco?

—El Gran Fin de Semana.

—«¿El Gran Fin de Semana?» ¿Y eso qué es?

—El Gran Fin de Semana fue una tradición del Banco Ebezner durante décadas. Era el recreo anual de la entidad. Todos los años, en diciembre, se

invitaba a la plantilla en pleno a pasar dos días en Verbier. Todo el mundo se alojaba aquí, en el Palace de Verbier. Cada cual los pasaba como quería, esquiando, paseando o jugando al *curling*. El sábado por la noche se celebraba una cena de gala en el salón de baile del Palace. Era el momento de todas las solemnidades, cuando se procedía a los anuncios oficiales importantes del banco, como las promociones internas, los traspasos de poder o las jubilaciones.

—¿Así que el fin de semana del asesinato era un famoso Gran Fin de Semana de esos del banco?

—Sí. ¡Y no uno cualquiera! ¡Mire!

Scarlett me enseñó otro artículo de *La Tribune de Genève*. Este llevaba fecha de casi un año antes del asesinato. Estaba dedicado a las honras fúnebres de Abel Ebezner, a principios del mes de enero, celebradas en la catedral de San Pedro de Ginebra. Se veía en una foto a tres hombres a los que se describía como los miembros del Consejo del banco: Jean-Bénédict Hansen, Horace Hansen y Sinior Tarnogol.

—¿El Consejo del banco? ¿Qué es eso? —pregunté, fijándome en que Scarlett había apuntado esos mismos nombres en un trozo de papel de la pared, como si se tratase de un dato importante.

Puso una sonrisita triunfante:

—Eso mismo me he preguntado yo. Así que he investigado un poco. En aquella época, la pirámide jerárquica del banco era así: en la base, los simples empleados, que tenían por encima a los jefes de servicio, que tenían por encima a los apoderados, que tenían por encima a los subdirectores, que tenían por encima a los directores, que tenían por encima, en la cumbre, mandando sobre todo ese mundillo, al Consejo del banco que constaba de cuatro personas: dos miembros sin más, un vicepresidente y un presidente. Según el artículo de *La Tribune de Genève*, la presidencia del Banco Ebezner siempre ha pasado de padres a hijos. Lo que significa que los presidentes y vicepresidentes del Consejo siempre han sido dos Ebezner, padre e hijo, que se han ido sucediendo de generación en generación.

—Así que, por lógica, a Macaire Ebezner tendrían que haberlo nombrado presidente a continuación de su padre.

—Por lógica, sí. Pero fíjese en la foto del artículo dedicado al entierro de Abel Ebezner en la que se ve a los otros tres miembros del Consejo del banco: Macaire Ebezner no forma parte de él.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Pero, siempre según lo que he encontrado en internet, antes de morir Abel Ebezner había cambiado las reglas. Había encargado al Consejo que eligiera a su sucesor, dándole más o menos un año de plazo para escoger. Así que tocaba anunciar al nuevo presidente durante el Gran Fin de Semana siguiente a su fallecimiento, es decir, el fin de semana del asesinato.

6. La carrera por la presidencia

Durante los meses anteriores al asesinato, la sucesión de la presidencia del Banco Ebezner se había convertido en una saga en miniatura que Ginebra seguía con pasión.

Todo había empezado en enero, en los primeros días del año, cuando Abel Ebezner, presidente del banco durante los tres últimos lustros, había muerto a una edad respetable, víctima de un cáncer. Al anunciarse su fallecimiento, todo el mundo consideró que la presidencia recaería por derecho en Macaire, el hijo único de Abel. Desde que se fundara el banco familiar, trescientos años antes, los Ebezner se habían ido pasando las riendas de la entidad de padres a hijos. «Solo un Ebezner puede dirigir el Banco Ebezner», se les repetía a los empleados y a los clientes como si se tratase de una garantía de calidad fuera de serie. Pero hete aquí que, antes de morir, Abel Ebezner había dispuesto en su testamento que esa tradición de relevo filial muriese con él y que el siguiente presidente del prestigiosísimo banco recibiría el nombramiento no por su apellido sino por sus méritos.

En presencia de un notario, Ebezner padre lo había previsto todo hasta el mínimo detalle. La forma de elegir al presidente del banco tenía que obedecer a tres pautas: 1) a los tres miembros restantes del Consejo del banco les correspondía la tarea de nombrar al que iba a convertirse en el cuarto miembro y, sobre todo, al presidente; 2) el Consejo no podía elegir a uno de sus pares, sino que tenía que cooptar a ese nuevo miembro; y, por último, 3) para evitar una decisión precipitada, esta no se anunciaría hasta el tradicional Gran Fin de Semana de finales de año, y el nuevo presidente no se haría cargo de su cometido hasta el 1 de enero del siguiente año.

La última voluntad de Abel Ebezner cayó como un rayo en el banco. No solo no desestabilizó la entidad, sino que la galvanizó. De repente, desde los

bedeles hasta los directores, todos tuvieron la sensación de que se les brindaba la oportunidad de llegar al cargo supremo. En todo el escalafón, los empleados redoblaron sus esfuerzos para ganarse el favor de los miembros del Consejo. Nunca había sido el banco tan productivo: nadie pedía bajas por enfermedad y la mayoría del personal renunció a las vacaciones.

La sucesión suscitó tal frenesí que contagió al resto de la ciudad. El Banco Ebezner era una de las principales instituciones de Ginebra, y su presidente figuraba entre las personalidades más destacadas. El hecho de que, por primera vez, la sucesión de la entidad no fuera hereditaria apasionaba a todo el mundo.

Según iban transcurriendo las semanas, la excitación iba *in crescendo*. Por fin llegó el mes de diciembre. Todo el mundo se moría por saber quién se sumaría a Jean-Bénédict Hansen, Horace Hansen y Sinior Tarnogol en el Consejo y presidiría el devenir del Banco Ebezner.

Así que aquel lunes 10 de diciembre, a las diez y media, cuando Macaire Ebezner hizo por fin acto de presencia en la acera de la calle de La Corraterie, miró exultante el imponente edificio del banco que se erguía ante él. Contempló la fachada, orgulloso:

Banco Ebezner & Hijo, desde 1702

Iba a llegar como protagonista. Lo sabía. Durante los próximos días, estaría en boca de todos, sería objeto de todas las atenciones. Sobre todo, tenía que mantener la cabeza fría y aparentar modestia. Repetir que, hasta el sábado, el Consejo aún tenía abiertas todas posibilidades. Y, por supuesto, no decir que sabía desde tiempo atrás que iba a ser el presidente. No veía la hora de que llegase por fin el sábado. Solo seis días de nada y ya sería algo oficial. Tenía que hacer gala de paciencia.

Volvió a contemplar el frontispicio de su banco y respiró a pleno pulmón el aire estimulante del invierno. El sol brillaba sobre la nieve, el cielo estaba ahora de un azul cegador.

Lamentaba no haberse levantado nada más despertarse: tenía la intención de cerrar los ojos solo un ratito y se había vuelto a quedar profundamente dormido. Como todo el mundo lo estaba esperando, todo el mundo iba a notar lo tarde que llegaba. No quedaba bien en el futuro presidente del

banco privado más importante de Suiza llegar al trabajo a aquellas horas. Nunca llegaba pronto, ¡pero aquello ya era el colmo! Por esta vez, recurriría a la excusa de la nieve, pero ya tenía el propósito de Año Nuevo: en cuanto lo eligieran oficialmente, sería de los primeros en llegar al banco todas las mañanas.

Macaire Ebezner cruzó la pesada puerta de entrada de la entidad, con sus dorados y arabescos, y entró con actitud de persona importante en el espacioso vestíbulo. Notó todas las miradas fijas en él. Detrás del mostrador, los bedeles lo saludaron con tono deferente: «¡Buenos días tenga usted, señor Ebezner!», repitió el reducido coro inclinando levemente la cabeza.

Macaire notó enseguida que no lo miraban igual. De pronto, se sintió más importante que un Papa. Todos aquellos con quienes se cruzó le dieron la enhorabuena, lo saludaron obsequiosamente y le hicieron guiños cómplices. No tardaría en ser el jefe de toda esa gente y en adelante le corresponderían todos los halagos. Los más aduladores llegaron incluso a decirle: «Que tenga un buen día, señor presidente».

Tomó el ascensor con un racimo de pelotilleros que rebulleron al verlo. «¡Menudos lacayos!», pensó mirando aquel baile de San Vito. Pero a él no se la daban: algunos de esos cortesanos se habían dado la vuelta a la chaqueta en el último minuto, pensando de entrada que el Consejo lo quitaría de en medio. Era consciente de que no siempre lo habían tomado en serio, sobre todo en el último año, por culpa de la decisión que había tomado su padre inmediatamente antes de morir. La voluntad de su *daddy* de que lo eligiera el Consejo del banco en vez de nombrarlo directamente lo había apenado al principio. Habría preferido que su padre actuara como todos sus predecesores desde hacía trescientos años y se hubiera limitado a entregarle la antorcha. ¡A rey muerto, rey puesto, vamos! Y no tener que pasar por ese trámite de la elección. Pero había acabado por entender en qué se fundaba la última voluntad paterna: era para asentar mejor su legitimidad. ¡Iban a nombrarlo presidente por su talento, no por su apellido! Saldría reforzado. Su padre había pensado en todo.

Al llegar a la quinta planta, Macaire salió pavoneándose a la antesala de su secretaria, Cristina. ¡Menudo recibimiento le iba a hacer! Pero Cristina lo recibió con cara consternada.

—¡Señor Ebezner, por fin ha llegado! —exclamó.

—¿Qué le pasa, Cristina? —le preguntó Macaire con cara de guasa—. Parece que ha visto un fantasma.

—No sé cómo anunciárselo...

—¿Anunciarme qué? —preguntó Macaire, todo sonrisas—. Si es por lo de mi nombramiento para la presidencia del banco, el periódico del fin de semana ya se encargó de informarme.

Macaire sonrió divertido y entró en su despacho mientras se quitaba el grueso abrigo de invierno. Cristina fue detrás de él y, al ver que seguía cortada, Macaire frunció el ceño.

—Me preocupa, Cristina. Está muy pálida. Espero que no esté mala.

Ella se decidió tras un breve titubeo:

—Señor Ebezner, no lo van a elegir a usted presidente del banco.

—Pero ¿qué me está contando? ¿No ha visto el periódico del fin de semana?

—¡Ese artículo está mal! —exclamó Cristina—. ¡A quien van a elegir presidente es a Lev Levovitch!

Esta frase atronó como un disparo. Macaire se quedó aturdido por un momento.

—¿Cómo dice?

—Que van a elegir presidente a Levovitch —repitió ella—. Lo siento muchísimo, de verdad.

—¡Será desgraciado! —susurró Macaire.

Quiso abalanzarse dentro del despacho de Levovitch para pedirle explicaciones, pero Cristina lo frenó en seco.

—El señor Levovitch no se ha presentado en el banco esta mañana —dijo—. He intentado localizarlo por todos los medios sin conseguirlo. Estoy muy preocupada, tengo que hablar con él a toda costa. ¿No sabe usted dónde está?

Macaire, recobrando la compostura, adoptó una expresión indiferente:

—Tampoco es cosa de ir dándole falsas alegrías al pobre Levovitch. Ni por asomo va a convertirse en presidente del banco. ¿Por qué le ha dado por ir propagando rumores tan estúpidos? Sé quién es la fuente de información del periódico: se trata de un miembro del Consejo muy allegado a mí y que lleva meses asegurándome que...

—¿Es su primo Jean-Bénédict Hansen? —lo interrumpió Cristina.

—¿Cómo dice? —preguntó irritado Macaire, que no soportaba que lo interrumpieran los subalternos.

—Ese miembro del Consejo que le es tan allegado es el señor Hansen, ¿no? —preguntó Cristina.

—Es Jean-Bénédict, sí —confirmó Macaire—. ¿Tiene algo que objetar?

—Esta mañana oí al señor Tarnogol hablar por teléfono con el señor Hansen. Le decía que no había que elegirlo a usted de ninguna manera, que eso iba en contra de los deseos de su padre. Por lo que pasó hace quince años en Verbier. Dijo que su padre no se lo había perdonado nunca, que si hubiese querido que lo eligiesen a usted presidente, lo habría nombrado directamente. Por lo que entendí de la conversación, el Consejo se reunió el viernes y se puso de acuerdo para elegir a Levovitch.

—No, no, no —la contradujo Macaire—. Jean-Bénédict no me haría algo así.

—Eso mismo pensé yo —simpatizó con él Cristina—. Así que me fui a esperar al señor Hansen delante de su despacho para preguntárselo y, por desgracia, había oído bien. Lo siento muchísimo, de verdad, señor Ebezner. Me parece de lo más injusto.

Negándose a creer que todo aquello pudiera ser verdad, Macaire salió disparado hacia el piso superior para interrogar en persona a su primo Jean-Bénédict.

Los despachos de los miembros del Consejo estaban todos en la sexta planta del banco: cuatro puertas consecutivas al final de un pasillo impresionante. La primera era la del despacho del presidente (vacante desde la muerte de Abel Ebezner). Luego, la del despacho del vicepresidente, que debería haber sido de Macaire Ebezner en los últimos quince años, pero que, por lo sucedido quince años antes, ocupaba Siniór Tarnogol, un hombre en la sombra, misterioso, que casi siempre estaba de viaje entre Suiza y Europa del Este. A continuación venían los despachos de los otros dos miembros del Consejo, a saber: Horace Hansen, de la rama segundona de primos de los Ebezner, y su hijo, Jean-Bénédict Hansen, de unos cuarenta años, como Macaire.

Precisamente Jean-Bénédict Hansen estaba dando vueltas arriba y abajo por su despacho, sin apartar los ojos de la puerta, temiendo que su primo Macaire entrase por ella, furibundo, en cuanto lo avisara Cristina.

—¡Maldita fisgona! —renegaba en voz alta.

Dos horas antes, al llegar al banco, se la había encontrado delante de su despacho. Nada más verlo, se le echó encima.

—¿Es cierto? —le preguntó—. ¿No van a elegir al señor Ebezner para la presidencia?

Jean-Bénédict se puso pálido.

—¿Cómo lo sabe? —balbució—. ¡Caramba, Cristina!, ¿espía usted al Consejo? ¡Es intolerable!

—No sea ridículo —se defendió ella—. Más le valdría decirle al señor Tarnogol que fuera un poco más discreto si no quiere que sus secretos salgan a la luz. ¿Cómo puede hacerle una faena así a su primo?

—Eso no es asunto suyo, Cristina —recalcó Jean-Bénédict con tono seco—. Creo que se está usted extralimitando. Así que le agradecería que sea discreta y no se lo cuente a Macaire.

—¿Quiere que no diga nada? ¿Y que deje que se entere de la noticia el sábado por la noche, delante de todos los empleados del banco? ¡Será humillante!

—No es tan sencillo.

—¡Y yo no puedo quedarme como si tal cosa!

—¡No tiene usted motivo alguno para revelar nada! ¡Está dejándose llevar por el afecto que le tiene, se sale por completo del ámbito profesional! ¡Así que, por favor, Cristina, no se vaya de la lengua! Si no, la cosa tendrá serias repercusiones para usted, puede creerme.

—¡Que cada palo aguante su vela! —fue la conclusión de Cristina.

Se fue con expresión desafiante y él la siguió con mirada aviesa hasta que llegó al ascensor. ¡Menuda lianta! ¡Ay, qué arrepentido estaba de haberla contratado para el banco! Y todo por ser servicial. Primero, le encontró un puesto a medida. Luego, ella pidió quedarse en la antesala, alegando que no podría trabajar como es debido si estaba con todas las demás secretarias en una oficina común. Él había dicho amén a todo para ser complaciente y así era como se lo agradecía.

La puerta del despacho de Jean-Bénédict se abrió de pronto violentamente y apareció Macaire.

—¡Jean-Béné, dime que no es cierto! ¡Dime que no es a Levovitch a quien va a elegir el Consejo para presidir el banco!

—De verdad que lo siento muchísimo —lamentó Jean-Bénédict mirando al suelo.

En la habitación se hizo un silencio glacial. Macaire, conmocionado, se desplomó en un sillón y cerró los ojos como para aislarse de la insoportable realidad. ¡Quedaba fuera de la presidencia del banco familiar! ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¿Qué diría la gente? ¿Qué diría su mujer? Hasta este día, si en Ginebra era un personaje importante, había sido gracias a su condición de heredero del Banco Ebezner. Pero a partir de ahora, apartado por su padre, apartado por sus pares, sería el hazmerreír de toda la ciudad. Todo su mundo se venía abajo. No le corresponderían ni honores ni reverencias. Se acordó de la gran sala del Consejo, el sanctasanctórum donde había imaginado su retrato, presidiéndola al lado del de su antepasado, Antiochus Ebezner. Y se preguntó qué habría pensado Antiochus Ebezner de todo aquello.

Antiochus Ebezner había fundado el Banco Ebezner en Ginebra en 1702. Para tal empresa, había pedido financiación a una rama segundona de la familia, los Hansen, unos primos espantosos, de la cofradía del puño cerrado, que habían escapado de Francia a Suiza después de la matanza de la noche de San Bartolomé aunque, en opinión de Ebezner, habría sido mejor que no sobrevivieran porque, en vez de prestarle el dinero, exigieron a cambio una participación en el banco.

A Antiochus no le quedó más remedio que cederle unas participaciones al primo Hansen mientras él seguía controlando la mayoría. Pero no se fiaba de él y, para prevenir un golpe de Estado dentro de su propio banco, Antiochus decidió crear un Consejo de propietarios y le cedió casi la mitad de las participaciones a su hijo Melchior, para que ocupase un puesto como vicepresidente legítimo, darle una formación y permitir que tomase las riendas de la entidad tras morir él. Aunque sus participaciones siguieran siendo minoritarias, el primo Wilfried, para evitar verse en una situación de dos contra uno, exigió la potestad de hacer otro tanto y le cedió la mitad a su hijo mayor, que entró a su vez en el Consejo.

Tras lo cual, para acabar con la guerra intestina que empezaba a perjudicar la reputación del banco, Antiochus y Wilfried llegaron al acuerdo de que el Consejo del banco constaría solo de cuatro miembros propietarios de la totalidad de las participaciones: dos Ebezner (padre e hijo), que serían

socios mayoritarios; y dos Hansen, que seguirían siendo minoritarios y recibirían pingües dividendos para compensar su situación subalterna. De este modo los Ebezner pudieron conservar un control total del banco, cediéndose las acciones de padres a hijos y de generación en generación, mientras los Hansen, considerados como una rama inferior de la familia, quedaron condenados a seguir en un segundo plano.

A lo largo de diez generaciones, la excelente fecundidad de la familia permitió a los Ebezner no tener que interrumpir nunca el ciclo que inició Antiochus en 1702, pues todos los presidentes tuvieron al menos un descendiente varón (patriarcado obliga). Así ocurrió hasta la llegada de Auguste, el abuelo de Macaire, que, al convertirse en presidente del banco, entregó la vicepresidencia a su hijo Abel, el padre de Macaire. Y cuando el abuelo Auguste falleció, Abel ofreció con la mayor naturalidad su puesto de vicepresidente del Consejo a su hijo único, Macaire, que contaba entonces veintiséis años.

Esto había sucedido quince años antes, Macaire lo recordaba como si fuera ayer. En aquella época, el tradicional Gran Fin de Semana anual en el Palace de Verbier llevaba ya muchos años celebrándose y fue con tal ocasión, durante el baile del sábado por la noche, que era el momento culminante del fin de semana, cuando recibió en presencia de todos y de mano de su padre la parte de acciones que le correspondía y lo ascendía, según la norma establecida trescientos años atrás por Antiochus Ebezner y Wilfried Hansen, a la categoría de vicepresidente del Consejo.

Pero Macaire Ebezner nunca tuvo ocasión de sentarse en el Consejo porque tuvo la mala idea, por un motivo que nadie entendió nunca, de ceder sus acciones a un tal Siniór Tarnogol, un hombre de negocios sin escrúpulos oriundo de San Petersburgo y deseoso de invertir dinero en Suiza. Por descontado, cuando Abel Ebezner se enteró de la noticia no reparó en medios para recuperar las acciones de su hijo. De entrada recurrió a los tribunales, sin éxito, pues la venta se había realizado legalmente. Intentó entonces negociar, dispuesto a ofrecer una cantidad astronómica para recuperar las preciadas acciones, pero Siniór Tarnogol la rechazó. Y así se convirtió en miembro del Consejo en el lugar de Macaire y, por si fuera poco, en calidad de vicepresidente, trastocando el orden establecido desde hacía trescientos años por Antiochus Ebezner, que lo había previsto todo

para garantizar la perennidad de su apellido en el banco salvo la posibilidad de que un Ebezner pudiera un día vender su participación.

La voz del primo Jean-Bénédict devolvió a Macaire a su triste realidad.

—Levovitch es el más indicado para dirigir este banco —dijo—. Hay que rendirse a la evidencia: sus resultados son excepcionales y los clientes besan por donde pisa.

—He tenido un año malo, es verdad —admitió Macaire—, pero sabes muy bien por qué: la muerte de mi padre en enero, su decisión de no nombrarme directamente sucesor...

—O su decisión de no nombrarte en absoluto —se atrevió a decir Jean-Bénédict.

—¿Qué estás insinuando?

—Creo que tu padre nunca te perdonó lo que hiciste hace quince años. Pero, vamos a ver, ¿en qué estabas pensando aquel día?

—Da lo mismo, no lo entenderías.

—Pero ¿cuándo me lo vas a contar de una maldita vez? ¿Eres consciente de lo que hiciste, al menos? ¡Rompiste el pacto de los Ebezner, cediste tus acciones!

—Y tú llevas todo el año mintiéndome —lo acusó Macaire— al asegurarme que me iban a elegir presidente del Consejo. ¡Para, al final, apuñalarme por la espalda! ¡Yo creía que éramos amigos!

—¡No te he traicionado, Macaire! —sostuvo Jean-Bénédict—. ¡Nunca te he mentado! Ya en el mes de enero el Consejo decidió que tú serías el sucesor de tu padre. Estábamos todos de acuerdo. El presidente ibas a ser tú, no cabía la menor duda. No solo por la voluntad de mantener la tradición, sino también para enviarles una muestra de estabilidad a los clientes. Pero es que tus resultados no han dejado de bajar, Macaire. Durante todo el año. ¡Y yo he hecho cuanto he podido para ayudarte, te he defendido con uñas y dientes! ¡En junio, cuando el Consejo se preocupó por tus malos resultados semestrales, hice que contratasen a una asistente más, exclusivamente para ti!

—¡Una asistente para Levovitch y para mí! —matizó Macaire.

—Bueno, sabías de sobra que la contrataron para ti, para ayudarte a levantar cabeza. Para no humillarte, dijimos que era un refuerzo para Lev y para ti porque teníais muchos clientes.

—Pero ¡si es Levovitch quien más recurre a ella!

—¡Pues entonces eres idiota! —dijo airado Jean-Bénédict—. ¡No sabes sacar partido a tus recursos!, ¡razón de más para no encomendarte un banco entero!

El cambio de tono de Jean-Bénédict impactó a Macaire.

—Pero la semana pasada, después de la última reunión del Consejo, me aseguraste que iba a ser yo —dijo con voz ahogada.

—El miércoles pasado eras tú, efectivamente, el Consejo te había elegido a ti —confirmó Jean-Bénédict—. Nunca te he mentado.

—Y entonces ¿qué pasó?

—El viernes por la mañana, Sinior Tarnogol quiso vernos a mi padre y a mí. «Urgente», nos dice. Y va y nos enseña un informe que ha elaborado sobre ti.

—¿Un informe? ¿Y qué incluía?

—Tus resultados anuales: catastróficos. Y cartas de clientes descontentos. ¡Tienes muchos clientes que han cambiado de gestor o han cambiado de banco, Macaire! No teníamos ni idea.

—Escucha, Jean-Bénédict, la he cagado, he tenido un mal año, es verdad. Pero hasta entonces, ¡mi carrera ha sido intachable! Soy el mayor gestor de patrimonio del banco.

—Levovitch y tú sois los mayores gestores de patrimonio del banco —puntualizó Jean-Bénédict—. Pero ni siquiera en tus mejores años has llegado a estar a su altura. Bueno, total, que Tarnogol nos enseña las cifras y va y nos dice que se lo ha estado pensando detenidamente y que cree que estamos cometiendo un tremendo error al querer nombrarte presidente a toda costa, a pesar de que todas las alarmas están en rojo. Que siempre habíamos coincidido en nombrarte a ti por seguir la tradición, pero sin pensar en el interés del banco. Y entonces insiste en que tu padre debía de tener un buen motivo para no querer entregarte las riendas del banco. Y que por eso hay que elegir como presidente a Lev Levovitch.

—¿Y no me defendiste?

—Pues claro que te defendí —aseguró Jean-Bénédict.

—Entonces, ¿por qué no me has avisado de lo que estaba pasando? ¿Por qué he tenido que enterarme de todo esta mañana por boca de mi secretaria?

—Intenté avisarte —se justificó Jean-Bénédict—. El viernes no estuviste en el banco en todo el día y no había forma de localizarte por teléfono.

—Estaba de viaje —explicó Macaire.

—¿Por algo del banco?

—Sí.

—¿Dónde fuiste?

Por miedo a que fuera una pregunta trampa, Macaire prefirió no mentir.

—A Madrid.

—No tienes ningún cliente español, Macaire. Y de hecho, ese es el punto más importante del informe de Tarnogol contra ti: ha descubierto que llevas años viajando a costa del banco a países donde no tienes clientes.

*

Tres días antes

En la sala del Consejo, Horace y Jean-Bénédict miraban, atónitos, los documentos que Tarnogol había dejado encima de la mesa: decenas de páginas suministradas por el Departamento de Contabilidad.

—No les quería contar nada antes de haber reunido todos los datos —explicó Tarnogol—. No quería que pensarán que estaba montando una campaña de desprestigio contra Macaire. Pero es un momento crítico. Porque el hombre al que quieren nombrar presidente lleva años robándole al banco a base de costearse viajes carísimos por toda Europa sin ninguna justificación.

—¿Se lo ha comentado a Macaire? —preguntó Jean-Bénédict.

—Me hubiese gustado que estuviera aquí, con nosotros, para explicarse. Lo malo es que no ha venido al banco esta mañana. Está en Madrid, lo sé porque, como pueden ver en este extracto, el banco ha pagado unos billetes de avión en clase *business* y el alquiler de un piso para el fin de semana. Pero resulta que Macaire nunca ha tenido ningún cliente madrileño. Ni sabe una palabra de español. Pueden remontarse a años anteriores: Londres, Milán, Viena, Lisboa, Moscú, Copenhague y me dejo algunas. Estamos hablando de gastarse cantidades astronómicas sin ninguna justificación.

Horace y Jean-Bénédict estudiaron detenidamente los documentos, para tomar conciencia del alcance de los gastos.

—Habrás visto el muy... pagando a nuestra costa *suites* en el hotel Grande-Bretagne de Atenas, el Bayerischer Hof de Múnich, el Plaza Athénée de París —dijo Horace, con tono asqueado.

—Siempre en fin de semana, siempre en los mejores hoteles y los mejores restaurantes —añadió Tarnogol—. ¡Macaire mete la mano en la caja para darse la gran vida!

—¿Cómo se explica que nadie lo haya notado en todo este tiempo? —preguntó Horace.

—¿Se cree que los empleados de contabilidad iban a ponerle pegas al futuro presidente del banco por no justificar las notas de gastos? —contestó Tarnogol—. ¡No están tan locos! Créame, se habían dado cuenta de sobra de que la cosa no estaba clara, pero prefirieron barrerla debajo de la alfombra.

—¿Será que Macaire tiene una doble vida? —se preguntó Jean-Bénédict—. ¿Estará engañando a Anastasia?

—Eso es lo de menos —objetó Horace—. Macaire puede hacer lo que le plazca en privado, pero no con el dinero del banco. El dinero que ha robado es nuestro.

—¿Debo interpretarlo como que se replantea su decisión? —preguntó Tarnogol.

—¡Y tanto que sí! —confirmó Horace—. ¡Voto por Lev Levovitch! ¡Ya es hora de que los Ebezner dejen de actuar como si el banco les perteneciera!

*

Mientras escuchaba el relato de su primo, a Macaire le entraron sudores fríos. Había cometido un error muy burdo al pagar esos viajes por medio del banco.

—Pero, hombre, Macaire, ¿en qué estabas pensando?

—Voy a devolverlo todo —aseguró—. Hasta el último céntimo. Organízame una reunión con Tarnogol y tu padre, y se lo explicaré todo.

—Yo que tú esperarías un poco. He hablado con ellos por teléfono esta mañana: el artículo de *La Tribune* que anunciaba tu nombramiento no les ha hecho ninguna gracia, como te podrás imaginar. ¿Por qué has tenido que fanfarronear con los periodistas si aún no es cosa hecha?

A Macaire se le cayó el alma a los pies:

—¿Yo? ¡No fui yo quien avisó a *La Tribune*, por Dios! ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Yo qué sé. En cualquier caso, tu elección está en el aire.

—Pero ¡que soy un Ebezner, por amor de Dios! —exclamó Macaire—. Es mi apellido el que está escrito en la fachada de este banco.

—¡Y ya serías el presidente de este banco si no le hubieras largado tus acciones a Tarnogol hace quince años! ¡Solo puedes culparte a ti mismo!

Macaire le echó una mirada sombría a su primo: ¡pues no se ponía a darle lecciones, el muy chupapollas! Y pensar que cuando Jean-Bénédict había entrado en el banco él había sido su ángel de la guarda. Siempre había estado cuando lo necesitaba, siempre dispuesto a ayudarlo, siempre dispuesto a sacarle las castañas del fuego con los clientes cuando las cifras no eran buenas y había que hacer algún apaño. Y luego, un buen día, el abuelo Hansen se muere y el primo Jean-Bénédict sube disparado a la última planta, para ocupar la segunda silla de los Hansen en el Consejo. Y de repente, ¡el señor empieza a hacerse el importante y a pavonearse por los pasillos del banco!

Aunque se moría de ganas de replicar en tono belicoso, a Macaire le pareció preferible abstenerse. Decidió probar suerte tirándose un farol:

—Pero ¿tú qué te has creído, Jean-Béné? ¿Que voy a dejar que me la coléis? ¡Poco me conoces! Voy a invalidar esta elección. ¿Te crees que me he pasado un año de brazos cruzados, esperando para saber si el Consejo me nombraba presidente? ¿Te crees que me he conformado con poner mi destino en tus manos y las de tu padre y Tarnogol? Llevo un año preparándome para contraatacar.

—¿Cómo que para contraatacar? —preguntó Jean-Bénédict, con un asomo de preocupación en la voz.

Macaire miró a su primo de arriba abajo y guardó un silencio misterioso. No solo para pensar lo que iba a decir sino también para paladear el dominio que siempre había ejercido sobre Jean-Bénédict.

—Sería una imprudencia contártelo —dijo al fin—. Hala, que pases un buen día.

Hizo ademán de marcharse pero, tal y como se esperaba, su primo lo detuvo:

—Espera, Macaire. A mí me puedes contar lo que sea. Nunca te he dado motivo para dudar de mi confianza. Tenía intención de contarte todo esto hoy. Llevo defendiéndote con uñas y dientes en las sesiones del Consejo desde que empezó el año.

Macaire asintió, como si Jean-Bénédict acabara de convencerlo. Entonces soltó:

—Va a haber una purga interna en el banco.

—¿Una purga? No me gusta nada esa palabra —se preocupó Jean-Bénédict.

—Y con razón —contestó Macaire, hundiéndose un poco más en el embuste—. Resulta que hace un año que tengo a varios abogados trabajando de consuno. Se han estudiado el caso a fondo y en secreto, hasta encontrar la forma de neutralizar la última voluntad de mi padre. Y resulta que han descubierto en qué falla: ¡su testamento no tiene ningún valor jurídico! Da igual lo que decida este Consejo de pacotilla, solo tengo que llevar el asunto a los tribunales y el voto quedará revocado. Yo me convertiré en el accionista mayoritario del banco y, por tanto, en presidente.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

Macaire le dedicó una sonrisa entre angelical y malévol.

—Primero, porque tenía la esperanza de que el Consejo me fuera fiel y de ese modo hacer una transición suave, por el bien del banco. No quería empezar agitando las aguas sin necesidad. Y en segundo lugar, me ha dado ocasión de comprobar quién me sería fiel y quién me apuñalaría por la espalda. Que tu padre y Tarnogol disfruten mientras puedan, en cuanto me haga con el poder, los pondré de patitas en la calle, y con ellos, a todas las cucarachas que no han creído en mí desde que murió mi padre y me han faltado al respeto. ¡Una purga he dicho!

—Yo siempre te he apoyado —le recordó Jean-Bénédict, preocupado por que no le salpicara.

—Ya lo sé, querido primo. No lo olvido. Pero vas a tener que seguir esforzándote para que yo llegue a la cima.

—Todavía no está hecha la jugada —dijo Jean-Bénédict, tras pensárselo un momento—. La presidencia está entre Levovitch y tú, y es verdad que él tiene casi todas las de ganar. Pero todo puede cambiar aún. El Consejo no tomará la decisión definitiva hasta este sábado a media tarde en un salón del Palace de Verbier. De aquí a entonces, todo es posible.

Al oír estas palabras, Macaire sintió renacer los ánimos y atisbó una luz de esperanza.

—Si lo he entendido bien —dijo—, todavía me quedan cinco días para convencer a Siniór Tarnogol de que me vote.

—Si consigues convencer a Tarnogol —lo animó Jean-Bénédict—, habrás ganado la partida. Mi padre votará lo mismo que él. Y mi voto ya sabes que lo tienes.

De pronto, Macaire vio el cielo abierto: le bastaba con convencer a un hombre nada más para que lo eligieran por unanimidad.

—Gracias por tu apoyo, querido Jean-Bénédict —dijo con tono repentinamente magnánimo antes de volver a su despacho para reflexionar tranquilo sobre cómo convencer a Tarnogol.

Al llegar a la antesala, vio a Cristina abrigándose para salir.

—¿Se marcha, Cristina?

—Voy al Hôtel des Bergues —le comunicó ella—. Sigo sin noticias del señor Levovitch. No es propio de él no avisar. Está ilocalizable. He hablado incluso con el conserje del Hôtel des Bergues, pero me dice que no contesta nadie y que no lo ha visto salir esta mañana. Es como si hubiera desaparecido. El conserje se niega a mirar en su *suite* porque es «la política del hotel», según dice. A lo mejor ha ocurrido algo grave...

Al oír lo de «algo grave», a Macaire se le iluminó la cara. Si a Levovitch le había dado un ataque repentino en el cuarto de baño, él sería presidente sin tener que convencer a Tarnogol. La vida no estaba tan mal, a fin de cuentas. Le entraron ganas de salir corriendo hacia el Hôtel des Bergues y descubrir personalmente el cuerpo convulso tirado en el suelo de mármol. Pero mejor ir sin prisas: lo suyo era que se quedase, como poco, paralítico de por vida. Sería una estupidez que la ambulancia llegase a tiempo. Tras comprobar que su reloj solo marcaba las once y cuarto, Macaire decidió que Levovitch se merecía yacer en el suelo al menos otros cuarenta y cinco minutos.

—No va usted a ninguna parte, Cristina —decretó entonces—. La necesito aquí, es el peor momento para largarse por ahí.

Ella se quitó el abrigo de mala gana. Tendría que haber mentido, alegando que tenía cita con el médico. Error de principiante. Dudó si pedirle a algún compañero que fuera a ver en su lugar qué estaba pasando en el Hôtel des Bergues, pero decidió que no: si alguien se enteraba de esa iniciativa, se le podía volver en contra. Debía limitarse a su papel de secretaria.

Macaire notó nerviosa a Cristina:

—Le prometo que si de aquí a las doce seguimos sin saber nada de Levovitch, iré personalmente al Hôtel des Bergues y le ordenaré al conserje que me abra la *suite*. Y ahora, ¡a trabajar!

Cristina asintió. De todas formas, no le quedaba otra que obedecer. Se puso a clasificar la correspondencia del día, empezando por hacer un montón con los diversos periódicos que Levovitch recibía y leía a diario: el *Financial Times*, *Le Figaro*, el *Neue Freie Presse*, el *Corriere della Sera* y *La Tribune de Genève*. Al echar un vistazo a la primera plana de este último, se enteró de que ese mismo día se celebraba una importante cumbre en las Naciones Unidas sobre la situación de los refugiados en el mundo, con presencia de presidentes y jefes de Gobierno del mundo entero.

Abrió luego las cartas del día y tomó constancia de su contenido antes de poner la fecha de recepción para el seguimiento administrativo.

Le llevó el correo a Macaire, que se quedó contemplando con desaliento cómo las cartas se le iban amontonando delante en dos pilas que Cristina incrementaba cada día un poco más. Macaire pensó que Jean-Bénédict tenía razón: había pecado de negligencia con su trabajo durante todo el año transcurrido. Había dejado que lo desbordase por completo. Ya era hora de reaccionar. Tenía que ponerse manos a la obra *ipso facto*. Si Tarnogol se enteraba de que no contestaba el correo o, peor aún, si se pasaba por su despacho y veía esos montones de cartas atrasadas, seguro que le causaría una pésima impresión.

Por la puerta abierta del despacho, Cristina miró a su jefe con cariño. Macaire Ebezner le caía muy bien. Entregado y rebotante de buena voluntad, pero con esa leve desgana de quienes no han tenido que luchar para llegar a la cima. Nunca había tenido que hacer nada personalmente: le había bastado con su apellido para entrar en el banco por la puerta principal y había ascendido a velocidad de vértigo a gestor de patrimonio sin tener que demostrar nada y, de propina, en una época en que las Bolsas daban casi todo el trabajo hecho.

Cristina lo compadecía. No se merecía algo así. Sobre todo, no merecía que lo apartasen de la presidencia del banco. Era un hombre dulce y afable que siempre se mostraba atento, tenía un cumplido para cada uno y todo lo maravillaba. Le tenía mucho cariño.

Al empezar a trabajar en el banco, no podía ni imaginarse que Lev y Macaire iban a cautivarla, cada cual en su estilo. Y a veces tenía que

reprimirse. Jean-Bénédict había decidido contratarla por un motivo muy concreto y no debía olvidarlo. Tenía que seguir portándose como una profesional. No poner en riesgo su puesto de trabajo.

Las doce en punto. Macaire salió del despacho arropado en el largo abrigo de invierno.

—Allá voy —anunció como si fuera a una misión peligrosa.

—Lo acompaño —decidió Cristina levantándose de la silla.

—No —la disuadió con firmeza Macaire—. Tiene que quedarse en su puesto por si llama Levovitch. Le daré un telefonazo en cuanto tenga novedades.

Macaire salió del banco y bajó por la calle de La Corraterie hasta llegar a la plaza de Bel-Air. Fue siguiendo luego el muelle de Bezanson-Hugues hasta el puente peatonal de Les Bergues. Se detuvo y disfrutó del paisaje nevado: el cielo azul reflejado en el lago, las montañas con la ciudad a sus pies, la isla Rousseau y, al fondo, el penacho del Jet d'Eau que se alzaba como un estandarte. Al otro extremo del puente se erguía el Hôtel des Bergues. Macaire admiró la majestuosidad del edificio. Sin sospechar ni por un momento lo que estaba ocurriendo en él.

7. Al servicio de la Confederación

En la quinta planta del Hôtel des Bergues, en la *suite* 515, que ocupaba todo el año, Lev Levovitch se estaba anudando la corbata mientras miraba por la ventana el lago Lemán que se extendía ante él.

Estaba pensativo. Pensaba en ella. Solo podía pensar en ella. Se preguntaba si había ido a pasar el fin de semana con él porque lo quería de verdad o porque se aburría.

Se ajustó la chaqueta del terno, comprobó la precisión del nudo Windsor en un espejo y aprovechó para contemplar su apostura insolente. En una bandeja de plata había una jarra de café de filtro. Lev Levovitch se sirvió una taza pero solo tomó un sorbito: iba muy retrasado, tenía que irse. Cogió la cesta de cruasanes que había pedido poco antes y se encaminó hacia el cuarto de baño.

En una bañera gigantesca con vistas a la ciudad, se solazaba una mujer, absorta en sus pensamientos. Había tomado una decisión. Aunque estaba locamente enamorada de él, tenía que romper antes de que las cosas fueran demasiado lejos. No podía permitirse continuar con esa relación adúltera. Si llegara a saberse, resultaría de lo más humillante para su marido y a Lev le traería problemas en el banco. Con lo que había trabajado para llegar donde estaba... Valía más dejarlo todo ahora mismo. Antes de que sus vidas acabasen destrozadas. Se le partía el corazón, pero era lo mejor para todo el mundo.

En ese momento, Lev apareció en el cuarto de baño, vestido como un príncipe. Ella no pudo por menos de admirarlo. Llevaba en la mano una bandeja con café y cruasanes, que dejó en el borde de la bañera.

—El desayuno está servido, señora —dijo sonriente—. Aunque, dada la hora que es, puedo pedirte un almuerzo si lo prefieres. Yo, por desgracia, he

de irme corriendo, voy ya tardísimo. Pero quédate todo lo que quieras. Estás en tu casa.

Ella clavó en él los ojos azules y dijo, procurando sonar seca:

—Se acabó, Lev.

Pareció muy sorprendido.

—¿Qué quieres decir, Anastasia?

—Quiero decir que rompo contigo. Se acabó.

Levovitch recibió esas palabras con una carcajada luminosa.

—No puedes hacer eso —dijo, divertido.

—¿Y por qué no? —se extrañó ella.

—Porque nos queremos, Anastasia —contestó él como si fuera obvio—.

Nos queremos de toda la vida. Nos queremos como nunca hemos querido. El amor que nos une es lo único que da sentido a nuestras vidas.

Sin negar el argumento, ella lo rebatió con tono irritado:

—¡Tengo un marido, Lev! Y no tengo la menor intención de hacerle daño. ¡No puedo pasar el fin de semana en tu hotel cuando a ti te apetezca! La gente acabará por vernos y se enterará toda la ciudad. ¡Ya sabes lo deprisa que corren aquí los rumores! Y te traerá problemas muy serios.

Él hizo una mueca desdeñosa:

—Me traen al paio los problemas. ¡No antepondré mi carrera a nuestros sentimientos!

Ella notó que él le iba ganando terreno y que acabaría convenciéndola. Se obligó entonces a mostrarse hiriente.

—¿Qué sentimientos? —replicó—. Yo no te quiero, Lev —mintió—. Si te hubiera querido, serías tú con quien me habría prometido hace quince años.

Su primera reacción fue quedarse callado, encajando el golpe. Luego dijo, con voz muy sosegada:

—Te propongo que cenemos juntos esta noche y que lo hablemos tranquilamente.

—¡No, no! ¡No volveremos a vernos! ¡No quiero seguir! ¿Te enteras? ¡Ya no quiero!

—No era una pregunta, sino una afirmación. Estoy deseando volver a verte dentro de un rato. Digamos que ¿aquí a las ocho?

—¡Te he dicho que no, Lev! —exclamó Anastasia.

Salió de la bañera, dejando al aire un cuerpo perfecto, y se envolvió en un albornoz. Agarró el móvil que estaba encima del tocador y marcó el número de su marido, que descolgó al primer timbrado. Se esforzó por poner voz tierna y amorosa.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Sí, yo también te he echado mucho de menos... ¿Mi fin de semana?... No, no ha estado bien. No quiero volver a ver nunca más a esta amiga... Da igual, ya te contaré. Oye, me apetece cenar contigo esta noche, como dos enamorados... Te dejo que elijas el restaurante, sorpréndeme... Yo también... Hasta dentro de un rato, lo estoy deseando.

Anastasia colgó al tiempo que le lanzaba a su amante una mirada satisfecha.

—Esta noche vas a cenar solo, Lev —le dijo—. Como acabas de oír, mi marido y yo salimos juntos.

Lev no se inmutó:

—Hasta esta noche, Anastasia. Aquí a las ocho. Saber que voy a verte dentro de unas horas me hace muy feliz.

Dicho lo cual, se marchó y bajó al vestíbulo del hotel donde lo estaba esperando Alfred Agostinelli, su chófer.

—Buenos días, Alfred —lo saludó Lev amistosamente—. ¿Cómo está en este día tan hermoso?

—Bien, señor, gracias —contestó Agostinelli dándole escolta hasta el coche—. ¿Y usted?

—Flotando en una nube, Alfred. Estoy perdidamente enamorado.

—¿Usted, señor? —dijo Agostinelli, divertido—. Pero ¡si me había jurado que el amor no existía y que no se enamoraría nunca!

—¡Es tan maravillosa, Alfred!

El chófer arrancó y el coche tomó por el muelle en el preciso momento en que Macaire llegaba al Hôtel des Bergues. No se cruzó con ellos de milagro. Dentro del vehículo, Agostinelli preguntó:

—¿Al banco, señor?

—No, vamos al Palacio de las Naciones, querido Alfred. Están en las Naciones Unidas con la cumbre sobre los refugiados. Pero lo primero es telefonar a Cristina. Se me olvidó por completo avisarle de que esta mañana no iba a ir al despacho. La pobre ha debido de preocuparse.

*

—Cumbre sobre los refugiados en las Naciones Unidas —repitió en voz alta Cristina, como si fuera algo evidente, al colgar el teléfono.

Levovitch acababa de llamarla: con el ajetreo del día, se le había olvidado avisarle. Se sintió muy tonta por haberse preocupado. Y eso que había leído en primera plana de *La Tribune de Genève* que se celebraba esa cumbre en las Naciones Unidas; se le tenía que haber ocurrido que Levovitch acudiría.

Acto seguido, marcó el número de móvil de Macaire y lo pilló justo cuando estaba llegando a la quinta planta del hotel, escoltado por el conserje, a quien había convencido para que lo acompañase a abrir la *suite* de Levovitch.

—Falsa alarma —le dijo Cristina—; todo va bien. Acabo de hablar con el señor Levovitch, está en las Naciones Unidas.

—¡Ah, ya ve que no había ningún motivo para preocuparse! —contestó Macaire con voz jovial—. Precisamente estaba yendo hacia su *suite*.

Macaire le hizo una seña al conserje de que el misterio estaba aclarado y los dos deshicieron lo andado.

—Parece usted de mejor humor, señor Ebezner —comentó Cristina.

—Esta noche toca cena romántica con Anastasia —explicó él con tono regocijado—. ¿Puedo pedirle que me reserve una mesa en Le Lion d'Or de Cologny? ¡Mesa para dos con vistas al lago!

Macaire y el conserje volvieron al ascensor. En el momento en que se estaban cerrando las puertas de la cabina, a pocos metros se abrió la puerta de la *suite* de Levovitch y salió Anastasia.

En el ascensor, Macaire miró al conserje fingiendo una benevolencia que apenas disimulaba su sentimiento de superioridad. Se sentía importante. Él, el futuro presidente del Banco Ebezner, que llevaba a su mujer a Le Lion d'Or, uno de los mejores restaurantes de Ginebra. Mesa con incomparables vistas al lago Lemán. Seguro que cuando llegasen al restaurante todo el mundo se quedaría mirándolos.

Se notaba animadísimo y ya se imaginó cómo iba a convencer a Tarnogol para que lo nombrase presidente. Como era la hora de almorzar, se encaminó hacia el bar del hotel para comer algo. Entró en el preciso

instante en que Anastasia aparecía en el vestíbulo para marcharse del hotel rápidamente.

Macaire pidió una mesa apartada: necesitaba pensar con tranquilidad, muy decidido a dar con una estrategia para convencer a Tarnogol de que lo nombrase presidente. Se acordó entonces de lo que había llevado a cabo en los últimos doce años en el mayor secreto y se dio cuenta, una vez más, de que en el Banco Ebezner desperdiciaba sus aptitudes. Todo por culpa de su padre. Él era el motivo de que fuera a psicoanalizarse dos veces por semana. Su padre lo había considerado siempre un inútil. En su lecho de muerte, un año antes, Macaire había estado a punto de revelarle su secreto. Para que se enterase de quién era él de verdad. Pero, en el último momento, le faltó valor. Por miedo a que su padre no lo creyera, seguramente. Desde entonces lo estaba lamentando y revivía *in mente* esa escena que nunca había ocurrido. Le habría dicho: «¿Sabes, papá? Desde hace doce años no soy solo un banquero. Llevo una doble vida y nadie sospecha lo que me dispongo a revelarte». Se imaginaba la cara atónita de su padre al enterarse de su secreto.

Al pensar en eso, observó a los demás clientes del restaurante y le hizo gracia que ninguno de ellos pudiera sospechar que, con su apariencia de banquero apacible y elegante, trabajaba para el servicio de inteligencia suizo. Todo aquello sonaba a novela de espías. De hecho, se le ocurrió que las notas que había tomado en su libreta serían una base estupenda para unas memorias. Se publicarían cuando tuviera una edad avanzada y se hubiera jubilado como presidente del banco, pero antes de morir para tener oportunidad de contemplar la repercusión de su libro. Se imaginaba los titulares de los periódicos: «Macaire Ebezner, presidente del Banco Ebezner y miembro del servicio de inteligencia».

Pero Macaire descartó enseguida sus fantasías. No le dejarían contar nada.

Desde hacía doce años, usando como tapadera sus viajes de negocios al extranjero, llevaba a cabo por cuenta del Gobierno suizo misiones de inteligencia. Más concretamente, operaba por cuenta de la P-30, un servicio vinculado al Departamento de Defensa y financiado con dinero, del que nadie sabía nada (ni siquiera la poderosa Comisión Parlamentaria de Inteligencia) y que dependía directamente del Consejo Federal.

El origen de la P-30 era un programa secreto ideado por la OTAN durante la Guerra Fría. Ante el temor de que los ejércitos del pacto de Varsovia invadieran la Europa occidental, los países de la Alianza organizaron, cada cual por su cuenta, redes clandestinas de civiles entrenados para poder resistir ante una ocupación del bloque del este. De Portugal a Suecia, se crearon células durmientes por todas partes: estaban el LOK griego, el Gladio italiano, el Plan Parsifal de los franceses, el Comité P en Bélgica y, en Suiza, la P-26.

Al Gobierno helvético le pareció muy inspirador este modelo, y se le ocurrió adaptarlo para defender sus propios intereses en el extranjero. Así fue como se creó la P-30, cuya misión consistía en enviar a civiles a cumplir las misiones de inteligencia gubernamentales.

Mientras los agentes de los servicios de inteligencia tenían que fabricarse una identidad partiendo de cero, con las dificultades y las trampas propias de esta actividad, los ciudadanos de a pie que componían los efectivos de la P-30 podían llevar a cabo operaciones delante de las narices de todo el mundo sin tener que inventarse un alias ni mentir, puesto que su tapadera era su existencia real.

Macaire, en su calidad de directivo de banca y con la excusa de sus citas de negocios, podía viajar sin despertar sospechas.

Desde que lo reclutaron, había trabajado en la división económica de la P-30, recogiendo valiosas informaciones sobre las intenciones de los países de Europa que estaban hartos de que sus contribuyentes se zafaran de los impuestos escondiendo su dinero en las cajas fuertes de los bancos helvéticos. Era un asunto espinoso que le habían encomendado a la P-30 porque los países implicados eran vecinos y aliados con los que Suiza no tenía intención alguna de enemistarse enviando a miembros del servicio de inteligencia oficial.

Así fue como Macaire se recorrió Europa de punta a punta arramblando con información en todo tipo de encuentros y congresos oficiales sobre nueva legislación bancaria, paraísos fiscales o incluso cooperación fiscal internacional. Escuchando, apuntando y grabando. Entre dos ponencias se había dedicado a establecer contacto con altos funcionarios, embajadores, abogados comerciales y empleados de Hacienda locales. Esas prácticas no exponían a Macaire a riesgo alguno: si despertaba sospechas, si lo interrogaba la policía, lo tomarían por un directivo emprendedor de la banca

que intentaba ganar clientes. Ni escándalos de Estado ni incidentes diplomáticos que pudieran empañar la imagen de Suiza, el país de la cortesía y la buena educación, custodio de las convenciones internacionales, madre patria de la gente madrugadora e industriosa.

Aunque investigaran a Macaire a fondo, sería imposible relacionarlo con ningún organismo gubernamental: en aras de la seguridad y el anonimato, su única relación con la P-30 era un agente bernés, con acento alemán y apellidado Wagner, con quien quedaba en lugares públicos. Aparte de eso, no sabía nada del funcionamiento de la P-30, ni siquiera dónde estaba su cuartel general en Berna. Se trataba de una estructura completamente impermeable e indetectable.

Para Macaire, la aventura de la P-30 había empezado en un discreto salón privado del Banco Ebezner al que Wagner, haciéndose pasar por un cliente nuevo, había ido a conocerlo y a reclutarlo. Era la única vez que Wagner había ido al banco. Aquel día, en cuanto se quedaron solos, Wagner le explicó que no estaba allí para abrir una cuenta, sino que lo enviaba el Gobierno suizo.

—Suiza lo necesita —le dijo a Macaire—; tiene usted que hacernos un favorcillo.

Se había limitado a hablar de un favor, sin mencionar, por supuesto, ni la P-30 ni nada por el estilo. Le explicó entonces que entre el Reino Unido y Suiza se estaba incubando un conflicto diplomático menor.

Scotland Yard sospechaba que Ranjit Singh, un diamantista indio afincado en Londres, utilizaba su negocio para blanquear dinero procedente del tráfico de armas. Los ingleses sospechaban que el dinero pasaba por una cuenta abierta en el Banco Ebezner y, entre bastidores, presionaban a Suiza no solo para que lo confirmara, sino sobre todo para tener conocimiento de las transferencias.

Berna se negaba a obligar oficialmente a un banco a ofrecer información sobre un cliente: estaba en juego la credibilidad de toda la banca helvética. Pero no apoyar una investigación internacional sobre blanqueo de dinero podría ir en menoscabo de la buena reputación de la comunidad financiera suiza. En cambio, nada impedía que los ingleses recibieran esa información de una tercera persona anónima, con lo que el asunto quedaría zanjado.

Al comprender las insinuaciones de su interlocutor, Macaire, deseoso de echarle una mano a su Gobierno, se había encargado de husmear en los expedientes del banco y entregarle a Wagner copias de los extractos de la cuenta del diamantista.

La operación, que había recibido el nombre de Bodas de Diamante, fue un éxito total. A los pocos días, Macaire se encontraba con la siguiente noticia de primera plana en *La Tribune de Genève*:

TRÁFICO DE ARMAS INTERNACIONAL
CON RAMIFICACIONES EN GINEBRA

Scotland Yard detuvo ayer en Londres a un importante traficante internacional de armas. Amparado en su profesión de diamantista, movía el dinero recurriendo a un banco privado ginebrino. Sus cuentas han quedado congeladas.

El día que se publicó el artículo, Jean-Bénédict se presentó en el despacho de Macaire con un ejemplar del periódico.

—¿Has visto esto? —le preguntó a su primo.

—Sí.

—Bueno, ¡pues resulta que el banco privado era el nuestro!

—¿Qué me dices? —se asombró Macaire.

—¡Lo que oyes! La policía federal informó al Consejo de la situación hace unas semanas. No podía decirte nada, claro, era alto secreto.

—Alto secreto, claro —repitió Macaire sin dejar de hacerse el tonto.

Ese mismo día, recién sentado en el café al que solía ir, Macaire se encontró por sorpresa con Wagner en la mesa de al lado.

—La operación Bodas de Diamante ha sido un éxito gracias a usted —dijo Wagner sin alzar la vista del menú—. Además, tiene usted el perfil que andamos buscando. ¿Le interesa?

Macaire aceptó. No es que entendiera a qué se estaba comprometiendo, pero era consciente del impacto que esa decisión iba a tener en su vida.

Recibió entonces un curso básico de una semana en Flims, en los Alpes grisonos. Su mujer y sus compañeros creían que se había ido a hacer

senderismo, él solo, para reponer fuerzas. Tenía, cierto es, una reserva con media pensión en el hotel Schweizherof, donde dormía y cenaba. Salía todas las mañanas, con crampones en los pies y bastones en las manos, para despistar. Pero en vez de pasar el día caminando, iba a un chalet aislado en el que Wagner le enseñó, sobre todo, técnicas de disimulo y de seguimiento, cómo reaccionar en caso de que lo interrogase la policía, cómo instalar un dispositivo oculto de escucha (endovibrador) o también cómo hacer el duplicado de una llave con una lata de conservas.

Al terminar la formación, la mañana en que se iba, Macaire pidió en el hotel que le proporcionasen un medio de transporte hasta la estación de Coire. Al subir al vehículo que lo iba a llevar, se encontró con que Wagner iba al volante.

Durante el trayecto, Wagner le explicó a Macaire todo cuanto debía saber sobre la P-30. Luego, al dejarlo delante de la estación, le dijo:

—Muy pronto le informaré sobre su próxima misión.

—¿Cómo nos pondremos en contacto?

—Con música. Por algo me llamo Wagner.

Cuando había una misión en perspectiva, Macaire recibía por correo una entrada para una función de ópera en el Grand Théâtre de Ginebra. Era el aviso de Wagner. Macaire iba solo, por descontado, y en el entreacto se encontraba con el agente de enlace en el *foyer* y ambos iban a aislarse en un rincón, a salvo de oídos indiscretos. Durante la segunda parte de la representación, Wagner le transmitía las órdenes y consignas.

A fuerza de acumular experiencia de misión en misión, Macaire había ido ascendiendo en la P-30. Desde hacía unos cuantos años, le habían encomendado incluso redactar informes de análisis que, por lo que le dijeron, gustaban mucho.

Basándose en sus observaciones, redactaba resúmenes que enviaba en forma de una larga carta, por correo postal, al Consejo Federal directamente, incluyendo una fórmula sobria que convertía el documento en algo del todo inofensivo:

Señoras y señores consejeros federales:

Basándome en mis actividades bancarias y las conversaciones con mis clientes, me tomo la libertad de llamarles la atención acerca de la

situación actual y las intenciones de los países vecinos y amigos...

Ateniéndose a las recomendaciones de Wagner, no había que poner por escrito nada que no pudiese leer cualquiera. Si alguien se topaba con esas cartas, pensaría sencillamente que Macaire era un banquero al que preocupaba el futuro de su profesión y tenía empeño en transmitir sus opiniones y sus inquietudes a los dirigentes del país.

Así fue como Macaire había avisado a las autoridades suizas de que «los franceses quieren recuperar a sus exiliados fiscales»; «los italianos le tienen echado el ojo al dinero escondido en el Tesino»; «hay que tener vigilados a los alemanes»; «los griegos intentan impedir la fuga de capitales». Lo complacía mucho que el Consejo Federal no dejase nunca de acusar recibo de sus informes con una carta elegante y agradecida, pero no menos discreta en el empleo de las palabras que las suyas.

A Macaire le habían gustado sus años en la P-30. Más que por la satisfacción de servir a su país, por el hecho de haberse sentido vivo. Las misiones le aportaban una sensación embriagadora. Al acercarse su ascenso a la presidencia del banco, que hasta entonces le parecía garantizada, Wagner le había indicado que, una vez elegido, no le encargarían más misiones. Estaría demasiado expuesto. Su carrera en la P-30 tocaba a su fin.

Para la que iba a ser su última misión, lo enviaron a Madrid. Se sospechaba que un informático jubilado del Banco Ebezner, que ahora vivía allí, quería vender al Ministerio de Hacienda el nombre de clientes que ocultaban dinero en Suiza. Esa clase de delator era la pesadilla de los bancos helvéticos y una plaga que el Gobierno quería erradicar. Macaire tenía que confirmar si el informático era un traidor, tal y como creía el servicio de inteligencia suizo, pero, sobre todo, hacerse con la lista de clientes antes de la transacción con las autoridades fiscales españolas.

En esta última operación colaboraba también el servicio de inteligencia de la Confederación y se salía del marco habitual de las misiones de la P-30. En Madrid, Macaire se reunió con un tal Pérez, un agente infiltrado en España cuya tapadera era un empleo en la embajada suiza.

Las consignas eran sencillas: Macaire había avisado a su excompañero informático de su visita a Madrid y le había propuesto quedar en su casa. El excompañero había aceptado de buen grado ese reencuentro amistoso y

parecía alegrarse de volver a ver a Macaire, de quien guardaba muy buen recuerdo.

El día antes de ir a verlo, Macaire se había reunido con Pérez en el museo del Prado, delante del *Los fusilamientos del Tres de mayo* de Goya. Tras esa toma de contacto, Pérez lo siguió a distancia hasta el piso que había alquilado este para el fin de semana (más discreto que los hoteles, atiborrados de cámaras y que fotocopiaban sistemáticamente el pasaporte de los clientes cuando se registraban). En ese piso amueblado, íntimo y coquetón, del barrio de Salamanca, Pérez le dio los detalles de la operación.

—Cuando esté en casa de ese tipo, diga que necesita ir al baño y aproveche para ausentarse y registrar el piso —le indicó Pérez.

—¿Qué tengo que buscar exactamente? —preguntó Macaire.

—Una lista de nombres, direcciones electrónicas, notas... Cualquier cosa que permita concretar con seguridad que ese tío en efecto es el topo. Que no se le olvide comprobar la cisterna del váter.

Al día siguiente, al llegar delante el edificio del informático, Macaire vio a Pérez: leía el periódico sentado en un banco, montando guardia. Como si temiera algo.

Por supuesto, ambos hicieron como que no se conocían y Macaire subió a casa del informático, en el cuarto piso. El antiguo colaborador y su mujer, que se acordaban con mucha emoción de Ginebra, le brindaron una calurosa bienvenida. El ambiente fue tan amistoso que Macaire quedó convencido casi por completo de que aquel hombre no era el topo. Lo cual no le impidió seguir las consignas: alegando una urgencia, se libró de la compañía de sus anfitriones y dio una vuelta rápida por el piso. Fue primero al dormitorio, donde registró apresuradamente los armarios roperos y una cómoda pequeña. No encontró nada. Quiso inspeccionar la habitación de al lado, que se usaba como despacho, pero según estaba cruzando la puerta lo sorprendió la voz del informático:

—El baño está al fondo a la derecha —le dijo.

Macaire se sobresaltó.

—Gracias —farfulló—, lo había entendido mal.

Fue al levantar la tapa de la cisterna cuando Macaire encontró, en una bolsa de plástico debidamente sellada, una larga lista de clientes españoles del Banco Ebezner. No daba crédito: ese tío era un traidor.

Tiró la bolsa por el retrete, se metió la lista en la cinturilla de los calzoncillos y volvió al salón, procurando que no se le notasen los nervios. Después de tomarse el café, se despidió.

Había salido del piso a buen paso. Al bajar las escaleras de la estación de metro más próxima, Pérez lo alcanzó.

—¿Y bien? —preguntó.

—Sí que es nuestro hombre —le confirmó Macaire—. Me he llevado la lista de clientes.

Habían cometido el error de coger el metro juntos. Fue al salir del vagón cuando Pérez se percató de que los seguían.

En la mesa del restaurante del Hôtel des Bergues, mientras rememoraba aquel episodio madrileño del que había salido admirablemente airoso, Macaire llegó a la conclusión de que contaba con todos los recursos necesarios para convencer a Tarnogol de que lo eligieran presidente del banco. Solo tenía que actuar como si se tratase de una operación de la P-30. ¿Qué consignas le habría dado Wagner en tal caso? Se sumió en una profunda reflexión. Se preguntó si existiría un manual de persuasión del que pudiera echar mano. Y, de repente, se le ocurrió una idea.

*

A las tres de la tarde, Macaire entró como un bólido en el despacho de su primo Jean-Bénédict y le tiró a la cara uno de los dos ejemplares del libro que acababa de comprar en una librería del centro.

—Tengo la solución —exclamó, excitadísimo.

—¿Qué solución? —preguntó Jean-Bénédict.

—He encontrado el modo perfecto de convencer a Tarnogol.

Jean-Bénédict cogió el libro: *Doce hombres sin piedad*.

—Por si no lo sabes —explicó Macaire con tono erudito—, trata del juicio de un chaval al que acusan de haber matado a su padre; los doce miembros del jurado popular se disponen a declararlo culpable y a enviarlo así a la silla eléctrica. Once miembros están convencidos del veredicto, pero resulta que el otro, alegando el beneficio de la duda, consigue que todos los demás cambien de opinión. Bueno, pues en eso voy a inspirarme; le voy a

dar la vuelta a Tarnogol como a una tortilla, tú y tu padre iréis detrás, y el voto pasará de Levovitch a mí.

—¿Lo has leído? —preguntó entonces Jean-Bénédict.

—Por encima —contestó Macaire, incómodo.

—¿No será más bien que has visto la película basada en el libro? Creo que la echaron por la tele la semana pasada.

—Vale, es verdad, vi la película el otro día —confesó Macaire, algo molesto con que lo hubieran pillado—. Pero ¡sabía que la habían sacado de un libro!

—De una obra de teatro —quiso matizar Jean-Bénédict que, al abrir el libro, vio qué forma tenía.

—Sí, bueno, qué más da —se enfadó Macaire—. Y ya puestos a contarle todo, me quedé dormido a la mitad y no tengo ni idea de lo que pasó. Así que hay que leérselo a toda prisa para inspirarnos. Tomar nota de los argumentos, hacer listas, etcétera, etcétera.

—Tengo que coger el tren de las cuatro para Zúrich —indicó Jean-Bénédict con un vistazo al reloj—. Aprovecharé el trayecto para leerlo.

—Sigue en pie que Charlotte y tú vengáis a cenar mañana a casa, ¿no? —preguntó Macaire.

Una vez al mes, los matrimonios Hansen y Ebezner quedaban para cenar, cada vez en una casa.

—Pues claro que iremos mañana —confirmó Jean-Bénédict—. Solo me quedaré en Zúrich una noche, para cenar con unos clientes, y volveré mañana por la mañana en el primer tren.

—¡Pues mañana por la noche, informe de lectura, primo querido! —decretó Macaire.

—¡A sus órdenes, querido futuro presidente! —contestó Jean-Bénédict chocando los talones, muy marcial, antes de agarrar una maletita de ruedas y salir del banco rumbo a la estación, mientras Macaire se iba a su despacho rebosante de energía presidencial y convencido de que se le ocurrirían argumentos a su favor para que Tarnogol cambiase de bando.

Encima de la mesa, el correo atrasado seguía esperándolo. Pero en lugar de ponerse manos a la obra, Macaire prefirió empezar a leer *Doce hombres sin piedad* para ir sacando ya unos cuantos argumentos a su favor por si se cruzaba con Tarnogol por los pasillos. Hasta que, a las cuatro menos cuarto, Cristina entró como un vendaval en el despacho.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Macaire un tanto mosqueado—. ¡Estoy trabajando!

—Disculpe, señor Ebezner, pero en la agenda el señor Levovitch tiene anotado a las cuatro: «CITA MUY IMPORTANTE». Y resulta que son casi las cuatro y el señor Levovitch no está y no hay forma de localizarlo. Seguramente se ha entretenido en el Palacio de las Naciones. ¿Qué hago?

—¡Que se hubiera organizado mejor la agenda! —dijo irritado Macaire, que ya estaba viendo dónde quería ir a parar Cristina y no estaba dispuesto a hacer favores.

—¿Puede usted atender la cita en su lugar? —insistió ella.

—No —se negó Macaire—. ¡No doy abasto!

—Seguramente es un cliente importante —abogó Cristina—. Se pondrá furioso si se entera de que se han olvidado de él. Basta con decir que Levovitch no ha podido llegar a tiempo y lo ha dejado encargado a usted.

—¡Lo que me faltaba, dar la cara por Levovitch para que luego lo elijan presidente a él! —replicó Macaire—. Si es un cliente importante, mejor que se enfade y se queje al Consejo de Levovitch. Así Tarnogol se enterará de que Levovitch no es tan perfecto.

Dicho lo cual, Macaire despidió a su secretaria, que volvió a su puesto.

Cuando, un cuarto de hora después, se presentó en la antesala la «cita importante», Cristina se quedó pasmada. Había supuesto de todo menos eso.

8. Apaños amistosos

Cristina tenía delante a un anciano imponente a quien conocía de sobra: aquellos rasgos tan peculiares, las asperezas de la piel, la eterna cara de acelga, la nariz torcida y las cejas enmarañadas. Llevaba en la mano un bastón con el puño incrustado de brillantes resplandecientes del que se murmuraba que valía por sí solo varios millones de francos. Era Sinior Tarnogol.

—¿Está Levovitch? —preguntó Tarnogol, que hablaba un francés impecable pero no conseguía desprenderse de un fuerte acento del este.

Como Cristina se quedó cortada, la miró aviesamente. Ella decidió hacerse la tonta:

—¿Había quedado usted con él? No veo nada en su agenda.

—Sí, habíamos quedado en mi despacho —explicó él—. Como no se ha presentado, vengo a ver qué pasa. ¡Es un fastidio que te dejen plantado así, la verdad!

—Señor Tarnogol —dijo Cristina con su voz más amable—, ¿tendría la bondad de aguardar un momentito en el salón rosa?

Poco después, Cristina entraba precipitadamente en el despacho de Macaire.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo este, irritado, soltando el ejemplar de *Doce hombres sin piedad*—. Ya le he dicho que estaba ocupado.

—La cita de las cuatro: ¡es Tarnogol!

Macaire abrió unos ojos como platos, con expresión preocupada.

—¡Tarnogol! ¿Y qué le ha dicho?

—Que Levovitch no estaba, pero que lo recibiría usted. Ha parecido muy satisfecho. ¡Lo siento mucho, señor Ebezner, he desobedecido sus órdenes, pero no podía echarlo!

—¡Buena jugada, Cristina querida, muy buena jugada! —la felicitó Macaire, pensando que era la ocasión soñada para hablarle de la presidencia y liquidar a Levovitch—. ¿A qué salón lo ha mandado?

—Al salón rosa.

—¡Muy buena jugada lo del salón rosa! —la felicitó de nuevo Macaire, pues era el salón más elegante de la planta—. Vaya a avisar a Tarnogol de que ahora mismo voy.

Cristina salió en el acto y Macaire aprovechó para agarrar la montaña de correo pendiente y trasladarla al escritorio de Levovitch. Luego fue a paso ligero hasta el salón rosa como un perro de caza rastreando una presa. Entró con cara alegre y voz melosa y le hizo una reverencia a Tarnogol como si fuera el becerro de oro.

—¡Querido Sinió, qué placer verlo! Precisamente quería hablar con usted de ese malentendido sobre mis viajes y del artículo de *La Tribune* que...

—Ahora no tengo tiempo para eso —lo interrumpió Tarnogol—. ¡Tengo que hablar con Levovitch a toda costa! Es importantísimo.

—Levovitch no está aquí —le explicó entonces Macaire.

—¿Y dónde está?

—No tengo ni idea. No pasa mucho tiempo en el despacho, ¿sabe?

—¿Ah, no? —dijo extrañado Tarnogol—. Creía que venía todas las mañanas a primera hora y se pasaba el día trabajando sin parar.

—Qué va, querido señor Tarnogol. ¡Eso es una leyenda. ¿Él, trabajando sin parar? —forzó la risa para subrayar la ironía de la situación—. ¡Debería llamarse Vagovitch! Damos gracias cuando se deja caer por aquí antes de las once de la mañana. Y muchas veces no se le ve el pelo en toda la tarde. Fíjese, son las cuatro y el tío se ha ido a casa. La verdad es que es muy poco serio.

—¡Más bien nada serio! —se indignó Tarnogol.

Macaire, satisfecho con el efecto conseguido, insistió:

—No debería decírselo porque no quiero perjudicar al pobre Lev, pero aquí lo hago todo yo. De hecho, no toma ninguna decisión sin consultarme. El hombre no tiene ningún sentido de la iniciativa. ¿Ha visto su despacho últimamente? Hasta arriba de correo pendiente. Los clientes se estarán subiendo por las paredes. ¡Qué vergüenza! ¡Nunca he visto tanta pereza!

—Pero ¿por qué no has avisado al Consejo del banco? —preguntó Tarnogol.

—Porque no le deseo ningún mal —explicó Macaire con tono empalagoso—. Es un infeliz. Y, además, mi padre lo quería mucho, así que el chico me da un poco de pena. Quiero decir que en el fondo no le hace daño a nadie; no es como si fuera el próximo presidente de este banco.

—Todo esto que me estás contando sobre Levovitch me parece escandaloso —dijo Tarnogol con expresión consternada.

—Escandaloso —repitió Macaire moviendo la cabeza, contrito.

—Entiéndelo: ¡estaba a punto de nombrar a Levovitch presidente del banco!

—¿Ah, sí? —dijo Macaire fingiendo asombro—. ¿Levovitch presidente? ¡Pues no creo que tarde mucho en hundirlo! En fin, el accionista es usted, no yo.

—¡Con la buena impresión que me ha causado siempre!

—Bueno, ya sabe, querido Sinior, es lo que tienen los grandes impostores.

Tarnogol se levantó y dio unos cuantos pasos por la habitación. Parecía perplejo.

—¿Todo bien, señor Tarnogol? —se preocupó entonces Macaire.

—¡No, todo mal, fatal! ¡Tenía que ver a Levovitch hoy para pedirle que me hiciera un recado muy importante! Incluso se lo dije: «Cita muy importante». ¡Y no está! ¡Estoy decepcionadísimo!

—A lo mejor puedo ayudarlo yo —sugirió Macaire, que estaba en la gloria.

Tarnogol se lo quedó mirando un rato.

—No estoy seguro —dijo—; lo cierto es que es algo muy delicado.

—Y sin embargo, confiamos el uno en el otro hace quince años —alegó Macaire—. Esa es la razón por la que es usted ahora vicepresidente del banco.

—Yo también respeté el pacto —le recordó Tarnogol—. Conseguiste lo que querías a cambio de tus acciones.

—Precisamente, amigo mío —se atrevió a decir Macaire—. Por eso podemos confiar ciegamente el uno en el otro. Hagamos un nuevo pacto.

—De acuerdo —acabó por decir Tarnogol, tras un momento de reflexión que se hizo interminable—. Te propongo un trato, Macaire. El recado que

quería que me hiciera Levovitch te lo voy a encargar a ti. Y a cambio te nombraré presidente del banco.

—¡Trato hecho! —aceptó Macaire, abalanzándose hacia la mano de Tarnogol para estrechársela con brío—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tienes que recibir un sobre en mi nombre, sencillamente —explicó Tarnogol—. Nada ilegal, nada peligroso.

—¿Y nada más? —dijo extrañado Macaire.

—Nada más —afirmó Tarnogol—. Facilísimo.

—Facilísimo —repitió como un loro Macaire—. ¿Y después?

—Después me llevas el sobre a casa —indicó Tarnogol.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¡Facilísimo!

—Facilísimo.

Los dos hombres salieron del salón rosa satisfechos. Según acompañaba a Tarnogol al ascensor, al pasar delante de los despachos Macaire se fijó en que Cristina no estaba, y sugirió ir a echar un vistazo al despacho de Levovitch. Señaló desde el umbral la mesa de trabajo cubierta de cartas.

—Fíjese en todo ese correo pendiente —se lamentó—. ¡La verdad es que es desesperante!

—¡Es escandaloso! —se indignó Tarnogol, que estaba a demasiada distancia para ver que las cartas iban dirigidas a Macaire—. ¿Cómo he podido imaginarme a Levovitch como presidente de este banco?

—Todo el mundo comete errores, querido Sinior —le dijo Macaire—. Equivocarse es humano.

En cuanto se fue Tarnogol, Macaire se apresuró a recoger el correo del escritorio de Levovitch y a amontonarlo en el suyo. Luego se repantigó en la silla y dejó que la euforia se fuera adueñando de él lentamente. Nunca se había sentido tan feliz: ya era suya la presidencia del Banco Ebezner. Había conseguido torcer el curso del destino sin tener que recurrir siquiera a ningún tejemaneje. Agarró el ejemplar de *Doce hombres sin piedad* y lo miró con desprecio; ya no necesitaba leer la cosa esa. Le haría un recadito de nada a Tarnogol y tendría garantizada la presidencia. Qué bello es vivir. Balanceándose en la silla miró el reloj: las cuatro y media. Ya podía irse a casa. «¡Vaya día que he tenido!»

En ese preciso instante, en Cologny, en la espléndida mansión de los Ebezner, Arma, la empleada doméstica, tenía la oreja pegada a la puerta del dormitorio de sus señores. Anastasia acababa de recibir una llamada misteriosa.

Como siempre, era Arma la que había cogido el teléfono. «Rrrresidencia Ebeznerrr, buenas tarrrrdes», dijo cortésmente, como se lo habían enseñado. Del otro lado, una voz masculina había preguntado por la señorita sin presentarse. Como la señorita estaba a su lado, Arma le entregó el auricular, pero al oír la voz de su interlocutor la señorita pasó inmediatamente la comunicación a su dormitorio antes de ir a encerrarse en él. Era muy raro. La señorita no hacía nunca esas cosas. Así que Arma, intrigada, decidió escuchar qué estaba pasando.

—¡Estás loco de remate por llamar aquí, Lev! —dijo molesta Anastasia, que creía hallarse en la intimidad de su cuarto.

—He pensado que no me cogerías el móvil —se justificó Lev al otro extremo de la línea.

—Y has acertado —replicó Anastasia—, porque ya no quiero ni hablarte ni verte.

—Yo me alegro de verte esta noche, cariño.

—¡No me llames «cariño»! ¡No me llames y punto! ¡Ya te he dicho que hemos acabado!

—Solo quería informarte de que te recogerán a las ocho menos cuarto para ir al Hôtel des Bergues. Hasta luego.

—¿Has oído lo que te he dicho? No va a haber ninguna cena esta noche. ¡Y menos aún en el Hôtel des Bergues! Fue un error pasar contigo allí este fin de semana. ¡Que tengo un marido, caramba! ¡Podría habernos visto toda Ginebra!

—No te preocupes.

—Pues sí, precisamente, me preocupo.

—Hasta la noche.

—¡Hasta nunca!

Anastasia le colgó sin contemplaciones. Al oír el golpe del auricular, Arma fue a todo correr a la planta baja y volvió al saloncito donde se suponía que tenía que pasar el plumero. Estaba conmocionada: la señorita engañaba al señorito.

*

Esa misma tarde, a las siete, Macaire Ebezner estaba dejando muy ufano el coche en el aparcamiento de Le Lion d'Or, en Cologny, con la esperanza de que se fijaran en que conducía un bólido que costaba una pequeña fortuna. Entró en el restaurante con actitud afectada, presumiendo con su mujer cogida del brazo, y muy consciente de que Anastasia atraía todas las miradas. Los acomodaron en una mesa de cara al lago como había pedido y admiraron las vistas. Ginebra, centelleando en la oscuridad, se extendía ante ellos como un tesoro.

—¡Esta noche, toca champán! —le comunicó de entrada Macaire al sumiller—. Tráigame un Pol Roger *millésimé*. ¡El champán de Winston Churchill! ¡El champán de la victoria!

Su marido parecía de muy buen humor y a Anastasia le hizo gracia.

—¿Qué estamos celebrando? —le preguntó.

—Chatita, estás cenando esta noche con el futuro presidente del banco —anunció con sonrisa de complicidad.

Ella fingió alegrarse:

—¡Ay, es maravilloso! ¿Te lo ha confirmado Jean-Bénédict?

—No, no habrá nada oficial hasta el sábado. De hecho, quería esperar a que fuera algo seguro antes de anunciártelo, pero ya no aguanto más: ¡está en el bote!

—No hay que vender la piel del oso antes de haberlo matado —lo atemperó Anastasia.

—Pues fíjate, cariño, que precisamente según lleo esta mañana me entero de que el Consejo está de hecho a punto de nombrar a Levovitch.

—¿A Levovitch? —dijo Anastasia con voz ahogada.

—Comprendo que te alteres, chatita: yo también me quedé descolocado. ¿Te imaginas a un «Levovitch» al frente del Banco Ebezner? ¡Ebezner es Ebezner, caramba! Se le había antojado a Tarnogol. ¡Estos extranjeros y sus ocurrencias descabelladas!

—¿Y ahora Tarnogol ha cambiado de opinión?

—Casi. Digamos que hemos hecho un trato. Queda un detallito de nada por zanjar. Pero puede considerarse que es cosa hecha.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya te lo explicaré. ¿Sabes? En el fondo, papá quería que yo fuera presidente. El tema ese de la elección era solo para darme una legitimidad indiscutible.

Anastasia no supo qué contestar: ella lo veía justo al revés. Abel Ebezner se había pasado la vida desacreditando a su hijo. Si hubiese querido que Macaire fuera presidente del banco después que él, le habría legado sus acciones sin más. Sin embargo, prefirió quedarse calladita y alzar a la salud de su marido la copa de champán que acababan de servirle.

Se sentía turbada: por Levovitch y por la elección a la presidencia del banco. Se le había pasado el hambre, quería volver a casa. Pero no quería estropearle la velada a su marido, que parecía de tan buen humor y tan hambriento. Macaire pidió unos tallarines con trufa blanca y de segundo, *carré* de cordero. Ella, un tartar de atún y una cigala. Macaire mandó meter otra botella de Pol Roger en el cubo de hielo. «¡Cena con champán y que esté bien frío!», le encargó al sumiller.

Sin embargo, a las siete y media, cuando acababan de servir los entrantes, el *maître* interrumpió a Macaire.

—Disculpe, señor Ebezner, pero hay una llamada para usted.

—¿Para mí? —dijo extrañado Macaire—. Si nadie sabe que estoy aquí.

Intrigado, siguió al *maître* hasta el guardarropa y cogió el auricular. Para mostrar aplomo, se identificó con voz autoritaria de jefe militar.

—¿Sí, diga? Macaire Ebezner al habla.

Escuchó atentamente a su interlocutor, que le dio unas largas instrucciones, y luego voceó como un soldado en posición de firmes:

—¡Me pongo en marcha ahora mismo!

Acto seguido, volvió corriendo con su mujer y sin tomarse siquiera el tiempo de sentarse de nuevo le anunció:

—Chatita, lo siento muchísimo, pero tengo que irme. Una urgencia mayúscula. Relacionada con lo que te dije antes. Termina de cenar tranquilamente y coge un taxi para volver, si te parece bien. No puedo arriesgarme a llegar tarde. Ya te lo explicaré.

Se marchó sin esperar la respuesta de su mujer.

Anastasia se quedó sola en la mesa, desconcertada, con los ojos clavados en el lago Lemán que brillaba a la luz de la luna. Jugueteó con el tartar con la punta del tenedor. Los demás clientes no podían por menos de mirarla.

Todo en aquella mujer exhalaba hermosura, pero una hermosura tanto más conmovedora cuanto que estaba teñida de melancolía.

Apuró la copa de champán sin tocar el plato. ¿A santo de qué iba a cenar sola?, pensó. Odiaba cenar sola. Odiaba estar sola. Sacó el teléfono del bolso y estuvo un buen rato pensando si llamar a Lev. No se atrevió. Decidió irse a casa. Pidió que llamasen a un taxi y salió a esperarlo a la calle. Un poco de aire fresco le sentaría bien. Eran las ocho menos cuarto. Al salir de Le Lion d'Or se encontró en el aparcamiento una limusina negra que la estaba esperando. El chófer de Levovitch, Alfred Agostinelli, sujetaba, abierta, la puerta del pasajero y le alargaba un ramo enorme de rosas blancas.

—Buenas noches, señora —le dijo Agostinelli sonriente—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, Alfred —contestó Anastasia, turbada.

Se subió al asiento de atrás sin pararse a pensarlo. Luego, lanzándole una mirada al benévolo chófer, que se estaba sentando en el sitio del conductor, le preguntó:

—¿Cómo se las apaña Lev?

9. Empieza la investigación

Si el enigma de la habitación 622 había arrancado en Ginebra, tal y como nos daba la impresión, allí era donde teníamos que ir. De modo que el miércoles 27 de junio de 2018 por la mañana, Scarlett y yo nos echamos a la carretera rumbo a la ciudad del extremo del lago Lemán.

Durante el trayecto, Scarlett me dijo:

—He encontrado en su *suite* notas sobre Bernard.

—¿La ha registrado?

—No, estaban encima de su mesa de trabajo. Pensé que eran para el libro y quería ordenarlas...

—¿Las ha leído?

—Sí. Me ha parecido que tenían una relación muy bonita. Me he quedado con ganas de saber más.

—¿Qué quiere saber?

—¡Todo! Cuénteme un poco cómo era Bernard.

—No sabría ni por dónde empezar —dije.

—Empiece por el principio —me sugirió—. Suele ser lo más sencillo. Cuénteme cómo conoció a Bernard. Cómo un autor joven y desconocido hizo amistad con un viejo editor.

—Es una larga historia —contesté.

—No tengo prisa. Y, de todas formas, tenemos trayecto por delante.

Sonreí.

—Bernard y yo nos conocimos hace siete años. Me acuerdo de aquel día de verano tórrido, a mediados de julio, en que empezó todo. París era un horno. Yo había llegado de Ginebra esa misma mañana. Me había esforzado en vestirme para la ocasión: camisa y chaqueta, como si fuera a una entrevista de trabajo. Quería convencerlo de que era una persona formal. Habíamos quedado en la librería L'Âge d'Homme, en la calle de Férou, que

ahora es una heladería. Llegué sudado y muerto de calor. Él me estaba esperando ya, sentado en la salita de reuniones del sótano.

Por entonces, yo tenía veintiséis años, acababa de licenciarme a duras penas en Derecho, después de pasarme la carrera escribiendo novelas. Todos los días, en vez de ir a la universidad, iba al piso de mi abuela, que me había despejado un cuarto para que montara un despacho. Mi abuela fue la primera que creyó en mí y me tomó en serio. Gracias a ella, en mis cinco años de carrera escribí del tirón cinco novelas, que fui enviando, una tras otra, a todas las editoriales habidas y por haber, y que todas ellas rechazaron. Era desesperante. Hasta que en enero de 2011 mi quinto libro —una novela histórica dedicada al Special Operations Executive, una rama del servicio de inteligencia británico que actuó con éxito durante la Segunda Guerra Mundial— llegó de rebote a Vladimir Dimitrijević, el fundador de la editorial L'Âge d'Homme de Lausana, y decidió publicarlo. Pero antes de que pudiera hacerlo, Vladimir Dimitrijević se mató en un accidente de tráfico. En el entierro conocí a Lydwine Helly, una amiga parisina de Dimitrijević; me contó que le había hablado de mi novela a Bernard de Fallois y le había propuesto hacer una edición conjunta. «Debería usted reunirse con Bernard de Fallois —me dijo Lydwine después del funeral—; a lo mejor le interesa publicar su libro».

Lydwine se convirtió en mi benefactora. Me tomó bajo su protección y organizó una cita con Bernard de Fallois. Y así fue como quedé con él en París aquel mes de julio tan caluroso. Y, como suele pasar con las grandes amistades, empezamos de la peor forma.

*

París, siete años antes

—No creo que vaya a publicar su novela.

El hombre que acababa de hablar y que estaba delante de mí tenía porte de general: elegante, señorial y con mirada alerta. La leyenda del sector editorial francés: Bernard de Fallois. Por desgracia, yo notaba un abismo generacional entre sus ochenta y cinco años y mis veintiséis años de autor joven e inédito.

—¿Por qué no? —me atreví a preguntarle.

—Presenta usted su libro como una novela histórica, pero no creo que sea cierto lo que cuenta. Es imposible que los ingleses hicieran todo eso.

—Pues le aseguro que es la verdad.

—Y además, ¿por qué le interesa a usted la guerra? —me preguntó Bernard con tono suspicaz—. No la vivió.

—¿Y qué?

Hizo una mueca poco convencida:

—No pretenderá usted hacerme creer que si la Resistencia francesa pudo luchar contra los alemanes fue gracias a los ingleses.

—Puedo demostrárselo —alegué—. Es un asunto desconocido, de ahí el interés de esta novela.

—Lo siento mucho, pero no creo que vaya a publicar su novela.

Al salir de la cita, estuve callejeando por Saint-Germain, deprimido y agobiado. Todo se había ido al traste. Más me valía dejar de escribir: nunca publicarían mis libros. Nunca sería escritor. Era el final de una de mis mayores esperanzas. Ganas me daban de tirarme al Sena, pero en vez de eso fui a husmear a la librería Gibert Joseph, en el bulevar de Saint-Michel, y estuve rebuscando entre los libros de historia. Di con varios títulos dedicados a la actuación del servicio de inteligencia británico entre 1939 y 1945. Apunté las referencias y preparé una breve bibliografía a la que añadí las fuentes que había utilizado para mi novela; luego se lo mandé todo a Bernard.

No tuve ninguna noticia de él. Hasta el viernes 26 de agosto de 2011. Al final del día, me llamó por teléfono Lydwine Helly.

—¡Bernard va a publicar su libro! —me anunció.

Nunca he sabido por qué cambió de opinión. Y así fue como mi primera novela se publicó finalmente en enero de 2012.

—¡Y fue un exitazo! —me interrumpió Scarlett en un arrebato de entusiasmo.

—¡Qué va! Fue una catástrofe.

Se echó a reír.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. Bernard era desagradable conmigo, me caía fatal y yo a él. Lo novela se vendió muy mal. Unos cientos de ejemplares. Me juré que no volvería a trabajar con él.

—¿Y qué pasó luego?

—Continuará la próxima vez —decreté—. Casi hemos llegado a Ginebra.

Acabábamos de salir de la autopista e íbamos hacia el centro, bordeando los diferentes edificios de las organizaciones internacionales. No tardamos en ver las orillas del lago y, en segundo plano, el Jet d'Eau. Le comenté a Scarlett:

—Sabrá que recorrí esta misma carretera, pero en sentido contrario, hace exactamente cuatro días.

—¡No vaya de aguafiestas, escritor, que no le pega! Y además, así puede ir a casa a coger calcetines, por si le faltan.

—O sencillamente podría volver a casa y meterla en un tren para Verbier. Se echó a reír.

—No hará tal cosa. Quiere estar en Verbier conmigo.

Reprimí una sonrisa y ella lo notó.

—No intente estar siempre tan serio, escritor. No cuela.

Cruzamos el puente del Mont-Blanc. Subíamos hacia Cologny, la zona elegante de Ginebra. Era donde vivía Macaire Ebezner cuando se produjo el asesinato. Debo reconocer que Scarlett me tenía muy impresionado: había buceado en las profundidades de internet y había sacado a la luz una cantidad asombrosa de información. Por ejemplo, ese artículo de *L'Illustré*, uno de los grandes semanarios de la Suiza francófona, dedicado a Macaire Ebezner y publicado pocos meses antes del asesinato. Ilustraba el texto una foto de Macaire y de su mujer, Anastasia, posando delante de su casa.

No sabíamos la dirección exacta, pero se mencionaba el nombre de la calle: camino de Ruth. Allí fuimos. Yo conducía muy despacio e íbamos pasando revista a las casas de ambos lados de la calzada. De repente, Scarlett exclamó:

—¡Es ahí!

Delante de nosotros, por un amplio portón de hierro se veía una casa parecida a la de la foto de la revista: una mansión espléndida de piedra blanca, con el lago a sus pies, y a su alrededor un extenso parque.

10. Un hombre sin piedad

Martes 11 de diciembre, cinco días antes del asesinato

En casa de los Ebezner, en Cologny, una mansión espléndida de piedra blanca, con el lago Lemán a sus pies, y a su alrededor un extenso parque cubierto de nieve.

Sola en la mesa de la cocina donde estaba servido el desayuno, Anastasia, en bata, jugaba con un trozo de pan sin comérselo, demasiado absorta en recordar los acontecimientos de la víspera. Una velada maravillosa que la había llevado a la *suite* del Hôtel des Bergues que ocupaba Lev Levovitch. La estaba esperando, de esmoquin, guapísimo. Una mesa puesta para dos, cubierta de manjares exquisitos con su correspondiente vino gran reserva.

Cenaron a la luz de las velas, más enamorados que nunca. ¡Se sentía tan viva a su lado! Después, cayeron uno en brazos del otro y se amaron apasionadamente.

Hasta que a eso de la medianoche sonó el teléfono de la habitación. A Anastasia le entró el pánico: ¡seguro que era Macaire! Le había encargado a alguien que la siguiera, lo sabía todo e iba a aparecer y a montar un escándalo. Alivio inmediato: no era Macaire, sino el presidente de la República francesa, que estaba en Ginebra por la Asamblea de las Naciones Unidas. Padecía insomnio y tenía ganas de charlar. Quería que Lev fuera a reunirse con él en la Misión de Francia ante las Naciones Unidas, ubicada en una finca inmensa y señorial de Chambésy, donde se alojaba durante su estancia en Ginebra.

De entrada, Lev lo había mandado educadamente a tomar viento por mor de un encuentro amoroso; pero a Anastasia le entró mala conciencia y le dijo: «Pero, hombre, ¡que es el presidente de la República!».

De modo que Lev llamó a su vez al gran comendador de los franceses para decirle que iría. Se vistieron y fueron juntos en el Ferrari negro,

modelo exclusivo. Acabaron bajo los dorados de un gran salón, en una reunión íntima con el presidente de la República, que los recibió en bata. Tomando té, fumando un puro y en amistosa charla, el presidente aprovechó para pedirle a Lev unos cuantos consejos sobre su discurso del día siguiente en las Naciones Unidas.

A las dos de la madrugada, Lev llevó a Anastasia a casa. La dejó delante de la finca, en el camino de Ruth y, al amparo de la noche, la besó de nuevo, prolongada y amorosamente, antes de dejar que se fuera.

Al entrar por el portón, tuvo un momento de angustia: ¿qué iba a decir Macaire al verla volver a semejante hora? Tenía que estar muerto de preocupación. ¿Habría avisado a la policía? ¿O sospechaba algo y la estaba esperando solapadamente en el salón? Le pediría explicaciones. Lo que tenía que hacer ella era actuar con naturalidad. Diría que al final había salido con unas amigas, que habían estado tomando algo en el Hôtel des Bergues y se le había pasado el tiempo volando, punto. Tenía derecho a divertirse, ¿no? Y además, ¡era él quien la había dejado sola en el restaurante! Pero al llegar delante de la casa, se dio cuenta de que no estaba el coche de Macaire. Aún no había vuelto de la cita misteriosa. ¿Dónde podía estar? Anastasia se acostó enseguida, sin hacerse demasiadas preguntas, aliviada por no tener que dar explicaciones y, sobre todo, muy feliz por las horas pasadas con Lev. Aún sentía el cuerpo de él contra el suyo, sus dedos en su piel, el placer que le daba. Cerrando los ojos un instante, lo vio encima de ella, besándola y susurrándole: «¿Un poquito más de zumo de naranja, señorita?». Ay, no, vaya, eso lo decía Arma, que venía a molestar:

—¿Un poquito más de zumo de naranja, señorita? —le preguntó Arma a su señora, ofreciéndole una jarra de zumo recién hecho.

Anastasia se esforzó por sonreír a la moleston.

—Qué buena cara que tiene esta mañana, señorita —le dijo Arma, mientras le llenaba el vaso.

Anastasia no contestó, cavilando en que, para no levantar las sospechas de su marido, debería tener un aspecto menos radiante. Y en ese preciso instante apareció Macaire vociferando hecho una furia:

—¡El maldito Levovitch de las narices!

Anastasia se sintió desfallecer: ¡ya está, su marido se había enterado de todo!

—¡Maldito Levovitch! —repitió Macaire.

—¿Qué..., qué pasa? —balbució Anastasia.

Macaire llevaba en la mano la edición del día de *La Tribune de Genève* y la desplegó para ponérsela delante a su mujer.

—¡Mira esto, chatita! —chilló con un tono que oscilaba entre el fastidio y la admiración.

En primera plana del periódico, que anunciaba una entrevista con el presidente de la República francesa, se veía una foto de este último en compañía de Levovitch, tomada la víspera, mientras paseaban a orillas del lago Lemán, cerca de las Naciones Unidas. Macaire leyó un pasaje del artículo:

—«Los dirigentes del mundo entero llevan reunidos desde ayer en las Naciones Unidas para la cumbre sobre los refugiados. Hoy, el presidente de la República francesa pronunciará un discurso muy esperado. Por lo demás, los paseantes del parque de la Perle du Lac se llevaron la sorpresa de cruzarse ayer con él, seguido de cerca por sus guardaespaldas, mientras daba una vuelta en compañía de Lev Levovitch, asesor de banca de inversión muy conocido en Ginebra...»

Arma lo interrumpió mientras leía:

—¿Zumos de naranja, señorito?

—Sí, gracias.

Macaire dejó el periódico y le echó mano a una tostada que untó generosamente de mantequilla.

—¡Menudo tío el Levovitch este, de verdad! —siguió diciendo—. Que si ahora me paseo del brazo del presidente de la República... Que si ahora salgo en el periódico en primera plana... ¿Y sabes qué es lo peor? Que ni siquiera se le ocurre alardear. Ayer no vino al despacho, pero no le dijo a nadie que tenía cosas que hacer en Naciones Unidas. Cristina tuvo que rastrearlo hasta que nos enteramos de lo que se traía entre manos.

Anastasia miró decepcionada a su marido, que sentía una admiración sin límites por el hombre con quien ella le ponía los cuernos: en el fondo, tanto él como ella estaban enamorados de la misma persona. Incómoda, se esforzó por cambiar de tema.

—¿Y tu velada? Volviste tarde, ¿no? —preguntó con tono falsamente ingenuo.

—Volví a las tres y media de la madrugada. Estoy reventado.

—¿Y qué estuviste haciendo hasta las tres y media de la madrugada?

—No puedo contarte nada. Bueno, a ti sí puedo contártelo: resulta que ayer Sinió Tarnogol me pidió que le hiciera un recado. Una cosa muy importante. Lo que te conté en el restaurante, el detallito ese que quedaba por zanjar.

—¿Qué clase de recado? —preguntó Anastasia, preocupada por lo que pudiera haber hecho su marido para influir en la decisión de Tarnogol.

—Nada del otro mundo, fíjate tú: tenía que recoger una carta para él y llevársela enseguida.

—¿Una carta? Ni que fueras el cartero.

Macaire le lanzó una mirada aviesa:

—No entiendes nada. ¡Mira, más habría valido que no te contase nada! Una carta muy importante que Tarnogol no podía recibir directamente. Necesitaba a un hombre de confianza.

—¿Necesitaba a un cartero! —repitió Anastasia.

—¿Un hombre de confianza! —dijo Macaire, irritado—. Se trataba de ir a Basilea a recoger el sobre, para que lo sepas.

—¿Hiciste el viaje de ida y vuelta a Basilea ayer por la noche? Ahora entiendo por qué volviste a esas horas.

—Bah, no está tan lejos si conduces bien. Recogí el famoso sobre a eso de las once, en un gran hotel de Basilea. En cuanto me tomé un cafetito, me puse otra vez en marcha; a las dos y media se lo estaba entregando a Tarnogol en propia mano. Me recibió en su casa, fíjate. Nunca invita a nadie. Bueno. Un palacete espléndido en la calle de Saint-Léger, enfrente del parque de Les Bastions. El colmo de la elegancia. Me trató con el respeto que me merezco. Me recibió como a un rey, diciendo a voces: «¡Hermano!». *Hermano*, me llamó. ¿Oyes eso? Había pedido que me preparasen un tentempié. Bueno, «un tentempié» por decir algo, había que verlo: ¡como para alimentar a toda una aldea hambrienta! Caviar iraní fuera de serie, salmón salvaje ahumado de Alaska como no lo has probado nunca, unas tostadas de *brioche* que se derretían en la boca, tabla de quesos, tartas finas de fruta, golosinas... ¡Ay, me habría gustado que lo vieras! ¡Era algo grande! De propina, abrió una botella de vodka Beluga para celebrar «una gran ocasión». Dijo con ese acento tan espantoso suyo: «¡Beluga, el vodka de la victoria!». Pasamos un buen rato juntos, charlando y riéndonos. En total sintonía. Y al irme me dijo, en inglés: «*Thank you, Mister President*».

—*Mister President?*

—Pues sí. ¡Porque soy yo a quien van a nombrar el sábado! ¡No perdí la noche, je, je!

Macaire miró a su mujer amorosamente. Desde hacía una temporada algo había cambiado en ella. Tenía el rostro más luminoso. Estaba más alegre. La sorprendía de muy buen humor. ¡Lo que se dice distinta! Feliz, incluso. Sí, la hacía feliz. Habían tenido sus altibajos, pero ahora él sabía ya cómo apañárselas. No había más que verla: resplandeciente.

Esa mañana, Macaire, que solía dedicarle un buen rato al desayuno, se zampó las tostadas corriendo; estaba claro que tenía prisa.

—¡A trabajar! —dijo levantándose de la mesa.

—¿Ya te vas al banco? —preguntó Anastasia, extrañada.

—No —contestó él con tono misterioso—. Me voy al gabinete. Estoy trabajando en un proyecto.

Ella pareció intrigada. A Macaire le gustó causar esa impresión. Lo había tomado por un imbécil con eso del cartero; ya vería quién era él cuando descubriera la verdad. Pensó que lo subestimaban demasiado. Era algo que a veces le había dolido antes de darse cuenta de que, en el fondo, ahí residía su fuerza: del agua mansa líbreme Dios. Tomó nota mentalmente de que ese refrán podría ser un buen título para sus memorias.

Encerrado en su gabinete, Macaire empezó por admirar lo que se había traído de su visita a casa de Siniór Tarnogol, un pañuelo de seda bordado: «Siniór Tarnogol, miembro del Consejo». Le había llamado la atención encima de una mesa auxiliar y no pudo resistirse a robarlo. Ese complemento se le antojaba un detalle muy elegante; lo usaría como modelo para encargar unos pañuelos donde pusiera: «Macaire Ebezner, presidente».

Metió el trozo de tela en el fondo de un cajón del que sacó una botella de zumo de limón. Vertió parte en un tazón de cobre y añadió agua para hacer tinta simpática. Sacó luego el cuaderno de notas de la caja fuerte, se acomodó en un pupitre repleto de adornitos y siguió con el relato.

Los diferentes informes que envié al Consejo Federal dieron en el blanco: la comunidad financiera suiza, nuestro pulmón económico, estaba amenazada y era imperativo protegerla. Si los países europeos tenían previsto actuar no solo para impedir la fuga de capitales a Suiza,

sino también para identificar las cuentas suizas de algunos de sus súbditos, entonces era necesario, ateniéndose a la máxima ya consagrada, preparar la guerra para garantizar la paz.

El Gobierno suizo encargó por lo tanto al servicio de inteligencia que organizase una operación de vigilancia a gran escala de los ministerios de Economía de los países europeos para poder así anticiparse a posibles represalias contra Suiza.

Como enviar agentes de inteligencia a países amigos y aliados resultaba siempre un ejercicio peligroso en términos de imagen y diplomacia, se mandó a la P-30 a primera línea para preparar el terreno. La división económica de la que yo formaba parte incrementó su actividad. Londres, París, Lisboa, Viena, Atenas, Múnich, Milán, Madrid, Estocolmo: todas las grandes ciudades de Europa se convirtieron en nuestros objetivos. En cada una de ellas había que localizar los distintos edificios administrativos afectados, tales como las sedes ministeriales o de las autoridades fiscales, y cosechar la mayor cantidad posible de información de cada una: accesos, disposición de los locales, presencia de cámaras, eventuales controles a la entrada, etcétera. Esa tarea también podía consistir en anotar la matrícula de todos los coches que entrasen o saliesen de los aparcamientos del personal para crear una base de datos. O en identificar los restaurantes del barrio a los que les gustaba ir a los empleados. Ese trabajo de hormiga, tedioso e ingrato, era no obstante indispensable para abrir el camino a los agentes de inteligencia a quienes se enviase luego *in situ* para instalar los dispositivos de escucha, robar o destruir documentos, o también entrar en contacto con los empleados venales que accediesen a proporcionarnos información.

Al regresar de cada misión, recibía una invitación para la ópera, donde me reunía con Wagner para entregarle los informes de mis observaciones.

Por desgracia todos esos esfuerzos iban a revelarse inútiles: nuestro peor enemigo no se hallaba en realidad fuera de nuestras fronteras, sino en la entraña de nuestro país. Iban a atacarnos desde dentro como lo demuestra el acontecimiento que traumatizó a toda nuestra institución bancaria: un empleado despedido de un importante banco de Zúrich se llevó, como venganza, una lista de clientes extranjeros con cuentas ocultas en Suiza y se la vendió a los ministerios de Hacienda de Alemania y de Francia.

Para los bancos, reputados por su discreción y su apego al principio del secreto bancario en lo referido a la identidad de los clientes, aquello fue como si les cayera una bomba. Para el servicio de inteligencia supuso el estado de máxima alerta: existía el riesgo de que esta traición sin precedentes provocase otras muchas. Era imperativo asestar un golpe de gran calado, asegurarse de que se trataba nada más de un caso aislado y disuadir a todo el mundo de la pretensión de seguir ese ejemplo.

A la P-30 se le encomendó que descubriera si los cargos más elevados de las administraciones fiscales de los grandes países de Europa estaban intentando activamente comprar información en los bancos suizos. Así fue como, después de la muerte de mi padre, alegando mi resentimiento de heredero legítimo desposeído de la presidencia, Wagner me envió a diferentes ciudades de Europa para infiltrarme en los arcanos del fisco. Durante todo ese año viajé con frecuencia a París, Londres, Múnich, Milán y Atenas, ida y vuelta. El protocolo era sencillo: en cada una de esas ciudades, Wagner me había presentado a algún abogado que trabajaba para nosotros. Este me ponía en contacto con algún responsable local de la administración fiscal, con el que me reunía en un lugar discreto y a quien me presentaba como un arrepentido. Les contaba siempre la misma historia: «Mi padre no me nombró presidente, quiero vengarme y estoy dispuesto a colaborar con ustedes». Podían comprobar que todo era verdad y venía en la prensa. Eso era lo que solían hacer y entonces, siempre por medio del abogado para garantizar la discreción absoluta, concertaban un segundo encuentro, en el que iniciábamos una negociación merced a la cual les sacaba valiosas informaciones sobre sus métodos: ¿cuánto estaban dispuestos a pagar por la lista de mis clientes? ¿Qué iban a hacer con ella? ¿Qué garantías de protección me daban? ¿Estaban dispuestos a concederme un permiso de residencia, puesto que no podría quedarme en Suiza? Por lo general, cuando ya disponía de suficiente información, les exigía un compromiso por escrito, a lo que se negaban siempre y así podía romper la negociación sin despertar sospechas.

Al acabar mi carrera en la P-30 debo decir aquí que me sentí orgulloso y feliz de haber servido a mi país. Tengo la impresión de haber vivido.

El único rastro que me queda de esos años apasionantes es una carta que me hicieron llegar hace unos años por mediación de Wagner firmada de puño y letra por el presidente de la Confederación suiza. Tres líneas manuscritas que añado a este texto.

Querido Macaire:

Que estas pocas palabras sirvan de testimonio de nuestro eterno agradecimiento por su compromiso sin fisuras en pro de su país.

Con toda mi amistad,

Beat Wunder, presidente de la Confederación helvética

—«Eterno agradecimiento» —dijo Macaire en voz alta, mientras volvía a leer la carta que guardaba metida entre las páginas del cuaderno.

¡Ojalá su padre hubiera sabido qué temple tenía! Macaire miró con nostalgia la foto de su padre colocada junto al pupitre, enfrente de él: «Tu hijo, papá —le dijo a su padre de papel satinado—, no es un cualquiera».

Desde el gabinete, Macaire pudo oír que sonaba el teléfono fijo y los pasos precipitados de Arma que acudía a contestar («Rrrresidencia Ebeznerrr, buenos días»). Luego, más pasos precipitados, esta vez hacia el gabinete y, de repente, unos golpes contra la puerta de su habitación.

—Señorito —exclamó Arma desde el otro lado—, siento molestar, pero tiene una llamada urgente.

Antes de abrir, Macaire se tomó la molestia de guardar el cuaderno en la caja fuerte.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Es del banco!

Fue a coger el teléfono del vestíbulo. Estaba al aparato Cristina, su secretaria.

—Señor Ebezner —se disculpó de entrada—, no consigo localizarlo en el móvil, así que me he permitido llamarlo a su casa.

Al advertir el pánico en la voz de la empleada, Macaire se apresuró a tranquilizarla:

—Ha hecho bien, Cristina. ¿Qué ocurre?

—Tiene que venir inmediatamente al banco.

—Pero, vamos a ver, ¿qué ocurre?

—¡Venga! —le suplicó ella—. Está aquí el señor Tarnogol, en su despacho. ¡Está fuera de sí y llamándole a usted de todo! No sé de qué habla, pero parece algo muy serio.

11. Un favor

En el Banco Ebezner, Cristina intentaba oír algo detrás de la puerta cerrada del despacho de Macaire, que había acudido nada más avisarlo ella. Pero solo le llegaban gritos.

Dentro de la habitación, Tarnogol seguía indignado:

—¡Te has atrevido a tomarme por un imbécil! —le echó en cara a Macaire—. ¡Te has atrevido a mentirme!

—¿Yo? ¿Mentirle a usted?

—Ayer me dijiste que Levovitch era un perezoso y no venía nunca. Pero ¡Levovitch estaba en Naciones Unidas! ¡Con el presidente francés!

—¿Có-cómo lo sabe? —preguntó Macaire, a quien le castañeteaban los dientes.

—¡Porque viene en el periódico! —exclamó Tarnogol enarbolando un ejemplar de *La Tribune de Genève*.

—Ha sido un malentendido —dijo con tono suplicante Macaire, temblando como una hoja.

—¿Ah, sí? —bramó Tarnogol—. Y también decías que Levovitch no contestaba nunca el correo, ¿eso también es un malentendido? ¡Ese correo era para ti!

—¿Có-cómo lo sabe? —balbució Macaire, que se sentía desfallecer.

—¡Porque está encima de tu mesa y va a tu nombre! —contestó Tarnogol agarrando con ademán enrabiado un manojo de cartas esparcidas por encima de la mesa y lanzándolas por los aires—. ¡Se acabó, Macaire! ¡Ya puedes olvidarte de la presidencia!

—Pero, vamos a ver, Sinió —dijo Macaire intentando hacerlo entrar en razón—, ¡con lo bien que nos llevábamos anoche! Si incluso me llamó «hermano»...

—¡Eso fue antes de descubrir tus engaños y mentiras! ¡Lev Levovitch será el próximo presidente del banco!

Con estas palabras, Tarnogol salió del despacho dando un portazo con todas sus fuerzas, ante los ojos aterrados de Cristina. Macaire se desplomó en la silla, literalmente anonadado.

Al cabo de unos minutos eternos, llamaron con suavidad a la puerta: por la rendija asomó la cara de Lev Levovitch.

—¿Va todo bien, Macaire? —dijo preocupado—. Por lo visto Tarnogol te ha armado una buena.

—Va todo fatal —gimió Macaire, a punto de echarse a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Levovitch, decidiéndose a entrar en la habitación, con Cristina siguiéndolo tímidamente.

—Algo muy grave —contestó Macaire.

—Pero ¿qué? —inquirió Cristina, acongojada—. Hable, señor Ebezner, está palidísimo.

Levovitch y Cristina miraron a Macaire con gesto compasivo. Este sentía una tremenda necesidad de soltar lastre, pero no había una forma apropiada de contarles las mentiras que había dicho de Levovitch y la historia del correo.

—La verdad es que ahora mismo estoy muy estresado —se limitó a explicar.

—¿Estresado por qué? —insistió Cristina—. ¿Es por lo de la presidencia?

—No, no tiene nada que ver —mintió Macaire, que albergaba la esperanza de que Cristina no le hubiera contado nada a Levovitch de cuanto había oído la víspera, y quería cambiar de tema—. Creo que se trata de una leve depresión invernal y nada más.

—¿Sigues yendo al psicoanalista que te recomendé? —preguntó entonces Levovitch—. La verdad es que es muy bueno.

—Sí, el doctor Kazan. Precisamente, voy todos los martes, a las doce y media. Qué oportuno —se rio con sarcasmo para guardar las apariencias—. Y los jueves también, por cierto.

—No sabía que iba usted a un psicoanalista —dijo Cristina.

—¡Bueno, tampoco le importa a nadie! —decidió Macaire, un tanto apurado y queriendo cambiar de tema a toda costa—. ¿Y si fuéramos a tomarnos un cafetito? Invito yo.

*

A las doce y media de ese mismo día estaba entrando Macaire en la consulta del doctor Kazan, en el número 2 de la plaza de Claparède.

—Estoy muy mal, doctor —anunció Macaire sin más preámbulos, al tiempo que se dejaba caer en el diván del especialista.

Kazan llevaba casi quince años tratando a Macaire. Desde la historia aquella de las acciones del banco. Por entonces, cuando su padre se enteró de que se las había cedido a Tarnogol, se puso tan furioso que estuvo una temporada sin dirigirle la palabra. Macaire se había puesto en manos del doctor Kazan siguiendo la acertada recomendación de Levovitch, que le había asegurado que era la persona que necesitaba. Y estaba en lo cierto: gracias al doctor Kazan, Macaire pudo reanudar las relaciones con su padre. Pero desde la muerte de Abel Ebezner, había empezado a tener episodios de honda depresión y había sentido la necesidad de pasar a dos sesiones semanales para salir del bache. Le gustaba mucho el doctor Kazan, que lo había ayudado a recobrar la confianza en sí mismo. Le gustaba su serenidad, su mirada bondadosa y la forma en que mordisqueaba la patilla de las gafas mientras lo estaba escuchando.

—Le había dicho, doctor —confesó Macaire—, que creía estar seguro de que iba a ser el presidente del banco.

—En efecto, me parece que incluso lo he leído en la prensa —dijo Kazan—. Estaba a punto de darle la enhorabuena.

—Bueno, pues ha habido un pequeño drama.

—¿Ah, sí?

Macaire refirió detalladamente al psicoanalista sus desventuras de las últimas veinticuatro horas.

—Así que, si he entendido bien, el tal Tarnogol ya no quiere ni oír hablar de usted —resumió Kazan tras el relato de su paciente.

—¡Y todo porque metí la pata! —se lamentó Macaire—. ¡Ay, doctor, ayúdeme a dar con un modo de convencer a Tarnogol, se lo ruego! ¡Hay que hacer que cambie de opinión cueste lo que cueste! Si no me nombran presidente de este banco, ¡me suicido!

—¡No diga esas cosas! —se escandalizó el doctor Kazan—. Sería pésimo para mi reputación.

—Hablando de reputaciones —aprovechó Macaire—. Se ha puesto en contacto con usted un tal Jean-Bénédict Hansen, es mi primo Jean-Béné. Anda buscando un psicoanalista para su mujer, que es un poco ciclotímica. He sido yo quien le ha aconsejado que lo llame. Le he dicho que era usted el mejor. Pero, por lo visto, le ha dicho a Jean-Béné que no acepta ya nuevos pacientes.

—Sí, hace años que no acepto a nadie más. Hice una excepción con usted en su momento porque venía recomendado por Lev Levovitch.

—¡Ay, dichoso Levovitch! —dijo Macaire irritado—. ¡Lo odio! ¡Tan perfecto! ¡Tan extraordinario! ¡Me gustaría ser él!

—¿Lo odia o lo admira?

—¿Es posible odiar a alguien porque lo admiras demasiado? —preguntó Macaire.

—Sí —asintió el doctor Kazan—. Se llama envidia.

—Entonces, ¿le tengo envidia?

—Para ser exactos, diría incluso que padece usted *invidia maxima*, una enfermedad que identificó el doctor Freud en su célebre caso Lucien K.

—¿Qué es eso del caso Lucien K.?

—Lucien K. era el hijo de un rico industrial vienés que siempre había buscado la aprobación paterna. Pero su padre lo había agobiado siempre a reproches y acabó prefiriendo a otro muchacho a quien consideró su hijo y entregó las riendas de su imperio.

—¡Eso es exactamente lo que me pasa a mí con Levovitch! —exclamó Macaire, que se sintió aliviado al enterarse de que existía un precedente famoso—. ¿Y qué pasó en el caso de Lucien K.?

—Que mató a su padre, a su madre, a su mujer y al perro, a todo el mundo. Y lo internaron. Así fue como Freud pudo estudiar su caso.

—¡Caramba! —susurró Macaire—. ¿Cree que voy a acabar igual?

—No —lo tranquilizó el doctor Kazan—. Porque en su caso existe una particularidad: hace quince años lo tenía todo controlado. Su padre le había pasado el testigo, lo había reconocido como sucesor suyo al entregarle delante de todo el mundo las acciones que le garantizaban llegar a presidente del banco. Y usted se las dio, por una razón que aún se me escapa, al tal Siniór Tarnogol. Pero no fue por dinero, ¿verdad?

—Fue un intercambio —confirmó Macaire.

—¿Y él qué le dio a cambio? —preguntó el doctor Kazan—. Le confieso que tengo curiosidad por entender qué podía valer tanto como la presidencia del banco.

—Algo que todo el mundo quiere, pero que nadie puede comprar.

—¿Y qué es?

—¡No me creería!

—Inténtelo.

—¡No me creería! —repitió Macaire.

Kazan no insistió y pasó a preguntar:

—¿Qué va a hacer entonces con el tal Tarnogol?

—No lo sé —suspiró Macaire—. ¿Qué haría usted en mi lugar, doctor?

—Macaire —dijo entonces el psicoanalista—, pronto va a hacer un año que se está preparando conmigo para el Gran Fin de Semana. ¿Se acuerda de lo que representa para usted ese Gran Fin de Semana?

—Separarme de mi padre —respondió Macaire.

—Eso mismo. Por fin va a cortar el cordón umbilical con su difunto padre. ¿Se acuerda de lo que hemos hablado durante las sesiones? Ya no es su padre quien decide su vida; es usted, Macaire, de ahora en adelante, es usted dueño de su destino.

Macaire se quedó perplejo.

—Lo que intento explicarle —prosiguió el doctor Kazan— es que la voluntad de Tarnogol de que el elegido sea Levovitch representa para usted la oportunidad de revelarse a sí mismo.

—Creo que no le sigo, doctor.

—Vamos a ver, si lo eligiesen sin tener que pelear, puede que le diera por pensar que no ha sido mérito suyo. Pero ahora tiene que convencer a Tarnogol. Y sé que lo va a conseguir. Sé de lo que es usted capaz. Se va a demostrar a sí mismo lo que lleva dentro y lo elegirán presidente del Banco Ebezner. Y después de esa elección, será un hombre nuevo, emancipado por fin de su padre, pues su cargo de presidente solo se lo deberá a usted mismo. Durante nuestras sesiones ha sacado a la luz su verdadera identidad: la de un luchador, la de un triunfador. Ya es hora de que la vea todo el mundo, empezando por Tarnogol.

—¡Tiene usted toda la razón, doctor! —exclamó Macaire, repentinamente enardecido—. Pero no me ha dicho cómo convencer a

Tarnogol. Siendo psicoanalista, se le tiene que dar muy bien la manipulación mental, ¿no?

—En principio, se supone que yo no doy las ideas, se le tienen que ocurrir a usted —le recordó el doctor Kazan—. Esa es la base del psicoanálisis.

—¡Ay, doctor! —suplicó Macaire—. Écheme una manita, por favor se lo pido... Noto que se le ha ocurrido una idea.

El bueno del doctor Kazan, al ver tan desvalido a su paciente, le sugirió:

—Arrégleselas para que Tarnogol le deba un favor de los gordos. Y entonces no le quedará más remedio que llevarlo a la presidencia del banco. Ya es hora de terminar. Hasta la sesión del jueves.

12. Adulterio

Ese miércoles 27 de junio de 2018, Scarlett y yo pasamos un buen rato esperando en el camino de Ruth, delante del portón de la finca de Macaire Ebezner. Habíamos llamado a la puerta, pero no había abierto nadie. Scarlett quería quedarse allí de plantón hasta que llegase alguien.

Al final, se nos acercó una vecina que había estado observando nuestros tejemanejes.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó con un tono inquisitivo por el que colegimos que no dudaba de nuestras malas intenciones.

Me reconoció y se le dulcificó la expresión en el acto.

—Pero si usted es...

—El Escritor —dijo Scarlett—. Y yo soy su asistente, Scarlett Leonas.

—Encantada —nos saludó la vecina, que de entrada creyó que yo estaba buscando una propiedad inmobiliaria—. La casa ya no está en venta, acabaron comprándola hace casi un año. El nuevo propietario está de vacaciones.

—Era la casa de Macaire Ebezner, ¿no? —preguntó Scarlett.

—Sí. Ha estado en venta varios años. Desde los sucesos... Están ustedes al tanto de lo que ocurrió, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Bueno, en parte. Por eso estamos aquí.

La vecina era muy simpática y de temperamento charlatán. Nos invitó a tomar un refresco en su casa. Llevaba viuda unos cuantos años y siempre se alegraba de encontrar algo que la entretuviera.

—Me acuerdo muy bien de la época en que ocurrió todo aquello. Ese año hubo unas nevadas excepcionales. ¿Quieren ver unas fotos?

—No, gracias —dije.

—¡Con mucho gusto! —se apresuró a enmendarme Scarlett.

La vecina rebuscó en una estantería llena de álbumes ordenados por años. Nos enseñó su jardín cubierto de nieve, el camino de Ruth cubierto de nieve, el centro del pueblo cubierto de nieve y las orillas del lago Lemán cubiertas de nieve.

—¡Apasionante! —me extasié con tono sarcástico.

—No le haga caso al Escritor —le dijo Scarlett a la vecina—, parece un poco gruñón, pero es muy buen chico. ¿Conocía usted bien a Anastasia y a Macaire Ebezner?

—No mucho. No éramos íntimos, pero manteníamos una relación de buena vecindad. Unas personas muy agradables. Yo tenía por entonces un perro que se escapaba a menudo. Un braco húngaro macho. Vale más tener hembras, es más sencillo. Los machos se pasan la vida largándose. En cuanto les llama la atención un olor, se las apañan para saltar la cerca. Me traían muchas veces a Kiko cuando se lo encontraban por la calle.

—¿Kiko es el perro?

—Sí. Era espléndido. Puedo enseñarles fotos si quieren.

—¡No, gracias! —rehusé.

—¡Con muchísimo gusto! —aceptó Scarlett.

La vecina se levantó y fue a buscar un álbum de fotos dedicado a Kiko.

—¿Qué puede decirnos de Anastasia y de Macaire Ebezner? —le preguntó Scarlett mientras pasaba las páginas.

—En el momento de los sucesos, el matrimonio estaba claramente de capa caída. Para ser exactos, ella lo engañaba.

—¿Cómo lo sabe?

—Un día Anastasia recibió unas flores. A su marido le contó que se las había enviado yo para agradecerles que me hubieran traído el perro a casa. Lo sé porque Macaire vino luego a agradecerme las rosas que supuestamente le había mandado yo a su mujer. Enseguida caí en la cuenta de que Anastasia tenía un amante. Cuando una mujer le miente a su marido sobre la procedencia de un ramo de flores, la explicación suele ser por lo general bastante sencilla.

—¿Sabe usted quién era el amante? —pregunté.

—No, pero creo que Arma, la empleada doméstica, estaba al tanto. Hizo una alusión estando yo delante.

Apunté el nombre.

—¿Arma qué más?

—Ya no me acuerdo, pero puedo darle el número de móvil. Una mujer encantadora. La pobre, al final, después de los sucesos, se quedó sin trabajo. Yo la contrataba de vez en cuando, pero ella necesitaba algo más estable. Ahora trabaja en una empresa de limpieza. Aunque la llamo cuando necesito gente para alguna fiesta. Hablen con ella, seguramente podrá ayudarlos.

13. El Libro de Ester

Martes 11 de diciembre, cinco días antes del asesinato

—Un favor —repetía Macaire rumiando el consejo que el doctor Kazan le había dado pocas horas antes.

Eran las siete menos veinte y Macaire andaba arriba y abajo por la cocina, dando vueltas como una hélice alrededor de Arma, que estaba preparando la cena, sin dejar de repetirse: «¿Cómo te las arreglas para que alguien te deba un favor?».

Tenía en la mano el ejemplar de *Doce hombres sin piedad* y lo sacudía como si de ese modo pudiera enterarse milagrosamente del contenido. Le parecía que en la obra el miembro del jurado que hacía cambiar de opinión a todo el mundo no necesitaba un favor de nadie para llegar a sus fines. ¿Cómo lo había hecho entonces? ¡Maldición! A Macaire lo desesperaba haberse dormido a mitad de la película y no tener paciencia para leerse el libro entero. Seguro que Anastasia sí que conocía la obra, porque lo sabía todo. Tenía que hablar con ella a toda costa, pero resulta que llevaba dos horas encerrada en el baño. ¿Qué demonios estaba haciendo? A través de la puerta cerrada con llave, había intentado hacer a su mujer partícipe de sus padecimientos, vociferando a pleno pulmón para que lo oyera por encima del ruido del agua llenando la bañera:

—¿Qué hay que hacer para que te hagan un favor?

Pero ella lo había mandado a paseo:

—No tengo tiempo para tus acertijos.

En vista de lo cual, cargó contra Arma.

—«¿Cómo conseguir que te hagan un favor?» —contestó finalmente Arma, alzando los ojos al cielo mientras rociaba la pierna de cordero—. Ojalá lo supiera...

—¿Qué está insinuando? —le preguntó Macaire que, por el tono, intuía que era una indirecta.

—Le pedí a usted librar este viernes y no ha querido.

—Sí, pero, bueno, ya le expliqué que me venía fatal porque precisamente el viernes me voy muy temprano a Verbier por el Gran Fin de Semana del banco y Anastasia se queda sola aquí. Tiene que reconocer que es la primera vez que le niego un permiso; me parece bastante ofensivo que se atreva a quejarse.

—Se siente, señorito, pero usted lo ha preguntado —se justificó Arma.

—«Se siente», «se siente», qué fácil es sentirlo todo tanto. ¡Pues, hala, cójase libre el viernes! Le doy permiso. ¡Estará contenta! Ya lo ve, ha vuelto a colar. ¡Si es que de tan bueno, soy tonto! Eso es lo que soy. Pues hala, basta de cháchara, acabe con la cena que los invitados van a llegar dentro de un cuarto de hora.

Irritadísimo con la situación, Macaire buscó un buen pretexto para pagarlas con Arma. Entonces se fijó en que las luces de Navidad del exterior estaban encendidas e iluminaban los árboles nevados.

—Y hablando de invitados, por favor, Arma, mujer, apague esas luces hasta que lleguen, ¿quiere? Ya le he dicho mil veces que es inútil encenderlo todo si no hay nadie a quien impresionar. ¡Qué manía de estar gastando luz porque sí!

—Es para que haga *monito* —explicó Arma.

—¡Queda muy *monito*, pero cuesta dinerito! ¡Cómo se nota quién paga! ¡Venga, apague eso pero ya!

Arma se apresuró a obedecer. Macaire se arrepintió en el acto de haber alzado la voz. La buena de Arma no estaba tan mal. Era honrada y fiel, llevaba diez años a su servicio. Y de lo más educada. Nunca estaba enferma, siempre tan voluntariosa. Y, además, tampoco pedía tantos permisos y, de hecho, casi nunca se cogía vacaciones. Para disculparse por la regañina, aprovechó que Arma estaba ocupada con las luces para colarse en el cuartito donde ella se cambiaba y dejaba sus cosas y le metió un billete de cien francos en el bolso. Cuando volvió a la cocina, Arma ya estaba otra vez delante de los fogones, asando unas patatitas nuevas.

—¿Está *procupado*? —preguntó con voz suave.

—¡Y tanto!

—¿Qué pasa? Esta mañana se fue muy corriendo, parecía estresado.

—Un asunto lioso —contestó Macaire evasivo—. ¡Ay, no sabe qué suerte tiene de llevar una vida sencilla, sin jodiendas ni preocupaciones!

Se desplomó en una silla al tiempo que soltaba un prolongado suspiro, para volver a levantarse en el acto, presa de una intensa agitación. Se fue de la cocina para pasar revista al comedor, de donde volvió enseguida.

—Oiga, Arma, ¿qué es ese ramo de rosas blancas tremendo que hay en el salón?

—Se lo han mandado a la señorita.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha mandado un ramo como ese?

A Arma le apetecía contárselo todo a su señor. Ya no tenía dudas de lo que se traía entre manos la señorita: ayer, la llamada telefónica. Hoy, el ramazo de rosas. Pero ¿cómo informar al señorito? Lo que más necesitaba eran pruebas, porque la señorita seguro que lo negaba todo. Se pondría estupenda, diría que la llamada había sido un sueño y se inventaría cualquier patraña para las flores. «¿Por qué miente así, Arma, con lo bien que nos hemos portado siempre con usted?», diría. Macaire se pondría furioso también y la despedirían.

Al pensarlo, Arma consideró que en boca cerrada no entran moscas, en el preciso instante en que Anastasia aparecía, más guapa que nunca, luciendo un vestido de muselina azul oscuro que Macaire no le había visto en la vida.

—¡Guau! —dijo este entusiasmado, creyendo que su mujer se había vestido así en su honor.

—Salgo a cenar con unas amigas —le dijo entonces Anastasia.

—Pero ¿cómo? Si vienen a cenar Jean-Béné y Charlotte.

—¡Ay, lo siento, lo tenía apuntado para el martes que viene!

—Pero, bueno, ¡si siempre cenamos juntos el segundo martes del mes! Lo sabes de sobra.

—Pues tendría que ser el primer martes mejor que el segundo. El segundo se presta a confusión, ya lo ves. Y además, ¿por qué no me lo has recordado esta mañana? Claro, con esas prisas por ir a encerrarte en el gabinete...

—¿Así que ahora la culpa es mía?

—En parte. Ya es tarde para anular mi cena.

—¿No pensarás dejarme tirado?

—Cenamos con Jean-Béné y Charlotte todos los meses, no pasa nada si me pierdo un día. Hace mucho que no salgo.

—Te vas a perder una cena muy interesante, ¿sabes? Vamos a hablar de literatura. ¿Te suena *Doce hombres sin piedad*?

—Por supuesto.

—¿Si es que eres genial, lo sabes todo! O sea, ¿que has leído el libro?

—Es una obra de teatro —le corrigió Anastasia—. La he visto, sí, pero hace mucho. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de lo que hace el tío para convencer a todos los demás de que tiene razón?

—No se trata de quién tiene razón o no. Enfrenta a los demás miembros del jurado consigo mismos. Les mete la duda en el cuerpo y así desmonta poco a poco todas sus certidumbres.

—Eso es exactamente lo que he intentado con Tarnogol —explicó Macaire—. He procurado desmontarle las certidumbres. Pero no ha funcionado. ¿No podrías darme algún consejo? Tú siempre tienes buenos consejos, necesito...

—Luego —lo interrumpió Anastasia—. Tengo que irme, voy a llegar tarde.

Se encaminó hacia el espacioso vestíbulo. Macaire la siguió como un perrito faldero.

—¿Sabes? —se quejó—. He tenido un asco de día en la oficina. Me habría gustado poder contártelo.

Sin decir ni una palabra, Anastasia sacó del armario empotrado un elegante abrigo con el que se arropó. Macaire volvió al ataque:

—La verdad, podrías salir cualquier otra noche. Tus amigas lo entenderán.

Anastasia pensó que más le hubiera valido marcharse sin avisar para evitar que Macaire se hiciera la víctima o la acribillase a preguntas. Cosa que no dejó de suceder. Cuando ya tenía la mano en el picaporte, le preguntó por las flores que, obviamente, le habían llamado la atención.

—Oye, por cierto, ¿quién ha mandado esas rosas?

—La vecina —contestó Anastasia en el acto.

—¿La vecina? ¿Y por qué te manda la vecina semejante ramo?

—Recogí a su perro en la calle el otro día y se lo llevé. Ya sabes cuánto quiere a su perro.

—No me lo dijiste. ¿Por qué no me lo dijiste? Yo te lo cuento todo.

—Creía que te lo había dicho.

—Pues qué maja, la vecina. Iré a darle las gracias.

—No hace falta, ya se las he dado yo.

—¡Ah! No me has dicho dónde vas esta noche.

—Primero he quedado para tomar unos cócteles en el bar del Hôtel du Rhône —mintió ella—. Luego iremos por ahí, por el centro.

—Puedo llevarte, si quieres.

—No, qué ridiculez, llegarías tarde para recibir a los invitados. Pasadlo bien esta noche. Seguramente volveré tarde. Saluda a Jean-Béné y a Charlotte de mi parte.

—Se van a llevar un chasco al ver que no estás —se lamentó Macaire quemando el último cartucho para que su mujer se sintiera culpable y se quedara.

—Lo entenderán perfectamente —contestó Anastasia, según salía por la puerta de la calle.

Macaire, contrariado, se dejó caer en uno de los amplios sillones del vestíbulo, abanicándose con el ejemplar de *Doce hombres sin piedad* que no había soltado, y miró por la ventana cómo su mujer se subía al deportivo y huía lejos de casa.

Anastasia, tras haber cruzado a toda velocidad el portón de la finca, tomó el camino de Ruth. En cuanto consideró que ya no podía verla nadie, aparcó en el arcén de la calle residencial desierta, se quitó enseguida los guantes de cuero para tener los dedos libres y sacó del bolso la carta que iba con el enorme ramo de rosas que Agostinelli, el chófer de Lev, le había llevado después de comer.

Esta tarde a las siete en el aparcamiento del paseo Byron.

Te espero allí.

Lev

El paseo Byron estaba a pocos minutos en coche de la casa de los Ebezner. Era el lugar romántico por excelencia, el punto de cita de las parejas de enamorados, en una zona despejada de la colina de Cologny que ofrecía unas vistas extraordinarias del lago Lemán y de la ciudad de Ginebra.

Cuando Anastasia llegó, el aparcamiento estaba desierto. Eran las siete menos diez. Estaba tan impaciente por llegar que lo había hecho diez minutos antes. Sabía que tendría que haberse hecho desear, haber llegado con mucho retraso o, mejor aún, darle plantón. Tenerlo esperando. Tenerlo

en ascuas. Pero desde que había recibido las flores no podía estarse quieta. Se había pasado la tarde preparándose, disponiéndose y emperifollándose. Se había probado diez vestidos y quince pares de zapatos. Quería estar perfecta.

Por tercera vez echó una ojeada al reloj. Luego se retocó el pelo en el retrovisor. Solo faltaban pocos minutos para volver a verlo.

A las siete en punto, Jean-Bénédict se presentó sin su mujer en casa de los Ebezner.

—Querido primo —lo saludó Macaire—, ¿Charlotte no viene contigo?

—No se encuentra bien. Otro de sus cambios de humor. Y eso que estos últimos días parecía que estaba bien. Pero al volver del banco, hace un rato, me la he encontrado encerrada a oscuras. Dice que necesita descansar. Le he dejado claro que era de muy mala educación fallar en el último minuto.

—Pues fíjate, con Anastasia me ha pasado tres cuartos de lo mismo; según ella, se ha confundido con la fecha de esta cena y se ha ido a cenar con unas amigas.

—¿Sabes qué? Que mejor para nosotros y que ellas se lo pierden —decretó Jean-Béné—. Además, así podremos hablar tranquilamente de lo nuestro.

Macaire se llevó a Jean-Bénédict al salón para servirle una copa. Le contó cuanto había sucedido desde el día anterior con Tarnogol y cómo, después de haberlo convencido para que lo nombrase presidente a cambio de ir a buscarle una carta a Basilea, lo había echado todo a perder por culpa de una mísera confusión.

—Explica la confusión —pidió Jean-Bénédict.

—No merece la pena —contestó Macaire haciendo un gesto con el dorso de la mano—. Un lío con el correo pendiente. ¡Total que ahora lo que hace falta es arreglárselas para que Tarnogol cambie de opinión! Tenemos toda la cena para que se nos ocurra algo.

En ese mismo momento, sin bajarse del coche, Anastasia esperaba tranquilamente en el aparcamiento del paseo Byron. Ya pasaban quince minutos de la hora de la cita y Levovitch no había aparecido aún. Un pequeño retraso, a quién no le ha pasado.

A las ocho, en el amplio comedor de los Ebezner, Macaire y Jean-Bénédict se chupaban los dedos con la pierna de cordero y las patatas nuevas con ajo y sal gorda que había preparado Arma, mientras charlaban sobre qué estrategia adoptar para darle la vuelta a la decisión de Tarnogol.

—He leído *Doce hombres sin piedad* como me pediste —indicó Jean-Bénédict—, pero no estoy seguro de poder relacionarlo con tu situación.

—Se trataba de meterle la duda en el cuerpo a Tarnogol y así desmontar poco a poco todas sus certidumbres sobre Levovitch —explicó Macaire, repitiendo palabra por palabra lo que le había dicho su mujer de la obra—. Pero ya he hecho todo como en el libro y no ha funcionado. Hay que encontrar otra cosa. ¡Y rápido! Tenemos el tiempo en contra: ¡la votación es dentro de cuatro días!

—¿Tienes alguna pista? —preguntó Jean-Bénédict.

—Lo he hablado hoy con el doctor Kazan, que ha tenido esta idea genial: habría que poner a Tarnogol en deuda conmigo.

—¿Y el pago de esa deuda sería la presidencia? —comprendió Jean-Bénédict.

—Exactamente.

—¡Ay, cuánto me gustaría que Kazan aceptase a Charlotte como paciente! —dijo esperanzado Jean-Bénédict al salir a colación el nombre del médico.

Macaire le llenó de Cheval Blanc la copa a su primo y le comunicó en tono confidencial:

—No hay nada que hacer, querido Jean-Béné. Me ha dicho que solo cogía a gente importante. Pero si tú me ayudas a mí yo te ayudaré a ti, ¡así que vamos a buscar deprisita una solución! ¿Cómo se consigue que alguien esté en deuda contigo?

—Haciéndole un favor muy grande —sugirió Jean-Bénédict.

—Ya le hice un favor muy grande siendo su cartero nocturno hasta Basilea —recordó Macaire—. Tenemos que pensar otra cosa.

En el paseo Byron, en el interior del coche, que se había quedado frío, Anastasia seguía esperando. Lev ya llegaba una hora tarde. Seguro que alguien lo había entretenido. Puede que el presidente de la República. Tenía que haber una buena razón. Decidió seguir esperando.

Las nueve en el comedor de los Ebezner.

Jean-Bénédict y Macaire le habían dado un buen tiento a la famosa tarta de manzana de Arma (que siempre arrasaba entre los invitados) y también a otra botella de Cheval Blanc cuando, de repente, a Jean-Bénédict se le ocurrió una idea luminosa:

—Hace quince días, el pastor Berger vino a casa a tomar el té. Nos habló del Libro de Ester.

—¿Y a esa qué tripa se le ha roto? —dijo irritado Macaire, que no veía la relación con el resto de la conversación a menos que la tal Ester hubiera escrito un libro sobre la manipulación mental.

—El Libro de Ester pertenece al Antiguo Testamento —explicó Jean-Bénédict con tono santurrón—. Cuenta cómo, quinientos años antes de Cristo, en Persia, el rey Asuero toma como nueva esposa a Ester, una de las mujeres más hermosas del reino pero que, mira qué mala suerte, es judía. Mardoqueo, el tío de Ester, le recomienda a su sobrina que no revele que es judía para no meterse en líos. Así que Ester se convierte en reina y Mardoqueo va a verla a menudo, por lo que se pasa el día metido en palacio. Un día Mardoqueo sorprende a dos soldados que están tramando un complot contra Asuero: los denuncia y así le salva la vida al rey. Entretanto, a Amán, el malvado visir del rey, le fastidia que Mardoqueo siempre ande por ahí porque no le cae bien. Cuando Amán se entera, de propina, de que Mardoqueo es judío, decide organizar una matanza de todos los judíos del reino y consigue convencer al rey Asuero (que no sabe que Ester, su mujer, es judía) de que firme un decreto para llevarla a cabo. Al enterarse de esa noticia tan tremenda, Mardoqueo le dice a Ester que ella es la única que puede convencer a Asuero para que dé marcha atrás en su decisión.

—¡El Gran Vuelco! —exclamó Macaire, a quien de repente el relato le parecía interesantísimo—. ¿Y qué? ¿Cómo se las apañó la buena de Ester?

—Ester —prosiguió Jean-Bénédict— invita a Asuero y a su visir Amán a dos festines. Después del segundo, Asuero, que ha comido como un ogro y está tan contento, le pregunta a su mujer: «¿Qué puedo hacer por ti, cariñito?». Entonces Ester se lo cuenta todo: que es judía y que Amán quiere matar a todo su pueblo y, por consiguiente, también a ella. Asuero se queda pasmado («Ester, ¿eres judía? ¿Y también tu tío Mardoqueo?»). Por supuesto, manda anular el decreto de la matanza. ¡Los judíos de Persia se salvan y al malvado Amán lo degüellan!

—¡Eso no te lo crees ni tú! —dijo indignado Macaire, nada convencido.

—¡Es la santa Biblia! —le recordó Jean-Bénédict.

—Ni por esas: la mujer esta invita a comer dos veces a su costillo y, ¡zas!, ¿él va y cambia de opinión? ¡No cuele! Y dime, ¿cómo se supone que esta historieta me va a ayudar a que Tarnogol se desdiga?

—Que no se te olvide que Mardoqueo le había salvado la vida al rey —alegó Jean-Bénédict—. Eso tuvo que influir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Macaire.

—Si le salvas la vida a Tarnogol, te nombrará presidente.

—¿Que le salve la vida? ¿De aquí al sábado? Pero ¿cómo?

En la habitación se produjo un dilatado silencio. Macaire empezó a cavilar. Dio vueltas alrededor de la mesa, esforzándose por imaginar qué habría sugerido Wagner si se tratara de una operación de la P-30. De repente se hizo la luz y exclamó:

—¡Tengo una idea! ¡Tengo la Idea del Siglo! Vamos a intentar matarlo y salvarlo al mismo tiempo.

14. Un secreto

Eran las diez de la noche. En casa de los Ebezner se estaba gestando un secreto.

Habían pedido a Arma que se volviera a casa, aunque no había terminado de fregar los cacharros ni había recogido la mesa. Macaire le había dicho que lo podía hacer todo al día siguiente y que ya había trabajado bastante por hoy. Eso era muy inusual y Arma pensó que algo grave debía de pasar para que su señor actuara así. Cuando se estaba yendo, se entretuvo un momento delante de la puerta cerrada del comedor y oyó a Macaire exclamar del otro lado: «No dejaré que Lev Levovitch me robe mi sitio de presidente». ¿Así que el señorito no tenía la seguridad de que lo eligieran presidente del banco? ¿Era eso lo que lo tenía tan preocupado estos últimos días? Decidió poner la oreja.

En el comedor, Macaire y Jean-Bénédict habían planificado minuciosamente lo que bautizaron como Operación Vuelco, que en esencia había elaborado Macaire con un guion digno de la P-30.

Tras debatir largo y tendido, Macaire y Jean-Bénédict ensayaron cuidadosamente su dúo para tener la seguridad de que todo funcionase a la perfección.

La Operación Vuelco tendría lugar al cabo de dos días, el jueves 13 de diciembre por la noche, durante la cena de gala anual de la Asociación de Banqueros de Ginebra en la sala de baile del Hôtel des Bergues. Era una velada de primera que reunía a los miembros de los consejos y a los socios de las entidades privadas de la banca ginebrina. La flor y nata. Se suponía que Jean-Bénédict asistiría acompañado de Charlotte. Horace Hansen, en cambio, había declinado la invitación, pero Tarnogol también estaría allí.

—Entonces, en vez de ir vosotros, iremos Anastasia y yo a esa cena —recapituló Macaire.

—Sí, Charlotte estará encantada de que renunciemos a ir, porque su hermana y ella tienen entradas para un concierto de órgano en el Victoria Hall.

—Y ¿estás seguro de que a Anastasia y a mí nos sentarán en la misma mesa que a Tarnogol?

—Segurísimo —le garantizó Jean-Bénédict—. En esa cena siempre es igual. A los directivos de una misma entidad siempre los colocan en la misma mesa.

—Así que aprovecharé para causarle buena impresión a Tarnogol mientras comemos —explicó Macaire—. Luego, un pelín antes de que termine la velada, le digo a Tarnogol que me gustaría hablar un minuto con él en privado y me lo llevo fuera para caminar un poco por el muelle, delante del hotel.

—La cena acaba a las diez —especificó Jean-Bénédict—; lo pone en la tarjeta de invitación. Llévate a Tarnogol a la calle a eso de las nueve y media, será el momento del café. Todos los invitados estarán entretenidos en la sala de baile y las inmediaciones del hotel estarán completamente desiertas.

—Así que Tarnogol y yo damos una vuelta —siguió diciendo Macaire—. Charla muy seria; le digo que opino que me corresponde a mí ser presidente del banco. Caminamos por el centro del muelle de Les Bergues, bordeando el Ródano. A esas horas no hay ni un alma, y menos aún en pleno diciembre. Estaremos solos en el muelle desierto y oscuro.

—Sí, entre lo mal iluminado que está y la niebla que sube del Ródano, no se ve casi nada —afirmó Jean-Bénédict, que pasaba muy a menudo por el muelle de Les Bergues cuando tenía que volver a pie a su casa desde la orilla derecha—. Yo estaré emboscado en mi coche. Apáñatelas para andar bien por el centro del muelle. Estáis distraídos con la charla, no os fijáis en que os llega un coche por detrás y que al conductor se le ha olvidado encender los faros.

—Cuando estés colocado detrás de nosotros —siguió Macaire—, enciendes los faros y das un bocinazo. Esa será mi señal. Agarro del brazo a Tarnogol y tiro de él hacia mí con todas mis fuerzas. Acabamos los dos por los suelos, en una caída espectacular. Inmediatamente, Jean-Béné, tú aceleras y pasas por nuestro lado a toda velocidad, como si no nos hubieras visto, y sigues adelante como un cohete. Entonces, Tarnogol se dará cuenta

de que acabo de salvarle la vida. Tendrá que reconocer mi temple. No se me ocurre cómo podría dejar de nombrarme presidente, después de pasar por algo así.

Tras un prolongado silencio, Jean-Bénédict planteó una pega:

—¿Y si me sale mal la maniobra y atropello a Tarnogol? —dijo, preocupado.

—Imposible. No olvides la consigna: te acercas muy despacio. Sobre todo para que no se te oiga. No aceleras hasta después de tocar la bocina, y cuando yo esté tirando de Tarnogol hacia mí. En el momento en que aceleres, ya no estaremos en tu trayectoria. Pasarás rozándonos, dando así sensación de velocidad, pero todo es solo una ilusión. No puede sucedernos nada.

—¿Y si alguien apunta la matrícula?

—Colócate lo bastante lejos del hotel como para que los empleados no puedan verte. Y antes de entrar en acción, asegúrate de que no pasa nadie por la calle. El muelle es lo bastante largo para que yo prolongue el paseo hasta que estés seguro de que no hay testigos. Y a Tarnogol, que habrá rodado por el suelo conmigo, no le dará tiempo a ver nada de nada. En lo que tarde en levantarse ya estarás lejos. De todas formas, tu coche es de un modelo muy corriente, nadie lo va a relacionar. Y, además, siempre puedes tapar la matrícula con un poco de nieve, ya me entiendes.

—¿Y si Tarnogol prefiere andar por la acera? —siguió preguntando Jean-Bénédict.

—Pues me tocará llevarlo donde corresponda. Es responsabilidad mía. La tuya es asegurarte de que no haya testigos. Cuando se cumplan esas dos condiciones, das la señal tocando la bocina, yo tiro de golpe de Tarnogol y tú desapareces. Es sencillísimo.

Jean-Bénédict no estaba convencido del todo. Al final, dijo:

—No sé si me apetece hacer esto. Podría acabar mal. Me parece que estás yendo demasiado lejos.

—Vamos, hombre, si solo es un poco de teatro —dijo Macaire para tranquilizar a su primo.

—Es algo más que teatro —replicó Jean-Bénédict.

Macaire puso cara de estar harto.

—¿Sabes qué? Si quieres dejarme en la estacada, adelante. Creía que la nuestra era una amistad a prueba de bomba. Ayer dijiste que harías lo que

fuera para ayudarme. Está claro que has cambiado de parecer. Sea como fuere, no esperes que te trate demasiado bien cuando sea presidente del banco.

Esta amenaza acabó de convencer a Jean-Bénédict.

—Por supuesto —añadió Macaire—, de este proyectito nuestro no tiene que enterarse absolutamente nadie, ni siquiera nuestras mujeres. Nadie puede saber nada de nada.

Sin pretenderlo, Macaire pronunció esta última frase en un tono tremendamente serio. Así que, para relajar el ambiente, soltó una risa alegre y forzada. No quería reconocerlo delante de Jean-Bénédict para no asustarlo más de lo que estaba, pero era consciente de que la operación comportaba grandes riesgos. Pero esa operación también era su última oportunidad.

Arma acababa de llegar a su pisito del barrio de Les Eaux-Vives. Vivía sola en esa casa de dos habitaciones en el cruce de las calles de Montchoisy y de Les Vollandes. Se había escapado sin hacer ruido de casa de los Ebezner después de oír contar íntegramente el plan de Macaire y Jean-Bénédict. Estaba preocupada. Se preguntaba cómo acabaría todo aquello.

Se preparó un té y se acomodó en su salón para examinar el ejemplar de *La Tribune de Genève* que traía de casa de sus señores. Los Ebezner siempre le dejaban llevarse el periódico al terminar la jornada laboral.

Observó atentamente la foto que ocupaba la primera plana y que esa mañana había puesto tan nervioso al señorito, a la hora del desayuno. En la imagen, dos hombres andaban emparejados por el parque de la Perle du Lac, sonriéndose como dos amiguetes, rodeados de escoltas ante los ojos pasmados de los demás paseantes. Arma reconocía sin dificultad a uno de los dos: era el presidente de la República francesa. El otro era un hombre muy guapo y elegante; se llamaba, según el artículo, Lev Levovitch.

Al leer ese nombre, Arma alzó la vista del periódico, patidifusa: todas las piezas del puzle encajaban ahora en su cabeza.

Si su señorito había gritado así esa mañana por culpa del individuo ese del periódico, el tal Levovitch, era porque quería quitarle el sitio de presidente del banco. Era el mismo nombre que había pronunciado Macaire media hora antes en el comedor: «¡No dejaré que Lev Levovitch me robe mi sitio de presidente!». Lev Levovitch, ¡con un nombre así no podía haber dos en Ginebra! Lo cual significaba que el Lev Levovitch del periódico era

también el amante de la señorita. No cabía la menor duda. La víspera, durante aquel misterioso telefonazo en casa de los Ebezner, la señorita le había dicho a su interlocutor (Arma lo recordaba muy bien): «¡Estás loco de remate por llamar aquí, Lev!».

Era el mismo Lev que hoy había mandado el gigantesco ramo de rosas blancas. Cuando la señorita abrió la puerta unas horas antes, le pareció que conocía al hombre con aspecto de chófer que había ido a llevar las flores. «De parte de Lev», dijo este. La señorita creía que Arma no lo había visto, pero ¡Arma lo había visto todo! Venía una nota con el ramo; en cuanto supo qué ponía, la señorita se encerró en el cuarto de baño antes de largarse, seguramente para ir a reunirse con él.

¡Lev Levovitch era al mismo tiempo el amante de la señorita y el que quería robarle la presidencia del banco al señorito!

A Arma le hervía la sangre. Agarró un bolígrafo y con un ademán rabioso le llenó a Lev la cara de tachaduras negras antes de rasgar la foto para hacerlo desaparecer. ¡Ay, cuánto odiaba a ese destrozahogares que arrasaba la vida de su señor!

Luego, contrita, cogió de la mesa del salón la foto de Macaire, que tenía en un bonito marco plateado. Estuvo mucho rato mirándola. Debía de ser de hacía unos años: a Macaire se lo veía tan sereno... Iba elegante, de esmoquin, seguramente en una cena de gala. Arma había encontrado esa foto en casa de los Ebezner, en una caja arrinconada en el fondo de un armario y rebosante de fotos que llevaban años esperando que las organizaran. ¡Con lo guapo que estaba Macaire en ese retrato, y nadie podía apreciarlo! Era una lástima. Se concedió a sí misma permiso para llevarse la foto que, desde entonces, conservaba devotamente.

Arma acarició el rostro de papel y luego le dio un beso. Su Macaire, ese hombre tan excepcional. Le sonrió y después le susurró esa palabra tierna que tanto le gustaba: «Gatito». Pensó que ella era la única que quería de verdad a Macaire.

Abrió un álbum de fotos que tenía encima de la mesa del salón y donde atesoraba todos los artículos dedicados a la sucesión de Ebezner padre y a lo que ella creía que era el advenimiento de Macaire. Como solía hacer casi todas las noches, les pasó revista.

FALLECE EL BANQUERO ABEL EBEZNER

El presidente del Banco Ebezner falleció el domingo por la noche a los 82 años de edad. Deja una innegable impronta en la banca ginebrina.

ABEL EBEZNER: DESAPARECE UN GRAN BANQUERO

Carismático y brillante, pero también irascible, así describían a Abel Ebezner, un hombre adelantado a su tiempo aunque no por ello menos respetuoso de la tradición. Bajo su mando, el banco familiar Ebezner se convirtió en el buque insignia de la banca privada helvética, destacando claramente por delante de los habituales motores de los mercados financieros de Ginebra y Zúrich. Tal y como marca la tradición del Banco Ebezner desde su creación, el sucesor tendría que ser, en principio, su hijo Macaire, que ya ocupa en el seno de la entidad el cargo de gestor de patrimonio.

¿QUIÉN SUCEDERÁ A ABEL EBEZNER?

Un rumor confirma que Abel Ebezner decidió voluntariamente no nombrar a su hijo Macaire presidente del Banco Ebezner y dejar, por el contrario, que el Consejo del banco se encargase de elegir a su sucesor.

BOMBAZO EN EL BANCO EBEZNER

El letrado Peterson, abogado de la familia Ebezner, ha confirmado en rueda de prensa las disposiciones que tomó Abel Ebezner. En efecto, le corresponde al Consejo del banco la responsabilidad de nombrar al nuevo presidente de la institución bancaria. «Abel Ebezner sigue siendo un visionario aun después de su fallecimiento —explicó el abogado con su labia habitual—. Por el bien del banco, decidió romper con unas tradiciones obsoletas y nepotistas para adoptar una elección que, en lo sucesivo, basará la función presidencial no ya en la herencia, sino en la capacidad para dirigir un banco de semejante envergadura».

MACAIRE EBEZNER SERÁ NOMBRADO PRESIDENTE
DEL BANCO EBEZNER ESTE SÁBADO

La noticia la ha confirmado entre líneas uno de los miembros del Consejo del banco al declarar ante un grupo de periodistas que «solo un Ebezner puede dirigir el Banco Ebezner». Se despejan, pues, las dudas: Macaire Ebezner, de 41 años de edad, será quien lleve las riendas del banco familiar del que es único heredero. Para algunos, este nombramiento a cargo del Consejo es una genialidad del difunto Abel Ebezner. Sin romper con la tradición, ofrece una legitimidad acrecentada a su hijo. Para otros, se trata más que cualquier otra cosa de una amplia operación publicitaria del Banco Ebezner que, de este modo, conseguirá acaparar toda la atención.

Arma cerró el álbum de golpe, furiosa.

¿Cómo podía la señorita hacerle algo así al señorito? ¿Engañarlo? Y, de propina, ¿engañarlo con ese individuo que quería quitarle su puesto de presidente del banco? ¿Cómo podía la señorita traicionarlo así? En los diez años que llevaba al servicio de los Ebezner, Arma había estado orgullosísima de compartir la vida cotidiana de esa pareja que a ella le parecía modélica y era el reflejo de sus propias aspiraciones. Pero la señorita acababa de echarlo todo a perder. Y la decepción que sentía Arma era proporcional a la admiración que siempre le había inspirado la señorita. Hasta este momento, Arma la había considerado una mujer fuera de lo común: guapa, vivaz, inteligente, divertida, a quien todo se le daba bien. La mujer que se hacía notar en el acto en las fiestas y los cócteles. Exactamente lo que hacía falta para conquistar a un hombre tan extraordinario como el señorito. Y era por esa precisa razón por lo que, pese a los sentimientos que le inspiraba su señor, Arma siempre había sido incapaz de estar siquiera un poco celosa de la señorita. Era demasiado superior, demasiado intocable. ¿Qué podía ella frente a esa princesa rusa, ella, la criadita albanesa, todo el día con el delantal puesto?

Pero estaba claro que la señorita no se daba cuenta de la suerte que tenía al estar casada con Macaire Ebezner. Ya no se lo merecía. El señorito tenía que saberlo todo.

Arma se arrepentía ahora de no haberse atrevido a decirle nada a Macaire ese mismo día. Había sido débil. Había sido cobarde. Pero ¡se acabó!

Mañana avisaría al señorito.

¡Mañana se lo contaría todo!

*

Esa noche, a las once y media, cuando Anastasia volvió por fin a casa. Jean-Bénédict se había marchado hacía ya un buen rato. Macaire estaba esperando en el salón a que volviera su mujer: necesitaba hablarle de la cena del jueves. Al oírla entrar, fue corriendo al vestíbulo para recibirla.

—Hola, chatita, ¿lo has pasado bien?

Por toda respuesta, Anastasia cerró de un portazo con cara hosca, y refunfuñó. Saltaba a la vista que estaba de muy mal humor.

—Me voy a la cama —dijo dirigiéndose directamente a las escaleras.

En lo que Macaire apagaba las luces del salón y subía al dormitorio, ella ya se había encerrado en el cuarto de baño. Él llamó flojito:

—Solo quiero lavarme los dientes —dijo para que le abriera la puerta.

Al otro lado, Anastasia hizo como que no oía. Abrió del todo el grifo y se sentó en el inodoro. Lev le había dado plantón. Lo había estado esperando horas como una idiota. Había intentado llamarlo al móvil y al hotel, había dejado mensajes. Nada. Ni la menor noticia. Estaba furiosa consigo misma por haber creído en él, furiosa por haberse alegrado tanto. Ya no sabía si sentía tristeza o rabia. Y encima, ahora, Macaire, que quería charlar.

No salió del baño hasta que estuvo lista para meterse en la cama. Macaire entró corriendo para lavarse los dientes rápidamente y poder hablar luego con su mujer. Pero ella se acostó enseguida y se hizo un ovillo, fingiendo dormir para no tener que hablar con su marido.

Cuando Macaire volvió a aparecer en pijama, se encontró a su mujer hecha un cuatro, de espaldas a él.

—¿Ya estás dormida, chatita? —preguntó metiéndose entre las sábanas.

Ella no contestó. Ante la duda, Macaire decidió hablar con su espalda.

—¿Sabes? Hoy ha habido un problemilla en el banco. Tarnogol me ha echado una bronca. Dice que no me va a dar la presidencia del banco. En fin, todavía me quedan unos días para convencerlo de que soy el hombre indicado. Por cierto, ¿puedes reservarme la noche del jueves? Es la cena de

la Asociación de Banqueros de Ginebra en el Hôtel des Bergues. Jean-Bénédict y Charlotte nos ceden el sitio. Así que eso, que se celebra esa cena y es muy importante.

«Qué pesadez —pensó ella, esforzándose por quedarse completamente quieta—, otra de esas ridículas cenas de banqueros».

—Oye, chatita —le preguntó entonces Macaire—, aunque yo no fuera presidente del banco, ¿me seguirías queriendo?

Ella no se movió. Debía de estar ya dormida como un tronco. Tendría que pasarse sin saber la respuesta. Estaba triste: notaba perfectamente que su mujer ya no le hacía caso. Se zampó un somnífero y se quedó dormido enseguida.

Anastasia seguía sin dormirse cuando los ronquidos de su marido llenaron la habitación. Se volvió hacia él y contempló a su bello durmiente. Se sintió una mala persona: estaba enfadada con Lev pero lo pagaba con Macaire. Iría a la cena del jueves y lo ayudaría a causarle buena impresión a Tarnogol. ¿Lo seguiría queriendo si no lo elegían presidente? Fuera o no presidente, hacía mucho que no sentía pasión por él. ¿Acaso la había sentido alguna vez? Lo que la había seducido era su carácter cariñoso: bajo una apariencia a veces tosca, Macaire era un hombre esencialmente bueno, de mentalidad honrada y corazón generoso. Cuando le pidió que se casara con ella y aceptó, ¡era tan joven y estaba tan desorientada! Tenía una necesidad vital de cariño. Necesidad de que cuidasen de ella. Necesidad de restañar las heridas de su vida. Necesidad de escapar lejos de su madre. Macaire era un hombre que nunca le haría daño. Siempre lleno de atenciones con ella. Siempre desviviéndose por ella. Pero los hombres que se desviven son hombres conquistados y la pasión no sobrevive a la conquista.

Ahora, lo que ella necesitaba era pasión. Tenía treinta y siete años y toda la vida aún por delante. Una vida que no quería seguir compartiendo con Macaire. Quería hijos, pero no con él. Ahora se daba cuenta. Durante todos aquellos años había tomado la píldora en secreto, creyendo que la culpable de que no quisiera tener hijos era su madre. ¡Y Macaire había ido a ver a todos los especialistas de la ciudad, convencido de que el que tenía algún problema era él! Pero resulta que ahora se sorprendía soñando con tener un hijo con Lev.

¿Por qué demonios la había dejado plantada Lev esa noche? ¿Se estaría riendo de ella? ¿Y si dejaba a Macaire y no le iba bien con Lev? Se encontraría sin nada. Carecer de recursos era lo que más la atemorizaba. Intentó tranquilizarse pensando que encontraría trabajo, ya se las apañaría. Llevaría una vida modesta. Sin mentiras. En el fondo, todo era una gran mentira. Por culpa de su madre. A lo mejor debería ir a la consulta del doctor Kazan ese al que Macaire siempre estaba poniendo por las nubes. Seguramente podría ayudarla a ver las cosas con mayor claridad.

Tanto pensar en aquellas cosas no mejoraba su insomnio. En cambio, Macaire, a juzgar por sus ronquidos, dormía profundamente. Anastasia decidió ir a la cocina a prepararse una infusión. Antes de salir del cuarto, cogió la pistolita dorada que guardaba en el fondo del cajón de la cómoda. Tenía miedo de noche en esa casa tan grande. Ya había habido robos en el barrio. Esa arma se la había comprado Macaire hacía dos o tres años, después de que a sus vecinos les hicieran una visita mientras dormían. Quería que se sintiera segura cuando él se iba de viaje de negocios. Incluso había encargado que grabasen *Anastasia* en la culata. Era un objeto muy bonito.

Se metió el arma en el bolsillo de la bata y bajó a la cocina.

¿Lo seguiría queriendo si no lo elegían presidente del banco? Pero si ella ya sabía, desde el día antes de fallecer Ebezner padre, que no iba a ser presidente. Se acordaba muchas veces de la última noche de Abel Ebezner.

*

Aproximadamente un año antes
Principios del mes de enero

El médico había llamado a Macaire y a Anastasia para que acudieran a la cabecera de Abel, pues ya no le pronosticaba más que unas pocas horas de vida. Al entrar en la gran casa patricia de Collonge-Bellerive, a Anastasia le llamó la atención aquel olor a muerte que había invadido el lugar.

Abel estaba en su cama, seco y tieso, pero con la mente todavía despierta. Ella le dio un beso en la frente, él le tomó la mano y le dijo un piropo, como solía. Se sonrieron cariñosamente. Anastasia se había llevado siempre muy

bien con su suegro. Después de darle otro beso en la frente a Abel, salió de la habitación para dejarles un momento de intimidad a Macaire y a su padre, pero como se había quedado detrás de la puerta entornada oyó toda la conversación.

Abel Ebezner adoptó el tono desagradable que empleaba con su hijo:

—He llegado al final de mi vida. Si hago un balance humano, solo he tenido un hijo y has sido tú. De haberlo sabido, habría intentado tener por lo menos dos. Le hiciste pasar mucha pena a tu madre, ¿sabes? ¡Que en paz descanse!

—Intenté hacerlo lo mejor que pude, papá.

—Bueno, pues podrías haberte aplicado más.

—Lo siento, papá.

—Es fácil sentirlo, pero no soluciona nada. En fin, ahora que me marcho para unas largas vacaciones, quería hablarte de la presidencia del banco.

—Te escucho, papá —dijo Macaire, y su voz denotaba una pizca de excitación.

—¡Ya te imaginarás que no voy a dejar que Tarnogol tome las riendas! Así que he dejado previsto en mis últimas voluntades que se interrumpa el modo de transmisión de la presidencia que ha prevalecido siempre en el banco desde Antiochus Ebezner y, por primera vez en trescientos años de existencia, decidir personalmente mi sucesión como me autorizan a hacerlo mis poderes de presidente.

—¡Qué buena idea, papá! —lo felicitó Macaire con la voz de un perrito que espera el premio.

—De nada vale que me des coba, Macaire, ¡no voy a nombrarte presidente! ¡Me humillaste como nunca me había humillado nadie hace quince años al ceder a Tarnogol las acciones que yo te había legado! Deshonraste tu apellido y a tu familia al permitir que entrase en el Consejo ese chiflado, ese individuo sin modales y sin vergüenza que apesta a dinero sucio. Me las vas a pagar toda tu vida. Y, por supuesto, ¡está descartado que Tarnogol o el idiota de tu primo Jean-Bénédict, y mucho menos el arrogante de su padre, sean presidentes! Así que he decidido que sea el Consejo del banco quien nombre a mi sucesor de forma tal que no pueda ser ninguno de ellos. Así podré marcharme en paz. En cuanto a ti, ya te he dado muchísimo dinero, te pagué esa mansión donde vives, has heredado de tu madre, vas a heredar todo lo que tengo, estás a salvo lo que te queda de vida, e incluso

durante unas cuantas generaciones más, si algún día tenéis hijos Anastasia y tú. Eso sin contar el dineral que sacarías vendiéndole tus acciones a ese mierda de Tarnogol. ¿Sabes qué fue lo que más me decepcionó de ti en el fondo? Que fueras tan venal. En cuanto te regalé mis acciones, se las vendiste al mejor postor.

—No vendí mis acciones, papá. ¡Siempre te lo he dicho! ¡Nunca hubiera hecho algo así! Nunca fue cosa de dinero.

—Resulta difícil creerte, Macaire —observó el padre—. ¡Porque nunca has querido explicarme por qué ni en qué condiciones le cediste tus acciones a Sinió Tarnogol, si no fue por dinero!

—Me tomarías por loco, papá —contestó Macaire con voz triste.

Se había levantado de la silla y besó a su padre en la frente para un último adiós.

*

El silbido del hervidor sacó a Anastasia de sus pensamientos. Vertió el agua en una tetera y esperó a que la infusión estuviera lista.

Se acordaba con frecuencia de aquella última escena entre Macaire y su padre. ¿A cambio de qué había podido dar sus acciones del banco? Nunca se lo había revelado a nadie, ni siquiera a ella.

Abel falleció poco después de que se fueran de la casa. Como si hubiera estado esperando para morir solo. Anastasia pensó que Abel había sido siempre un hombre muy acompañado, muy solicitado, pero en el fondo muy solo. Las honras fúnebres no se salieron de la norma. La ceremonia se celebró una mañana gélida en la catedral de San Pedro, llena a rebosar. Curiosos, amigos, fuerzas vivas de la ciudad y del cantón, miembros de la buena sociedad de Ginebra, representantes de los diferentes bancos del país. Nadie quería perdersela.

Luego, ateniéndose a las últimas voluntades de Abel, el entierro se celebró en la más estricta intimidad. Solo tres personas acompañaron al difunto al cementerio de San Jorge: Macaire, Anastasia y Lev. Anastasia no había de olvidar nunca ese momento: asistían los tres juntos, en el más completo silencio, a la inhumación. De repente, Lev, sin que Macaire se diese cuenta, le cogió la mano. Notó que se estremecía; llevaban quince años sin dirigirse la palabra.

Ese día, cuando la piel de él rozó la suya, se notó más viva que nunca.
Ese día volvieron a encontrarse por fin. Después de quince largos años.

De pie en la cocina, se bebía la infusión con la mirada perdida, clavada en la ventana. Se preguntaba dónde estaba Lev. Intentó convencerse de que había tenido una excelente razón para dejarla plantada. Una cita muy importante. Algo muy serio. ¿Quizá en Naciones Unidas? No había podido llamarla. Por fuerza tenía que haber una buena razón.

No podía ver, en las lindes de la finca, al hombre que, sentado a horcajadas en la rama de un cedro enorme, espiaba a distancia la cocina iluminada, con los ojos pegados a unos prismáticos.

—Parece triste —le susurró Lev desde su puesto a Agostinelli, que montaba guardia del otro lado de la tapia.

—Debería bajar ya, señor —contestó el chófer, que parecía intranquilo—. ¡Corre el riesgo de hacerse daño! Y, además, como nos pillen, ¡menudo papelón!

Lev obedeció y abandonó su puesto de observación de la misma forma en que había subido: aún sentado en la rama para mayor estabilidad, se fue desplazando despacio, a pulso, sin preocuparse por si se estropeaba el pantalón, hasta llegar al tronco del árbol, que casi tocaba la tapia. Agarrándose al tronco, se puso de pie y pasó al borde del muro, del que bajó con facilidad apoyándose en la parte de arriba de su coche, que estaba aparcado justo al lado.

—Si se me permite, señor —le preguntó entonces Agostinelli—, ¿por qué le dio un plantón a Anastasia para pasarse luego la noche mirándola de lejos? Estaba claro que los dos tenían ganas de verse...

—Era preciso, Alfred —contestó Lev—. ¿Sabe por qué el amor es un juego tan complicado?

—No, señor.

—Porque el amor no existe. Es un espejismo, un concepto mental. O, si lo prefiere, el amor solo existe potencialmente si no se concreta. Es una emanación del pensamiento hecha de esperanza, de espera y de proyecciones. ¿Qué habría pasado si me hubiera encontrado con Anastasia? Quizá se habría aburrido. Mi conversación le habría parecido sosa. Puede que se me metiera un trozo de lechuga entre los dientes y habría tenido una imagen diferente de mí.

—O puede que no, señor —objetó Agostinelli.

—Alfred, lo sabe usted tan bien como yo: esta cita ha sido perfecta porque no ha ocurrido.

—Pero, señor, ¿por qué tiene tanto empeño en que las cosas sean perfectas?

—Porque llevo quince años esperando este momento, Alfred. Quince largos años...

—¿Qué ocurrió hace quince años?

—Hace quince años cometí el mayor error de mi vida. Igual que el pobre Macaire. El mismo día tomamos él y yo una decisión que nos arruinó la vida.

15. Paso en falso

Miércoles 27 de junio de 2018, en Ginebra. Al salir de la visita a casa de la vecina, en Cologny, Scarlett intentó localizar a Arma, la antigua criada de los Ebezner, pero no lo consiguió. Le dejó un mensaje de voz en el que le rogaba que nos llamase lo antes que pudiera. Luego, aprovechamos que estábamos en Ginebra para ir al Banco Ebezner, en la calle de La Corraterie. En el inmenso vestíbulo de la entidad nos recibió un bedel.

—¿En qué puedo ayudarlos? —nos preguntó.

—Queríamos ver al presidente del banco —anunció Scarlett sin andarse con rodeos.

—¿Tienen cita?

—No.

—Lo lamento, señora, pero si no tienen una cita, me temo que va a ser imposible. ¿De qué se trata?

—Del asesinato que se cometió en la habitación 622 del Palace de Verbier. Supongo que sabe a qué me refiero.

El bedel no se mostró sorprendido. Se apartó para llamar por teléfono. Solo oí el final de la conversación: «Los hago subir en el acto».

Al cabo de unos minutos, nos recibía en un salón privado el presidente del banco, que no parecía lo que se dice encantado de vernos.

—¡Qué modales tan peculiares! —protestó—. Presentarse así, sin avisar, y exigiendo verme.

—No hemos exigido nada —aclaró en el acto Scarlett—. Estábamos cerca del banco y nos hemos limitado a entrar para ver si estaba usted disponible. Por supuesto, si no le viene bien recibirnos ahora y quiere que concertemos una cita más adelante, volveremos con mucho gusto.

—¡No van a volver! —decretó el presidente con un tono que no admitía réplica—. He interrumpido una cita importante para decirles esto: el caso

está cerrado y no tengo intención alguna de dejar que la llien a costa de esta entidad.

—¿Quién habla de liarla? —le hice notar.

—Si está usted aquí es para escribir un libro, ¿no es así? ¿Qué ha pasado, que se ha quedado sin ideas y se le ha ocurrido volver a abrir un caso antiguo? ¿Es eso? ¡Es indigno de usted! Y pensar que me gustaban sus libros; no volveré a leerlo.

—El caso no está cerrado —matizó Scarlett—. No se descubrió al culpable.

—Está cerrado en la cabeza de la gente y eso es lo que cuenta para mí. Todo el mundo se ha olvidado ya del tema y tanto mejor para el banco. Ustedes no lo saben, pero después de ese asesinato hubo que levantar cabeza. Los clientes estaban preocupados; el banco, inestable; a todos nos afectó esa prueba tan dura. Y ahora que todo va a pedir de boca, no pienso dejar que nadie venga a abrir viejas heridas e ir contra esta entidad. Voy a avisar a mis abogados ahora mismo y le advierto que, como siga adelante con esta investigación, haré que prohíban su libro. Y, créame, ¡no sabe con quién está usted hablando!

Al irnos del banco, el bedel que nos había recibido nos detuvo en el vestíbulo.

—Espero que el encuentro haya sido fructífero —dijo con tono confidencial.

—La verdad es que no —contestó Scarlett.

Entonces, el bedel le metió discretamente un trozo de papel en la mano. Luego dio media vuelta y volvió al mostrador de recepción.

*

—No estoy seguro de haberme enterado de lo que acaba de pasar —le dije a Scarlett mientras nos alejábamos del banco con paso rápido, calle de La Corraterie abajo.

—Yo tampoco, pero no tardaremos en saberlo.

Me enseñó la nota que le había entregado el bedel.

Nos vemos dentro de una hora,

salón de té, calle de La Cité.

La calle de La Cité era una calle peatonal del casco antiguo de Ginebra, situada detrás del Banco Ebezner. Había varias tiendas, unos cuantos restaurantes, pero solo un salón de té. No podíamos equivocarnos. Nos sentamos y aprovechamos para almorzar mientras esperábamos a que llegase el bedel.

Al cabo de una hora, vimos abrirse una puerta excusada en el edificio de enfrente que, comprendimos, era el del banco. Apareció el bedel y cruzó la callecita con paso rápido para reunirse con nosotros.

—Algunos clientes utilizan esta puerta para salir discretamente del banco —nos explicó.

—Y por lo visto algunos empleados también —apuntó Scarlett.

A él le hizo gracia el comentario.

—¿Por qué tienen interés por el último Gran Fin de Semana y el asesinato que ocurrió entonces? —preguntó.

—Es el Escritor —dijo Scarlett, señalándome con la barbilla—; nos está preparando un libro sobre el tema.

—A quien más le apasiona esta historia es a usted —especifiqué.

—Pero el asesinato no se aclaró nunca —nos recordó el bedel.

—Precisamente —siguió diciendo Scarlett—; queremos entender qué pudo ocurrir.

—No les negaré que yo también tengo curiosidad por descubrirlo. Esta historia me trae a maltraer todos estos años. Me jubilo dentro de seis meses y tengo la impresión de que se me pasó algo... Me gustaría muchísimo entender cómo pudimos llegar a eso. Pero, bueno, no queda bien que un empleado cuente estas cosas. Sobre todo, no mencione mi nombre en el libro. ¡Me podría buscar problemas!

—Puedo llamarlo sencillamente «bedel», si le parece —sugerí, al tiempo que sacaba mi libretita para anotar su relato.

—Me parece muy bien —dijo el bedel.

—¿Conocía a la víctima? —preguntó Scarlett.

—Conocerla es mucho decir. Me cruzaba con ella siempre que iba y venía. Ya sabe, a nosotros los bedeles no se nos valora en absoluto. En cambio, unos días antes del asesinato, ocurrió algo fuera de lo normal en el banco. Lo recuerdo muy bien. Se presentó un hombre en recepción. Lo

recuerdo bien porque ese hombre iba vestido de forma un tanto sorprendente. Dejó un sobre y desapareció sin querer dar su nombre.

—¿Para quién era el sobre? —preguntó Scarlett.

—Para Macaire Ebezner. Por lo que ponía, había que entregárselo urgentemente. Así que mandé que se lo subieran en el acto al señor Ebezner. Lo sacó de sus casillas.

16. Una carta anónima

Miércoles 12 de diciembre, cuatro días antes del asesinato

Eran las siete y media de la mañana cuando Macaire, resuelto a adoptar un comportamiento ejemplar y a demostrarle a Tarnogol que sería un buen presidente, llegó al banco. A Cristina la sorprendió mucho ver a su jefe aparecer tan temprano.

—¿Va todo bien, señor Ebezner? —le preguntó.

—¿Y por qué no iba a ir bien? —contestó Macaire.

—Pues porque nunca lo habíamos visto por aquí a estas horas.

—Es mi nuevo yo, mi querida Cristina —le dijo mientras se sentaba a su escritorio—. ¡A partir de ahora, llámeme Stajánov!

Se sentía lleno de confianza. Se había despertado con un buen presentimiento: la Operación Vuelco iba a salir bien. El sábado lo elegirían presidente.

Después de Cristina, le tocó a Levovitch personarse en el despacho de Macaire para ir a tomar un café juntos. Pero Macaire declinó la oferta:

—Mucho curro. Semana decisiva.

Tras lo cual, decidió que por fin era hora de meterle mano al montón de correo pendiente. Pero según agarraba la primera carta, dispuesto a contestarla, Cristina apareció en el despacho:

—Señor Ebezner —dijo—, acaban de traerle esto y parece urgente.

Le alargó un sobre en el que ponía con mayúsculas y con rotulador rojo:

A/A DE MACAIRE EBEZNER
MUY URGENTE
(PERSONAL Y CONFIDENCIAL)

No había ni señas ni sello. Ninguna mención al remitente. Macaire, intrigado, abrió el sobre en el acto. Encontró en el interior un mensaje

anónimo:

Venga esta noche a las 23:30 al parque Bertrand, delante del estanque.

Si quiere llegar a ser presidente del banco, no falte a la cita.

¡Su futuro depende de ello! ¡No diga nada a nadie!

Macaire se abalanzó hacia Cristina:

—¿Qué es esta carta? ¿Quién se la ha dado?

—Uno de los empleados de mensajería me la acaba de dar ahora mismo.

¿Por qué? ¡Qué pálido está, señor Ebezner! ¿Va todo bien?

Sin contestar, Macaire bajó directamente a la primera planta, donde estaba el servicio de mensajería.

—Sí, soy yo quien acaba de subírsela —le dijo uno de los empleados del servicio.

—Y a usted ¿quién se la ha dado? —preguntó Macaire, nervioso.

—Un bedel. Cuando alguien deja una carta en mano en la recepción del banco, nos la entrega un bedel y luego nosotros se la hacemos llegar al destinatario. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Sin responder, Macaire fue a la recepción del banco.

—Buenos días tenga usted, señor Ebezner —le cantaron a coro los bedeles.

—¿Quién ha recogido esta carta? —preguntó Macaire, enarbolando el sobre pintarrajeado de rojo.

—He sido yo —dijo uno de los bedeles.

—¿Y quién lo ha traído?

—Un tipo muy raro —contestó el bedel—. Llevaba gorra y gafas de sol. Me ha llamado la atención, en pleno mes de diciembre; pero ya sabe que aquí la verdad es que vemos de todo. El señor no dijo ni palabra. Se limitó a ponerme delante la carta. Pregunté si podía dejarme un nombre, pero dijo que no con la cabeza y se fue. Así que se la entregué al servicio de mensajería, tal y como dispone el reglamento. ¿He hecho mal?

Pocos minutos después, en el despacho del jefe de seguridad del banco, Macaire estaba mirando las cintas de las cámaras de seguridad de la entrada del edificio. Se veía, efectivamente, a un personaje raro entrar en el banco;

llevaba un abrigo ancho y largo con el cuello subido, una gorra calada y unas gafas de piloto que le ocultaban la cara. En las cámaras del vestíbulo se lo veía entrar rápidamente y dejar una carta a los bedeles antes de marcharse con paso rápido.

—Es un profesional, seguro —dijo el jefe de seguridad, que estaba viendo las grabaciones con Macaire.

—¿Un profesional de qué? —preguntó Macaire.

—Ni idea, pero fíjese en cómo evita que las cámaras lo enfoquen directamente. Es imposible sacarle una imagen.

Para demostrar su afirmación, el responsable de seguridad congeló varias veces la imagen para ampliar la cara del visitante.

—¿Ve lo que le digo, señor Ebezner? El tío es un profesional. ¿Un detective privado, quizá? ¿Qué decía la carta? A lo mejor debería llamar a la policía.

—Nada reseñable —aseguró Macaire, que no tenía intención de contarle ni lo más mínimo al cotilla del jefe de seguridad.

Macaire volvió a su despacho, muy preocupado. Estuvo toda la mañana pensativo, con la nariz pegada a la ventana. Estaba intranquilo. Releyó varias veces el mensaje: «Si quiere llegar a ser presidente del banco, no falte a la cita». ¿Debía ir? ¿Y si era una encerrona? ¿Y si alguien quería matarlo? Estaba ansioso, se notaba un nudo en el estómago.

Solo lo interrumpió en sus reflexiones Cristina, que fue varias veces a preguntarle cómo estaba.

—¿Seguro que se encuentra bien, señor Ebezner? Desde hace un rato tiene una cara muy rara. ¿Quiere hablarme de esa carta? ¿Eran amenazas? ¿Quiere una tacita de té?

A las doce, la preocupó que no se tomara su habitual e interminable pausa para el almuerzo.

—No tengo la cabeza para esas cosas —le dijo Macaire.

Por fin, a las doce y cuarto, Levovitch fue a buscarlo:

—¿Estás bien, chico? Cristina dice que estás pachucho.

—No, qué va, está todo bien, Lev.

—Nos vamos unos cuantos a almorzar a Lipp. ¿Por qué no te vienes? Así te despejas.

—No, te lo agradezco, pero no tengo la cabeza para eso. Creo que necesito estar un rato solo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Voy a intentar echar una cabezadita.

Levovitch no insistió y se fue. Macaire se arrellanó en la silla y notó en el acto que se le caían los párpados. Puso los pies encima de la mesa y se balanceó hacia atrás. Una cabezadita le sentaría bien.

No le costó quedarse dormido. Tuvo unos minutitos de tranquilidad. Hasta que Tarnogol se le plantó en el despacho.

*

—¡Arriba, qué demonios! ¿Estás durmiendo en el trabajo?

Macaire dio un respingo y abrió los ojos de par en par. Tenía a Tarnogol delante. Se enderezó de un brinco.

—¡Caramba, querido Sinió, usted por aquí! —tartamudeó limpiándose la baba que se notaba en las comisuras de la boca.

—Vengo a ver si estás trabajando ¡y te encuentro dormido!

—No, no, llevo desde esta mañana trabajando a destajo —aseguró Macaire, meneando las cartas que tenía delante.

—¡Sigues con ese correo! —dijo, indignado, Tarnogol—. ¡No has pegado un palo al agua desde ayer!

—Sí, sí, le aseguro que he pegado muchísimos palos. Pero resulta que esta mañana, cuando ya estaba bien metido en harina, he tenido un pequeño contratiempo...

—¡Siempre con disculpas! —estalló Tarnogol—. ¡Basta ya! ¡Basta ya!

Sin dar a Macaire tiempo para explicarse, Tarnogol se marchó no sin dejar de pegar un portazo con todas sus fuerzas, que parecía estar convirtiéndose en una costumbre.

Macaire se desplomó en la silla gimoteando. Necesitaba desesperadamente que lo reconfortasen y llamó por teléfono a su mujer.

Anastasia estaba pasando por la glorieta de Rive cuando recibió la llamada de su marido al móvil. Por la voz que tenía, se dio cuenta en el acto de que algo fallaba.

—¿Todo bien, gatito? —preguntó Anastasia (sabía que lo de «gatito» le resultaba siempre reconfortante).

—Sí, solo quería decirte hola —contestó Macaire—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy llegando a Roberto para almorzar con mi madre y con mi hermana.

—Ah, sí, el almuerzo de los miércoles. Se me había olvidado. Da recuerdos a las dos de mi parte. Que aproveche.

—Gracias, gatito. Llámame si necesitas algo.

—Sí, sí, no te preocupes.

—¿Querías decirme algo más? —insistió Anastasia, que intuía que la llamada se debía a otro motivo.

Hubo un instante de silencio. Macaire pensó que después de la última reacción de Tarnogol no le quedaba más alternativa que ir a aquella misteriosa cita nocturna en el parque Bertrand.

—Esta... esta noche no llegaré a cenar —le dijo por fin a su mujer—. Volveré tarde.

—¿Tarde?

—Sí, es que... tengo que ver a alguien... —Macaire dudó un momento si contarle o no lo de la carta anónima y luego se lo pensó dos veces—. Hay un cliente que llega tarde de Londres y quiere verme a toda costa antes de una cita sobre inversiones que tiene mañana.

—De acuerdo. Pues hasta luego, gatito.

Antes de entrar por la puerta de Roberto —el elegante y céntrico restaurante italiano de Ginebra donde almorzaba todos los miércoles con Olga e Irina, su madre y su hermana, respectivamente—, Anastasia se echó un vistazo en un espejo de bolsillo para examinar su aspecto. No quería que se le notara que se había pasado la mañana llorando. Desde que se despertó, había estado esperando noticias de Lev, pero en vano. No había dado señales de vida. Anastasia tenía la sensación de que estaba jugando con ella y se preguntó si sería porque el lunes había dejado caer que quería romper con él, cuando en realidad no iba en serio. Respiró hondo y entró en el restaurante.

Como de costumbre, Olga e Irina von Lacht ya estaban allí, las dos habían llegado antes de la hora y ocupaban el asiento corrido de una mesa muy a la vista, cubiertas de pieles y de joyas, tomando sorbitos de champán. Recibieron a Anastasia con un «¡Vaya, por fin estás aquí!» muy seco que le soltó su madre para echarle en cara que llegaba tarde, y con una sonrisa fría de su hermana Irina, que la inspeccionó de pies a cabeza por si había ido de compras desde la semana anterior.

—¿Esa pulsera es nueva? —preguntó en el acto su hermana, que había localizado en la muñeca de Anastasia una joya que no le había visto antes.

—Una chuchería —se defendió ella, sentándose a la mesa.

—¡Una chuchería de oro! —se burló su hermana.

—Un regalo —dijo entonces Anastasia, haciendo como que se enfrascaba en la carta, para cambiar de tema.

—¿Un regalo de quién? —exigió su hermana—. ¿De tu marido?

—¡No es asunto tuyo! —replicó Anastasia.

—¡A callar las dos! —les pidió su madre como si fueran niñas pequeñas—. ¡Somos unas Von Lacht, que no se os olvide! Los descendientes de los Habsburgo no se pelean en público.

—¡No somos Habsburgo! —dijo irritada Anastasia—. ¡No somos nada de nada!

—Тишина! —ordenó la madre a la hija fulminándola con la mirada.

En el acto se hizo un silencio de muerte en torno a la anciana Olga, que sonrió forzosamente para guardar la compostura. Ambas hijas enmudecieron y se concentraron en la carta: desde su más tierna infancia, cuando su madre alzaba el tono en ruso era mejor no andarse con tonterías.

Olga se colocó bien el collar de brillantes y luego, moviendo las manos cubiertas de joyas que había empañado el tiempo, hizo seña de que les sirvieran más champán. Acudió un camarero y llenó las tres copas antes de tomar nota. Olga y Anastasia pidieron las dos un lenguado a la plancha. Irina prefirió pasta con trufas de Alba.

—Nada de comer pasta, cariño —decretó su madre—. ¡Para encontrar otro marido no hay que darse atracones!

—Pero *mamuchka* —dijo quejumbrosa Irina—, ¡si estamos en plena estación de la trufa blanca!

—Comerás trufas cuando hayas vuelto a encontrar un marido —decretó Olga con un tono que no admitía réplica—. Hasta entonces, pescado a la plancha —se volvió hacia el camarero—. Tres lenguados a la plancha. Muchas gracias.

—No me humilles en público, por favor, *mamuchka* —susurró Irina con cara hosca.

—No te humillo, te ayudo a mantener tu rango. Somos unas Habsburgo, que no se te olvide nunca.

Anastasia, sentada enfrente de su madre y de su hermana, las miraba preguntándose por qué se castigaba con aquellas reuniones semanales.

No eran auténticas Habsburgo. No eran sino una familia de aristócratas venidos a menos. Su madre era una rusa blanca cuyo bisabuelo, un comerciante de armas riquísimo, había recibido un título nobiliario del zar antes de perderlo todo en la Revolución. Olga había nacido, pues, en una familia pobre, pero la habían criado repitiendo machaconamente lo que había sido su apellido en tiempos del Imperio. Así que, con la mayor naturalidad, no había tenido más obsesión que recuperar la gloria de antaño y se había encaprichado, durante una estancia en Viena, de Stefan von Lacht, el hombre que iba a convertirse en su marido, por dos razones que le parecían del todo válidas: era noble (los Von Lacht eran aristócratas austriacos procedentes de una rama colateral de los Habsburgo que se remontaba varios siglos en su genealogía) y era rico (pues su padre, que había tenido la buena idea de morirse poco antes de que conociera a Olga, le había dejado una fortuna colosal basada en negocios petrolíferos e inmobiliarios).

Stefan y Olga se casaron con toda la pompa en la iglesia de San Carlos Borromeo de Viena y se instalaron en un piso inmenso y lujosísimo del Innere Stadt, el centro histórico de la capital austriaca. Stefan no trabajaba, vivía de las rentas de la fortuna de su papáito. Olga y él se pasaban la vida de compras y frecuentando las veladas mundanas en las que Olga se presentaba con vestidos y joyas distintos en cada ocasión, explicando a quien quisiera escucharla que los Habsburgo no se ponían dos veces la misma ropa. Irina nació tras unos cuantos años de matrimonio y luego llegó Anastasia, dos años menor. «Las casaremos con familias de príncipes europeos», vaticinaba Olga en los salones de la alta sociedad vienesa. Pero lo que Olga no sabía era que su marido, que ya había perdido las esperanzas de casarse cuando se conocieron y que no le negaba nada a su mujer, había exagerado levemente la cuantía de sus riquezas. Y lo peor era que, como no trabajaba, se aburría a morir y se pasaba en el casino gran parte del tiempo. El tren de vida excesivo, en especial los gastos suntuarios en ropa y joyas, la acumulación de deudas de juego y una dura regularización fiscal, todo ello sumado a una mala coyuntura económica que dejó muy tocada a la empresa familiar, acabaron con los últimos chelines de la joven familia Von Lacht.

Entrampado hasta el cuello, Stefan von Lacht desapareció del mapa de la noche a la mañana, dejando a su familia en la estacada. Al descubrir la situación, Olga salió huyendo de Viena con sus dos hijas, de nueve y once años, para rehacer la vida en Ginebra. Fueron a parar a un piso diminuto del barrio de Pâquis. De la vida anterior solo les quedaban las pieles y las joyas, que se habían llevado puestas, y un sabor amargo en la boca de Olga. No había huido de Viena por temor a los acreedores, como el cobarde de su marido, sino porque no podía soportar la idea de quedarse al margen de la alta sociedad. «No hay maldiciones, solo hay resignaciones», decretó Olga. Se arremangó y se colocó de dependienta en Bongénie, los grandes almacenes de lujo de Ginebra. El tren de vida se redujo al mínimo: ni ocio ni compras y latas de conserva en todas las comidas. Pues todos y cada uno de los francos se reservaban para ir los fines de semana a los locales más finos de Ginebra.

Los sábados, Olga y sus hijas almorzaban en un restaurante conocido (una tradición que iba a perdurar los miércoles, cuando ya estuvieron casadas las hijas).

Los domingos, tomaban el té en los bares de los grandes hoteles.

Para esas ocasiones, se ponían de tiros largos. Olga lucía sus mejores tejidos y joyas. Las hijas vestían creaciones de su madre, que desde siempre tenía un talento innato para la costura y se inspiraba en los últimos catálogos de moda de París para crear vestidos con retales que conseguía de saldo en las mercerías.

En el momento de entrar en algún gran hotel de la ciudad, tan peripuestas, alguna de las hijas (a menudo Anastasia) sentía aprensión.

—¿No es un poco ridículo que vayamos las tres vestidas de gala para tomar el té en el Beau-Rivage? —le preguntaba a su madre.

—Lo que es ridículo es ser rico y acabar pobre —explicaba Olga—. ¡Y ahora, todas *Kopfhoch!*

«Con la “cabeza alta” —decía en alemán—. Lo que cuenta son las apariencias.» Se presentaban en los salones de los hoteles y de los restaurantes con paso firme, orgullosas y hablando alto. Todo el mundo miraba a esas tres mujeres de aspecto opulento sobre las que pronto se empezó a murmurar que descendían de los Habsburgo, sin que nadie supiera muy bien lo que significaba eso.

A Olga, para mayor orgullo suyo, no le costó integrarse en la buena sociedad de Ginebra. Entabló relaciones con los que tenían la sartén por el mango y no tardó en participar en todos los actos sociales; Baile de la Primavera, Baile de la Cruz Roja, presentaciones de relojería, inauguraciones en las galerías de arte... Para no tener que revelar sus señas en Pâquis, que podrían traicionarla, hacía que le enviaran las invitaciones al hotel Beau-Rivage, donde aseguraba que residía en una *suite* enorme. «Vivir de hotel queda muy Nabokov —les explicaba a sus hijas—. Y además, el Beau-Rivage impresiona mucho; es donde se alojaba la emperatriz Sissi». Le daba al jefe de los porteros generosas propinas para que guardase el correo y las apariencias. Pero ¿quién iba a ir a comprobarlo? Nadie podía imaginarse que la relumbrante Olga de Habsburgo fuese una impostora. Alguna vez tuvo que esconderse cuando sus nuevas relaciones iban a comprar a Bongénie, pero nunca la habían descubierto.

Cuando Anastasia e Irina tuvieron, respectivamente, dieciséis y dieciocho años, su madre ya solo tuvo una ambición: utilizarlas para sellar su destino de gran señora y permitir que triunfaran donde ella había fracasado, consiguiendo que se casaran con un hombre rico e importante. El título nobiliario ya no le parecía tan esencial como antes: lo que prevalecía era el dinero.

Así fue como quedó establecido que todos los fines de semana del invierno se dedicarían a recorrer los lugares finos de Suiza donde iba de vacaciones la gente guapa y joven. Los hijos de las familias más importantes de Europa pasaban la temporada de esquí en Gstaad, Klosters o Saint-Moritz, donde llegaban en aviones privados y gastaban a manos llenas. Herederos de las familias reales y de grandes industriales, allí estaban todos, como carpas en un vivero en el que solo había que sumergir el salabre. Sobre todo unas chicas tan guapas y bien educadas como Irina y Anastasia.

Los modestos ahorros de la familia, a los que se sumó la venta de unas cuantas joyas, sirvieron para sufragar estancias en la montaña, hasta donde las tres Von Lacht viajaban en tren y en autocar desde Ginebra. Al llegar, la familia se apiñaba en la habitacioncita de un hostel de precios razonables; allí dormían y se arreglaban para las veladas mundanas cuyas invitaciones

conseguía, con solo pronunciar su nombre artístico, Olga de Habsburgo, que a veces parecía sacada directamente de una novela de Tolstói.

Para Irina y Anastasia, esas estancias no eran unas vacaciones.

—No estáis aquí para pasarlo bien ni para descansar —les recordaba día y noche su madre—. Estáis aquí para encontrar un joven con el que ennoviaros rápidamente.

Bajo la vigilancia de su madre, pasaban así las veladas cazando hijos de buena familia mientras mentían sobre su verdadero estatus social.

Como a las hijas se les ocurriera quejarse, por poco que fuera, la madre montaba el espectáculo para que se sintieran culpables:

—¿Así me pagáis todo lo que hago por vosotras? —decía, muy dolida—. A mí, que lucho por vosotras, que renuncio a tener una vida propia para construir la vuestra, que ando siempre al retortero por vosotras. Me he convertido en vuestra criada y ¿ni siquiera os basta? ¿Qué más queréis?

Si las chicas no se inmutaban con estas recriminaciones, Olga subía la intensidad y recurría al tono quejumbroso:

—Fijaos en los pinchazos que tengo en los dedos de las agujas con las que os coso los vestidos; en lo quemados que tengo los ojos por quedarme en vela toda la noche para que estéis guapas y os escojan a vosotras. Tirad a la basura a vuestra *mamuchka*, si es lo que queréis.

Y, a continuación, Olga fingía un ataque de tos agonizante para que las chicas creyeran que estaba extenuada por su culpa. Por lo general, esos numeritos bastaban para conmover a sus hijas, que se le echaban encima para cubrirla de cariño y de besos. Y cuando Olga las abrazaba y ellas le decían que era su *mamuchka* del alma, se sentía realizada, casi feliz y, en cualquier caso, viva.

También se daba el caso de que Olga perdiera los nervios. La pobre Irina lo comprobó de forma dolorosa en Gstaad, cuando su madre la sorprendió ligando con el camarero de un café de moda: cuando volvió al hostel, Olga la abofeteó con todas sus ganas.

—¡Venga a gastar dinero para sacarte de las alcantarillas y tú pegándote el lote con un basurero! —gritó la madre, loca de rabia.

Durante los siguientes años, las jóvenes Von Lacht vivieron unos cuantos amoríos forzados pero, con gran disgusto de su madre, nada concluyente. A los veintiuno y veintitrés años, respectivamente, seguían sin compromiso.

Fue entonces cuando Olga oyó hablar del Gran Fin de Semana del Banco Ebezner en Verbier. De inmediato vio la ocasión perfecta de casar a sus hijas con algún capitoste del banco privado más importante de Europa. Durante mucho tiempo se estuvo felicitando por aquella iniciativa, cuyo resultado excedió sus expectativas: al año siguiente, Irina aceptó la proposición de matrimonio de un gestor de patrimonio doce años mayor que ella, y al siguiente, Anastasia se prometió con Macaire Ebezner, el heredero del banco.

Pero, transcurridos dieciséis años, Irina, con treinta y nueve años, era madre de dos niñas y estaba divorciada sin pensión alimenticia. En efecto, al marido gestor de patrimonio lo habían detenido por malversación. Lo condenaron a una pena de cárcel y al pago de una multa que lo dejó en la ruina. Irina, que no había trabajado en la vida, tuvo que colocarse de cajera en un supermercado. Por orgullo mal entendido, rechazó un puesto en el servicio de mensajería del Banco Ebezner, que le había proporcionado amablemente Macaire. Pero se las arreglaba para estar libre los miércoles de doce a dos y poder almorzar en Roberto por cuenta de Anastasia. Acudía endomingada y desesperada a partes iguales, dispuesta a emborracharse de champán y a sonreír, rendida de antemano, a todos los ricachones guaperas con los que se le cruzaba la mirada, rezando para que la sacasen de su mísero destino.

El camarero sirvió los lenguados y les volvió a llenar las copas de champán.

—Escúchame, Anastasia —dijo Olga, que no podía pasar más de cinco minutos sin reprocharle algo a una de sus hijas—. ¡A ver si le echas una mano a tu hermana para que encuentre otro marido! ¡Con toda la gente que conoces!

—Pero, mamá, ¡si le he presentado a media ciudad! —se defendió Anastasia.

—Eran todos a cual más feo —lloriqueó Irina—. Lo que pasa es que te encanta verme lampando.

—¡Te lo tienes muy creído! —le dijo Anastasia a su hermana—. ¡A ver si te piensas que me paso el día pendiente de ti! Resulta que yo también tengo problemas personales.

—¡Los ricos no tienen problemas! —decretó Olga.

—¡En la vida no todo es dinero! —protestó Anastasia.

—¡Eso es precisamente lo que dicen los ricos! —replicó Irina, no sin cierta acritud.

Anastasia, que estaba empezando a mosquearse, al final no aguantó más y lo soltó todo de golpe:

—¡Ya no amo a mi marido! ¡Quiero dejarlo!

Su madre y su hermana recibieron la noticia con un silencio incrédulo.

—¿Qué estás diciendo? —susurró por fin su hermana.

—Muy sencillo: quiero dejar a mi marido —repitió Anastasia, que notó un repentino alivio tras revelar su problema.

—¡Es un capricho pasajero! —dijo su madre con risa sarcástica—. ¡Lees demasiadas novelas, hija mía! ¡Ni hablar de dejar a tu marido! Y sanseacabó.

Por una vez, Anastasia decidió plantarle cara a su madre.

—Es lo menos parecido a un capricho pasajero —dijo con calma—. Ya no quiero a Macaire; quiero a Lev Levovitch. Esta pulsera me la ha regalado él.

Su madre puso cara de espanto:

—¿A Levovitch? —dijo con voz ahogada—. ¿El saltimbanqui de hace quince años en Verbier?

Irina se burló con una risa forzada.

—No es un saltimbanqui, mamá —dijo Anastasia—. Se ha convertido en una figura de la banca. Habla con jefes de Estado del mundo entero. Toda Ginebra está pendiente de él. ¡Tú eres la única que no sabe quién es!

—¡Bueno, pues entonces es que Ginebra se ha pasado al bando judío!

—¡Para ya, mamá! —rogó Anastasia.

—¡No, para tú, niña descarada! ¿Cómo te atreves a hablarle así a tu madre? Déjate ya de tonterías y quédate con Macaire, que es un hombre encantador, cariñoso y muy buen partido. ¿O es que quieres acabar como tu hermana? Te prohíbo que vuelvas a ver a Levovitch, ¿me oyes? Y te prohíbo que lles en público esos regalos adúlteros. ¡Son dignos de una furcia!

—Pero con Lev soy feliz, estoy muy a gusto con él.

Olga, con los ojos relucientes de ira, amenazó a su hija con el dedo.

—No quiero volver a oír ese nombre nunca más, ¿me has oído bien? No es como nosotras.

—¡Es ruso como nosotras!

—Es judío y nosotras no tratamos con esa clase de gente. ¿Tanto me he equivocado al educarte? ¡Prométeme que no lo volverás a ver! ¿Es que quieres matarme? Lo sacrificué todo, me alimentaba de latas de conserva para que pudierais encontrar marido. Y ahora, vamos a almorzar en silencio, que ya os tengo muy oídas a las dos.

A Anastasia, que pugnaba por contener las lágrimas, le costó mucho acabarse el pescado. No volvieron a cruzar palabra hasta el final de la comida. Luego, Anastasia pagó la cuenta. Las tres mujeres se despidieron sin ningún cariño antes de irse cada una por su lado.

—Hasta la semana que viene —dijo la madre.

17. Recuerdos

Aquel miércoles 12 de diciembre, después de almorzar con su madre y con su hermana, Anastasia se volvió directamente a casa. Solía pasar los miércoles por la tarde callejeando por el centro de Ginebra. Pero entre las recriminaciones de su madre y el silencio de Lev, no estaba de humor para paseos. Se sentía muy desmoralizada y se pasó el resto de la tarde encerrada en su cuarto. Lo que le apetecía era llamar a Lev, oír su voz y que la reconfortase. Pero quería que la iniciativa de llamar partiera de él. Era él quien la había dejado plantada la víspera. Con los nervios destrozados, estuvo llorando antes de sumirse en un sueño profundo.

Iba atardeciendo en Cologny cuando Arma, preocupada por el silencio de su señora, acabó por ir a buscarla a su cuarto.

El día no había transcurrido para Arma como lo tenía planeado. Aquella mañana, después de una noche de insomnio y preocupación, fue a casa de los Ebezner con la firme intención de contarle a Macaire todo lo que pasaba con Lev Levovitch.

Pero cuando llegó a casa de sus señores, Macaire ya se había ido al banco. ¡Mira que escoger ese día para hacer méritos en el trabajo!

Entonces decidió estar de morros con su señorita. Anastasia la impresionaba demasiado para enfrentarse directamente a ella, pero quería darle a entender lo disgustada que la tenía.

Hasta que Anastasia bajó a la cocina a desayunar, y Arma la vio muy infeliz. Tenía la mirada triste, y los ojos encarnados revelaban que había estado llorando. Arma se estaba preguntando si la pena de la señorita sería por Lev, cuando de pronto todo le resultó evidente. ¡Se echó en cara lo boba que había sido al sacar conclusiones precipitadas! No la habían dejado pegar ojo en toda la noche. Pero resulta que se había olvidado de un

elemento capital: si Lev había llamado por teléfono el lunes, era porque la señorita ya no quería cogerle el móvil. ¡Quería romper! Además, ¿acaso no le había dicho durante esa llamada que todo había acabado y que ya no quería volver a oír hablar de él? Arma seguía indignadísima consigo misma: ¡ay, se tenía bien merecido el rango de criada por haber sido tan botarate! ¿Cómo se le había podido pasar ese detalle? Seguramente por el ramo de rosas blancas, pero si él le había mandado flores era para intentar reconquistarla después de que ella lo hubiera rechazado la víspera.

Vale que se había dado un baño nada más recibir las flores, pero es que se pasaba la vida bañándose. Y durante horas. Eso no quería decir nada. ¡Si la señorita había quedado con Lev anoche, había sido para poner punto final a la relación! Sí, se había dejado llevar por la pasión, pero había recuperado la cordura enseguida y había actuado en consecuencia. Había roto, y ahora le daba un poco de pena. En el fondo, era una pena muy hermosa. Era la prueba de que esa historia había tenido su importancia y mucho sentimiento.

Anastasia no tocó el desayuno. Cuando se volvió a su cuarto, Arma admiró su tristeza: qué fuerte, qué digna y qué valiente era. No se había equivocado con ella, ¡era toda una señora!

Como todos los miércoles, la señorita salió de casa a última hora de la mañana. En cambio, cosa muy poco habitual, el señorito volvió a casa a la hora de comer. Pasó a toda prisa, con cara de preocupación. Se encerró un momento en el dormitorio antes de marcharse de nuevo como había venido. Al cruzar la puerta, se limitó a decirle a Arma: «Usted no me ha visto».

Luego, la señorita volvió a primera hora de la tarde y parecía aún más desgraciada que al despertarse. Otra vez se encerró en su cuarto. A través de la puerta, Arma la oyó sollozar. Le dio mucha pena. La señorita no se había asomado más en toda la tarde. Ahora Arma estaba preocupada.

Anastasia oyó que llamaban con suavidad a la puerta. Se incorporó en la cama y vio la cara de Arma en la rendija. En la habitación sumida en la oscuridad se coló una raya de luz del pasillo.

—¿Todo bien, señorita? —preguntó Arma con voz de ratón.

—No mucho —contestó Anastasia.

Arma se tomó la libertad de entrar en la habitación y se sentó al borde de la cama. Acarició, con gesto afectuoso, un extremo de la pierna de Anastasia para reconfortarla.

—¿Puedo hacer algo, señorita?

—No, gracias. Qué encanto es usted.

—He hecho sopa. ¿Quiere que le traiga un poco?

—Es un detalle, pero no tengo hambre.

—¿No va a cenar, señorita?

Anastasia dijo que no con la cabeza.

—¿Y el señorito? —preguntó Arma—. Todavía no ha vuelto...

—Debe de estar con un cliente.

—Me parece que el señorito tampoco está muy allá...

—Es que menudas cosas están pasando, Arma.

—Cuánto me gustaría poder ayudarlos.

—Ya hace usted mucho, Arma. Váyase tranquilamente a casa, tiene que estar cansada.

—¿Está segura? ¿No quiere un poco de compañía?

—No se preocupe por mí. Puede irse. Gracias por todo.

Arma obedeció y se marchó con el corazón en un puño: las cosas iban mal en casa de sus señores y lo sentía por ellos. Y además, estaba resentida consigo misma por lo mal que había pensado anoche de la señorita. La señorita que había sido siempre tan cariñosa con ella. Generosa, con montones de detalles, preocupada por su bienestar. En su cumpleaños le daba el día libre y la invitaba a cenar a un restaurante del centro. «Es usted un poco de la familia, Arma», le decía a menudo la señorita.

Poco después de irse Arma, llamaron en casa de los Ebezner, lo que obligó a Anastasia a salir de su cuarto para ir a abrir. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que en la puerta estaba Alfred Agostinelli, el chófer de Lev!

—Disculpe, señora, si me presento así, pero como el coche de su marido no estaba me he permitido...

—Ha hecho bien —dijo Anastasia, impaciente por saber algo de Lev.

—El señor Levovitch me envía para presentarle sus disculpas. Estuvo toda la noche ocupándose de una cuestión de Estado. De hecho, aún sigue en Naciones Unidas, con el secretario general, para solventar un tema de sanciones económicas... Por desgracia, no puedo decirle más, pero ya se imaginará que se trata de un asunto de la mayor importancia...

Al oír esas explicaciones, Anastasia se sintió ridícula por habérselo tomado tan a la tremenda. Con el alivio y la felicidad recuperó los colores.

Se rio, en su fuero interno, de haberse portado como una adolescente; luego, con tono digno, le dijo al chófer.

—Haga saber al señor Levovitch que me apenó mucho no verlo anoche.

—El señor Levovitch me ha encargado también que le entregase este recado.

Agostinelli le alargó un sobre. Ella, al cogerlo, no pudo reprimir una sonrisa deslumbradora y estrechó la misiva contra el pecho.

—Gracias, Alfred —susurró.

Agostinelli se despidió con una inclinación y desapareció en la oscuridad de la noche de invierno. Anastasia se apresuró a abrir el sobre.

Había recobrado la alegría. Metida en la bañera de agua muy caliente y rebosante de espuma, leía una y otra vez la nota que le había enviado Lev, procurando no mojarla.

Vámonos juntos lejos de Ginebra.

Dejémoslo todo.

Te quiero

Lev

Se le agolpaban las preguntas en la cabeza. ¿Adónde irían? ¿Y cuándo? Ya puestos a abandonarlo todo y dejarlo atrás, ¿había que aprovechar el Gran Fin de Semana del banco para huir? Macaire iría solo, como todos los años: nunca se invitaba a los cónyuges. Conociendo a Lev, seguramente lo tenía todo previsto.

Antes de casarse con Macaire, Anastasia había participado dos veces en el Gran Fin de Semana, en el Palace de Verbier, adonde su madre la había obligado a ir.

De la primera vez hacía dieciséis años. Por entonces, ella tenía veintiuno y estudiaba Literatura. En el Palace conoció a Klaus, que había estado a punto de ser su prometido. Cuando se acordaba de él, le entraban escalofríos.

*

Dieciséis años antes

Primer Gran Fin de Semana de Irina y Anastasia

—¡Arriba, niñas! —voceó Olga, irrumpiendo en la angosta habitación que compartían sus hijas en el piso familiar de Pâquis—. No podéis ni imaginar qué gran noticia: he conseguido una habitación en el hostel Des Chamois de Verbier. Todo estaba llenísimo y resulta que el dueño acaba de llamarme: ¡una cancelación de última hora! ¡Menuda suerte!

—Es viernes, *mamuchka* —objetó Irina—. Tenemos clase en la uni.

—Hazme caso, niña, no es en la universidad donde vas a encontrar marido, sino en Verbier, y este fin de semana.

—¿Qué pasa en Verbier?

—¡El Gran Fin de Semana del Banco Ebezner! —contestó Olga, animadísima—. ¡Una ocasión que ni pintada para buscaros un marido! Así que no os equivoquéis. Se acabaron los tarambanas de Klosters o de Saint-Moritz; lo que necesitáis es un hombre, uno de verdad, con carrera y aspiraciones familiares. ¡Lo que necesitáis es un banquero!

—No sé si quiero casarme con un banquero —dijo Irina.

—¡Te casarás con quien se te diga, niña! ¡Y a mí no me hables con ese tono tan ingrato! ¡Como muy bien dice la reina de Inglaterra: *Never explain, never complain!* Hala, a vestirse deprisa, yo voy a haceros las maletas. Sale un tren para Martigny dentro de una hora. Ya me daréis las gracias cuando seáis ricas y no tengáis que volver a preocuparos por nada.

Así fue como a las pocas horas, después de un trayecto en tren Ginebra-Martigny-Le Châble, y otro en autocar de Le Châble a Verbier, Olga, Irina y Anastasia se aposentaban en un incómodo cuartito del hostel Des Chamois.

—A las cuatro dan un cóctel de bienvenida para los empleados en el Palace —les explicó a sus hijas Olga, que estaba enterada de todo—. Poneos los vestidos azules y los zapatos bonitos, los de tacón negros. Hay que entrarles por los ojos.

—Pero ¡no nos dejarán pasar! —dijo Irina, preocupada.

—Os dejarán si le echáis cara. Entráis en la sala como si fuerais las dueñas del local. Si un camarero os pregunta algo, lo miráis por encima del hombro y le pedís una copa de champán.

Cuando Olga y sus hijas aparecieron en el salón de recepciones del Palace, todas las miradas se volvieron hacia las dos jóvenes, guapas,

elegantes y principescas. Olga no cabía en sí de gozo, consciente de que Irina y Anastasia eran el centro de atención.

—Fijaos en eso —dijo, trepidante, señalando a un grupo de hombres que se reían—. ¡Son la flor y nata del banco! El viejo ese es Auguste Ebezner, el presidente del banco. Y el alto que está a su lado, el que parece un actor americano, es su hijo, Abel Ebezner, el vicepresidente. Dicen que es un financiero temible y que ya toma todas las decisiones en lugar de su padre. Y allí, mirad, el joven de corbata oscura es Macaire Ebezner, el hijo único de Abel. ¡El heredero del banco! Tiene veinticinco años y en cuanto su abuelo estire la pata, se convertirá en vicepresidente. Cosa de un año, o de dos como mucho, por la pinta que tiene el abuelito. ¡Vicepresidente de un banco a los veintiséis años, eso sí que es lo más de lo más!

Las tres Von Lacht pidieron una copa de champán y pasaron revista al grupito de gente de la banca. De repente, Olga empezó a retorcerse como una anguila.

—¡Queridas, creo que estáis de suerte! ¿Veis a ese chico alto, el guaperas sombrío? Es Klaus van der Brouck, está haciendo prácticas en el banco. ¡Es pariente directo de la familia real belga y es rico como Cresos! Su padre es un industrial muy importante en Bruselas. ¡Id a presentaros!

Como las muchachas no se decidían, Olga se acercó a saludar a Klaus van der Brouck, tirando de ellas y desplegando sus mejores dotes de vendehúmos.

—¡Querido Klaus van der Brouck! —exclamó, cayendo sobre él.

Al tal Klaus no acababa de sonarle su cara, pero, bien pensado, a lo mejor se conocían ya.

—Olga von Lacht —le pareció oportuno decir, al ver que su interlocutor no la situaba.

—Pues claro, querida señora —mintió Klaus, que tuvo la cortesía de fingir que la reconocía—. ¡Qué alegría volver a verla!

—¿Por lo visto está usted haciendo unas prácticas en Ginebra?

Ante esa pregunta, Klaus tuvo la impresión de que, efectivamente, se trataba de alguien a quien conocía. Le dio mucho apuro no recordarla.

—Sí —dijo—, mi padre tiene mucha amistad con Abel Ebezner. Quiere que yo adquiera experiencia en banca para poder gestionar la fortuna familiar.

—¡Qué apasionante! Permítame que le presente a mis hijas, Irina y Anastasia.

Las dos hermanas pasaron un buen rato charlando con Klaus, que solo tenía ojos para Anastasia y coqueteaba abiertamente con ella, para mayor satisfacción de Olga. Al acabar el cóctel, Klaus hizo prometer a Anastasia que volverían a verse después de cenar: en el bar del Palace iba a tocar una orquesta. Buen ambiente garantizado. Olga, que estaba entusiasmada, aceptó en nombre de su hija. Anastasia, en cambio, tenía la sensación de estar ahogándose. Se inventó una excusa y se escapó por una puerta de servicio. Salió del hotel. El aire fresco le sentó bien. Refugiada bajo un alero, contempló la nevada de gruesos copos. Soñaba con escapar de la gente, y sobre todo de su madre. Le apetecía fumar, pero nunca se atrevía a llevar tabaco encima. Si Olga la pillaba, seguro que le daba una paliza.

Anastasia se fijó entonces en un hombre que estaba sentado en una caja de madera, de espaldas a ella, fumando en silencio. Aun sin verle la cara, supo que era guapo. Llevaba el abrigo de *tweed* negro con mucho estilo. Incluso la forma de fumar parecía elegante. Pensó que sería un príncipe de vacaciones, o más probablemente un acaudalado banquero de Ginebra.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó.

El hombre se dio la vuelta. Ella se fijó en que debía de tener su edad o poco más. Pero, sobre todo, se fijó en que llevaba una chapa de identificación en la chaqueta. Era un empleado del hotel. Él le sonrió y se levantó para llevarle un cigarrillo. A Anastasia la subyugó el magnetismo de aquel joven. Leyó su nombre en la tarjeta: *Lev*.

—¿Trabaja en el Banco Ebezner? —le preguntó Lev.

—No, estoy de paso. Me llamo Anastasia. Soy una Habsburgo.

En el acto se mordió la lengua y se llamó idiota mentalmente. ¿Por qué había dicho algo así? ¿Para impresionarlo?

Lev le dirigió una sonrisa radiante.

—Me llamo Lev Levovitch —contestó—. Soy mozo de equipajes.

Ella se lo comía con los ojos.

El flechazo fue fulminante.

*

Anastasia estaba meditando largo y tendido en el baño. ¡Qué felicidad, haber recuperado a Lev! Aunque le sabía mal el daño que le iba a hacer a Macaire. Para acallar los remordimientos, se convenció de que, por encima de todo, tenía que pensar en sí misma. Cuando se fue a la cama por fin, eran las once. No había sabido nada de Macaire desde la conversación telefónica del mediodía. Pero lo había notado muy raro. Tendría que haberlo llamado otra vez para preguntarle qué tal iba todo. Por primera vez, lo echó de menos.

A las once y media, en el corazón del parque Bertrand.

Macaire, tieso de frío, paseaba arriba y abajo junto al estanque. Un viento helado le azotaba la cara y hacía crujir los árboles. El lugar estaba desierto y sumido en la oscuridad. Solo unos cuantos faroles desperdigados arrojaban algo de luz, por tramos. Aquella cita misteriosa le daba muy mala espina. Pero no tenía alternativa. Se tranquilizó metiendo la mano en el bolsillo del abrigo para acariciar la culata de la pistola. Durante la hora del almuerzo, había aprovechado que Anastasia estaba en Roberto con su madre y su hermana para volver a casa discretamente y coger el arma. Su mujer no sabía nada de aquella adquisición. La había realizado legalmente pocos años antes. Había elegido una Glock 26, una pistola semiautomática de fabricación austriaca, compacta, resistente, ligera, fiable y con munición de calibre 9 mm. La guardaba en la caja fuerte del gabinete, cuya combinación solo sabía él. A medida que cumplía misiones para la P-30, había sentido la necesidad de estar en condiciones de proteger su hogar. Por si la cosa se ponía fea. Aquella noche se sentía especialmente satisfecho de haber tomado esa iniciativa.

Una silueta apareció de pronto en un haz de luz. Macaire notó que se le aceleraba el pulso.

—¿Quién anda ahí? —le preguntó a la sombra que se acercaba.

La silueta no dijo nada y Macaire sacó la pistola y apuntó hacia lo que podía ser una amenaza.

De pronto, a la luz de la farola, reconoció el rostro del hombre que se le acercaba.

—Usted... —susurró.

18. Una noche en Ginebra

Scarlett y yo nos disponíamos a irnos de Ginebra de vuelta a Verbier cuando telefoneó Arma. Limpiaba oficinas hasta muy entrada la noche y quedamos en vernos al día siguiente en un café del barrio de Champel donde yo sabía que podríamos charlar con tranquilidad.

—Supongo que no vamos a volver a Verbier esta noche —me dijo Scarlett.

—Supone usted bien.

Aprovechando que no venían coches en dirección contraria, hice una pirula, totalmente prohibida, y tomé la dirección de mi piso.

—¿Dónde vamos? —preguntó Scarlett.

—A mi casa —contesté.

—Si hay por allí algún hotel que me pueda recomendar...

—No voy a abandonarla en un hotel. Si mi cuarto de invitados le parece bien, está a su disposición. Tiene cuarto de baño y todo lo necesario.

—¡Qué bueno es usted, escritor!

—¿Necesita que paremos de camino para comprar un cepillo de dientes y un pijama?

Señaló con el pulgar la maletita que había dejado en el maletero esa misma mañana.

—Lo tengo todo previsto —dijo—. Llevo ropa para mudarme y un cepillo de dientes. No necesito pijama, duermo desnuda.

—Ya veo.

Me sonrió. No pude por menos de devolverle la sonrisa.

Aparqué delante de mi edificio. Scarlett se quedó maravillada con la callecita de sentido único, encantadora y frondosa, que se llamaba avenida, que bordeaban por un lado los edificios antiguos y por otro, el parque Bertrand.

Al entrar no nos cruzamos con nadie. Ya en mi piso, preparé café para los dos y nos lo tomamos en la barra de la cocina. De pronto, me sentí muy a gusto con ella. Estábamos sentados codo con codo, sentía su cuerpo junto al mío. Me daban ganas de abrazarla fuerte, me daban ganas de que pasara algo ahora mismo. La tenía al alcance de los labios. La deseaba muchísimo y, al mismo tiempo, no tenía más que un temor: que Sloane llamase a la puerta. Y no sabía si era por aprensión o por un deseo acuciante de volver a verla. Scarlett me atraía tanto como echaba de menos a Sloane. Interrumpí ese momento ofreciéndome a enseñarle el piso.

—¿Le hago una visita guiada? —le sugerí a Scarlett.

—Será un placer.

Le enseñé su cuarto y luego la llevé a mi despacho.

—Así que es aquí donde escribe sus libros —dijo muy interesada. Dio una vuelta por la habitación, mirando los cuadros y las notas de las paredes —. Fascinante. ¡Completamente fascinante!

—¿El qué? ¿El despacho?

—Usted —me contestó, mirándome a los ojos.

Me apoyó un dedo en el pecho.

—Estoy molida, escritor. Voy a echarme una siesta. ¿Cenamos juntos?

—Será un placer. Hay un restaurante estupendo.

—¡Maravilloso, escritor! Hasta dentro de un rato. Descanse un poco. El día ha sido largo.

Me dejó solo en la habitación.

Me acomodé ante mi mesa. Saqué de la bandolera mis notas y el portátil y me puse manos a la obra.

19. Empiezan los problemas

—¿Usted? —susurró Macaire al descubrir que su misteriosa cita era el mismísimo Wagner, su enlace con la P-30—. ¡Me ha dado un buen susto!

—Buenas noches, Macaire —saludó Wagner—. Siento mucho haberme puesto en contacto con usted de esta manera y haberle propuesto quedar tan tarde, pero estaba seguro de que a estas horas aquí no habría nadie.

—¡Casi le meto una bala en el cuerpo, hombre de Dios!

—¿Va usted armado?

—Solo por precaución —contestó Macaire, un poco harto—. Entre el mensaje y este numerito, creí que había alguna amenaza. ¿Me puede explicar de qué va todo esto? ¿Por qué no se puso en contacto por el sistema habitual, caramba?

—¡Lo hice! Le mandé tres invitaciones para la ópera. Pero no vino usted ninguna de las veces. ¿Es que ya no lee el correo?

—Lo siento, llevo bastante retraso con la correspondencia últimamente.

—Bueno, pues por culpa de su desorden me he tragado tres veces *El barbero de Sevilla*.

—No sabe cuánto lo lamento. ¿Qué es tan urgente como para querer verme en plena noche? ¿Es por lo que ocurrió en Madrid? ¿Pérez ha hablado?

—No tiene nada que ver con Madrid. Es algo sobre el Banco Ebezner. La situación es crítica. Se le está escapando la presidencia y eso es un auténtico problema.

—¿Y eso qué le importa a la P-30? —preguntó Macaire, que no acababa de entender por qué Wagner, de repente, tenía que meter las narices ahí.

—En Berna los tiene a todos muy preocupados ahora mismo —explicó Wagner con tono muy serio—. Hasta en las altas esferas del Gobierno. El

Consejo Federal les exige a los servicios de inteligencia un informe diario de la situación.

—Pero ¿por qué?

—¡Espabile, Macaire! ¡Sinior Tarnogol está a punto de convertirse en presidente del banco privado más poderoso de Suiza! ¡Y eso nos puede suponer un problema, como imaginará!

—¿Tarnogol presidente del Banco Ebezner? No, qué va, se equivoca usted. El candidato serio es Levovitch...

—¿Y quién quiere poner ahí a Lev Levovitch? Pues Tarnogol, precisamente —indicó Wagner—. ¿No le parece raro que, desde febrero, el Consejo estuviera de acuerdo con nombrarlo a usted y que, de repente, a pocos días de la elección, Tarnogol decida que hay que elegir a Levovitch?

Macaire se quedó de piedra al descubrir que Wagner estaba ya enterado de todo.

—Cuando elijan a Levovitch —prosiguió Wagner—, renunciará a favor del vicepresidente, a saber, Tarnogol.

—¿Y por qué iba a hacer eso Levovitch?

—Por dinero. Tarnogol le dará un montón de dinero. Tiene muchísimos contactos, es muy poderoso. Tarnogol es el diablo. Es capaz de cualquier cosa. Algo debe de saber usted de eso, Macaire, si me fío de su truequecillo de hace quince años.

Macaire prefirió no reaccionar ante ese último comentario.

—Pese a los esfuerzos de su padre Abel Ebezner —siguió diciendo Wagner—, no hemos sido capaces de oponernos a Tarnogol. Ya ha llegado el momento de hacerlo por las bravas.

—¿Mi padre? —repitió Macaire.

—Su padre hizo mucho por nosotros.

—¿Mi padre era miembro de la P-30?

—¡Un agente excepcional! —dijo Wagner con tono de admiración.

A Macaire lo dejó estupefacto y, al mismo tiempo, lo emocionó la noticia: su padre y él habían compartido el mismo destino.

—La única razón por la que su padre no lo eligió directamente para la presidencia, Macaire, fue por librarse de Tarnogol.

—¿Mi padre contaba con nombrarme presidente?

—Pues claro. Me hablaba muchas veces de usted, ¿sabe? Lo trataba a veces con brusquedad en público, pero en realidad lo admiraba. Por

supuesto, tenía previsto que fuera su sucesor, aunque nos apresuramos a disuadirlo. Si lo hubiera elegido a usted presidente, se habría encontrado con Tarnogol de vicepresidente y, créame, este habría hecho lo que fuera para quitarle el puesto y ponerse él. Así que había que encontrar una forma de acabar discretamente con trescientos años de funcionamiento del banco.

—¿Así que toda esa historia de sucesión era una operación de la P-30? —susurró Macaire, que acababa de entenderlo.

Wagner asintió con la cabeza.

—Era la única forma de deshacerse del control de Tarnogol. Con su decisión de dejar que el Consejo eligiera al presidente al tiempo que excluía que los miembros del Consejo pudieran ser candidatos, su padre, por una parte, impidió el ascenso de Tarnogol, pero por otra parte abrió una brecha que permitía remodelar el Consejo. Ya ve, Macaire, que el plan era perfecto. Sabíamos que el Consejo lo elegiría a usted y sabíamos que usted estaría en situación de cambiar las reglas de juego y que elegiría como vicepresidente a alguien de confianza. Tarnogol habría quedado al margen. Habría seguido siendo accionista del banco, desde luego, pero habría perdido el poder.

—¿Qué es lo que no funcionó entonces?

—Tarnogol fue más listo de lo que pensábamos. Nos ganó en nuestro propio terreno. Consiguió que Horace Hansen cambiase de opinión y lo convenció de que había que elegir a Levovitch. Faltan tres días para la elección, la situación es grave.

—Pero ¡en algo estará usted pensando! —fue la conclusión de Macaire—. Si no, no me habría llamado.

—Es usted perspicaz —dijo Wagner, sonriendo fríamente—. No esperaba menos de usted. Mire, Macaire, entendimos enseguida que algo no andaba bien dentro del banco. En enero, Tarnogol no tenía ningún argumento para imponerles a su protegido, Levovitch, a Horace y a Jean-Bénédict Hansen. Se aferraban a la tradición de la entidad. «Solo un Ebezner puede dirigir el Banco Ebezner», repetían. Y resulta que pocos días antes de la elección esos señores cambian de opinión. Y ahí fue donde entendimos que había un gusano en la manzana. Hay un traidor en el banco que juega a favor de Tarnogol y en contra de nosotros.

—¿Un topo? ¡Qué cabrón! ¿Lo han identificado?

—Sí, Macaire —se limitó a contestar Wagner, muy misterioso.

—¡Hable, qué demonios! ¿De quién se trata? No me diga que Jean-Béné, no me lo creería. ¡No consigo imaginarme que pueda no ser leal con el banco!

—No es Jean-Bénédict —aseguró Wagner, lacónico.

—¡Déjese de adivinanzas, hombre! —se impacientó Macaire—. Suéltelo ya, ¿quiere?

Wagner examinó entonces a Macaire con mirada fría. Después de un momento de silencio, le dijo con voz cortante:

—No se haga el tonto, Macaire. ¡No le pega nada! Lo sabemos todo.

—Pero ¡bueno! ¿De qué está usted hablando?

—¡El traidor es usted, Macaire!

—¿Qué? ¡Eso es ridículo!

—¿Ridículo? ¡Sus resultados anuales son un desastre! ¡En toda su trayectoria en el banco nunca han sido tan malos! ¡Todos sus clientes han perdido dinero! ¡Llega a unas horas indebidas! ¡No contesta a las cartas! ¡Se ha echado a pique usted solito! Y a Tarnogol, enarbolando ese balance ante los dos Hansen, no le ha costado nada convencerlos para no elegirlo presidente.

—¡Eso es algo totalmente absurdo! En nombre del cielo, ¿por qué iba a hacer yo una cosa semejante?

—¡Por dinero, Macaire! Dios sabe cuánto le ha prometido Tarnogol. Seguro que lo suficiente para que se compre una isla en las Bahamas y pasar allí lo que le quede de vida. No tiene interés ninguno en ser presidente del banco, ya lo demostró hace quince años al cederle sus acciones a Tarnogol. Y se dispone a repetir la jugada permitiendo que llegue a la presidencia. ¡Tarnogol y usted están compinchados! Y también es usted muy amiguito de Levovitch. Han rizado el rizo. Entre los tres, son ustedes el triángulo de las Bermudas.

—¡Todo eso que cuenta es completamente ridículo! —dijo, soliviantado, Macaire—. ¿Cómo puede poner en duda mi lealtad después de todo lo que hice por la P-30? ¡Sí, he tenido un año malo, lo reconozco! Pero ha sido una mala temporada. ¡Siempre tuve muy buenos resultados, pero la decisión de mi padre de no nombrarme presidente fue un golpe terrible para mi ánimo!

—¡Déjese de numeritos, Macaire! Lo sabemos todo de sus vínculos con Tarnogol. Sabemos que es usted la única persona en quien tiene confianza.

—«¿Mis vínculos?» ¡Lo que hay que oír! ¡Está usted delirando por completo, Wagner! ¡Tarnogol me aborrece, se pasa la vida poniéndome verde!

—¿De verdad nos toma por idiotas? —dijo, airado, Wagner sacando del abrigo un sobre que le alargó a Macaire.

Este lo abrió y encontró dentro unas fotos tomadas dos días antes, en plena noche, en las que se lo veía entrando en el palacete de Tarnogol, en el número 10 de la calle de Saint-Léger.

—Los servicios de contraespionaje vigilaban el domicilio de Tarnogol, y no le negaré que nos sorprendió descubrir sus visitas nocturnas a su gran amigo.

—Se equivoca usted de medio a medio —aseguró Macaire—. Tarnogol me propuso que le hiciera un favorcillo a cambio de la presidencia del banco.

—¿Qué tipo de favor? —preguntó Wagner.

—Ese mismo lunes por la noche, un hombre llamó directamente al restaurante donde yo estaba cenando y me dio las siguientes instrucciones: «Hay que recoger un sobre. Coja el coche, vaya a Basilea, al bar del hotel Les Trois Rois, pregunte por Ivan, es uno de los camareros. Pídale un café bien cargado y *el acompañamiento*. Lo entenderá». Seguí las instrucciones. El tal Ivan me entregó un sobre en el que ponía que había que llevarlo a Ginebra, al número 10 de la calle de Saint-Léger, a casa de Tarnogol.

—Así que fue a entregarle el sobre a su casa y, déjeme que lo adivine, lo recibió como a un rey. Vodka carísimo, caviar iraní y toda la pesca. Luego le enseñó el cuadro que representa San Petersburgo colgado en la pared y le contó esa historia tan triste de su familia que le da a uno ganas de llorar. Y al final lo llamó «hermano». ¿Fue así?

—Exacto... ¿Cómo lo sabe?

—Porque no es usted el primero en caer en las garras de Tarnogol, Macaire. El contraespionaje lleva años sospechando que trabaja para los servicios de información rusos. Tiene el talento de utilizar a la gente. En el tiempo que llevamos siguiéndolo, hemos reunido un expediente con los nombres de todos aquellos a quienes ha utilizado. ¡Ah, ya me lo imagino a usted exultante cuando lo llamó «hermano»! —Wagner soltó la carcajada—. Encuentra a buenas personas que se dejan explotar y son maleables como la arcilla. Las utiliza y luego se las quita de encima. Hay muchas

posibilidades de que en ese sobre haya transportado secretos que llegarán a manos de Rusia. Técnicamente, ha colaborado usted con un Estado extranjero, Macaire. ¡Es alta traición!

—¡Lo hice para conseguir la presidencia del banco!

—Entonces explíqueme cómo es que Tarnogol no tiene intención de elegirlo presidente.

—Por culpa del desorden de mi mesa de escritorio —reconoció Macaire.

—¿Y se imagina que me lo voy a creer?

—¡Pues es la pura verdad!

Wagner se encogió de hombros, como si la verdad no tuviera para él gran importancia.

—Macaire —dijo—, voy a darle una oportunidad de demostrar su fidelidad al banco y a la patria.

—Dígame qué tengo que hacer para probarle mi buena fe y lo haré.

—Es muy sencillo: va a matar a Tarnogol.

Macaire, aterrado, abrió unos ojos como platos.

—¿Qué? ¿Un asesinato? Está usted mal de la cabeza.

—No tiene elección, Macaire. Ya es hora de terminar con este desmadre en el banco y es usted quien lo va a hacer. Será su última operación para la P-30. Esa para la que llevamos tantos años preparándolo.

Al oír estas palabras, Macaire comprendió de pronto la cruel verdad: no lo habían reclutado por casualidad para la P-30.

—No me escogieron por casualidad, ¿eh? —dijo entonces Macaire—. Para la primerísima misión, Bodas de Diamante, podrían haber preguntado a cualquier empleado del banco. Habrían podido limitarse a preguntar a mi padre, ya que era miembro de la P-30.

—Pero era una misión muy sencilla y, por lo tanto, una gollería para ponerlo a usted a prueba y quizá reclutarlo luego. ¿Qué se creía? ¿Que íbamos a dejar tan tranquilos que la joya de la banca suiza pasara a manos extranjeras? Resultó usted un agente muy bueno. Tengo que rendirle ahora ese homenaje: dejó a toda la P-30 planchada. Pero siempre hubo una operación para la que lo teníamos destinado, si resultaba necesario: eliminar a Tarnogol. Y eso es exactamente lo que va a hacer.

Macaire se puso lívido. Se había dejado engañar como un novato durante todos esos años. La trampa acababa de cerrarse y dejarlo dentro.

—¡Vamos a ver, Wagner, ha perdido el juicio! Información, vale. Pero ¡nunca se habló de matar a nadie!

—Ya sospechaba yo que me iba a montar una escenita —dijo Wagner antes de alargarle a Macaire otro sobre.

Dentro había una foto que le revolvió el estómago a Macaire: el informático de Madrid y su mujer muertos en el salón, ejecutados de un tiro en la cabeza.

—Su última obra maestra —dijo Wagner con una sonrisa cínica.

—¿Han matado a esa pobre gente? —susurró Macaire, espantado.

—Eran una amenaza para nuestro sistema bancario. No teníamos más remedio que eliminarlos...

—¡Me utilizaron para asesinarlos! ¡Por eso me acompañaba el tal Pérez! ¡Los españoles nunca lo detuvieron, fue una puesta en escena! ¡Querían asegurarse de que me quedaba enclaustrado en el piso mientras él iba tranquilamente a ejecutar a esos desdichados!

—¡Vamos, no juegue con las palabras, Macaire! Es usted responsable de esa doble muerte.

—¡No, no tengo nada que ver con esa cosa espantosa y usted lo sabe de sobra!

Wagner sonrió con expresión aviesa. Y dijo a continuación:

—¿Sabe, Macaire? El arma que se usó en ese doble asesinato es una Glock 26, un modelo similar al que lleva usted en el bolsillo. Qué coincidencia tan increíble, ¿verdad? Creo que tiene usted mucho más que ver con ese asesinato de lo que piensa. De momento, la policía española lo toma por un robo que salió mal. Pero solo depende de nosotros poner a la Interpol sobre su pista.

—Entonces, sabían que tenía un arma... —susurró Macaire, completamente desvalido.

—Somos la P-30; ya se imaginará que nos gusta estar bien informados de lo que hacen nuestros colaboradores.

Macaire estaba espantado. Tenía la sensación de que su mundo se venía abajo. La P-30 a la que había servido con tanta devoción se había vuelto contra él.

Hubo un largo silencio durante el que los dos hombres se miraron. De repente empezó a llover a cántaros.

—Escúcheme atentamente... —dijo Wagner, a quien no parecía afectarle la lluvia.

Una serie de golpes lo interrumpieron de pronto a media frase. Hubo un breve silencio, luego los golpes se repitieron.

Scarlett estaba llamando a la puerta de mi despacho.

Alcé los ojos del ordenador y en el acto interrumpí mi novela, dejó de llover, el suelo nevado del parque Bertrand volvió a ser una moqueta, los árboles desnudos y amedrentadores desaparecieron y mi despacho recuperó su aspecto.

Fui a abrir. Tenía delante a Scarlett, preciosa, lista para salir a cenar, con un bonito vestido corto. Se había peinado echándose el pelo de un solo lado de los hombros al aire, con lo que se le veían los brillantes de las orejas.

Al verme la cara de aturdimiento tras haber pasado las últimas horas inmerso en mi texto, se le borró la sonrisa radiante y pareció muy decepcionada.

—¿Se le ha olvidado nuestra cena?

—Ni mucho menos —mentí—. Solo estaba terminando el capítulo.

—No parece en absoluto listo para salir —comentó.

—No había visto que eran ya las ocho —reconocí.

—No pasa nada, escritor, olvídense de la cena. Está clarísimo que no tiene ganas de salir. Siento haberlo interrumpido en su trabajo. ¡Que pase una buena noche!

Quiso darse media vuelta; le agarré la mano para retenerla.

—Espere, Scarlett, deme diez minutos para arreglarme y salimos.

20. Bernard y yo

Aquel miércoles 27 de junio de 2018, al anochecer, reinaba en Ginebra un ambiente de lo más agradable. Scarlett y yo fuimos siguiendo la calle de Contamines hasta el Museo de Ciencias y luego bajamos por la calle de Les Glacis-de-Rive. Hacía bueno y ya olía deliciosamente a verano.

No tardamos en llegar a un restaurante francés pequeñito que me gustaba mucho. El dueño nos sentó en la terraza en una mesita con velas.

—Creo que voy a tomar pez de San Pedro —me dijo Scarlett, después de mirar la carta.

—Era el pescado preferido de Bernard. Cuando me llevaba a comer a Le Dôme, en París, siempre decía en tono solemne: «El San Pedro es el rey de los pescados». ¡Qué momentos tan maravillosos pasamos juntos en aquel restaurante! Siempre planeábamos miles de cosas para el futuro.

Pedí una botella de borgoña (otra vez Bernard, que consideraba que el pescado se podía acompañar muy bien con un tinto suave) y agua mineral con gas. Nos trajeron una botella de Châteldon y me hizo gracia la coincidencia.

—El agua preferida de Bernard —dije—. Esta es su noche. Le gustaba el agua con burbujas, pero no demasiadas. El agua de Châteldon le parecía perfecta, decía que era el agua del rey, refiriéndose a Luis XVI.

—Y también el agua de los colaboracionistas —destacó Scarlett—. ¿No fue Pierre Laval quien compró Châteldon?

—Bernard también decía eso —dije echándome a reír.

Ella sonrió con cariño.

—Hábleme de Bernard; esta mañana me dejó con ganas de saber más.

—¿Dónde me quedé?

—Me contó que su primera novela no fue lo que se dice un éxito.

—Sí, eso es. En enero de 2012 se publica mi primera novela y, como ya dije, fue un fracaso comercial. Un par de meses después me llamó por teléfono Lydwine Helly...

—Lydwine Helly es su benefactora, ¿no? La que le puso en contacto con Bernard.

—Eso es, qué buena memoria. Sabía que tenía un manuscrito terminado y, como se marchaba de vacaciones, se lo quería llevar para leerlo. Se lo mando y, a la vuelta, dos semanas después, me dice: «Es una novela buenísima. Tiene que leerla Bernard». Bernard la leyó a su vez y lo convenció a la primera. «Hay que publicar esta novela enseguida», decretó; «de aquí a septiembre». El único que no estaba convencido era yo. Como consideraba que mi primera novela había fracasado, no acababa de ver que, al cabo de tan pocos meses, con la segunda pudiera pasar algo distinto. Así que dije que no.

—¿Dijo que no? —preguntó extrañada Scarlett.

—Sí, me parecía que era muy poco tiempo para preparar la edición. Normalmente, los editores calculan un año para anunciar el siguiente catálogo.

—¿Y qué ocurrió?

—Que descubrí el increíble poder de persuasión de Bernard.

*

París, 29 de junio de 2012

Estaba de paso en París y Bernard me había propuesto ir a comer juntos. Sugirió que me dejase caer antes por la editorial, a eso de las once. Aunque habíamos hablado por teléfono en varias ocasiones, era la primera vez que nos volvíamos a ver desde enero.

Al llegar a la editorial De Fallois, en el número 22 de la calle de La Boétie, me sorprendió ver la buena cara que tenía Bernard. Me pareció más joven y animoso, como si tuviera energías renovadas.

Al entrar en su despacho, me encuentro con que tiene encima de su mesa unas galeradas de mi novela, impresa en diferentes tamaños.

—Como su novela es bastante voluminosa —me explicó—, quería estudiar cuál sería el formato más práctico. Papel más fino pero con más

gramaje, o papel más grueso pero más ligero.

—Pero, Bernard, ¡le había dicho que no quería publicar esta novela ahora!

—Ya lo sé, mi querido Joël —me tranquilizó en el acto—. Solo quería hacer unas cuantas pruebas por curiosidad. Si he querido quedar, ha sido para darle las gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por lo entusiasmado que estoy con este libro. Es una sensación extraordinaria.

Estuvo una hora hablándome de la novela. Me explicó por qué ese libro podría haber tenido muchísimo éxito. Luego fuimos a almorzar al Divellec, uno de los restaurantes de pescado más cotizados de París. Me extrañó mucho que me llevase a un sitio así, como si estuviera celebrando algo. Ya de entrada pidió champán, cosa que no entraba en sus costumbres; y, alzando la copa, me dijo: «Queridísimo Joël, bebo a la salud de esa novela que no voy a publicar, pero con la que he revivido un entusiasmo que hacía mucho que no sentía. Gracias a usted, he recordado por qué me dedico a este oficio».

No hizo falta más para convencerme. Bernard en todo su esplendor: ese carisma, esa voz, esa mirada y esa capacidad que tienen los grandes políticos para que te sientas único. Y además había algo descabellado y estimulante en aquella publicación repentina y apresurada. Aquel hombre de ochenta y seis años soñaba con más intensidad que yo.

Al día siguiente, tras una noche de reflexión, fui a ver a Bernard para decirle que estaba de acuerdo en que publicase esa novela en septiembre.

—¿Está usted seguro de que no es un poco precipitado? —le volví a preguntar—. Decidir el 30 de junio que va a sacar un libro a principios de septiembre...

—No son ni el autor ni el editor quienes deciden cuándo se publica un libro. Es el propio libro el que decide cuándo hay que publicarlo.

A continuación me aseguró que aquel libro iba a ser «un inmenso éxito».

—¿Cómo puede estar seguro de que el libro va a tener éxito? —le pregunté.

—El éxito de un libro —me contestó— no se mide en función de la cantidad de ejemplares vendidos, sino de la felicidad y el placer que se han podido sentir al editarlo.

Una vez más, Bernard tenía razón. Durante los dos meses siguientes, trabajamos con una alegría y una euforia indescriptibles volviendo a leer el texto, eligiendo la cubierta y enviando las galeradas a los periodistas y a los librereros. Toda la editorial estaba en ebullición.

Pero unos cuantos conocidos del mundillo literario parisino me predijeron que el libro no iba a cuajar. Me indicaban, con tono de experto: «Nadie hace esas cosas; no se añade un libro en junio al catálogo de la *rentrée* literaria de septiembre. Los periodistas están ya de vacaciones, los librereros ya han hecho su selección». Esa era una pregunta interesante: ¿cómo hacer que los librereros, de entre los seiscientos títulos de la *rentrée*, decidan destacar el libro de un autor joven completamente desconocido?

Cuando se lo pregunté, Bernard me contestó impertérrito:

—Llamando por teléfono.

—¿Llamando por teléfono? Pero ¿a quién?

—A los librereros. Voy a llamar a todos los librereros de Francia.

Dicho y hecho. Bernard dedicó días enteros a telefonar a cientos de librerías. Todas recibían varias llamadas suyas. La primera para informarles de que les mandaba un libro que le había gustado mucho y de que le gustaría conocer su opinión de librereros. La segunda era una llamada de seguimiento al librero con quien había hablado dos días antes, para asegurarse de que había podido desenterrar, de entre el centenar de paquetes idénticos, el libro que le había enviado por correo urgente la editorial De Fallois. «Volveré a llamarlo mañana para ver qué le parece», decía Bernard. Y volvía a llamar. Y otra vez. Y así logró que librereros de toda Francia, intrigados por saber a qué libro le debían que los llamara el Gran Bernard de Fallois, leyesen mi novela.

El libro salió al mismo tiempo que la última novela de J. K. Rowling, que encima era la primera que no pertenecía a la serie de Harry Potter y tenía a todo el mundo en ascuas. Los ejemplares de J. K. Rowling inundaban el mercado, solo se hablaba de eso. La espera de aquella nueva obra por los lectores había alcanzado su punto culminante, que avivaba el secretismo impuesto por el editor francés, quien, por cierto, había invertido una cantidad astronómica en hacerse con los derechos. Nadie había tenido la oportunidad de leer una prepublicación, los ejemplares habían llegado a las librerías en cajones sellados y custodiados por agentes de seguridad, como

si fueran piedras preciosas. Yo me preguntaba, intranquilo, cómo me las iba a apañar para que no me comiese crudo semejante mastodonte.

Pero resulta que cuando los lectores llegaron en tromba a las librerías para comprar un ejemplar de J. K. Rowling, les preguntaron a los librereros (reflejo habitual en el cliente de una librería): «¿Qué tal está?». Y los librereros les contestaron: «No lo sé, no me han dejado leerlo. Pero en cambio sí que he leído otro libro de un autor joven y desconocido que me ha gustado mucho...».

Bernard tenía el olfato y el talento de los grandes editores. La primera tirada fue de seis mil ejemplares, pero tres meses después ya habíamos vendido medio millón. A continuación, adquirieron los derechos editores del mundo entero. Se vendieron millones de ejemplares en cuarenta idiomas.

Bernard era uno de esos grandes hombres de otro siglo hechos de una pasta de las que ya no hay. En el bosque de los seres humanos era un árbol más hermoso, más fuerte y más alto. Una especie única que no volverá a crecer nunca.

Esa noche, en Ginebra, me pasé horas hablándole a Scarlett sobre Bernard. No se cansó de escuchar mis anécdotas, que abarcaban los seis años de felicidad que, en calidad de escritor, viví con mi editor y que me cundieron como veinte. Hasta tenía la sensación de no haber conocido la vida sin la presencia de Bernard. Como si siempre hubiera estado junto a mí.

Le hablé de nuestros almuerzos en Le Dôme, el restaurante donde hicimos tantos planes.

Le hablé del coche de Bernard, un Mercedes 230E azul que databa de la década de 1980 y sobre el que bromeaba diciendo: «Mi coche tiene más años que usted, Joël». Cuando no encontraba sitio para aparcar al llegar a la oficina, lo dejaba sin más en la calle de Miromesnil, delante del restaurante Le Mesnil, cuyo encargado le daba un telefonazo si se lo quería llevar la grúa.

Le hablé de lo erudito que era.

Le hablé de su pasión por los payasos.

Le hablé de su pasión por el cine.

Le hablé de su pasión por Proust, de cuya importancia había sido uno de los primeros en percatarse y de quien había descubierto textos inéditos.

Le hablé de lo amable, lo curioso, lo generoso, lo magnánimo que era.

Le conté cómo fue a reunirse conmigo en varias de mis giras, en Milán, en Madrid —donde había residido a temporadas— y en Roma. Tenía la esperanza de acompañarme un día a Buenos Aires, la ciudad donde había nacido su madre.

Le hablé de lo felices que habíamos sido Bernard y yo. Bernard, que fue mi editor, mi maestro y mi amigo.

Después de cenar, me llevé a Scarlett a dar una vuelta a orillas del lago Lemán. Ginebra me parecía más hermosa que nunca. Entramos en un bar a tomar algo, y luego en otro, y así seguimos con nuestro circuito por la ciudad. Era tarde cuando volvimos por fin a la avenida de Alfred-Bertrand.

—¿Me acepta la última? —le propuse a Scarlett al entrar en mi piso.

—Nunca digo que no a la última —me contestó—. Pero me parece que es ya la tercera vez que me invita a la última.

—Ya sabe lo que suele decirse: no hay tres sin cuatro.

Se echó a reír y se acomodó en el sofá del salón. Elegí unas cuantas botellas en el mueble bar. En lo que tardé en ir a buscar unos cubitos de hielo a la nevera, Scarlett se quedó dormida. Le tapé las piernas con una manta, le di un beso en la mejilla y me quedé mucho rato mirándola.

Salí a fumar a la terraza del salón. No pude por menos de echar una ojeada a la terraza de al lado, la de Sloane. No había luz en el piso. Me pregunté dónde estaría, qué sería de ella. Luego miré el parque Bertrand, que tenía ante mí. Noté que de pronto hacía bochorno. La noche, hasta hacía un momento constelada de estrellas, estaba ahora cargada de nubes tumultuosas. Un fragor desgarró el cielo. De repente empezó a llover a cántaros.

*

De repente empezó a llover a cántaros.

—Escúcheme atentamente... —dijo Wagner, a quien no parecía afectarle la lluvia—. Tiene que impedir que Tarnogol se haga con el poder.

—Espere —dijo entonces Macaire, que no veía cómo salir de ese avispero—, a lo mejor tengo un medio de apartar a Tarnogol sin necesidad de eliminarlo físicamente.

—¿Y eso?

—He organizado un pequeño plan con mi primo, Jean-Bénédict Hansen. Lo hemos bautizado Operación Vuelco. Mañana por la noche, mi mujer y yo vamos a ir en su lugar a la velada de la Asociación de Banqueros de Ginebra. Es en el Hôtel des Bergues y Tarnogol estará allí. Después de cenar, me inventaré un pretexto para llevarme a Tarnogol al muelle. Hablamos. Y entonces mi primo se nos echa encima con el coche; yo salvo a Tarnogol y, como le habré salvado la vida, no le quedará más remedio que darme la presidencia. Ya ve, no hace falta tanto tejemaneje; las aguas van a volver a su cauce.

Macaire, nervioso, aguardó la reacción de Wagner, que no se hizo esperar.

—Pero ¿es que se ha vuelto loco? —ladró—. ¡Si lo atropellan, llamarán la atención y los pillarán! ¡Y más aún si está metido en eso su primo! Se rajará en cuanto lo empiece a interrogar la policía.

—No, porque precisamente no lo vamos a atropellar.

—Pero ¿es que tiene que matar a Tarnogol!

—¡Mátelo usted! Yo no soy un asesino.

—No lo entiende, Macaire: no tiene alternativa. ¡Si no me obedece, le arruinaré la vida! Si no me obedece, esto es lo que va a pasar: Tarnogol morirá de todas formas, de un tiro. ¿De qué arma? De una Glock como esa que tiene usted. Habrá testigos oculares que lo identificarán taxativamente. Estará perdido, Macaire. La policía investigará y llegará hasta el doble asesinato de Madrid. Podrá contar lo que quiera, que no lo va a creer nadie. No se me ocurre cómo va a poder librarse de cumplir cadena perpetua en la cárcel. Por crímenes que no ha cometido. Qué injusta es la vida, ¿a que sí? Para evitar todas esas desgracias, solo tiene que hacer una cosilla de nada: eliminar a Tarnogol limpiamente. De una forma que no deja rastro y que ya ha demostrado su eficacia en los servicios secretos del mundo entero —se sacó del bolsillo un frasquito con un líquido transparente y se lo alargó a Macaire—. Mañana, en esa famosa cena de la Asociación de Banqueros de Ginebra, vacíe este frasquito entero en la copa de Tarnogol. No tiene que hacer nada más. Tarnogol morirá de un infarto. Es un crimen perfecto. Nadie sospechará nada. Nadie sabrá nunca que Tarnogol ha muerto asesinado.

21. Arma

Jueves 28 de junio de 2018. Abrí un ojo. Tardé un ratito en darme cuenta de que estaba en casa, en mi cama, en Ginebra. Aún tenía la cabeza embotada de la noche anterior. Una voz me sobresaltó.

—Buenos días, escritor. ¿Ha dormido bien?

En el marco de la puerta estaba Scarlett con una taza de café en la mano. Tenía aún el pelo húmedo de la ducha y olía de maravilla. Me estaba mirando con cara de guasa.

—¿Suele quedarse mirando a la gente mientras duerme? —le pregunté.

—Pensaba que se había muerto, así que he venido a ver.

Me alargó la taza de café.

—Gracias —le dije.

Bebí un sorbo. Luego le pregunté sonriendo a medias.

—Scarlett, ¿por qué huele tan bien?

—Porque me he duchado. Debería levantarse y hacer otro tanto. Hemos quedado con Arma dentro de media hora.

Habíamos acordado con Arma encontrarnos en el café que había en la esquina de la avenida de Alfred-Bertrand con la avenida de Peschier, es decir, a pocos minutos a pie de mi casa. Era la única cliente que había en la terraza cuando llegamos: una mujer de cara dulce, que se cuidaba.

Enseguida me di cuenta de que no estaba a gusto.

—¿Por qué les habló de mí la vecina? —preguntó de entrada.

—Nos dijo que había vivido usted todo lo que pasó desde dentro —explicó Scarlett—. Fue una testigo excepcional; su ayuda nos puede venir muy bien.

—¿Ayudarlos a qué?

—Tenemos curiosidad por entender qué pudo ocurrir en la habitación 622 —expliqué.

A Arma se le entristeció la cara de repente:

—Todo este asunto ha sido muy difícil. Me gustaría poder sacarme todo eso de la memoria... Yo le tenía mucho cariño a Macaire Ebezner, ¿saben?

—La vecina nos dijo directamente que lo quería —me permití especificar.

—Es cierto —reconoció Arma, agachando la cabeza—. Se me hizo muy cuesta arriba perderlo. En el fondo, yo también fui un poco víctima de lo que pasó. No hay un día en que no piense en él. Después de todo aquello, tuve que volver a empezar de cero. Encontrar trabajo otra vez. Ahora limpio oficinas por las noches.

Se interrumpió. Scarlett la animó amablemente a que reviviese sus recuerdos.

—¿Puede hablarnos de los días anteriores al asesinato?

A modo de respuesta, Arma sacó del bolso un álbum en el que había pegado recortes de periódico de aquel periodo. Susurró entonces, casi con apuro:

—Vivo un poco en el pasado...

—Todos lo hacemos —la tranquilicé—. Es una buena forma de sobrevivir.

Asintió. Luego se sinceró:

—Menuda locura. La semana anterior al dichoso Gran Fin de Semana ese, el periódico decía que iban a elegir presidente a Macaire Ebezner, pero en realidad yo veía en casa que las cosas no iban nada bien. Macaire estaba muy estresado. Hablaba de un tal Tarnogol que lo estaba fastidiando.

—¿Macaire Ebezner mencionaba con frecuencia a ese Tarnogol?

—La semana anterior al asesinato fue un nombre que sonó mucho. En ese momento yo aún no sospechaba nada. Me enteré más adelante, como todo el mundo, por los periódicos.

—La vecina nos dijo que por entonces Anastasia, la mujer de Macaire, tenía un amante —indiqué.

—Sí, es cierto —confirmó Arma.

—¿Quién era?

—Lev Levovitch. Hasta acabé descubriendo que estaban planeando irse juntos.

—¿Se lo contó a alguien?

—Tenía previsto contárselo todo a Macaire. Pero tenía que encontrar el momento oportuno. Como ya le he dicho, para él fue una temporada más agotadora que de costumbre. Sobre todo, lo pillé hablando de una cosa con su primo, Jean-Bénédict Hansen. Tenían pensado darle un susto al señorito Tarnogol para obligarlo a elegir a Macaire para la presidencia.

—¿Qué clase de susto?

—Jean-Bénédict Hansen iba a hacer como que lo atropellaba con el coche. Pero, claro, nada pasó como estaba previsto. Fue el jueves 13 de diciembre, no se me olvidará nunca.

22. El día de la Operación Vuelco

Jueves 13 de diciembre, tres días antes del asesinato

Se abrió la puerta del gabinete del doctor Kazan.

—Buenos días, Macaire —le dijo Kazan a su paciente, que estaba esperando en el pasillo, invitándolo a entrar en la consulta.

Macaire saludó al médico con un apretón de manos muy formal y entró en la habitación.

—Desde nuestra sesión del martes me siento menos bloqueado —anunció en el acto, tras acomodarse en el sillón que estaba enfrente del de Kazan.

—Me alegro de oírlo —dijo el psicoanalista, satisfecho—. ¿Sabría decir en qué?

—Estoy dispuesto a demostrarles quién es Macaire Ebezner. Esta noche, se van a enterar *esos* de cómo me las gasto en realidad.

—¿Qué ocurre esta noche? ¿Y quiénes son «esos» a los que se refiere?

Macaire se metió la mano en el bolsillo y jugueteó con el frasquito del veneno. La noche anterior, al volver de la cita con Wagner en el parque Bertrand, había estado dándole muchas vueltas a todo lo ocurrido. Llegó a la conclusión de que no era ni el juguete de Tarnogol ni el de la P-30. Había decidido ejecutar esa noche, como estaba previsto, su Operación Vuelco. Se concedía una oportunidad de convencer a Tarnogol y cumplir así sin violencia la misión que le encargaba la P-30. Pero si la Operación Vuelco no permitía que Tarnogol recapacitase para bien, si se limitaba a ponerse cabezota, entonces usaría el frasquito. Lo mataría. Eso era lo que había decidido.

—Voy a hablar con Tarnogol esta noche —se limitó a explicar al doctor Kazan—. Jean-Béné me ha cedido su lugar en la cena de la Asociación de Banqueros de Ginebra. Tengo el presentimiento de que todo va a salir bien.

—Estupendo.

—También he preparado unas fichas —siguió diciendo Macaire para justificar su optimismo—. Lo necesario para destacar en la mesa esta noche. Unas cuantas bromas sutiles para conquistar y para convencer; una lista de temas candentes de actualidad y acontecimientos clave ocurridos en el mundo de las finanzas en estos últimos meses. Se acabó el Macaire mudo de las cenas de gala. El martes que viene, el hombre que tendrá usted delante, aquí en esta consulta, será Macaire Ebezner, el nuevo presidente del Banco Ebezner.

—Me alegro mucho de oírlo —dijo Kazan.

—Tengo previsto un chistecito al empezar la cena, para captar la atención de los comensales. Por lo visto es primordial arrancar cualquier discurso divirtiendo al auditorio. ¿Quiere oírlo?

—Con mucho gusto.

—Bueno, pues lo leí en *La Tribune de Genève* el otro día. Había un artículo entero sobre Picasso. Es un chiste sobre el valor de las cosas, y eso resulta gracioso en una cena de banqueros, ¿no?

—Se lo diré cuando lo haya oído.

—Sí, es este —cogió aire, nervioso—. Picasso está cenando en un restaurante. Cuando termina, el dueño le dice: «Maestro, está usted invitado». Picasso, agradecido, agarra un bolígrafo y hace un dibujito en el mantel de papel. Pero no lo firma. El dueño del restaurante le pide entonces a Picasso: «Maestro, ¿me lo puede firmar?». Y Picasso le contesta: «Usted me ha invitado a cenar, no me ha regalado el restaurante».

Kazan se echó a reír.

—Muy bueno, de verdad.

—Y además, es un chiste con clase. De tipo culto. No un chiste grosero.

—Tendrá usted mucho éxito —le prometió Kazan.

Entusiasmado con la reacción de su psicoanalista, Macaire le pidió luego que pusiera a prueba sus conocimientos sobre los temas de actualidad.

—¡Venga, pregúnteme algo! Sobre lo que sea.

—No creo que haga falta —le aseguró el doctor Kazan—. Estoy convencido de que está usted preparadísimo.

—¡Venga, por favor! —insistió Macaire—. Solo una pregunta.

—Bueno, está bien —Kazan pensó un momento antes de hacer la pregunta—. ¿Qué resolución se ha adoptado en Naciones Unidas durante la cumbre sobre los refugiados que se celebró a principios de semana?

Tras la pregunta del psicoanalista se hizo un profundo silencio en la consulta.

—Caramba —acabó por decir Macaire—, ¡esa no me la esperaba!
¡Hágame otra!

—No merece la pena —rehusó el doctor Kazan—. Estoy seguro de que está al día.

—¡Venga, doctor! —rogó Macaire—. Esta vez, una pregunta de tema económico, que es mi especialidad.

—Bueno, está bien —accedió el doctor Kazan—. ¿Cómo reaccionaron las Bolsas asiáticas ayer cuando el presidente norteamericano anunció un nuevo tratado de libre circulación con Canadá?

—¡Ah, mierda! ¡Ayer anduve distraído todo el día por un asunto que tuve que arreglar y con la cabeza en otra parte! Bueno, todavía me queda un rato antes de la cena. Voy a decir en el banco que esta tarde estoy pachucho y me empollaré las fichas.

En Cologny, Anastasia estaba encerrada en su cuarto, escogiendo lo que se iba a llevar. Además de algo de ropa, reunió sus joyas de más valor, el pasaporte, algo de dinero que tenía escondido en un cajón y la pistola dorada. Por si acaso. Lo metió todo en una bolsa de viaje de lona.

Media hora antes, había recibido otro ramo de rosas blancas, que había traído Alfred. Oculta entre las flores, había una nota de puño y letra de Lev:

*Prepara unas cuantas cosas.
Solo lo estrictamente necesario.
Nos vamos dentro de nada.*

Lev

¿Por qué lo estrictamente necesario?, se preguntó Anastasia. ¿Qué tenía previsto? ¿No había dicho en el recado anterior que se iban para siempre? ¿Y por qué no respondía a sus llamadas?

Entonces oyó que el parqué del pasillo crujía bajo los pies de alguien. ¿Sería Macaire, que había vuelto ya de trabajar? Pero era demasiado temprano. Por si acaso, se apresuró a ocultar la bolsa en el fondo de un armario y fue a inspeccionar el pasillo. No había nadie. Qué raro. Le dio la impresión de que la estaban espiando.

Cuando volvía a su cuarto, Arma se le plantó delante y exclamó, con la cara desfigurada por la ira:

—¿Cómo se atreve a hacerle esto al señorito?

—¿Hacerle qué, Arma? —balbució Anastasia.

—¡Lo sé todo, señorita!

—¿Qué? Pero ¿de qué me está hablando? —dijo Anastasia, muy ofendida, intentando disimular su turbación.

—¡Sé que está liada con Lev Levovitch! ¡Quiere quedarse con usted, quiere quedarse con el sitio de presidente del banco! ¡Quiere destruir al señorito!

Anastasia replicó sin contemplaciones:

—¡Qué tonterías está diciendo! ¿Qué le ha dado? ¡Cálmese, mujer!

—No soy idiota, señorita. ¡Flores ayer y más flores hoy! Y ese mensaje suyo que tiene escondido en la mesilla de noche: «Vámonos juntos lejos de Ginebra. Dejémoslo todo». ¡Ese Levovitch quiere escaparse con usted!

Anastasia perdió los papeles y se puso a gritar:

—¡Cómo se atreve a registrar mis cosas!

Al ver la reacción de su señora, Arma comprendió que su intuición era acertada.

—¡Me avergüenzo de usted, señorita! ¡No se merece al señorito!

—¡Arma, cállese ahora mismo o no me va a quedar más remedio que despedirla en el acto!

—¡Despídame si quiere! ¡Se lo voy a contar todo al señorito!

Arma bajó como una exhalación las escaleras con Anastasia a la zaga.

—¡Espere, Arma! ¡No haga eso!

—¡Demasiado tarde! —chilló esta al tiempo que se encerraba en el baño de invitados.

—¡No diga nada, por favor se lo pido! ¡Le daré dinero! ¡Mucho dinero!

—¡Al diablo con su dinero! Los ricos se creen que todo se puede comprar.

Anastasia tamborileó en la puerta.

—¡Por favor, Arma, no me haga esto! Abra, por favor, tenemos que hablar las dos.

—Y para colmo es usted una cobarde, señorita. Se lo voy a contar todo al señorito. ¡En cuanto vuelva se lo voy a contar todo!

Anastasia puso un tono desesperado.

—¡Le va a estropear la velada, eso es todo lo que va a conseguir! Tenemos una cena muy importante para el resto de su carrera. Si lo altera usted, no podrá convencer a Tarnogol de que lo nombre presidente.

En el baño, Arma se quedó parada. Obnubilada con el asunto del amante, no se había acordado de que esa noche el señorito y su primo Jean-Bénédict tenían que llevar a cabo el plan que era su última oportunidad. Si alteraba al señorito revelándole antes de la cena que Anastasia le era infiel, a lo mejor no conseguía que le saliera bien la estratagema. Y entonces no sería presidente del banco y la culpa la tendría ella.

Hubo un prolongado silencio a ambos lados de la puerta del baño. Luego, de pronto, Macaire se presentó en el vestíbulo, cargado con todos los periódicos que había podido encontrar por el camino.

—¡Hola a todo el mundo! —saludó al público en general, muy animado.

—Cariño —dijo Anastasia tragando saliva—, ¿qué haces en casa tan pronto?

—Si esta noche quiero apabullar a Tarnogol, todavía tengo que empollar un poco. No puedo meter la pata. ¡Me voy al gabinete, que nadie me moleste!

Dicho lo cual, se encerró para concentrarse en sus lecturas.

Arma, que había oído a Macaire, salió del baño.

—Arma —cuchicheó Anastasia, suplicante, juntando las manos—, se lo...

—No me diga nada más, señorita —la interrumpió Arma muy seca, susurrando también—. Esperaré a que vuelvan esta noche. No me moveré de esta casa, ¿me oye? Cuando lleguen a casa, le contaré toda la verdad al señorito. Le diré lo que se traen usted y Levovitch entre manos.

Se abrió la puerta del gabinete. Las dos mujeres se callaron y miraron cómo Macaire iba y volvía de la cocina para buscar un tentempié.

—Si tiene hambre, dígamelo, señorito, para eso estoy aquí —le dijo Arma al verlo volver con un plato de queso.

Por toda respuesta, Macaire puso cara de importancia.

—¡Que te cunda, gatito! —lo animó Anastasia antes de que cerrara la puerta del gabinete—. ¡Y no te preocupes por Tarnogol, gatito, lo vas a dejar con la boca abierta!

—Pare de llamarlo «gatito» —le ordenó Arma en voz baja—. ¡Ya sabe lo querido que se siente cuando se lo dice!

—¡Le deseo lo mejor! —aseguró Anastasia.

—¡Para desear lo mejor a un marido, una no se acuesta con el primero que llega!

—¿Ah, es usted la policía de los matrimonios? ¡Nunca ha estado casada!

—¡Y usted es una esposa indigna! Esta noche se lo contaré todo al señorito y la echará.

Arma se volvió a la cocina y Anastasia, desvalida, huyó a su dormitorio. Se echó a llorar. Ya no sabía lo que tenía que hacer.

*

Dieciséis años antes

Primer Gran Fin de Semana de Anastasia en Verbier

A las diez de la noche del viernes del Gran Fin de Semana, los empleados del Banco Ebezner estaban tomando por asalto el bar del Palace de Verbier.

Como le había prometido a Klaus, Olga había llevado a sus hijas, aunque fuera a rastras. Estaban todos reunidos en torno a una mesa que presidía un cubo de champán. Klaus cargaba con Macaire Ebezner, del que no conseguía librarse, y ambos hombres hacían cuanto podían para cortejar a Anastasia. Le hablaban de la Bolsa y de negocios, regodeándose en exhibir sus trascendentales responsabilidades mientras bebían champán como si fuera agua.

Klaus era guapo, con buena planta y elegante, pero se desprendía de él una sensación de maldad. Tenía la mirada hostil y a veces un tono tajante y brusco. Agresivo. Pero, sobre todo, era muy presumido. Estaba encantado de haberse conocido y se jactaba de su rango y su fortuna, cosa que repelía a Anastasia, pero no desagradaba a su madre.

Macaire, en cambio, era un joven bastante guapo, pulcro, de aspecto agradable, que parecía simpático y amable, pero inseguro y un poco plasta. Se notaba que Anastasia lo atraía y lo intimidaba a la vez. A Olga, que era un hacha a la hora de aprovecharse de la gente, no le costó ningún esfuerzo convencerlo para que les garantizase a sus hijas y a ella la asistencia al gran baile del banco que se celebraba al día siguiente.

Irina, a la que eclipsaba su hermana, hacía todo lo posible para participar en la conversación, mientras que Anastasia apenas prestaba atención a los

dos hombres. Parecía nerviosa. Tenía los ojos clavados en el gran reloj de pared. Ya eran las diez y media. Solo faltaban treinta minutos. No quería llegar tarde.

Olga estaba encantada de la vida: ¡sus dos hijas del alma en compañía de un aristócrata riquísimo y el heredero de un banco! Cuando Klaus se ausentó para ir a pedir una botella de champán al bar y Macaire, para «atender una necesidad», Olga mostró su alegría:

—Fijaos, hijas mías, cómo os ama el Señor —dijo en ruso para que nadie entendiera lo que decían—. ¡Mirad a esos dos hombres que arden en deseos por vosotras!

—Sobre todo por Anastasia —se lamentó Irina—. Los tiene a los dos babeando. Y yo, como si no existiese. Nadie se fija en mí.

—Todo el mundo te mira, cariño —la tranquilizó su madre—. Mira, ¿ves a ese de allí? Lleva un buen rato sin quitarte ojo.

—¡Es viejo! —protestó Irina.

—Qué va, tiene cuarenta como mucho. Vamos, hija, a caballo regalado no le mires el diente.

Cerca de las tres mujeres, un hombre que se había mezclado con los directivos del banco atendía a su conversación. Fingiendo que jugueteaba distraídamente con el vaso de vodka vacío, no perdía ripio de lo que decían, pues hablaban en su lengua materna. Era uno de los clientes más importantes del Palace. De esos a quienes no convenía arriesgarse a contrariar. De ahí que fuera uno de los pocos que podían alojarse en el hotel durante el fin de semana del Banco Ebezner. Ante él, todo el personal se cuadraba en posición de firmes.

Un camarero se acercó al hombre.

—¿Otra copa, señor Tarnogol? —le ofreció—. Vodka Beluga *on the rocks*, ¿verdad?

Tarnogol lo rechazó con un ademán irritado de la mano y el empleado dio media vuelta en el acto.

A las once, ocurrió el milagro. Olga, que se había enterado de que el hombre que miraba con codicia a Irina era un gestor de patrimonio muy conocido que había conseguido los mejores resultados del año en el Banco Ebezner, decidió meter baza y presentarle a su hija.

En ese mismo instante, Klaus propuso que se fueran del Palace a una discoteca de Verbier. A Macaire le pareció una idea buenísima. Anastasia, que vio la oportunidad de quitárselos de encima, les aseguró que iría a reunirse con ellos si su madre le daba permiso. Los dos hombres se fueron del bar y Anastasia fue al encuentro de su madre.

—¡Mamá, Klaus quiere que salgamos!

—¡Pues adelante, hija mía! ¿A qué estás esperando?

—Es posible que vuelva tarde, quería que me dieras permiso para...

—¡Vete, vete! —dijo Olga, entusiasmada—. ¡Que te diviertas! ¡Y a ver lo que haces! Ya me lo contarás todo mañana. ¡Venga, lárgate ya!

A Anastasia se le iluminó el rostro. Le dio un beso a su madre y escapó con paso ligero. Con las prisas, no se fijó en la sombra que la observaba.

Fue corriendo por el pasillito por el que había pasado hacía un rato y luego empujó la puerta de servicio. Entonces volvió a verlo. Seguía con uniforme de empleado, pero no había perdido el porte principesco. No pudo por menos de gritar su nombre. Ese nombre tan bonito y maravilloso.

—¡Lev!

Él se volvió y le brindó una sonrisa de sus dientes perfectos.

—Las once, qué puntualidad —dijo, sonriente, Lev, que acababa de terminar su turno.

Ella se lanzó hacia él y le dio un largo beso. Un beso largo y profundo. Lo que sentía era indescriptible. Como una explosión interior. Como unos pinchazos que la perforaban. Como miles de mariposas de colores que se le escapaban del pecho.

Lev la llevó a un ascensor de servicio para subir a las buhardillas del Palace, donde estaban los cuartitos de los empleados. Entraron en el suyo. Ordenado, repleto de libros, con la bonita luz de unas velas que había repartido por todos lados, previendo ese momento. Se desnudaron despacio, sin dejar de darse largos besos, como si estuvieran unidos por la boca, y en el refugio de la habitación, amparados del mundo y amparados del frío, ante la vista panorámica del valle del Ródano que se divisaba desde una ventanita abuhardillada, hicieron el amor.

Anastasia no era virgen. Se había entregado a muchos hombres. Por consejo de su madre les había consentido todo a unos fanticos insignificantes, miembros de la juventud más selecta de Klosters, de Saint-

Moritz o de Gstaad. «Los hombres tienen necesidades —repetía su madre—; hay que satisfacerlas o no te escogerán nunca.»

Pero lo que vivió aquella noche con Lev no lo había vivido nunca antes. Cuando el alba relevó a la oscuridad, seguían sin dormir. Contemplaron, enlazados, cómo el sol subía despacio desde detrás de las crestas de las montañas, tiñendo el cielo de luces maravillosas. Lev la estrechaba entre sus brazos nudosos y dejaba que le resbalasen las yemas de los dedos por su espalda desnuda, y con cada caricia, ella sentía un escalofrío. Lo amaba. Desde hacía unas horas, había descubierto lo que significaba amar a alguien.

Hasta que, por fin, se quedó dormida. Cuando abrió los ojos él ya no estaba en la cama. Se lo encontró sentado junto a ella. Se había puesto el uniforme de empleado. Le alargó una taza de café humeante y un cesto repleto de cruasanes aún calientes.

—Tengo que reincorporarme al servicio —le dijo—. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Baja por el ascensor. Ya sabes el camino.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Anastasia.

A Lev pareció sorprenderlo la pregunta.

—¿Volver a vernos? ¿Quieres volver a verme?

—Pues claro que quiero volver a verte. ¿Por qué piensas que no?

—¿Te ves de verdad con un tío como yo?

—¿Y qué es «un tío como tú»? —preguntó ella, a quien le hizo gracia el comentario.

—Quiero decir, un empleaducho de hotel, sin porvenir. Vivo en un cuartito en las buhardillas de un hotel donde hago las peores faenas. Dependo de las propinas que los clientes tienen a bien darme. ¡Soy pobre, Anastasia! No tengo nada. ¡Soy un mísero empleado de hotel!

—Y yo ¿quién te crees que soy?

—Una princesa rusa podrida de pasta que pasa el invierno en Suiza, el verano en la Costa Azul y tiene el domicilio fiscal en Londres o en Mónaco.

Ella se echó a reír y lo besó.

—No soy nada de eso —le dijo, radiante por no tener que mentir por una vez y por sentir que tenía libertad para existir—. Comparto con mi hermana un cuartito como este. Mi madre es dependienta en unos grandes almacenes de Ginebra. No tenemos ni un céntimo, nada. Pasamos el fin de semana apiñadas en una habitación asquerosa del hostel Des Chamois. Mi madre

quiere a toda costa que nos codeemos con la alta sociedad para casarnos con un príncipe, o con un barón, o a saber quién. ¡Pobres, Lev, eso es lo que somos! ¡Así que sí, quiero volver a verte a toda costa! Es más, no querría tener que separarme nunca de ti.

Él respondió, con una sonrisa luminosa:

—Lo que siento por ti ahora mismo nunca lo he sentido por nadie, Anastasia.

*

—¿Anastasia?

Macaire detuvo el coche delante del Hôtel des Bergues donde se apiñaba la flor y nata de la banca ginebrina. Eran las siete y veinticinco de la tarde.

—Anastasia, ¿va todo bien? —siguió preguntando Macaire.

Ella se secó una lágrima que le corría por la mejilla.

—Todo bien —aseguró.

—¿Estás llorando?

—No, es solo que se me ha metido polvillo en un ojo.

—Esa es una respuesta de novela —comentó él—. El polvillo nunca ha hecho llorar a nadie.

—El polvillo de recuerdos, sí.

Él no la entendió. Dos aparcacoches abrieron sendas puertas del vehículo y Anastasia y Macaire desaparecieron entre el gentío que se metía en el hotel. En el vestíbulo de mármol blanco, una oleada de banqueros triunfales, del brazo de sus esposas, se encaminaba hacia el gran salón de baile del primer piso. Se saludaban, hablaban a voces, se daban aires de importancia, encantados de ser lo más de lo más, la elite de los banqueros, eufóricos por el final de año que se avecinaba y los bonos anuales que les caerían muy pronto.

Anastasia y Macaire entraron a su vez en el vestíbulo. Estaban muy guapos, ella iba con un vestido largo de raso negro y él, de esmoquin. En el bolsillo, guardaba el frasquito de veneno con el que jugueteaba con nerviosismo.

De pronto Macaire vio a Tarnogol, que bajaba precipitadamente las escaleras a contracorriente de la muchedumbre. Creyendo que acudía a su encuentro, Macaire se detuvo y le brindó una sonrisa virginal.

—¿Qué tal, querido Sinior? —dijo con voz de tonto.

Pero Tarnogol pasó por su lado sin mirarlo siquiera y salió del hotel a toda prisa para meterse en un taxi. Detrás de él, en medio de las escaleras, Macaire vio de repente a Levovitch, vestido con un terno y guapo a rabiar.

—¡Mierda! —le susurró a Anastasia—. Ha venido Levovitch. ¿Qué pinta aquí?

Anastasia alzó los ojos para mirar a su amante y no pudo impedir que una inmensa sonrisa le iluminase la cara. Notó que el corazón le latía con más fuerza que nunca. Se sintió aún más enamorada. Lo admiró, más guapo, más erguido y más poderoso que todos los demás hombres de aquel gentío, sobre los que destacaba. Se sentía viva en presencia de él. Volvió a verlo de pronto tal y como era dieciséis años antes, el fin de semana en que se conocieron.

*

Dieciséis años antes

Primer Gran Fin de Semana de Anastasia en Verbier

Sábado por la noche

En el Palace de Verbier, Anastasia, su hermana y su madre estaban solas en la cabina del ascensor que las llevaba al primer piso, donde se encontraba el salón de baile.

—¡La gala de la banca es el colmo de los colmos! —decía eufórica Olga, con los ojos en blanco de felicidad—. ¿Os dais cuenta, niñas, de la suerte que tenéis de poder venir?

—¡Gracias a ti, *mamuchka!* —la halagó Irina, que no se podía estar quieta de alegría por volver a ver a su gestor de patrimonio.

—Se lo debemos sobre todo a Ebezner hijo. La verdad es que es un encanto. No es que haya inventado la pólvora, pero sería un buen marido. ¿Verdad, Nastya?

Cuando Olga estaba de buen humor, llamaba a Anastasia «Nastya».

—Si tú lo dices, mamá —contestó Anastasia, que se esforzaba por parecer entusiasta para no desatar la ira de su madre.

Solo podía pensar en Lev.

—Me las he apañado para que estemos en la misma mesa que Macaire y Klaus —anunció muy ufana Olga—. Está muy bien ese Klaus. Buena familia y todo lo demás.

—¿Y yo, *mamuchka*? —preguntó Irina, que albergaba el temor de quedarse al margen.

—No te preocupes; en cuanto la gente se levante para bailar, te vas corriendo con ese gestor de patrimonio tan mono. Está todo previsto, niñas, todito todo. Creo que esta noche por fin vuestro destino quedará zanjado como es debido.

—¡Bravo, *mamuchka*! —exclamó Irina eufórica al pensar en su nueva vida con el gestor de patrimonio.

Era más viejo de lo que ella había supuesto, sí. Y no tan guapo como en sus ideales. Pero tenía una villa con piscina en Vésenaz.

Las puertas del ascensor se abrieron en el primer piso tras el toque musical característico. Las tres mujeres vieron entonces a un joven espléndido, ataviado como un príncipe, que parecía estar esperándolas.

—¿Lev? —exclamó Anastasia sin poder evitarlo, con una sonrisa deslumbradora.

—¿Conoces a este muchacho? —preguntó Olga, impresionada por el aspecto del joven.

Lev saludó a Olga con una inclinación.

—Buenas noches, señora —le dijo brindándole un besamanos regio que hizo estremecerse a la muy bruja—. Permítame que me presente: Lev Rusífov, conde Románov —mintió el joven con aplomo.

Al oír estas palabras, Olga estuvo a punto de desmayarse de alegría. ¡Un Románov! ¡Alabado sea Dios, un Románov! ¡La casa imperial rusa! Para evitarse una alegría falsa, le preguntó en ruso:

—¿Quiere decir Románov *Románov*?

Lev le respondió en un ruso exquisito, volviendo a inclinarse con una mano en el corazón:

—Zares y emperadores de Rusia, zares de Kazán, de Astracán, de Siberia, de Kiev, Vladímir y Nóvgorod, reyes de Polonia y grandes duques de Finlandia para servirla, mi querida señora.

Olga le sonrió, totalmente rendida. Anastasia contuvo un ataque de risa.

—¡Mi hija Anastasia, aquí presente, se llama así en honor a la casa imperial! —explicó Olga, también en ruso.

—¡Loda sea por perpetuar la grandeza de mi familia!
Volvieron al francés.

—No tenía conocimiento de que hubiera un Románov trabajando en el Banco Ebezner —comentó entonces Olga, que había estado investigando muy a fondo.

—¿Trabajar? —dijo Lev con tono jocoso—. ¿Cree usted que tengo necesidad de trabajar? Ya veo que ha llegado el momento de los insultos.

Olga se rio a su vez, conquistada por aquel joven aristócrata con un sentido del humor tan cáustico.

—Estoy pasando una temporada en Verbier —explicó Lev—. El señor Ebezner padre me ha invitado a sumarme a la cena de esta noche. Quizá por amistad o quizá porque soy uno de los mayores clientes del banco.

La anciana Olga quedó subyugada.

—Lev —susurró deslumbrada por el carisma del joven.

Nunca había oído ese nombre. Lo cual demostraba que era el de un rey.

A pocos metros de allí, surcando esa muchedumbre de ejecutivos de la banca a la que no pertenecía, Sinior Tarnogol observaba, entre divertido y curioso, el ballet de aquel joven, del que le constaba que no era más que un empleado del hotel.

23. Operación Vuelco (1/2)

En el vestíbulo del Hôtel des Bergues, en la noche de la cena de la Asociación de Banqueros de Ginebra.

Macaire y Anastasia se reunieron con Lev en la escalinata de piedra.

—¿Qué tal, Lev? —dijo Macaire con tono antipático—. ¿Qué haces aquí?

Lev saludó con una cortés inclinación a Anastasia, que iba detrás de su marido.

—Por lo visto, Tarnogol está malísimo —al oír estas palabras, Macaire se preguntó si la P-30 habría tomado la delantera y lo había envenenado ya—. Me ha dicho que no se sentía con ánimos para quedarse a la cena y que quería que alguien lo sustituyera y garantizase los intereses del banco.

—¡Ah! —dijo Macaire, contrariado por la presencia de Levovitch en esa cena—. ¿Por qué tú? Me lo podría haber pedido a mí.

—Supongo que resultaba práctico porque vivo aquí. Pidió que me llamasen a mi *suite* y bajé enseguida. No sabía que veníais también vosotros. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Anastasia se contuvo para no sonreírle otra vez.

—En realidad, estamos sustituyendo a Jean-Béné y a Charlotte, que no podían venir —explicó Macaire.

Ahora estaba de muy mal humor; fuera o no fuera práctico, era muy mal síntoma que Tarnogol hubiera llamado a Levovitch para sustituirlo en la cena.

Subieron los tres al primer piso. Al llegar a la entrada del salón de baile, Levovitch se llevó a Macaire aparte, tras rogar a Anastasia que tuviera la bondad de disculparlos para un breve conciliábulo profesional.

—Macaire —dijo Lev cuando estuvieron resguardados de oídos ajenos—; tengo que hablarte de algo muy importante.

Macaire se puso muy serio para indicar a Levovitch que contaba con toda su atención, pero en ese momento los interrumpió un empleado del hotel que llegaba con el bastón de Tarnogol en la mano.

—Siento molestarlo, señor Levovitch —se disculpó—, pero al señor que estaba con usted hace un rato se le olvidó el bastón en el guardarropa.

—Gracias —dijo Levovitch haciéndose cargo del bastón, que tenía unos brillantes espectaculares engastados en el puño—; yo se lo devolveré.

—¿Quiere que se lo suban a su *suite*?

—No, gracias. Me quedo con él. Es más seguro.

El empleado del hotel se fue y Levovitch jugueteó con el bastón.

—¿Quieres que se lo devuelva yo? —propuso Macaire, que veía ahí una buena oportunidad para hacer las paces con Tarnogol.

—No, no te preocupes —rehusó Levovitch.

—Te aseguro que no me cuesta nada —insistió Macaire, intentando coger el bastón.

—Hombre, me daría no sé qué hacerte perder el tiempo —dijo Levovitch aferrándose al bastón—. ¡No eres la oficina de objetos perdidos! Mejor vamos a lo nuestro.

—Te escucho —aseguró Macaire, olvidándose del bastón y poniendo cara de primer ministro.

—Me da un poco de apuro —le avisó Levovitch.

—Habla sin temor.

—Bueno, pues antes de irse a casa Tarnogol me habló de una cosa. Tiene que ver con la presidencia del banco.

—¡Suéltalo ya, hombre! —lo apremió Macaire—. ¿Qué ocurre?

Tras titubear, Lev anunció:

—Tarnogol quiere nombrarme presidente del banco. Dice que Horace Hansen también me apoya a mí.

—¿Ah, sí? —dijo Macaire que sentía un peso en el estómago.

Fingiéndose que lo sorprendía la noticia al tiempo que se esforzaba por disimular el pánico, se metió la mano en el bolsillo y apretó el frasquito de veneno. La idea de echárselo en la copa a Levovitch esa noche se le pasó por la cabeza. Con un único gesto lo eliminaría para siempre. Pero Levovitch se salvó al añadir:

—Por descontado, he rechazado el puesto.

—¿Ah, sí? —repitió Macaire, soltando el frasco.

—Sí, claro, ese cargo te corresponde a ti. Incluso me sorprende que Tarnogol haya podido pensar en mí.

—Vaya, pues me halaga mucho que me consideres el hombre adecuado.

—Me parece obvio. Solo un Ebezner puede dirigir el Banco Ebezner. Así que le he dicho a Tarnogol que había que nombrarte a ti.

A Macaire se le iluminó el rostro.

—Gracias, mi querido Lev. ¿Y Tarnogol estaba de acuerdo contigo?

—No. Ha dicho que ni pensarlo. Por eso estoy tan fastidiado.

Macaire palideció en el acto.

—¡Vaya!

—Ha dicho que si yo me negaba, nombraría a otro que no fueras tú. Quizá a Jandard. Al parecer era la segunda opción de Jean-Béné y de su padre desde el principio.

—¿Jandard, el director de recursos humanos?

—Sí. Por lo visto es el que tiene más antigüedad.

Macaire notó que le entraba el pánico. Perdía el control de la situación. Un empleado del hotel empezó a tocar una campanilla para rogar a los invitados que entrasen en el salón de baile y se sentasen a la mesa. Macaire dejó que Levovitch se confundiese con el gentío de invitados y se quedó aparte para telefonar a Jean-Bénédict. Quería avisarle de que Tarnogol había desertado y que su operación conjunta quedaba anulada. Pero el móvil de Jean-Bénédict sonaba sin que nadie lo cogiera. Macaire intentó luego hablar con el domicilio de los Hansen: no hubo respuesta. Llamó entonces al móvil de Charlotte con la esperanza de que estuviera aún con su marido, pero esta le comunicó que estaba con su hermana.

—He dejado a Jean-Bénédict hecho una pena —dijo—. El pobre estaba metido en la cama. ¿Has probado con su móvil? O directamente a casa, pero no creo que se levante para contestar.

—¡Maldita sea! —renegó Macaire después de colgar.

A buen seguro, Jean-Bénédict se había rajado. Macaire, desconcertado por el giro que tomaba el inicio de aquella velada, buscó refugio en los aseos para tener algo de tranquilidad. Volvió a leer las fichas que llevaba celosamente guardadas en el bolsillo de la chaqueta. Pero los chistes que tenía apuntados le parecían de repente insípidos y se estaba liando con los temas de actualidad. Una hora antes, se sabía las notas al dedillo, y ahora lo mezclaba todo y confundía Irak con Irán. Para recobrar la compostura, se

echó agua por la cara, pero se mojó la corbata y a continuación tuvo que ponerla un buen rato en el secador de manos.

Cuando Macaire entró por fin en el salón de baile, el presidente de la Asociación de Banqueros de Ginebra había concluido ya el discurso inaugural. Estaban sirviendo los entrantes y los comensales charlaban alegremente entre sí en todas las mesas.

Como se le había olvidado por completo mirar el plano de las mesas a la entrada de la sala y no localizaba a Anastasia entre todos los invitados, Macaire tuvo que volver al vestíbulo principal y revisar la lista alfabética, en la que no vio su nombre: la volvió a repasar, siguió sin verse, solicitó ayuda a un empleado que tampoco lo encontró, antes de acordarse de que estaba situado con el nombre de «Jean-Bénédict Hansen». El empleado le indicó la mesa 18, al fondo del todo del salón de baile donde estaba en compañía de los dos asociados séniors del Banco Pittout y sus respectivas mujeres, así como de la presidenta del Banco Bärne.

Cuando por fin llegó, Macaire tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con que todos los comensales estaban pendientes de Levovitch, quien, tras haberles prodigado unas cuantas ocurrencias ingeniosas que tan bien se le daban, les estaba contando un chistecito. Macaire solo oyó el final:

—El dueño del restaurante le pide entonces a Picasso: «Maestro, ¿me lo puede firmar?». Pero el pintor le contesta: «Usted me ha invitado a cenar, no me ha regalado el restaurante».

Toda la mesa soltó la carcajada.

—Ya me lo sabía, venía en el periódico de la semana pasada —refunfuñó Macaire, sentándose al lado de Anastasia.

La cena fue un infierno para Macaire.

Levovitch, imperial y más brillante que nunca, acaparaba toda la atención. Admirado y admirable, radiante, superior en todos los aspectos. Todos querían saber su opinión. ¿Qué le parecía esto, qué le parecía lo otro? Aún no había acabado de contestar y ya le estaban haciendo otra pregunta. Y los demás acogían sus documentadas respuestas con unos «¡oh!» y unos «¡ah!» maravillados; todos se hacían lenguas de la sutileza de su ingenio y aprobaban sus palabras meneando la cabeza admirativamente, subyugados

por aquel hombre que derramaba con tanta modestia una sabiduría inagotable.

Pasando con total soltura de un tema de conversación a otro, destilaba con insolente virtuosismo su maestría, tan pronto en serio como con gracia, lo que le proporcionaba el don de no quedarse nunca sin la atención de su auditorio. Macaire, en cambio, no pudo meter baza. En parte por culpa de Levovitch, pero también porque su compañera de mesa de la derecha era sorda como una tapia y tuvo que contarle lo que se decía como si fuera un intérprete de Naciones Unidas.

De hecho, las Naciones Unidas fueron tema de conversación en el segundo plato, así como la recientísima cumbre sobre los refugiados. Macaire, que estaba muy puesto en el tema gracias a sus revisiones de primera hora de la tarde, se disponía a dejar planchado al auditorio, pero apenas abrió la boca la vecina de los problemas auditivos le preguntó:

—¿De qué están hablando? ¡No oigo nada!

—De la cumbre sobre los refugiados en Naciones Unidas —le susurró Macaire.

—«¿La qué?»

—La conferencia sobre los refugiados —repitió Macaire, irritado.

Al oír a Macaire pronunciar la palabra «refugiado», Levovitch aprovechó el pie:

—¿Qué es un refugiado? —preguntó.

Todo el mundo se quedó pensando.

—Los refugiados son unos ladrones que no traen más que problemas —afirmó entonces la sorda, que esta vez había oído perfectamente.

—Chagall, Nabokov, Einstein y Freud eran refugiados —le hizo notar Levovitch.

Hubo emocionadas aprobaciones.

—Mi padre era un refugiado —dijo la presidenta del Banco Bärne, apoyando las palabras de Levovitch—. Huyó de Teherán cuando cayó el sah y se vino a Suiza.

La conversación se encarriló entonces por el tema de Irán.

—¡Mierda!, pensó Macaire; no le había dado tiempo a decir una sola palabra ni de la cumbre ni de los refugiados y resultaba que ahora estaban hablando de Irán, país del que no sabía nada de nada. Sí que tenía un chiste acerca de los que irán y no volverán, pero le pareció preferible callarse.

Debía decir algo, ¡pronto! Pero ¿qué? Le echó una ojeada discreta a una de sus fichas, acordándose de que había anotado varias estadísticas de la OPEP. Sin embargo, la conversación tomaba ya nuevos derroteros, porque la presidenta del Banco Bärne preguntó:

—¿De dónde viene eso de «Levovitch»?

—Es ruso. Mis abuelos paternos eran oriundos de San Petersburgo.

—¿Así que habla usted ruso con fluidez? —preguntó uno de los comensales.

—Sí —contestó Levovitch—, aunque mis abuelos me hablaban casi siempre en yidis.

—¿Y su madre también era rusa?

—No, era de Trieste.

—Italiana, pues —concluyó la presidenta del Banco Bärne.

—No. Nació en Trieste, pero de madre francesa y de padre húngaro. Su padre era oftalmólogo; se fue de Hungría a pie para ir a estudiar Medicina en Viena, antes de afincarse con su mujer en Trieste, donde nació mi madre. Luego se mudaron a Esmirna, que por entonces era griega, donde causaba estragos una enfermedad rara de la vista.

—¿Esmirna, que se convirtió en Izmir después de que la anexionara Turquía? —preguntó uno de los asociados seniors del Banco Pittout, al que le apetecía lucirse un poco.

—Exactamente —confirmó Lev.

«¡Turquía, ahora sí que sí!», se dijo eufórico Macaire, que se sacó del bolsillo sin vergüenza alguna una fichita sobre la devaluación de la libra turca para poder recitarla. Pero antes de que hubiese podido pronunciar la primera palabra, alguien le preguntó a Levovitch:

—¿Así que también habla italiano?

Y Levovitch volvió a ser el centro de la conversación.

—Sí, mi madre solo me hablaba en italiano. A mis abuelos maternos, en cambio, les dio por hablarme en griego. No sé por qué. En fin, resumiendo, para responder a su pregunta sobre mis orígenes —recapituló Levovitch, que notaba que su auditorio estaba perdiendo el hilo—, mi padre era ruso y mi madre francesa.

—Pero entonces ¿usted dónde nació? —preguntó la presidenta del Banco Bärne.

—¡En Ginebra, por supuesto! Aquí se conocieron mis padres y aquí he pasado la infancia.

—¡Por supuesto! —repitió Macaire, quien, privado de la palabra, estaba dispuesto a decir lo que fuera con tal de que se le oyese el metal de voz.

—Ah, ¿así que es usted suizo? —dijo extrañado uno de los asociados de Pittout, como si se tratase de una incongruencia.

—Desde luego —dijo Lev.

—Desde luego —repitió Macaire, para poder decir algo más, al tiempo que pensaba que las historias familiares de los judíos eran alucinantes.

—La verdad es que resulta muy poco práctico tener un nombre y un apellido así cuando uno es suizo —se lamentó la sorda después de que Macaire le hubiera repetido la conversación—. ¡Todo el mundo debe de tomarlo por un extranjero!

—Todos somos extranjeros para alguien, ¿no? —comentó Lev.

—¿Y ha vivido siempre en Ginebra? —preguntó uno de los asociados Pittout.

—Viví aquí hasta los catorce años. Luego nos fuimos a Zúrich, y después a Basilea, antes de afincarnos en Verbier. Volví a vivir a Ginebra hace quince años.

—¿Cuántos idiomas habla? —preguntó la sorda, admirativa—. ¡Por lo menos seis!

—En realidad, diez —confesó Levovitch—, porque hay que añadir el inglés, el español y el portugués, que aprendí en el colegio, durante algunos viajes y con amistades.

—Con amistades —repitió Macaire, contrito, sin esperar ya que le hiciera caso alguien.

—Y también el hebreo, que aprendí como preparación al *bar mitzvá*.

—¡*Bar mitzvá*! —exclamó Macaire como una cacatúa.

—Y el farsi, que aprendí con unos clientes —añadió Levovitch.

—¡Far sí, far no! —empalmó Macaire, aunque nadie se fijó en la gracia.

—¿Habla usted farsi? —dijo asombrada en farsi la presidenta del Banco Bärne, mirando a Lev con ojos tiernos.

El demonio de Levovitch le contestó en farsi y los dos estuvieron un ratito hablando en esa lengua ante la mirada atónita del resto de los comensales.

—¿Dónde aprendió usted el farsi? —preguntó entonces la presidenta del Banco Bärne.

—Durante varias temporadas estuve al servicio de una gran familia iraní, en Verbier precisamente.

—¿Quiere decir que era su gestor de patrimonio? —preguntó uno de los banqueros Pittout, que no estaba seguro de haberlo entendido bien.

—No —contestó Levovitch sin rubor—. Era su mayordomo en el Palace de Verbier.

—¿Mayordomo? —preguntó, extrañado, el marido de la sorda.

—Sí. Los ingleses lo llaman *butler*, queda más elegante. En realidad, habría que decir criado para todo. Estuve trabajando diez años en el Palace de Verbier.

—¿Y eso fue antes de que cursara sus estudios? —preguntó el otro asociado sénior del Banco Pittout.

—En realidad, no tengo estudios. Aprendí lo esencial leyendo y conociendo a gente.

Esta última declaración atizó la curiosidad y el entusiasmo por Lev de los comensales. A petición general, empezó a contarles un trozo de la historia de su vida.

24. La juventud de Lev Levovitch

Treinta y cinco años antes, en Ginebra

—¡Lev! ¡Lev!

Al oír su nombre, el niño que salía del colegio se volvió y vio a su madre. Se le echó en los brazos.

—¿Cómo está mi principito? —le preguntó ella en italiano.

—Muy bien, mamá —le contestó acurrucándose contra ella.

Todos los días, su madre lo llevaba al colegio por la mañana y lo iba a buscar por la tarde. Esos dos trayectos cotidianos a pie con su madre eran sus momentos favoritos de todo el día.

Iban de la mano. Su piso, en el camino de Florissant número 55, solo estaba a unos minutos andando. Cruzaban el parque Bertrand subiendo por la avenida principal, flanqueada de árboles centenarios, y ya estaban en casa.

Al llegar a su pisito de la sexta planta, Dora, la madre de Lev, ponía leche a calentar y luego cogía un panecillo, lo abría en dos, le ponía una generosa capa de mantequilla y añadía unas onzas de chocolate. Para Lev, el pan con chocolate quedó para siempre asociado al recuerdo de su madre.

Dora trabajaba en el consulado de Italia en Ginebra, que estaba en la calle de Charles-Galland. Diez años antes, de soltera, vivía en el barrio de Les Eaux-Vives. Iba a pie al trabajo todo el año y se paraba por el camino en el Café Léo, en la glorieta de Rive, para tomar un capuchino y un cruasán de almendra. Así fue como conoció a Sol Levovitch, que trabajaba de camarero, y se convirtió en su marido y en el padre de Lev.

Cuando le preguntaban en qué trabajaba, Sol Levovitch contestaba que era actor y estaba intentando abrirse camino como humorista. Mientras

tanto había encontrado en el Café Léo un empleo que le valía para ganarse el pan y le permitió conocer a Dora.

Diez años antes, Dora había caído enseguida en las redes de aquel camarero joven, culto y con un sutil sentido del humor. Por las mañanas, en el café, la hacía reír tanto que no le quedaba más remedio que pedirle que se callara un rato para poder tomarse el capuchino sin atragantarse.

—El hombre que sabe hacerla reír sabe hacerla vivir, pues no hay sentimiento más hermoso —le dijo Sol una mañana.

—¿Y eso por qué? —contestó ella, divertida.

—Porque la risa tiene más fuerza que todo lo demás, más incluso que el amor y las pasiones. La risa es una forma de perfección inalterable. Nunca te arrepientes, se vive siempre con plenitud. Cuando acaba, siempre te quedas satisfecho y te apetece más, pero no la pides. Incluso el recuerdo de la risa es siempre agradable.

No tardaron en hacerse pareja. Dora sabía que su vida con Sol le iba a gustar. Nunca nadarían en la abundancia, pero serían felices. Se reía con él de la mañana a la noche. Por las tardes, tras acabar el turno en el Café Léo, Sol trabajaba a destajo en sus espectáculos, perfeccionaba los textos, la mímica y las caracterizaciones. Los personajes absurdos y burlescos que creaba eran de una comicidad irresistible. Por las noches y los fines de semana, recorría los cabarets de la comarca, lo que le trajo cierta fama, pero no mucho dinero.

Cuando paseaban como una pareja de enamorados por la elegantísima calle de Le Rhône, por delante de los escaparates de las casas de alta costura parisinas, Sol le prometía a Dora:

—Un día tendré mucho dinero y te regalaré todo esto.

—Me importa un bledo —le aseguraba Dora—. Unos trozos de tela no llenan una vida.

—Pero ¡estos son unos trozos de tela prrrrrrrrreciosos! —exclamaba entonces Sol poniendo la voz ronca de uno de sus personajes; y Dora soltaba la carcajada.

Luego nació Lev, su único hijo.

Pasaron unos años.

Las preocupaciones cotidianas y las facturas sin pagar se fueron acumulando poco a poco. A Sol lo tenían cada vez más preocupado sus espectáculos, que iban de mal en peor, porque no los renovaba y el público

tenía la desagradable sensación de haberlos visto ya antes. Convenció a Dora para invertir los modestos ahorros del matrimonio en una breve gira por Francia, que iba a ser un trampolín para su carrera, pero que acabó siendo un absoluto fracaso.

Dora tenía cada vez menos ganas de reírse. Siempre que quería sacar a colación un tema serio que los afectaba, Sol contestaba con una broma.

Lev vivió una infancia feliz hasta los once años, pues sus padres lo mantuvieron al margen de las peleas. Cuando al final del día subía la tensión en la cocinita, Dora y Sol, que no querían saldar sus cuentas pendientes en presencia de su hijo, decían: «Papá y mamá van al restaurante». Se marchaban dejando a Lev al cuidado de la simpática vecina de al lado e iban al parque Bertrand donde se pasaban horas haciéndose reproches.

Al principio no fueron mucho «al restaurante».

Luego, fueron más a menudo.

Después fueron casi todas las noches.

Y mientras Lev se imaginaba a sus padres enamorados en un gran restaurante, como en las películas americanas que la simpática vecina le dejaba ver, en la oscuridad del parque Dora y Sol se peleaban interminablemente.

—A lo mejor va siendo hora de dejar tu carrera de actor, por lo menos una temporadita —decía Dora—, y de dedicarle más tiempo a trabajar y a traer algo de dinero a casa.

—¡Esa carrera es mi vida! —protestaba Sol.

—No, Sol, tu vida son tu mujer y tu hijo, y no encerrarte fines de semana enteros ensayando papeles que luego interpretas en salas vacías cuyo alquiler sale de nuestro bolsillo. ¡Sin contar con lo que gastas en ropa, maquillaje y todo lo demás!

—Pero ¡es mi sueño! —exclamaba él.

—¡Bueno, pues ya nos hemos quedado sin recursos para mantener tus sueños!

—¡Una vida sin un sueño no es una vida!

—En cualquier caso, yo ya no quiero esta vida, Sol —avisaba Dora—. Una vida siempre con facturas pendientes y sin vacaciones, apretándonos el cinturón. ¡Quiero vivir! ¡Quiero existir!

—¡Vaya, ahora la señora tiene antojos! —se burlaba Sol—. ¡Qué fue de los buenos tiempos en que vivías de pan y cebolla!

—¿Sabes cuál es tu problema, Sol? Quieres a tus personajes cómicos más que a mí, más que a ti mismo. Te olvidas de la realidad.

Como lo habían mantenido al margen de las peleas, los padres de Lev no pudieron mantenerle al margen de la incompreensión cuando se separaron. Sus padres enamorados como en las películas, que se pasaban la vida en «el restaurante», de la noche a la mañana pasaron a destrozarse. Fue Dora quien se marchó. Dejando a Lev con su papá.

Necesitaba que le diera el aire. Volver a encontrarse a sí misma. Pidió un permiso a su jefe y se marchó de viaje a Italia.

—Volveré a buscarte —le prometió a Lev—; iré a buscarte al colegio como antes. Mamá solo necesita un poco de tiempo para ella.

En el colegio, la profesora y los demás padres dijeron tajantemente que era muy poco habitual que la mamá se fuera y dejase al niño con el papá. «Normalmente es el papá el que conoce a otra mujer», refunfuñaban en sus conciliábulos las mamás, que miraban a Sol de reajo mientras él esperaba a su hijo a la salida de clase. Cuando el niño salía, el padre le daba una bolsita de la panadería de la avenida de Alfred-Bertrand.

—¿Qué es? —preguntaba el niño.

—Un pan de chocolate.

—No, mamá pone pan con chocolate dentro.

—Bueno, esto es un pan de chocolate. Es lo mismo.

—No, mamá prepara pan con chocolate, no de chocolate, no es lo mismo —decía Lev, hincándole el diente al bollo, pese a todo.

Y repetía con cada bocado:

—Con mamá es diferente. Está mejor cuando lo prepara ella.

—Dentro de poco, mamá volverá a prepararte la merienda. Como a ti te gusta.

—¿Y cuándo vuelve mamá?

—Dentro de poco.

Pero Dora no volvió nunca a buscar a Lev a la salida de la escuela Bertrand.

Tenía pensado irse solo por unas pocas semanas. Se trataba de una aventura que necesitaba. Con el directivo de gestión de un banco milanés

que había conocido un día en el consulado y que se la llevó a dar una vuelta por la Toscana. Las dos primeras semanas se sintió tremendamente culpable y sola sin Lev. Luego, la sensación de libertad acabó por imponerse. Se despertaba por las mañanas en hoteles de lujo y se tomaba el café mirando salir el sol en una de las campiñas más hermosas del mundo. Se sentía viva. Tenía la impresión de estar viviendo por fin. Quería que esa sensación durase más y el viaje se alargó pasando por Apulia y luego por Sicilia. ¡Tenía tantas ganas de ver el Etna! El banquero, para deslumbrar a Dora, alquiló un helicóptero. Pero el aparato acabó su recorrido en el fondo del Mediterráneo. La Marina italiana rescató tres cadáveres: el del piloto, el del banquero y el de Dora.

En el anular de Dora encontraron el anillo de compromiso que le había regalado su marido y que seguía llevando puesto como si no hubiera acabado ya todo. Sol le dio esa sortija a su hijo. Fue el único recuerdo que conservó de su madre.

*

Al cumplir Lev los catorce años, su padre decidió darle otro empujón a su carrera de actor y se mudaron a Zúrich (donde sus espectáculos no tuvieron mayor éxito) y luego a Basilea, donde Sol encontró un trabajo bastante bien pagado en el bar del hotel Les Trois Rois.

Lev acabó en Basilea el segundo ciclo de la secundaria con dos años de antelación. Pese a los ánimos que le dieron sus profesores, todos ellos subyugados por las dotes que tenía, su padre lo convenció de que no perdiera el tiempo en estudios inútiles.

—Los profesores dicen que podría llegar a ser alguien importante y ganar mucho dinero —le explicó Lev.

—Hijo mío, si el dinero valiera para algo, ya se sabría. Los ricos son ricos porque son unos ladrones, que no se te olvide nunca.

—Sí, papá.

—Nos robaron a tu madre, nuestro bien más valioso.

—Sí, papá.

—Mejor te enseño a ser actor. Vamos a montar un espectáculo estupendo juntos. Mamá estaría orgullosa de nosotros.

Ese verano, con la esperanza de que su hijo se convirtiera en el gran actor que él no había sido, Sol le enseñó a Lev todo cuanto sabía del arte escénico, de la postura a la dicción, a hacer los trajes y a maquillarse. Pero hete aquí que una noche, cuando estaba en su turno del bar del hotel Les Trois Rois, Sol Levovitch conoció al señor Rose, el propietario del Palace de Verbier, que estaba de paso por Basilea por negocios. El bar estaba desierto esa noche, y el señor Rose, de talante charlatán, pegó la hebra con Sol. Según iban charlando, Sol, no podía fallar, acabó por hablarle de su oficio de actor. No hizo falta más para que el señor Rose se convenciera de que Sol era el hombre que necesitaba. Entonces le dijo:

—Señor Levovitch, es usted la perla excepcional que ando buscando hace mucho. Tengo un trabajo excepcional que proponerle. ¿Estaría dispuesto a mudarse a Verbier?

Al día siguiente de conocer al señor Rose, Sol le contó a Lev que se le presentaba una gran oportunidad.

—No puedo decirte qué papel voy a desempeñar en el hotel, he prometido guardar el secreto. Pero es un papel muy importante. El papel de mi vida.

—¿Así que te gustaría irte a Verbier? —preguntó Lev.

—Mucho.

—¿Y yo qué voy a hacer en Verbier? —quiso saber entonces Lev.

—El señor Rose dice que podría contratarte como mozo de equipajes y que, si te gusta, irás subiendo en el escalafón. Yo tendría mucho tiempo libre, tú también seguramente, y podría seguir enseñándote todo lo que sé. El legado, hijo mío, es muy importante el legado. Así es como la gente no muere nunca en realidad, aunque su cuerpo se lo coman los gusanos, su espíritu sobrevive en otro. Y así una vez tras otra. ¿Sabes? Cuando yo esté ya demasiado gastado, podrás quedarte con mi puesto en el Palace. Y luego tu hijo ocupará tu puesto. Todo cuanto puedo decirte es que seremos un gran linaje de actores. ¡Seremos los nuevos Pitoëff!

A Lev, sin acabar de entender del todo las elucubraciones de su padre, le pareció estupenda la idea de irse a vivir a la montaña. Y así fue como los Levovitch se mudaron a la estación de esquí del Valais donde los emplearon a los dos el Palace de Verbier.

El auténtico cometido de Sol en el Palace se mantuvo en secreto durante mucho tiempo. Oficialmente, lo habían contratado para ayudar al señor Rose a conservar la categoría del Palace. A los demás empleados, al principio, no les quedaron muy claras sus atribuciones; tan pronto estaba encerrado en su despachito, en los entresijos del hotel, como de viaje. Pero, tras una indiscreción, se descubrió que el señor Rose, al que le habían gustado la buena maña de Sol y su experiencia en el ramo de la hostelería, lo enviaba por Suiza y Europa para visitar establecimientos de lujo haciéndose pasar por un cliente y redactar luego informes sobre las innovaciones y los puntos fuertes de la competencia, y también sobre ideas para mejorar la calidad del servicio del Palace. El señor Rose decía de su nuevo colaborador que tenía «el buen ojo y la exigencia» necesarios. Y Sol, muy contento con la confianza que se le otorgaba, parecía feliz y satisfecho con aquel trabajo. Además, tenía un muy buen sueldo y se instaló en un piso pequeño pero bonito en el centro de Verbier.

Lev, por su parte, estaba encantado con su nueva vida en Verbier. Contratado como mozo de equipajes y botones en el Palace, había descubierto las alegrías de la independencia. A todos los empleados de su categoría les correspondía un cuartito acogedor en las buhardillas del hotel, y Sol había aceptado que su hijo se instalase allí: al fin y al cabo, su piso estaba a pocos minutos a pie y se veían continuamente en el hotel. Lev pasaba, pues, la mayor parte del tiempo en el Palace, donde tenía alojamiento, manutención y ropa limpia. Pese a esa vida de relativa reclusión, tenía una sensación de libertad desconocida hasta entonces. Los días no se parecían entre sí, conocía a muchísima gente, simpatizaba con clientes del mundo entero, se pasaba el invierno esquiendo. Se sentía a gusto en Verbier. Era feliz como no lo había vuelto a ser desde los tiempos benditos con su padre y su madre en el camino de Florissant. Y además, estaba el señor Rose, que era especialmente bondadoso con él. El señor Rose se prendó en el acto de aquel joven trabajador, voluntarioso, elegante y educado, a quien la clientela elogiaba de forma unánime. Había descubierto también que el muchacho tenía conocimientos enciclopédicos y hablaba una cantidad increíble de idiomas.

A Lev no le llevó mucho tiempo meterse en el bolsillo a la clientela habitual del hotel. Todos querían que los atendiera él. Familias acaudaladas

que iban a pasar las vacaciones de verano o de invierno al Palace reclamaban su presencia y su compañía. Fueron muchos los que le propusieron contratarlo como secretario particular pagándole sueldos elevados, pero siempre se negó.

El señor Rose, convencido de que lo que le correspondía a Lev no era ser empleado de un hotel, intentó convencerlo para que empezase algunos estudios. Pero Lev se negó.

—¿Podrías tener la profesión que quisieras! Tengo contactos en muchas universidades.

—No quiero dejar a mi padre solo aquí —explicó Lev.

—Podrías venir a verlo.

—Las personas que prometen volver no vuelven nunca, señor Rose. No se habrían ido si hubiesen tenido intención de volver.

—La vida a veces es más complicada de lo que parece, muchacho. ¿Podrías hacer una carrera extraordinaria!

—¿Para qué sirve una carrera? —preguntó Lev, socarrón—. ¿Para ser rico? Los ricos son unos ladrones, me robaron a mi madre.

—Para sentirse realizado, supongo —contestó el señor Rose, con cierto apuro.

—Me siento muy realizado llevando maletas y atendiendo a los clientes —aclaró Lev.

—Podrías convertirte en un hombre importante.

—La importancia no es algo tangible. Es una relación con los demás, no con uno mismo.

—¿Deja de filosofar un ratito, por favor, Lev! Solo tienes una vida. ¿No te la vas a pasar llevando maletas, hombre! Necesitas una formación.

—Tengo formación de actor. Mi padre me enseña cuanto sabe.

—¿Mira, Lev, si tu padre fuese un gran actor, estaría en el teatro de la Comédie Française, no en el Palace de Verbier!

—No sea ofensivo, señor Rose. Mi padre lo aprecia mucho.

—Y es mutuo. Pero me preocupa tu porvenir. Casi me entran ganas de echarte a la calle solo para obligarte a dar con tu camino.

—¿Por qué quiere despedirme? Trabajo mucho y los clientes me aprecian.

—Atiende, muchacho, esto es lo que te propongo: te quedas en el hotel y te enseño todo lo que sé.

—¿Todo lo que sabe de qué? —preguntó Lev.

—Sobre dirección de hoteles. Siempre podrá venirte bien.

Lev aceptó. No solo para conservar su empleo en el Palace, sino porque sabía que podría serle útil. Y como le decía su madre: «Aprender nunca está de más». Así fue como, durante los años siguientes, y en el mayor de los secretos para no despertar la envidia de los demás empleados, el señor Rose le enseñó a Lev buenos modales y urbanidad, y le inculcó el arte del refinamiento, del buen gusto, de la elegancia, del vino y de la comida.

El señor Rose no se había casado nunca y no había tenido hijos, pero, si hubiese tenido un hijo, le habría gustado que fuera como Lev. Día llegaría en que no tendría energía ya para dirigir aquel establecimiento y opinaba que Lev sería un excelente sustituto. «Nunca se sabe —le dijo a Lev con un orgullo casi paterno una noche, mientras estaban haciendo una cata de grandes caldos—. Podrías dirigir este hotel algún día. Seguro que lo convertirías en el hotel de lujo más cotizado de Europa.»

Lev se imaginó por un segundo al frente de aquel establecimiento. La idea le agradó. Le gustaba aquel sitio.

Todas las semanas, Lev pasaba muchas horas en el piso de su padre. Este abría en el centro del salón un baúl imponente donde guardaba el material de todos sus espectáculos anteriores. Algunos trajes, que se habían apolillado o deteriorado con el tiempo, necesitaban un repaso. Los dos hombres llevaban a cabo juntos esas labores de costura.

—¿No echas mucho de menos el teatro? —preguntó un día Lev.

—La vida es una gran obra de teatro —contestó Sol—. Algún día volveré a esto —señaló con la barbilla un libro grande con encuadernación de piel que estaba encima de una mesa y siguió diciendo—: Tengo bastantes personajes en la cabeza. Tomo nota de todo en este libro para que no se me olvide nada.

—¿Puedo mirarlo? —preguntó Lev.

—Es otra ocasión —rehusó el padre.

—Entonces, ¿todas estas antiguallas las guardas para algún espectáculo?

—No, es para dártelas algún día.

—¿Y qué quieres que haga con ellas?

—Dárselas a tus hijos.

—¿Y ellos qué harán?

—Dárselas a sus hijos.
—¿Y entonces? —preguntó Lev.
—Entonces se acordarán de mí.

Los Levovitch eran felices en el Palace. Pero desde su llegada, según los demás empleados, algo había cambiado. De repente, el señor Rose tenía ojos en todas partes. Desde entonces, se fijaba en todos los fallos de sus empleados. Era imposible que los hubieran delatado los dos empleados nuevos, puesto que algunas cosas habían ocurrido en las habitaciones y otras, particularmente, en el bar, en la piscina o en el restaurante cuando los Levovitch no estaban allí.

Durante años, el misterio siguió sin resolverse.

25. Operación Vuelco (2/2)

En el salón de baile del Hôtel des Bergues, aquella noche de la reunión anual de la Asociación de Banqueros de Ginebra, toda la mesa de Lev escuchó su relato en un silencio religioso.

—¿Así que se destinaba usted a dirigir ese hotel? —le preguntó a Levovitch la presidenta del Banco Bärne.

—Quizá. Me habría gustado dirigir el Palace de Verbier. Pero la vida tenía otros planes. Me quedé allí hasta los veintiséis años, hasta que conocí a Abel Ebezner, el padre de Macaire. Fue él quien me metió en el Banco Ebezner. Luego fui ascendiendo en el escalafón.

—¡Y menudo ascenso! —recalcó uno de los banqueros de Pittout, impresionado.

Los comensales, que se estaban acabando el postre sin hacer ruido, miraron a Levovitch con admiración. Se había pasado la comida hablando: aunque propuso contar la versión abreviada, cada vez que decía «resumiendo» el auditorio, que quería oír más, ponía el grito en el cielo.

—En cualquier caso, su madre estaría orgullosa de usted —dijo una mujer, desde otra mesa, secándose los ojos.

—¿Y su padre? ¿Sigue viviendo en Verbier?

—Mi padre murió. Murió por mi culpa.

Un silencio embarazoso sobrevoló la mesa. Luego, el presidente de la Asociación de Banqueros de Ginebra agarró el micrófono para comunicar que en el salón Lemán, contiguo al salón de baile, se estaba sirviendo café y té, para que todos los miembros de la asociación pudieran tener un encuentro amistoso. Los invitados se pusieron de pie y se encaminaron con mucho barullo hacia el gran salón acolchado. Lev dejó que lo arrastrase el gentío. En el salón Lemán pidió un expreso y salió a beberlo a la terraza.

Estaba solo en el aire gélido. Admiró el lago Lemán y la orilla izquierda de Ginebra, que tenía ante sí. Su ciudad le pareció más hermosa que nunca.

De repente, interrumpo mi novela. Solo en mi habitación, en el sosiego de la noche, pienso en Ginebra, mi ciudad querida, y le doy las gracias.

Ciudad de la paz y de las personas buenas.
Que acogió a los míos y nos dio una patria.

En la terraza, Levovitch alzó el bastón de Tarnogol como si fuera el báculo de Moisés y la luna hizo resplandecer los brillantes. Se notó henchido de una fuerza que no había sentido nunca. Hasta que, al recordar de pronto los últimos dieciséis años que habían transcurrido, dejó que lo invadiera la nostalgia.

*

Dieciséis años antes

Primer Gran Fin de Semana de Anastasia en Verbier
Sábado por la noche

Allí estaban, en el salón de baile del Palace de Verbier, entre los comensales del Gran Fin de Semana del Banco Ebezner, bailando, esplendorosos.

Dos magníficos impostores.

Anastasia, aferrada al cuerpo de Lev, cerró un momento los ojos. Estaba en brazos del hombre de su vida, lo sabía.

Observando a la multitud de directivos de banca que lo rodeaban, Lev le susurró al oído a su novia:

—Me haré rico y poderoso para ti, Anastasia.

Por primera vez, no le bastaba con su condición.

—Te deseo —le susurró entonces Anastasia.

—Quedamos dentro de un cuarto de hora a la entrada de las escaleras de servicio —le dijo Lev.

Ella asintió, con los ojos resplandecientes de amor y el corazón palpitante. Concluyó la melodía y se separaron, para volver a juntarse, más y mejor. Anastasia volvió a su mesa, donde su madre la recibió con una

sonrisa, mientras Lev salía discretamente de la sala. En el momento en que iba a cruzar la puerta, una mano lo agarró y tiró de él para llevarlo aparte. Era el señor Bisnard, el coordinador de banquetes, un hombretón como una catedral. Estaba fuera de sí.

—¿Qué coño pintas tú aquí bailando con los invitados, so capullo? —exclamó.

Sinior Tarnogol apareció en ese instante con sonrisa aviesa.

—Sí, este es —le dijo al señor Bisnard—. Es uno de sus empleados, ¿no? ¿Puede explicarme por qué está bailando con los clientes?

—Le presento mis disculpas, señor Tarnogol —dijo Bisnard sin soltar a Lev—. Este patán es un empleado del Palace. No se preocupe que lo vamos a sancionar.

Lev no se atrevió a montar un escándalo y dejó que Bisnard se lo llevase por las escaleras de servicio hasta la zona de fregaderos, que estaban a rebosar de platos sucios.

—¿Quién te has creído que eres? —bramó el señor Bisnard—. Como eres el ojito derecho del señor Rose, te crees que puedes hacer lo que se te antoje, ¿no? ¡Siempre yendo de listillo, siempre llevándote las mayores propinas! ¡A ver qué dice el señor Rose cuando le cuente que te has colado en el baile Ebezner! ¡Bailando delante de todo el mundo! ¡Esto no va a quedar así, puedes estar seguro! A lo mejor debería llamarlo por teléfono ahora mismo.

Lev sabía que se había saltado las normas básicas del hotel.

—Mire, señor Bisnard —suplicó—, haré lo que quiera, pero no le diga nada al señor Rose. Por favor. Lo contrariaría muchísimo mi conducta.

—¡Haberlo pensado antes!

—Por favor —suplicó Lev—; ¡ponga usted el precio! Le daré todo el sueldo de diciembre y la paga de Navidad si no le dice nada al señor Rose.

—¡Quiero tres meses de sueldo y la paga! —exigió Bisnard.

—De acuerdo.

Bisnard sonrió, satisfecho.

—¿Puedo irme ahora? —preguntó Lev, que solo pensaba en reunirse con Anastasia.

—No hasta que hayas fregado los platos —decidió Bisnard, saliendo de la zona de fregaderos y cerrando la puerta con llave al marcharse.

Anastasia esperó en vano hora y media en las escaleras de servicio. Comprendió que Lev no acudiría y volvió con su madre antes de que esta se impacientase.

—¡Ah, estás aquí! —dijo Olga cuando apareció Anastasia en la sala—. Ven, que ya es tarde, ¡vámonos! Nos volvemos a Ginebra mañana a primera hora. ¿Dónde está el conde Románov ese? Me habría gustado despedirme.

—Ha desaparecido.

—¿Tienes sus señas? ¿Su teléfono?

—No...

—¡Pues él se lo pierde! Un punto menos. En el fondo, me parecía muy presumido. No como Klaus, que es educado y elegante. Tiene mucha clase. Te ha estado buscando por todas partes. Quería despedirse como es debido. Le he dicho que te daría el recado y de paso hemos quedado para almorzar en Ginebra el miércoles que viene. En el restaurante del Beau-Rivage. Lo ha propuesto él. El Beau-Rivage, ni más ni menos. Solos él, tú y yo. Invita él. Muy elegante el tal Klaus.

Anastasia siguió dócilmente a su madre. Recogieron los abrigos de pieles en el guardarropa y salieron luego del Palace. Estaba muy triste. Como si se hubiera quedado vacía. ¿Por qué Lev le había dado plantón? Pensó que no la quería tanto como ella a él.

Lev pasó horas fregando platos. Cuando acabó y pudo por fin volver al salón de baile, la fiesta había concluido hacía mucho. Todo estaba desierto, todo estaba apagado. El Palace ya dormía.

Anastasia había volado.

Se habían perdido mutuamente.

*

Lev apartó ese recuerdo de la memoria. De pronto se abrió la puerta de la terraza y vio aparecer a Anastasia. Se le acercó: no se tocaron por temor a que pudieran verlos, pero parecían abrazados. Lev clavó los ojos en los de Anastasia.

—Nunca me has contado qué fue de tu padre —le dijo ella.

—Lo que será de todos nosotros: se murió.

Se puso despacio la mano en el corazón.

—Me gustaría curarte las heridas, Lev.

Lev sacó un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Anastasia. Fumaron en silencio. Estaban a gusto.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó ella a media voz.

Él se le acercó al oído y le susurró la respuesta.

Anastasia sonrió, radiante. Le cogió la mano. Estaban solos en el mundo. Pero de pronto se abrió ruidosamente la puerta y Macaire irrumpió en la terraza, con el abrigo echado por los hombros y el de Anastasia debajo del brazo.

—¡Ah, aquí estás! —le dijo a su mujer con tono impaciente—. ¿Ahora fumas? ¡Pues mira qué bien! ¡Venga, ven, que nos vamos!

Estaba de muy mal humor. Nada había ocurrido como estaba previsto. Se despidió de Lev con un gesto rápido y dio media vuelta, llevándose a su mujer.

El matrimonio Ebezner estaba bajando por la escalinata de mármol, cuando Lev los alcanzó, gesticulando con el bastón de Tarnogol como si quisiera llamar la atención.

—Espera, Macaire —dijo—. ¡Tengo que hablar contigo!

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Macaire, irritado.

—Me gustaría que habláramos de la historia esa de la presidencia, pero lejos de oídos indiscretos.

—Vamos al salón Dufour —sugirió Macaire, indicando con la mirada los confortables sofás de la estancia, a pocos pasos de él.

—No, hay mucha gente entrando y saliendo. Mejor vamos a dar una vuelta.

Los dos hombres salieron a la oscuridad glacial. Se alejaron del hotel y anduvieron bordeando el Ródano. Macaire, a pesar del grueso abrigo, tiritaba como un infeliz. Lev se subió el cuello de la chaqueta para protegerse algo del frío.

—Te escucho —dijo Macaire, mientras deambulaban por el muelle desierto.

—No te preocupes por Tarnogol —lo tranquilizó Lev—. Voy a hablar con él.

—¿Y si no quiere atender a razones? —preguntó Macaire.

—Le daré un bastonazo con su garrota —bromeó Lev.

Para resultar más cómico, se encorvó y movió el bastón febrilmente como Tarnogol hacía a menudo.

—¡Soy Tarnogol! —dijo con risa sarcástica, imitando mal el acento del hombrecillo.

No se fijó en el coche que, aparcado en el muelle desde hacía horas, acababa de arrancar al pasar ellos y se disponía a embestirlo con los faros apagados.

En la escalinata de la fachada del Hôtel des Bergues, los aparcacoches oyeron de pronto un chirrido de frenos y luego gritos que llegaban desde el muelle, a pocos pasos de allí. Echaron a correr.

Un coche había atropellado a un peatón.

26. *Ultima ratio*

Arma miró intranquila el reloj del salón. La una de la madrugada. ¿Dónde se habían metido? ¿Por qué los señoritos no volvían de la cena en el Hôtel des Bergues?

De repente, se abrió la puerta de la calle y se oyó mucho barullo. Arma se abalanzó hacia el vestíbulo.

—¡Ay, bendita Arma, menos mal que está usted aquí todavía! —exclamó Macaire sin sorprenderse siquiera de que la empleada doméstica estuviera allí a semejantes horas.

—¿Qué ha pasado, señorito?

—Anastasia... ¡Qué tragedia!

Arma abrió de par en par unos ojos aterrados. ¿Y si la señorita, preocupada por lo que ella tenía previsto revelarle a su marido, había hecho una tontería? ¿Y si se había suicidado?

Pero a continuación entró Anastasia, cojeando levemente y sujeta por el primo Jean-Béné y su mujer, Charlotte. Y tras ellos venía otro hombre, en el que Arma no se fijó, aterrada con lo que había podido ocurrir.

—A Anastasia la ha atropellado un coche —le contó Macaire a Arma, llevando a todo el mundo al salón—. ¡Y el que conducía era Jean-Béné, figúrese!

—Menos mal que no ha llegado la sangre al río —dijo Charlotte Hansen, a quien le encantaba tener oportunidad de sacar a relucir un refrán.

La había llamado su marido cuando estaba saliendo del concierto en el Victoria Hall y había ido inmediatamente al hospital. Jean-Bénédict parecía aún conmocionado. Lívido como un muerto, repetía una y otra vez, tartamudeando, la mentira que le había contado a su mujer cuando la llamó para avisarle:

—... estaba en casa... algo pachucho... temporada de gripe, claro... y luego estaba algo mejor... quise pasarme por el hotel después del café para una copichuela... saludar a gente, claro... por la red de contactos... y al final decidí que no, que no tenía ánimos... y al irme se me olvidó encender los faros... pero qué imbécil soy, en serio...

Pocas horas antes, la Operación Vuelco había empezado con muy buen pie. Al volver del banco, Jean-Bénédict se quejó a su mujer de que se notaba con fiebre. Cuando se fue Charlotte, a eso de las siete menos cuarto, para reunirse con su hermana y cenar con ella antes del concierto, vio a su marido acurrucado en la cama. Pero según salió por la puerta de la mansión Jean-Bénédict se levantó de debajo del edredón. Tenía varias horas por delante: el concierto acababa a las diez y cuarto y después, seguramente, Charlotte y su hermana irían juntas a tomar una infusión al Remor. Su mujer no volvería antes de las once y se encontraría a su marido profundamente dormido, como si no hubiera salido de la cama. No podría sospechar ni por un instante lo que había sucedido esa noche. A Jean-Bénédict le había parecido que era la mejor coartada. Pues si, por desgracia, la Operación Vuelco salía mal, si la policía lo interrogaba, aseguraría que no se había movido de la cama. Su mujer podría confirmarlo. Y, para corroborar sus afirmaciones, había tenido la precaución de dejar el móvil en casa. Había leído en un artículo que la policía podía rastrear los movimientos de los teléfonos gracias a los repetidores de telefonía móvil.

A eso de las ocho, Jean-Bénédict estaba emboscado al volante de su coche en el muelle de Les Bergues, como estaba previsto. Había encontrado un sitio perfecto y los elementos jugaban a su favor: la noche era oscura y una espesa niebla subía de las aguas del Ródano. No se veía nada a diez metros. Nadie podría ver su matrícula, que además había tapado con nieve compacta.

Por fin, poco después de las nueve y media, le llamaron la atención dos siluetas que deambulaban por el muelle. No veía bien, pero reconoció a Macaire y la persona que iba a su lado con un bastón en la mano solo podía ser Tarnogol. Notó un subidón de adrenalina: había llegado el momento de pasar a la acción. Giró la llave de contacto sin encender los faros y no apartó la vista de las dos siluetas medio ocultas en la niebla. Cuando le pareció que había llegado el momento propicio, arrancó de golpe. Anastasia apareció de repente; la vio demasiado tarde y la embistió.

—No tienes culpa de nada, Jean-Béné —le aseguró Anastasia, a quien habían acomodado en el sofá del salón—. Quería reunirme con Macaire y Lev, que habían ido a dar una vuelta, y crucé el muelle sin mirar. La que debería haber tenido cuidado soy yo. La culpa es mía y solo mía.

Anastasia se esforzó en sonreír para relajar el ambiente y disimular mejor que no estaba contando exactamente la verdad. Cuando ya se estaban marchando y Lev quiso hablar con Macaire, le entró miedo. Lev ya se lo había llevado aparte antes de la cena. Le preocupaba que estuviera tramando algo. ¿Tendría intención de contarle lo de su relación?

Al verlos salir del hotel, los siguió de cerca, pero cuando llegó a la escalinata de la fachada ya habían desaparecido. Un aparcacoches le indicó en qué dirección habían ido, pero no veía nada. Fue por la acera y de repente le pareció divisar entre la niebla dos siluetas en medio del muelle. Echó a correr hacia ellas, pero en ese mismo momento un coche que parecía aparcado se metió por el muelle con los faros apagados y la embistió.

—¡Sea lo que fuere, casi acaba en tragedia! —dijo Macaire.

—¡No exageremos! —matizó Anastasia.

—¡Pues podía haber sido muy grave —dijo él, indignado.

Hinchaba la voz, encantado de que el incidente le permitiera lucirse después de haber estado tan inane delante de sus colegas durante toda la cena. Ahora el protagonista era él. ¡Una lástima que Tarnogol no estuviera allí para verlo!

Tras el accidente, Anastasia se había levantado por su propio pie, asegurando que no le había pasado nada y que no necesitaba una ambulancia. Pero Macaire había visto claramente que no estaba tan bien y tenía la pierna hinchada en el punto del impacto. Así que el grupito regresó al Hôtel des Bergues para entrar en calor e instalar a Anastasia en el salón Dufour, echada en un sofá y con la pierna en alto sobre un montón de almohadones, mientras Macaire se encargaba de llamar al hospital. Hablaba por teléfono alto y con cara seria, mientras los empleados se afanaban, muy nerviosos. Como en ese momento empezaban a marcharse los primeros comensales de la cena, no tardaron en apiñarse a la entrada del salón, según iban pasando por delante. «¿Qué sucede?», preguntaban. Y los empleados del hotel contestaban, con cara de espanto: «Un accidente casi delante del

hotel... Un milagro que no haya sido nada grave... La próxima vez podría morir alguien, los muelles están muy mal iluminados».

Al recordar la escena, Macaire se congratuló de que el grupo de banqueros hubiera sido testigo de su autoridad. ¡Sí señor, todos habían visto su verdadero yo, cómo tomaba las riendas de la situación! ¡Había llamado al director de los Hospitales Universitarios de Ginebra, íntimo amigo suyo, exigiendo que lo recibiera en el acto un gran doctor! ¡Ni se había fijado en lo avanzado de la hora! ¡Aquello era una emergencia! «¡Como si hay que sacar al médico de la cama!», vociferó por teléfono. El director enseguida movilizó a sus tropas. ¡Y los pondría a todos firmes, porque el director del hospital dando órdenes era algo muy serio! ¡Que llegaran los Ebezner, protocolo vip! Cuando aparecieron en el hospital, ya los estaban esperando con la alfombra roja. ¡En Ginebra eran gente importante, qué demonios! No era cosa de tirarse horas esperando la vez en una sala llena de tullidos, ¡faltaría más! ¡A consulta de cabeza con las eminencias! Y pruebas complementarias por lo que pudiera pasar. ¡Favoritismo a discreción!

—Arma —ordenó Macaire en plan general al mando—, hielo para la rodilla de la señora y hielo para los vasos, que nos vamos a tomar todos un *güisquicito*.

—¡Ay, sí! —asintió Charlotte—. ¡Algo fuerte! ¡Porque menuda nohecita!

Macaire le dio a su mujer un beso húmedo en la frente mientras Arma llegaba de la cocina a trote corto, cargada de cubitos de hielo. Le puso en la rodilla a la señorita una bolsa fría sin atreverse a mirarla. Luego, como había ordenado el señorito, sirvió un *güisqui* a todos los invitados. Al acercarse al tercer hombre, cayó en la cuenta de quién era. El hombre del periódico. ¡Lev Levovitch!

—Buenas noches, señora —la saludó, con una bondad y una consideración que ningún invitado de los Ebezner le había mostrado nunca en los diez años que llevaba sirviendo en su casa.

La foto de él que había visto en el periódico no le hacía justicia. Era rotundamente guapo. Los ojos..., las facciones... Qué elegancia... Qué porte altivo... Arma casi se desmaya. Y encima se ponía a hablar con ella. ¡Se interesaba por ella! Le preguntaba de dónde era. «Soy albanesa», le dijo. Y él de pronto le estaba hablando en albanés.

Arma abrió unos ojos extasiados; Lev se la había metido en el bolsillo.

—¡Anda, Lev, si hablas su idioma! —dijo maravillado Macaire, que tampoco esta vez pudo ocultar su admiración.

—Mi albanés es rudimentario —se disculpó Lev.

—Su albanés es buenísimo, señorito Levovitch —le aseguró Arma; y para sus adentros pensó: «¡Y encima es modesto!».

—¿Y dónde aprendiste esa jerigonza? —preguntó Macaire.

—Tuve una novia albanesa hace unos años, una sobrina del antiguo rey de Albania. No duramos mucho. Y he ido varias veces a la costa albanesa del Adriático, concretamente desde Corfú. ¡Es un lugar magnífico! El mar es de color turquesa y la gente, infinitamente buena.

A Arma se le iluminó la cara, conmovida de que de repente alguien sintiera interés por ella y por su tierra natal.

—Me vuelve loco el *trilece* —se sinceró Lev con Arma.

—¿El qué? —preguntó Macaire.

—Un pastel de tres leches —explicó Arma—. Le prepararía uno encantada, pero tiene que reposar varias horas. En cambio tengo en la cocina lo necesario para hacer *ravani*.

—¿Para hacer qué? —volvió a preguntar Macaire.

—*Ravani* —explicó Lev en esta ocasión—. Son unos bollos a base de yogur. Esponjosísimos. Pero más bien otomanos que albaneses, ¿no?

Arma sonrió porque Lev estaba en lo cierto. La tenía subyugada. Y sin embargo se suponía que odiaba a ese hombre. ¿Cómo podía ser posible? Desconcertada, dijo que iba a preparar *ravani* y desapareció en la cocina. Estaba alterada. Entendía la pasión de la señorita. El señorito, desde luego, era una persona fantástica, pero Lev era una de esas con quien no te encuentras más que una vez en la vida. Aun así, no podía imaginar que aquel hombre, que parecía tan bueno, quisiera quitarle el sitio en el banco al señorito. Así que cuando, al cabo de un rato, Lev fue a la cocina por agua, aprovechó la ocasión para decírselo.

—Tengo que hacerle una pregunta, señorito Levovitch.

—Desde luego.

—Es algo delicado...

—No tiene que tratarme con miramientos, Arma.

Ella se decidió:

—¿Es verdad que quiere robarle la presidencia del banco al señorito?

—¡No! —contestó Lev abriendo los ojos, ofendido—. ¡Claro que no! ¿Quién le ha dicho algo semejante?

—Es lo que he oído decir.

—A Sinior Tarnogol, el vicepresidente del banco, le gustaría que me eligieran presidente. Pero le he dicho claramente que no. Creo que he conseguido que entre en razón. El presidente será Macaire.

Una hora después todo el mundo estaba reunido en la cocina, entusiasmado con el hermoso bollo redondo recién salido del horno y que Arma cortó en trocitos, con los que todos se chuparon los dedos.

Eran las dos y media de la mañana cuando Jean-Bénédict, Charlotte y Lev se fueron por fin, alabando Albania, dándole las gracias a Arma de todo corazón y prometiendo volver para comer *ravani* todos juntos.

Macaire, por su parte, estaba perplejo. Acababa de darse cuenta de que Levovitch había conquistado a todo el mundo. Desde los dueños de los bancos hasta Arma, todos lo adoraban. Era irresistible. Estaba hecho para ser el presidente del banco. Resultaba evidente. Era la mejor elección para el banco. Macaire estaba resignado. Tenía que retirarse. Entonces, notó la vibración del móvil en el bolsillo. ¿Quién podía llamarlo a aquellas horas? Al ver el nombre que aparecía en la pantalla se quedó cortado por un segundo, antes de esfumarse para atender la llamada.

Aprovechando que se habían quedado solas en la cocina, Arma le susurró a su señora:

—El señorito Lev es extraordinario, señorita... Nunca he conocido a nadie igual.

—Tiene que entender —se sinceró Anastasia— que lo mío con Lev no es nada pasajero ni impulsivo. Estamos hechos para estar juntos. Tendríamos que haber estado juntos desde el primer día. Pero nada ocurrió como estaba previsto.

*

Ginebra, quince años antes

Abril, cuatro meses después del Gran Fin de Semana

—¡Ay, Dios mío! —se extasió Olga como si acabase de tener un orgasmo al ver el anillo en el dedo de Anastasia—. ¡Es un diamante enorme!

Irina acudió al oír la palabra «brillante».

—¿Klaus ya te ha pedido en matrimonio? —dijo ahogándose de indignación—. Si apenas hace unos meses que estáis juntos.

—No te preocupes —la tranquilizó Anastasia—; no es un anillo de compromiso.

Irina soltó un suspiro de alivio. Su gestor de patrimonio le había pedido que se casase con él dos semanas antes y no quería que su hermana le robase el protagonismo. Sí, no pensaba que se lo fuera a pedir tan pronto, pero, como decía él, ya no era tan joven. La boda estaba prevista para el otoño. En el hotel Beau-Rivage en principio. ¡Ni más ni menos!

—¡Hay que ver cómo es este Klaus! —dijo maravillada Olga—. Primero los pendientes, luego el collar, ahora un anillo. ¡Regala brillantes como si tal cosa! ¡Solo para darle gusto a su amada! ¡Sobre todo cuidalo bien! ¡No dejes que se te escape!

Anastasia se forzó a sonreír. Quiso explicarle a su madre que cuanto más daño le hacía él, más suntuosos eran los regalos. Quiso desabrochase la camisa y enseñar los cardenales que tenía por todo el cuerpo. Pero no se atrevió. Le daba vergüenza. Le daba miedo que no la tomasen en serio. Y además, él le había prometido que no volvería a pasar, había prometido buscar ayuda para controlar sus ataques de ira. Cuando tenía un arrebato, se arrepentía en el acto, le pedía perdón, se ponía de rodillas y la llamaba su princesa. Anastasia no sabía ya qué pensar.

—¡Klaus ha sido todo un hallazgo! —decía en ese momento Olga—. Me alegro mucho por ti, Nastya, y no lo digo por los regalos. Está muy bien, se nota. Sonriente, generoso... Y además, hacéis una pareja estupenda.

—Tenemos problemas —confesó Anastasia.

—¡Todas las parejas tienen problemas, hija mía! Los problemas son un buen síntoma: significa que la pareja está viva y se va uniendo. Una pareja hay que construirla. Que no se te olvide nunca que no hay problema que no pueda solucionarse.

—Klaus tiene que volver definitivamente a Bruselas dentro de un mes; quiere que me vaya con él.

—¡Genial! ¡Vais a vivir juntos! Eso quiere decir que la cosa va en serio.

—Ni siquiera he terminado los estudios.

—Podrás terminarlos en Bruselas, ¿no? Y además, francamente, ¿de veras crees que serán unos estudios de Literatura los que te harán salir adelante en la vida? Cuando tienes a ese chico tan agradable, de tan buena familia y que está colado por ti. ¡Menudo dilema, los he visto peores!

Con Klaus todo había ido muy deprisa. Anastasia ya no sabía muy bien ni cómo ni por qué.

Había pensado mucho, después de que Lev la dejara plantada la noche del baile. ¿Se veía de verdad viviendo toda la vida en un cuarto del servicio? No quería acabar amargada como su madre. Se había convencido a sí misma de que su historia con Lev se quedaría en agua de borrajas. Entonces volvió a ver a Klaus y se dejó seducir. Le brindaba la promesa de una vida diferente, alejada de todas las dificultades por las que había pasado. Pero él no soportaba que le llevaran la contraria. No soportaba la frustración. A la mínima, se comportaba con brutalidad. ¡Qué sola se sentía Anastasia!

Su único amigo de verdad era Macaire Ebezner. Y eso que se habían conocido hacía poco, pero era tan afectuoso y tan atento con ella... Desde el Gran Fin de Semana, lo veía con regularidad. Quedaban para tomar el té en el Remor, ese café un tanto intelectualoide que estaba en la plaza de Le Cirque, y podían pasar allí las horas muertas. Los domingos la invitaba a casa de sus padres, que vivían en una finca espléndida en Collonge-Bellerive.

A Anastasia no la atraía Macaire, pero se sentía a gusto con él. Podía ser ella misma y contarle sus cosas. Estaba enterado de toda su historia familiar, del pisito de Pâquis y de que su madre era dependienta en Bongénie.

Cuando Anastasia le comunicó a Macaire que estaba a punto de irse a Bruselas, él le dijo que la iba a echar mucho de menos. Que iría a verla a Bélgica. Que se escribirían. Delante del Remor, cuando se despidieron, ella le plantó un besazo en la mejilla. En el fondo, pensó aquel día, el único hombre a quien había querido apasionadamente era a Lev. Al empleadito de un hotel.

Desde el Gran Fin de Semana, habían seguido en contacto. Todos los domingos, Anastasia se acomodaba en una cabina telefónica y llamaba al restaurante del Palace. Preguntaba por Lev. Ya la conocían. El *maître* iba a

buscarlo y al poco Lev aparecía al otro extremo de la línea. Ella se sentía inmensamente feliz cuando oía su voz: la invadía una excitación indescriptible. Pero ¿por qué la había rechazado aquel sábado por la noche en el baile Ebezner? Él nunca quiso darle explicaciones a las claras y se había limitado a alegar que lo habían entretenido. Además, varias veces había prometido que iba a coger el tren para ir a verla a Ginebra, pero nunca lo había hecho, alegando siempre algún pretexto. Si de verdad ella le importara, habría cumplido su palabra. De ese comportamiento, Anastasia infirió que no le importaba a Lev tanto como él a ella, que no podía quitárselo de la cabeza. Durante sus numerosas llamadas, nunca se había atrevido a revelar sus relaciones con Klaus. ¿A lo mejor esa era la prueba de que lo quería?

Anastasia se fue a Bruselas el primer domingo de abril. Hasta ese día no tuvo valor para llamar a Lev desde una cabina del aeropuerto de Ginebra-Cointrin y comunicarle que se marchaba.

—¿Anastasia? —dijo Lev muy animado al coger el teléfono.

—He conocido a alguien —le dijo ella a bocajarro—. Se llama Klaus.

Lev, herido en pleno corazón, se esforzó por ocultar cuánto le dolía.

—Estás en tu derecho de hacer lo que quieras —le contestó, muy seco—. De todas formas, tampoco estamos juntos realmente. ¿Por eso me llamas?

—Me voy con él a Bruselas.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Segunda puñalada. Hubo un largo silencio; ella se sintió obligada a justificarse.

—El sábado del baile, ¿dónde estabas? Te estuve esperando desesperadamente...

Él no dijo nada. ¿Cómo iba a confesarle que Bisnard lo había humillado y había acabado fregando cacharros como castigo?

—Da igual —dijo por fin—. ¿Quién es ese Karl?

—Klaus —lo corrigió Anastasia—. Su padre es industrial.

—¿Es rico? —preguntó Lev.

—Mucho, pero... —se interrumpió y luego siguió—: No es porque sea rico, Lev. Eso no tiene nada que ver. Y además, ¿a ti qué más te da? ¡Te importo un comino!

—¡Eso no es cierto! —protestó Lev.

—¡Si no fuera así, habrías venido a Ginebra como me lo prometiste tantas veces!

Lev se quedó callado. Sujetaba el auricular con una mano y con la otra jugueteaba con la sortija que tenía en el bolsillo. La sortija de Dora, su madre, lo único que le quedaba de ella. Esa sortija era para Anastasia, lo sabía desde la primera noche. Desde diciembre no pensaba en otra cosa: ir a ver a Anastasia a Ginebra y regarle esa joya. Pero de momento no tenía ni un franco para comprar un billete de tren: los tres últimos sueldos y la paga de Navidad se los había quedado Bisnard a cambio de su silencio. Por lo demás, no había valido para nada porque, aunque Bisnard había tenido el pico cerrado, los demás empleados se habían encargado de denunciarlo al señor Rose. Este se había puesto furioso. Para no tener que despedir a Lev, no le había quedado más remedio que ponerle una sanción ejemplar: retenerle el sueldo de un mes y una amonestación por falta grave acompañada de un último aviso previo al despido.

Para Lev eso significaba que no tendría dinero hasta mayo. Después de aquella reprimenda, ni se le habría ocurrido pedirle un adelanto al señor Rose. En cuanto a su padre, se había negado a prestarle la mínima cantidad. «Haber ahorrado», le dijo Sol, que quería darle una lección a su hijo. Lev había intentado viajar sin billete, pero lo habían pillado los revisores en Montreux. Lo hicieron bajar del tren *manu militari* y de propina le pusieron una multa. Y, por supuesto, era demasiado orgulloso para mencionarle algo de todo eso a Anastasia. ¿Qué iba a pensar de él? ¿Que era un vagabundo, un mal partido?

—Adiós, Lev —susurró Anastasia, dándole la estocada final.

A Lev le corrió una lágrima de rabia por la mejilla.

—Adiós, Anastasia —dijo, colgando con brusquedad.

Una hora después, tras despegar el avión, mientras contemplaba cómo se alejaban de ella Suiza y Lev y lloraba pegada a la ventanilla, Anastasia calibró el error que acababa de cometer.

*

En la cocina de los Ebezner, Anastasia le dijo a Arma:

—Desde el primer día, Lev y yo sabemos que estamos hechos el uno para el otro. Pero la vida no ha dejado de separarnos.

—No le diré nada al señorito, se lo prometo —le dijo entonces Arma a su señora—. Váyase con Lev. Es su destino.

En ese mismo instante y ateniéndose a las indicaciones que había recibido por teléfono, Macaire iba andando en la oscuridad por el camino de Ruth. De repente, Sinior Tarnogol apareció ante él, surgiendo de entre las sombras. Parecía muy nervioso.

—Estoy en peligro, Macaire —le dijo sin más preámbulos—. El contraespionaje suizo me va pisando los talones. La situación es grave.

Macaire fingió que la noticia lo sorprendía. Pensó que era el momento de hacerle a Tarnogol su propuesta: simular su muerte a cambio de la plaza de presidente y de sus acciones. Pero Tarnogol siguió diciendo:

—El Gobierno suizo quiere impedirme dar un golpe de Estado en la banca.

—¿Eso es lo que pretende usted? —preguntó Macaire.

Tarnogol contestó con sonrisa aviesa:

—Nunca has dado la talla para ser presidente, Macaire. Así que no esperes que propicie tu elección y que renuncie a todo solo para aplacar el enfado de mis enemigos. ¡No soy tan cobarde!

—¡Es usted el diablo —exclamó Macaire.

—Pero eso lo sabes desde hace quince años —le recordó cínicamente Tarnogol.

—¿Qué quiere de mí?

—Te propongo otro pacto. Salimos ganando los dos.

—¿A saber?

—Anulamos nuestro acuerdo de hace quince años. Te devuelvo tus acciones y puedes ser presidente. Pero tú, a cambio, me devuelves lo que te di entonces.

—¿Cómo dice? —dijo Macaire, tragando saliva.

—¡Estoy dispuesto a dar marcha atrás! —bramó Tarnogol—. Renuncias a lo que te di hace quince años y te conviertes en presidente de ese puñetero banco.

—¿Quiere decir que...? —susurró Macaire sin atreverse a terminar la frase.

—¡Quiero decir que te quedas sin Anastasia! —exclamó Tarnogol con expresión diabólica—. ¡Esa es la condición que pongo!

—Le prohíbo que le toque un pelo a Anastasia —amenazó Macaire.

—Te quedarás sin Anastasia —repitió Tarnogol—. Serás presidente del banco, pero estarás solo.

Segunda parte

EL FIN DE SEMANA DEL ASESINATO

Del viernes 14 al domingo 16 de diciembre

27. Primeras pistas

Viernes 29 de junio de 2018, a primera hora de la mañana, en mi habitación del Palace de Verbier.

Scarlett y yo habíamos vuelto de Ginebra la víspera por la noche. Tengo que reconocer que nuestra escapada me había gustado mucho. Sobre todo, me había permitido adelantar bastante la investigación. Así que, desde el amanecer, había recopilado mis notas para compararlas con los diferentes artículos que Scarlett había encontrado y colocado en las paredes de mi *suite*.

¿Qué sabíamos?

Que la víctima era una personalidad a quien la gente apreciaba y que no tenía ningún enemigo en particular.

Que, según el bedel, el actual presidente del banco, al que nombraron tras el asesinato, no había vuelto a ser el mismo después de aquel suceso.

Que la vecina de los Ebezner estaba enterada de muchas cosas. Era la presidenta de la Fundación Suiza de Ayuda a los Huérfanos, una organización benéfica muy conocida en Ginebra. Durante años, el presidente honorífico había sido Horace Hansen, muy adepto a la causa. Todos los años la fundación organizaba en un gran hotel de Ginebra una cena de gala para recaudar fondos. Horace Hansen invitaba siempre a personalidades del banco; de ese modo la vecina había ido conociendo sucesivamente a Abel Ebezner, a Sinior Tarnogol, a Jean-Bénédict Hansen, a Macaire Ebezner y también a Lev Levovitch. Nos contó lo siguiente:

—Se notaba que Abel Ebezner le guardaba rencor a su hijo por aquel asunto de las acciones. Lo contaba a la menor ocasión. Daba pena por Macaire. Pero cuando se vino a vivir al lado de mi casa con su mujer me di cuenta de que no era ni mucho menos como lo describía su padre.

—¿Y Lev Levovitch? —le pregunté.

—Un hombre extraordinario. En cuanto aparecía en cualquier sitio, la gente solo tenía ojos para él. Se notaba claramente que Abel Ebezner le tenía apego. Por lo que decía la gente, era como su brazo derecho.

Scarlett y yo habíamos descubierto con agrado que la vecina tenía una faceta fisgona que podría sernos útil. Tras los sucesos del Gran Fin de Semana, había pillado por banda a Arma, la empleada doméstica de los Ebezner, para intentar averiguar más cosas.

—Arma decía que esa casa vacía era un espanto. Que se veía venir todo lo que pasó. Que sabía que Anastasia tenía previsto fugarse con su amante.

Unos golpes en la puerta de mi *suite* me distrajeron del trabajo. Fui a abrir: era Scarlett.

—¿Ya trabajando, escritor? —me preguntó al ver las hojas desparramadas sobre la mesa de trabajo.

—Estaba releiendo unas notas.

—¿Me acompaña a desayunar?

—Con mucho gusto.

Bajamos a la terraza del hotel y nos sentamos a una mesa al sol.

—¿Qué tal va el libro? —me preguntó Scarlett.

—Bastante bien. Estoy juntando todo lo que hemos averiguado.

—¿Cuándo podré leer lo que lleva ya escrito?

—Pronto —le prometí.

Un camarero nos trajo una cafetera y una cesta de bollería. Scarlett cogió delicadamente un cruasán y le dio un mordisco. Luego me preguntó:

—¿Tiene alguna pista?

—¿Sobre el asesino? No, aún no. Todavía estoy con la conversación con la vecina de los Ebezner.

—¿Y...?

—Creo que lo que ocurrió en casa de los Ebezner la mañana del viernes del Gran Fin de Semana no es una coincidencia. Está relacionado con lo que pasó luego.

Mientras hablaba me había preparado una rebanada de pan con mermelada que mojé maquinalmente en el café. Me hizo gracia el gesto. Era una costumbre de Bernard. Todas las mañanas, antes de ir a la editorial de la calle de La Boétie, hacía un alto en Le Mesnil, el restaurante que hay al pie del edificio. Pedía pan con mermelada y lo mojaba en el café.

—¿Relacionado cómo? —preguntó Scarlett.

—Eso es lo que tenemos que descubrir.

Tras tomarme el pan con mermelada y el café, me levanté de la mesa.

—¿Ya se marcha? —dijo extrañada Scarlett.

—Tengo que volver al trabajo. Ya sabe, ese libro que he empezado por su culpa.

Me sonrió.

—Escritor, dado que no voy a verlo en todo el día, podríamos cenar juntos. Por lo visto el restaurante italiano del Palace es una maravilla.

—Un italiano es siempre una buena idea —acepté.

—Hasta la noche. Que le cunda.

Volví a mi habitación. Me senté a la mesa y volví a enfrascarme en el testimonio de la vecina. Gracias a ella sabíamos qué había pasado el viernes 14 de diciembre en casa de los Ebezner.

28. Salidas en falso (1/2)

Viernes 14 de diciembre, dos días antes del asesinato

Despuntaba el alba.

En la oscuridad invernal, en la fachada de la mansión de los Ebezner, todas las ventanas estaban apagadas excepto una: la del gabinete. Encerrado en el cuartito, Macaire, con la bata puesta, estaba inclinado sobre su cuaderno:

 Mi última misión será este Gran Fin de Semana del Banco Ebezner en Verbier.

 La P-30 me ha pedido que impida que Siniór Tarnogol se haga con el control del Banco Ebezner.

 Tengo unos márgenes de maniobra muy limitados: o convengo a Tarnogol para que me nombre presidente, o tendré que matarlo. Sé que si fracaso, la P-30 me cargará con el doble asesinato en el que participé indirectamente.

 Nunca pensé que me vería así algún día. Pero no puedo compadecerme de mi suerte, pues soy el único responsable de esta situación. En efecto, fui yo quien permitió que Tarnogol llegara hasta aquí al cederle mis acciones del banco.

 Y ya que este escrito es mi confesión, aún me queda un secreto que revelar aquí. Tengo que confesar lo que me dio Siniór Tarnogol a cambio de mis acciones del banco.

Y así fue como por primera vez Macaire contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido quince años antes en el Palace de Verbier.

 Cuando acabó de narrarlo, eran casi las siete de la mañana. Amanecía despacio. Cerró el cuaderno y se quedó mirando ese manojito de papeles que contenía todos sus secretos. Decidió entonces no guardarlo, como hacía

siempre, en la caja fuerte cuyo código solo él sabía. Prefirió esconderlo en una balda de la estantería, detrás de una fila de libros. Por si ocurría algo ese fin de semana, pensó. Para que pudiera salir a la luz toda la verdad.

Tomó un desayuno rápido en la cocina desierta. Arma libraba hasta el lunes. De repente echó de menos su presencia tranquilizadora tras los fogones. Le gustaba encontrarla allí al levantarse por la mañana y al volver por la noche. «Buenos días, señorito», se susurró Macaire a sí mismo.

Ya era casi la hora de salir para Verbier. Entró de nuevo al dormitorio donde Anastasia dormía aún; cruzó la habitación con paso quedo y entró sin hacer ruido en el cuarto de baño. Se duchó, se vistió con especial esmero y apuró el afeitado. Tenía la maleta hecha desde el día anterior y ya la había metido en el maletero del coche.

Listo para marcharse, besó con cuidado a su mujer en la mejilla, procurando no despertarla. Anastasia llevaba mucho despierta, pero seguía con los ojos cerrados; no tenía valor para mirar a la cara a su marido. Ese día iba a dejarlo para siempre.

—Adiós, chatita —cuchicheó Macaire, resoplándole de forma desagradable en el oído (ella tuvo que hacer un esfuerzo para no moverse) —. Me voy a Verbier, volveré siendo presidente el domingo. Ya verás, todo irá bien. Te recuerdo que Arma libra hoy, espero que no te enfades conmigo por dejarte aquí sola.

La chatita, sin perder su aspecto de virgen durmiente, pensó que la ausencia de Arma le venía de perlas. Macaire le dio otro beso y se fue.

Cuando Anastasia oyó que se cerraba la puerta de la calle, saltó de la cama. Sentía remordimientos por irse como tenía intención de hacerlo, cobardemente. Pero no tenía otro remedio.

Sacó del armario el equipaje que había escondido. La noche anterior, en la terraza del Hôtel des Bergues, cuando le preguntó a Lev la fecha de la huida, él le susurró al oído: «Mañana por la mañana. Quedamos a las once delante de las taquillas de la estación Cornavin».

No quería esperar un segundo más para escapar de aquella casa. Le daba igual que fuera aún temprano. Se tomaría un café en cualquier sitio para hacer tiempo hasta las once.

Macaire cruzó el portón de la finca al volante de su coche. Acababa de entrar en el camino de Ruth cuando una silueta se enderezó en el asiento trasero y le soltó un estentóreo: «¡Buenos días, Macaire!».

A punto de sufrir un infarto, pisó a fondo el freno y se dio la vuelta: era Wagner.

—¡Está mal de la cabeza! —exclamó Macaire.

—Y usted es un imprudente por dejar el coche abierto —comentó Wagner.

—¿Qué pinta usted aquí?

—Es un gran día para usted, Macaire. Quiero asegurarme de que está preparado.

—En doce años en la P-30 no he fallado en ninguna de mis misiones. Esté tranquilo.

—Me alegro de oírlo. ¿Así que está decidido a eliminar a Tarnogol?

—Estoy decidido a no consentir que mi banco caiga en sus garras. Cómo lo haga es cosa mía. Nunca se ha metido usted en mi forma de actuar. Los resultados siempre han sido los previstos.

—Hágalo como le parezca, Macaire. Pero ¡le conviene que lo elijan presidente del banco mañana por la noche! Si no, las consecuencias serán desastrosas para todo el mundo, empezando por usted.

—Descuide, Wagner, todo irá bien. Me parece muy penoso que sienta la necesidad de amenazarme, a mí que he servido a mi país durante doce años sin fallarle nunca.

—Lo único que pido, Macaire, es que remate brillantemente su carrera en la P-30. ¿Lleva el frasquito de veneno por si acaso?

Por toda respuesta, Macaire se sacó el frasquito del bolsillo y lo sacudió delante de Wagner, que puso cara de satisfacción.

—Que no se le olvide que el veneno tarda entre ocho y doce horas en hacer efecto —le recordó antes de bajarse del coche.

Macaire volvió a arrancar en el acto y enfiló por el camino de Ruth rumbo a Verbier.

A las once de la mañana, Anastasia cruzó el vestíbulo central de la estación Cornavin con su reducido equipaje en la mano.

Le había costado mucho dejar la casa de Cologny. La había invadido la nostalgia. Hizo una peregrinación postrera por las diferentes habitaciones,

ahogándose de emoción. Pasó mucho rato llorando. Abandonaba una vida con la que se había encariñado pese a todo. Abandonaba a un hombre que siempre la había tratado bien. En el fondo, Macaire era la única persona que nunca le había hecho daño, y ella se disponía a traicionarlo y a partirle el corazón. Le había dejado una nota en la cama, unas pocas líneas para decirle que lo abandonaba, que se había ido para siempre, que no debía intentar encontrarla. Para que quedase clara la ruptura, pensó incluso en dejar el anillo de compromiso junto con la nota. Un zafiro que Macaire le había regalado al pedirle que se casara con él. No lo había llevado mucho: al zafiro lo había sustituido enseguida un solitario enorme. En el momento de abandonar la sortija, se quedó mirando la piedra azul y, al final, sin saber por qué, decidió llevársela. Quizá para conservar un recuerdo de aquella vida que se disponía a dejar atrás. Se la metió en el bolsillo y se fue a la estación. Se preguntaba dónde había planeado Lev que se escapasen. ¿Quizá el tren de Milán? ¿O Venecia? Siempre había soñado con vivir en Italia.

Al llegar a la altura de las taquillas, lo vio. Se arrojó en sus brazos.

—¡Lev! ¡Creía que este día no llegaría nunca!

—Anastasia... —susurró él con una voz débil que traicionaba una preocupación.

Ella comprendió que pasaba algo malo. Se fijó en que iba sin equipaje.

—¿Qué ocurre, Lev?

—Anastasia, tengo que ir a Verbier.

—¿Al Gran Fin de Semana? Pero ¿por qué?

—Más vale que no lo sepas. Fíate de mí, todo irá bien. ¡Aplazamos la salida dos días, y nada más!

—Quiero saber lo que ocurre —exigió Anastasia.

Lev suspiró antes de espetarle:

—Es Macaire...

—¿Qué pasa con Macaire?

—No lo van a elegir para la presidencia del banco.

Anastasia se quedó desconsolada: si no lo elegían presidente y además ella lo dejaba, Macaire no podría soportarlo. Existía el riesgo de que se quitase la vida, lo sabía.

—No debería mezclarte en todo esto —siguió diciendo Lev—. He recibido una llamada de Jean-Bénédict Hansen: por lo visto, Tarnogol está

dispuesto a elegir a quien sea menos a Macaire. Creo que se lo ha tomado como algo personal, que quiere acorralarlo o presionarlo, pero no entiendo por qué. Este Gran Fin de Semana huele a chamusquina. Tengo miedo de que acabe en tragedia.

Anastasia estaba aterrada.

—No puedo dejarlo... —susurró—. Si no eligen a Macaire presidente, no puedo dejarlo.

De repente, se sintió prisionera. Prisionera de ese hombre, prisionera de esa vida. Le corrió una lágrima por la mejilla. Lev se la secó con la yema del pulgar, luego abrazó a Anastasia para consolarla.

—Voy a arreglarlo todo —le dijo—. Te prometo que de aquí a que termine el fin de semana todo se habrá arreglado. El domingo nos iremos de verdad, lejos de Ginebra, lejos de todo. ¡El domingo por fin seremos libres! Te lo prometo.

Anastasia volvió a Cologny con el corazón en un puño. Ahora lamentaba que Arma no hubiera podido quedarse todo el fin de semana. No le apetecía nada pasar sola dos días en aquel caserón inmenso. Cuando el taxi la dejó ante la casa, notó que se adueñaba de ella una inmensa decepción. No podía por menos de pensar en lo que pasaría si no elegían presidente a Macaire. Al recordarlo, se le hizo un nudo en el estómago.

Al abrir la pesada puerta de entrada, se esforzó por convencerse de que todo iba a salir bien e hizo de tripas corazón: por lo menos, tendría tiempo para pensar con calma qué quería llevarse y cambiar la bolsa de viaje por una maleta, más conveniente. Coger algunos vestidos más y, sobre todo, algunas cosas por las que sentía apego. Sí, e incluso dos maletas. Podría llevarse también unos cuantos libros.

Al entrar en el vestíbulo, Anastasia oyó un ruido que venía del gabinete. Sin pararse a pensar, supuso que sería Arma y se dirigió hacia allí. Pero de pronto se detuvo en seco al acordarse, por una parte, de que Arma tenía el día libre y, por otra, de que si era Arma la que estaba allí, la puerta de entrada no debería haber tenido echados los cerrojos. De pronto notó que la embargaba el miedo. Quiso escapar, pero ya era demasiado tarde: la puerta del gabinete se abrió violentamente y apareció un hombre vestido de negro, con guantes y el rostro cubierto por un pasamontañas, dispuesto a arrojarse sobre ella.

29. Salidas en falso (2/2)

Quince años antes

Abril, tres semanas después de que Anastasia se fuera a Bruselas con Klaus

A las nueve de la mañana, una berlina negra llegó delante del Palace de Verbier. Unos empleados del hotel, en posición de firmes, esperaban al señalado huésped que solía alojarse en el establecimiento.

El chófer se apresuró a abrir la portezuela y, con morosa ceremonia, Siniór Tarnogol salió del vehículo.

Siniór Tarnogol era uno de los clientes más exigentes del Palace. Y, desde luego, el más temido: el señor Rose decía que, con sus influencias, Tarnogol podría arruinar la reputación del hotel. Así que todo el personal tenía la consigna de atenderlo con especial esmero.

Los empleados, puestos en fila, saludaron todos al recién llegado: «Buenos días, señor Tarnogol», «Bienvenido al Palace de Verbier, señor Tarnogol». Por toda respuesta, el señor Tarnogol los miró de arriba abajo con indiferencia y subió los escalones que llevaban a la puerta principal en que lo esperaba el señor Rose, que, como siempre que llegaba él, parecía particularmente nervioso. Le echó una ojeada rápida a la hojita que tenía en las manos, en la que Lev le había escrito, de forma fonética, una frase en ruso.

—Sea muy bienvenido —vocalizó con dificultad el señor Rose.

Tarnogol lo miró con expresión intrigada antes de contestarle en francés, con visible mal humor:

—Habla el ruso de pena, señor mío. Parece que está intentando amaestrar a un mono.

El señor Rose se esforzó por poner buena cara.

—¿Ha tenido buen viaje? —añadió.

—Espantoso.

—Lo siento mucho por usted. Su habitación está preparada, si desea descansar.

—Tengo hambre. Acompáñeme al restaurante. Mesa apartada. Con vistas a las montañas. Y vaya a buscar al coordinador de banquetes, ¡solo quiero que me sirva él!

—Muy bien, señor Tarnogol —tartamudeó el señor Rose.

Chasqueando los dedos, puso en marcha a una bandada de empleados que se afanaron en torno a ellos, abriendo las puertas para que pasasen con la mayor deferencia, mientras se avisaba a toda prisa al señor Bisnard, el coordinador de banquetes.

Pocos minutos después, Tarnogol estaba sentado a una mesa del restaurante en la que —apaciguado por una vista inmejorable de los Alpes y, sobre todo, por las evoluciones perfectamente sincronizadas de aquel cuerpo de baile— hizo que el señor Bisnard le sirviera dos huevos pasados por agua y una montaña de caviar, acompañados, pese a lo temprano de la hora, de un vasito de vodka Beluga.

—Gracias, Bisnard —dijo Tarnogol, que llamaba al coordinador de banquetes por el apellido, como si fuera un mote.

Los demás empleados del hotel se deleitaron con el espectáculo de tan poderoso cliente tratando despectivamente al temido señor Bisnard.

—¿El señor desea algo más? —preguntó este.

—Un té negro con una nube de leche.

Bisnard dio un taconazo y volvió poco después con una tetera humeante y una taza de porcelana china dispuestas en una bandeja. Con ademán ceremonioso alzó la tapa de la tetera y sacó la bola metálica de té que había dentro.

—¿Le gusta el té muy cargado, señor Tarnogol? —preguntó Bisnard.

Tarnogol puso cara de asco, como si fuera a vomitar.

—¿Has metido las hojas en una bola de metal? —Tarnogol tuteaba a todo el personal menos al señor Rose.

—¿Disculpe, señor Tarnogol?

—¡Las hojas de té nunca deben ponerse en una bola ni en contacto con metal!

—No lo sabía, señor Tarnogol. Le ruego que me perdone.

—¿Cómo quieres que liberen el aroma si están apretujadas? ¡Y en metal, que mata el sabor! ¿Y el agua? ¿Cómo está de caliente el agua?

—Hirviendo —tartamudeó Bisnard.

—¡La infusión de té negro hay que hacerla a noventa grados! Si aquí estamos a unos dos mil metros de altitud, ¿el agua hierve a...?

—¿Algo menos de cien grados? —supuso Bisnard.

Tarnogol se sacó una estilográfica del bolsillo e hizo las cuentas directamente en el mantel de tela.

—Alrededor de noventa y tres grados —indicó—. Así que la temperatura es más o menos correcta —decretó Tarnogol con expresión satisfecha—. ¡Bravo, Bisnard!

Bisnard pareció aliviado y se secó las gotas de sudor que le brotaban en el nacimiento del pelo.

—Ahora sírveme el té y añade la leche.

Bisnard asintió con la cabeza. Llenó la taza de té. Luego cogió la jarrita de la leche y echó un poco en el brebaje.

—He dicho una nube, no una neblina —Tarnogol miró el fondo de la taza, dando a entender que era poca leche.

Bisnard añadió algo más.

—Eso es un cúmulo —decretó Tarnogol—. ¿Hay restricciones de leche? ¿Debo encargar leche para que la manden al hotel? ¿Debo enseñar mi cartilla de racionamiento?

Bisnard cayó en la cuenta de que había que poner más y vació la mitad de la jarrita en la taza. Tarnogol empezó a pegar voces.

—¡A este le pides una «nube» y te pone un cumulonimbo! ¡Ahora hay más leche que té!

Le dio un manotazo a la taza, que se volcó encima de la mesa. Bisnard se apresuró a limpiarlo todo. Los demás empleados se rieron con disimulo.

—Vete a buscar al señor Rose y dile que me mande al chaval ruso —exigió entonces Tarnogol—. Es el único que sabe servirme más o menos como es debido.

El «chaval ruso» era Lev.

Al cabo, Lev se personó en el restaurante. Parecía más delgado y preocupado. Tenía la mirada triste.

—Buenos días, señor Tarnogol.

—Buenos días, joven Levovitch.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Lev.

—Un té con una nube de leche.

Lev obedeció y volvió con una tetera en cuyo pico había metido unas hojas de té con un filtro de papel. Sirvió luego una taza y añadió un poco de leche. Lo hizo todo sin pestañear, seguro de sí mismo, como si todo fuera de lo más natural. Tarnogol miró cómo procedía, maravillado. Luego probó el té y le pareció perfecto. Le dijo entonces a Lev, también en ruso:

—¿Sabes, muchacho? Estás mejor aquí que galleando en el salón de baile.

—Tuve muchos problemas por su culpa: me retuvieron el sueldo y me dieron un último aviso previo al despido.

—El señor Rose tenía toda la razón —opinó Tarnogol—. Hay que saber castigar al personal subalterno. No pintabas nada allí.

—Usted tampoco pintaba nada en el salón de baile —observó Lev.

Tarnogol, divertido, miró atentamente al joven impertinente que tenía tanto aplomo y hablaba un ruso tan distinguido y de otros tiempos, heredado de sus antepasados. La lengua de Tolstói.

—Has de saber que me había invitado Abel Ebezner. Creo que quiere que me haga cliente de su banco. En cambio, lamento que Bisnard aprovechase para extorsionarte. Es indigno de su cargo.

—¿Y usted cómo sabe que...?

—Todos los empleados del hotel lo han comentado. Tengo oídos en todas partes. Me horrorizan los cobardes. Bisnard es un cobarde, ya me ocuparé yo de él.

—Por lo visto ya le ha hecho pasar un mal rato —dijo Lev.

Tarnogol esbozó una sonrisa.

—Ya sabes por qué me caes bien, Lev; eres el único de aquí que me planta cara.

—Permítame decirle que usted a mí no me cae demasiado bien.

Tarnogol se echó a reír:

—Precisamente lo que te estaba diciendo. ¿Así que yo soy el culpable de que parezcas de tan mal humor? Tienes una cara horrible. Pareces taciturno y deprimido. Hecho unos zorros.

—No. No tiene nada que ver.

—¿Qué es lo que anda mal entonces?

—Penas de amor.

—¿Cómo? ¿La muchacha de la fiesta, esa con la que bailabas?

Lev asintió con la cabeza mirando a lo lejos. Llevaba tres semanas torturándose, desde que Anastasia se había ido a Bruselas. Se la imaginaba allí, feliz con Klaus, callejeando enamorados por la capital belga, besándose, acostándose... Cuanto más le dolía, más pensaba en ello, y cuanto más pensaba en ello, más le dolía. Tenía la sensación de que el dolor nunca amainaría.

—Venga ya —dijo Tarnogol—, ¿tú te has mirado? Si algo te sobra deben de ser las admiradoras.

—No es lo mismo. Cuando te enamoras, te enamoras.

—Vamos, muchacho, a tu edad las chicas son como la pizza. ¡Un trozo por aquí y otro trozo por allá!

—La he perdido por su culpa.

—¡Por mi culpa no, por la tuya! —objetó Tarnogol—. Te oí mancillar el nombre de los Románov haciéndote pasar por uno de ellos.

—¿Usted nunca ha mentido para gustarle a una mujer?

—Yo nunca he traicionado mi identidad. Dime, ¿quién eres?

—Lev.

Tarnogol esbozó una sonrisa.

—Eso ya lo sé, idiota. Te pregunto quién eres de verdad. ¿Qué haces esta noche?

—Estoy de servicio.

—Entonces estás a mi servicio y quiero cenar contigo.

—Con todo el respeto, señor Tarnogol, no puedo aceptar su invitación; los demás empleados del hotel se molestarían si me vieran cenar aquí con usted. El señor Rose me ha dicho que me ande con cuidado. A mis compañeros no les gustaron las libertades que me tomé en el baile del Banco Ebezner.

—Bueno, pues cenaremos en otro sitio —decidió Tarnogol—. El señor Rose no puede decirme que no a eso. ¡Si no, le compro el hotel, lo tiro abajo y hago un aparcamiento! Te llevo a L'Alpina, uno de los mejores restaurantes de Verbier y uno de los mejores del país, en mi opinión. ¿Has ido alguna vez?

—No, señor. No está a mi alcance. Y ahora menos que nunca.

—Estupendo, invito yo. A las ocho allí. Ya avisaré al señor Rose.

Esa noche, cuando iba a reunirse con Tarnogol, Lev se encontró con su padre en el vestíbulo del Palace. A este le extrañó no verlo de uniforme.

—¿No trabajas? Creía que estabas de servicio.

—Lo estoy. Servicio especial: tengo que cenar con Tarnogol.

Al oír ese nombre, Sol Levovitch se estremeció.

—¿Tarnogol? ¿Y ese qué quiere de ti?

—No lo sé.

—No te fíes de él.

—No le tengo miedo.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Lev echó a andar, pero delante de la recepción un empleado le indicó que el señor Rose quería verlo. Fue en el acto a su despacho. Lo encontró de cara a la ventana, mirando la noche. Parecía preocupado.

—¿Quería verme, señor Rose?

—Entra un momento, muchacho.

—Voy a llegar tarde a la cita con Tarnogol.

El señor Rose sonrió. La puntualidad era una de las primeras cosas que le había enseñado a Lev. «La puntualidad es la cortesía de los reyes», solía decir.

—Tarnogol podrá soportar una espera de unos minutos. Quería decirte que no me ha quedado más remedio que autorizar esta cena. A Tarnogol no se le puede negar nada. Pero sé prudente. Ese hombre es una serpiente. Se enrosca alrededor de las personas como una boa y ya no las suelta. Hasta que las asfixia.

—Seré prudente —prometió Lev.

—No es quien tú crees —dijo entonces el señor Rose, muy serio—. No te fíes. Te cuente lo que te cuente, no te creas nada.

El aviso le estuvo retumbando en la cabeza a Lev durante toda la caminata hasta la calle principal de Verbier, donde estaba L'Alpina. Se preguntaba qué había insinuado el señor Rose al decir: «Te cuente lo que te cuente, no te creas nada».

Cuando Lev entró en el restaurante, Tarnogol estaba esperando en una mesa. Se esforzó por sonreír, pero Lev se fijó en que ni por esas perdía su expresión solapada: siempre tenía cara de estar tramando algo.

La comida fue sorprendentemente agradable y la conversación, muy animada. Versara sobre lo que versara, al joven Lev nunca lo pillaba por

sorpresa. Tarnogol se quedó asombrado de la amplitud y la solidez de sus conocimientos. En la mesa, se comportaba como un príncipe; fue incluso capaz de identificar a ciegas los vinos que les sirvieron.

—¿Quién te ha enseñado eso? —preguntó Tarnogol estupefacto—. Es sorprendente para ser un...

Dejó la frase inconclusa. Lev la terminó por él:

—¿Un empleado de un hotel?

Tarnogol sonrió.

—Fue el señor Rose quien me enseñó enología. Entre otras cosas —continuó Lev—. Desde que llegué aquí me ha enseñado urbanidad y el arte de la mesa.

—Joven Levovitch —le dijo entonces Tarnogol—, no estás en tu sitio entre el servicio.

Lev se encogió de hombros.

—Estoy bien en el Palace.

—¿Haciendo qué? ¿Rumiando el recuerdo de esa chica?

—Esa chica es única —se defendió Lev.

—Es única porque vives encerrado en ese hotel de la montaña. Puedo asegurarte que las grandes ciudades rebosan de personas que se consideran únicas. ¿Quieres un consejo? ¡Márchate de aquí! Vete a construir tu vida en otra parte. No tienes porvenir en Verbier.

—Me encuentro bien aquí. Los clientes me aprecian mucho.

—¿Naciste en Verbier? —preguntó Tarnogol.

—En Ginebra.

—¿Y no echas de menos Ginebra?

—Sí.

—¿Qué es lo que más echas de menos de Ginebra?

—A mi madre.

—¿Dónde está?

—Murió. Cuando era pequeño. Guardo de ella un recuerdo de niño. El recuerdo de la vida eterna. La sensación de que nada te puede pasar. Y para mí esa sensación tiene el sabor del pan con chocolate que me preparaba todos los días cuando volvía del colegio.

—Háblame de ese sabor.

—Un sabor a mantequilla y a cariño. Cada bocado era a la vez un bocado de vida y de felicidad.

Tarnogol miró atentamente a su joven interlocutor y, con una voz que de pronto casi resultaba dulce, le confesó:

—Yo conocí exactamente ese mismo sabor. Hace mucho. Con mi mujer.

—¿Ha muerto? —preguntó Lev.

Tarnogol asintió.

—Soy un viudo solitario y desdichado. ¿Sabes? No siempre he sido tan sombrío y tan cáustico. Hubo un tiempo en que era luminoso. Pero desde que murió mi mujer vivo entre tinieblas. La muerte del otro es como si te arrancasen el corazón y luego te pidieran que siguieras viviendo. Desde entonces, voy errabundo como una sombra. Interpreto un papel para sobrevivir, vengo a este Palace y miro a la gente por encima del hombro, le grito a todo el mundo, pero solo es una pantomima. Solo es una forma de olvidar quién soy.

Se quedó callado un instante.

—¿Puedo darte un consejo, joven Levovitch?

—Por favor.

—Vete si te apetece. ¡Vete a vivir tu vida! Y, si puedo ayudarte, cuenta conmigo.

—¿Por qué haría usted eso?

—¿Sabes? Tengo una reputación que no me merezco. Soy duro, es cierto. Pero soy justo. Igual que no estabas en tu lugar en el salón de baile, tampoco estás en tu lugar en este hotel.

Al día siguiente, domingo, como solían hacer, Lev y su padre desayunaron en una terraza de Verbier. Era una mañana soleada de cielo azul.

La conversación de la víspera con Tarnogol todavía le estaba sonando a Lev en la cabeza. Mientras miraba las montañas, le dijo a su padre:

—Me gusta Verbier. Me gusta cómo me trata la gente. Noto que me aprecian.

—Tanto mejor —contestó Sol.

—Pero a veces —prosiguió Lev— me da la impresión de que ya le he sacado todo el jugo a este hotel, a los clientes que son siempre los mismos, al pueblo que me conozco de cabo a rabo. A veces me dan ganas de irme.

—¿Irte? —dijo Sol ahogándose de indignación—. ¿Por qué te ibas a ir? Acabas de decirme que aquí estás muy a gusto.

—Sí, pero hay que saber salir de la burbuja. Creo que si me hubiera ido a Ginebra a principios de año, a lo mejor ahora estaría con Anastasia.

—¡Uf, hijo mío, deja de angustiarte con esa chica! Es algo pasajero. ¡Estás dramatizando! Lo has sacado de mí. Eso demuestra que mis clases de teatro te han valido para algo. ¡Mejor cuéntame la cena con Tarnogol! ¿Qué quería de ti ese bandido?

—Solo quería charlar. En el fondo resulta casi simpático. Es un hombre solo. La vida lo ha amargado un poco.

—Es el diablo.

—Se le murió su mujer —dijo Lev para que su padre sintiera algo de compasión.

—¿Lo defiendes? —dijo Sol, extrañado—. También a mí se me murió mi mujer y no por eso me he convertido en el hermano de Belcebú.

—Hablamos de mamá.

Al recordar a Dora, Sol sonrió amorosamente.

—¡Cuánto quise a tu madre, Lev! La sigo queriendo. La muerte impide los reencuentros, pero no puede interrumpir el amor. Está conmigo. Para siempre. Tienes su anillo de compromiso, ¿verdad? El que te di cuando se murió.

—Sí, claro.

—No lo pierdas. Algún día se lo regalarás a la mujer a la que quieras como yo quise a tu madre.

—¿Cómo sabes que quieres a alguien?

—El amor es el sentimiento que da sentido a la vida.

—Creo que eso es lo que siento por Anastasia.

—Venga, Lev, no te dejes engatusar tan fácilmente. Es una buscona de las que se van con el primero que pasa. Rico, para no variar. ¡Los ricos arrasan con todo!

—Pues tenía la impresión de que lo nuestro era sincero.

—Si fuera sincero, estaríais juntos.

A Lev no se le ocurrió nada que contestar.

Esa noche, en el Palace, Sol Levovitch trabajó hasta tarde, encerrado en su despacho. No le apetecía volver a casa. No le apetecía estar solo en su piso. Acabó deambulando por el hotel. Los pensamientos le carcomían la

mente. Sus pasos lo llevaron al bar. No había nadie: aparte de un empleado detrás de la barra, solo estaba el señor Rose, en un sillón, bebiendo té.

Sol lo saludó. El señor Rose lo invitó a sentarse.

—Creía que se había vuelto a casa —dijo Sol, extrañado al verlo allí.

—Yo también creía que usted se había marchado —contestó el señor Rose.

—El maldito insomnio —le confesó Sol—. ¿Para qué voy a ir a acostarme si sé que no voy a dormir?

El señor Rose tomó un sorbo de té y preguntó, muy serio:

—¿Ha hablado con Lev?

—Todavía no.

—Hombre, Sol, no puede dejar de hacerlo.

—No sé cómo decírselo. Y eso que soy un hombre de teatro, pero no sé cómo decir ciertas cosas. Y además, no quiero estropear los momentos que me quedan por pasar con él. ¡Qué chico tan maravilloso! Le he enseñado los secretos de mi arte, ¿sabe?, para que no se pierdan. Aunque no quiera ser actor, algo se le quedará, pese a todo. Menudo desperdicio si no quisiera serlo, ¡con el talento que tiene! Podría ser un actor increíble, el actor que yo nunca fui.

Al oír esas palabras, el señor Rose no pudo por menos de reír suavemente.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Sol.

—Tengo que confesarle una cosa: desde que llegaron los dos a Verbier, le estoy enseñando a Lev cómo se dirige un hotel. Espero que no se lo tome a mal.

—Ni mucho menos —le aseguró Sol—. De todas formas, Lev ya me lo había contado.

—Pero tenemos que dejar que encuentre su camino él solo.

—Ya lo sé. Es una receta difícil de aplicar cuando uno es padre: vive y deja vivir.

—Vive y deja vivir —asintió el señor Rose.

Y pensó: «El hijo que no he tenido».

Y el padre pensó: «El único hijo que tengo».

—Tiene que decírselo, Sol —dijo el señor Rose tras un prolongado silencio—. No le queda otra que hablar con Lev antes de que sea demasiado tarde.

—Tiene ganas de irse de Verbier. Me da miedo estropearle los planes.
—Sol —insistió el señor Rose—, ya no le queda mucha vida por delante.
—Un año —especificó Sol—. El médico me ha dicho que aún puedo aguantar un año. Eso nos deja un margen.

*

Dos meses después

Finales de junio. Caía la tarde en Verbier, hacía bueno y olía deliciosamente a verano. El cielo se iba poniendo azul oscuro poco a poco y en los pastos los insectos nocturnos ya habían empezado a cantar.

El bar del Palace de Verbier estaba desierto. El principio de la temporada de verano estaba siendo más bien tranquilo. De pronto, el teléfono de la barra sonó y el empleado se abalanzó hacia el aparato, deseando que por fin le pidieran algo. Se quedó decepcionado al oír que no era un cliente.

—Un momento, por favor —le dijo cortésmente a su interlocutora antes de dejar su puesto para ir a buscar a Lev, que estaba ejerciendo de portero en la entrada—. Te llaman por teléfono, Lev —le anunció el empleado del bar.

—¿A mí? —dijo extrañado el joven.

Siguió dócilmente a su compañero hasta el bar y cogió el auricular que estaba encima de la barra.

—¿Diga?

Por toda respuesta se oyó un llanto ahogado.

—¿Diga? —repitió—. ¿Quién es?

Una voz, que reconoció en el acto, susurró:

—Ven a buscarme, por favor te lo pido, ven a buscarme.

—¿Anastasia?

—Lev, tienes que salvarme. Acabará matándome.

—¿Qué pasa, Anastasia?

—¡Ven, te lo ruego! Solo te tengo a ti.

—¿Dónde estás?

—En Bruselas.

Sin acabar de entender qué estaba sucediendo, Lev sí tuvo claro que la situación era grave. Calculó rápidamente la distancia que lo separaba de la

capital belga y luego le dijo:

—Puedo buscar un coche y salir ahora mismo. Si se me da bien, podría llegar de madrugada.

Quedaron en encontrarse a las seis de la mañana enfrente del edificio donde vivía Klaus. No más tarde. Tenían que estar lejos antes de que Klaus se despertara.

—Ahora sal de ahí —le ordenó Lev—. Ve a refugiarte en algún sitio y me reuniré contigo.

—¿Adónde voy a ir si me escapo? No tengo nada, no me queda dinero. ¡No puedo pagar una habitación ni en el hotel más cutre!

—Voy para allá —le prometió Lev—. No te preocupes, voy para allá.

Apuntó las señas, una calle de Ixelles, el extrarradio elegante de Bruselas. Tras colgar, fue corriendo al despacho del señor Rose, que se había quedado hasta tarde para repasar los libros de contabilidad. Lev le explicó rápidamente la situación: amiga en grave peligro; necesidad de un coche para ir a buscarla.

—¿Es la chica del baile? —preguntó el señor Rose.

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—En Bruselas.

—Si lo he entendido bien, quieres que te preste un coche y que te dé un día de permiso para ir a Bélgica en plena noche.

—Eso mismo, señor Rose.

Al director le hizo gracia el aplomo de Lev. Procuró, sin embargo, conservar un tono severo:

—Como comprenderás, no puedo hacerte un favor así, Lev. Sobre todo después de tu salida de tono en el baile del Banco Ebezner.

Lev agachó la cabeza.

—Ya sé que no estoy en condiciones de pedir nada —insistió—, pero es que se trata de una situación muy grave.

El señor Rose abrió el cajón central del escritorio. Sacó una hoja con membrete y empezó a escribir algo.

—Voy a dejarle esta nota al jefe de personal, que se la encontrará mañana cuando llegue. Le comunico que, en vista de los pocos clientes que hay, me he incautado de ti cuarenta y ocho horas para encargarte un servicio importante.

Tras concluir la nota, el señor Rose se levantó de la silla, con el papel en la mano. Cogió el maletín y apagó la luz. Añadió entonces:

—En lo que a mí se refiere, me marchó ya. Se me han olvidado las llaves del coche en el cajón del escritorio. Dentro de cuarenta y ocho horas, es decir, pasado mañana por la noche, mi coche estará de vuelta y tú también, Lev. No quiero historias, ni amiguitas en tu cuarto, ya conoces el reglamento.

—Gracias, señor Rose —murmuró Lev, con los ojos rebosantes de gratitud—. No sé cómo agradeceréelo...

—Si me lo quieres agradecer, piensa en mi propuesta de formarte para que puedas llegar a ser algún día el director de este hotel. El tiempo pasa y algún día tendré que nombrar a un sucesor. Querría dejar el Palace en buenas manos, no vendérselo al primero que llegue para convertirlo en un hotel cualquiera. Contigo sé que el alma del lugar seguirá perpetuándose.

—Lo pensaré —prometió Lev.

Antes de salir para Bruselas, Lev paró en casa de su padre, en el centro del pueblo de Verbier, para avisarle.

—Ve, hijo mío, tienes mucho valor —le dijo Sol con orgullo—. Cuídate y sé prudente.

—No te preocupes, estaré de vuelta dentro de cuarenta y ocho horas como mucho. Te llamaré desde Bruselas.

Sol miró a su hijo con admiración.

—¿Qué pasa? —preguntó Lev, al notar que su padre tenía en los ojos un resplandor extraño.

—Nada, muchacho. Solo que cuando te miro a la cara, cuando veo el carisma y el porte que tienes, pienso que podrías ser un gran actor. Un artista mucho mejor de lo que nunca seré yo. Te he enseñado todo cuanto sabía. ¿Qué te impide entrar en una compañía de teatro?

—El señor Rose opina que podría llegar a ser el director del hotel y hacer carrera —dijo Lev tras un titubeo.

Sol frunció el ceño.

—¡Puf..., director! ¡Qué idea tan ridícula!

—No me importaría saltar al otro lado de la barrera —alegó Lev—. Me gustaría estar en el bando de los servidos y dejar de estar en el de los sirvientes.

—¡Puf..., director, puf! —siguió indignándose el padre—. ¡Nosotros somos artistas! ¡Un gran linaje de artistas!

—¡Lo cierto es que no somos un gran linaje de artistas, papá! —se atrevió a decir Lev.

—¿Que no somos un gran linaje de artistas? —dijo el padre, ahogándose de indignación.

—¡Si ya ni siquiera actúas! Me has enseñado todo cuanto sabías, vale. Pero ¡tú ya no haces espectáculos! ¡Ya ni siquiera eres un artista!

—¡Un artista lo es para siempre! Es algo que se lleva en la sangre. ¡Y tú lo llevas en la sangre, quieras o no quieras! ¡Ahora vete! Y espero que vuelvas con otro talante. Primero se marchó tu madre, y ahora tú quieres darme la espalda. Pero ¿qué le he hecho yo a la vida para que me castigue así? ¡Puf..., director! ¡Menuda ocurrencia! No dejes que te impresione toda esa gente.

Lev viajó toda la noche y llegó a Bruselas a las seis de la mañana.

Encontró sin dificultad la dirección que le había dado Anastasia. Ella lo estaba esperando delante del edificio sin más equipaje que una modesta bolsa de lona. Se lo dejaba todo. Lev bajó del coche, ella se arrojó en sus brazos. Se aferró a él. Había adelgazado mucho.

—¿Qué ocurre?

—¡Vámonos! —suplicó ella por toda respuesta.

—Quiero saber qué ocurre.

—¡Ay, me pega, Lev! —susurró Anastasia—. Me pega continuamente. A Klaus se le va la mano a la menor ocasión. ¡No puedo más!

Lev contempló a aquella mujercita preciosa de ojos tristes. Y decidió que Klaus no se podía quedar así.

—¡Espérame aquí! —le ordenó a Anastasia—. ¡Ahora mismo vuelvo!

—No, Lev. ¡No hagas eso!

Pero Lev no le hizo caso y se metió precipitadamente en el edificio. Ella lo siguió hasta las escaleras.

—¡No hagas eso, Lev, te lo suplico! —exclamó—. ¡Klaus te va a sacar las tripas!

Lev no le hizo caso y subió, consultando los nombres en todas las puertas; por fin dio con el que buscaba: Klaus van der Brouck. Golpeó rabiosamente la puerta hasta que Klaus abrió, en calzoncillos y con los ojos

medio cerrados, recién sacado del sueño. Ni siquiera reconoció al visitante que le soltó un puñetazo tremendo en plena cara. Se tambaleó por el vestíbulo antes de desplomarse en el suelo. Lev se le acercó y lo apuntó amenazadoramente con el dedo:

—¿Así que te pone cachondo pegar a las mujeres, Klaus? Voy a darte un buen consejo: si quieres seguir viviendo, no vuelvas a acercarte a Anastasia. No intentes hablar con ella, bórratela de la memoria. Si te vuelvo a ver, será para matarte.

Esa mañana, al nacer el día, Lev y Anastasia volvieron a encontrarse. Se la llevó a desayunar a un cafetín del centro de Bruselas. Miró cómo se comía gruesas rebanadas de pan con mantequilla y volvía a la vida poco a poco.

Anastasia le contó los meses infernales con Klaus, los ataques de celos, las vejaciones y la violencia. Klaus, siempre tan agradable en público, tan atento y tan sonriente ante los demás, y tan cruel y perverso en la intimidad. Le había prohibido trabajar y le decía lo que tenía que hacer. Hasta conseguir controlarla por completo. «Una prisionera con la puerta abierta de par en par —le explicó Anastasia a Lev al borde del llanto—. Te mueres por escapar, pero no sabes cómo hacerlo.»

Primero había intentado contárselo a su hermana Irina, pero estaba demasiado ocupada con su nueva vida: la boda, el chalé... Las dos semanas de verano en un hotel de lujo en Cerdeña. Y tener niños lo antes posible. No tenía tiempo para charlotear.

Quiso decírselo a su madre cuando la invitaron a pasar el fin de semana de Pentecostés en la finca de la familia de Klaus, en la campiña valona.

—Quiero volver contigo a Ginebra, mamá —se sinceró Anastasia durante un paseo.

Olga se indignó:

—Pero ¡bueno! ¡No pensarás dejar a Klaus!

—¡No estoy a gusto con él! ¡Me siento atrapada en Bruselas! ¡No es ni mucho menos la vida que yo quería!

—¿Que no es la vida que querías? ¿Y a qué más puedes aspirar, digo yo?

—A que me quieran.

—¡Venga, hija, Klaus te quiere mucho! Pelea por tu vida de pareja. ¿Cómo lo vas a dejar todo por las buenas? ¡No querrás ponerme en

evidencia delante de los padres de Klaus! ¡Andando! *Kopf hoch!* Date el verano para arreglar las cosas.

En aquel cafetín de Bruselas, después de que Anastasia le abriera su corazón, Lev concluyó:

—En el fondo me has llamado a mí porque nadie más quería ayudarte.

—Te he llamado a ti porque eres la única persona con la que quiero estar, Lev. Estamos hechos el uno para el otro.

Al oírle decir esas palabras, a Lev se le iluminaron los ojos un instante. Pero volvió a ensombrecerse en el acto:

—Si de verdad lo creyeras, no te habrías ido con Klaus —dijo con frialdad.

—Hice mal —reconoció ella—. Necesitaba irme de casa. Me atraía la idea de la libertad.

—Lo que te atrajo, más que nada, fue el dinero.

—¿Cómo puedes decir algo así? En el fondo, no me conoces. Lo único que quiero es estar contigo.

—No tengo nada que ofrecerte, Anastasia. Solo soy un empleado de hotel.

—¡Llévame a Verbier! Seremos felices allí.

—Imposible. Le he prometido al director que no te alojaría en mi cuarto del hotel. Además, el reglamento del personal lo prohíbe.

—¡Entonces, que me contrate de camarera de piso!

—No serías feliz.

—¡Sería muy feliz! —le aseguró ella—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Contigo seré muy feliz. Qué importa todo lo demás.

Tras titubear, Lev le confesó a Anastasia:

—El señor Rose, el director del Palace de Verbier, dice que podría ocupar su lugar. Podrías ser directora conmigo.

A Anastasia se le iluminó la cara:

—¡Ay, Lev, sería maravilloso! ¡Ya nos veo dirigiendo ese hotel juntos! Prométeme que eso es lo que vamos a hacer. Es exactamente la vida con la que sueño. ¡Prométemelo, Lev!

—Te lo prometo.

En la mesa de ese cafetín de Bruselas, soñaron con su vida futura. Imaginándose qué nuevos rumbos le darían al Palace y prometiéndose una

vida sosegada en la montaña, al amparo de todo, en los paisajes fabulosos, verdes en verano y nevados en invierno.

Pensando que su destino estaba ya decidido, se fueron de Bruselas con la cabeza llena de planes de futuro. Condujeron rumbo a Ginebra. Anastasia no quería volver a casa de su madre y decidió instalarse una temporada en casa de los Ebezner. «Ya verás —le dijo a Lev—, Macaire, el hijo, es un encanto. La casa de sus padres es gigantesca y siempre me ha dicho que podría quedarme allí en caso de necesidad.» Avisarían a Macaire por el camino. Luego Lev volvería a Verbier y le comunicaría al señor Rose que aceptaba su propuesta de ser su sucesor. Le pediría que contratase a Anastasia. Se formaría en todos los puestos: pinche, camarera, asistente del *maître*, portera, camarera de piso, gobernanta... «No hay mejor formación que estar sobre el terreno», afirmaba el señor Rose.

Era media tarde cuando Lev y Anastasia llegaron a Collonge-Bellerive, en las inmediaciones de Ginebra, donde vivía la familia Ebezner. Lev solo conocía a los Ebezner por haberlos atendido en el Palace de Verbier. Al cruzar el portón de su finca a orillas del lago Lemán, al principio se sintió intimidado. Un largo paseo de tilos centenarios conducía a una casa señorial a cuyos pies se extendía un parque con el césped muy pulcro, que llegaba hasta una playita privada.

Macaire los recibió afablemente y a Lev enseguida le cayó bien ese joven tan agradable, a quien le encomendó a Anastasia. Acto seguido, cuando Lev se disponía a irse a Verbier, Macaire lo retuvo:

—Pareces agotado, Lev —dijo.

—Llevo sin dormir treinta y seis horas.

—No cojas el coche, pasa la noche aquí.

Lev aceptó. Así fue como conoció a Abel y Marianne Ebezner, los padres de Macaire. Cenaron todos juntos en la amplia terraza que había delante de la casa.

Lev descubrió a un Abel Ebezner menos severo y más afable que la imagen que recordaba de él de sus estancias en el Palace. Anastasia parecía conocer bien a los padres de Macaire. Les contó lo que había ocurrido en Bruselas. Abel se puso furioso al enterarse de que la habían maltratado así.

—Conozco bien al padre de Klaus —dijo—. ¡Se lo voy a contar!

—¡No, por favor, señor Ebezner! Quiero olvidarlo todo, dejarlo todo atrás.

—En cualquier caso, es una suerte que Lev fuera a rescatarte. A la primera bofetada tendrías que haber llamado a la policía y haberte largado.

—Al principio, Klaus me juraba que no volvería a pasar —explicó Anastasia—. Siempre me estaba diciendo que me quería.

—Cuando quieres a alguien, no le pegas —objetó Abel.

—Mi madre me quiere y me ha pegado alguna vez —comentó Anastasia. Marianne Ebezner se escandalizó al oírlo.

—En cualquier caso, querida, puedes quedarte en casa todo lo que quieras —dijo—. No te preocupes por nada.

—Gracias —dijo Anastasia con una sonrisa triste y agradecida.

A Abel Ebezner, que ya estaba muy impresionado con Lev por haber ido en coche para arrancar a Anastasia de las garras de Klaus, le llamó la atención la inteligencia del joven. Estaba acostumbrado a las conversaciones sosas de su hijo Macaire, que trabajaba en el banco con muy poco entusiasmo, y al parloteo insoportable del imbécil del primo Jean-Bénédict, que se pasaba el día metido en su casa; de hecho, llevaba fatal que, antes o después, acabara entrando en el Consejo del banco por derecho hereditario. También tenía trato con los jóvenes directivos del banco, tan llenos de ambición como faltos de escrúpulos, tan dispuestos a hacerle la pelota como a clavarle un cuchillo por la espalda. Lev, en cambio, era diferente de todos cuantos había conocido. Brillante a la par que desenvuelto, verdaderamente culto y con madera de financiero. Abel pudo confirmarlo cuando se levantó de la mesa para llamar por teléfono.

—Si me disculpáis un momento —dijo según se levantaba—, la Bolsa está a punto de cerrar y quiero saber a cuánto cotiza el dólar.

—Ni se le ocurra vender dólares —se permitió sugerirle Lev—. La cotización seguramente habrá subido con respecto a las demás divisas. La Reserva Federal estadounidense no habrá inyectado más liquidez en el mercado.

—Al contrario —intervino Macaire—; había muchas más probabilidades de que lo hiciera. Hemos aconsejado a nuestros clientes que vendan sus dólares antes de que baje la cotización.

—Seguramente no los haya perjudicado —estimó Lev—. Sin embargo, habrían ganado dinero si hubieran conservado los dólares.

—Pero si te estoy diciendo que la cotización ha bajado —repitió Macaire, empezando a irritarse—. Es la opinión unánime de nuestros analistas. Y no son unos recién llegados, ¿sabes?

Lev se encogió de hombros.

—Si tú lo dices... Al fin y al cabo, el directivo de un banco eres tú.

Cuando Abel Ebezner volvió de hablar por teléfono, se quedó mirando a Lev, pasmado.

—¿Cómo sabías lo que iba a pasar? —preguntó.

—Me parecía lógico. Unos clientes del hotel me preguntaron qué opinaba. Así que analicé los indicadores económicos de Estados Unidos cuando la Reserva Federal inyectó liquidez por última vez: en ese momento, los datos macroeconómicos eran muy diferentes. Y de eso deduje que era muy improbable que el Banco Central decidiera intervenir en el actual contexto.

—¿Y aconsejas a los clientes del hotel? —se extrañó Abel Ebezner.

—Sí. Digamos que me piden mi opinión para sus inversiones. Y muchas veces me hacen caso.

—Me has dicho que te apellidas Levovitch, ¿verdad? ¿Hablas ruso?

—Sí.

—¿Y algo de inglés también?

—Habla con fluidez lo menos diez idiomas —intervino Anastasia.

Abel Ebezner miró admirado a Lev.

—Qué bien me vendría en el banco alguien como tú —dijo.

—Se lo agradezco, señor Ebezner, pero no estoy seguro de querer trabajar en un banco.

Le entraron ganas de hablar de Verbier y del Palace, del proyecto que tenían Anastasia y él, pero prefirió no decir nada. Después de cenar, Anastasia y él dieron un paseo por la finca. Era tarde, pero la noche parecía querer demorarse. El cielo era aún de color tinta azul. El aire estaba tibio.

—Este sitio es extraordinario —dijo Anastasia maravillada—. Nunca he visto nada igual. Mira esta casa, este parque, este pontón privado... ¡Es el paraíso!

—Nuestro paraíso es Verbier, ¿no? —contestó Lev.

—Sí, pero podría estar en Ginebra. E incluso, ¿quién sabe?, ¡en una casa como esta! Has dejado muy impresionado a Abel Ebezner, podrías hacer una gran carrera en el banco.

Siguió andando sin fijarse en la expresión decepcionada de Lev. Cuando ya iban a entrar en la casa, so pretexto de que le apetecía fumar, se quedó un rato fuera y a solas.

Fumó en la terraza, sin dar más muestras de su presencia en la oscuridad que por la brasa del cigarrillo. Fue entonces cuando apareció Abel Ebezner, con un vaso de whisky en cada mano. Le alargó uno a Lev.

—Bebo a tu salud, Lev —dijo Abel—, y por el placer de haberte conocido.

—Gracias, señor Ebezner.

—Llámame Abel.

Lev asintió y bebió un sorbo de whisky. Abel Ebezner siguió diciendo:

—¿Qué profesión te gustaría ejercer, Lev? No te vas a pasar la vida llevando maletas.

—Lo que quiero es impresionar a Anastasia —contestó Lev.

—¿Y qué la impresiona?

—No tengo ni idea. El dinero, creo. Para Anastasia sería un sueño vivir en una casa como la suya. Y yo estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para cumplir sus sueños.

Abel sonrió:

—Tienes el potencial de un gran banquero, Lev. Créeme, veo a muchos a diario y no recuerdo haber conocido nunca a ninguno de tu calibre. Tengo una idea: ¿por qué no vienes a hacer unas prácticas en el banco? Para ver si te gusta.

—Tendría que preguntárselo a mi padre —contestó Lev tras un titubeo.

—Puedo ir a verlo y preguntárselo, si quieres.

—No, más vale que no, Abel. A mi padre no le caen muy bien los banqueros. Mi madre se fue con el directivo de un banco y se mató en un accidente de helicóptero mientras daban una vuelta por Italia.

—Siento mucho eso que me cuentas. Tu padre es un hombre honrado. ¿A qué se dedica?

—Era actor. Ahora trabaja en el Palace de Verbier. Le gustaría que yo también fuera actor. Dice que somos un linaje. Nunca he visto un linaje tan negado.

Abel se echó a reír.

—Habla con tu padre —le sugirió a Lev—. Convéncelo para que te deje venir a trabajar a Ginebra.

30. El cuaderno secreto

Esa mañana de viernes, en Cologny, una docena de coches de policía aparcados bordeaban la finca de los Ebezner. Alertados por las sirenas, muchos vecinos habían salido y se habían agrupado delante del portón abierto, aunque cuidándose mucho de cruzarlo, como indican los mandamientos de la buena vecindad. Observaban fascinados las idas y venidas de los policías, acompañados de dos perros, que peinaban minuciosamente el jardín; también comentaban, muy serios, el asunto que le estaba poniendo emoción al día: al volver a casa, Anastasia Ebezner se había dado de bruces con un asaltante.

—Por lo visto, no le ha pasado nada —informó una vecina que lo sabía por otra curiosa que se lo había preguntado a un policía. Al verla, el asaltante había salido huyendo.

—De todas formas, hay que ver, ¡un asalto en pleno día! —se lamentó uno de los mirones.

—Un asalto en pleno día —le dijo por teléfono un jubilado a su mujer, a quien le iba repitiendo primorosamente todo cuanto oía (la pobre se arrepentía de haberse ido de compras a la ciudad porque se estaba perdiendo el espectáculo)—. Total que parece ser que Anastasia está bien. El asaltante salió huyendo al llegar ella.

—¡Solo faltaría que el asaltante no saliera huyendo! —recalcó otro vecino que había ido con el perro—. ¡A ver si ya no vamos a poder estar en casa!

Unos copitos de nieve caían despacio del cielo y se posaban en el pelo de los curiosos que contemplaban la danza de los policías entrando y saliendo de la casa.

Dentro, en el salón de los Ebezner, Anastasia, aún conmocionada por la desagradable aventura, le estaba contando al inspector Philippe Sagamore,

teniente de la brigada criminal de la policía judicial de Ginebra, lo que acababa de ocurrir.

—Como les estaba diciendo a sus colegas, entré por la puerta principal. Oí ruido y, de repente, un hombre salió del gabinete. Vestido de negro y con la cara tapada. Y con guantes. Me hizo frente muy tranquilo. Solté un chillido y él se llevó un dedo a los labios para indicarme que me callase. Obedecí. Y entonces volvió como una flecha al gabinete y escapó por la ventana. Se esfumó en el parque.

—¿Y luego? —preguntó el teniente Sagamore.

—Luego llamé a la policía.

El teniente Sagamore se levantó del sillón donde se había sentado y fue a observar el jardín por la puerta acristalada. Se quedó pensativo un instante. Interrumpió sus reflexiones la llegada de un miembro de la brigada científica al salón.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Sagamore.

—Sí que hemos visto huellas de pasos en la nieve, pero desaparecen entre los matorrales que bordean la finca. Justo ahí, la tapia no es muy alta. Seguramente, el asaltante pasó por encima y escapó por el camino de Ruth. Los perros han estado un ratito siguiendo un rastro, pero se ha acabado enseguida. El hombre ha debido de subirse a un vehículo. Desgraciadamente, entre los coches que pasan por la calzada, los paseantes y todo el vecindario que ha venido a investigar con nosotros, se han contaminado los indicios que hubieran podido ser de provecho.

Sagamore torció el gesto. No había apartado los ojos del jardín. Parecía intrigado. Acabó por abrir la puerta acristalada y salió de la casa, como siguiendo una pista. Escudriñó la nieve inmaculada y observó las huellas de pasos alrededor de la ventana rota del gabinete. Luego volvió al salón donde su colega le dijo en el acto:

—Tú has visto algo.

—Los pasos van directamente a la ventana del gabinete —le hizo notar Sagamore.

—¿Y qué? —preguntó el colega.

—Los asaltantes suelen dar una vuelta alrededor de la casa que van a visitar. Aunque no sea más que para asegurarse de que no hay nadie. Luego, entran por una puerta acristalada mejor que por una simple ventana. Les resulta más fácil. Ahora bien, según las huellas, este se encaminó

directamente hacia esa ventana. Sabía que la casa estaba vacía y le importaba esa habitación en particular.

—¿Cómo iba a saber que no había nadie? —preguntó Anastasia.

—Estuvo mucho rato acechando. Estaba ahí, en el camino de Ruth, cerca de su portón. ¿Dice usted que su marido se marchó esta mañana temprano?

—Sí, a eso de las siete. Y yo a eso de las ocho.

—Vería cómo se iban los dos. Y pasó a la acción.

Sagamore se sacó una libreta del bolsillo y tomó unas cuantas notas.

—Señora Ebezner, se fue de aquí a las ocho de la mañana y volvió a las once y media.

—Eso es.

—Me gustaría entender qué estuvo haciendo nuestro hombre en su casa más de tres horas. Tanto más cuanto que parece no haber salido de la habitación en la que lo sorprendió.

—Todo indica que no visitó el resto de la casa —especificó el colega de la brigada científica—. No hay indicios de que registrase nada, no hay cajones abiertos. Y sobre todo no hay huellas de pasos en la casa. El asaltante tenía el calzado húmedo de nieve, tendríamos que haber encontrado charcos en el suelo o manchas en las alfombras. Y solo los hay en el gabinete.

—Y no ha desaparecido nada —confirmó Anastasia, que había recorrido la casa con unos policías—. Hay bastantes objetos de valor que heredó mi marido, sobre todo cuadros. Todo está en su sitio.

—Eso confirma mi hipótesis —dijo el teniente Sagamore—. Nuestro hombre tenía el gabinete en el punto de mira. Volvamos a examinarlo.

Al margen del cristal roto y la caja fuerte abierta, el gabinete parecía intacto.

—No parece que hayan forzado la caja fuerte —explicó el agente de la policía científica.

—¿Quieres de decir que nuestro hombre sabía la combinación? —preguntó Sagamore.

—Si se ha pasado tres horas en esta habitación, creo más bien que la descubrió. Un *modus operandi* a la antigua, tipo estetoscopio. Es una cerradura de combinación mecánica, así que resulta completamente verosímil.

—¿Por qué iba a romper el cristal para entrar en la casa y pasarse luego tres horas buscando la combinación de una caja fuerte? —preguntó Anastasia.

—Lo del cristal fue para entrar deprisa —fue la conclusión del teniente Sagamore—. Estamos en pleno día y, por lo visto, aquí los vecinos lo ven todo. No podía perder tiempo forzando una cerradura y correr el riesgo de que lo vieran. En cambio, una vez dentro, quería trabajar sin ruido. Seguramente por discreción. ¿Qué había en esa caja?

—No tengo ni idea —confesó Anastasia.

—¿Dónde guarda usted sus joyas? —dijo extrañado Sagamore.

—En la caja fuerte del dormitorio. Este gabinete lo usa mi marido de despacho. Creo que utilizaba la caja fuerte para sus documentos bancarios.

—¿Y para sus relojes de pulsera? —sugirió Sagamore, que buscaba un motivo para el asalto.

—No, los relojes también están en la caja del dormitorio.

—Señora Ebezner —preguntó entonces el teniente Sagamore—, ¿ha recibido amenazas recientemente?

—¿Amenazas? —dijo asombrada Anastasia—. No, ¿por qué?

—Porque me da la impresión de que no se trata de un simple asalto. Permítame que comparta con usted mi experiencia de poli: ¿sabe por qué hay quien tiene en casa dos cajas fuertes? Porque una es para las joyas y la otra, para los secretos. Tengo muchísima necesidad de hablar con su marido, señora Ebezner.

—A mí también me gustaría hablar con él —dijo Anastasia—. Pero no consigo localizarlo, ni en el móvil ni en la habitación del hotel. Seguramente estará reunido. Como ya le he dicho, está en Verbier; este fin de semana es muy importante para su banco.

—Lo he leído en el periódico. Van a elegir a su marido presidente del banco este fin de semana, ¿verdad?

—Sí.

Sagamore volvió a mirar la habitación.

—Asegura usted que se trataba de un hombre —le dijo de pronto a Anastasia—. Pero llevaba la cara tapada. ¿Podría haber sido una mujer?

—Tenía más bien la corpulencia de un hombre —contestó ella—. No me pareció tener delante a una mujer. Y además, los ojos... Los ojos tenían algo particular.

—¿Qué quiere decir con «particular»? —preguntó Sagamore mientras echaba mano de la libreta.

—Durante una fracción de segundo, tuve la sensación de que lo reconocía, y él a mí. Se nos cruzó la mirada y ocurrió algo. Como si ya nos hubiéramos visto. No sabría explicarlo. Todo sucedió en los ojos. Los ojos, teniente, los ojos no engañan.

—¿Tiene personal que trabaje aquí?

—Una empleada doméstica. Hoy libra.

—Apúnteme su nombre, por favor —pidió Sagamore, alargándole la libreta a Anastasia.

Ella obedeció.

—¿Alguien más? ¿Un jardinero, quizá? —siguió preguntando Sagamore.

—De la finca se ocupa una empresa. Pero suelen venir las mismas personas.

—Necesitaría también el nombre de esa empresa.

En Verbier, en ese mismo momento.

Los empleados del Banco Ebezner iban llegando al Palace por grupitos. Algunos, en coche; otros habían cogido el tren o el funicular. Todos estaban de muy buen humor, encandilados con la perspectiva de un Gran Fin de Semana fastuoso. Como todos los años, tras registrarse y ocupar la habitación, la mayoría iba corriendo a la lanzadera del hotel que los dejaba en las pistas de esquí. Una reducida minoría prefería disfrutar del lujo del Palace y relajarse en la piscina climatizada al aire libre, que humeaba entre la nieve, o en los *jacuzzi*.

El Palace era un hervidero. El personal del hotel se desvivía. Para la mayoría de los empleados del Banco Ebezner, el Gran Fin de Semana era el acontecimiento del año. Pero para Cristina, que participaba por primera vez, aquel fin de semana tenía un significado muy diferente. Sabía que después de este no vendría otro. Sabía también que el tiempo jugaba en su contra. Para empezar, tenía que descubrir en qué sala se iba a reunir el Consejo del banco. Luego ya se las apañaría con lo que tuviera a mano. Se metió por una puerta de servicio al azar y se coló en los entresijos del hotel. Llegó a las cocinas sin que nadie se fijara en ella. Vio entonces, expuesta en la pared, una nota de servicio referida al Gran Fin de Semana. Se acercó para leerla. Y de pronto notó una recia mano en el hombro.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Era el señor Bisnard, el coordinador de banquetes.

En ese mismo momento, en su confortable y silencioso despacho de la planta baja, el señor Rose estaba tomando un café con Lev.

—Así que por fin participas en el Gran Fin de Semana —dijo extrañado el señor Rose—. Me parece que no habías venido nunca.

—Nunca —contestó Lev—. Demasiados recuerdos desagradables.

—Te he puesto en tu habitación de siempre, como me lo pediste.

—Gracias, señor Rose.

—Lev, ¿cuándo vas a dejar de llamarme «señor Rose»? Llámame Edmond, hombre.

—Para mí, siempre ha sido el señor Rose.

Lev miró el cuadro colgado encima de la chimenea y que representaba al señor Rose con uniforme de teniente coronel de la reserva del ejército suizo. Añadió entonces:

—Siempre lo he admirado. Más que a mi propio padre.

—No digas eso.

Lev miró bondadosamente al anciano que tenía delante. El señor Rose debía de rondar los ochenta años. Aunque su cuerpo acusara los estigmas del paso del tiempo, seguía teniendo la mente igual de ágil.

—¿No tiene ganas de jubilarse? —preguntó Lev.

—No he encontrado sucesor. Los que quieren comprarme el Palace no son más que grupos hoteleros sin alma. No quiero que este establecimiento acabe en manos de una gran cadena. La independencia es la cualidad más hermosa.

Lev sonrió sin poder disimular un ápice de nostalgia.

—Siento haberlo dejado en la estacada hace quince años, señor Rose.

—¡Venga, Lev, no vas a seguir dándole vueltas a lo mismo! Hiciste bien en aceptar la oferta de Abel Ebezner. ¡Mira qué carrera tan estupenda has hecho!

—Nunca me ha gustado el banco, señor Rose. En el fondo, habría preferido volver al Palace y trabajar a su lado.

—Nunca es demasiado tarde —contestó el señor Rose en tono de broma.

—Por desgracia, sí.

El señor Rose se puso serio.

—¿Qué te pasa, Lev? Estás raro. Tu padre estaría tan orgulloso de ti. ¡Ay, si pudiera ver todo lo que has conseguido!

Lev se levantó del sillón en que estaba sentado y se acercó a la ventana. Miró caer la nieve sobre los abetos.

—Mi padre murió por mi culpa —susurró Lev.

—¡Venga ya, Lev, sabes muy bien que no es verdad!

Lev pareció no oírlo. Dijo entonces con acento grave:

—Señor Rose, voy a desaparecer. Si he venido este fin de semana ha sido para despedirme de usted. ¡Le debo tanto!

—¿Desaparecer? ¿Cómo que desaparecer? ¿Qué me estás contando, Lev?

—Señor Rose, es posible que oiga contar cosas muy raras sobre mí. Usted sabe quién soy de verdad. Usted sabe que no soy mala persona. Usted sabe por qué hice lo que hice.

En la sexta planta del hotel, Macaire estaba de plantón delante de la *suite* de Tarnogol. Tenía que hablar con él a toda costa. Desde que había llegado al Palace, lo había estado buscando por todas partes, en vano. No estaba ni en el vestíbulo, ni en los salones, ni en el bar. Llevaba media hora dando vueltas delante de su puerta como si con eso fuera a conseguir que llegara antes.

Por fin, Tarnogol apareció por el pasillo, recorriendo la moqueta con paso enérgico. Macaire le notó, igual que la víspera, una expresión intranquila.

—¿Macaire? —dijo extrañado al encontrárselo delante de la puerta.

—Necesito hablar con usted, Sinior.

Tarnogol miró en torno, como un animal acorralado, y abrió la puerta.

La *suite* estaba a oscuras: todas las persianas estaban bajadas. Tarnogol, tras encender las luces, abrió todos los armarios empotrados y dio una vuelta por la estancia para asegurarse de que no había nadie.

—En vista de la situación, no me queda más remedio que tomar algunas precauciones —le explicó a Macaire antes de señalarle un sillón.

Este se sentó; Tarnogol hizo otro tanto en el sofá de enfrente y siguió diciendo:

—Ambos sabemos que este es mi último Gran Fin de Semana, Macaire. De lo que se trata es de saber si es también el último para ti.

—¿Y por qué iba a ser mi último Gran Fin de Semana? —preguntó Macaire sin poder disimular los nervios.

—Porque la P-30 me anda pisando los talones y a ti también.

Macaire se puso pálido.

—¿Quién..., quién le ha hablado de la P-30? —preguntó.

—Vamos, Macaire, los servicios especiales rusos hace tiempo que están enterados... Te vigilan a ti tanto como a mí. Ya sabes que, a diferencia de muchos otros, nunca te he tomado por tonto. Al contrario. En el fondo, solo has cometido un error: desconfiar de los de fuera cuando, en realidad, el peligro viene de tus hermanos.

—¿El peligro? ¿Qué quiere decir?

—¿Qué tal está Anastasia? —preguntó Tarnogol con cara socarrona.

—¿Mi mujer? ¿Qué pinta mi mujer en todo esto? —exclamó Macaire hurgándose en los bolsillos con un gesto reflejo para buscar el móvil.

Se dio cuenta de que lo había dejado en su cuarto hacía un rato. Se levantó de un brinco, salió corriendo hacia su *suite* y se abalanzó sobre el móvil, que estaba encima de la cómoda del pasillo de la entrada. En la pantalla vio que tenía diez llamadas perdidas de su mujer. Comprendió que había pasado algo grave. Notó que el corazón se le salía del pecho. Llamó en el acto a Anastasia.

—¡Macaire, por fin llamas! —dijo ella al descolgar.

Estaba en el vestíbulo de su casa con el teniente Sagamore.

—¿Qué pasa, chatita? —balbució Macaire, presa del pánico.

—Ha entrado un hombre en casa. Un allanamiento con fractura..., rompió la ventana del gabinete. Salí a hacer unas compras por la mañana y me lo encontré al volver.

—¿Te ha hecho algo?

—No, escapó en el acto. Abrió la caja fuerte del gabinete y la vació. La policía pregunta qué había dentro.

Macaire no dijo nada. Estaba aterrado. Tarnogol se hallaba preparando el trueque: el cargo de presidente a cambio de Anastasia. Tenía que poner a salvo a Anastasia de inmediato.

Ella repitió la pregunta:

—¿Qué había en la caja? Está conmigo la policía, les gustaría saberlo.

—Pu-pues-un-unos-do-documentos —tartamudeó Macaire, completamente desconcertado—. Documentos bancarios importantes; me los he traído aquí. La caja estaba vacía.

Anastasia notó el miedo en la voz de su marido. Se puso pálida, cosa que no le pasó inadvertida al teniente Sagamore, que no le había quitado ojo. Dijo que quería hablar con Macaire y cogió el teléfono.

—¿Señor Ebezner? Aquí el teniente Sagamore, de la brigada criminal.

—¿La brigada criminal? Creía que se trataba de un asalto.

—Creo que es algo mucho más serio que un asalto. A su mujer casi la atacan. ¿Qué había en esa caja fuerte pequeña de la planta baja?

—Documentos, nada más —le aseguró Macaire—. Documentos del banco que me he traído aquí.

—¿Qué tipo de documentos? —preguntó el teniente Sagamore.

—Ah, nada en particular —contestó Macaire con tono despreocupado—, papelotes administrativos. Nada que pueda interesarle a nadie. El asaltante creía seguramente que iba a encontrar a saber qué joyas.

—Cuando vuelva de Verbier, ¿puede usted venir a verme, por favor? —pidió el teniente Sagamore—. Tendría que hacerle unas cuantas preguntas rutinarias.

—Por supuesto, teniente. Y les agradezco a usted y a sus hombres su rápida intervención. ¿Puedo hablar con mi mujer?

El teniente Sagamore le devolvió el aparato a Anastasia, que se apartó unos pasos antes de seguir hablando.

—Estás en peligro, chatita —le dijo por lo bajo Macaire con voz ahogada—. En la biblioteca del gabinete, en el segundo estante, escondido detrás de una fila de libros, encontrarás un cuadernito. ¡Destruyelo! Quémalo en la chimenea, no debe quedar nada de él. ¿Me has entendido bien?

Mientras escuchaba las consignas de Macaire, Anastasia sonreía de oreja a oreja para engañar al teniente Sagamore, que la seguía mirando; luego puso su voz más desenfadada para contestar a su marido:

—Perfectamente, cariño. Y sobre todo no te preocupes por nada. Todo va bien.

Colgó.

Macaire, fuera de sí, abrió la pequeña caja fuerte de su habitación y sacó la pistola, que había llevado consigo. Fue corriendo a la *suite* de Tarnogol, cuya puerta se había quedado abierta. Este no se había movido del sofá. Macaire lo apuntó con el arma.

—¡Voy a matarlo, Tarnogol, y así acabamos de una vez! —vociferó.

—Calma —dijo Tarnogol, a quien no pareció asustarlo el cañón que tenía enfrente.

—¿No me cree capaz? —exclamó Macaire.

—Al contrario; sé que eres capaz. Sé lo que ocurrió en Madrid.

—¿Qué es lo que...?

—Baja el arma, Macaire.

Este obedeció, pero no por eso dejó de presionar a Tarnogol.

—Se lo aviso, Sinió, si le toca un solo pelo a mi mujer...

—No soy yo, Macaire —interrumpió Tarnogol con tono molesto—. ¡No soy yo, es la P-30!

—¿Qué? ¿Y por qué iban a hacer algo así?

—Porque quieren presionarte para que me mates.

Macaire miró a Tarnogol sin saber ya qué creer. Este siguió diciendo:

—¿Ahora te preocupa tu mujer? Pues ¿no eran esas las reglas del juego? Te doy la presidencia y me devuelves a Anastasia.

—¡He cambiado de opinión! —dijo Macaire—. Quiero a mi mujer y quiero la presidencia. Basta con que lo mate ahora y todo queda zanjado.

—Salvo que no puedes matarme —explicó Tarnogol, que seguía muy tranquilo.

—¿Y por qué no?

Por toda respuesta, Tarnogol se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta. Se lo tendió a Macaire, quien lo reconoció en el acto.

—Es el sobre que le traje el lunes por la noche desde Basilea —dijo.

—Justamente. Y estoy seguro de que tienes curiosidad por saber lo que hay dentro. Ábrelo.

Macaire obedeció: era una serie de fotos. Se quedó espantado. Empezaron a temblarle las manos. Estaba hundido.

—Esas fotos —dijo entonces Tarnogol— son mi seguro de vida.

En Ginebra, en el vestíbulo de los Ebezner, el teniente Sagamore seguía interrogando a Anastasia.

—Señora Ebezner, me he fijado en esa bolsa de viaje junto a la puerta de entrada. ¿Tenía usted pensado irse a algún sitio?

A ella se le aceleró el corazón, pero siguió con expresión impassible.

—No, es una bolsa que lleva rodando por el vestíbulo desde hace unos días y que tengo que deshacer. Disculpe el desorden.

—Le ha dicho a su marido que había ido a hacer unas compras esta mañana —continuó el teniente Sagamore—. Pero no veo la bolsa de ninguna tienda en el vestíbulo.

—No encontré nada. Estaba buscando un sombrero de invierno, eso era lo que quería comprar por la mañana. Pero no encontré nada.

—¿En qué tienda? —preguntó en el acto el teniente Sagamore.

Pilló a Anastasia desprevenida.

—Es-es-estuve dando una vuelta por el centro. Fui a mirar en Bongénie y algunas tiendas de por allí.

—Señora Ebezner —dijo entonces Sagamore con voz rebotante de empatía—, mis compañeros han encontrado una nota en el dormitorio. Creo que no tiene nada que ver con la investigación, así que se la devuelvo.

Le alargó la nota que le había dejado a Macaire al irse y en la que le anunciaba que lo dejaba. Ella la arrugó y se la metió en el bolsillo, muy apurada. Se sintió obligada a justificarse.

—Es que... quiero dejar a mi marido.

—Eso no es asunto mío, señora —dijo en el acto Sagamore, antes de encaminarse hacia la puerta de la calle.

Se despidió cortésmente de ella, pero antes de irse añadió:

—Es curioso, su marido no ha preguntado qué se ha llevado el asaltante de otros lugares de la casa. Por lo general, cuando se avisa a alguien de que han asaltado su domicilio, siempre le preocupa saber qué han robado y si los intrusos han revuelto la casa. Su marido no ha preguntado nada de eso. Como si no se sorprendiera de que alguien tuviese interés solo por su gabinete y, sobre todo, por su caja fuerte.

Anastasia se encogió de hombros.

—La impresión de la noticia, seguramente. Lo que le importaba sobre todo es que a mí no me hubiera pasado nada. ¡En la vida hay algo más que el dinero, teniente!

En el Palace de Verbier, en la *suite* de Tarnogol, sumida en la penumbra, Macaire no podía apartar la mirada de las fotos. Eran de él, en Madrid, una semana antes. Secuencias de imágenes tomadas siempre desde diferentes ángulos, en las que se le veía saliendo del aeropuerto, por la calle con Pérez, delante del edificio del informático y luego alejándose de allí con paso apresurado.

—No te deseo nada malo, Macaire —le aseguró Tarnogol—. Pero no me queda más remedio que protegerme. He tomado, pues, mis precauciones: si se te ocurriera la mala idea de meterte conmigo, si me sucediera alguna desgracia durante este fin de semana, estas fotos y tu identidad se enviarán a la prensa y a la policía españolas.

—¡Es usted el diablo! —exclamó Macaire.

—Soy peor que el diablo, porque yo sí que existo.

Los dos hombres se miraron como dos leones dispuestos a pelear. Hasta que Tarnogol dijo:

—No hay razón alguna para que seamos enemigos. Te recuerdo que, al principio del todo, obtuve tus acciones de forma legítima. Hicimos un trueque. Si quieres que te las devuelva, entonces tendrás que devolverme a cambio lo que es mío.

—¡Anastasia no es suya!

—Tampoco es tuya. ¡En fin, ya sabías que por entonces quería a Lev! Te lo había dicho, ¿no? Así que ¿por qué milagro se iba a haber enamorado de ti si no llega a ser por intervención mía?

—¡Deme la presidencia y desaparezca para siempre! —sugirió Macaire—. Todo el mundo lo dejará en paz

—Sé que estoy en un apuro: si no me matas, ya se encargará otro de hacerlo. Sé que estoy condenado a morir. O a desaparecer. Pero en cambio todavía puedo bloquear tu elección. A menos que...

—A menos que qué —preguntó Macaire.

—A menos que cambies a Anastasia por la presidencia. Ya es hora de que decidas a cuál de las dos vas a renunciar.

En Cologny, cuando todos los policías se hubieron marchado, Anastasia se abalanzó hacia el gabinete. Encontró el cuaderno en el lugar que le había indicado Macaire. Era un cuaderno en blanco, salvo por unos cuantos apuntes contables en la primera página. Dentro, había una carta. Estaba demasiado preocupada para leerla en ese momento. Lo metió todo en la bolsa de viaje y llamó por teléfono a Lev para comunicarle la situación. Menos de veinte minutos después de la llamada, la limusina negra que conducía Alfred entró por el portón de la finca. Anastasia salió de casa con la bolsa en la mano y se metió rápidamente en el coche, que volvió a arrancar en el acto y tomó el camino de Ruth rumbo al centro de la ciudad.

La limusina llegó a Ginebra por el muelle del Général-Guisan y cruzó el puente del Mont-Blanc para llegar al Hôtel des Bergues. Alfred entró por la puerta trasera del edificio, destinada a los camiones de reparto, para que nadie pudiera ver a Anastasia.

—El señor me ha pedido que tome todas las precauciones necesarias —le explicó Alfred según entraba en el aparcamiento subterráneo—. Aquí estará a salvo.

—Gracias, Alfred. He pasado tanto miedo. ¡No se lo puede ni imaginar! Todavía estoy temblando.

—Siento mucho que haya tenido que pasar por una experiencia tan desagradable, señora.

—¿Sabe? No es tanto el asalto en sí lo que me asusta. Es el contexto. Mi marido parecía muy preocupado. Me ha contado no sé qué historia de documentos bancarios —prefirió callar la existencia del cuaderno—. Y pese al pasamontañas que llevaba el hombre, me ha parecido reconocerlo.

—¿Podría ser alguien del banco? —preguntó Alfred.

—No lo sé. No parecía muy a gusto, por cierto. Ha sido todo muy raro, la verdad.

Al volver a verse en el entorno familiar de la *suite* de Levovitch, Anastasia enseguida se sintió mejor. Cerró la puerta con llave, se sirvió una copa de vino para reponerse de las emociones y se la tomó mirando las vistas espectaculares del lago Lemán. Luego encendió un gran fuego en la chimenea y cogió el cuaderno que había encontrado en el gabinete. Leyó la carta y descubrió con asombro que la firmaba el presidente de la Confederación helvética, que le daba las gracias a Macaire por sus servicios. ¿Qué servicios? ¿Qué podía significar aquello? Decidió seguir las consignas de su marido. Arrojó la carta al fuego y se quedó mirando cómo se consumía. Quiso hacer otro tanto con el cuaderno, pero en el momento de echarlo a las llamas, se fijó en que en las páginas había unas inscripciones en filigrana, aunque le había parecido que estaban en blanco.

Anastasia, muy nerviosa, expuso el papel al calor; de repente apareció en él un texto. Empezó a leer con el corazón palpitante el relato de Macaire:

Suiza, ese remanso de paz, de verdes praderas y lagos azules, es también un país que protege los bancos como una madre osa, ferozmente.

No necesitáis saber más. Yo tampoco sé mucho más, por otra parte. Orden y simetría son nuestra divisa. Silencio y prudencia son nuestros hijos.

Hace doce años que me reclutaron para una rama especial de los servicios de inteligencia suizos. Esa unidad clandestina se llama la P-30, se financia con dinero negro del Gobierno y actúa fuera del control de la Comisión Parlamentaria de Inteligencia. [...]

Anastasia, atónita, descubrió la doble vida que había llevado su marido todos aquellos años. Leyó ansiosa el informe sobre las misiones que había realizado para la P-30. ¡Macaire, su Macaire tan buen chico, su marido un poco torpón y patoso, había sido un agente de inteligencia!

Casi la habría impresionado y divertido si el relato no hubiera adquirido después un giro trágico.

Debo confesarlo aquí: tengo muertos sobre la conciencia.

A mi pesar, participé indirectamente en la eliminación de un antiguo informático del banco y de su mujer, que tenían intención de enviar listas de clientes a la Hacienda española.

[...]

Lamento infinitamente la sangre que se ha derramado por mi culpa. Nunca fue mi intención. Si alguien lee estas líneas, es que las cosas se han puesto feas. Te suplico, amigo lector, que me creas: nunca he querido que muriera nadie. No sabía nada de las intenciones funestas de la P-30. Me criaron en el amor cristiano y espero poder un día lavarme de esos pecados. ¡Que Dios me perdone!

Anastasia dejó de leer. Estaba espantada y temblorosa. Relacionó lo que leía con la carta del presidente de la Confederación helvética, que le agradecía a Macaire los servicios prestados.

Luego leyó la última parte del relato:

Mi última misión será este Gran Fin de Semana del Banco Ebezner en Verbier.

La P-30 me ha pedido que impida que Sinior Tarnogol se haga con el control del Banco Ebezner.

Tengo unos márgenes de maniobra muy limitados: o convengo a Tarnogol para que me nombre presidente, o tendré que matarlo. Sé que si fracaso, la P-30 me cargará con el doble asesinato en el que participé indirectamente.

Nunca pensé que me vería así algún día. Pero no puedo compadecerme de mi suerte, pues soy el único responsable de esta situación. En efecto, fui yo quien permitió que Tarnogol llegara hasta aquí al cederle mis acciones del banco.

Y ya que este escrito es mi confesión, aún me queda un secreto que revelar aquí. Tengo que confesar lo que me dio Siniór Tarnogol a cambio de mis acciones del banco.

Anastasia se tapó la boca con las manos como para no gritar. Era imposible. ¡Lo que estaba leyendo no podía ser verdad! ¡Tarnogol no podía haber hecho algo así! Notó que le subían las lágrimas. Intentó recordar cómo había sucedido, cómo había roto con Lev hacía quince años, pero de repente los recuerdos se le habían vuelto borrosos.

Volvió a leer lo que Macaire había escrito en el cuaderno. ¿Cómo había podido hacer Tarnogol algo así? Ese hombre era el mal absoluto.

Agarró el móvil y marcó el número de Macaire.

—Hola, chatita. ¿Va todo bien?

—Macaire, yo..., yo...

Estaba llorando. Él se dio cuenta de que había leído el cuaderno.

—No digas nada —le suplicó—. Seguramente tenemos la línea pinchada.

—¿Y ahora qué va a pasar, Macaire?

—No puedo decírtelo. Pero lo que haga, lo haré por ti. Por amor. Ahora cuelga, que no quiero que «ellos» puedan localizarte.

Anastasia colgó y rompió en sollozos.

Presentía una catástrofe.

31. La buena estrella

El sábado 30 de junio de 2018, a las once de la mañana, cuando estaba profundamente dormido en la *suite* del Palace, recuperándome de haber pasado la noche escribiendo, me despertó una serie de golpes en la puerta. Primero pensé en las camareras de piso y decidí no levantarme. Pero como el visitante insistía acabé por ir a abrir medio dormido. Era Scarlett.

—¿Va todo bien? —me preguntó en un tono sensiblemente más molesto que preocupado.

—Muy bien, gracias. ¿Por qué?

—Teníamos que haber cenado juntos anoche. Pero seguramente debía de tener mejores planes.

—¡Vaya! Se me olvidó por completo. Lo siento muchísimo.

—Yo también lo siento muchísimo. Estuve esperando una hora como una idiota en el restaurante.

—¿Por qué no me llamó directamente a mi habitación? Habría ido enseguida.

—¡Pues da la casualidad de que fue lo que hice! Comunicaba. Según los de recepción, seguramente había dejado el aparato descolgado. Así que vine aquí y llamé a la puerta. No me abrió nadie. ¡Debía de estar pasándolo bien en otra parte!

—No, le aseguro que anoche estaba aquí, en mi habitación.

—¡Déjese de cuentos! —me interrumpió Scarlett—. Es usted muy dueño de hacer lo que quiera por la noche. Pero ¡no me tome por imbécil!

—Le aseguro que no la dejé plantada adrede. Estaba escribiendo el libro, me olvidé por completo.

—¿Tanto como para no oírme llamar a la puerta?

—¿Sabe? Cuando me meto en la historia, me atrapa por completo. Es como si también yo estuviera dentro de la novela, *in situ*. Y tengo a todos

los personajes alrededor...

—Pero ¿qué me está contando? —dijo ella, desesperada.

—Es la pura verdad —le aseguré—. Es como si estuviera en otro mundo. Ande, déjeme compensarla, vamos a cenar juntos esta noche. ¡Por favor!

Pareció titubear. Volví a insistir:

—¡Por favor! Me gustaría muchísimo.

—De acuerdo —cedió por fin—. Pero se lo aviso, la disculpa del libro solo vale una vez, no dos.

—Se lo prometo.

Esa noche, después de estar todo el día escribiendo, me reuní con Scarlett en el restaurante italiano del hotel.

—Le agradezco que haya venido —le dije.

—¿Se creía que le iba a dar plantón?

—Me lo habría merecido.

Me dijo entonces:

—Tengo la impresión de que cuanto más avanza el libro, menos lo veo a usted.

—Me quedo atrapado en la novela.

—¿Le ocurre a menudo?

—Con todas las novelas —confesé.

—Esa sensación de que estoy perdiendo la batalla contra la novela es muy desagradable.

—Le pido perdón.

Para cambiar de tema, le alargué a Scarlett un paquetito. Había ido a la librería del pueblo a comprarle un regalo.

—Hablando del libro —dije—, le he traído algo de lectura.

Retiró el papel: era un ejemplar de *Lo que el viento se llevó*.

—Era uno de los libros favoritos de Bernard —le expliqué—. Me contó que lo había leído durante la guerra; debía de tener trece o catorce años y, mientras huía en coche con su madre y con su hermano, leía *Lo que el viento se llevó* en el asiento de atrás. Decían que la aviación italiana estaba machacando los convoyes de civiles y Bernard, enfrascado en el libro, tenía la esperanza de que la aviación no lo matara antes de acabarlo. Decía que era una gran novela.

—¿Qué es una gran novela? —preguntó Scarlett.

—Según Bernard, una «gran novela» es un cuadro. Un mundo que se le brinda al lector, que va a dejar que lo enganche esa gigantesca ilusión compuesta de pinceladas. En el cuadro se ve lluvia: te sientes mojado. ¿Un paisaje gélido y nevado? Resulta que estás tiritando. Y decía: «¿Sabe qué es un gran escritor? Pues es un pintor, precisamente. En el museo de los grandes escritores, cuya llave tienen todos los libreros, miles de lienzos nos esperan. Si entramos una vez, nos convertiremos en clientes habituales».

Scarlett sonrió:

—Hablo un poco de Bernard en el libro —le conté.

—¿Qué le habría parecido?

—Se habría sentido halagado y apurado a la vez. Me habría dicho: «Si eso lo hace feliz...». Como todos los grandes, era modesto. No le gustaba ser el centro de la atención. Por ejemplo, no le gustaba celebrar su cumpleaños. Había nacido el 9 de mayo. Claro está, yo le llamaba, pese a todo, en esa fecha para felicitarlo. En el fondo, creo que no le gustaba su cumpleaños porque le recordaba la edad que tenía. Le recordaba que había nacido en 1926. Cuando los periódicos lo llamaban «el anciano editor» se ponía como loco. Un día, cuando se estaba sentando en un avión para volver a París desde Milán, adonde me había acompañado para festejar la edición italiana de una de mis novelas, el auxiliar de vuelo le pidió que cambiase de asiento con una mujer joven. «Y eso ¿por qué?», preguntó Bernard. «Porque está usted sentado junto a una salida de emergencia y es demasiado viejo. Lo prohíbe el reglamento. Debe tener fuerza para abrir la salida de emergencia.» «Tengo más fuerza que esa joven», aseguró Bernard. «Tiene que cambiarse de sitio, caballero», insistió el auxiliar. «Le propongo que esa joven y yo echemos un pulso —exigió entonces Bernard—. El que gane puede sentarse en este sitio.» Por descontado, el auxiliar se negó y obligó a Bernard a cambiar de asiento. Se pasó una semana furioso. «¡Lo que hay que aguantar! —me dijo—. ¿Se lo puede creer?» Pero yo no quería creérmelo. Lo que quería creer era que Bernard iba a vivir para siempre. Quería creer que era invencible.

Hubo un silencio. Luego, seguí diciendo:

—Me acuerdo de su último cumpleaños. En mayo del año pasado. Ocho meses antes de que muriera. Le llamé para felicitarlo y en esta ocasión no se enfadó. Al contrario, me contestó con tono de guasa: «¿Sabe, Joël? Pienso que si un policía me pide la documentación por la calle, mirará extrañado la

fecha de nacimiento y me preguntará: “Pero ¿qué está usted haciendo todavía por aquí?”».

—¿Y qué le contestaba cuando decía eso? —preguntó Scarlett.

—Me reía. Le decía que nos iba a enterrar a todos. No para tranquilizarlo, sino porque lo creía de verdad. A pesar de que me llevaba sesenta años, a pesar de su edad, tenía la impresión de que era eterno. Y como me había convencido de que Bernard estaría para siempre, siempre me juré que sería mi único editor.

—¿Qué quiere decir?

—La edición es como el amor. No se puede amar de verdad más que una vez. Después de Bernard, no habrá nadie más. Después del éxito de mi segunda novela, todo el mundo pensaba que me iría de la editorial De Fallois para unirme a una editorial más prestigiosa. «¿Qué va usted a hacer ahora? —me preguntaban con regularidad—. Seguramente habrá recibido ofertas de los nombres más importantes de la edición francesa.» Pero quienes me hacían la pregunta no habían entendido que el nombre más importante de la edición francesa era Bernard.

*

París, en el mes de mayo. Ocho meses después del tremendo éxito de mi segunda novela.

Un periodista fue a entrevistar a Bernard en la sede de la editorial De Fallois, en el 22 de la calle de La Boétie. A Bernard no le gustaban demasiado las entrevistas, pero a veces aceptaba entrar en el juego cuando se lo pedía yo, que también estaba presente en la sala.

Después de unas cuantas preguntas de una trivialidad desoladora, el periodista puso cara socarrona y le preguntó a Bernard, dando por hecho que yo obviamente sucumbiría a los cantos de sirena de los grandes nombres de Saint-Germain-des-Prés.

—¿Cree que va a editar la próxima novela de Joël?

Me puse rojo de rabia y tuve que contenerme para no poner al periodista de patitas en la calle de una patada en el culo. Bernard sonrió con mirada maliciosa y contestó:

—Si la próxima novela de Joël es mala, no la publicaré.

Nunca se me olvidará esa frase, que resume por sí sola la relación que tuve con Bernard todos esos años.

Bernard me hacía un contrato para cada libro, sin que eso me comprometiera para el siguiente.

—Un libro cada vez —me explicaba—. Si no le apetece trabajar conmigo, no quiero obligarlo.

A lo que yo contestaba:

—Y yo no le pido anticipo. Me pagará lo que venda. Si el libro tiene éxito, mejor para todos; si no lo tiene, por lo menos nos habremos divertido mucho.

—¡El éxito es el placer de trabajar juntos! —me recordaba entonces Bernard con tono entusiasta.

Por lo demás, firmábamos los contratos en el último minuto, muchas veces cuando el libro nuevo estaba ya en imprenta, porque no era eso lo que nos preocupaba.

Bernard me enseñó no tanto a saber construir mi éxito como a gestionar el éxito, sobre todo recordándome que todo estaba por hacer. Algo así como un entrenador de boxeo que sermonea a su púgil después de un primer asalto pasable: «Solo ha sido el primer asalto, todavía quedan once por delante».

Y así fue como un año después de la publicación de mi primera novela, ni un día más ni un día menos, me escribió este correo electrónico:

Querido Joël:

Hoy se cumple un aniversario. El 19 de septiembre de 2012, Harry Quebert entró en todas las librerías de Francia, de Bélgica y de Suiza.

No es que me entusiasmen los aniversarios, pero este tiene su gracia porque demuestra hasta qué punto, en la vida, todo se sostiene, se relaciona y adquiere un significado más importante.

Ese día, el 19 de septiembre, recuerdo que fui a la librería Fontaine para ver si el libro estaba en el escaparate. Allí estaba. Desde luego, no debía de estar en el escaparate de todas las demás librerías, porque para preparar ese lanzamiento nos habíamos saltado todas las normas y todas las costumbres, pero en el de esa, que es de unos amigos y los habíamos avisado, sí que estaba.

Al mirarlo complacido, me vino a la memoria este hermoso fragmento de Proust, cuando refiere la muerte de Bergotte:

«Lo enterraron. Pero durante toda la noche fúnebre, en los escaparates encendidos, sus libros, colocados de tres en tres, velaban como ángeles con las alas desplegadas y parecían, para el que ya no estaba, el símbolo de la resurrección.»

¿Qué lección hay que sacar de todo esto? Que aún no ha publicado usted sino dos libros y que para poder un día mirarlos, colocados de tres en tres en los escaparates de un librero, le queda mucho más por escribir.

Espero que los miremos los dos juntos y nos acordemos de este atinado aviso de Proust.

Mi querido Joël, tengo la seguridad de que opina usted, igual que yo, que nunca hay que bajar la guardia demasiado pronto ni dormirse en efímeros éxitos, pero pese a todo, al pensar en el año que acaba de transcurrir, me parece que todo esto no ha estado mal.

Bernard

*

Alcé los ojos de la pantalla del móvil, de cuya memoria había sacado el correo de Bernard para leérselo a Scarlett.

—Bernard vivirá siempre en mí —susurré.

—¿Qué le diría si estuviera aquí, sentado a la mesa, si lo tuviera delante? —preguntó Scarlett.

—Le diría: «Lo echo de menos, Bernard. París ya no es la misma ciudad desde que ya no está usted en ella. Me cambió la vida, Bernard. Nunca pude agradecersele». Él se habría reído y me habría contestado con esa voz cálida: «Sí que lo ha hecho, Joël. No se preocupe». Y yo: «¿Sabe? Creo que ya no me apetece publicar novelas, si usted ya no está». Y se habría vuelto a reír y habría zanjado el tema: «Pero si ya escribía antes de mí y seguirá escribiendo después. De hecho, fíjese, ya está metido de lleno en una novela».

Pensé que era difícil rendir homenaje a las personas extraordinarias. Pues ni siquiera sabes cómo empezar. Bernard le dio sentido a mi vida. Cuidó siempre de mí. Fue mi buena estrella. Pero no se puede evitar que una estrella no sea fugaz.

Me había conmovido y notaba que Scarlett también lo estaba. Puso la mano en la mía y hundió la mirada en la mía. Desde ambos lados de la mesa se fueron acercando nuestros rostros y también nuestros labios. De repente nos interrumpió una voz.

—¿Señora Leonas?

Nos volvimos. Un señor bajito y trajeado nos sonreía.

—Perdone que la moleste, señora, soy el director adjunto del hotel. Me han dicho que deseaba hablar con alguien de la dirección y quería asegurarme de que su estancia transcurría bien. Me han dicho que era algo relacionado con su habitación.

Scarlett tranquilizó al director adjunto explicándole que sencillamente deseaba hacerle unas cuantas preguntas acerca de lo ocurrido en la habitación 622.

—Si no le parece mal —dijo entonces el director adjunto—, y aunque no sea ningún secreto, preferiría que tratásemos el tema en un lugar más discreto. ¿Por qué no quedamos algo más tarde para hablar de todo tranquilamente?

Después de la cena (una pasta exquisita, con salsa de tomate y albahaca para Scarlett, y salsa de mantequilla y salvia para mí) el director adjunto nos invitó a tomar una copita de licor apartados de oídos indiscretos. Nos recibió en el despacho del director, una habitación silenciosa y con muebles antiguos. Delante de la chimenea, cuatro sillones dispuestos frente a frente brindaban un marco propicio a la conversación.

—Sé que le preguntaron al conserje por la habitación 622 —indicó el director adjunto—. Procuramos olvidar ese episodio trágico de la historia del Palace. Como les estaba diciendo, ese asesinato no fue un secreto, pero en general preferimos recurrir a una mentira piadosa para no asustar a los clientes.

—Ahora que estamos hablando sin tapujos, ¿qué puede decirme de ese asesinato? —preguntó Scarlett.

—Por desgracia, no puedo ayudarla; yo aún no trabajaba en el hotel en la época del asesinato.

—¿Quién era el director por entonces? —preguntó Scarlett.

—Edmond Rose —contestó el director adjunto—. El dueño histórico del Palace. Fue él quien lo mandó construir. Luego lo dirigió y fue su

encarnación durante décadas.

Mientras hablaba, había señalado un cuadro que había colgado encima de la chimenea en el que aparecía a un hombre con uniforme militar.

—¿Es un retrato del señor Rose? —preguntó Scarlett.

—Así es. Por lo que me han contado, el señor Rose era un hombre fuera de lo común. Teniente coronel de la reserva en el ejército suizo, poseía un carisma natural y sabía hacerse obedecer, pero era también un hombre extraordinariamente afectuoso.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar al señor Rose? —pregunté.

—Desgraciadamente, murió hace ya varios años.

—Nos vendría de maravilla hablar con algún empleado del Palace que hubiera estado presente el fin de semana del asesinato —dijo entonces Scarlett.

El director adjunto se quedó un momento pensativo antes de contestar:

—Los equipos rotan mucho, ¿sabe? En cambio, creo que el señor Bisnard debería poder informarle. Es nuestro antiguo coordinador de banquetes, hizo toda su carrera aquí. Se jubiló hace un año, pero sigue viviendo en Verbier. Muchas mañanas me cruzo con él en el café que está al lado de la oficina de correos. Seguramente lo encontrarán allí.

32. Última oportunidad

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

Era el amanecer del gran día.

Las seis de la mañana en el Palace de Verbier. Cristina salió de su habitación y se escurrió por el pasillo; la gruesa moqueta ahogaba el ruido de sus pasos. La sexta planta tenía la particularidad de que solo albergaba *suites*, que siempre se les adjudicaban a las «personalidades» del banco. Pero Cristina se las había arreglado con Jean-Bénédict Hansen para estar en la que los demás empleados del banco llamaban «la planta de los elegidos». O, más bien, no le había dejado elección.

Para llegar al ascensor, tuvo que recorrer todo el pasillo y pasar por delante de las puertas de las *suites*. Todas estaban del mismo lado del pasillo. La pared de enfrente era la de la fachada del hotel, que alternaba amplias ventanas y gruesas colgaduras de terciopelo. Primero estaban las *suites* de los directores de los distintos departamentos; luego, por este orden, las de Horace Hansen, Jean-Bénédict Hansen, Sinior Tarnogol, Lev Levovitch y Macaire Ebezner.

Cristina llegó a la planta baja. Todo estaba silencioso y desierto. El hotel parecía dormir aún. La mayoría de los empleados del banco aprovechaban la comodidad de la habitación —y el haber dejado a la familia en casa— para remolonear en la cama y descansar un poco.

Pero la quietud que parecía reinar en el establecimiento era pura fachada: en las cocinas y las zonas de servicio, el personal del Palace estaba ya en pie de guerra. Quedaban unas cuantas horas para que todo estuviera listo. A partir de las seis de la tarde, el salón de baile estaría esperando a los empleados del banco para que tomaran unos cócteles. Luego, a las siete, se invitaría a los asistentes a acercarse al estrado. El Consejo del banco aparecería entonces y abriría oficialmente la fiesta anunciando el nombre

del nuevo presidente. Tras lo cual, se indicaría a los comensales que se sentasen a la mesa. Se les serviría la cena y el baile empezaría a las diez.

A esa hora temprana, en el bar del Palace, cerrado aún para los clientes, el señor Bisnard, el coordinador de banquetes, paseaba arriba y abajo. Estaba especialmente nervioso. De repente, unos golpes en la puerta acristalada del bar lo sobresaltaron: era Cristina. Se apresuró a abrirla.

—No me gusta nada esta situación —le dijo mientras ella entraba en el bar.

Ella cerró la puerta y contestó:

—Si le sirve de consuelo, a mí tampoco.

—¿Podría meterme en líos! —protestó Bisnard.

—Yo también —le aseguró Cristina.

Se estaba arriesgando mucho. ¿Y si Bisnard se iba de la lengua? Sabía que estaba cruzando una línea roja, pero a ver qué remedio: necesitaba saber. Desde el lunes, desde que había sorprendido aquella conversación entre Tarnogol y Jean-Bénédict Hansen, tenía muy claro que pasaba algo raro con la designación. Sospechaba que Macaire quería hacerse con la presidencia a cualquier precio. Y ella estaba más que decidida a descubrir la verdad.

—Aquí tiene la lista de todos los empleados del banco presentes este fin de semana y su número de habitación.

—¿Quién se encargó de asignar las habitaciones? —preguntó Cristina.

—Jean-Bénédict Hansen nos dio unas indicaciones generales.

—¿Intervino para algo Macaire Ebezner? ¿Se ha puesto en contacto con usted esta semana para pedirle algún cambio de última hora en la organización?

—No, en absoluto. ¿Por qué?

Cristina continuó sin contestar a la pregunta:

—Así que, en su opinión, ¿todo está normal?

—Completamente normal. Es más, anoche hablé con el responsable de seguridad del hotel y todo parece transcurrir con la mayor tranquilidad. Creo que se está pasando de precavida.

—Es posible —admitió Cristina.

—Debería limitarse a disfrutar del fin de semana —le aconsejó Bisnard, dándose media vuelta, con prisa por irse.

Tras salir del bar, Cristina fue al restaurante del Palace, donde el desayuno estaba ya servido. No se sorprendió de que no hubiera nadie. Se sentó a una mesa, pidió un café y abrió un periódico para hacer tiempo.

A las siete llegó Macaire al restaurante. Cristina se fijó en que tenía mala cara y parecía estresado. Al ver a su secretaria, procuró parecer animado.

—¡Hola, buenos días, Cristina! —la saludó con tono falsamente jovial.

—Buenos días, señor Ebezner. ¿Qué tal? No parece estar muy allá.

—No le niego que tengo unos cuantos quebraderos de cabeza en este momento —dijo Macaire—. Marrones, como se dice vulgarmente.

—¿Por lo de la presidencia? —preguntó Cristina.

—No. Bueno, sí. No la voy a engañar, estoy muy nervioso. Casi no he dormido esta noche.

—Esté tranquilo, señor Ebezner, no le he contado a nadie lo que oí el otro día en el banco.

—Fue un malentendido —aseguró Macaire—. Está totalmente descartado que Lev vaya a ser presidente. Me van a elegir a mí.

—Si usted lo dice.

Macaire fue a sentarse solo a una mesa. Esa forma de comportarse no le pegaba; en circunstancias normales, se habría sentado con Cristina para charlotear. Se estaba tramado algo inusual.

Seis pisos más arriba, en su habitación, Lev paseaba arriba y abajo con el teléfono en la mano. Desde la víspera por la noche no había vuelto a saber nada de Anastasia. No contestaba ni a los mensajes ni a las llamadas. Incluso el teléfono de la *suite* del Hôtel des Bergues sonaba sin respuesta. Estaba empezando a preocuparse. A pesar de la hora intempestiva, decidió llamar a Alfred, aunque lo despertara. Tenía que ir alguien a ver qué pasaba. Podía tratarse de algo grave.

A las siete y cuarto, Tarnogol llegó al restaurante. Se sentó solo a una mesa apartada y reservada a los miembros del Consejo. Pidió dos huevos pasados por agua, caviar, un vasito de Beluga y un té con una nube de leche. Macaire no podía dejar de mirarlo. Quedaban menos de doce horas para la designación. La situación se le estaba yendo de las manos.

Tras acabarse el desayuno, Tarnogol se marchó. Luego, a eso de las ocho y cuarto, se presentó Jean-Bénédict, como si buscara a alguien. En cuanto

vio a Macaire, fue hacia él.

—¡Estás aquí! —dijo—. Tengo que hablar contigo sí o sí. Acompáñame. Los dos hombres salieron al vestíbulo del hotel.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Macaire a su primo.

Este, sin contestar, se lo llevó a un salón privado. En la estancia, los estaba esperando Horace Hansen, sentado en un sillón como si estuviera en un trono. Miró a Macaire de arriba abajo con expresión de superioridad y le anunció, igual que el César disponiéndose a indultar a un gladiador:

—Voy a hacer que te elijan presidente. Lo hemos estado hablando mucho rato Jean-Bénédict y yo y estamos de acuerdo: es en ti y solo en ti en quien debe recaer la presidencia.

A Macaire se le iluminaron los ojos.

—Gracias, Horace. Valoro en mucho tu apoyo.

—Mi apoyo tiene un precio —especificó entonces Horace—. Estas son mis condiciones.

En Ginebra, en el Hôtel des Bergues, Alfred Agostinelli andaba dando vueltas por la *suite* de Lev Levovitch. Anastasia había desaparecido.

Estuvo mucho rato llamando a la puerta en vano. Por fin entró con su copia de la llave: no había nadie. La cama estaba deshecha. Las pocas cosas de Anastasia ya no estaban. En la chimenea, los restos de un fuego apagado. Hurgó en las cenizas y en el tiro de la chimenea. Encontró, pegado a la pared de piedra, un trozo de papel grande a medio quemar que había salido volando del hogar antes de consumirse del todo. Podía verse en él algo escrito a mano, pero no se podía leer lo que ponía.

Llamó por teléfono a su jefe de inmediato.

Lev recibió la llamada de Alfred cuando se disponía a salir de la habitación. Escuchó, preocupado, el relato de su chófer.

—Si la cama está deshecha, es que ha dormido ahí —fue la conclusión de Levovitch—. ¿Hay señales de lucha?

—No, señor. Nada de desorden. Yo creo que ha huido. Se ha llevado sus cosas. Nadie coge el cepillo de dientes cuando lo secuestran.

Ese razonamiento tranquilizó a Lev.

—Vaya a preguntar al personal del hotel —sugirió—. A lo mejor la han visto pasar.

—Buena idea, señor. Le mantendré informado.

Lev colgó. La desaparición de Anastasia lo preocupaba y necesitaba pensar con calma. Decidió ir a tomar un café al bar, allí estaría tranquilo.

En el salón privado del Palace, donde se habían encerrado, Macaire escuchó atentamente las pretensiones de Horace Hansen.

—Quiero que nombres a Jean-Bénédict vicepresidente del banco, que pasará a llamarse Banco Ebezner-Hansen. También quiero que te comprometas a retirarte dentro de quince años y le cedas tu puesto a mi hijo. Habrás tenido una estupenda trayectoria y te habrás merecido con creces el retiro. Y a Jean-Bénédict le quedarán todavía por delante unos cuantos años buenos para tomar las riendas del banco.

Tras un silencio, Macaire asintió: el plan le encajaba muy bien. Quince años de reinado. Al cabo de los cuales se iría, estando en la cima. En el banco, todo el mundo lo echaría de menos. Empezarían a lamentarse semanas antes de que se fuera: «¿Qué vamos a hacer sin Macaire?». Quince años siendo un jefe fuera de lo común. Se iría después de haberse ganado la adoración de sus empleados y la admiración de sus colegas. Haría un discurso de despedida conmovedor. Nadie podría contener las lágrimas. Y hete aquí que lo sustituiría ese majadero de Jean-Bénédict, que sería el hazmerreír de todo el mundo. ¡Ah, qué buena venganza contra esa rana que quería ser tan grande como un buey! Nadie podría evitar compararlos y el presidente Jean-Bénédict sería una pálida sombra de la grandeza de su primo y antecesor. Macaire pensó que su padre y su abuelo tendrían que haber hecho lo mismo: retirarse del cargo en su apogeo y dejar así una impresión indeleble en la mente de todos, en vez de aferrarse a aquel pese a la vejez y la enfermedad.

—De acuerdo —aceptó Macaire—. Tenéis mi palabra.

Jean-Bénédict, dejando estallar su alegría, le dio un abrazo a su primo.

—Temía que no quisieras —reconoció.

—¿Cómo no iba a querer? Bien sé lo que te debo, Jean-Bénédict. Siempre me has sido fiel. Y además, somos de la familia. Somos como hermanos.

Sentado frente a la barra del bar del Palace, Levovitch pidió un café cargadito. El bar acababa de abrir y, como ya se lo esperaba, no había más

clientes que él. Levovitch miró con una pizca de nostalgia los sillones de terciopelo rojo y las mesas bajas de ébano. Dejó que lo invadiera la emoción: quince años después, nada había cambiado.

*

Quince años antes

Era una tarde de principios de agosto. Un mes después de que Lev llevase a Anastasia de Bruselas a Ginebra.

Ese verano el sofocante calor en las llanuras había llevado a muchos clientes a buscar un tiempo más fresco en la montaña. El Palace estaba a reborar y, sobre todo, varios clientes muy importantes y exigentes, como Siniar Tarnogol, habían ido a que les diera el aire en Verbier. La temporada estival había arrancado despacio, el señor Rose no había previsto esa afluencia repentina de clientes y le faltaba personal.

Sol echaba una mano en recepción y ayudaba a dar la bienvenida a los que iban llegando. Esa mañana estaba detrás del mostrador con Lev. En los últimos tiempos había notado que su hijo estaba irritable.

—¿Todo bien, hijo? —preguntó entre cliente y cliente.

—Todo bien, papá —se limitó a contestar Lev.

—Pareces preocupado.

—Demasiado trabajo en el hotel. No damos abasto.

Pero el motivo que alteraba a Lev era otro. Cuando un mes antes, al regresar de Ginebra, le habló de la propuesta de Abel Ebezner, su padre se lo tomó muy mal.

—¿Ginebra? ¡Puaj! —reaccionó Sol, poniendo cara de asco—. De allí solo tenemos malos recuerdos.

—No —protestó Lev—; yo tengo buenos recuerdos. Con mamá cuando iba a buscarme al colegio, los paseos a la orilla del lago.

—¡Ginebra nos robó a tu madre! ¡Ginebra y los banqueros! ¡Y tú vienes a decirme que quieres trabajar en un banco en Ginebra! ¡Qué traición! No pensaba que algún día iba a tener que soportar semejante trato, sobre todo viniendo de mi hijo.

—¡Tampoco me voy a tirar en Verbier toda la vida! —exclamó Lev.

—¿Y por qué no? ¡Ahora nuestra carrera de actores está enraizada aquí! Y no vengas con que no eres actor, tienes un talento extraordinario. De hecho, ese es tu problema, que tienes talento para todo. ¡No me puedo creer que te quieras ir! ¡Y me lo dices tan tranquilo! ¿Es por culpa de la chica esa, la tal Kamuraska?

—Anastasia —le enmendó Lev.

—Bueno, pues Anastasia. ¡Puf! ¿Qué más da? Siempre has dicho que eras feliz y resulta que conoces a esa chica y, ¡zas!, te vas a Bruselas en plena noche y ahora quieres irte a vivir a Ginebra. ¿Sabes, Lev? Las chicas van y vienen.

—Esta es diferente, papá, quiero casarme con ella.

Sol se rio con sorna.

—¡Casarte! Está claro que tienes talento de cómico, hijo. En el fondo eres un gran romántico. Como lo era tu madre. ¿Por qué te quieres encadenar a la primera que pase? En fin, vete, si eso es lo que quieres. Traicióname, déjame tirado como una colilla, lo entiendo. Te avergüenzas de tus orígenes, ¿a que sí? ¿Quieres convertirte en un Ebezner, como todos esos individuos tan finos que se pavonean durante el Gran Fin de Semana?

—No es eso, papá.

—¿Entonces qué es? Ya que te vas, por lo menos dame una buena razón.

—Mira, papá, lo del banco era solo una idea. Aún no he decidido nada.

—Entonces decide que no te vas. Así de fácil.

Eso fue lo que hizo Lev. Llamó por teléfono a Abel Ebezner para rechazar su oferta. Pero al colgar se hizo a sí mismo una promesa: marcharse pronto de Verbier. Marcharse lejos de su padre.

Eso suponía renunciar también a llegar a ser director del Palace. Le resultaría imposible dirigir ese hotel bajo la vigilancia de su padre. Tenía que irse del todo.

Anastasia se quedó muy decepcionada porque no se concretasen ni el proyecto de Verbier ni el de Ginebra. Pero Lev le prometió que solo era un aplazamiento, cosa de unos meses como mucho. Entretanto, ella había regresado a casa de su madre. Gracias a Macaire había conseguido un puesto de secretaria en el Banco Ebezner. Eso le permitía ganarse la vida; ahorraba todo el dinero para sus planes con Lev. Y aunque no la entusiasmara lo que hacía, al menos trabajaba con Macaire, a quien siempre le gustaba ver.

Todas las noches, Anastasia y Lev hablaban por teléfono.

—¿Cuándo vamos a estar juntos? —preguntaba incansablemente Anastasia.

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto? —se impacientaba ella.

—Estoy esperando una señal —contestaba Lev—. La vida está hecha de señales.

Y mientras esperaba una señal del destino que nunca llegaba, había reanudado la rutina del Palace.

Detrás del mostrador de recepción, la voz de Sol sacó a Lev de sus reflexiones.

—Hijo, tengo que contarte algo.

—Dispara, papá —dijo Lev con tono cansado.

—Si te he pedido que no vayas a Ginebra y te quedes aquí es por una buena razón.

—Ya lo sé, los banqueros mataron a mamá.

—No, no, no tiene nada que ver. Es verdad que te doy mucha murga con eso, pero no olvides que soy actor y a veces sobreactúo. No, hay algo muy importante de lo que tengo que hablarte. Tendría que habértelo dicho hace bastante tiempo.

A Sol le temblaba la voz y estaba muy serio.

—Te escucho —dijo Lev, intranquilo de pronto—. ¿Qué ocurre?

Sol titubeó. En ese preciso instante, entró un empleado por la puerta que daba a la trastienda del Palace.

—Lev —dijo—, el señor Rose quiere verte en su despacho.

—Ve, hijo —dijo el padre—. No hagas esperar al señor Rose. Lo que tengo que decirte no es tan importante.

Lev asintió y fue a ver al señor Rose.

—¿Qué ocurre, Lev? —preguntó el señor Rose después de haberle dicho a Lev que se sentase en un sillón frente al suyo—. Desde que volviste de Bruselas hace un mes, tienes la cabeza en otra parte.

—Lo siento, señor Rose.

—Me importa un rábano que lo sientas; quiero saber qué te preocupa.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

Al señor Rose lo irritó el silencio de Lev.

—Mira —le dijo—, no sé si es el asunto con esa chica lo que te tiene trastornado, pero yo necesito tener la garantía de que todos mis empleados están a lo que están. Hay clientes muy importantes ahora mismo en el Palace y quiero estar seguro de que puedo contar con la gente en todos los puestos.

—Por supuesto, señor Rose. Cuente conmigo. No lo decepcionaré.

—Pues entonces vete al bar; los clientes van a empezar a llegar. Quiero un servicio ejemplar.

Lev obedeció y fue al bar. Nada más entrar se topó con Tarnogol, sentado en un sillón, que lo cogió por banda.

—Joven Levovitch, llegas que ni pintado. Quiero tomarme mi té negro con una nube de leche y tú eres el único que sabe prepararlo como es debido.

Lev asintió y preparó el té como lo hacía siempre. Pero en esta ocasión no estuvo a gusto de Tarnogol.

—No está bueno —dijo—. Demasiado amargo. Hazme otro.

Lev obedeció. Pero, por lo visto, el siguiente té estaba demasiado caliente.

—Quiero bebérmelo ahora mismo —se lamentó Tarnogol— y no estar esperando horas a que se enfríe. Hazme otro.

Lev preparó otra taza de té añadiéndole agua para que se enfriase. Pero en esta ocasión estaba demasiado frío.

—¡Un té caliente tiene que estar caliente! ¡Ni templado ni frío! ¡En caso contrario te habría pedido un té templado o un té frío! Pero, a ver, ¿qué te pasa?

No hizo falta más para que Lev, que tenía ese día los nervios a flor de piel, perdiera la paciencia.

—Mire, señor Tarnogol, si no está satisfecho, hágase el té usted en vez de hacerme perder el tiempo.

Tarnogol abrió unos ojos como platos. Hubo un breve silencio, lo que tardó en darse cuenta del descaró de Lev. Y entonces empezó a pegar voces:

—¿Qué has dicho? ¡Niñato impertinente! ¿Cómo te atreves a hablarme así?

Todos los clientes del bar se quedaron paralizados. Lev se arrepintió en el acto de aquel momento de debilidad, pero ya era demasiado tarde.

—¡Que llamen al director! —dijo a voz en cuello Tarnogol, rabioso—. ¡Que llamen al director ahora mismo!

Pocos minutos después, le pidieron a Lev que se personara en el despacho del señor Rose.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó este—. ¿Cómo has podido hacerme algo así?

—Deje que se lo explique —intentó defenderse Lev.

—No quiero oír tus explicaciones —dijo el señor Rose, que parecía muy afectado por la situación—. ¡Tú siempre tienes una buena explicación! Vamos a ver, Lev, te había avisado. ¡Te había pedido que no te pasaras ni un pelo!

—Lo siento.

—Es demasiado tarde para sentirlo, Lev. No le veo más salida a este asunto que despedirte.

—¿Cómo? Pero ¿por qué? ¡Ya sabe que Tarnogol es insufrible!

—¿Que por qué? ¡Pues porque nunca se debe perder la sangre fría con un cliente! ¡Es una de las normas básicas que te he enseñado! Te salvé contra viento y marea después del asunto del baile, pero aquí nadie va a entender que no te despida después de otro incidente. No tengo alternativa, Lev. Ya es hora de que te vayas de aquí. Creo incluso que el despido es el mayor favor que pueda hacerte.

Aún conmocionado, notando que le subían a los ojos lágrimas de rabia, Lev se fue sin decir nada más. Cruzó el vestíbulo corriendo hasta la puerta principal del hotel. Se arrancó de la solapa la identificación y la tiró al suelo. Quería irse ahora y para siempre. Cuando estaba bajando por las escaleras del Palace, llegó un taxi. Se abrió la puerta de atrás y Lev oyó que gritaban su nombre. Se quedó clavado en el sitio; era Anastasia.

Sin acabar de creerse lo que estaba viendo, Lev se abalanzó hacia ella, que se le echó en los brazos.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó él.

—La vida es demasiado corta para desperdiciarla esperando —dijo Anastasia—. Vente a Ginebra conmigo, Lev. Vamos a ser por fin felices juntos.

Él la abrazó con todas sus fuerzas y le dio un prolongado beso. Notaba que una sensación de loca felicidad le invadía el corazón.

—De acuerdo —le dijo.

Ese mismo día, Lev se fue de Verbier con sus pocas pertenencias para instalarse en Ginebra.

Por la ventana de su despacho, el señor Rose, al ver cómo Lev se alejaba de la escalinata del hotel con el equipaje en la mano susurró: «Adiós, hijo mío». Le rodó una lágrima por la mejilla.

*

Veinte años antes

Verbier estaba en plena efervescencia. Todas las autoridades y las personalidades de la comarca se habían reunido para asistir a la inauguración del majestuoso edificio que acababan de construir en la estación de montaña. El establecimiento no estaba abierto aún, pero todo el mundo decía que se trataba de una de las joyas de la hostelería suiza. Los periodistas y los invitados no tenían ojos sino para el promotor del proyecto, Edmond Rose, un hombre de negocios de apenas cuarenta años que, partiendo de la nada, había hecho una gran fortuna inmobiliaria. Un periodista de la radio, enarbolando el micrófono, le preguntó: «Señor Rose, cuando se lleva a cabo un proyecto tan ambicioso como este hotel, ¿puede uno considerar que ha triunfado en la vida?».

A Edmond Rose, esa pregunta le estuvo rondando la cabeza durante mucho tiempo. Todo lo que había emprendido lo había coronado el éxito. En los estudios había descollado. Luego, tras hacer el servicio militar obligatorio, había llegado a teniente coronel en la reserva del ejército suizo. Se había metido en negocios y ahora estaba al frente de un pequeño imperio. Pero estaba solo. A fuerza de recorrer el mundo durante años para ganar dinero, nunca había tenido una relación seria. Ahora solo aspiraba a fundar una familia. Ese era el motivo por el que había construido el Palace. Quería afincarse en Verbier, renunciar a los negocios y dirigir el hotel. Conocer a una mujer y fundar una familia. Llevar una vida normal.

*

Veinte años después, el señor Rose, en la ventana de su despacho, miró cómo se alejaba la silueta de Lev hasta que la perdió de vista. Iba a echarlo muchísimo de menos. La presencia de Lev en el hotel había sido una felicidad cotidiana desde el día de su llegada. Pero ya era hora de que Lev alzase el vuelo. Pues el Palace, por muy grande que fuera, se le había quedado pequeño a una persona de su envergadura.

Para consolarse, el señor Rose se dijo que, por primera vez, había triunfado en la vida. Nunca había encontrado el amor. Nunca había tenido hijos. Pero había tenido a Lev. Había querido y lo habían querido.

Algún día, Lev tendría hijos. Y él sería para ellos como un abuelo. El señor Rose, mirando su reflejo en el cristal, se sonrió a sí mismo. Dejaría una pequeña huella en el mundo.

33. Traiciones

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

Ese día del Gran Fin de Semana en Verbier, a las tres de la tarde Macaire volvía al Palace después de almorzar fuera. Dentro de dos horas iba a reunirse el Consejo para la votación final.

Macaire se había ido del Palace a última hora de la mañana; había sentido la necesidad de despejar la mente y hallar algo de paz. No podía aguantar el seguir cruzándose por los salones del Palace con los empleados del banco que no paraban de bailarle el agua y de llamarlo «señor presidente» con sonrisitas cómplices. Se estaba poniendo muy nervioso con todo aquello. Para encontrar el sosiego que necesitaba, se había ido a Dan, un restaurante pequeñito al pie de las pistas de esquí, que le gustaba mucho y al que se podía ir andando; allí almorzó (el paseo le había abierto el apetito) una *croûte* de queso y una *fondue*.

Al pasar por delante de la recepción del Palace, un empleado lo reconoció y le dijo:

—Señor Ebezner, quería informarle de que está aquí su mujer.

—¿Mi mujer?

—Sí; no había tenido nunca el gusto de coincidir con ella. Anastasia Ebezner es su mujer, ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego —confirmó Macaire, a quien se le iluminó la cara.

—La señora ha pedido una copia de la llave de su habitación y, como usted no estaba, me he permitido dársela.

—Muy bien hecho.

Macaire subió corriendo a su habitación. Pero al llegar se llevó un chasco; ni rastro de Anastasia. Sin embargo, en el espejo del cuarto de baño, había escrito con barra de labios:

Estoy aquí, gatito mío.

A.

La barra de labios estaba en el borde del lavabo. Macaire la recogió y le dio un beso. Ese carmín que Anastasia solo compraba en una tiendecita de París y contra el que él había despotricado tantas veces, cuando viajaba a la capital francesa por encargo de la P-30 y tenía que cruzar la ciudad llena de atascos para comprárselo. Ahora adoraba ese carmín. Lo veneraba. ¡Anastasia había venido! ¡Había venido para apoyarlo! Pasarían juntos aquella prueba y saldrían de ella más unidos y más enamorados que nunca. Notó que se adueñaba de él una poderosa sensación de felicidad. Aquella barrita de maquillaje, por todo lo que simbolizaba, le devolvió de pronto las fuerzas y la alegría. Estaba dispuesto a plantarle cara a Tarnogol y a recuperar esa presidencia que le correspondía por derecho. Deseaba ver a la dueña de ese carmín y abrazarla muy fuerte. ¿Dónde estaba?

Estaba en el armario empotrado, allí mismo, a pocos metros de él, mirándolo por la rendija de las puertas, pero no se atrevía a presentarse ante él. Al principio había dudado en ir a Verbier. Y cuando llegó a la estación de esquí, dudó en ir al Palace. ¿Cómo reaccionaría Macaire al verla? ¿Qué iba a ocurrir entre ellos? Y eso que había preparado minuciosamente ese momento, pero ahora se notaba tan nerviosa que no sabía exactamente qué tenía que hacer. Ni siquiera sabía ya por qué había ido. ¿Para apoyarlo y estar a su lado en ese día, el más importante de su carrera? ¿O para anunciarle la terrible noticia: que todo había acabado y que en Ginebra se encontraría con su casa vacía? A lo mejor valía más no decirle nada ahora mismo para no estropearle el gran momento. Lo más importante era ver cómo reaccionaba al verla allí.

Cuando se disponía a revelar su presencia, oyó de pronto una serie de ruidos sordos. Como si estuviesen dando golpes en un cristal.

Macaire se sobresaltó y se volvió hacia la puerta acristalada de la terraza.

—¡Wagner! —dijo a voces al ver a su agente de enlace en la terraza.

Ella siguió escondida. ¿Wagner? Y ese ¿quién era? Oyó que Macaire abría la puerta acristalada, salía a la terraza y cerraba la puerta para que el aire gélido no se colase en la habitación. No pudo oír lo que se decían los dos hombres.

—¡Wagner! —repitió Macaire tras reunirse con él en la terraza—. Por amor de Dios, ¿qué pinta aquí? Me ha dado un susto de muerte.

—Llevo horas congelándome mientras lo esperaba —se quejó Wagner a modo de saludo—. ¿Dónde se había metido?

—Fui a despejarme la cabeza, si no le parece mal.

—¿Cree que es momento para ir a tomar el aire? Estamos a pocas horas de que se anuncie el nombramiento. ¿Puede explicarme por qué sigue vivo Tarnogol?

—¡No se preocupe, todo está controlado! Horace y Jean-Bénédict van a votar por mí. Tengo la presidencia garantizada.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro de repente?

—He hecho un trato con ellos. A cambio de sus votos, le pongo otro nombre al banco: Ebezner-Hansen; y dentro de quince años me releva Jean-Bénédict. Todo en orden.

Wagner torció el gesto.

—No entiendo estos aplazamientos suyos, Macaire, con lo sencillo que habría sido eliminar a ese canalla de Tarnogol. En fin, apáñeselas como quiera, mientras consiga la presidencia del banco. Es solo que no me parece muy prudente que ponga su destino en manos de los Hansen: bastaría con que Tarnogol los convenza de lo contrario y...

—¡Si Tarnogol se pone tonto, lo mataré! —lo interrumpió Macaire, sacando ostensiblemente del bolsillo el frasquito de veneno.

Al oír esas palabras, Wagner lo miró como si fuera un imbécil rematado.

—¡No es usted más que un aficionado, Macaire! ¡Ya es demasiado tarde, el veneno tarda doce horas en hacer efecto! Y mire que se lo advertí. ¡Tenía que haberlo envenenado anoche! ¡Menudo papelón como la palme después de nombrar presidente a Lev!

—¡Mierda! —renegó Macaire.

—¡Es que no me lo puedo creer! ¡No ha parado usted de desobedecer mis consignas! Si se hubiera atendido al plan desde el principio, no estaríamos en estas. A veces no queda otra, Macaire. ¡Esa es la lección que tiene usted que sacar de sus doce años en la P-30!

—Entonces, ¿qué hago si tengo que librarme de Tarnogol? —preguntó Macaire, desvalido de repente al verse sin un plan alternativo.

Había una bolsa de papel a los pies de Wagner. Sacó una botella de vodka Beluga.

—Esta botella será su última oportunidad, Macaire. El contenido está envenenado. Si Tarnogol bebe un vaso, tardará un cuarto de hora en morir. Convulsiones, paro cardíaco y sanseacabó. En principio, no se verá en la autopsia.

—¿En principio?

—No es que no se pueda detectar, a diferencia del otro veneno, que actúa más despacio. Pero hay pocas posibilidades de que un forense haga las pruebas necesarias para fijarse en la presencia de este producto en el cuerpo de Tarnogol. Lo único que tiene que hacer es evitar que lo vean por ahí con esta botella y dársela a Tarnogol poco antes de que la palme en la moqueta del Palace. Algo así podría despertar sospechas, usted ya me entiende.

—Pero ¿y si hay una investigación? —dijo Macaire, presa de pánico—. ¿Y si hacen las pruebas? ¿Y si...?

—No pierda la calma, Macaire. Todo va a salir bien. Consiga que se beba un vaso de esta botella y todo quedará zanjado.

—¿Y cómo quiere que le obligue a beber un vaso de este vodka?

—Por lo que sé, el Consejo del banco celebrará la última deliberación a las cinco. Lo sé porque el salón de los Alpes, en el que ya se reunieron anoche, está reservado para ellos a partir de esa hora. El Consejo seguirá en el salón hasta las siete y en ese momento irán directamente al salón de baile para anunciar quién es el nuevo presidente. Así que sabemos que a eso de las seis y media Tarnogol pedirá que le lleven un vodka al salón. Es un antiguo ritual al que está muy apegado: todos los días, por la mañana y a última hora de la tarde, esté donde esté, pide un vaso de vodka. Y solo bebe Beluga.

—¿Y qué? ¿Se supone que yo se lo llevo y que casca acto seguido?

—¡Déjeme terminar, Macaire, y escuche atentamente las consignas, caramba! ¿Se cree que la P-30 son unos aficionados? Lo que se pide en los salones no lo sirve el bar del Palace, sino directamente el empleado que tiene a su cargo los salones. Tiene una zona reservada para trabajar, precisamente al lado del salón de los Alpes. Ya verá, hay un cuartito interior con una barra pequeña y, detrás, un armario de ébano con varias bebidas alcohólicas. Ese armario es donde el empleado preparará lo que pida Tarnogol. Cambie la botella de Beluga que hay allí por esta. Encontrará unos guantes de plástico en la bolsa, póngaselos para no dejar huellas. Para

que no se confunda, la botella envenenada tiene una cruz roja en la etiqueta trasera. Deje esa botella en el bar. Es todo lo que tiene que hacer.

—¿Y si alguien más pide un vodka?

—En los salones solo estará el Consejo. No existe ningún riesgo de que Jean-Bénédict Hansen o su padre beban vodka, porque lo aborrecen.

—Hubiese preferido arreglar las cosas por mis propios medios y no tener que llegar a esto... —susurró Macaire, con la mirada perdida—. No soy un asesino.

—Actúa por el bien de su país, Macaire. No es un asesinato, es un gesto patriótico. Suiza le estará eternamente agradecida. Ahora dese prisa en ir a poner esta botella de vodka en el bar de los salones de la primera planta. Es su última oportunidad. Ya no se puede permitir equivocarse, espero que sea usted consciente de ello.

Ocultada en el armario empotrado, ella oyó que se abría la puerta de la terraza. Por la rendija vio a Macaire y a otro hombre (el tal Wagner, seguramente) cruzar la habitación. Macaire llevaba en la mano una bolsa de papel. Antes de salir juntos de la habitación, pudo oír que Wagner decía: «Su rechazo al asesinato lo honra, Macaire. Pero ya es hora de que se libere de Tarnogol. ¡Mátelo antes de que le estropee el fin de semana y le destruya la vida!».

La puerta se cerró. Se habían ido. Se quedó petrificada de espanto.

En el pasillo, Wagner acompañó a Macaire hasta el ascensor. Cuando se abrieron las puertas, le dijo:

—¡Buena suerte, Macaire! Esta es probablemente la última vez que nos vemos. Cumpla con su misión. Es mejor que no me quede por aquí. En cuanto lo elijan presidente, será como si nunca hubiera pasado nada. Ni la P-30, ni las misiones, ni nada. Así que me despido de usted. Y gracias por estos doce años de servicio impecable.

Por un instante, Macaire pensó en contarle lo de las fotos que tenía Tarnogol. Pero lo descartó, era mejor no echar más leña al fuego. Wagner desapareció tras una puerta de servicio y él bajó a la primera planta. Fue por un pasillo al que daban una serie de salones privados. Vio el salón de los Alpes. Inmediatamente al lado, un cuartito como el que le había descrito Wagner, con una barra y un armario de ébano que albergaba un bar.

Tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores, se puso los guantes de plástico y colocó la botella de Beluga marcada con una cruz roja entre las bebidas alcohólicas de mucha graduación, en el sitio de otra botella de la misma marca de la que se deshizo sin más demora en unos servicios cercanos. Nervioso al pensar que había dejado una botella llena de veneno al alcance de cualquiera, decidió quedarse en las proximidades del bar y no perderlo de vista. Vio un sillón y se acomodó en él. Era un puesto de observación perfecto: podía vigilar al mismo tiempo el armario de las bebidas alcohólicas y la puerta del salón de los Alpes, donde dentro de hora y media se encerraría el Consejo del banco para su última deliberación. Solo quedaba ya esperar. Si lo elegían presidente, iría a rescatar la botella de vodka antes de que un empleado del hotel le sirviera un vaso a Tarnogol. Pero si, por ventura, los Hansen no cumplían su promesa, entonces dejaría que las cosas siguieran su curso. El veneno fulminaría a Tarnogol. Moriría casi en el acto, presa de convulsiones. Los Hansen captarían el mensaje. En ese momento, Macaire cayó en la cuenta de que no iba a tener forma de saber el resultado de la elección antes de que se la anunciaran a todo el personal del banco. Tenía que neutralizar a Tarnogol dentro del salón de los Alpes. Necesitaba un cómplice. Agarró el móvil y llamó a Jean-Bénédict, que estaba descansando en su habitación, cinco plantas más arriba. Le pidió que se reuniera con él delante del salón de los Alpes y Jean-Bénédict no tardó en acudir.

—¿Todo bien, primo? —quiso saber Jean-Bénédict.

—Todo bien —contestó Macaire—. Pero voy a necesitar tu ayuda.

—Pues claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

—En cuanto veas que el Consejo está de acuerdo en elegirme, me mandas un mensaje al móvil para avisarme.

—No están permitidos los móviles durante el Consejo —explicó Jean-Bénédict—. Son las normas.

—Entonces alegas una necesidad urgente y te ausentas del salón. No me moveré de aquí.

—Pero ¿por qué quieres que te avise? El presidente vas a ser tú. Hala, ya estás avisado.

—¡Hazlo! —insistió Macaire—. No preguntes, tú hazlo. Es muy importante.

34. Voto final

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

Eran las cuatro y media. Tras un paseo por el pueblo, Lev acababa de volver a la sexta planta del Palace. Se dirigía a su habitación por el ancho pasillo adornado con colgaduras cuando, de repente, de estas surgió una mano que lo agarró por el hombro.

Se dio la vuelta, sobresaltado.

—¿Anastasia? —exclamó—. Pero...

Ella lo besó y se acurrucó en sus brazos.

—Anastasia, ¿dónde te habías metido? Estaba muerto de preocupación. ¿Qué haces en Verbier?

—Tenía que venir a ver a Macaire. Corre un grave peligro, está...

Lev le puso un dedo en los labios para que no dijera ni una palabra más; luego la llevó a su *suite* antes de que los vieran.

—Macaire está a punto de cometer un error tremendo —dijo Anastasia cuando Lev cerró la puerta de la habitación.

—¿Un error de qué tipo?

—Creo que quiere matar a Tarnogol.

—¿Qué?

—Lev, es algo muy grave. Macaire ha trabajado como espía para el Gobierno suizo.

Lev se echó a reír.

—¿Es una broma? —preguntó.

—Para nada. Participó en diversas operaciones que pretendían proteger los intereses de la comunidad financiera suiza. Por lo visto, incluso está relacionado con un doble asesinato, un antiguo informático del banco y su mujer, que querían entregar los nombres de los clientes al Ministerio de Hacienda español.

—Alfred encontró en la chimenea de mi *suite* los restos de un cuaderno, pero el contenido era ilegible.

—Eran las confesiones de Macaire. Lo quemé todo para protegerlo. ¡Ay, Lev! Si supieras...

No pudo terminar la frase. Era superior a sus fuerzas. Lev, al notar que estaba a punto de hundirse, la abrazó.

—Tengo que hablar con Macaire a toda costa —dijo Anastasia tras un prolongado sollozo—. Lo he visto de refilón hace un rato, estaba escondida; pero no estaba solo.

—Vale más que no lo veas —le aconsejó Lev.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo que renuncies a irte conmigo para quedarte con él. Tengo miedo de perderte como hace quince años.

—No, Lev, yo quiero estar contigo. Pero no quiero que le pase nada malo a Macaire. ¡Quiero lo mejor para él!

Lev se puso muy serio:

—¡Voy a ocuparme de ello, te lo prometo! Macaire será presidente. Todo irá bien para él. Tienes que fiarte de mí. ¡Sobre todo, no salgas de esta habitación bajo ningún pretexto!

Poco después de las cinco, en el salón de los Alpes, donde la sesión del Consejo acababa de empezar.

En su calidad de decano del colegio, era Horace Hansen quien presidía los debates desde la muerte de Abel Ebezner. Decidió no complicarse la vida con una discusión larga.

—Llevamos casi un año intercambiando puntos de vista acerca de los candidatos —rememoró—. Creo que todo está ya dicho y todo el mundo ha tenido tiempo de elegir. Podemos pasar directamente a la votación. Voto por Macaire Ebezner.

Tarnogol procuró no mostrarse sorprendido.

—Yo también voto por Macaire Ebezner —anunció a renglón seguido Jean-Bénédict.

—Dos votos para Macaire —contabilizó Horace, deseando acabar—. Asunto arreglado.

Tarnogol cogió su maletín de cuero, sacó un ordenador portátil y dijo:

—Tengo una información de capital importancia que comunicarles a ustedes. He recibido esto en un correo electrónico anónimo hace una hora.

Las seis y cuarto. Macaire esperaba muy nervioso en el pasillo, delante del salón de los Alpes, a que su primo diera señales de vida. A través del tabique podía oír el tono de una enardecida discusión, pero sin entender qué se decía.

De repente, se abrió la puerta violentamente y apareció Jean-Bénédict. Parecía consternado.

—¿Y qué? —preguntó Macaire.

—¡Pues que has perdido! —dijo Jean-Bénédict, tragando saliva y consternado—. Ha ganado Levovitch.

—¿Cómo?

—No he podido hacer nada. Hemos votado. Se acabó. Levovitch ha salido elegido presidente del banco.

35. Días felices

Quince años antes

Empezaba el mes de septiembre. Ginebra se adornaba despacio con los colores del otoño.

Olga von Lacht, vestida y tocada para la ocasión, entró en el hotel Beau-Rivage, en el muelle del Mont-Blanc, con la cabeza erguida y Anastasia a la zaga.

Como todos los domingos, iban a tomar el té en ese hotel de lujo a orillas del lago Lemán. Como todos los domingos, se sentaban en los mismos sillones y, como todos los domingos, Olga pedía por ambas:

—Un samovar de té negro —ordenó— y una ración de bizcocho de zanahoria para compartir.

Decía «samovar» para que quedase fino. Anastasia era ahora la única que tenía que soportar la ceremonia del té: su hermana Irina estaba dispensada de las obligaciones familiares desde que se casó con el gestor de patrimonio del Banco Ebezner. Su madre ahora le exigía que se dedicase a darle frutos a la pareja: «¡Y ahora a quedarse embarazada enseguida!».

Olga se había quedado muy decepcionada por la ruptura de Anastasia con Klaus. No estaba al tanto de los pormenores de la historia, pues Klaus se había cuidado muy mucho de contar que le habían dado una paliza en su propio piso. Oficialmente, habían roto. Olga había llamado por teléfono a los padres de Klaus para disculparse: «Sepan ustedes que lamento mucho la conducta de mi hija; su Klaus es una joya». La madre de Klaus se había mostrado más filosófica: «Son jóvenes; a veces sucede que la cosa no cuaja. Más vale que se den cuenta ahora y que se ahorren tener un matrimonio desgraciado». Olga no estaba para nada de acuerdo, pero ni se le ocurrió decirlo.

Ese domingo, en el salón del Beau-Rivage, Olga le dijo a su hija:

—Tenías la ocasión de hacer una boda de ensueño y te da por hacer remilgos.

—Soy más feliz sin él —aclaró Anastasia.

Olga la imitó poniendo voz chillona y ñoña:

—¡Soy más feliz sin él! ¡Mira lo bien que se le ha dado a tu hermana! ¡A ver si aprendes!

—Se ha casado con un gordinflas calvorota —se atrevió a decir Anastasia.

—¡Niña, esa boquita! ¡Estar calvo, pero es rico! ¡Y tu hermana vive ahora en un chalé con piscina! ¡Y tú has vuelto a la casilla de salida! ¡Con un trabajo de secretaria, puf! ¡Secretaria! ¿Quién va a soñar con algo así?

—Por lo menos me gano la vida —hizo notar Anastasia—. Es el primer paso para independizarme.

—¡De independizarse nada! Mientras yo viva, solo saldrás de mi casa casada y bien casada, niña. ¡He dicho! ¡Ya está bien de poner pegas!

Anastasia agachó la cabeza y Olga vigiló el punto del té, que acababan de traer. De repente, oyó que un empleado se dirigía a un cliente que estaba sentado detrás de ellas:

—Aquí tiene, señor conde Románov.

Olga abrió unos ojos como platos y se volvió disimuladamente. ¡Era él! ¡Caramba! ¡Qué extraordinaria coincidencia! Se inclinó hacia su hija para mayor discreción y le cuchicheó al oído:

—¡Ahí está el conde Románov!

—¿Quién? —preguntó Anastasia, haciendo como que no sabía de quién le estaba hablando.

—¡Lev Levovitch, el conde Románov! ¡Ese ruso blanco tan guapo del Gran Fin de Semana de Verbier!

—¡Ah, ese! —dijo Anastasia fingiendo total indiferencia.

Olga se levantó del sillón y agarró a su hija del brazo para llevarla consigo.

—¡Lev Levovitch, el conde Románov! —exclamó—. ¡Qué sorpresa tan estupenda!

—¡Vaya! ¡Mi querida señora Von Lacht! —exclamó Lev.

La saludó con deferencia.

—¿Se acuerda de mi hija Anastasia?

—¿Cómo olvidar un rostro tan perfecto? —dijo Lev, besándole la mano.

Anastasia se estremeció. Le entraron ganas de abalanzarse hacia él y de besarlo apasionadamente. Pero se contuvo para no revelar que eran cómplices.

—¿Qué hace usted en Ginebra, estimado amigo? —preguntó Olga.

—Pues resulta que al final he atendido las peticiones de mi amigo Abel Ebezner. Me perseguía para que entrara en su banco y, al final, he aceptado. Prefería el duro oficio de rentista —añadió, sonriente—, pero ¿qué quiere que le diga? Soy incapaz de negarle nada a un amigo. Y además, así me mantengo ocupado. ¿No dicen acaso que la ociosidad es la madre de todos los vicios?

—En cualquier caso, quien tiene un amigo fiel tiene un tesoro —lo halagó Olga.

—Así que me he vuelto ginebrino, al menos por una temporada.

—¿Dónde se aloja?

—He alquilado una *suite* en el Hôtel des Bergues. Resulta práctico.

—¡El mejor hotel de Ginebra! —dijo Olga, maravillada.

—Sí, la verdad es que es muy confortable. Pero me gusta venir de vez en cuando al Beau-Rivage, para tomar un té... La emperatriz Sissi bien lo vale.

—¿A que sí? —dijo Olga entusiasmada y convencida de que había encontrado a su alma gemela—. ¡Cuánto escasea la gente joven con tan buen gusto como usted! Si necesita una guía para descubrir Ginebra, no dude en pedírselo a Anastasia. Para ella será un placer llevarlo a conocer la ciudad. ¿No deberían quedar ya?

—No querría abusar de su encantadora hija —dijo Lev.

—¡Ay, sí, abuse, se lo ruego!

—Pues resulta que esta noche tengo que ir a una cena en la embajada de Inglaterra y no tengo pareja...

—¡Anastasia está libre! —decretó Olga.

—Me temo que vaya a ser de lo más aburrido —avisó Lev.

—¿A qué hora tiene que estar preparada?

En la tibieza de la noche de septiembre, en la isla Rousseau situada en pleno lago Lemán, que en ese punto volvía a ser el Ródano, Lev y Anastasia se reían a carcajadas, abrazados encima de la manta del pícnic.

—Una cena con el embajador de Inglaterra, ¡no puedo creer que se lo haya tragado! —dijo Lev divertido.

Estaban contemplando la fachada majestuosa del Hôtel des Bergues, que se alzaba ante ellos.

—Mi madre me ha dicho que si me invitabas a pasar la noche en tu *suite*, debía aceptar. Me ha dicho: «Es guapo y es rico, no hay que pensárselo dos veces».

Lev le dijo entonces:

—Puedes pasar la noche en el estudio que he alquilado en la calle de Les Eaux-Vives.

—Eso es lo que quiero.

—Algún día te ofreceré algo mejor —le prometió él—. Tendrás la vida con la que siempre has soñado.

Ella lo besó apasionadamente para que se callase. Luego le dijo:

—Me importa un rábano una *suite* en el Hôtel des Bergues, tonto. Con lo que he soñado siempre es con alguien como tú. Lo demás no me importa nada. Y, además, ¿por qué una *suite* en el Hôtel des Bergues? Vivir en una *suite* de hotel es para solitarios desapegados.

—¿Dónde te gustaría vivir? —preguntó Lev.

—No tengo ni idea, pero en cualquier caso, en un hotel, desde luego que no.

—¡Venga! —pidió Lev—. Tiene que haber un sitio que te haga soñar.

—Hay una casa en Cologny —admitió ella—, en el camino de Byron, que dicen que tiene unas vistas extraordinarias de toda Ginebra. Paso delante de esa finca cada vez que voy a casa de los Ebezner: la casa solo se ve a medias a través de un portón, pero a veces me imagino que vivo en ella y que me tomo el café por las mañanas en una azotea a cuyos pies está el lago Lemán.

—Bueno, pues vamos a ver esa casa ahora mismo —sugirió Lev.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero si son casi las diez de la noche.

—Andando. No hay hora para los sueños.

Tomaron un taxi y fueron hasta la finca. Estaba en lo alto de la colina de Cologny, junto al Pré Byron, que brinda unas vistas de Ginebra y del lago Lemán que quitan el hipo. Lev se llevó allí a Anastasia. Se sentaron en un banco y admiraron el paisaje.

—Imagínate que estamos en la azotea de esa casa y que estas vistas nos pertenecen.

—Nos pertenecen —le hizo notar Anastasia— incluso sin la casa.

Lev la abrazó muy fuerte. Admiraron los centelleos del lago y de las luces del centro de la ciudad, que se perfilaba en la oscuridad.

—Un día te regalaré esta casa —prometió Lev—. Un día tendré posibles para poner a tus pies los tesoros más hermosos. Ebezner está muy contento conmigo; dice que me va a subir el sueldo antes de Navidad, y además con una buena prima de fin de año. Dice que si sigo en el banco, dentro de nada me estaré ganando muy bien la vida.

—Me importa un bledo el dinero, Lev. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¿Eres feliz en el banco?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Estaba dispuesta a ser camarera de piso en el Palace de Verbier para estar contigo. Que no se te olvide nunca.

En el Banco Ebezner, habían instalado a Lev en el despacho que compartían Macaire y su primo Jean-Bénédict. Habían añadido una mesita en un rincón para que trabajase allí y los dos primos, futuros miembros del Consejo como herederos, no se habían sentido molestos, en sus estupendos escritorios de ébano, por la presencia del nuevo que les había encomendado Abel Ebezner para que lo formasen en el oficio y al que llamaban campechanamente «el becario».

Anastasia trabajaba en la secretaría del Departamento Jurídico, una planta más abajo. Solía ir a verlos para el café de media mañana y a veces para salir a almorzar. Por los pasillos del banco todo el mundo la miraba; su belleza y su inteligencia los tenía locos a todos, empezando por los primos. Por discreción, Anastasia le había pedido a Lev que no mencionase su relación. Y él, de entrada, no había entendido por qué tenían que esconderse.

—No hay nada malo en quererse —argumentó.

—El problema no está en nosotros, sino en los demás —contestó Anastasia—. Creo que es mejor que nos protejamos.

—¿Protegernos? Pero ¿de quién?

—¡De los demás, precisamente! Tú no te das cuenta, Lev, pero la gente te tiene envidia.

—¿Y por qué iban a tener envidia de un simple becario?

Cuando Lev decía eso, ella se arrojaba en sus brazos en un arrebato de amor infinito. Le tomaba el rostro entre las manos, clavaba la mirada en la de él y le susurraba:

—Lev Levovitch, eres el único que no ve lo que a todo el mundo le salta a la vista.

En el banco, Anastasia presenciaba cómo Lev iba ascendiendo a diario aun sin proponérselo. Bastaron unas pocas semanas para que se convirtiese en la nueva estrella de la entidad.

Al principio, se suponía que tenía que acompañar a los ejecutivos del banco veteranos cuando se reunían con los clientes, como simple observador para iniciarse en las sutilezas del oficio; Lev se encontró ante clientes, la mayoría de las veces extranjeros, cuya lengua y cultura dominaba mejor que nadie. Además, su experiencia en el Palacio le había proporcionado mucha soltura con los clientes más acaudalados, cuyas exigencias y extravagancias nunca lo pillaban desprevenido. No tardó en ser el que animaba las conversaciones. Las reuniones derivaban en charlas políticas, culturales, existenciales a veces, ante la mirada atónita del ejecutivo al que Lev acompañaba.

Pronto solo se habló de él por los pasillos del banco. Compañeros, directores y clientes eran unánimes: aquel joven tenía talento para todo.

Había, por descontado, voces discordantes. A algunos los escandalizaba la llegada de aquel joven divo, de quien se murmuraba que hasta entonces había estado empleado en un hotel de montaña y que no tenía la mínima experiencia. El asunto acabó por llegar al Consejo del banco, en el que, por entonces, Abel Ebezner solo era vicepresidente. Era su padre, Auguste, quien presidía la entidad. Auguste Ebezner tenía ya una edad muy avanzada y le costaba moverse, pero seguía estando perfectamente lúcido y tremendamente apegado a la tradición. Ya solo acudía al banco para las sesiones del Consejo de los miércoles, pero conservaba el cargo y el aura de presidente del banco, aunque a diario fuera Abel quien dirigiera la entidad.

—Oigo cosas muy curiosas —le dijo Auguste a su hijo Abel durante una sesión del Consejo que tomó un giro especialmente tormentoso—. Me hablan de un chico joven e inexperto. Algo así como un tarado de los Alpes que lleva trabajando aquí varias semanas y a quien se le encomiendan ya responsabilidades de importancia.

—Se llama Lev Levovitch —estimó oportuno concretar Abel—. Y dista mucho de ser un tarado de los Alpes. Es una de las personalidades más brillantes que he tenido oportunidad de conocer.

—Levovitch —dijo extrañado Auguste Ebezner—. ¿Y de qué gueto sale ese?

Aquel comentario despertó la hilaridad de los otros dos miembros del Consejo que, por entonces, eran Horace Hansen y su padre, Jacques-Édouard Hansen.

—Pero ¡bueno! —dijo Abel, molesto—. ¡Lev es un muchacho con una inteligencia excepcional! Si ya tiene responsabilidades es precisamente porque se le da bien. No veo dónde está el problema.

—¡El problema es que era un botones! —objetó Horace Hansen, enfadado a todas luces—. Nos has encasquetado a un botones de hotel en gestión de patrimonio. ¿Esto es un banco o un circo?

—Para que lo sepas —replicó Abel—, el pasado junio, cuando Lev era todavía botones, como dices tú, anticipó el movimiento de la Reserva Federal estadounidense cuando todos nuestros expertos se habían colado. Todos nuestros clientes perdieron dinero ese día.

—¡Pura casualidad! —estimó Horace, descartando el argumento con una mueca aviesa—. Era una de dos. Y además, toda la banca se coló, no solo nosotros.

—¡Todo el mundo menos él! —especificó Abel.

—En cualquier caso —refunfuñó Horace—, a mí me parece muy chocante que ese Levovitch esté en contacto directo con los clientes importantes.

—Son los clientes quienes lo solicitan —le recordó Abel—. Ya veréis cómo dentro de poco nos lo querrá quitar la competencia. Se lo van a rifar. Si nos deja, nos arriesgaremos a perder parte de nuestra clientela. Y tú, Horace, no sé a santo de qué estás tan indignado con Levovitch.

—Porque ese individuo acaba de llegar y ya tiene más responsabilidades que nuestros propios hijos, Macaire y Jean-Bénédict. ¡Y ellos sí que tienen ya unos cuantos años de solera!

—¿Es cierto eso? —dijo preocupado Auguste Ebezner.

—¡Nuestros hijos son unos inútiles! —se justificó Abel—. ¿Qué queréis que le haga yo? En eso son tal para cual.

—¡Tu hijo es un inútil! —replicó Horace, muy ofendido—. El mío consigue muy buenos resultados.

—Consigue buenos resultados desde que le pide consejo a Lev —comentó Abel—. Lo persigue diciendo: «Oye, becario, ¿puedes echarme una mano en esta cuenta?». Si es que hay que verlos, a los muy pánfilos, yendo todos los días a comer al restaurante, cuando Lev se conforma con un bocadillo en el despacho mientras estudia las cuentas.

—¡No te permito que llames a mi hijo pánfilo! —dijo indignado Horace Hansen.

—¡Calma! —dijo con voz atronadora Auguste Ebezner—. ¡El presidente soy yo y aquí soy yo quien decide! No quiero que el tal Lev tenga más responsabilidades que dos futuros miembros del Consejo. Te ordeno, Abel, que obres en consecuencia y lo limites a tareas de becario: fotocopias, cafés y correo.

—Pero, bueno, papá —se enfadó Abel—, ¡eso es totalmente absurdo!

—¡De absurdo, nada! Según el reglamento del banco que puso en marcha tu difunto abuelo...

—¡Ay, por favor te lo pido, no me cites ese estúpido reglamento! ¡Es de chiste! ¿Eso es lo único que tienes contra Lev?

—¡He dicho que basta! —dijo irritado Auguste—. Ya estoy harto de tu insolencia. Esto es lo que dice el reglamento: solo puede ser ejecutivo, salvo en el caso de derechos hereditarios, quien traiga sus propios clientes al banco.

—El derecho hereditario ese es ridículo, y el reglamento, también.

—Sin el derecho hereditario tú no estarías hoy donde estás —le recordó Auguste a su hijo. A esa observación siguió un prolongado silencio—. En cuanto ese chico traiga al banco su primer cliente importante, podrá ser ejecutivo.

—Pero ¡que insensatez! —dijo Abel, indignado—. ¿Cómo va a poder captar clientes si no es ejecutivo de forma oficial? ¡Es la cuadratura del círculo!

—¡He dicho! —zanjó tajantemente Auguste para poner fin a todas esas argucias, ante la mirada burlona y satisfecha de Horace y de su padre, Jacques-Édouard Hansen.

A Abel no le quedó más remedio que respetar la decisión del Consejo y Lev quedó limitado a las tareas administrativas más sencillas. Macaire y Jean-Bénédict se aprovecharon de lo lindo y abusaban de él todo lo que podían y más. Para no traerle más complicaciones a Lev, Abel Ebezner lo recibía en secreto en su despacho después de la jornada laboral. Allí le inculcó lo que Lev no había podido leer en ningún libro, los códigos de la buena sociedad de Ginebra, el funcionamiento de los bancos privados y las conductas apropiadas en aquel universo tan peculiar.

—Acabarás por imponerte en este banco, muchacho —le reconoció un día Abel en la intimidad de su despacho.

—Me da la impresión de que más de uno no quiere que esté aquí. No soy de la tribu.

—Precisamente porque no eres de la tribu, terminarás imponiéndote. Llegarás a ser excepcional.

—¿Un directivo excepcional de la banca?

—Un hombre excepcional. Es lo que le falta a este banco: personas excepcionales. Creo que algún día cambiarás el destino de este banco.

Una tarde de noviembre, Macaire fue a buscar a su padre al despacho; se quedó parado en el umbral de la puerta, que estaba entornada. Al oír voces, se puso a espiar por la rendija y vio que Levovitch estaba allí dentro en animada charla con Abel, que al cabo le dijo:

—En el fondo, Lev, me habría gustado mucho tener un hijo como tú.

—¿Un hijo como tú, va y le dice! —se quejó Macaire, muy molesto, un rato después en una mesa del Remor donde acababa de reunirse con Anastasia—. ¡Hay que fastidiarse, se le olvida que ya tiene un hijo!

—Estoy segura de que no pretendía decir eso —templó Anastasia.

—¿Lo oí perfectamente! ¡Vaya con el Levovitch ese! ¡Se va a enterar!

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó Anastasia—. ¿Te ha visto tu padre?

—No, no he entrado en el despacho, claro. ¡No quería molestar a papi y su hijito! Me he ido sin querer saber nada más y me he venido aquí contigo.

Casi todos los días, al terminar la jornada laboral, Anastasia y Macaire iban a tomar algo al Remor, que estaba a dos pasos del banco. A Macaire le gustaban mucho esos ratos a solas con ella. Charlaban largo y tendido, Anastasia no parecía tener prisa. Él se la comía con los ojos, subyugado.

Estaba loco por ella y no podía evitar preguntarse si aquellas citas reiteradas al caer la tarde no significarían que el sentimiento era mutuo.

Esa tarde, en el Remor, Macaire le preguntó a Anastasia:

—En el fondo, ¿tú qué opinas de Lev?

—Me parece majo.

—¿Cómo que majo?

—¡Pues majo! No entiendo la pregunta.

—Bueno, cuando volvisteis de Bruselas parecíais bastante íntimos.

—Somos buenos amigos.

—¿Así que no estáis juntos? De todas formas, me lo habrías dicho, ¿no? Nos lo contamos todo.

Ella no quería que Macaire se pusiera celoso y le complicase la vida a Lev en el banco. Ya lo habían bajado de categoría injustamente. Anastasia se había dado cuenta de que iban contra él y no quería ponérselo más difícil. Si Macaire le cogía manía, se las arreglaría para que su abuelo Auguste, que estaba de su parte, echase a Lev del banco. No quería correr el riesgo de volver a perderlo. Así que decidió mentir.

—No, no estoy con Lev —le aseguró, poniendo cara de estar muy sorprendida.

—Eso pensaba yo —asintió Macaire, tranquilizado—. Yo creo que Lev está con Petra.

—¿Petra? —dijo extrañada Anastasia—. ¿La morena alta de contabilidad?

—Sí, estoy seguro. Se pasa la vida metida en nuestro despacho y no le quita ojo. Bueno, sea como fuere, mejor si Lev y tú no estáis juntos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sí. Creo que me llevaría un disgusto.

Macaire intentó poner la mano encima de la de Anastasia, pero ella se apresuró a apartarla. Ganas le dieron de confesárselo todo allí mismo, pero se mordió los labios: no quería complicar más las cosas. Era muy consciente de cómo la miraba Macaire y no le apetecía romperle el corazón. No quería hacerlo sufrir. Le tenía mucho afecto a ese chico, con ese apellido que le venía un poco grande, pero que era amable y atento, un conversador ameno y con quien no se aburría nunca.

A Anastasia le agradaba mucho la compañía de Macaire, pero si se pasaba todos los días tanto rato en el Remor después de salir del banco era

para esperar en un lugar resguardado a que Lev saliese de sus citas secretas con Abel Ebezner. Además, era Macaire quien iba sistemáticamente a reunirse con ella; Anastasia nunca había querido dejar que se hiciera ilusiones. Se sentaba siempre de cara a la cristalera; cuando Lev salía, se quedaba en la acera de enfrente y le hacía una seña discreta. Ella alegaba entonces que ya era hora de irse y se reunía con su amante en una calle paralela. Se daban prolongados y profundos besos, besos que compensaban aquel día que habían pasado tan cerca pero sin poder tocarse. Luego iban a cenar, o al cine, y acababan en casa de él. Muchas veces Anastasia pasaba allí la noche: su madre la dejaba ahora en total libertad pues la creía en una *suite* de Les Bergues consolidando su porvenir.

Esa noche, mientras cenaban en un restaurante pequeñito del barrio de Les Eaux-Vives, Anastasia le dijo a Lev:

—Por lo visto, Petra te tira los tejos.

Él se echó a reír.

—¡Algo más que los tejos! Voy a tener que poner una denuncia. ¿Quién te lo ha dicho?

—Macaire. Prefiero que crea que estás con Petra y que no sepa que estamos juntos.

—Me parece que estás equivocada —dijo Lev, poniéndose serio.

Ella adoptó una expresión falsamente severa:

—¡No te acerques demasiado a Petra!

—Si pudiera decirle a Petra que tú y yo estamos juntos, me dejaría en paz —replicó.

—Pues dile que tienes una novia en el extranjero.

Él alzó los ojos al cielo y se echó a reír. Le cogió la mano a Anastasia y se la besó.

Qué felices eran.

Pensaban que tenían la vida por delante.

Y, sin embargo, todo estaba a punto de desplomarse.

36. El coordinador de banquetes

El domingo 1 de julio de 2018 por la mañana, Scarlett y yo probamos suerte en el café de al lado de la oficina de correos. La dueña, después de servirnos dos expresos, nos indicó que el señor Bisnard no había llegado todavía, pero que estaría al caer. Efectivamente, media hora después entró un hombre en el local.

—¡Denis, tienes visita! —le anunció la dueña, señalándonos con la barbilla.

Él se acercó a nuestra mesa y nos pusimos de pie para saludarlo.

—¿Es usted el Escritor? —me preguntó el señor Bisnard cuando me hube presentado.

Asentí.

—Y yo soy Scarlett Leonas, la asistente del Escritor. En realidad, soy yo la que carga con todo el trabajo.

—Suele pasar —comentó el señor Bisnard, estrechándole la mano—. ¿Quién les ha dicho que me encontrarían aquí?

—El director adjunto del Palace —le expliqué—. Disculpe que lo persigamos así, pero necesitamos hablar con usted.

—¿Sobre qué? —preguntó Bisnard.

—El asesinato de la habitación 622.

El señor Bisnard parecía estar muy sorprendido. Nos sentamos los tres en torno a la mesa y él pidió un café. Le contamos todo lo que sabíamos, cosa que probablemente lo convenció de que éramos personas serias. Nos rogó entonces que lo disculpásemos un momento y salió del local para volver al cabo de un rato con una caja de zapatos; había ido a buscarla a su casa, que pillaba muy cerca.

—Me encantaba trabajar en el Palace —nos dijo, abriendo la caja ante nosotros—. He conservado algunos recuerdos.

Nos enseñó todas sus reliquias de los años pasados en el hotel, fotos, menús y artículos de prensa dedicados a las cenas de gala que se celebraban allí. Scarlett examinó atentamente todos los objetos y reconoció de pronto a dos hombres en una foto.

—¿Este es Edmond Rose? —preguntó, al relacionarla con el retrato que había en el despacho del director del Palace.

—Sí —asintió Bisnard—, y el de al lado es...

—Abel Ebezner —dijo Scarlett antes de que a él le diera tiempo a acabar la frase.

—Me deja usted de una pieza —reconoció Bisnard—. El señor Rose y Abel Ebezner se conocían mucho. El señor Ebezner era un cliente habitual del Palace. Por lo visto, fue el señor Rose quien lo convenció para que celebrase en su hotel las reuniones anuales del banco.

—Se refiere al Gran Fin de Semana —especificó Scarlett.

Bisnard esbozó una sonrisa:

—Definitivamente, está muy bien informada.

Bisnard nos habló del Gran Fin de Semana anual del Banco Ebezner en el Palace, un acontecimiento importante que no solo le proporcionaba muchas ganancias al hotel, sino que además le garantizaba cierta fama. Este éxito se debía esencialmente al buen hacer del señor Rose, que había convertido a Abel Ebezner en un cliente fiel.

—¿Por qué terminó la tradición del Gran Fin de Semana?

—El banco alegó razones de presupuesto, pero creo que en realidad todo cambió después de lo que pasó.

—¿Después del asesinato, quiere decir?

—Sí. ¿Por qué les interesa este asunto?

—Lo descubrimos por casualidad. Nos intrigó un detalle: nos enteramos de que la habitación 621 bis era antes la habitación 622 y de que habían cambiado el número después del asesinato que se cometió en ella. Nos entraron ganas de ahondar en el asunto.

—Fue una ridiculez cambiar el número de la habitación —se lamentó Bisnard.

—¿A quién se le ocurrió la idea? —preguntó Scarlett.

—Al señor Rose. Pero hay que situar la decisión en su contexto. En esa estación de esquí apacible, donde nunca pasa nada, este caso fue un auténtico bombazo. ¡Y para colmo, en el Palace! En el Palace los clientes se

sentían protegidos de todo, en otro mundo, en una burbuja, como se dice ahora. De la noche a la mañana todo cambió. Un asesinato, ¿se hacen una idea? Las semanas siguientes fueron desastrosas: los clientes anulaban las reservas en bloque. El hotel estaba vacío y la estación de esquí, también. Tardamos una temporada entera en salir del bache. El señor Rose ya no quería ni oír hablar de la habitación 622. Decidió eliminarla, sin más. Decía: «¡La 622 es una habitación que hay que olvidar!». Para evitar el engorro de tener que cambiar los números de todas las habitaciones de la planta al poner la 623 en el lugar de la 622, se decidió sustituir el «622» por el «621 bis». Cambiamos la placa de la puerta y la entrada de la base de datos y listo. Todo olvidado.

—¿Quién descubrió el cuerpo la mañana del 16 de diciembre? — preguntó Scarlett.

—Un chico en prácticas. Pobrecillo. Tenía que llevar el desayuno a la habitación 622. Recuerdo que vi la comanda la noche antes, en el momento de irme a casa. De hecho, todavía me acuerdo: mucho caviar, dos huevos pasados por agua y un vaso de vodka Beluga.

—¿Caviar y vodka? —dijo Scarlett extrañada.

—Sí, al llegar ante la 622, el camarero se encontró la puerta entornada. Como no acudía nadie a abrir, simplemente la empujó. Y entonces vio la sangre en el suelo y el cadáver.

—¿Usted ya no estaba en el Palace cuando se descubrió el cuerpo?

—No, estaba en casa. Menuda nohecita habíamos tenido en el Palace, volví muy tarde a casa, debía de ser casi la una de la madrugada. Me despertó mi mujer diciendo que la policía estaba en el Palace.

Scarlett, que seguía explorando en la caja, sacó de pronto una cuartilla.

—¡Es el programa del último Gran Fin de Semana! —exclamó.

—Veo que no se le escapa nada —dijo Bisnard, divertido.

Scarlett me alargó el papel para que pudiera mirarlo más de cerca.

*Gran Fin de Semana del Banco Ebezner
Del 14 al 16 de diciembre*

18:00: Cóctel de bienvenida
Beluga cocktail

19:00: Comunicados oficiales

19:30: Cena
Entremeses
Foie-gras de pato con confitado de la casa
Raviolis de cangrejo
Lubina a la sal con verduras de temporada
Saint-Honoré con crema Chiboust
Té, café y dulces

22:00: Apertura del baile

—¿Por qué lo ha conservado? —preguntó Scarlett.

—Después del asesinato, cuando había grandes recepciones, el señor Rose lo enarbolaba para que lo vieran los equipos y les decía: «Que no se les olvide nunca que las veladas mejor organizadas pueden convertirse en una catástrofe. Eso fue lo que ocurrió aquella noche y es probablemente lo peor que le puede pasar a un hotelero».

—Pero este es el programa del 15 de diciembre —comentó Scarlett—. Creía que el asesinato había ocurrido la mañana del 16 de diciembre. ¿Qué ocurrió el 15 por la noche?

Bisnard se nos quedó mirando un momento antes de contestarnos:

—La velada del banco se convirtió en una catástrofe.

37. Grandes remedios

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

Delante del salón de los Alpes, Macaire, perplejo, repitió:

—¿Levovitch presidente? Pero... ¿cómo es posible?

—Mi padre ha votado a Levovitch.

—¿Tu padre? Pero si habíamos quedado en que...

Jean-Bénédict interrumpió a su primo:

—¡Sé perfectamente en qué habíamos quedado! —se impacientó—. Pero ¡a ti se te olvidó informarnos de un detalle, cochino traidor!

—Pero, bueno, Jean-Béné, ¿a ti qué te ha dado?

—¡Me ha dado que lo sé todo! Quisiste vender los nombres de nuestros clientes extranjeros al fisco para hundir el banco!

*

Una hora antes, en el salón de los Alpes

—Tengo una información de capital importancia que comunicarles a ustedes. He recibido esto en un correo electrónico anónimo hace una hora.

Pulsó una tecla y en la pantalla del ordenador apareció un vídeo.

Se notaba que la secuencia estaba rodada con cámara oculta. Aparecía Macaire en un restaurante desierto (en Milán, como se veía en el resto del fragmento). Frente a él, un hombre trajeado que, por la conversación y por su acento, se deducía enseguida que era un representante del fisco italiano.

—¿Sigue dispuesto a vender el nombre de sus clientes italianos que ocultan dinero en Suiza? —pregunta el hombre.

—Dispuéstísimo —confirma Macaire.

—¿Por qué lo hace?

—Ya se lo he explicado: me han apartado de la presidencia del banco. Desde hace trescientos años, este banco familiar ha ido pasando de padres a hijos. Pero mi padre, ya ve usted, siempre me ha considerado un incapaz.

—¿Es consciente de las consecuencias que tendrá para ustedes? Los Estados extranjeros podrán demandar al banco por evasión fiscal: podría arruinarse con el pago de las multas y los daños y perjuicios, y se le podría prohibir operar en algunos mercados extranjeros.

Macaire no se inmuta. Mira fijamente a su interlocutor y dice:

—Nuestra sucursal de Lugano está llena de clientes milaneses que cruzan la frontera a diario para hacer ingresos en efectivo. ¿Le interesa o no?

—Estamos dispuestos a pagar una suma muy elevada por esa lista.

—¿Cuánto?

El hombre escribe una cantidad en un trozo de papel y se lo alarga a Macaire. No se ve la cifra, pero Macaire asiente y parece satisfecho con la suma propuesta. Añade:

—Hay algo más: quiero que se garantice mi seguridad. Quiero mudarme aquí, a Milán, y sobre todo tener la certeza de que no me extraditarán en caso de que me persiga la justicia suiza.

La grabación se interrumpe.

Tarnogol bajó la pantalla del ordenador.

Jean-Bénédict y Horace Hansen se quedaron completamente espantados.

—Este es en realidad —dijo Tarnogol— el hombre a quien se disponen ustedes a elegir presidente del banco.

*

—¡Yo nunca habría traicionado al banco! —le aseguró Macaire a Jean-Bénédict cuando este le hubo contado lo que acababa de ocurrir en el salón de los Alpes.

—¡Pues entonces explícame ese vídeo!

—He caído en una trampa. ¡Te lo explicaré todo, te lo prometo! Mientras tanto tienes que ayudarme. El tiempo apremia.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó Jean-Bénédict, que ya no sabía a quién creer.

—A conseguir la presidencia...

—Pero, vamos a ver, ¿has oído lo que te he dicho? ¡Ya está elegido Levovitch! ¡Se acabó!

—¡No, no se acabó! ¡No-se-a-ca-bó!

—¡Ya hemos votado! Dentro de tres cuartos de hora, el Consejo saldrá de aquí para ir al salón de baile y anunciar a todo el mundo que Levovitch es el nuevo presidente del banco.

—¡Puede que hayáis votado, pero nadie sabe el resultado!

—¡Nadie aparte de mi padre y Tarnogol!

—Tu padre entrará en razón. En cuanto a Tarnogol, no saldrá vivo de esa sala.

Jean-Bénédict miró a su primo con ojos intranquilos.

—¿Qué? ¿Qué me estás contando? Macaire, estás empezando a darme miedo...

—¡No es el nombre de Levovitch el que se pronunciará a las siete en el salón de baile, sino el mío!

Según decía estas palabras, Macaire se abalanzó hacia el bar y abrió las puertas del armario.

—Vas a llevarle esta botella de vodka a Tarnogol —le ordenó a su primo—. ¡Sírvele un buen vaso, y a tu padre también, ya puestos! Pero ¡tú ni lo pruebes!

Macaire se calló en seco en medio de la frase y miró estupefacto los anaqueles que tenía delante. Tras un silencio, exclamó:

—¡No es posible!

—¿El qué? —preguntó Jean-Bénédict.

—¡Ha desaparecido!

—¿Qué ha desaparecido?

—¡La botella de vodka ha desaparecido! ¡Estaba aquí! ¡Exactamente aquí! Estoy seguro. La puse yo.

Macaire estaba aterrado. Su vodka envenenado había desaparecido del bar.

De repente tuvo un fogonazo: al volver del aseo donde había vaciado la botella de vodka sin envenenar, había visto de lejos a un camarero que llevaba una caja de botellas.

—¿Qué te pasa, Macaire? —dijo Jean-Bénédict preocupado y hecho un lío.

—Ven conmigo —le ordenó Macaire, encaminándose hacia la puerta de servicio por donde había desaparecido antes el empleado.

Jean-Bénédict, que ya no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, siguió dócilmente a su primo. La puerta de servicio daba a las despensas y la cocina. Decenas de personas bullían como en un hormiguero para abastecer de canapés el salón de baile donde acababa de empezar el cóctel. El señor Bisnard, el coordinador de banquetes, que supervisaba todo aquel ballet, divisó entonces a Macaire y a Jean-Bénédict y fue a su encuentro.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros? —preguntó muy servicial.

—¡Vodka Beluga! —farfulló Macaire, que estaba completamente alzado—. ¡Una botella de Beluga en el bar que hay al lado del salón de los Alpes!

—¿Quiere vodka Beluga en el salón de los Alpes? —intentó comprender el señor Bisnard.

—No; había una botella de Beluga en el armario del bar de al lado de los salones —aclaró Macaire—, ¡pero ya no está!

—Si lo que necesita es Beluga, no hay problema —contestó el coordinador de banquetes con tono tranquilizador.

Y señaló con la mano cajas de botellas de Beluga apiladas contra la pared.

—No me entiende —balbució Macaire—. ¡Necesito la que estaba en el armario del bar! ¡Había una botella en el bar y alguien la ha cogido!

—Seguramente alguno de mis compañeros. He dado orden de reunir aquí todas las existencias de vodka Beluga del hotel para tener la seguridad de que no faltase durante el cóctel. La copa de bienvenida que se les sirve a los invitados es a base de Beluga precisamente; fue una petición de Tarnogol.

Macaire se acordó de repente de lo que había dicho Tarnogol cuando, al volver de Basilea, había ido a llevarle el sobre a su casa y lo había recibido con un festín regio: «¡Beluga, el vodka de la victoria!». Tarnogol nunca había tenido intención de elegir como presidente a nadie que no fuera Levovitch.

Macaire se llevó a su primo aparte para que no los oyesen y le dijo:

—Hay que registrar esas cajas. Ayúdame a encontrar la botella, está marcada con una cruz hecha con rotulador rojo en la etiqueta de detrás. No tiene pérdida.

—¿Qué tiene de especial esa botella? —quiso saber Jean-Bénédict.

—Da lo mismo.

—¿Si no me lo dices, no te ayudo!

A Macaire no le quedó más remedio que confesárselo todo a su primo.

—Está envenenada —susurró.

—¿Cómo? ¿Querías envenenar a Tarnogol?

—Ya te lo explicaré. No es tan sencillo.

—¿De verdad tenías previsto matar a Tarnogol?

—¡No tenemos tiempo para lecciones de ética, Jean-Béné! Ayúdame ahora a encontrar esa botella antes de que ocurra una desgracia. ¡Dales la vuelta a todas! No queda más remedio que localizar la que tiene la marca de rotulador rojo.

Los dos hombres se abalanzaron hacia las cajas de vodka y, ante los ojos pasmados del señor Bisnard, sacaron una a una todas las botella de Beluga y las revisaron. Fue en vano.

—¿No hay más en otra parte? —volvió a preguntar Macaire al coordinador de banquetes.

—Están las botellas del bar del salón de baile —indicó este último.

Los dos primos salieron corriendo hacia el salón de baile y pasaron sin contemplaciones por delante de la fila de empleados del banco que hacían cola en la barra. Entre ellos, Cristina, con un bonito vestido azul, que agitó el vaso vacío para saludar a Macaire.

—No se pierda este cóctel por nada del mundo, señor Ebezner —le dijo.

Macaire ni le contestó y se abalanzó sobre el barman.

—¿Tiene vodka Beluga? —preguntó.

—Sí, claro —respondió el barman—. Todo el mundo me pide los *Beluga cocktails*. ¿Le preparo uno?

—Quiero ver las botellas —exigió Macaire.

El barman, algo ofendido por el tono violento de su interlocutor, obedeció y le alargó a Macaire la botella de Beluga que tenía delante y acababa de usar. Macaire la agarró: estaba marcada con una cruz roja. ¡Era su botella! Comprobó entonces con espanto que estaba casi vacía.

La mitad de los allí presentes había bebido el vodka envenenado.

38. El anuncio

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

A las siete menos veinte, nadie se encontraba mal. En el salón de baile del Palace, el cóctel transcurría con total despreocupación. Macaire y Jean-Bénédict, que se habían quedado apartados, estuvieron muy pendientes de cuanto hacían los comensales antes de rendirse a la evidencia: nadie se había envenenado.

—Falsa alarma —acabó por zanjar Macaire, aliviado—. Todo va bien.

Jean-Bénédict estaba de los nervios.

—¿Que todo va bien? —dijo con voz ahogada—. ¿Cómo puedes estar tan seguro? A lo mejor el veneno necesita tiempo para actuar —apuntó un dedo amenazador hacia su primo—. Te aviso, como toda esta gente la palme...

—Se supone que este veneno hace efecto en menos de un cuarto de hora —lo interrumpió Macaire—. ¡Ya deberían estar muertos! Para mí que el barman ha puesto unas dosis tan pequeñas que son inofensivas.

—¡Incluso en pequeñas dosis, un veneno mortal es mortal! ¡Estás como una cabra!

—No lo entiendes —se defendió Macaire—. Tarnogol es una amenaza para el banco. No tienes ni idea ni de la tercera parte de esta historia.

—La única amenaza que veo yo aquí eres tú, Macaire. Ni se te ocurra meterme en tus chanchullos criminales. Ya no hay nada que hacer, ¿me oyes? ¡Hemos elegido a Levovitch! ¡El presidente es él! ¿Qué pretendes? ¿Coger una pistola y matarlo delante de todo el mundo?

Dicho lo cual, Jean-Bénédict quiso irse de la sala.

—¿Dónde vas? —preguntó Macaire, muy seco.

—Me vuelvo al salón de los Alpes a reunirme con el Consejo. Tarnogol y mi padre se estarán preguntando dónde me he metido. Y además, cuando la cosa se líe, no me apetece mucho que alguien recuerde que estaba contigo.

Te vas a hundir solo, Macaire. En todos estos años has sido tu peor enemigo. Si no eres presidente del banco, la culpa es solo tuya.

Jean-Bénédict se fue. Macaire pensó que su primo tenía razón: solo podía culparse a sí mismo. Dentro de veinte minutos, designarían a Levovitch. Y de él se reiría todo el banco, toda Ginebra. Sin contar con que a partir de ahora lo considerarían un traidor dispuesto a vender a sus clientes a las autoridades fiscales extranjeras. La P-30 no acudiría a ayudarlo. Todo lo contrario, la P-30 iba a machacarlo. Su vida se había ido al garete.

Volvió a su *suite* derrotado. El servicio de habitaciones de la tarde ya había pasado: habían limpiado el cuarto de baño y lo que había escrito Anastasia en el espejo lo había borrado una camarera de piso. Macaire se preguntó dónde se habría metido. Tenía la impresión de que lo estaba perdiendo todo. Sabía lo que le quedaba por hacer. Llevaba considerándolo desde la noche anterior.

Sacó del armario el traje a medida que se había hecho para heredar la presidencia. Se lo puso. Y se colocó los gemelos de oro. En la muñeca, ajustó uno de sus relojes más valiosos, que había traído para la ocasión. Se esmeró con el nudo de la corbata y se abrochó el chaleco especialmente elegante. Por dentro de la chaqueta había mandado bordar: «M. E., Presidente». Contempló la inscripción con tristeza. Se miró en el espejo. Nunca se había visto tan guapo. Volvió a mirarse. Así era como tendría que haberse convertido en presidente. Así era como iba a morir. Y así lo encontrarían. Mañana, una camarera de piso hallaría su cuerpo en la moqueta toda llena de sangre coagulada.

Fue entonces hacia la pequeña caja fuerte de la habitación y sacó la pistola. Cargó el arma y se metió el cañón en la boca. Ese gesto lo tranquilizó. Dentro de unos minutos todo habría terminado. Por fin. No podía más. Cerró los ojos, introdujo un poco más el cañón entre las mandíbulas y puso el dedo en el gatillo. Su último pensamiento fue para Anastasia.

De pronto, sonaron unos golpes en la puerta. Y a través de ella, precisamente, la voz de Anastasia.

—¿Macaire? Macaire, ¿estás ahí?

Macaire abrió los ojos y volvió en sí, se sacó el arma de la boca y la dejó encima de la cómoda antes de abalanzarse para abrir la puerta.

—¡Anastasia! —exclamó al tener a su mujer delante—. ¡Ay, qué alegría verte! ¡Gracias por estar aquí! ¡Gracias por haber venido!

Le dio un prolongado abrazo y luego admiró su rostro, tan perfecto. Ella parecía muy trastornada, y él también lo estaba.

—Macaire —dijo—, tengo que hablarte de lo que he leído en tu diario.

Él le indicó por gestos que se callara y la llevó dentro del dormitorio, para tener la seguridad de que nadie más pudiera oírlos.

—¿Cómo es posible? —sollozó Anastasia cuando Macaire cerró la puerta—. ¿Cómo es posible que Tarnogol haya podido hacerte eso?

—¡Tarnogol es el diablo!

—¿Lo que escribiste es la verdad? ¿Hicisteis un trato? ¿Cambiaste mi mano por tus acciones en el banco?

—¡Perdón, Anastasia! ¡Te pido perdón! Pero por entonces estaba desesperado. Quería tantísimo casarme contigo y me habías dicho que estabas enamorada de Lev.

—Pero ¿cómo es posible? —se lamentó ella, que no entendía nada.

Intentó recordar cómo había ido sucediendo todo.

—El anillo de compromiso —le dijo entonces Macaire—. El zafiro que te regalé hace quince años. Me lo dio Tarnogol. Me dijo que gracias a ese anillo aceptarías casarte conmigo.

Anastasia se quedó totalmente desconcertada: todo aquello no tenía sentido. Se preguntó si Macaire estaba en su sano juicio.

—Siempre me has dicho que cediste tus acciones para que tú y yo fuéramos felices.

—Era cierto.

—Y yo creí que querías alejarte del banco, vivir una vida diferente a la de los demás banqueros porque sabías que esa vida no me había ilusionado nunca.

—No —la corrigió Macaire—; le di mis acciones a Tarnogol para que estuviéramos juntos.

Anastasia ya no entendía nada. Tenía la sensación de estar perdiendo pie.

—La designación es dentro de cinco minutos —dijo—. Deberías ir. Es tu momento de gloria.

—No me van a elegir.

—¿Qué?

—Van a nombrar presidente a Levovitch.

—¿Qué estás diciendo, Macaire? Es imposible.

—He perdido —susurró él.

Con expresión triste y con la cabeza gacha, decidió ir a enfrentarse con su destino. Ver a Anastasia le había dado valor para afrontar la derrota con dignidad en vez de morir como un cobarde.

*

Eran casi las siete. El salón de baile del Palace estaba en plena efervescencia. Dentro de unos instantes, se anunciaría el nombre del nuevo presidente. Todos los empleados del banco se apiñaban delante del imponente escenario que ocupaba el fondo de la sala: el Consejo del banco estaba a punto de hacer su aparición.

Macaire, espléndido con su terno, entró en la sala. Un camarero lo recibió con champán. Macaire cogió una copa y se la bebió de un trago para calmar los nervios. Se mezcló con el alegre bullicio de los grupos de empleados. Se tomó otra copa de champán por hacer algo.

De pronto, el silencio: Siniór Tarnogol, Horace Hansen y Jean-Bénédict Hansen se presentaron en el estrado. Horace Hansen se acercó al micrófono y dijo:

—Damas y caballeros: el Consejo del Banco Ebezner ha tomado una decisión. Ya está designado el nuevo presidente de nuestro banco y nos enorgullece anunciar que...

No pudo terminar la frase porque en ese preciso instante una persona del público se desplomó, arrastrando en la caída un mantel cargado de platos y vasos. Otros asistentes se agolparon a su alrededor, se pidió a los empleados del hotel que llamasen a un médico. Un silencio intranquilo flotó por la sala.

—¿Va todo bien? —preguntó por el micrófono Horace Hansen, que no estaba muy seguro de qué hacer.

Hasta que otro invitado se sintió indispuerto y cayó a su vez al suelo. Después otro; y otro más. Pronto las personas empezaron a caer como moscas, agarrándose el vientre y soltando estertores. En pocos momentos, la mitad de los presentes comenzó a vomitar.

39. Días desdichados

Quince años antes

Comenzaba el mes de noviembre. Las primeras nevadas espolvoreaban Verbier. El frío había llegado para quedarse mucho tiempo.

Lev llegó delante del Palace y contempló con sonrisa conmovida la fachada del imponente edificio. Llevaba ya tres meses viviendo en Ginebra. Volvía con regularidad a pasar el fin de semana en Verbier para ver a su padre y al señor Rose.

Entró en el vestíbulo central del hotel.

—¡El hijo pródigo! —exclamó el señor Rose, al verlo llegar.

Cada vez que volvía Lev, el propietario del Palace lo recibía como a un héroe.

—¿Qué tal, señor Rose? —saludó Lev, un poco azorado por ese arrebatado de entusiasmo.

—Ven conmigo, tengo una buena noticia para ti.

El señor Rose se llevó a Lev a su despacho y le puso un café.

—Ni te imaginas quién vino la semana pasada —dijo el señor Rose—. Te apuesto a que no lo adivinas: ¡Abel Ebezner! Quería preparar el Gran Fin de Semana. Total que estuvimos charlando un poco y no paró de echarte flores, hasta se puso ditirámico.

El señor Rose parecía maravillado —aunque no asombrado— por la carrera ascendente de su protegido. No podía evitar sentir por Lev un orgullo de lo más paternal, considerando que, en cierto modo, había podido alzar el vuelo gracias a él.

—Me han echado el freno —le contó Lev sin más preámbulos—. Creo que ha habido una protesta general en el banco y ahora estoy limitado a tareas de becario.

—Ya me he enterado de todo eso —dijo el señor Rose—. Me lo contó Abel Ebezner. Me dijo que su padre, por lo visto, es de la vieja escuela. Pero que también está muy enfermo. Ya no le funcionan los riñones y...

—El abuelo Ebezner es incombustible —interrumpió Lev—, llevan ya años diciendo que está desahuciado.

—¿Vas a dejarme hablar? —se impacientó cariñosamente el señor Rose—. El abuelo Ebezner se está muriendo. Le quedan unas semanas. ¡Me lo ha dicho Abel! Confidencialmente, por supuesto. Pero sé que tú no lo vas a ir contando por ahí. Habrá un nuevo presidente cuando se celebre el Gran Fin de Semana y será Abel.

—Eso quiere decir que Macaire se va a convertir en vicepresidente —dijo Lev, cayendo en la cuenta.

—¡Exactamente! —dijo entusiasmado el señor Rose—. Y cuando ya esté su hijo en el Consejo, Abel Ebezner no tendrá un conflicto de lealtad entre él y tú. ¡Te digo que me lo ha contado todo! ¡En cuanto llegue el mes de enero, te nombrará ejecutivo titular! ¡Con tus propios clientes! ¿Te imaginas? Vas a ganar más dinero del que nunca hubieras pensado. ¡Estarás entre los grandes ejecutivos de la banca ginebrina! ¡A tu edad!

Lev no pudo contener una sonrisa. Aquel ascenso le abría las puertas de la buena sociedad de Ginebra: ya no tendría que ocultar su relación con Anastasia y ella no tendría que mentirle a su madre sobre quién era él. Lev ya no tendría que ocultar sus orígenes. En adelante iba a ser alguien. Lo había conseguido: se habría hecho un nombre. ¡Y el dinero! Podría pedirle a Anastasia que se casara con él. Y celebrar la boda dentro de un par de años, en cuanto tuviera unos ahorros. También podría plantearse un préstamo hipotecario. Puede que incluso, de aquí a unos años, según sus resultados y si se cumplían las previsiones de Abel Ebezner, pudiera comprar la casa del camino de Byron con vistas al lago Lemán desde la terraza. Mientras tanto, alquilaría un pisazo en un barrio bien de Ginebra, a ser posible cerca del banco. Le gustaba la calle de Saint-Léger, a pocos pasos del casco antiguo y enfrente mismo del parque de Les Bastions.

El señor Rose interrumpió sus ensoñaciones.

—Este fin de semana te he puesto en una habitación estupenda —le dijo.

—No era necesario, señor Rose, puedo dormir en el sofá en casa de mi padre. Ya la vez pasada... Es demasiado.

—Venga, nada es demasiado. Me hace mucha ilusión. ¡Hay que celebrar tu éxito!

Sol, el padre de Lev, era mucho menos entusiasta que el señor Rose en lo referido a la carrera de su hijo. Ese mismo día, mientras almorzaban en un restaurante de Verbier, le dijo con un tono que sonaba a reproche:

—El banco te cambia, hijo. Estás distinto.

—¿Distinto en qué?

—Distinto —zanjó el padre, sin dar más explicaciones.

Para cambiar de tema, Lev anunció muy ufano:

—El señor Rose me ha dado una habitación en el hotel para el fin de semana.

—A eso me refiero: ahora te alojas en el Palace como un cliente. Te has pasado al otro bando. Puede que hasta quieras que te lleve el equipaje a la habitación.

—¡Ay, papá, déjalo ya! ¡No seas ridículo!

—Bueno, vale. Venga, háblame de Ginebra y de la gran vida que te pegas allí.

—No me pego la gran vida, papá. En el banco, me esfuerzo por demostrar lo que valgo, pero todo el mundo me pone la zancadilla.

—Creía que ya tenías responsabilidades.

—Me las han quitado. Dicen que hasta que no lleve por lo menos un cliente importante, seguiré aparcado de becario.

—Siempre quieres ir un paso por delante —le reprochó Sol.

—¿De parte de quién estás, papá? —dijo Lev, exasperado.

—¡Vamos, hijo, no te mosquees! ¿Y a la rubia guapa por la que te fuiste a vivir a Ginebra cómo le va?

—Anastasia.

—Eso, Anastasia. ¡Qué monada de chica!

Lev le habló de Anastasia largo y tendido. Le contó cuánto la quería y qué feliz lo hacía. Le contó sus citas secretas después de la jornada laboral en el banco, donde nadie sabía nada de su relación.

El padre hizo de pronto una mueca de desaprobación.

—¡Dices que es el amor de tu vida, pero nadie oculta a los demás el amor de su vida!

—Sí, precisamente —explicó Lev—; es para protegernos.

—Puf, ¡protegeros! ¿Eso es lo que te ha hecho creer? Qué va, si quieres saber mi opinión, yo creo que se avergüenza.

—¿Que se avergüenza? —dijo Lev, indignado—. ¿De qué se avergüenza?

—Se avergüenza de ti. De lo que eres en realidad. Fíjate en nosotros, Lev: pertenecemos a la raza de la gente insignificante.

Lev se rebeló al oír ese comentario.

—No —protestó—. Anastasia dice que es mejor así. La gente no nos dejaría en paz. La gente no soporta a las parejas que se quieren. Mira, sin ir más lejos, para que su madre no nos dé la lata, le hemos contado que soy un príncipe ruso. ¡El conde Románov! ¡Y funciona! No se mete en nada.

Pero Sol, en vez de reírse con la anécdota, perdió la paciencia:

—¡El conde Románov! ¿Por qué? ¿Con Levovitch no basta?

—No, no lo entiendes. Era una broma Y, además, debería gustarte. ¡Se me da de maravilla interpretar ese personaje!

—¡Lo que yo decía! —aprovechó Sol—. ¡Serías un actor cómico estupendo!

—Papá, no quiero ser actor cómico. Quiero ser ejecutivo de banca. Tener una buena posición. Tener dinero.

—¡Ah, vale! —dijo el padre con ironía—. ¿Porque crees que gracias al dinero serás mejor persona y estarás mejor relacionado? Que no se te olvide quién eres ni de dónde vienes. Lev Levovitch, hijo de un saltimbanqui. ¡Ejecutivo, buf! ¡Y pensar que te haces pasar por conde!

—¡El conde Románov! —exclamaba eufórica Olga en ese mismo momento, durante la comida semanal con sus hijas en su mesa habitual de Roberto.

Irina, sin acabar de entender lo que su madre le estaba contando, puso cara de estar encantada. Anastasia, a su lado, agachó la cabeza. Olga le siguió diciendo a Irina:

—He preferido esperar un poco antes de decírtelo para estar segura de que la cosa va en serio. ¡Así que ya lo sabes! ¡Tu hermana está saliendo con el conde Románov! ¡Y es el amor de su vida para los dos!

—¿Es rico? —preguntó Irina.

—¿Rico? Querrás decir rico como Creso, sí. Y más aún: ¡le da limosna a Creso! Anastasia, cariño, cuéntale a tu hermana dónde vive.

—Vive en una *suite* del Hôtel des Bergues —dijo a media voz Anastasia, ahondando aún más la mentira.

—¡Una *suite* en el Hôtel des Bergues! —dijo Olga a voces—. ¡Ni más ni menos!

A Irina la ponía furiosa que su hermana hubiera encontrado un marido más rico que su gestor de patrimonio. Iba a volver a eclipsarla.

—¿Sabéis? —dijo por fin Anastasia—. No es el dinero lo que cuenta. Lo más importante es que es maravilloso, tierno, generoso, muy inteligente y guapísimo...

—¡Cuenta cómo es la *suite*! —la interrumpió su madre—. No nos has dicho nada.

—Es una *suite* muy grande —tartamudeó Anastasia.

—Danos detalles, hija. Pasas allí todas las noches.

—¿Anastasia no duerme en casa? —protestó Irina, a quien nunca le habían dado permiso para pasar la noche fuera hasta que se casó.

—¡Ni una noche! —contestó, muy ufana, la madre—. Es por una buena causa. Bueno, ¿y qué más?

—Pues la verdad es que es muy bonita y muy lujosa, con unas vistas estupendas del Lemán.

—¿Está todo lleno de cristal y jade? —preguntó Olga.

—Sí, llenísimo.

Olga se estremeció de felicidad.

—¿Y a qué se dedica el conde Románov? —preguntó entonces Irina.

—¡Eso es lo mejor, precisamente! —contestó Olga—. Es la mano derecha de Abel Ebezner.

—¿Trabaja en el Banco Ebezner?

A Anastasia le dieron ganas de meterse debajo de la mesa.

—¡Es uno de los jefazos del banco! —dijo Olga, encantada—. Abel Ebezner no va al lavabo sin pedirle opinión antes. ¡Tan joven y ya con un cargazo! ¡Sentado sobre un montón de oro fustigando a los empleados vagos! Pregúntale a tu marido, seguro que lo conoce. Hasta podríais ir a cenar los cuatro juntos.

Anastasia sintió que se adueñaba de ella el pánico.

—Es mejor no mencionarlo —tartamudeó—. Porque... Lev y yo no hemos dicho que estamos juntos... Yo solo soy una secretaria..., causaría muy mala impresión en el banco. Él podría tener problemas, eso está muy

mal visto. Por favor, Irina, no se lo cuentes a tu marido, no quiero complicarle la vida a Lev.

—Cariño —dijo entonces Olga con voz tranquilizadora—, no tienes nada que temer: los jefazos tratan con quienes ellos quieren. Y además, ya va siendo hora de que se te pase esa manía de querer trabajar. Tienes que dejar ese puesto ridículo de secretaria en cuanto estéis prometidos. ¡Cuidar del marido es un trabajo de jornada completa!

Después del almuerzo, al salir del restaurante, Anastasia y su hermana fueron andando juntas un rato.

—Irina —confesó Anastasia—. He contado una mentira, tienes que ayudarme. Lev Levovitch no es el conde Románov. Era un empleado del Palace de Verbier y ahora trabaja en el banco. No es la mano derecha de Abel Ebezner; se le dan bien muchas cosas, pero de momento es solo un becario.

—¿Así que te lo has inventado todo? ¿La *suite* en el Hôtel des Bergues y todo lo demás?

—Me lo he inventado todo. Era la única forma de que mamá nos dejara en paz. ¡Por favor te lo pido, no se lo digas a nadie! Mamá me mataría si se enterase de la verdad y me prohibiría ver a Lev.

A Irina se le iluminó la cara: era un alivio saber que su hermana estaba emparejada con un becario de tres al cuarto y, encima, antiguo empleado de un hotel. Su chalé con piscina recuperaba de pronto todo su esplendor.

—No te preocupes —le prometió a Anastasia—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias: te debo una.

Irina, valorando su posición de superioridad, no pudo resistirse a darle una leccioncita de ética a su hermana pequeña.

—Pero tú no deberías perder el tiempo con un rollete que no merece la pena.

—Lo quiero. Lo quiero más que a nada en el mundo. Quiero pasar lo que me queda de vida con él.

—No digas tonterías, Anastasia. En la vida, el amor no lo es todo; piensa en tu porvenir.

—No lo entiendes, ¡me importa un bledo el dinero! A lo único que aspiro es a querer y que me quieran.

Al día siguiente, mañana de domingo en Verbier. Lev estaba tomando un café en la barra del bar del Palace. Un hombre se sentó a su lado. No se fijó en él hasta que le dirigió la palabra en ruso:

—Lo echan como a un mendigo y regresa como un príncipe.

Era Tarnogol. Lev se volvió hacia él, sorprendido, y lo saludó con un ademán de la cabeza. Tarnogol le dijo entonces:

—Se rumorea que te reservas para hacer una gran carrera en el Banco Ebezner.

—No es más que un rumor, señor Tarnogol.

—Eres demasiado modesto, joven Levovitch.

Lev no contestó nada y siguió con su café. No le apetecía nada charlar con Tarnogol y, como ya no era empleado del hotel, no tenía por qué hacerlo. Pero Tarnogol no había acabado con él.

—Me debes un favor —dijo.

—¿Ah, sí? —respondió extrañado Lev.

—Te salvé la vida. Permití que te fueras de aquí. Sin mí, todavía estarías trabajando en este hotel.

—¡Más que nada lo que hizo fue que me despidieran como a un indeseable!

—Vamos, vamos, sabes muy bien que no es cierto. Si de verdad no hubieras querido irte de aquí, no habrías perdido los nervios conmigo en agosto. Soy tu benefactor.

—¡Lo que hay que oír! ¿Y qué es lo que espera de mí exactamente?

—Me gustaría que me presentaras a Abel Ebezner.

A Lev se le despertó la curiosidad.

—¿Y qué quiere usted del señor Ebezner? —preguntó con expresión recelosa.

—Quiero hablar con él. Tengo que poner un dinero a buen recaudo. Mucho dinero. Me gustaría meterlo en el Banco Ebezner.

—No me necesita para abrir una cuenta en el Banco Ebezner —especificó Lev.

—No estés tan seguro. Abel Ebezner es un hombre de principios: mira el color del dinero. Y resulta que el mío no tiene color, si entiendes a qué me refiero. Sé que si llego de tu mano, Abel Ebezner será menos puntilloso. Ya sé que gozas de su confianza. Los dos saldríamos ganando: yo abro una

cuenta gracias a ti y, a cambio, soy tu primer cliente importante. Y tu carrera arranca. Hay mucho dinero en juego.

Cuando al volver al banco el lunes, Lev le propuso a Abel Ebezner organizar una cita con Tarnogol, el banquero se mostró encantado. El señor Rose le había hablado de Tarnogol y de su fortuna en el Palace de Verbier. Así fue como, al día siguiente, martes, en el salón rosa de la quinta planta del Banco Ebezner, Abel Ebezner y Lev recibieron a Siniór Tarnogol, que se había desplazado a Ginebra con tal motivo.

—Creo en su banco —explicó Tarnogol—. Creo en la estabilidad de Suiza. Me gustaría encomendarle parte de mi fortuna.

—Y a nosotros nos encantaría darle la bienvenida como cliente —le aseguró Abel.

—Este joven que lo acompaña —dijo Tarnogol, señalando a Lev— es una joya. Me gustaría que fuera mi principal interlocutor.

—Lev es una de las grandes esperanzas de esta entidad —asintió Abel—. Pero no es ejecutivo titular, hablando con propiedad. Es decir, no tiene aún su propia clientela.

—Lo sé —dijo Tarnogol—. Lo cual me viene aún mejor: se dedicará a mí en exclusiva. De hecho, señor Ebezner, ¿qué cantidad hace falta para ser un cliente de primera en este banco?

—No tenemos clientes de primera y de segunda —contestó Abel Ebezner.

—Esta es la cantidad que me gustaría depositar en su banco. Dígame si me convierte en un cliente de primera.

Tarnogol agarró un bloc y un bolígrafo de la mesa y escribió un uno seguido de una sucesión interminable de ceros. La cantidad que allí constaba dejó a Abel Ebezner sin habla.

—Dígame dónde tengo que firmar —exigió Tarnogol— y transfiero inmediatamente los fondos.

—Estaríamos encantadísimos de acogerlo como cliente, señor Tarnogol —dijo entonces Abel, con tono diplomático—. Pero antes de aceptar sus fondos, en vista de la cantidad, no nos queda más remedio que solicitar algunos datos sobre su procedencia. No es más que una simple formalidad. Lamento tener que molestarlo con el papeleo, pero ya sabe que siempre tenemos encima a las autoridades de supervisión bancaria que quieren

cerciorarse de que comprobamos el origen del dinero que nuestros clientes nos encomiendan.

—¡Llamemos a las cosas por su nombre! —dijo con buen humor Tarnogol—. Necesita estar seguro de que no estoy blanqueando capital en su banco. Puede estar tranquilo. Entrégume los documentos, se los voy a dar a mis abogados y se lo devuelvo todo de aquí a finales de la semana.

Tras concluir la cita, un rumor corrió inmediatamente por el banco. Lev Levovitch estaba a punto de traer un cliente de tanta envergadura que podría situarlo de golpe entre los gestores más importantes de la entidad.

Esa información se debatió al día siguiente en el Consejo. Ni los dos Hansen ni Auguste Ebezner se habían imaginado que Lev pudiera encontrar tan pronto a un cliente como aquel.

—¿Dices que conoces al tal Tarnogol de Verbier? —le preguntó Horace a Abel, como para minimizar el papel de Lev en aquella provechosa aportación.

—No, no lo conocía. Es cierto que me he cruzado con él en el Palace de Verbier, donde se aloja muy a menudo, pero si ha venido al banco ha sido por Lev. De hecho, me ha pedido expresamente que Lev sea su gestor.

—Es demasiado dinero para un primer cliente —opinó Auguste—. Ese Lev tuyo acabará desbordado y, si la cosa se le va de las manos, los platos rotos los pagaremos nosotros.

—Un cliente es un cliente —protestó Abel—. Querías que trajera un cliente para convertirse en ejecutivo. ¡Pues aquí lo tienes!

—Es muy guapo, ese Lev —recalcó Horace con sonrisa de complicidad—. A lo mejor le da cierto afecto masculino al tal Tarnogol.

—Eres penoso, Horace —le dijo Abel.

—Bueno —zanjó Auguste—, vamos a esperar a que Tarnogol haya firmado antes de echar las campanas al vuelo. Ya veremos luego lo que pasa con Lev.

Al cabo de dos días, Tarnogol estaba de vuelta en el salón rosa. Puso encima de la mesa de ébano, delante de Lev y Abel Ebezner, un abultado sobre que contenía los diversos impresos bancarios.

—Tal y como me pidieron —dijo—, aquí están todas las respuestas a sus preguntas sobre mi dinero. Y también los documentos para abrir la cuenta. Todo debidamente firmado.

—Le agradezco infinito su diligencia —dijo, muy satisfecho, Abel Ebezner, intentando coger el sobre.

Pero Tarnogol se lo impidió poniendo la mano encima para conservarlo ante sí.

—Un momento, se lo ruego —dijo entonces—. Usted tenía sus exigencias; yo tengo las mías. Son dos.

Abel frunció el ceño:

—Lo escucho.

—Para empezar, quiero que me garanticen que Lev llevará mi cuenta.

—Eso todavía tiene que validarlo el Consejo del banco —explicó Abel—, pero no supondrá ningún problema. Le doy mi palabra. ¿Cuál es la segunda petición?

—Comprar parte de su banco —anunció Tarnogol, con sonrisa socarrona.

Según lo oyó, a Abel Ebezner se le puso cara de póquer. Lev se quedó desconcertado.

—Mi banco no está en venta —dijo Abel con tono firme.

—No soy un hombre al que se le pueda negar nada —replicó Tarnogol.

—¡Y yo no soy un hombre al que se le pueda forzar la mano! —bramó Abel Ebezner.

—Le recuerdo que la cantidad que me dispongo a ingresar le dará más ventaja aún sobre sus competidores. ¿Se imagina los titulares de la prensa económica al cierre del año, cuando anuncien el crecimiento del volumen financiero que gestionan?

—Soy consciente de ello.

—Entonces, considero justo que me corresponda una parte del pastel.

La tensión fue subiendo paulatinamente en el elegante salón donde solo acostumbraba haber conversaciones cordiales. Lev notaba que la situación se le iba de las manos y no sabía dónde meterse. Tendría que haber desconfiado de Tarnogol, había caído en la trampa una vez más. Y ahora ya no podía dar marcha atrás.

Por lo pronto, Abel Ebezner, para evitar que las cosas fueran a mayores, le sugirió a Tarnogol que se tomase el fin de semana para reflexionar. Quedaron de acuerdo en volver a verse los tres el lunes siguiente.

Tarnogol llegó hecho mieles a la tercera cita.

—Tenía usted razón —le confesó a Abel Ebezner—; el fin de semana me ha ayudado a recapacitar. Lo de comprar parte del banco era una idea ridícula.

Lev suspiró con alivio. Abel le devolvió la sonrisa a Tarnogol:

—Cuánto me alegro de saberlo —dijo.

—Tras una madura reflexión —siguió diciendo Tarnogol casi con voz traviesa—, lo que voy a comprar es todo el banco.

Abel Ebezner perdió la paciencia:

—¿Cómo se atreve a venir a mi banco para hablarme en ese tono? Me temo que hasta aquí ha llegado la conversación.

—¡Hace mal en subestimarme! —contestó Tarnogol amenazadoramente—. ¡No sabe de lo que soy capaz!

—¡Y usted se equivoca de medio a medio conmigo! —replicó Abel.

Tarnogol soltó una carcajada aviesa.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre usted y yo, Abel? Que dispongo de fondos ilimitados. ¡Antes o después, compraré su banco! ¡Lo llamaré Banco Tarnogol y usted me traerá el café!

Al oír esas palabras, Abel Ebezner, furioso, abrió la puerta del salón para indicarle a Tarnogol que se fuera por donde había venido.

Tarnogol, según daba media vuelta, le dijo aún a Abel:

—Ya tendrá noticias mías. No tardará en arrepentirse de esta afrenta.

Lev, desesperado, se tapó la cara con las manos. Todo el banco iba a reírse de él.

*

Dos semanas después del incidente con Tarnogol, es decir, el último día de noviembre por la mañana, Auguste Ebezner no se despertó. El anuncio de su fallecimiento, tan cerca del Gran Fin de Semana, causó no poca conmoción en el banco. Abel Ebezner se convertía en presidente con efecto inmediato, y su hijo Macaire, como disponía la tradición de la entidad, quedaría entronizado como vicepresidente durante el baile del sábado por la noche, para entrar en funciones el 1 de enero.

—El vicepresidente más joven de la historia del banco —le anunció muy ufano Macaire a Anastasia en su mesa habitual del Remor.

—Cuánto me alegro por ti —le aseguró ella cariñosamente—. ¿Qué se siente?

—Es un gran momento de mi vida —reconoció él—. Pero, al mismo tiempo, me entristece pasarlo a solas. Me refiero a que me había imaginado que llegaría a esa etapa ya casado. ¡Con alguien a mi lado, quiero decir!

—Eres joven para estar casado —observó ella.

—Nunca se es demasiado joven para casarse cuando uno ha encontrado a la persona adecuada.

Ella captó enseguida lo que Macaire estaba dando a entender. Recordó de repente que había quedado con alguien y se marchó a toda prisa.

Esa noche, Anastasia y Lev tuvieron su primera riña seria de pareja. Ocurrió en el estudio de Lev.

—¡Tienes que decirle lo nuestro! —dijo Lev, exasperado—. ¡Está a punto de pedirte que te cases con él!

—¡Es que se lo va a tomar muy mal! ¡Se quedará hecho polvo! ¡No puedo hacerle eso y estropearle el nombramiento de vicepresidente del banco!

—¡Pues entonces anda y cástate con él, así no le das un disgusto!

—Lev, por favor, no seas ridículo. Ya sé que estas dos últimas semanas no te han resultado sencillas después de lo ocurrido con Tarnogol, pero no hay razón para que lo pagues conmigo y que cargue yo con tu mal humor.

—¡No estoy de mal humor! ¡Solo digo que deberías decirle a Macaire la verdad!

—¿Y romperle el corazón? ¿Por qué hacerle daño de forma gratuita? Todo lo que tengo que hacer es evitarlo las dos semanas próximas. Dejo que pase el Gran Fin de Semana y luego se lo confieso todo. Podemos esperar dos semanitas de nada, ¿no?

—Me parece que, en el fondo, lo quieres mucho. Si no, ¿por qué ibas a pasar tanto tiempo con él?

—¡Ay, no me digas que estás celoso! ¡Es solo un amigo! Le tengo el cariño que se le tiene a un amigo. Es dulce, amable, tiene un corazón de oro, siempre me ha apoyado. ¡Es el único que nunca me ha hecho daño!

—¿Cómo? —dijo Lev, indignado—. ¿Y yo, qué?

—¡Lev, tú ya me tienes! Porque ¡yo soy tuya, Lev! ¿Qué más quieres?

—Creo que esta noche deberías irte a tu casa.

—¿Qué? ¡Venga, Lev, no lo dirás en serio!

—Lo digo muy en serio. Ya estoy harto de hacer el tonto.

—Ah, bueno, pues si esas tenemos, ¡duerme solo! —replicó Anastasia—. Ya me avisarás cuando entres en razón.

Y se fue.

Lev y Anastasia estuvieron sin verse los tres días siguientes y mantuvieron una gélida distancia. Para no cruzarse con ella en el vestíbulo del banco, Lev llegaba al alba y no se iba hasta última hora de la tarde. Anastasia no salía de su planta y renunció a las visitas que solía hacer al despacho que Lev compartía con Macaire y Jean-Bénédict. Cuando acababa la jornada laboral, se las apañaba para irse del banco con otros compañeros y volvía directamente a casa de su madre. Mientras Macaire, desesperado, la esperaba en el Remor y no entendía por qué no iba ya.

Anastasia nunca se había sentido tan triste. Esperaba acongojada una llamada de Lev, que diera él el primer paso para verse. Luchaba para no ceder y llamar ella, o ir a su casa. Consideraba que había sido un grosero y que le correspondía a él disculparse.

Hasta que llegó por fin el viernes. Estaba convencida de que Lev le propondría hacer algo juntos el fin de semana, pero no dio señales de vida. Se pasó los dos días libres deprimida en su cuartito.

—¿Qué pasa, cariño? —acabó por preguntarle su madre, preocupada.

—Me he peleado con Lev.

—¿Por qué os habéis peleado?

—No quiero decir en el banco que estamos juntos. Podría tener problemas.

—¿De qué clase?

—Macaire Ebezner va a ser vicepresidente del banco.

—¿Macaire vicepresidente?

—Sí. Y está muy enamorado de mí. Si se entera de que estoy con Lev, se las apañará para que lo despidan. Tengo miedo por Lev.

Olga se echó a reír.

—¿Tienes miedo por él? Pero, mujer, ¡vivirá de sus rentas, os iréis a dar la vuelta al mundo! Para él, trabajar es solo un pasatiempo.

Anastasia se encogió de hombros. Le parecía que era la primera conversación seria con su madre. Le entraron ganas de explayarse, le

entraron ganas incluso de confesarle toda la verdad sobre Lev, decirle que era tan Románov como ella Habsburgo. Pero prefirió callar.

—Bueno —concluyó—, el caso es que nos peleamos y me largué; y desde entonces está enfadado. Es él quien tendría que dar el primer paso, ¿no?

—Es ella quien tendría que dar el primer paso, ¿no? —le preguntó Lev a su padre, con quien había ido a pasar el fin de semana en Verbier—. No me puedo creer que no me haya propuesto hacer algo juntos este fin de semana.

—Mejor —dijo el padre, filosófico—. Así pasamos dos días juntos. Si no, te habrías quedado en Ginebra sin acordarte de tu anciano padre.

—Lo estoy diciendo en serio —dijo Lev, que no se había percatado de que su padre no hablaba en broma—. Por lo menos, tendría que disculparse, ¿no? Está tan empeñada en no querer decir nada de nosotros que tengo la sensación de que me considera un pelagatos. ¿Sabes lo que te digo? Que debería tomarle yo la delantera y contárselo a todo el mundo. ¡Y listo!

—¿Y para qué? —preguntó Sol—. Si no quiere decirlo, será que de verdad vuestra relación no va tan bien. A lo mejor tampoco le importas tanto. A lo mejor, en el fondo, le gusta el otro, el Ebezner hijo. Tú solo eres un Levovitch y él es todo un Ebezner.

Por fin se reconciliaron el miércoles siguiente, dos días antes del Gran Fin de Semana. Esa tarde, Abel Ebezner, como era costumbre, ofreció una fiesta en su casa para celebrar su llegada a la presidencia del banco. La flor y nata de Ginebra se agolpaba en su gran mansión, donde habían organizado un fastuoso cóctel-cena. Entre los presentes, Lev, invitado de Abel, y Anastasia, invitada de Macaire.

Se encontraron entre la multitud de invitados, en mitad del salón: en cuanto se vieron, ambos sintieron como unos fuegos artificiales por dentro, mutuamente subyugados y con el corazón a punto de salirse del pecho. Les costó muchísimo no ceder al arrebató y darse un apasionado beso. Alegaron que iban a fumar para encontrarse fuera y, en cuanto estuvieron a salvo de las miradas, se arrojaron uno en brazos del otro y se besaron apasionadamente.

—He venido porque sabía que estarías aquí —susurró Anastasia, apartando por un momento los labios de los de su amante.

—Yo también —confesó Lev.

—Perdóname —dijeron los dos al mismo tiempo.

Y se echaron a reír.

—No puedo vivir sin ti —dijo Anastasia.

—Ni yo sin ti —contestó Lev—. Además, tengo que decirte una cosa. Algo importante. He pensado mucho estos días.

—Dime —le suplicó ella.

—Vas a coger frío. Reúnete conmigo en el despacho de Abel dentro de cinco minutos. La habitación al fondo del pasillo. No habrá nadie y estaremos calentitos.

—De acuerdo —dijo ella, sonriendo.

Y le dio otro beso.

Lev fue el primero en entrar en la casa; fingió que se mezclaba con los invitados y luego fue al despacho y esperó.

Anastasia hizo otro tanto. Pero, creyendo que se estaba esfumando discretamente, no se fijó en que Macaire la seguía. Cuando iba a abrir la puerta de la habitación, él le dijo:

—¿Te has perdido?

Anastasia se sobresaltó.

—¿Macaire? Me has dado un susto. Estaba buscando el baño.

—En la otra puerta. Este es el despacho de mi padre. Pero ven, entra, quería enseñarte algo.

—¿No prefieres enseñármelo en el salón?

—Es que está en el despacho —insistió Macaire—. ¡Vamos, entra!

Anastasia notó un nudo en el estómago. Iba a descubrir a Lev. Macaire empujó la puerta. No había nadie. Seguramente Lev se había entretenido entre los invitados.

Entraron en la habitación, muy acogedora, totalmente forrada con paneles de madera oscura. En una de las paredes había una biblioteca; enfrente, un ventanal que daba al jardín con un amplio sofá de cuero delante, propicio para las reflexiones. En el centro, un imponente escritorio de ébano situado delante de un cuadro de grandes dimensiones que representaba el edificio del Banco Ebezner en la calle de La Corraterie.

Macaire llevó a Anastasia ante el cuadro y le dijo:

—Mira. ¿Qué ves?

—Veo... el banco —respondió ella.

—Mi banco —la corrigió él—. En enero, seré el vicepresidente. Soy el único heredero. ¿Te imaginas el porvenir que nos espera?

—¿Nos? —dijo Anastasia, tragando saliva.

—Quiero mantenerte a salvo, protegerte, quererte.

—Macaire, no, espera...

Él, sin atender, hincó una rodilla en tierra.

—Anastasia von Lacht, te quiero. Eres la mujer de mi vida. Quiero casarme contigo.

Anastasia sintió un tremendo apuro.

—Mira, Macaire, ya sabes lo importante que eres para mí. Pero yo...

Él no le dejó acabar la frase.

—Ya sé lo que vas a decirme: que somos demasiado jóvenes, que es una locura. Pero ¿por qué iba a ser una locura? ¿Sabes? Entiendo que te haya pillado por sorpresa. Piénsalo. Mañana a las ocho quedamos en Le Lion d'Or de Cognoy para cenar. Si vienes, es que sí.

Ya era hora de confesarle todo:

—Macaire, tengo que ser sincera contigo...

La puerta de la habitación se abrió de repente, interrumpiéndola. Era la madre de Macaire.

—¡Ah, estáis aquí! —les dijo—. Macaire, te he buscado por todas partes. Ven, por favor, ¡tu padre va a pronunciar un discurso!

Salieron de la habitación. Macaire apagó la luz y cerró la puerta. En la oscuridad, Lev salió de detrás de las gruesas colgaduras donde se había escondido. Se quedó pensativo: ¿sabía ella que estaba allí y que lo había oído todo?

Fue a reunirse con el resto de los invitados. Vio a Anastasia cerca del bufé de los postres.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella.

—Lo siento, me entretuvo Abel —mintió Lev—. Quería presentarme a unas personas.

Lev se pensó un instante si decirle que había oído la petición de matrimonio de Macaire, pero esperó a ver si ella le contaba algo.

Anastasia se pensó un instante si decirle que Macaire le había pedido que se casara con ella y que no le había dado tiempo a rechazarlo, pero, después del drama que habían vivido, prefirió callarse. Ya lo arreglaría con él a la mañana siguiente.

Al comprender que Anastasia no iba a contarle nada, Lev decidió quedar con ella a la misma hora que Macaire.

—¿Sabes?, eso de lo que quería hablarte en el despacho de Abel...

—Sí. ¿Qué era?

—Aquí no. Mañana por la noche. Quedamos a las ocho en el restaurante de la última planta del Hôtel des Bergues.

—¿El Hôtel des Bergues? —dijo extrañada Anastasia.

—Ya verás. ¿Nos vemos en mi casa esta noche?

—No, esta noche no. Tengo que ver a alguien mañana por la mañana temprano.

—¿A quién?

—Da igual. Pero es muy importante.

*

Al día siguiente por la mañana, a las siete, Anastasia se reunió con Macaire en el Remor.

—¿Qué ocurre para que quieras verme tan temprano? —preguntó, sentándose enfrente de ella.

Parecía de muy buen humor. Anastasia tomó un sorbo de café para darse ánimos.

—Macaire, eres un chico estupendo y te aprecio mucho, pero no voy a ir esta noche a Le Lion d'Or. No quiero casarme contigo.

Macaire pareció caerse del guindo.

—¿Es que te parece muy precipitado?

—No; no estoy enamorada de ti. Estoy enamorada de Lev; estamos juntos. Quiero construir mi vida con él.

Macaire se puso pálido. Estaba ostensiblemente impactado.

—¿Lev? —balbució—. Pero si me dijiste que no había nada entre vosotros.

—Te mentí. Para no hacerte daño. Y quizá también para que lo dejases en paz. Sé que ha tenido problemas en el banco porque os hacía sombra a Jean-Béné y a ti.

Macaire seguía sin querer creérselo.

—¿Y lo de quedar a tomar algo aquí en el Remor? ¿Por qué todo este número si yo no te gustaba?

—Eres tú el que ha venido todos los días, Macaire. Yo no te pedí nada. Quiero decir que te tengo mucho cariño, me gusta pasar buenos ratos contigo. Pero no creo haberte dado ninguna esperanza.

—Pero, entonces, ¿qué hacías en el Remor si no venías para estar conmigo?

—Esperaba a Lev.

Macaire estaba descompuesto. Anastasia veía claramente que le faltaba poco para hundirse.

—De verdad que lo siento mucho, Macaire.

—Nunca pensé que me pudiera doler tanto —susurró.

—Lo lamento. Ya sabes lo mucho que te aprecio. Espero que podamos seguir siendo amigos. Eres alguien importante para mí.

Él no contestó. Dijo sencillamente:

—¿Cómo puede aceptar tu madre que estés con ese pelagatos?

—Mi madre no sabe nada. Bueno, se cree que Lev es un rico aristócrata.

—No te ofrecerá la vida a la que aspiras —decretó Macaire.

—Él es la vida que yo quiero.

—¡Pues te equivocas! ¡Piénsalo otra vez!

—Ya lo tengo más que pensado —le aseguró ella.

—Voy a hacer como si esta conversación no hubiera ocurrido nunca. Te espero esta noche en Le Lion d'Or a las ocho.

—No voy a ir. Esta noche a las ocho estaré con Lev.

Vio la mueca de dolor en la cara de Macaire. No conseguía hablar. Salió huyendo, dándole un empellón a la mesa. Por la cristalera, Anastasia miró cómo iba dando zancadas hacia el banco.

Pero esa mañana Macaire no fue a trabajar. Estaba demasiado trastornado para ir a sentarse en su despacho. Después de callejear un rato por el casco antiguo, decidió ir a Bongénie para hablar con la madre de Anastasia. La encontró en la segunda planta, entre una colección de chaquetas de piel.

Olga, que de entrada no lo reconoció, lo tomó primero por un cliente. Cuando se dio cuenta de que se trataba de Macaire Ebezner se quedó horrorizada y quiso ocultar en el acto su identificación de dependienta.

—No se preocupe, lo sé todo —dijo entonces Macaire—, Anastasia me lo ha contado. Si estoy aquí, es para hablarle de un asunto muy grave, señora Von Lacht. Es sobre Anastasia. Le está ocultando la verdadera identidad de Lev Levovitch.

Esa tarde, a las cinco y media, Anastasia volvió a casa de su madre para arreglarse e ir a cenar con Lev a las ocho en el Hôtel des Bergues. Se preguntaba qué le tenía reservado.

Entró por la puerta del piso muy animada. Sabía exactamente qué vestido iba a ponerse. Ya solo faltaban dos horas y media para reunirse con él. Se fue directamente al cuarto de baño para arreglarse. Estaba frente al espejo cuando vio a su madre detrás de ella, en el vano de la puerta.

—Anda, hola, *mamuchka* —le dijo sonriente Anastasia.

Olga la fulminó con la mirada.

—Estoy muy decepcionada, Anastasia —dijo con voz gélida.

—¿Decepcionada por qué? —preguntó ella intranquila.

—Estoy enterada de todo; ¡tu Levovitch no es más que una rata de cloaca! ¡Te prohíbo que lo vuelvas a ver!

—No puedes prohibirme nada —protestó Anastasia—. ¡Soy mayor de edad! ¡Hago lo que quiero!

—¡Me has mentido! —vociferó Olga—. ¡Me has mentido! ¿Cómo te has atrevido a mentirle a tu madre?

En un arrebato de rabia, le propinó un bofetón a su hija. Con el golpe, Anastasia cayó desplomada al suelo.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo Olga antes de cerrar de un portazo el cuarto de baño y dejar a su hija encerrada con llave.

Esa noche, a las ocho, en el restaurante del Hôtel des Bergues.

Sentado a una mesa, Lev esperaba hecho un manojo de nervios. No podía evitar jugar con el anillo de compromiso de su madre, que tenía pensado regalarle a Anastasia. Esa noche iba a pedir su mano.

A las ocho y cuarto, Anastasia seguía sin llegar. No se preocupó porque la puntualidad no era lo suyo.

A las nueve, comprendió que no iba a ir.

Miró el lago Lemán. En la otra orilla, frente a él, la colina de Coligny. Una de las luces que brillaban allí era la del restaurante Le Lion d'Or. Ella seguramente estaba allí con Macaire. Lo había escogido a él. Se los imaginó a los dos sentados a la mesa, felices, riendo, paladeando manjares exquisitos y grandes vinos.

Se guardó la sortija en el bolsillo y se fue.

Todo había terminado.

40. Entre nosotros

El domingo 1 de julio de 2018, después de haber hablado mucho rato con Bisnard, fui a encerrarme a mi *suite* para escribir. Nuestra charla acababa de arrojar una nueva luz sobre el caso.

Pero no había contado con Scarlett, que no me dejó tranquilo más allá de unas horas. Poco antes de las doce, se plantó en mi cuarto vestida para una excursión. Cogió las hojas de la mesa, para ver por dónde iba.

—No puede leerlo todavía —dije.

—¡Deje de agobiarme, escritor! Tengo curiosidad por saber cómo va a contar esta historia!

—Bueno, pero no me revuelva las páginas —le ordené—, que todavía no las he numerado.

—No se preocupe, que yo cuido mucho su obra.

Llamaron a la puerta.

—Ah, ya está listo —anunció ella.

—¿Qué es lo que está listo? —quise saber.

Fue a abrir la puerta. Un empleado del hotel entró en la habitación y dejó un cesto de mimbre lleno de comida antes de volverse a marchar.

—¿Tiene previsto no salir de esta habitación en los próximos días? —pregunté.

—Al contrario, tengo previsto sacarle a rastras de esta *suite*. Hace tan bueno que hay que aprovecharlo. Prepárese, nos vamos.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde vamos?

—De pícnic a la montaña. Vaya a prepararse, yo voy a meter la comida en la mochila.

Scarlett me llevó primero a coger el teleférico. Subimos hasta la primera estación, desde la que anduvimos un rato siguiendo las crestas. El paisaje dejaba con la boca abierta. Luego llegamos a un sendero que cruzaba el

bosque, cuyo frescor agradecemos. Fuimos andando un rato siguiendo el curso de un riachuelo y terminamos en una pradera que ofrecía una vista diáfana de toda la cadena de los Alpes. Scarlett decidió que era el lugar ideal para el pícnic y extendió una manta grande a la sombra de un árbol. Nos acomodamos uno junto al otro, admirando las montañas coronadas de nieves perpetuas que se alzaban ante nosotros. Reinaba en aquellos lugares una serenidad absoluta.

—¿Cuándo vuelve a Londres? —le pregunté a Scarlett.

—El lunes que viene, dentro de ocho días. ¿Y usted?

—No lo tengo muy claro. No me espera nadie en Ginebra. Hay quienes llaman a eso libertad, yo lo llamo soledad.

—Tampoco a mí me espera nadie en Londres. Aparte de mi trabajo. Y seguramente el abogado de mi futuro exmarido para hablar de divorcio.

—Entonces, ¿por qué vuelve a Londres?

—Porque tengo que volver. Tengo que encararme con la realidad. ¿Y usted? ¿De qué realidad iba huyendo al venir aquí?

El momento era propicio para las confidencias. Decidí contarle a Scarlett la historia de Sloane, aquella chica extraordinaria a quien yo no había sabido conservar.

—Así que ella lo deja y usted, en vez de pelear, sale huyendo —observó Scarlett.

—Tiene razón —dije.

—Venga, no se preocupe, escritor. Si era la adecuada, volverá con ella después de acabar el libro.

—No tengo ni idea.

—Ya lo verá —me aseguró.

Pasó un ángel. Nuestros cuerpos se habían acercado. Noté aquella tensión eléctrica entre nosotros. Scarlett me tocó suavemente la mano. Luego aproximó el rostro al mío. Pero la detuve justo antes de que me rozase la boca con los labios.

—Es imposible, Scarlett —le susurré—. Lo siento mucho...

41. Últimas horas

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

Las siete y cinco. No se había comunicado quién era el nuevo presidente.

La fiesta del Gran Fin de Semana se iba a pique en medio del caos. Una dolencia misteriosa diezmaba a los invitados. En el salón de baile el espectáculo era dantesco: la gente se retorció en el suelo entre quejidos. Era una auténtica pandemia.

Macaire, sin saber qué hacer entre los gritos y el barullo, decidió ir a refugiarse en su habitación. Para no tener que esperar al ascensor, fue por las escaleras, pero cuando apenas había empezado a subir una voz le llamó la atención:

—¿La culpa de todo este follón la tienes tú?

Era Tarnogol.

Macaire bajó los pocos peldaños que lo separaban de él y lo miró de arriba abajo.

—La culpa la tengo yo —dijo—. O quizá la tiene usted, Sinior. ¡Estaba tan emperrado en impedirme llegar a presidente...! Y, en el fondo, ¿por qué? Todas esas personas están en peligro de muerte por su culpa.

—Todo empieza donde todo acaba —susurró Tarnogol.

—¿Cómo dice?

—Todo empieza donde todo acaba, Macaire. Mire dónde estamos: en el Palace de Verbier, una noche del Gran Fin de Semana del banco. En el lugar donde nos encontramos por primera vez hace exactamente quince años. Y es esta noche cuando todo acaba, aquí mismo. No me hago ilusiones: la P-30 me pillaré tarde o temprano. Es muy probable que sea esta la última vez que nos veamos, Macaire.

Tarnogol parecía resignado. Le tendió la mano a Macaire para despedirse. Este no reaccionó y Tarnogol bajó la mano antes de añadir:

—En el momento de la retirada, le diré que me he pasado la vida perdiéndola. Por el ansia de ganar dinero, por el ansia de dirigir el mundo, por el ansia de más y más poder. Cuando ansías decidir el destino de los demás, se te olvida que solo puedes influir en el tuyo propio. Adiós, Macaire. Mañana, cuando el Palace se recupere, solo un nombre retumbará entre estas paredes: el de Lev Levovitch. El nuevo presidente del Banco Ebezner.

Con esas palabras, Tarnogol dio media vuelta y volvió a bajar los peldaños. Como ruido de fondo se oía el caos que reinaba en el salón de baile y las sirenas de los vehículos de emergencias que llegaban desde toda la comarca.

Macaire miró cómo se alejaba el anciano, corroído por el arrepentimiento, y pensó que no quería acabar como él. Esa noche el destino le había dado una última y milagrosa oportunidad: recuperar la presidencia. Cerrar la brecha que había abierto en su destino quince años antes al ceder sus acciones. Todavía era joven: le quedaban muchos años buenos por vivir. Podía decidir en aquel mismo instante volver a tomar las riendas de su vida. Las palabras de Tarnogol le retumbaban en la cabeza: no podemos influir en el destino de los demás, pero podemos influir en el propio.

—¡Espere, Sinió! —exclamó entonces Macaire.

Tarnogol se paró en seco y se dio la vuelta.

—De acuerdo —le dijo Macaire.

—De acuerdo ¿qué?

Macaire bajó corriendo las escaleras hasta llegar junto a Tarnogol.

—Voy a aceptar el trueque, Sinió. Deme la presidencia y recupere lo que es suyo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Estás dispuesto a perder a Anastasia?

—Hay una parte de mí mismo que se pregunta si no la he perdido ya.

Tarnogol lo miró muy serio.

—El martes le mandaron un ramo enorme de rosas blancas —continuó Macaire—. «Me lo ha mandado la vecina», me dijo. Pero, ¿sabe?, he hablado con la vecina y lo ha negado.

Tarnogol asintió. Como si lo compadeciera. Y le anunció:

—Mañana, Macaire, te despertarás siendo presidente de este banco.

Los dos hombres se dieron un prolongado apretón de manos. Luego Macaire volvió a subir las escaleras rumbo a la sexta planta. La voz de Tarnogol lo alcanzó por última vez.

—Macaire —dijo—, serás un buen presidente.

Macaire sin detenerse, sonrió. Le dio la impresión de que por fin había ganado.

En el salón de baile y las zonas aledañas, el jaleo y los gritos no cesaban. En medio del desorden generalizado, los servicios de emergencia se afanaban en evacuar a los enfermos hasta el vestíbulo del hotel para allí clasificarlos, pues unos estaban más afectados que otros.

Anastasia, entre aquel barullo, buscaba desesperadamente a Macaire y a Lev. No los encontraba ni en el vestíbulo ni en el salón de baile. Por fin, mientras iba por el pasillo que llevaba a los aseos, se encontró con Lev, tirado en la moqueta y doblado por la mitad.

—¡Lev! —exclamó, abalanzándose hacia él—. ¡Dios mío, Lev! ¿Qué te pasa?

Él empezó a tener convulsiones. Ya no podía hablar. Soltó un prolongado estertor. Anastasia se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

*

Quince años antes, en el Gran Fin de Semana

El viernes por la mañana, al alba, Lev salió de Ginebra camino de Verbier.

Casi no había dormido en toda la noche. La víspera, tras comprender que Anastasia no acudiría a la cita en el Hôtel des Bergues, volvió a casa con el corazón roto y llamó por teléfono a su padre. Se lo contó todo. El dolor de que lo rechazaran y de que el escogido fuera otro. Y Sol Levovitch maldijo a esa joven que tanto hacía sufrir a su hijo.

—Ven mañana a Verbier —le sugirió entonces Sol.

Lev rechazó la idea:

—No me apetece nada participar en el Gran Fin de Semana de las narices. Me encontraría con todos los compañeros, con Anastasia y con

Macaire. No, gracias.

—Ven y nos vamos fuera. Te levantaré los ánimos. Podríamos ir a Zermatt y pasar el fin de semana juntos. Hace mucho que no hacemos un viajecito los dos.

Lev no estaba ya muy seguro de lo que quería. Pero aceptó. Le dijo a su padre que cogería el tren de las nueve y media y llegaría a Verbier a eso de las doce.

—Vamos a darnos un homenaje, ya verás cómo te anima.

Lev se sentía exhausto. Pero, echado en la cama, fue incapaz de conciliar el sueño. Como mucho, cerró los ojos unos cuantos minutos, para quedarse amodorrado y despertarse de un sobresalto. Enseguida se acordaba de Anastasia y se retorció de dolor. No lo entendía. Tenía que hablar con ella. Antes de irse a Zermatt con su padre, iría a verla al Palace de Verbier y le pediría explicaciones. Vio pasar las horas. Por fin, a las cuatro y media preparó la bolsa. A las cinco salió para ir a la estación Cornavin.

A las cinco y media, se estaba subiendo al primer tren para Martigny. Allí haría trasbordo para ir a Le Châble. Y, luego, el autobús para Verbier.

A las cinco y media, tirada en las baldosas heladas del cuarto de baño, donde al final se había quedado dormida, Anastasia se despertó. Vio que la puerta del cuarto estaba abierta.

Se escurrió disimuladamente hacia su habitación, recogió unas cuantas cosas que metió en una bolsa y fue corriendo hacia la puerta de la calle.

En el momento en que se disponía a salir del piso, oyó la voz de su madre gruñir detrás de ella, oculta en la oscuridad.

—¡Anastasia, si sales por esa puerta, olvídate de esta casa!

—Mamá, yo...

Olga encendió la luz y se mostró a su hija con expresión impasible.

—¡Ya es hora de que recibas lo que te mereces, cochina embustera!

Anastasia se quedó mirando a su madre. Olga, dándose cuenta de que su hija estaba a punto de desafiarla, exclamó:

—¡Lárgate! ¡Vete con tu vagabundo! ¡Vete a vivir como una miserable! Pero ¡no quiero volver a verte!

Anastasia salió huyendo. Bajó a toda prisa las escaleras del edificio y escapó por la calle, en el gélido amanecer, con su modesto equipaje en la mano. Corrió tan deprisa como pudo, con la esperanza de encontrar a Lev.

Llegó a orillas del lago Lemán y cruzó el puente del Mont-Blanc. A aquella hora todo estaba desierto. Dejó atrás el Jardin Anglais y llegó al barrio de Les Eaux-Vives. Pocos minutos después entraba por fin en el edificio en el que vivía Lev. Subió de dos en dos las escaleras hasta su piso y estuvo un buen rato llamando a la puerta, en vano. No hubo respuesta. Debía de estar profundamente dormido. Con las prisas, Anastasia se había dejado en casa de su madre la copia de las llaves que él le había dado. Estaba atrapada allí fuera. Esperó casi una hora, sentada en el felpudo. Volvió a llamar hasta que se convenció de que no había nadie. Probablemente ya se había ido a Verbier. Se marchó corriendo a la estación Cornavin.

A las siete de la mañana, con la cara desencajada, se sentó en un vagón de segunda, en dirección a Martigny. En cuanto encontrase a Lev se lo contaría todo.

Las siete y cuarto. Lev se bajó del tren en la estación de Martigny. Durante el trayecto había recuperado la esperanza: si Anastasia no había ido al Hôtel des Bergues era seguramente por alguna razón de peso. La habían entretenido o había surgido un impedimento. Ahora lamentaba aquella reacción en caliente. Se había precipitado al marcharse de Ginebra. Debería haber ido a acecharla delante de su casa. ¿Iría a Verbier? ¿Y si lo estaba esperando en Ginebra? Estuvo dudando si coger un tren en dirección contraria. Pero luego pensó que mejor sería ir al Palace. Ella también acabaría yendo de todos modos.

En Martigny, como le quedaba un rato de espera antes del primer tren para Le Châble, decidió ir a tomar un café y entrar en calor en el Hôtel de la Gare. Sentado, entre el bullicio de los muchos clientes que estaban desayunando, observaba por la ventana la calle desierta y la placita. Acababa de pagar la consumición y se disponía a salir cuando, para su sorpresa, vio a su padre por la calle con una maleta en la mano. ¿Qué pintaba allí, y encima con maleta? ¿Se dispondría a irse de Verbier?

Sol Levovitch entró precisamente en el hotel, donde se mezcló con los demás clientes. Lev, sin que lo viera, no le quitaba ojo. Su padre cruzó el vestíbulo. Lev lo siguió. De pronto, tuvo el presentimiento de que fallaba algo. Pero no podía ni imaginarse lo que estaba a punto de descubrir.

42. El gran vuelco

Sábado 15 de diciembre, víspera del asesinato

Las once y media de la noche en el Palace de Verbier. Todo volvía a estar en calma, pero con el desconsolado silencio de un cataclismo. En el salón de baile, los empleados del hotel procuraban borrar todo rastro del caos que había reinado allí pocas horas antes.

Todos los enfermos, repartidos por los diferentes hospitales de la comarca, estaban fuera de peligro. La mayoría pasaría la noche en observación por pura precaución, pues ningún caso era ya preocupante. No había que lamentar ninguna víctima. Los médicos habían mencionado una posible intoxicación. Quizá por algo que había en los canapés. ¿El salmón? ¿El *foie-gras*? La policía había alertado a las autoridades sanitarias y en las cocinas del hotel se estaban tomando muestras para analizarlas. El señor Rose, histérico, había mandado vaciar todas las cámaras frigoríficas y tirar toda la comida que había en ellas. «¡No quiero correr ningún riesgo!», le repetía a su brigada de cocineros que, a su vez, se comprometían a pedir cuentas a todos sus proveedores. Lo cual no quitaba que siguieran sin entender qué había podido pasar: todos los productos que utilizaban eran fresquísimos y de primera calidad.

En su *suite* de la sexta planta, Lev estaba cerrando la maleta ante la mirada preocupada de Anastasia.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó.

Lev acababa de volver del hospital de Sion. En cuanto lo atendieron los médicos, se sintió mucho mejor. Le habían aconsejado que se quedase en observación, pero él prefirió volver al Palace lo antes posible.

—Todo va bien —le aseguró a Anastasia—. No te preocupes.

—¿Te ves capaz de viajar? Podemos esperar a mañana.

—No vamos a esperar más. Llevamos ya demasiado tiempo retrasando este momento.

Ella asintió. Lev tenía razón. Junto a la puerta, su bolsa, preparada desde hacía dos días, daba fe de varias salidas en falso. Tenían que irse ahora. Desaparecer juntos. Olvidarse de Ginebra y del banco y de todo cuanto había sucedido en aquellos quince últimos años.

—No sé qué está pasando aquí —dijo entonces Lev—, pero dudo mucho de que estas indisposiciones sean una simple intoxicación.

—¿Por qué? —quiso saber Anastasia.

—Porque me he puesto malo sin haber comido nada. Solo he bebido una copa de champán y unos tragos de un cóctel con vodka que me pareció un asco y que solté enseguida. Y no me pega que el Palace sirva bebidas de garrafón. Y lo más raro de todo es que Macaire, Tarnogol, Jean-Bénédict y Horace Hansen no se han puesto enfermos.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Los he visto. Todo el mundo estaba doblado por la mitad menos ellos.

—¿Y eso qué querrá decir? —se preguntó ella en voz alta, acordándose del diario de Macaire en el que especificaba sus funestos planes para recuperar las riendas del banco.

—No tengo ni idea —dijo Lev—. Pero creo que está pasando algo muy raro, Anastasia. No sé el qué, pero cuanto antes salgamos de este maldito Palace, antes me sentiré mejor.

Tenían previsto irse al cabo de una hora. Alfred estaba avisado. Iría a recogerlos a una de las entradas de servicio del Palace para que no los vieran. Los llevaría al aeropuerto de Sion. Un avión privado los estaría esperando. Todo estaba previsto.

—¿Un avión privado para dónde? —preguntó Anastasia.

—Ya lo verás —le dijo Lev con una sonrisa.

Anastasia le devolvió la sonrisa. Mientras, con la mano en el bolsillo, jugueteaba con el anillo de compromiso que le regalara Macaire. Y de pronto pensó que no quería escapar cobardemente sin despedirse de él. Quería que su relación concluyese como había empezado, allí mismo, en este hotel, quince años antes.

—Tengo que zanjar un asunto —dijo—. Acaba de hacer la maleta que enseguida vuelvo.

En su *suite*, Macaire estaba eufórico. Sentado en un sillón, miraba emocionado las acciones al portador que una mano anónima le había metido por debajo de la puerta. Tarnogol había cumplido su palabra y había devuelto su parte. Al cabo de quince años, Macaire recuperaba por fin el lugar que le correspondía.

De pronto, llamaron a la puerta. Macaire guardó las acciones en la caja fuerte de la habitación antes de abrir. Era Anastasia. Parecía abatida. Él entendió enseguida qué pasaba.

—Pasa —le dijo como si le fuera ajena.

Ella entró en la habitación, se sentó en un sillón y se sacó del bolsillo un objeto que dejó encima de una mesa baja como si ya no lo quisiera. Macaire reconoció en el acto el zafiro que le había regalado cuando le pidió que se casara con ella. Llevaba años sin ver esa sortija.

—Todo ha terminado —susurró ella.

—Ya lo sé —contestó él, con voz queda.

La descolocó esa respuesta que no se esperaba.

—Sé que te ves con alguien, Anastasia —siguió diciendo Macaire—. El fin de semana pasado no estabas en Vevey, en casa de tu amiga Véronica. Lo sé porque antes de irme a Madrid quise mandarte tus bombones preferidos. Se me ocurrió que te haría ilusión. Encontré el número de Véronica en esa agenda vieja que guardas con tanto cuidado y la llamé para que me diera sus señas. Pero Véronica se quedó muy sorprendida: me dijo que hacía siglos que no os veáis. No fue la vecina quien te envió las flores. Hay otro hombre en tu vida.

Había hablado con una voz completamente serena, mirándola con tal intensidad que Anastasia tuvo que apartar la vista.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó, al cabo, con un hilo de voz.

—A lo mejor porque, mientras no sacara el tema, podía seguir con la ilusión de que no era cierto. Al volver de Madrid, el domingo por la noche, le pedí a Arma que este fin de semana se quedase en casa contigo, supuestamente porque no te gustaba quedarte sola. Pero en realidad era para vigilarte. Para que yo pudiera estar aquí sin pensar que te estabas acostando con otro.

Se miraron en silencio. Eran casi las doce de la noche. Macaire comprendió que había perdido a Anastasia.

—He sido feliz contigo —dijo Macaire.

—Yo también contigo —aseguró ella.

Tras un titubeo, él preguntó, sin estar seguro de querer oír la respuesta:

—¿Quién es?

—Qué más da.

—Tienes razón, da igual. El amor no es tanto alquimia como obra del tiempo. El amor es sobre todo esfuerzo. Te deseo que te esfuerces lo bastante para amar y que te amen.

Ella dejó que le rodase una lágrima por la mejilla. Lo quería, pero como se quiere a un hermano, no a un amante. Le sonrió y permitió que se adueñasen de ella los recuerdos de su juventud. Del hombre bueno que había sido Macaire. Se estuvieron mirando mucho rato.

De repente, los sobresaltó alguien aporreando la puerta. Del otro lado, Jean-Bénédict llamó:

—¡Abre, Macaire! —dijo en tono de ordeno y mando—. ¡Sé que estás ahí!

Macaire se puso pálido y ordenó a Anastasia que se escondiera en el cuarto de baño. Luego fue a abrir a su primo, que entró en la habitación como una tromba.

—¿Quieres saber la última? Tarnogol ha ido a verme hace un momento. Me ha entregado una carta de dimisión: ¡deja el banco con efecto inmediato! ¡Y comunica que sus acciones del banco vuelven a ser tuyas y que te da su voto para que el Consejo te elija presidente! O sea, que con mi voto y el suyo, eres presidente. ¡Enhorabuena, señor presidente!

Macaire sonrió victoriosamente. Anastasia, en el cuarto de baño, desde donde lo estaba oyendo todo, sonrió también. Se alegraba por él. Los dos volverían a construir su vida, cada uno por su lado. Pero Jean-Bénédict anunció entonces:

—¡Lo que pasa es que el presidente voy a ser yo!

Macaire frunció el ceño.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Los Ebezner llevan trescientos años tratando a los Hansen como a unos muertos de hambre. Siempre os habéis creído superiores. Pero ¡se acabó! Porque el Banco Ebezner se va a convertir en el Banco Hansen a partir del 1 de enero. Será mi apellido el que aparezca en el edificio de la calle de La Corraterie. Porque vas a darme las acciones que te ha devuelto Tarnogol. Y esas acciones, sumadas a las mías y a las de mi padre, nos colocan en una

posición invulnerable. De ahora en adelante, el banco es propiedad de los Hansen.

—¡No sabes lo que dices! —bramó Macaire.

Jean-Bénédict soltó una carcajada aviesa.

—Tú sí que no sabes lo que dices, Macaire. Siempre has sido un perdedor. ¡Quisiste traicionar al banco, intentaste matar a Tarnogol y has envenenado a todo el mundo! ¡Hay que estar de la olla! Debería denunciarte a la policía, pero no lo haré si me das ahora mismo tus acciones.

—¡No tienes ninguna prueba de lo que dices!

—¿De verdad estás dispuesto a correr el riesgo? Por ahora todo el mundo piensa que el salmón ahumado estaba pasado. Y la cosa no irá más allá. Pero solo depende de mí que la policía se entere de todo. La investigación será rápida: seguro que las cámaras del hotel te han grabado poniendo la botella de vodka en el bar. El coordinador de banquetes te vio luego buscarla como loco. Si hablo, todo el mundo corroborará mis afirmaciones. Ya estoy viendo los titulares en la prensa: MACAIRE EBEZNER, EL ENVENENADOR. ¡Y, por supuesto, también me encargará de difundir ese vídeo en el que estás intentando vender listas de clientes al fisco italiano! ¡Menudo escándalo!

Macaire cerró los ojos y se desplomó en un sillón.

—¡Estás acabado, Macaire! —le dijo Jean-Bénédict.

Macaire no tenía elección. Tras mucho dudarle, se dirigió hacia la caja fuerte de la habitación y sacó el sobre de Tarnogol. Jean-Bénédict se apoderó de él y comprobó, radiante, que contenía los documentos.

—No podrás ser presidente —le dijo entonces Macaire—; mi padre dejó expresamente prohibido que un miembro del Consejo fuera su sucesor.

—Pero gracias a ti la familia Hansen tiene ahora la mayoría de las acciones. Es ella la que nombra o destituye al presidente. Desde ahora tenemos el control del banco y podemos decidir su destino. Por supuesto, vas a aprobar públicamente esos cambios. Y, por supuesto, vas a dimitir del banco. Creo incluso que te interesa irte de Ginebra y establecerte en otro sitio. Con lo que te dejó tu padre, no tienes problemas de dinero. Deberías aprovecharlo y regalarte una nueva vida. Muy lejos. ¡No quiero volver a verte, querido primo!

Macaire estaba trémulo. Jean-Bénédict le dio unas palmaditas en el hombro con ademán condescendiente.

—Has tomado la decisión correcta. Mañana por la mañana convocaré una rueda de prensa para anunciar estos grandes cambios. Leeré la carta de dimisión que me ha entregado Tarnogol y explicaré que tú dejas el banco por motivos personales y me entregas el timón. La gente se imaginará que tienes cáncer, que es algo que siempre da pena; no está tan mal. ¡Hala, buenas noches, querido primo! Que duermas bien.

Se marchó y Anastasia, que lo había oído todo, salió lívida del cuarto de baño.

—¡Jaque mate! —le dijo Macaire, ahogando un sollozo—. Lo he perdido todo.

Anastasia volvió precipitadamente a la habitación de Lev.

—Anastasia, ¿qué te pasa? —dijo él, preocupado al ver su expresión consternada.

—Lev, ¡qué desastre!

—Pero ¡bueno! ¿Qué ocurre?

—Es Macaire. Ha hecho una tontería muy gorda.

Rompió a llorar, con los nervios destrozados. Él la abrazó y la consoló.

—Macaire quiso matar a Tarnogol envenenándole el vodka —explicó Anastasia—, pero, por equivocación, esa botella se usó para preparar los cócteles.

—¿Así que ha sido un envenenamiento general?

—Sí.

—Y, aun así, ¿no ha habido víctimas? —preguntó Lev.

—Macaire cree que las dosis que se utilizaron fueron ínfimas y no resultaron mortales, ¡afortunadamente! Hemos estado al borde de una tragedia espantosa. Jean-Bénédict ha descubierto lo que tramaba Macaire y lo ha chantajeado para hacerse con el control del banco. Acaba de obligarlo a cederle la presidencia.

Anastasia calló un momento, como si estuviera pensando. Luego dijo:

—Solo hay una persona que pueda impedirlo.

—¿Quién?

—Tarnogol. Voy a ir a hablar con él.

—¿Ahora?

—Ha dimitido —explicó ella—; sabe que está amenazado, también estará haciendo las maletas. Tengo que hablar con él antes de que se vaya del hotel. Macaire me ha dicho que está en la habitación de al lado.

—Tarnogol es peligroso —le avisó Lev.

—Ya lo sé.

La brusca respuesta de Anastasia sorprendió a Lev.

—Déjame que te acompañe —dijo entonces.

—No, Lev. ¡No te metas en esto, por favor! Es algo entre Tarnogol y yo. Me..., me robó parte de mi vida. ¡Por su culpa me casé con Macaire! Por su culpa tú y yo...

Dejó la frase a medias. No le apetecía hablar de aquello. Salió al pasillo y llamó en la puerta de al lado. No hubo respuesta. Entonces se agachó: al cabo de unos momentos vio una raya de claridad, como si alguien acabase de despertarse y de encender la luz.

Se pegó a la puerta y dijo, sin levantar la voz para que no la oyeran en el resto de la planta:

—¡Tarnogol, sé que está ahí, abra!

Pasados unos instantes, Tarnogol abrió en bata; estaba claro que lo había sacado de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pasa que usted y yo tenemos que hablar —dijo Anastasia, entrando en la *suite*.

Clavó la mirada de leona enfurecida en los ojos de Tarnogol. Tuvo una breve visión. Reconocía esos ojos. Se acordó de lo que le había dicho esa misma mañana, en Ginebra, al teniente Sagamore: «Los ojos no engañan». De repente lo entendió todo y se lanzó sobre él.

43. Personal y confidencial

Quince años antes, en el Gran Fin de Semana

Anastasia llegó al Palace de Verbier a última hora de la mañana. En vez de unirse al jolgorio de sus compañeros, recorrió el hotel de punta a cabo buscando a Lev. Buscó en el bar, en los salones, en la piscina, cruzó por las plantas y subió hasta las buhardillas donde estaban los cuartos de los empleados y donde Lev la había llevado un año antes. Donde se habían acostado por primera vez. Donde se habían prometido no separarse. Llamó a las puertas, pero ninguna se abrió. Gritó desesperadamente: «¡Lev! ¡Lev!», pero solo le respondió el silencio. Volvió a bajar al vestíbulo, preguntó a todos los empleados del hotel y a los del banco con los que se cruzó: nadie había visto a Lev.

Por fin, se apostó a la puerta del Palace, acechando los coches que iban y venían. De repente vio a Sol Levovitch llegar en un taxi. Anastasia salió y bajó corriendo la escalinata del hotel.

—¡Señor Levovitch! —gritó.

Él se dio la vuelta. Lo notó pálido y desmejorado desde la última vez que lo había visto, a finales de verano.

—¿Anastasia?

La miró con ojos furiosos. Ella era la que trastornaba a Lev. No era una chica para él. Que ahora se avergonzaba de su apellido y se inventaba historias sobre ellos. Antes de ella, Lev no había pensado nunca en irse. Antes de ella, era feliz con la vida que llevaba, siempre estaba sonriente y siempre contento. Era ella quien lo había alejado de Verbier; era ella quien lo había metido a trabajar en un banco; era ella quien lo había convertido en Otro.

Anastasia notó en los ojos de Sol que sabía algo.

—Señor Levovitch, tengo que hablar con Lev.

—Anoche le dio usted un disgusto muy grande.

—Ha sido un terrible malentendido. Anoche habíamos quedado en vernos, pero me retuvieron. Es una larga historia, pero tengo que hablar con él sea como sea. ¿Dónde está?

—Me temo que es demasiado tarde —dijo Sol, con tono de lamentarlo.

—Señor Levovitch, es muy importante. Tengo que hablar con Lev. Dígame dónde está, ya solo me queda él en el mundo. ¡Por favor!

—Por desgracia se ha ido. No sé dónde está. No ha querido decirme nada.

A Anastasia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Si lo ve, por favor se lo pido, dígame que tengo que hablar con él. Fue mi madre la que me retuvo anoche. Dígame que fue mi madre; él ya la conoce y lo entenderá todo enseguida.

*

Esa misma noche, a las diez, en Verbier. Seguía sin saberse nada de Lev.

Anastasia había pasado el día encerrada en la magnífica habitación del Palace que pagaba el banco. Nunca había tenido una habitación así para ella. En su día, había dormido en las camas de los grandes hoteles de montaña con aquellos jóvenes de grandes familias con quienes intentaba casarla su madre. Pero aquella era la primera vez que tenía una habitación para ella sola. Aunque estaba tan desesperada por no saber nada de Lev que no había disfrutado de ella. En las últimas semanas, se había imaginado con él en esa habitación, entre esas sábanas, en la enorme bañera de mármol. ¿Dónde estaba?

De pronto, alguien llamó suavemente.

—¿Anastasia? —oyó a través de la puerta—. Soy Macaire.

Fue a abrir.

—¿Va todo bien? —preguntó Macaire—. No te he visto en todo el día.

—Todo bien.

Él se fijó en los ojos enrojecidos.

—¿Has llorado?

Por toda respuesta, Anastasia rompió a llorar. Macaire entró en la habitación y la abrazó para consolarla.

—Me duele tanto, Macaire —susurró.

—¿Dónde te duele? ¿Quieres que llame a un médico?

—No es nada que pueda curar un médico; tengo el corazón destrozado.

—Yo también sé lo que es tener el corazón destrozado. Estaba convencido de que irías anoche a Le Lion d'Or.

No dijeron nada más. Ya no eran necesarias las palabras. O no bastaban. Se sentaron y se quedaron así mucho rato, ella llorando a mares y él sufriendo en silencio al notarla tan cerca y tan lejos de él. Por fin, al irse, le susurró:

—Anastasia, no me imagino la vida sin ti.

—Macaire, yo...

—Dime que no me quieres, que no te importo nada.

—Me importas —le aseguró ella—, pero no como querías importarle a mi corazón.

Él hizo una mueca. Luego le imploró, negándose a aceptar la realidad:

—Por favor te lo pido, piénsatelo otra vez. Podríamos ser tan felices juntos... Te haré feliz. Te protegeré. Nunca te faltará de nada. Dime que lo vas a pensar, que hay esperanza.

Ella no tuvo fuerzas para responder. Él siguió diciendo:

—Mañana por la noche, en el baile, viviré uno de los momentos más importantes de mi vida. Necesito que estés allí, a mi lado. Al menos como amiga.

—Allí estaré —le prometió ella con un hilo de voz.

Cuando Macaire se fue por fin de la habitación, Anastasia se sentó ante el pequeño escritorio. En uno de los cajones encontró papel y sobres con el escudo del Palace. Escribió dos cartas. Una para Lev. La otra, para Macaire. Pensó que, en el fondo, eran las dos personas que le habían importado de verdad en la vida.

Dos cartas, breves, para que quedase todo dicho.

Dos cartas, como si pudiera escribir su destino.

Eran alrededor de las doce de la noche cuando salió de su habitación, con los dos sobres en la mano, y bajó al vestíbulo del Palace. Estaba todo desierto. Solo había una silueta inquieta que acechaba el exterior por la amplia puerta giratoria. Era Sol Levovitch, que no se había movido en todo aquel tiempo, esperando ansiosamente a su hijo. Habían discutido en

Martigny y Lev se había ido, furioso. Tenía que hablar con él. Tenía que contárselo todo. De repente una voz lo llamó:

—¿Señor Levovitch?

Se volvió; era Anastasia, que le dirigió una sonrisa triste.

—Señor Levovitch —le dijo al tiempo que le tendía la carta para Lev—. ¿Puede darle esto a Lev en cuanto lo vea? Es muy importante. Se trata del porvenir de los dos.

—Cuenta conmigo —prometió Sol.

—Dígale también —añadió Anastasia— que voy a pedir un puesto de camarera de piso en este hotel. Que estaré aquí esperándolo el tiempo que haga falta.

Sol Levovitch, sin acabar de entenderlo, asintió. Se fijó en el segundo sobre que llevaba Anastasia en la mano y leyó el nombre que llevaba escrito: Macaire.

—¿Quiere que le entregue esa carta a alguien? —propuso con tono inocente.

—Es... para un cliente del hotel. Macaire Ebezner. No sé qué número de habitación tiene.

—Puedo hacer que se la lleven. Bueno, solo si usted quiere.

—Es tarde —objetó Anastasia.

—Se la entregarán mañana a primera hora.

—Hay que entregarla en mano. Es muy importante.

—Así se hará.

Anastasia titubeó un momento. Le parecía cobarde no dársela personalmente a Macaire, pero sabía que la leería delante de ella y que volvería a las súplicas. No se sentía ya con energía para soportar tanto numerito. Le entregó la carta a Sol y se fue.

Sol Levovitch entró a su despacho. Abrió los dos sobres y leyó las cartas.

Leyó la carta de Anastasia a Lev y se quedó aterrado. Notó que lo oprimía la angustia. Luego leyó la carta para Macaire y pensó que algo se podía hacer.

Agarró una lupa, un par de tijeras y un tubo de pegamento; a continuación recortó hábilmente la primera frase de cada una de las dos cartas de Anastasia. Hecho lo cual, se escurrió hasta la oficina de administración y las metió en la fotocopidora en color de último modelo. De la máquina salieron dos cartas nuevas; el resultado era perfecto. A

menos que las examinase con lupa, nadie podía notar que el texto, escrito con bolígrafo azul, solo era una copia.

En el momento en que Sol volvía a ocupar su puesto de observación en la entrada del Palace, llegó Lev.

—Lev —dijo Sol al recibirlo en el vestíbulo—, ¡por fin has vuelto! Estaba tan preocupado.

Lev le lanzó una mirada iracunda:

—Solo he vuelto aquí para ver a Anastasia. Tengo que hablar con ella.

—Espera... Tenemos que charlar.

—¿Qué quieres? —preguntó Lev, muy seco—. ¿A lo mejor quieres explicarme a qué andas jugando?

—Estoy muy enfermo, Lev.

—¿Enfermo? ¿Qué tipo de enfermedad?

—Tengo cáncer. No me queda ya mucha vida.

—¿Por qué te iba a creer?

—Porque es la verdad.

Sol notaba que su hijo estaba furioso con él. Se lo imaginaba marchándose lejos y ese pensamiento lo asustaba. Su hijo era cuanto tenía. No quería morir solo. No quería pasar sus últimos meses sin nadie a su lado. Era lo que más lo aterraba. Unos pocos meses, no pedía más. Su hijo tendría luego toda la vida por delante para encontrar a otra Anastasia. Mujeres había muchas, mientras que él solo tenía un hijo.

Al pensarlo, Sol se metió la mano en el bolsillo y decidió llevar adelante su plan. Se sintió un cobarde.

—No quería agobiarte más —dijo Sol—, pero esta tarde he visto a Anastasia del brazo de otro. Iba riéndose, parecía feliz. Cualquiera habría dicho que estaba enamorada.

—¡No me creo ni una palabra! —dijo Lev, alterado.

—Un tal Macaire —añadió Sol—. Es ese del que me has hablado, ¿no? Ese con el que estuvo ayer en Le Lion d'Or, ¿verdad? Hace un rato he encontrado dos cartas que Anastasia ha dejado en recepción, una para ti y la otra para el Macaire ese, precisamente.

Sol enseñó los dos sobres que tenía en la mano.

—¡Dámelas! —pidió Lev imperativamente.

—Después de ver juntos a Anastasia y ese chico, no querría que fueran malas noticias —avisó el padre.

—¡Que me las des! —exigió Lev, y le arrebató a su padre las cartas de la mano.

Las abrió a toda prisa, las leyó y se desplomó. Con un gesto de rabia, arrugó ambas cartas y arrojó los burruños contra la pared. El padre recogió las cartas que había amañado y fingió que las veía por primera vez:

Macaire mío:
Solo te quiero a ti. Huyamos juntos. Vámonos lejos de Ginebra.
Me importa un bledo tu gran porvenir en el banco, me importa un bledo el dinero.
A lo único que aspiro es a estar contigo.
Te quiero para siempre,
Anastasia

Lev, Lev mío:
Debería haber tenido valor para decírtelo cara a cara; te lo escribo: no quiero estar contigo. Esa es la razón por la que no fui anoche. Deberías haberlo entendido. En contra de lo que crees, no tenemos un porvenir juntos.
No me guardes rencor. Sabes que te deseo lo mejor.
Espero que me perdones.
Con todo mi amor,
Anastasia

—Prefiere al rico —dijo Sol con expresión apenada—. Tú solo eres un pobre, y pobre te quedarás. Lo siento mucho, pero no eres nada más que un Levovitch, hijo mío.

Lev se tambaleó por el dolor del impacto. Se puso de pie y titubeó, como si lo hubieran tiroteado, en dirección a la puerta principal del Palace.

—¿Dónde vas? —le preguntó su padre.

—A dar una vuelta.

—¡Espera!

—Necesito estar solo.

Cruzó la puerta y bajó la escalinata del hotel, con su padre pisándole los talones.

—¡Espera, Lev! —le suplicó este, que temía que su hijo hiciera alguna tontería.

Pero Lev se escabulló en la oscuridad. Sus pasos golpeaban la nieve recién caída; el aire frío le azotaba el rostro. Gritó cuanto le permitieron los pulmones. Gritó como si lo hubiera perdido todo. Volvió a echarse a correr, sin meta, sin motivo, y fue a dar a la calle principal del pueblo de Verbier.

Todo estaba a oscuras. Encendió un cigarrillo, anduvo unos pasos entre las sombras y se topó con un bar que todavía estaba abierto. La vio por la cristalera. Sola en la barra. Con el corazón palpitante, entró para reunirse con ella, que no se fijó en él al principio. Se sentó a la barra, a su lado; ella volvió de pronto la cabeza y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—Hola, Petra —dijo.

—Hola, Lev —contestó ella.

Lev pidió vodka para los dos y bebió mirando a los ojos a la joven que lo deseaba ardientemente. Anastasia prefería a Macaire. ¡Que se fuera con él! Él podía tener a la mujer que quisiera. Solo con chasquear los dedos la sustituiría. Le iba a enseñar quién era Lev Levovitch y que no tenía por qué avergonzarse de su apellido. Entonces se inclinó hacia Petra y la besó. Ella le devolvió el beso apasionadamente. Solo se interrumpió para susurrarle: «¡Llevaba mucho tiempo esperando esto!». Volvieron a besarse.

Tenían toda la noche por delante.

44. En la oscuridad de la noche

Domingo 16 de diciembre, el asesinato

Era noche cerrada. El Palace dormía.

La luz del pasillo de la sexta planta se apagó de repente. La sombra que había apretado el interruptor avanzó con prudencia en la oscuridad; la gruesa moqueta amortiguaba el ruido de los pasos. Hizo una breve pausa ante las puertas de todas las habitaciones para ver bien el número antes de detenerse por fin delante de una de ellas. Aquí era. Habitación 622. La sombra se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una pistola.

Con la mano enguantada, la sombra llamó con suavidad a la puerta de la *suite*. Solo lo suficiente para despertar al ocupante.

Se oyó ruido. Se vio luz por debajo de la puerta. El ocupante se estaba levantando de la cama. Luego, unos pasos dentro de la habitación.

La sombra puso un dedo en el gatillo del arma. En cuanto se abriera la puerta, tendría que disparar. Y apuntar bien.

La muerte se disponía a golpear.

45. Despedidas

Quince años antes, en el baile del Gran Fin de Semana

En el salón de baile del Palace, pocos minutos antes de las siete de la tarde.

Anastasia, deslumbrante con un vestido azul oscuro, se había mezclado con los demás empleados del banco. Estaba esperando a Lev, sin saber siquiera si había ido al Palace por fin. Tenía una habitación reservada, pero según el recepcionista no la había ocupado. Se preguntó si habría vuelto a Ginebra. De repente, alguien le cogió la mano; se dio la vuelta, rebosante de esperanza, pero era Macaire.

—Cuánto me alegro de que estés aquí —dijo él, interpretando su presencia como una señal de esperanza.

Tenía una sonrisa radiante.

—Macaire, yo... ¿Has recibido mi carta?

—¿Tu carta? ¿Qué carta?

Ella lo miró a los ojos para saber si estaba de guasa o no.

—¿Me has mandado una postal? —bromeó él, de buen humor al verla allí—. Quién necesita lectura cuando se puede charlar cara a cara. Quiero decirte que eres la mujer más guapa de la fiesta, Anastasia.

—Gracias —dijo ella con un nudo en la garganta.

—¿Me concederás el primer baile?

Ella se limitó a agachar la cabeza como respuesta.

—Venga, vamos —le dijo Macaire—, que va a empezar.

Se la llevó en dirección al estrado y fueron deslizándose entre la pequeña aglomeración que ya se había formado hasta situarse en primera fila.

No tardó en hacerse el silencio y el Consejo del banco, con Abel Ebezner a la cabeza, entró en el escenario por una puerta excusada.

Lev salió de la habitación de Petra, donde había pasado el día.

—Date prisa —lo azuzó cariñosamente ella, que lo estaba esperando en el ascensor—, que nos lo vamos a perder todo.

Le sonrió. Él no reaccionó. Estaba decaído y no parecía el mismo de siempre. Ella lo achacó a todo lo que habían bebido durante la noche. Lo cual no les había impedido hacer el amor varias veces.

—¿Va todo bien? —le preguntó ella en el ascensor—. Pareces triste.

—Todo va bien —le aseguró Lev.

Ella volvió a sonreír y lo besó. Las puertas de la cabina se abrieron en la primera planta. Se encaminaron de la mano al salón de baile.

Abel acababa de pronunciar un discurso solemne, su primer discurso de presidente del banco. Invitó entonces al vicepresidente del banco a que fuera a reunirse con él. Cuando pronunció el nombre de «Macaire Ebezner», este notó que se adueñaba de él un inmenso orgullo. Era uno de los momentos más importantes de su vida. Macaire subió al escenario para que lo entronizase su padre, quien, siguiendo la tradición, le entregó sus acciones al portador. Y el padre presentó al nuevo vicepresidente a los empleados del banco allí reunidos, que aplaudieron largo y tendido a Macaire.

Macaire era el hombre más destacado de la noche. Al bajar del estrado, dejándose llevar por la emoción de ese instante, se armó de valor y, acercándose a Anastasia, que seguía en primera fila, la agarró por las dos manos, la acercó hacia sí y la besó.

Ella se soltó inmediatamente, apuradísima. Al mirar a su alrededor, lo vio: Lev. Él la fulminó con la mirada, se inclinó hacia Petra, que estaba a su lado, y le dio un prolongado beso. A Anastasia se le desencajó la cara y Lev volvió a besar a Petra, satisfecho del efecto conseguido. Satisfecho de poder vengarse. Satisfecho de devolverle a Anastasia algo del daño que le había hecho ella.

Macaire, que no se enteraba de nada de lo que estaba pasando, se sentía algo turbado por su temeridad, pues no sabía si a Anastasia le había gustado el beso o no (no se lo había devuelto, pero tampoco había salido corriendo). En cambio, notó alivio al ver a Lev emparejado con Petra.

—¿Ves, Anastasia? —le dijo entonces—. Ya te había dicho que esos dos estaban juntos.

Anastasia se desmoronó. Hizo acopio de todas sus fuerzas para no llorar delante de todo el mundo. Surcó las filas de invitados y se abalanzó fuera del salón de baile. La inundó un incontrolable sollozo y subió a refugiarse en su habitación. Lo había perdido.

Se habían perdido mutuamente.

En el salón de baile, Macaire se quedó desconcertado por la reacción de Anastasia. Tenía en la mano las acciones de uno de los mayores bancos privados de Suiza, pero en el fondo le resultaba indiferente. Lo único que deseaba era el amor de Anastasia. Quería ir en su busca.

Le costó salir del salón de baile. Todo el mundo quería saludarlo, darle la enhorabuena y beber una copa de champán a su salud. Con mucho gusto los habría mandado a todos a paseo, pero como era incapaz de prescindir de sus buenos modales, necesitó un cuarto de hora largo para salir.

Se abalanzó hacia las escaleras para ir a la habitación de Anastasia. Fue entonces cuando se topó con Sinior Tarnogol, que bajaba hacia el salón de baile. Macaire, que al principio no lo reconoció, lo saludó con un cortés: «Buenas noches, caballero».

Tarnogol se detuvo y lo miró atentamente:

—¿Le pasa algo, joven?

—Penas de amor —le contestó Macaire, contento de que alguien notase que le pasaba algo.

—Son cosas que ocurren —dijo Tarnogol.

Macaire miró a su interlocutor.

—¿Nos conocemos?

—No, no creo —respondió Tarnogol.

—Sí —dijo Macaire, que de pronto lo había reconocido—, ¿fue usted al Banco Ebezner hace unas semanas!

—¿Conoce ese banco?

—¿Que si lo conozco? —dijo Macaire, a quien le hizo gracia la pregunta—. Me llamo Macaire Ebezner —añadió tendiéndole la mano a Tarnogol—. Soy el nuevo vicepresidente del Banco Ebezner.

Se dieron un caluroso apretón de manos.

—Me llamo Siniór Tarnogol. Encantado de conocerlo. No me gusta ver triste a un chico guapo como usted. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarlo?

Macaire suspiró:

—Ay, ojalá pudiera usted conseguir que se enamorara de mí la mujer de la que estoy enamorado —dijo—. Se llama Anastasia. Daría lo que fuera para poder estar con ella.

46. La mañana del asesinato

Eran las seis y media de la mañana. El Palace de Verbier estaba sumido en la oscuridad. Fuera, todavía era noche cerrada y estaba nevando mucho.

Las puertas del ascensor de servicio se abrieron en la sexta planta. Un empleado del hotel apareció en el pasillo con una bandeja de desayuno y se dirigió a la habitación 622.

Al llegar, se dio cuenta de que la puerta estaba entornada. La luz se filtraba por la rendija. Anunció su presencia, pero no obtuvo respuesta. Al final, se tomó la libertad de entrar, suponiendo que habían dejado la puerta abierta para él. Lo que descubrió le arrancó un alarido. Salió huyendo para avisar a sus compañeros y llamar a emergencias.

A medida que la noticia se propagaba por el Palace, se fueron encendiendo las luces en todos los pisos.

Un cadáver yacía en la moqueta de la habitación 622.

Tercera parte

CUATRO MESES DESPUÉS DEL ASESINATO

Abril

47. El nuevo presidente

Era el primer martes del mes de abril. Eran las doce y media del mediodía; la sesión de Macaire en la consulta del doctor Kazan acababa de empezar. La ventana daba a la plaza de Claparède, cuyos árboles de elevadas copas recuperaban el follaje poco a poco. Ginebra estaba empezando a reverdecer. La primavera se asentaba.

—Va a hacer cuatro meses que asesinaron a mi primo Jean-Béné y la policía sigue sin tener la mínima pista —se lamentó Macaire en la consulta del psicoanalista, repantigado en el sillón del paciente.

—¿Y qué siente usted? —preguntó el doctor Kazan.

—¿Del asesinato de mi primo o de que la investigación esté estancada?

—De las dos cosas.

—¿Sabe? —confesó Macaire—. No se lo he dicho a la policía, pero nuestra relación había empeorado.

—¿Ah, sí? —dijo extrañado Kazan—. Pues se llevaban ustedes bien, ¿no?

—Justo antes de que muriese tuvimos unas palabras.

—¿Qué quiere decir?

Macaire no contestó. Se quedó mirando por la ventana. Parecía ausente.

—¿Está seguro de que todo va bien, Macaire?

—Sí, sí. Todo va bien. Disculpe, últimamente estoy un poco agobiado. El banco y todo lo demás. Ahora que soy presidente estoy hasta arriba de compromisos. Reuniones, cócteles, cenas de todo tipo...

—¿Qué le parece lo de recuperar el ritmo de una sesión semanal? ¿Es suficiente?

—De sobra —aseguró Macaire—. Venir a verlo dos veces por semana estaba bien después de morir mi padre. Pero ahora siento que ya soy capaz de afrontarla.

—¿Afrontar qué? —preguntó Kazan.

—Mi soledad. Sin Anastasia me siento tremendamente solo.

—¿La echa de menos?

—Todos los días. ¿Sabe? No dejo de pensar en aquel sábado del Gran Fin de Semana, cuando fue a reunirse conmigo en Verbier y la perdí. Por mi culpa.

—¿Sigue creyendo que fue por su culpa?

—Ya se lo he dicho, doctor Kazan: ¡hice un pacto con el diablo! Anastasia a cambio de la presidencia. Perdí a mi mujer y conseguí la presidencia.

El doctor Kazan suspiró ruidosamente para dejar constancia de su desaprobación.

—Vamos, Macaire, ya sabe que no puedo dar pábulo a esa historia del pacto con el diablo. Y usted es un hombre demasiado racional para creerlo de verdad.

—Ya ve —se lamentó Macaire—, esa es la razón por la que durante todos estos años nunca le he contado por qué cedí mis acciones del banco a Tarnogol. Estaba seguro de que no me iba a tomar en serio. Creía que en su calidad de psicoanalista no debería juzgar a sus pacientes.

—Está bien —reconoció Kazan, dispuesto a transigir—. El diablo, adoptando los rasgos de Tarnogol, le propuso un trato hace quince años: sus acciones del banco a cambio del amor de Anastasia.

—Eso es. Acepté el pacto. Era la noche del gran baile. Mi padre acababa de entregarme mi parte del capital y me encontré con Tarnogol, que me propuso cambiármela por lo que yo más quería en el mundo: el amor de Anastasia. Y, en efecto, esa noche Anastasia cayó literalmente en mis brazos.

—Y quince años después —siguió diciendo Kazan, que quería desentrañar la historia—, Tarnogol, el diablo, debería decir, le propuso otro pacto. ¿Es así?

—Sí, dos días antes de la elección, el pasado diciembre, Tarnogol me dijo que me conseguiría la presidencia si renunciaba a Anastasia. Al principio me negué, pero el sábado por la noche, en el Palace de Verbier, acepté. Y ahora soy presidente, pero estoy solo, exactamente como me lo predijo Tarnogol.

—Macaire —intervino Kazan—, intento ayudarlo a ser racional. Por su bien. ¿Cree de verdad que el diablo, bajo la apariencia de Tarnogol, pudo hacer tal cosa?

—¡Ya sé que no me cree! —dijo irritado Macaire—. Pero entonces explíqueme esto: el sábado, cuando la presidencia se me estaba escapando poco a poco, Anastasia vino a Verbier a apoyarme, a estar a mi lado en ese día tan importante para mí. Escribió con carmín una frase cariñosa en el espejo del cuarto de baño. ¡No me diga que ese no es el comportamiento de una mujer enamorada!

—Efectivamente —admitió Kazan.

—En ese momento, el Consejo iba a elegir a Levovitch para la presidencia del banco. La intoxicación masiva impidió que se proclamara oficialmente esa elección y yo, consciente de que me quedaba una oportunidad para que me eligieran, acepté el pacto con Tarnogol. Al cabo de unas horas, Anastasia me dejó y me convertí en presidente del banco. Y ahora, doctor Kazan, ¡dígame cómo lo explica si no es cosa del diablo!

Kazan no supo qué responder y Macaire siguió diciendo:

—Lo que sucedió esa noche supera todo cuanto se pueda imaginar, doctor Kazan. No puedo decirle más. No me creería.

—¿Se refiere a la noche del asesinato? —preguntó Kazan, circunspecto de pronto—. ¿Qué ocurrió esa noche? Siempre me ha dicho que estaba durmiendo profundamente, que había tomado somníferos.

—Sé cosas, doctor Kazan. Cosas que probablemente incluso la policía ignora.

Se quedaron los dos callados, muy serios. Al cabo, Kazan preguntó:

—Macaire, ¿por qué aceptó ese pacto si no quería perder a su mujer?

—Porque me pudo la ambición. Y porque, en aquel momento, sentía que ya había perdido a Anastasia.

—¿Por qué?

—Porque tenía la sensación de que la llama de nuestra pareja se había apagado. De que ya no compartíamos nada. Yo estaba absorto con el banco, ella se dedicaba a usted a saber qué. Esos últimos años ya no salíamos juntos más que para actos sociales. Siempre rodeados de gente, siempre en público. Nunca solos. En el fondo, evitábamos estar juntos. Cada cual por su lado cultivaba su propio jardín secreto, pero no fuimos capaces de cultivar un huerto juntos.

—Qué símil tan bonito —comentó Kazan.

—Durante el último año, me sentí solo con mi mujer. Y, cuando no estábamos juntos, no nos echábamos de menos.

—La ausencia de añoranza, por decirlo de alguna manera, es un síntoma terrible y revelador del estado de una pareja.

Macaire asintió con la cabeza antes de continuar:

—Qué extraño invento es la pareja, que, inevitablemente, acaba haciéndonos sentir solos estando juntos... Total que, aquel dichoso sábado por la noche, de pronto me pregunté por qué estaba luchando por una mujer a la que ya había perdido. Una mujer que me engañaba.

Kazan, asombrado, abrió mucho los ojos:

—¿Su mujer tenía una aventura?

—Sí, doctor.

—¿Cómo lo sabe?

Macaire esquivó la pregunta:

—No pasa día sin que reviva aquel sábado por la noche en que renuncié a Anastasia a cambio de la presidencia. Me pregunto qué habría sido de nosotros si hubiera peleado por ella. No me habrían elegido presidente del banco. ¿Y entonces? Es posible que me hubiera ido de Ginebra con ella. Habría vuelto a conquistarla, habríamos construido de nuevo la relación. Pero dejé que se fuese...

—Permítame, Macaire —intervino el doctor Kazan—, sin pretender hacer un juego de palabras facilón, que haga de abogado del diablo: ¿quién le dice que su mujer no se habría ido de todas formas, puesto que cree que tenía un amante?

—Es posible —admitió Macaire—, pero al menos habría intentado luchar. Habría demostrado que estaba dispuesto a sacrificarlo todo por ella. Renunciar fue una muestra de debilidad. Ya sabe, doctor Kazan, creía que mi ambición era llegar a ser presidente del maldito banco, pero ahora que ya lo soy me doy cuenta de que lo que ambiciono es que me quieran. Y es un objetivo mucho más difícil de alcanzar.

Al acabar la sesión, Macaire volvió al banco a pie. Estaba de talante melancólico: andar le sentó bien. Fue calle de Jean-Sénebier abajo y luego cruzó el parque de Les Bastions por el paseo principal.

Había un sol radiante. El aire era tibio y delicioso. En los árboles, los pájaros celebraban a voz en cuello la llegada de la primavera. Las alfombras

de azafranes le daban color al césped de los parques, donde apuntaban macizos de tulipanes. Los paseantes habían tomado por asalto los bancos y la terraza del restaurante del parque; y delante de las altas verjas que separaban esa zona de la Place de Neuve se enfrentaban jugadores de ajedrez.

Mientras miraba todo ese mundillo, Macaire pensaba en Anastasia: llevaba cuatro meses sin saber nada de ella.

A los amigos, a la familia y a quienes le preguntaban, les había dicho que Anastasia lo había dejado y que se había ido. La gente solía poner cara de apuro. En las semanas siguientes a la desaparición, a Macaire no le quedó otra que soportar esta penosa situación con conocidos, vecinos, comerciantes y el cartero.

—¡Salude a su mujer, señor Ebezner!

—Me ha dejado.

Había llegado a la conclusión de que no tenía demasiados amigos, porque a nadie parecía preocuparle cómo estaba, nadie lo había invitado a ir a cenar para que se distrajera. La mayoría de la gente no le hacía preguntas. A excepción de unas pocas muestras de curiosidad, más o menos bienintencionadas, lo que predominaba era la indiferencia.

Macaire cruzó la Place de Neuve y se metió luego por la calle de La Corraterie, que empezaba en el museo Rath y las murallas del casco antiguo. Por fin llegó al Banco Ebezner.

Entró en el venerable edificio y lo saludaron con la deferencia que ahora le correspondía a diario.

—¡Buenos días, señor presidente! —salmodió el coro de bedeles.

Macaire les correspondió con una cordial inclinación de cabeza.

—¡Buenos días, señor presidente! —dijeron rebulléndose los pelotas que se cruzaron con él por el amplio vestíbulo del banco.

—¡Buenos días, señor presidente! —cloquearon los que entraron con él en el ascensor, emocionados de tenerlo tan cerca.

En todas las plantas alguien entraba o salía de la cabina y lo llamaba «señor presidente». Macaire llegó por fin a la última planta, solo, y se dirigió hacia el antiguo despacho de su padre, que ahora era el suyo.

En la antesala, sentada detrás de su mesa, Cristina, que se había mudado con él y era ahora la guardiana del lugar, lo saludó con una amplia y amistosa sonrisa.

—Buenos días, señor presidente.

—Cristina —se quejó Macaire—, ¿cuándo va a dejar de llamarme «presidente»?

—Nunca. ¡Ahora el presidente es usted!

Él le devolvió la sonrisa antes de entrar en el despacho y cerrar la puerta para indicar que no quería que lo molestaran.

Se sentó en la silla. Se sentía perdido. A la vista, encima del escritorio, tenía una foto de Anastasia que nunca había tenido el valor de quitar. La policía no le había concedido mucha importancia a su partida. Después del asesinato de Jean-Bénédict, el teniente Sagamore, de la policía judicial de Ginebra, había ido a interrogar a Macaire a su casa, en Cologny. La policía se preguntaba si era posible establecer una relación entre el asesinato de Jean-Bénédict, la intoxicación masiva del Palace y el asalto en casa de los Ebezner.

—¿Qué relación ven ustedes? —había preguntado Macaire, perplejo.

—El asalto, la intoxicación y el asesinato ocurrieron en menos de veinticuatro horas y todos tienen que ver con el Banco Ebezner —le dijo el teniente Sagamore—. ¿Qué tal está su mujer?

—No tengo ni idea —contestó Macaire—. No sé nada de ella.

El policía frunció el entrecejo. Macaire se había cuidado muy mucho de contarle a Sagamore el pacto con Tarnogol: Anastasia a cambio de la presidencia. Su mujer había desaparecido la noche del asesinato y él se había encontrado con que era presidente del banco. Le habría gustado, por supuesto, que la policía la localizase, aunque solo fuera para cerciorarse de que estaba bien. Se lo había encargado, por supuesto, a una agencia privada, pero, pese a los honorarios desorbitados, los detectives no habían encontrado el menor rastro de Anastasia. Quizá la policía fuera más eficaz. Pero Macaire acabó contestando a Sagamore:

—Anastasia me ha dejado.

—No sabe cuánto lo siento.

El teniente no insistió.

Si Macaire había preferido no meter a la policía en ese tema era porque los investigadores no sabían que Anastasia estaba en Verbier la noche del

asesinato. No podía evitar recordar continuamente el mensaje que le había dejado ese día. Ni preguntarse qué había hecho Anastasia.

48. Investigación policial

Lunes 2 de julio de 2018.

Me había pasado la mañana encerrado en la *suite* para revisar los elementos de la investigación. O quizá para evitar a Scarlett después de nuestro beso fallido de la víspera. Me fascinaba, me maravillaba y me atraía. Pero siempre que cerraba los ojos me acordaba de Sloane. Cansado de dar vueltas como un león enjaulado, me concedí la primera pausa para fumar de la mañana. Me puse una taza de café y salí a la terraza para disfrutar del cigarrillo y del sol. Me encontré cara a cara con Scarlett, que también estaba en su terraza, sentada en un sillón al sol. Estaba leyendo *Lo que el viento se llevó*.

—¡Hombre, el escritor sale de su cubil! —me dijo.

Se puso de pie y se acodó en la barandilla que separaba las dos terrazas. Le ofrecí un cigarrillo y aceptó.

—Puede incluso pasar a este lado de la barrera —le dije—. Tengo una cafetera llena y calentita, le puedo poner una taza.

—No, gracias —rehusó ella amablemente—. Me quedo de este lado, es más seguro.

Fingió que se aferraba con fuerza a la barandilla y rio un poco apurada. Acabó por decirme:

—Siento lo de ayer... Haber intentado... En fin...

La interrumpí:

—No tiene que sentir nada, Scarlett. Todo fue culpa mía.

Sonrió con tristeza y se apresuró a cambiar de tema.

—He hecho unas cuantas llamadas esta mañana. Bisnard mencionó a un investigador llamado Favraz, de la policía judicial del Valais, que lo interrogó cuando el asesinato.

—Sí, me acuerdo.

—Lo he localizado. Sigue trabajando en la policía judicial del Valais; ahora es el jefe de la brigada criminal. Hasta he conseguido hablar con él.

—¿Y bien? —dije, apremiándola.

—Pues que podemos ir esta tarde a las cuatro a verlo a Sion. Bueno, si es que le interesa, claro.

—¡Por supuesto que me interesa!

Ese día, a las cuatro, Scarlett y yo nos presentamos en la sede de la policía judicial del Valais, en Sion.

—¿Es usted el Escritor? —me preguntó Favraz mientras nos sentábamos en su despacho.

—Es él, efectivamente —contestó Scarlett por mí, como se había acostumbrado a hacer.

—¿Así que le va a dedicar un libro a los sucesos del Palace de Verbier?

—Un poco a mi pesar —expliqué—, pero sí. Intentamos entender lo que pudo ocurrir allí.

—Si me permiten la expresión —dijo Favraz—, aquello era un desmadre. Me acuerdo bien del momento en que llegué al Palace con mis compañeros. Ya estaban allí la policía municipal y unas patrullas de la gendarmería y habían acordonado el hotel. Se habían juntado ya un montón de mirones. Imagínense, una noticia así en un pueblecito como Verbier. La mitad de los vecinos se había apiñado delante del edificio, detrás de las vallas de la policía. «¿Un asesinato aquí?», repetían incrédulos. En el vestíbulo, los empleados del establecimiento estaban fuera de sí y el director del hotel, desesperado: los periodistas iban a hacer su agosto con este caso y se le había fastidiado la temporada.

—¿Qué hicieron al llegar allí? —preguntó Scarlett, que no perdía ni una coma del relato.

—Subí en el acto a la sexta planta. Me aseguré de que nadie podía entrar en la habitación 622 mientras llegaba la policía científica para evitar que se contaminase la escena del crimen. Luego pasamos mis compañeros y yo por las demás habitaciones de la planta buscando posibles testigos.

—¿Así que la investigación del crimen la llevó usted? —pregunté.

—No, finalmente se encargó del caso la policía judicial de Ginebra.

—¿La policía de Ginebra? ¿Por qué?

—Porque era evidente que el asesinato tenía que ver con el Banco Ebezner. El crimen había ocurrido en Verbier, pero las raíces de la investigación estaban en Ginebra. Así que cuando la policía de allí pidió que le asignaran la investigación nadie se opuso.

—¿Por qué estaban ustedes tan convencidos de que el meollo del caso estaba en Ginebra? —inquirí.

El policía titubeó. Respondió de forma sibilina:

—Por lo que encontramos en la habitación 622.

—¿Y qué encontraron?

—Ya les he dicho demasiado —confesó Favraz.

—O demasiado poco —replicó Scarlett.

—Por entonces solo estaba al tanto un puñado de policías. Esa información debería revelarla la policía de Ginebra. Todavía sigue siendo su investigación, puesto que no está cerrada. No quiero meter la pata.

—¿Tiene algún contacto en la policía de Ginebra? —preguntó Scarlett.

—En aquella época el inspector encargado era el teniente Philippe Sagamore. Rondaba los cuarenta años, así que seguramente continúa en activo. Vayan a hablar con él de mi parte.

Tomé nota del nombre.

—Volviendo a aquella mañana del 16 de diciembre —añadió Scarlett—, usted está en el Palace e interroga a los testigos. ¿Hay algún elemento del que pueda informarnos?

—Ya sabrán que, por lo general, en la escena de un crimen hay un ambiente muy particular: puede resultar sorprendente, pero pese a todos los policías que andan pululando por allí es un lugar más bien apacible y silencioso. Es la calma después de la tempestad, o más bien después de la muerte. Pero aquella mañana, en la sexta planta del Palace, me encontré con una excepción a la norma. Reinaba un barullo indescriptible.

49. La mañana del asesinato

Domingo 16 de diciembre, siete y media de la mañana. Unos golpes en la puerta despertaron a Macaire. Le costó trabajo salir del sueño. Los golpes eran insistentes. Acabó por levantarse y ponerse una bata. En el pasillo de entrada de la *suite*, cuando iba a abrir la puerta, pisó un trozo de papel. Alguien le había metido una nota por debajo de la puerta. Macaire pensó primero que era un mensaje del hotel, antes de reconocer la letra: la de Anastasia. Leyó, con el corazón palpitante, las pocas líneas garabateadas de prisa y corriendo.

Macaire:

Me voy para siempre.

No volveré nunca. No intentes encontrarme.

Perdóname.

Viviré para siempre con el peso de lo que he hecho.

Anastasia

De repente, más golpes en la puerta. Macaire se metió la nota en el bolsillo de la bata antes de abrir: tenía delante un policía de uniforme. Un barullo de mil demonios reinaba en el pasillo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Macaire al policía.

El policía lo miró con expresión circunspecta.

—¿No oye el lío que hay desde hace más de una hora?

—Anoche me tomé unos somníferos —explicó Macaire, en un estado, a todas luces, comatoso.

—Ha habido un asesinato esta noche —le informó el policía.

—¿Qué? ¿Cómo?

Macaire no entendía nada de lo que estaba pasando. Todo le daba vueltas y le dolía la cabeza, como si fuera un mal sueño.

—¿Quién ha muerto? —preguntó.

—Un cliente de esta planta. ¿No ha oído nada esta noche?

—No, nada. Pero ya le he dicho que tomo somníferos.

Quiso salir al pasillo para ver lo que sucedía, pero el policía se lo impidió.

—El hotel está acordonado y la gente tiene que quedarse en su habitación por ahora. ¡Deje la puerta abierta, por favor! Un inspector vendrá dentro de un rato a hablar con usted.

Desde el umbral, Macaire vio entonces a Lev, que estaba también en la puerta de su cuarto y miraba el barullo.

—Lev, ¿qué ocurre? —preguntó Macaire.

—Es Jean-Bénédict —contestó Lev, palidísimo—. Lo han encontrado muerto esta mañana.

—¿Cómo? ¿Que Jean-Béné está muerto? ¿Qué me estás diciendo?

—Un empleado del hotel se lo ha encontrado muerto a tiros.

Macaire, impactado, se volvió a la habitación y se sentó en un sofá: era la mejor noticia posible. No se lo podía creer. Si Jean-Bénédict estaba muerto, entonces, ¿él era presidente? ¿Se había cumplido la profecía de Tarnogol? Había perdido a Anastasia, pero iba a ser presidente. ¡Por fin!

Un policía de paisano, con aspecto juvenil y constitución atlética, apareció en la puerta de la *suite* de Macaire.

—Inspector Favraz, de la policía judicial —indicó mientras mostraba la identificación que llevaba al cuello—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

Macaire invitó al joven a entrar en el cuarto. A petición suya, le enseñó la documentación y le indicó el cargo que tenía en el banco. El policía, tras anotar escrupulosamente en una libreta todo cuanto decía, explicó entonces que habían asesinado a tiros a Jean-Bénédict durante la noche. Macaire estaba pasmado a más no poder.

—¿No oyó nada? —dijo el policía, extrañado.

—Estaba durmiendo —respondió Macaire.

—Disparan dos tiros a pocos metros de usted, ¿y sigue durmiendo como un lirón?

—Tomo somníferos. ¿A qué hora ocurrió?

—Todavía tenemos que determinarlo. Me han hablado de una intoxicación masiva anoche. ¿Le afectó a usted?

—No —contestó Macaire—. No tomé ningún cóctel.

Según lo dijo, se mordió la lengua. El policía le clavó unos ojos desconfiados.

—¿Por qué me habla de los cócteles? Me han dicho que probablemente es una intoxicación alimentaria.

Aquí se interrumpió la conversación porque, de pronto, se oyó jaleo en el pasillo. El inspector Favraz fue corriendo a ver qué sucedía. Desde el umbral de la *suite*, Macaire lo vio entrar precipitadamente en la habitación de Horace Hansen antes de volver a salir para decirles a voces a sus compañeros: «Le ha dado un infarto. ¡Avisad a urgencias!». Tras unos minutos de confusión, dos paramédicos llegaron a la planta y los llevaron a la *suite* de Horace Hansen, donde estuvieron mucho rato. Este salió al fin de la habitación tendido en una camilla, inerte, pálido como un muerto, con una mascarilla de oxígeno en la cara. El inspector Favraz ayudaba a los paramédicos llevando en alto la botella del gotero. Entraron en el ascensor y se cerraron las puertas.

En la cabina, al mirar la cara de Horace Hansen, el policía tuvo la impresión de que mascullaba algo. Le acercó el oído a los labios y oyó al anciano susurrar una y otra vez: «Levovitch presidente, Levovitch presidente». Aun sin entender lo que podían significar, el policía apuntó esas palabras enigmáticas para no olvidarlas.

Amanecía despacio en Verbier. Las luces giratorias azules de los vehículos de emergencias iluminaban la fachada del Palace. En torno a la entrada principal se movían gendarmes, inspectores, agentes de la unidad canina y especialistas de la policía científica. Detrás, al otro lado de las cintas de plástico, decenas de mirones y de periodistas se impacientaban, deseosos de saber qué había ocurrido. «Han asesinado a uno de los jefazos del Banco Ebezner», decían. Un asesinato en Verbier. ¡Lo nunca visto!

Contemplando el jaleo con desconcierto desde los ventanales, el señor Rose y unos cuantos empleados se lamentaban: iban a caer las reservas. Era el principio de la temporada de esquí y nadie querría ir a un hotel donde se acababa de cometer un asesinato. El Palace estaba en peligro de quiebra.

*

Cuatro meses después de los hechos, a principios de aquel mes de abril, en su despacho de presidente del Banco Ebezner, Macaire recordaba a menudo aquel lúgubre domingo de diciembre en el que se habían extinguido dos generaciones de Hansen. Pocas horas después del asesinato de su hijo, Horace Hansen fallecía en el hospital de Martigny por el infarto sufrido. La brutal muerte de su hijo le había resultado fatal. Por su parte, Sinior Tarnogol, el tercer miembro del Consejo, se había volatilizado. Le había dejado a Jean-Bénédict una carta, que apareció en la caja fuerte de su habitación, en la que comunicaba su dimisión con efectos inmediatos y dejaba sus acciones y daba su voto a Macaire Ebezner.

Así, en las semanas posteriores al asesinato de Jean-Bénédict Hansen, Macaire no solo recuperó las acciones de Tarnogol, sino también las de su padre: al quedar diezmado el Consejo, el notario encargado de ejecutar el testamento de Abel Ebezner tuvo que constatar que las voluntades de este no podían ya respetarse y que, en consecuencia, sus acciones le correspondían a su único heredero.

De este modo, Macaire se convirtió *de facto* en presidente del Banco Ebezner, puesto que poseía más de las tres cuartas partes del capital, que hacían de él uno de los banqueros más ricos y poderosos de Ginebra. Lo admiraban y lo envidiaban. Pero su reputación se había vuelto también bastante controvertida: le debía su nueva y ventajosa posición al asesinato de su primo. Y, para empeorar las cosas, la investigación policial parecía estar en punto muerto y, aunque nada incriminase directamente a Macaire, todos cuantos se cruzaban con él por la calle no podían por menos de preguntarse qué había ocurrido aquella famosa noche del 15 al 16 de diciembre en la habitación 622 del Palace de Verbier. ¿Había matado Macaire Ebezner a su primo para hacerse con el control del banco familiar?

Macaire, al tanto de los rumores, se esforzaba por hacer oídos sordos. Tanto más cuando, a su alrededor, todo eran sonrisas y zalemas. Por la ciudad, los que se cruzaban con él se apresuraban a saludarlo respetuosamente y a darle coba. Todo ello por una razón muy concreta: como Jean-Bénédict era hijo único y no había tenido hijos, Horace y él habían muerto sin descendencia. Los Hansen habían desaparecido. El reglamento del Banco Ebezner preveía que, en un caso así, sus acciones las

comprara el banco para entregárselas luego a dos nuevos miembros del Consejo que nombraría el presidente.

Por primera vez en trescientos años de existencia, el Consejo del banco no contaría con ningún Hansen. Para todos los jóvenes ambiciosos del mundo de las finanzas se trataba de una ocasión única. Macaire era ahora el hombre más conocido de Ginebra y el más agasajado.

Macaire, el hijo al que Abel no valoraba, se había convertido en el más poderoso de los Ebezner.

En el más rico de los Ebezner.

En el más grande de los Ebezner.

¿Qué sentía ahora? Hastío. Asco. En el fondo, ese banco siempre le había importado un bledo. Ahora que había llegado a lo más alto, se acordaba de por qué, quince años atrás, había cedido sus acciones.

Solo había sido feliz con Anastasia.

Sin ella, la vida ya no sabía a nada.

Quería encontrarla.

Quería volverla a conquistar.

¿Dónde estaba?

En ese preciso instante, a unos miles de kilómetros de Ginebra, en la isla griega de Corfú.

Anastasia salió del mar esmeralda y cogió la toalla que había dejado en la playa. Era feliz como nunca, y se le notaba: estaba sublime, esplendorosa y radiante, arropada por el sol y, sobre todo, por el amor de Lev. Se secó y se encaminó hacia la impresionante casa que se alzaba detrás, protegida entre rocas y con el mar Jónico a sus pies.

Al llegar allí, en el mes de diciembre, había sido una loca pasión. La pasión de volverse a encontrar, la pasión de estar continuamente juntos, de no tener que esconderse ya. Los paseos de la mano por el casco antiguo de Corfú, los recorridos por la playa. ¡Y aquella casa! Anastasia no había visto nunca nada igual.

Lev quería que todo fuera perfecto y todo era perfecto.

Lev había querido que estuvieran guapos: habían arrasado las tiendas de lujo de Atenas. «¡Nos vestiremos de gala todas las noches!», había dicho él. A ella le había parecido una idea maravillosa. El dormitorio, del tamaño de un salón, se comunicaba con dos vestidores que prolongaban sendos cuartos

de baño enormes. Se separaban para encerrarse cada cual en el suyo y volver a encontrarse aún mejor, más guapos, más fragantes y más acicalados. Aún más sublimes.

Era un largo ritual en que se dedicaban a prepararse con esmero. Con los sentidos alerta, notaban cómo la exaltación del reencuentro crecía según iba avanzando la hora.

Lev empezaba haciendo unas cuantas flexiones y luego, tras una larga ducha, pasaba revista a cada centímetro de su cuerpo cincelado. Arreglaba, peinaba, recortaba y perseguía la mínima imperfección, buscando el mínimo pelo rebelde.

A Anastasia le gustaba el reino de su cuarto de baño. Se sumergía en la bañera gigantesca, donde el agua quemaba gratamente y la espuma perfumada rebosaba. La había rodeado por completo de velas y pasaba mucho rato leyendo en un ambiente sosegado. Luego, el ritual de peinarse y ondularse el pelo. Luego, comprobar la perfección de las uñas pintadas de las manos y los pies. Luego, escoger un vestido: «¡Nunca el mismo! — exigía Lev—. ¡Más vale que sobre que no que falte!». No paraba de mandarle regalos.

Por las mañanas, Lev se levantaba al alba. Iba a correr por las colinas de la isla y después trabajaba en su despachito de la planta baja.

Tras levantarse y arreglarse, Anastasia se reunía con él para desayunar juntos, en el comedor en los primeros meses del año y, desde que había llegado el buen tiempo, en la terraza. Paladeaban tartas de queso, dulces griegos y cruasanes aún calientes de una pastelería que se los llevaba a domicilio todas las mañanas.

Tras andar unos pasos por la playa desierta, Anastasia subió las escaleras excavadas en la roca que conducían a la casa. Según llegaba a la terraza, Alfred le llevó café, agua y fruta cortada.

—¡Gracias, Alfred! —le dijo ella con una sonrisa, al tiempo que cogía la taza de café—. Me ha leído el pensamiento. ¿A qué hora vuelve Lev?

—Antes de media tarde —le contestó Alfred, mirando la hora.

Desde que habían llegado a Corfú, Lev tenía que ir con regularidad a Ginebra, a petición de Macaire, que creía que se había mudado a Atenas. Lev le había explicado a Anastasia que no podía huir como un bandido. «Despertaría sospechas», había dicho. Anastasia no había entendido a qué sospechas se refería. Pero le daba igual, las breves ausencias de Lev

resultaban deliciosamente insoportables; aún más deseo al regreso, aún más amor, aún más pasión. ¡Y eso que parecía imposible!

De todas formas, era solo cosa de unos meses. O, al menos, eso le había dicho Lev. Al principio, tenía intención de dimitir enseguida; luego se había retractado so pretexto de que no podía abandonar a sus clientes de la noche a la mañana. «No sería profesional», había explicado. «¿Qué más te da ser profesional si vas a dimitir?», había replicado ella. «Cuestión de principios», había zanjado él.

La voz de Alfred sacó a Anastasia de sus pensamientos.

—¿Qué desea cenar esta noche, señora? Acabamos de recibir pescado fresco y unas langostas estupendas.

—¿Espaguetis con langosta? —sugirió Anastasia.

—Me parece un plan excelente.

Anastasia miró el mar que se extendía ante ella. No acababa de creerse de verdad que era allí donde vivía ahora, con Lev, en esa casa de ensueño, con su cala privada y una servidumbre que los tenía en palmitas.

Albergaba la esperanza de no tener que irse nunca de aquel sitio.

En Ginebra, en la última planta del Banco Ebezner, Cristina entornó la puerta del despacho de Macaire.

—Ha llegado Lev —anunció con tono trascendental.

—Hágalo pasar —contestó Macaire, levantándose de la silla para recibir al visitante.

Lev entró y se dieron un abrazo.

—¿Qué tal, chico? Me alegro mucho de verte.

—¡El placer es mutuo, señor presidente! —dijo Lev, sonriendo.

Macaire se echó a reír.

—¡Entre tú y yo, déjate de ceremonias, por favor! Además, sé de sobra lo que te debo. No se me olvida que estabas dispuesto a renunciar a la presidencia para dejarme el cargo.

Macaire señaló dos sillones y ambos se acomodaron en ellos.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un *güisqui*?

—Vale, un whisky —aceptó Lev.

Macaire alargó el brazo y agarró un impresionante frasco de cristal. Vertió un poco de su contenido en sendos vasos y luego los dos brindaron con expresión de complicidad.

—¿Querías verme? —preguntó Lev al cabo.

—Sí —dijo Macaire, poniéndose muy serio de repente—. ¿Qué hay por Atenas?

Para justificar su marcha, Lev le había explicado a Macaire que no se veía ya en Ginebra ahora que él era presidente. Que le apetecía cambiar de aires. Tenía necesidad de novedades y de hacer nuevos planes. Habían acordado organizar una transición paulatina con los clientes de Lev, sin comunicarles de forma inmediata su partida, durante la cual podría trabajar en parte a distancia, volvería al banco con regularidad y justificaría sus largas ausencias con expansiones en el extranjero.

—Mira —le dijo Macaire a Lev, después de que le diera brevemente el parte—, he estado dándole muchas vueltas a lo que me dijiste: que quieres dimitir y tienes la sensación de que tu etapa aquí ha terminado. Pero, si te soy sincero, aún te necesito en el banco. Es una cuestión de estabilidad. Tienes en tu cartera a algunos de nuestros mayores clientes. Me da miedo que se vayan a otra parte si te marchas. El banco ya ha padecido bastante con el asesinato de Jean-Bénédict y la noticia de que te vas perjudicaría a la entidad.

—¿Te gustaría que me quedase? —dijo extrañado Lev—. Con toda franqueza, creo que no me apetece.

—Te ha malmetido otro banco, ¿no? ¿Cuánto te ofrecen? ¡Te daré el doble! ¡Te necesito!

—No, no tengo pensado irme a otro banco. Solo tengo ganas de cambiar de aires. Y, además, ahora eres presidente, tienes el despacho en la sexta planta. Si vuelvo, estaré yo solo en la quinta y no será lo mismo.

—Lev —propuso Macaire—, ¿por qué no te quedas en la sede del banco en Atenas? Podrías expandirla. Tienes una importante clientela griega, con lo cual todo quedaría perfectamente justificado. Podrás seguir gestionando a todos tus clientes desde allí y te resultará fácil venir a Ginebra o ir a cualquier otro punto de Europa cuando sea necesario.

—No es que me entusiasmen las oficinas de Atenas —objetó Lev—. No quiero pasarme el día allí.

—Puedes trabajar en casa, si quieres, solo tendrías que ir por allí una vez por semana para comprobar que todo está en orden.

Lev titubeó. Macaire insistió:

—¡No me dejes tirado! —imploró—. ¡Eres uno de los pilares de este banco! No puedo empezar la presidencia perdiendo a mi mejor gestor. ¿Qué impresión daría? Te lo pido por favor.

—Muy bien —acabó por aceptar Lev—. Pero no me comprometo para más de un año.

—Un año ya está bien —aseguró Macaire, dirigiéndole una mirada rebotante de gratitud—. Y si estás a gusto con la situación, podrás prolongarla cuanto quieras.

Lev aceptó. Los dos hombres sellaron el acuerdo con un apretón de manos y volvieron a brindar.

Cuando Lev se hubo marchado, Macaire sonrió con suficiencia, una sonrisa en que apuntaba un sentimiento de superioridad. Pensó que el talón de Aquiles de Lev era su amabilidad. Había caído en la primera parte de la trampa.

Abrió el primer cajón del escritorio y sacó la carta que había recibido unos días antes en su domicilio. Una carta anónima con la que se le había atragantado el café la primera vez que la leyó. En la hoja de papel, una única frase:

Anastasia se ha fugado con Lev Levovitch.

50. En Ginebra (1/5)

Gracias a Favraz, el jefe de la brigada criminal del Valais, habíamos conseguido una cita en Ginebra con el teniente Philippe Sagamore. Y así fue como, la mañana del martes 3 de julio de 2018, Scarlett y yo fuimos a Ginebra a pasar el día.

—Comprendo que la policía del Valais le pasase este caso a la de Ginebra —le dije a Scarlett—. ¡Si hay que tragarse hora y media de trayecto cada vez que toca interrogar a alguien!

—¡Desde luego, es el investigador más protestón que conozco!

La carretera de Verbier a Ginebra bordeaba el lago Lemán. Scarlett me iba leyendo varios artículos relacionados con el asesinato que había recopilado, deteniéndose de vez en cuando a mirar el paisaje.

—¡Llevo días repasando todo el expediente! —dijo irritada—. Tengo la sensación de que se nos ha pasado algo. Todos los periodistas afirman que Jean-Bénédict Hansen le caía bien a todo el mundo. Todos los que lo trataron solo hablan bien de él.

—¡Y, sin embargo, hay al menos una persona en el mundo que lo odiaba a muerte! —destaqué.

—Para descubrir quién, habría que empezar por descubrir el porqué.

—Espero que ese Sagamore pueda ayudarnos. En cualquier caso, ¡bravo por haberlo convencido de que nos recibiera! Es usted muy persuasiva, Scarlett.

—¡Puf! No tengo ningún mérito. Que sepa que lo que ha abierto la puerta ha sido su nombre. Al principio, por teléfono, estaba muy reticente. Quería saber dónde me habían hablado de él. Cuando le solté su nombre, de pronto se volvió de lo más amable. Por lo visto, le gusta una serie de televisión basada en una novela suya. Voy a tener que verla.

Me hizo gracia esa alusión.

—Lo de Bernard y el cine da para mucho —expliqué—. Esa serie surgió gracias a él.

—¿A Bernard le gustaba el cine? —preguntó Scarlett.

—Adoraba el cine. Era uno de los críticos de cine más brillantes de hace unas décadas. Lo había visto todo. Conocía todas las películas y a todos los actores. De hecho, después del éxito de mi segunda novela, muchos productores quisieron que les cediera los derechos para adaptarla al cine. Fue él quien lo gestionó todo y nos reímos un montón.

—¡Cuéntemelo!

*

París, unos cuantos años antes

Bernard era un hombre a quien resultaba muy difícil impresionar. De modo que, cuando los productores y los estudios de cine se agolparon a la puerta de su despacho de París para adquirir los derechos de adaptación de mi segunda novela, no perdió la sangre fría, a diferencia de mí, que me quedaba maravillado con el nombre de cada aspirante y la cuantía de cada oferta. Bernard, en cambio, era mucho más reservado. Y sobre todo, con su inmensa cultura cinematográfica, le veía defectos a todo el mundo.

Después de las citas, siempre tenía alguna pega contra los nombres que habían salido a relucir, tanto de productores como de directores o actores, recordándome así que incluso los más destacados habían hecho películas muy malas. «Más vale que no haya película a que haya una mala película», me decía Bernard.

Al principio, yo no entendía por qué era tan desconfiado. Luego acabé por comprender a qué venía tanta prudencia: yo le había encomendado la misión de administrar esos derechos cinematográficos y no quería decepcionarme.

A un productor al que se le olvidó deliberadamente dejarle una propina a la empleada del guardarropa de un hotel de lujo parisino después de haberse gastado cientos de euros en invitarnos a comer para impresionarnos, Bernard se negó a cederle los derechos porque no quería trabajar con un racán.

A uno de los directores estadounidenses más renombrados del momento, que insistía para conseguir los derechos, Bernard se los negó porque no quiso viajar hasta París para comer con él.

—Será que está muy ocupado —le hice notar—; es comprensible que no pueda ir de Los Ángeles a París para comer con usted.

—Si quisiera de verdad los derechos, vendría. Si no viene es que, en realidad, no le apetece mucho hacer esa película y seguro que deja el proyecto a medias. Y usted se quedará sin nada. ¡No se deje impresionar, Joël!

Unos estudios de Hollywood nos hicieron una oferta exorbitante y Bernard no la aceptó.

—Hombre, Bernard —le dije—, que estamos hablando de millones de dólares...

—En la vida, el dinero no lo es todo, Joël: ¡se necesita ambición! Todas las películas que han producido esos estudios últimamente dan pena.

La guinda del pastel fue la conversación telefónica que se organizó entre Bernard y uno de los directores más influyentes de Hollywood. Para tal ocasión, como Bernard no hablaba inglés, este director le envió a un emisario de su sede parisina para ir traduciendo lo que se dijera.

—¿Se da cuenta, señor De Fallois? —le dijo el emisario, a todas luces muy impresionado tras la llamada—. ¡Acaba de pasar cuarenta y cinco minutos al teléfono con el señor Mengano! ¡El señor Mengano nunca tiene tiempo para nadie y a usted le concede cuarenta y cinco minutos! ¿Se da cuenta?

Y Bernard contestó con gesto decepcionado:

—No, no me doy cuenta. Me gustaría mucho que me lo explicase. Porque si me dijera usted que acabo de pasar cuarenta y cinco minutos al teléfono con el gran Alfred Hitchcock, entonces, sí, me habría quedado muy impresionado. Si me dijera que acabo de pasar cuarenta y cinco minutos al teléfono con el gran Buster Keaton, entonces, sí, me habría quedado muy impresionado. Si me dijera que acabo de pasar cuarenta y cinco minutos al teléfono con el gran Charlie Chaplin, entonces, sí, me habría quedado muy impresionado. Pero con ese señor Mengano, pues no, la verdad es que no veo por qué tendría que quedarme muy impresionado.

En el coche, Scarlett se echó a reír.

—¿De verdad dijo eso?

—Sí.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Al final nos decidimos por un proyecto de serie de televisión. Porque era el formato más adecuado para ser fiel a la novela. Bernard al principio tuvo ciertas reticencias: para él, la serie de televisión era inferior al cine. Decía: «¡Es que el cine no deja de ser el séptimo arte!». Y luego tomó conciencia de la preponderancia de las series modernas sobre el cine, puesto que ahora tenían medios, directores y actores, con la ventaja de un metraje más largo. Al ver las primeras imágenes de nuestra serie, Bernard me dijo: «La serie es el nuevo cine».

Tal y como habíamos acordado con Sagamore, Scarlett y yo llegamos a la sede de la policía judicial de Ginebra a media mañana. El policía nos estaba esperando en el vestíbulo del edificio. Me reconoció en el acto y nos ofreció una calurosa bienvenida antes de llevarnos a la tercera planta y acomodarnos en su despacho.

—¿Así es que vienen de parte de Favraz? —nos dijo.

—Intentamos entender qué sucedió en la habitación 622 del Palace de Verbier —explicó Scarlett.

—A mí también me gustaría mucho saber el quid de esa historia —reconoció Sagamore—. ¿Qué es lo que saben exactamente?

Decidí echar mi primer triunfo:

—Sabemos que la policía descubrió algo en la habitación 622 después del asesinato. ¿De qué se trataba?

Sagamore sonrió a medias.

—Son ustedes de lo más perspicaces. ¿Puedo ofrecerles un café?

51. El topo

Primer martes de abril, cuatro meses después del asesinato. A media tarde, en Ginebra, en el bulevar de Carl-Vogt, sede de la policía judicial, al teniente Sagamore lo estaba sermoneando Hélène Righetti, comandante de la policía de Ginebra.

—Vamos a ver, teniente —decía Righetti, irritada—, ¿han pasado ya cuatro meses desde el asesinato y sigue sin tener nada?

—Es un asunto más complicado de lo que parece —explicó Sagamore.

—Teniente, le recuerdo que era usted quien quería que este caso lo llevase la policía de Ginebra.

—Después de lo que descubrimos en la habitación del muerto —alegó Sagamore—, era obvio que la investigación había que dirigirla desde Ginebra.

—Y yo di la cara por usted ante la policía del Valais, que accedió a entregarle las riendas del caso —lo interrumpió, muy seca, la comandante Righetti, que no quería dejarse liar.

—Se lo agradezco muchísimo —le aseguró Sagamore.

—¡Bueno, pues demuéstreme su gratitud cerrando el caso, teniente! ¡Porque por ahora estoy quedando como una idiota, y, de paso, usted también!

—Comandante, estoy íntimamente convencido de que el meollo de este caso está en Ginebra y que tiene que ver con el Banco Ebezner. El asalto al domicilio de Macaire Ebezner dos días antes del asesinato no fue una casualidad. Y luego vino la intoxicación masiva en el Palace de Verbier, que impidió que se hiciera pública la elección del nuevo presidente del banco. Y la noche siguiente asesinan a uno de los miembros del Consejo. Todo está relacionado, lo que falta es saber cómo.

—Tendrá algún sospechoso, ¿no?

—Ningún nombre concreto, señora.

La comandante Righetti suspiró:

—¿Han registrado el banco? —preguntó.

—No; solo el despacho de Jean-Bénédict Hansen.

—Si, según usted, todo está relacionado con el banco, ¿por qué no ha registrado todas las instalaciones?

—No hacía falta un registro, señora. Tengo algo mejor: cuento con un topo en el Banco Ebezner.

—¿Cómo dice? —preguntó, indignada, la comandante Righetti—. ¿Ha metido un topo en el banco sin decírmelo antes?

—Fue pura casualidad —explicó Sagamore—. El topo lleva meses allí infiltrado. Para una operación encubierta de la unidad de delitos económicos en el Banco Ebezner, con la colaboración de la policía federal. Por lo visto hay sospechas de malversación en la dirección del banco.

Righetti alzó la vista al cielo.

—Hágalo como le parezca, Sagamore, pero ¡cierreme pronto ese caso!

Dicho lo cual, la comandante salió del despacho del teniente Sagamore. Este, desde detrás del escritorio, se quedó mucho rato mirando el inmenso panel de la pared, donde había anotado todos los elementos de la investigación. Luego miró la hora y pensó que a lo mejor el topo había vuelto del banco. Descolgó el teléfono y llamó a la unidad de delitos económicos, una planta más abajo. Efectivamente, ya había llegado. Le pidió que subiera a verlo para comentar la investigación.

Para el Topo, todo había empezado hacía poco más de un año, es decir, nada más morir Abel Ebezner, cuando la división antiblanqueo de la policía federal había lanzado una alerta relacionada con importantes movimientos de dinero en algunos bancos de Ginebra cuya procedencia no tenía explicación.

La investigación, realizada conjuntamente con la unidad de delitos económicos de la policía judicial de Ginebra, había elegido como objetivo el Banco Ebezner y se había centrado enseguida en Sinior Tarnogol. Pero cuanto más acorralaba la policía a Tarnogol, más inaccesible le resultaba: no disponían de ningún dato anterior a los últimos quince años ni a su llegada al palacete del número 10 de la calle de Saint-Léger, en Ginebra. Antes de eso, nada. Como si aquel hombre no hubiera existido nunca. Su

única documentación era un pasaporte de una antigua república soviética cuyos archivos habían quedado parcialmente destruidos, lo que impedía remontar su rastro. Con el pasaporte, Tarnogol había obtenido un permiso de residencia sobornando a un funcionario de inmigración del cantón de Ginebra poco escrupuloso. Como le habían renovado hacía poco ese permiso para otro periodo de diez años, los investigadores pudieron seguirle la pista fácilmente y amedrentarlo.

Pero el funcionario fue incapaz de proporcionar la mínima información sobre Tarnogol, al que no parecía haber forma de pillar. Los intentos de seguirlo de los meses posteriores resultaron infructuosos. Se diría que Tarnogol era capaz de desaparecer del mapa. Por otra parte, su red de relaciones era inusualmente limitada para un hombre tan rico. No se sabía que tuviera amigos, familia, ni conocidos. Los únicos vínculos que se pudieron establecer conducían a Macaire Ebezner, que le había cedido sus acciones del banco familiar, y también a Lev Levovitch, quien, según los indicios de que disponían los investigadores, había puesto en contacto a Tarnogol con Abel Ebezner, quince años antes.

A principios del verano anterior, tras investigar a Tarnogol durante seis meses sin llegar a ningún resultado concreto, se decidió que un miembro de la unidad de delitos económicos entrase a trabajar en el Banco Ebezner para investigar de incógnito. Uno de los últimos fichajes de la unidad se ajustaba perfectamente al perfil: tenía estudios económicos y trabajaba en un banco antes de ingresar en la policía. Contaba con toda la experiencia necesaria para engañar a su entorno.

Para que pudiera llevarse a cabo la operación, fue necesario contar con un cómplice en las altas esferas del Banco Ebezner.

*

Junio del año anterior

En el invernadero grande del Jardín Botánico de Ginebra.

No había nadie, salvo un hombre que esperaba en el puentecillo de madera que cruzaba el estanque. Estaba nervioso. Se preguntaba qué quería de él la unidad de delitos económicos. Sí, en sus declaraciones fiscales había tenido algunos olvidos voluntarios. Pero ¿y quién no? ¿Y por qué

quedar con él allí? Acodado en la barandilla, miraba cómo dos tortugas acuáticas nadaban tranquilamente entre los nenúfares blancos.

Tras comprobar en una fotografía que ese hombre era, en efecto, al que estaban esperando, los dos inspectores —el Topo y el jefe de la unidad de delitos económicos— salieron de detrás del gran arbusto florido donde estaban ocultos y fueron, a su vez, al puente.

Era con Jean-Bénédict Hansen con quien se había puesto en contacto la policía, pues su perfil le había parecido el más adecuado dentro del banco. En ese invernadero discreto, sin más testigos que las carpas de colores y las tortugas acuáticas, el jefe de la unidad de delitos económicos se acercó a él y le explicó largo y tendido las razones de aquella cita.

—¿Una misión de infiltración? —dijo extrañado Jean-Bénédict, mirando atentamente al Topo.

Este, por supuesto, no le reveló nada de la auténtica naturaleza de su misión en el banco y le dio un pretexto preparado de antemano:

—Se trata de descubrir si unos clientes aún sin identificar están blanqueando dinero procedente del tráfico de drogas. Tenemos que hacerlo con el mayor secreto, incluso para el Consejo del banco.

—No se preocupe —aseguró Jean-Bénédict, que de pronto estaba encantado de participar en ese arreglito que nada tenía que ver con él.

—¿Cree que podría conseguir que me contratasen para trabajar con Siniar Tarnogol? —preguntó el Topo.

—Es complicado, no quiere secretarios. Es un individuo muy suyo. Y además, no tiene clientes. No, lo mejor será que esté con un gestor. Sería lo más discreto. Precisamente, desde hace un tiempo mi primo Macaire no da abasto. Con la muerte de su padre ha perdido pie. Siempre podría decirle que he contratado a una secretaria para que lo ayude.

—¿Se refiere a Macaire Ebezner? —preguntó el jefe de la unidad de delitos económicos.

—Sí. ¿Lo conoce?

—De nombre.

Ese mismo día, de vuelta al banco, Jean-Bénédict fue a ver a Macaire a su despacho y representó el sainete que había ensayado con los policías.

—Querido primo —dijo entusiasmado—, ¡te he encontrado una joya! Una secretaria que podrá ayudarte a encarrilar las cuentas. Con mucha

experiencia, entre otras cosas. Gracias a ella, no tendrás más problemas con los clientes.

—¡Ay, Jean-Béné, me salvas la vida! —dijo, agradecido, Macaire—. No te voy a negar que no doy pie con bola.

El Topo llegó al banco a los pocos días. De entrada, lo mandaron a la oficina donde trabajaban juntas todas las secretarias de la planta de gestión de patrimonio, pero pasados unos días le pidió a Jean-Bénédict cambiar de sitio. Necesitaba un lugar más discreto, en el centro de la acción, donde las compañeras no pudieran espiarla todo el rato. Sugirió la antesala que había delante de los despachos de Macaire Ebezner y de Lev Levovitch (los dos únicos vínculos conocidos, aparte de Siniór Tarnogol). Y Jean-Bénédict, tomándose el asunto muy a pecho, fue a convencer a su primo.

—Oye, Macaire, ¿por qué no le sugieres a la secretaria nueva que trabaje al lado de tu despacho? Podría echarle una mano sin que se notase demasiado, ya me entiendes. Si los demás se fijan en que te hace parte del trabajo, quedaría mal. Ya sabes que por aquí hay mucha cotorra..., y tampoco te conviene de cara a la elección como presidente.

A Macaire, como era de prever, le convenció el argumento. Y el puesto de trabajo del Topo pasó a estar en la antesala. Se pasó los meses siguientes tratando de buscar pistas sobre el pasado de Tarnogol, a través de Macaire y de Levovitch. Pero fue en vano.

*

Aquel día de abril, a media tarde, en la sede de la policía judicial, alguien llamó a la puerta del despacho del teniente Sagamore.

Era el Topo.

Era Cristina.

52. Cristina

Cristina entró en el despacho de Sagamore. Vestía el mismo traje sastre que se había puesto ese día para ir al banco. Pero se había quitado la chaqueta y se había deshecho el austero moño, dejándose la melena suelta por los hombros. En el cinturón llevaba el arma reglamentaria en su funda de cuero y la identificación de inspector de policía.

—Estoy agotada —le dijo a Sagamore—. Llevo desde el mes de junio haciendo de secretaria modelo en ese banco. ¡Me siento como si tuviera dos trabajos!

—¡Es algo más que una sensación! —le contestó él, echándose a reír.

—Me alegro de que te haga gracia, Philippe. A mí lo que me gustaría sería tener vida propia, conocer a un tío y ese tipo de cosas, ya sabes.

—¡Conocerás a un tío, ya lo verás, y de propina te ganarás un buen ascenso! En cuanto resolvamos este caso.

—¿Para eso querías verme?

—Sí, quiero hacer balance desde el principio de la investigación.

—¡Ay, Philippe, apiádate de mí! Me estaba yendo a casa para meterme en la bañera y luego cenar tranquilamente.

—Cenarás tranquilamente conmigo —le dijo Sagamore—. Voy a pedir unas pizzas.

Cristina se resignó. Llevaba ya diez meses infiltrada en el Banco Ebezner y tenía tantas ganas como Sagamore de acabar con esa misión.

Miró el amplio panel de la pared donde estaban expuestos los diversos elementos de la investigación. Agarró una foto sujeta con imanes y la miró con detenimiento.

—Vamos allá —dijo—. Vamos a volver a juntar las piezas del puzle.

Unas horas después, cuando ya había caído la noche sobre Ginebra, las dependencias de la brigada criminal estaban desiertas y a oscuras, con la excepción del despacho del teniente Sagamore. En una esquina de la mesa, Cristina y el teniente estaban acabando de comerse lo que habían encargado: pizzas y tiramisú. Tenían delante el gigantesco panel blanco en el que habían reconstruido toda la investigación punto por punto.

Cristina, mientras hincaba golosamente la cuchara en la tarrina del tiramisú, contempló el primer cuarto de panel, dedicado a los hechos:

DESARROLLO DEL ASESINATO

Bajo este título, habían colocado con imancitos unas fotos del cuerpo de Jean-Bénédict y un plano de la sexta planta del Palace con el nombre de los ocupantes de cada habitación:

621: Horace Hansen

622: Jean-Bénédict Hansen

623: Sinior Tarnogol

624: Lev Levovitch

625: Macaire Ebezner

Y debajo, el siguiente texto:

Jean-Bénédict Hansen asesinado alrededor de las cuatro de la madrugada en la habitación 622 del Palace de Verbier. Dos balas de 9 mm casi a quemarropa.

Cadáver descubierto a las seis y media de la mañana por el empleado del hotel que le llevaba el desayuno.

El teniente Sagamore se puso de pie mientras se tragaba el último bocado de pizza.

—Por la posición del cuerpo, todo parece indicar que el asesino llamó a la puerta. Jean-Bénédict Hansen se levantó y se puso la bata para ir a abrir, y allí: ¡bang, bang! No tenía ninguna oportunidad de salvarse. No fue una visita para amenazarlo, ni un asalto, ni una pelea que acabase mal: fue un

asesinato. No cabe la menor duda. El que lo hizo quería eliminar a Jean-Bénédict Hansen.

—O *la que lo hizo* —sugirió Cristina—. No excluyamos a una mujer.

—Cierto —asintió Sagamore—. Pero las estadísticas demuestran que en la mayoría de los casos los que matan son los hombres.

—¡Y según las estadísticas, cuando una mujer mata suele ser con un arma de fuego!

—Tú ganas. En cualquier caso, es imposible saber si el asesino se marchó acto seguido o si entró en la *suite* de Jean-Bénédict Hansen. No hay indicios de que la registrase, no hay indicios de pisadas, no hay fractura, pero no olvidemos que se trata de una habitación de hotel: ¡está tan llena de ADN que no sabemos qué hacer con él!

—¿Qué han dicho en balística? —preguntó Cristina.

—Han podido extraer del cuerpo las balas intactas, pero eso no nos aporta mucho. Si aparece el arma del crimen, al menos podremos identificarla con seguridad comparando las estrías del cañón con las balas.

Cristina fijó la mirada en la parte de abajo del panel, que estaba desesperadamente vacía, salvo por una hoja de papel que ocupaba por completo esta única pregunta:

¿¿¿TESTIGOS???

—¡No me puedo creer que no haya ni un testigo! —dijo Cristina irritada. Sagamore asintió antes de matizar:

—Parte de los clientes estaba ingresada por culpa de la intoxicación.

—¡Incluida yo! —dijo, rabiosa, Cristina, que había pasado la noche en el hospital de Martigny—. ¿Crees que lo que pretendía ese envenenamiento era vaciar de clientes el hotel para dejarle vía libre al asesino?

—Cuesta decirlo —contestó Sagamore—. Todo lo que se sabe es que ninguno de los clientes presentes en esa planta aquella noche oyó nada. Antes del infarto, a Horace Hansen le dio tiempo a explicarles a los policías que estaba sordo como una tapia, que de día llevaba prótesis auditivas, pero que se las quitaba antes de acostarse. Macaire Ebezner afirmó que había tomado unos somníferos muy fuertes, cosa que nos confirmó su médico. Lev Levovitch y también uno de los directores de recursos humanos del

banco declararon que no habían oído nada de nada. Otro asegura que lo despertó brevemente un ruido, pero como después no volvió a oír nada se durmió otra vez sin hacerse más preguntas.

El teniente señaló un plano de la planta baja del Palace de Verbier.

—A partir de las diez —explicó—, solo se puede acceder al hotel por la entrada principal. La vigilan dos cámaras y también un agente de seguridad. Pero este asegura que no vio a nadie en toda la noche. Las grabaciones lo confirman.

—¿Qué ocurre con los demás accesos del hotel? —preguntó Cristina, indicando en el plano lo que estaba señalado como diversas puertas que daban al exterior.

—Todos los accesos abiertos durante el día se cierran con llave por las noches. Quedan las salidas de emergencia, que solo se abren desde dentro. Nadie podría haber entrado por ahí en el hotel.

—¡A menos que hubiera un cómplice! —destacó Cristina—. Alguien pudo abrir la puerta desde dentro para dejar que entrase otro. Así que tendríamos que buscar a dos personas por lo menos. Pero no me convence esa hipótesis. Este asesinato tiene pinta de ser un acto impulsivo. Matar a Jean-Bénédict Hansen en un hotel y con un arma de fuego denota cierta precipitación. Tenía que morir esa noche. Parece obra de alguien que actuó solo, alguien aislado y acorralado.

Sagamore sonrió a medias.

—Así que te sumas a mi hipótesis —dijo—, el único elemento de este caso del que estoy bastante seguro.

—¿A saber?

—A saber: que el asesino estaba en el hotel. Es un cliente del hotel, alguien del banco o alguien a quien invitó el banco; en ambos casos, alguien que estaba ya *in situ*.

—¿Y que escapó luego por una salida de emergencia? —sugirió Cristina.

—Quizá. Por desgracia, estaba nevando mucho esa noche y no pudimos encontrar ninguna huella por los alrededores del hotel. Pero creo que el asesino no tuvo que huir. Mató, se volvió a su habitación y a la mañana siguiente hizo el paripé de sorprenderse. El asesino estaba en el hotel, a la vista de la policía. Estoy seguro.

Cristina se quedó pensativa un momento. Luego preguntó:

—¿Quién fue la última persona que vio a Jean-Bénédict Hansen con vida?

—Sinior Tarnogol —contestó Sagamore—. Lo sé porque los servicios de seguridad del Palace intervinieron en su habitación el sábado por la noche, unas horas antes del asesinato.

Sagamore quitó del panel un extracto de lo que declaró a la policía, la mañana del asesinato, el jefe de seguridad del Palace; se lo alargó a Cristina para que pudiera leerlo.

«El sábado 15 de diciembre por la noche, a las doce menos diez, me llamaron porque había un alboroto en la habitación 623. Fui en el acto a esa habitación, donde me recibió un hombre que me aseguró que todo iba bien. Pensé que quizá me había equivocado de habitación. No había ni un ruido en el pasillo. Todo parecía tranquilo. No insistí y me marché. Informé al director por si se daba el caso de que hubiera que intervenir de nuevo. La noche había sido tremenda y más valía ser prudente. Pero no hubo ninguna llamada más. El resto de la noche fue tranquilo. En fin, si se puede decir así: al día siguiente se encontró un cadáver en la habitación 622.»

—El jefe de seguridad fue tajante —siguió diciendo Sagamore—: El hombre que le abrió la puerta de la habitación 623 era Jean-Bénédict Hansen. Lo reconoció luego en una foto. Ahora bien, la habitación 623 era la habitación de Tarnogol.

—Efectivamente —asintió Cristina—. Y Jean-Bénédict Hansen ocupaba la 622. ¿Qué quiere decir eso?

—Ya verás —dijo Sagamore antes de apuntar con el dedo la siguiente sección del panel.

SOSPECHOSOS

Bajo este título escrito en letras de molde había dos fotos. Una de Lev Levovitch y otra de Macaire Ebezner. Con una notita explicativa cada una.

LEV LEVOVITCH

Fue el brazo derecho del Abel Ebezner, quien lo consideraba un hijo espiritual.

El Consejo estaba a punto de elegirlo para la presidencia del banco. Jean-Bénédict Hansen parecía contrario a esa elección y prefería a su primo, Macaire Ebezner.

Lev Levovitch decidió irse de Ginebra poco después del asesinato. Dejó la suite en que se alojaba desde hacía quince años en el Hôtel des Bergues. ¿Dónde quería ir? ¿Por qué esa marcha precipitada?

—Sabemos que Levovitch cuenta con un importante patrimonio inmobiliario —añadió el teniente Sagamore—. Una casa de campo en una zona elegante de Nueva York, un piso en Atenas y una casa en Corfú.

—Según mis datos —dijo entonces Cristina—, se ha mudado a Atenas. Afirma que necesita cambiar de aires. Estaba hoy en Ginebra, lo he visto en el banco. Fue a ver a Macaire, que lo ha convencido para que no dimita. Le ha encargado que dirija la sucursal de Atenas; seguirá gestionando las cuentas de sus clientes desde allí. En mi opinión, la dirección de la sucursal de Atenas es un pretexto que se ha buscado Macaire Ebezner para quedar bien con la clientela del banco. Por muy presidente que sea Macaire, el auténtico protagonista siempre ha sido Levovitch. Si dimite, el banco se resentirá.

Sagamore escribió con rotulador en el panel, al lado de la foto de Levovitch: «¿Atenas?». Luego señaló la ficha sobre Macaire.

MACAIRE EBEZNER

Asalto a su domicilio: miente sobre el contenido de la caja fuerte. Asegura que había una contabilidad personal y que había guardado esos documentos en la caja fuerte para protegerlos en caso de incendio, pero resulta poco creíble. Podría tener algo que ver con la muerte de su primo.

Visto en la cocina del hotel registrando las cajas de botellas de vodka con Jean-Bénédict Hansen. Pero no ha podido establecerse ninguna relación con la intoxicación masiva.

Posee legalmente una pistola de 9 mm, esto es, como la usada para el asesinato. Aceptó una comprobación de balística de esa arma: las estrías

del cañón no corresponden con el arma utilizada para matar a Jean-Bénédict Hansen.

No existe ninguna prueba que permita inculparlo.

Sagamore solo había colocado en el panel, en el apartado de sospechosos, los nombres de Lev Levovitch y de Macaire Ebezner. Cristina se extrañó de que no hubiera mencionado a Tarnogol.

—Me has dicho que Tarnogol fue la última persona que vio vivo a Jean-Bénédict Hansen —comentó—. A eso hay que sumar que la seguridad del hotel intervino por un «alboroto» en su *suite*, en la que estaba Jean-Bénédict Hansen. E inmediatamente después del asesinato, Tarnogol se esfuma sin más explicación que la carta de dimisión que dejó. ¿Por qué no aparece Tarnogol en la lista de sospechosos? No creo que se te haya olvidado incluirlo.

Sagamore sonrió con expresión astuta.

—Ahora llego a eso —prometió antes de seguir leyendo el panel.

Desde los nombres de los dos sospechosos que había seleccionado el teniente partía una flecha que llevaba al final del panel.

MÓVIL DEL CRIMEN: ¿LA PRESIDENCIA?

—¿Por qué alguien querría matar a Jean-Bénédict Hansen? —preguntó el teniente Sagamore—. Según su mujer, no tenía enemigos y nunca había recibido amenazas. El único móvil que se me ocurre está relacionado con la presidencia del banco.

—El nombre que el Consejo tendría que haber anunciado aquel sábado por la noche en el salón de baile era el de Lev Levovitch —recordó Cristina—. Tenemos el testimonio de ese inspector de la policía del Valois que afirma que oyó claramente a Horace Hansen decir: «Lev Levovitch presidente».

—Es cierto, pero acababa de darle un infarto —objetó Sagamore—. Así que no estoy seguro de que un juez de instrucción tuviese en cuenta ese dato.

A Cristina esos argumentos contrapuestos no le resultaban convincentes:

—Podría suponerse sin mayor problema que Levovitch matase a Jean-Bénédict porque este quería impedirle llegar a la presidencia para colocar en su lugar a su primo Macaire. Sabemos que Jean-Bénédict Hansen estaba en minoría en el Consejo porque Sinior Tarnogol y Horace Hansen eran partidarios de Levovitch. Así que, después de que lo eligieran a él, pero antes de que se anunciara, Jean-Bénédict Hansen informa a su primo, Macaire Ebezner, de la situación. Macaire, que sabía que lo amenazaba Levovitch, había previsto esa posibilidad: entonces envenena el vodka que se va a servir en el cóctel para que no se anuncie y poder ganar tiempo.

—Por desgracia, no tienes ninguna prueba de lo que sugieres —contrapuso Sagamore.

—A Macaire Ebezner y a Jean-Bénédict Hansen los vieron en las cocinas hurgando en las reservas de vodka —recordó Cristina—. Levovitch, después de la intoxicación masiva, descubre que Jean-Bénédict Hansen es su rival entre bastidores y lo mata.

—¿Para irse luego a vivir a Atenas? —recalcó Sagamore—. Tu hipótesis no se sostiene.

—¿Tienes otra mejor?

—Sí. Creo que Macaire Ebezner mató a Jean-Bénédict Hansen para quedarse con la presidencia.

—Pero Jean-Bénédict Hansen hizo cuanto pudo para ayudar a su primo a que fuera presidente —dijo Cristina.

—Dos días antes del asesinato, a Anastasia Ebezner, la mujer de Macaire, la atropelló un coche delante del Hôtel des Bergues. He interrogado al médico que la atendió en el hospital: el golpe se lo dio Jean-Bénédict Hansen, que aseguraba que se le había olvidado encender los faros y no la había visto. Y dos días después, o sea, la mañana de la elección, Anastasia Ebezner sorprende a un asaltante. Todo esto no puede ser una mera coincidencia.

—¿Crees que ese asaltante podría haber sido Jean-Bénédict Hansen? —quiso saber Cristina.

—Es una posibilidad. A lo mejor quería presionar a Macaire, primero atacando a su mujer y, luego, forzando su caja fuerte, quizá en busca de indicios comprometedores.

—¿Sabes algo de Anastasia Ebezner? —preguntó entonces Cristina.

—No, he intentado dar con su pista, pero no he tenido éxito. He interrogado a la gente de su entorno, pero la verdad es que no tenía amigos. Y, sinceramente, no veo ningún vínculo con nuestra investigación. El día del asalto en casa de los Ebezner le había dejado una nota a su marido para decirle que lo abandonaba. Quería aprovechar que él no estaba para volar de allí. Es un tema conyugal que no nos interesa.

—Volviendo a la investigación, confieso que no entiendo qué móvil habría podido tener Macaire Ebezner para matar a Jean-Bénédict Hansen.

—Porque había descubierto la verdad sobre su primo.

—¿La verdad? —dijo extrañada Cristina—. ¿Qué verdad?

Sagamore se puso muy serio:

—Cristina, hay un indicio de la investigación que no le he contado a nadie, salvo a unos pocos miembros de mi brigada y al jefe de la policía del cantón de Valais. Es la razón principal por la que la policía del Valais nos ha encomendado el caso. Se trata probablemente del elemento clave de este caso.

—¡Venga, suéltalo! —lo apremió ella.

—Creo que todo se remonta a la investigación inicial, la que empezó antes del asesinato de Jean-Bénédict Hansen y fue el motivo, hace diez meses, de que te infiltrases en el banco. Creo que todo está relacionado.

Cristina puso cara de duda.

—No veo adónde quieres ir a parar, Philippe. Sigues sin explicarme por qué Tarnogol no aparece en el panel cuando, precisamente, está en el meollo de la investigación.

—¿Te gustan las sorpresas? —preguntó Sagamore.

—No mucho —contestó Cristina, a quien se le estaba acabando la paciencia.

—Pues entonces esta no te va a gustar.

Sagamore colocó en el último espacio libre del panel un trozo de papel donde había escrito:

¿QUIÉN ES SINIOR TARNOGOL?

—«¿Quién es Sinior Tarnogol?» —leyó Cristina.

Por toda respuesta, Sagamore se dirigió hacia un armarito metálico en que guardaba sus diversas carpetas. Sacó una bolsa grande de plástico opaco.

—La mañana del asesinato —refirió—, en cuanto me avisaron del crimen, fui al Palace de Verbier.

—Ya lo sé —asintió Cristina—. Nos vimos allí ese día. ¡Tú llegabas de Ginebra y yo del hospital! —dijo con tono irónico.

Sagamore sacudió la bolsa que tenía en la mano.

—Descubrí esto en la *suite* de Jean-Bénédict. Escondido al fondo de un armario del vestidor.

Sagamore metió la mano en la bolsa. Todo el contenido lo había analizado la policía científica varios meses antes y ya podía tocarse sin contaminar las pruebas. El primer objeto que Sagamore sacó de la bolsa fue un abrigo largo, que se puso. La prenda tenía rellenos en varias partes, de forma tal que parecía otorgar a quien la llevaba puesta una corpulencia peculiar. Cristina no entendió al principio qué quería decir aquel disfraz. Luego el teniente sacó lo que parecía ser una careta de silicona y metió la cara dentro. Cristina retrocedió entonces, con cara de espanto. ¿Cómo era posible? El hombre que tenía delante no era ya su compañero Philippe Sagamore, sino Siniar Tarnogol.

Tarnogol no había existido nunca. Era un invento de Jean-Bénédict Hansen.

*

Aquella noche, en el despacho del teniente Sagamore, Cristina pasó muchísimo rato estudiando la cara de silicona que tenía en las manos. No salía de su asombro: era un artificio de una calidad absolutamente extraordinaria, fabricado con una exquisitez y un talento a años luz de todo cuanto había visto antes. Distaba mucho de las caretas que se vendían en las tiendas especializadas: esta la habían fabricado con un primor en los detalles y unos recursos únicos. Las asperezas de la piel eran de un realismo impresionante. La implantación del pelo y del vello era perfecta. El color de la carne creaba una sensación de vida. Casi daba miedo. La silicona usada era finísima y se adhería a la perfección a los perfiles de los labios y los ojos, y a la forma del rostro de quien se pusiera la careta. Reaccionaba a los

movimientos como si se tratase de una piel natural: la nariz, las arrugas y todos los pliegues del rostro se movían de forma desconcertante. Aquel objeto era obra de un grandísimo profesional. Cristina no había visto nunca nada igual.

Estaba anonadada. Una vez superada la impresión, oyó cómo Sagamore le enumeraba los diversos indicios que había recopilado para demostrar la doble identidad de Jean-Bénédict Hansen / Sinior Tarnogol. Para cada uno de ellos, fue colocando en el panel una ficha.

INDICIO N.º 1

Avisan al servicio de seguridad del Palace porque hay «un alboroto» en la habitación 623, es decir, en la habitación de Sinior Tarnogol. En esta, es Jean-Bénédict quien les abre la puerta y les asegura que todo va bien.

INDICIO N.º 2

Aparece una bolsa que contiene ropa y una cara de silicona que representa a Tarnogol en la *suite* de Jean-Bénédict Hansen.

INDICIO N.º 3

Dentro de la careta se encuentra pelo que pertenece en su totalidad a Jean-Bénédict Hansen.

INDICIO N.º 4

Tarnogol vivía en un palacete, en el número 10 de la calle de Saint-Léger, comprado por mediación de una sociedad pantalla sita en las Islas Vírgenes británicas directamente relacionada con JBH S. A., el *holding* personal de Jean-Bénédict Hansen.

INDICIO N.º 5

Un registro del palacete del número 10 de la calle de Saint-Léger ha permitido encontrar objetos personales de Jean-Bénédict Hansen.

INDICIO N.º 6

Las agendas de Hansen y Tarnogol han revelado que con frecuencia viajaban ambos al mismo tiempo.

INDICIO N.º 7

Era Jean-Bénédict Hansen quien se encargaba, en nombre del Consejo, de organizar el Gran Fin de Semana. Y, como por casualidad, él y Tarnogol ocupaban habitaciones contiguas. Pasando por la terraza, habría podido ir de una a otra sin que nadie se diera cuenta; Jean-Bénédict entra en la 622 y pocos momentos después Sinior Tarnogol sale de la 623.

INDICIO N.º 8

El desayuno que Jean-Bénédict Hansen pidió la mañana de su asesinato fue: huevos, caviar, té negro y un vasito de vodka Beluga. Es decir, según los empleados del Palace de Verbier, el desayuno favorito de Sinior Tarnogol.

INDICIO N.º 9

Tarnogol ha desaparecido misteriosamente de la circulación desde la muerte de Jean-Bénédict Hansen.

INDICIO N.º 10

En la caja fuerte de Jean-Bénédict se encontró una carta de dimisión firmada de puño y letra de Tarnogol y también las acciones que le había cedido Macaire Ebezner a Sinior Tarnogol quince años antes. Seguramente Tarnogol quería hallar una forma de librarse de su molesto personaje y entrar en posesión personalmente de sus acciones.

Cristina se quedó pasmada con lo que estaba descubriendo.

—Jean-Bénédict Hansen nos ha estado embaucando desde el principio —dijo sin dejar de mirar los diversos indicios expuestos en el panel.

—Eso explicaría que no descubrieras nada sobre Tarnogol en seis meses en el banco —comentó Sagamore.

Cristina estaba furiosa por dentro: la habían engañado como a una principiante. Jean-Bénédict la había manipulado desde el primer momento.

Durante quince años había tomado el pelo a todo el mundo.

53. En Ginebra (2/5)

—Hasta el mes de abril posterior al asesinato, nadie estaba enterado de este descubrimiento —nos explicó Sagamore—, salvo un puñado de compañeros de las brigadas criminales del Valais y de Ginebra, que tenían la obligación de guardar el secreto. Cristina fue la primera persona a quien se lo conté directamente. Debo decir que me ayudó mucho a ver las cosas con mayor claridad.

Sagamore nos había preparado un montón de documentos. Los esparció por encima de la mesa para que pudiéramos examinarlos.

—¿Es la carpeta de la investigación del asesinato? —pregunté.

El teniente Sagamore asintió.

—Se mira, pero no se toca. No pueden llevarse nada y yo no les he enseñado nada.

Había, entre los documentos, algunas fotos de la casa de los Ebezner y de una habitación con el cristal de la ventana roto.

—Se trata del asalto que ocurrió en casa de los Ebezner dos días antes del asesinato, ¿verdad? —preguntó Scarlett.

—Sí, ¿cómo está usted al tanto?

—Hablamos con la vecina de los Ebezner —contestó ella—. Pero volvamos a su investigación. Nos estaba diciendo que en abril, es decir, cuatro meses después del asesinato, no tenían ninguna prueba.

—O, al menos, muy pocas.

—¿Y una pista? ¿Y un sospechoso?

—Teníamos sobre todo una convicción íntima: el asesino había averiguado la doble identidad de Jean-Bénédict Hansen.

—Y cuando dice «asesino» ¿piensa en alguien en concreto?

—En Macaire Ebezner. Durante el Gran Fin de Semana descubre que Jean-Bénédict Hansen es en realidad Tarnogol y que lleva quince años

manipulándolo. Comprende entonces que es su primo quien se opone a que llegue a presidente. Decide eliminarlo, matando dos pájaros de un tiro: al matar a Jean-Bénédict Hansen, mata también a Sinior Tarnogol. Nos encontramos técnicamente con un doble asesinato que priva al Consejo de la posibilidad de perjudicarlo, pues el otro miembro del Consejo, Horace Hansen, no es un hombre de carácter. Macaire Ebezner sabe que la presidencia y el banco son suyos a condición de que se libre de su primo. Entonces, en esa famosa noche del 15 al 16 de diciembre, pasa a la acción. Le basta con salir de su habitación e ir a llamar tres puertas más allá. Cuando el ocupante le abre, dispara dos veces la pistola y vuelve a su habitación, que está a pocos metros. Aunque lo oyeran, aunque alguien de esa planta se despertase y saliera al pasillo a ver qué ocurría, ya habría tenido tiempo de sobra para volver a su habitación y tomarse un somnífero, como todas las demás noches. Una sólida coartada que luego confirmará su médico. ¿Qué arma usó para el crimen? Con toda probabilidad, una comprada a un particular y que no está declarada, como hacen muchísimos ciudadanos suizos modélicos. Macaire, de hecho, admite espontáneamente ante la policía que tiene una pistola declarada y se presta incluso de buen grado a un examen pericial haciéndose el ingenuo para engañar mejor a la gente. Cuando, en realidad, es un tirador experto. Lo sé porque he descubierto que iba a hacer prácticas periódicamente a Ginebra, a un club de tiro en el campo.

Llamaron a la puerta del despacho. Era un inspector que tenía que tratar de un asunto urgente con su superior.

—Si no les importa disculparme un momento —nos rogó Sagamore.

Desapareció pasillo adelante con su compañero. Scarlett agarró en el acto el móvil y empezó a fotografiar los documentos que estaban encima de la mesa.

—¿Está loca? —dije deteniéndola—. ¡Está prohibido hacer eso!

—Es una mina de oro, escritor. Ya nos lo ha dicho Sagamore: nunca nos dejará una copia de este expediente. ¡Rápido, ayúdeme! ¡Saque fotos de todo lo que pueda! ¡Cada uno un montón!

Obedecí. Para conseguir datos cruciales sobre la investigación, era ahora o nunca.

54. La caja de música

Anastasia había dormido mal. Por primera vez desde que había llegado a Corfú, se despertó mucho antes que Lev. Fuera, todavía era de noche. Se quedó un momento mirando a su amante, sumido en un apacible sueño; luego acabó por levantarse. Llenó la bañera y se quedó mucho rato en ella. Estaba preocupada. Por primera vez, le daba la impresión de que unas nubes empezaban a cubrir el cielo de su pequeño paraíso griego.

La víspera por la noche se había sentido feliz al ver de nuevo a Lev, que volvía de Ginebra. Cenaron en el amplio comedor, iluminado con decenas de velas. Todo era perfecto. Y, sin embargo, le había dado la impresión de que algo no iba como debería.

—¿Todo bien en Ginebra? —preguntó.

—Sí —le aseguró Lev.

Por la forma en que desvió los ojos al contestarle, ella supo que mentía. Decidió ahondar en el tema.

—Me dijiste que habías quedado en el banco, ¿verdad?

—Sí.

—¿Con unos clientes?

—Con Macaire. Quería verme.

—¿Macaire? ¿Por qué?

—Me ha pedido que retire mi dimisión. Dice que, si me marcho, existe el riesgo de que se desestabilice el banco. Me ha propuesto que me haga cargo de la sucursal de Atenas y que gestione mi cartera de clientes desde allí.

—Espero que hayas dicho que no.

—No me ha quedado más remedio que aceptar.

Había sido su primera discusión en Corfú. Anastasia le dijo a voces que había prometido dejar el banco; y él contestó que eso no cambiaba las cosas, que mantendría los contactos desde Atenas.

—Se suponía que veníamos a Corfú para estar juntos —le recordó Anastasia.

—¡Estaremos juntos! Esto no cambia nada. Una vez por semana iré a Atenas y volveré en el día.

—¡Tengo la extraña sensación de que no quieres dejar el Banco Ebezner!

—Lo único que no quiero es levantar sospechas.

—¿Sospechas? ¿Qué sospechas?

Lev se mostró evasivo:

—Solo quiero que estemos tranquilos. Lejos de las preocupaciones.

—¡Pues si quieres que estemos tranquilos, dimite! El banco se las podrá apañar sin ti.

—La cosa es más complicada.

—Lev, a veces me da la impresión de que me ocultas algo.

Él se rio, como si lo que decía Anastasia no tuviera ni pies ni cabeza.

—¡Vamos a ver, no te oculto nada! ¿Qué quieres que te oculte? Uno tiene que trabajar, Anastasia.

—Tienes dinero de sobra para dejar de trabajar.

—A lo mejor es eso lo que te oculto; seguramente soy menos rico de lo que piensas.

Para crear una distracción, le puso más vino a Anastasia. Ella sabía que le estaba mintiendo. Y hablar de dinero no le pegaba. De modo que comentó:

—Te recuerdo que vivías todo el año en una *suite* del hotel más elegante de Ginebra.

—La *suite* del Hôtel des Bergues no era nada comparada con esta casa, el servicio, los vestidos...

—Lev —lo interrumpió Anastasia—, ¡me importa un bledo todo eso! Me importa un bledo el dinero, siempre te lo he dicho. Podríamos vivir en una casa de pastores, sin un céntimo, y me sentiría tan a gusto. Y además, si hay que trabajar, trabajaré. Me buscaré un empleo en algún comercio de la ciudad. Y seré muy feliz.

Lev soltó una rotunda carcajada y fingió que le hacía gracia el comentario. Se levantó entonces de la mesa, cogió a Anastasia de la mano y la llevó a la terraza. En la templada noche de primavera se oían el mar y las cigarras. Se veía el parpadeo de las luces de la ciudad a lo lejos. Todo era como un cuento de hadas. La rodeó con el brazo y ella volvió a sentirse bien. Hasta que se despertó, al amanecer.

En la bañera, Anastasia estaba pensativa. ¿Por qué no conseguía Lev cortar los lazos con Ginebra? Tenía la certeza de que le estaba mintiendo. Tenía la certeza de que le ocultaba algo.

El teniente Sagamore había dormido mal. Se despertó sin más al amanecer. Primero le pareció que era prontísimo para levantarse; aún podía dormir dos horas largas. Pero, después de pasar un cuarto de hora en la cama, pensando en las musarañas y mirando al techo, abandonó sin hacer ruido el lecho conyugal.

En la cocina a oscuras del piso familiar, Sagamore se hizo un café y se lo bebió junto a la ventana, mientras contemplaba la calle desierta. Lo tenía preocupado la investigación. Repasaba la conversación de la noche anterior con Cristina, en su despacho.

—No creo que Jean-Bénédict Hansen pudiera ser Tarnogol —le había confesado ella, pese a la acumulación de pruebas.

A Sagamore lo había sorprendido esa reacción.

—A ver, Cristina: la careta de silicona y el pelo que había dentro, con ADN de Jean-Bénédict Hansen; el palacete de Tarnogol que pertenece a Hansen; los objetos encontrados allí que pertenecen a Hansen; y además el desayuno de caviar, huevos y vodka que pidió Hansen que le subieran a la habitación, ¿qué más necesitas?

—Vale, sí, se trata de indicios sólidos —reconoció ella—. Pero ¿cómo es posible entonces que lo vieran en compañía de Tarnogol si era su encarnación?

—¿Los has visto juntos con regularidad? —preguntó Sagamore.

Cristina se paró a pensar un segundo.

—A decir verdad, no —contestó, confusa de repente—, nunca los he visto juntos... Salvo la noche del sábado del Gran Fin de Semana, en el salón de baile. Se encontraron juntos en el estrado mientras Horace Hansen estaba a punto de comunicar la decisión.

—Tenía un cómplice —afirmó Sagamore, que ya había pensado en esa posibilidad—. Alguien que adoptaba la apariencia de Tarnogol poniéndose esa cara de silicona para aparecer al lado de Jean-Bénédict y que nadie pudiera sospechar de él.

Cristina se había acordado de que en el estrado del salón de baile, en el momento de anunciar la elección, Tarnogol y Jean-Bénédict se habían

quedado callados mientras Horace monopolizaba el micrófono. Si Tarnogol no era más que un disfraz, cualquier cómplice, en efecto, habría servido. Pero, aun así, seguía teniendo dudas.

—Estoy segura de que encontrarás a montones de empleados del banco que afirmen haber visto a Jean-Bénédict Hansen y a Tarnogol juntos. Y además, ¿cómo podría Jean-Bénédict engañar a todo el mundo durante las sesiones del Consejo del banco?

—Era su cómplice, precisamente, el que participaba en las sesiones del Consejo del banco. Bastaba con poner acento del Este y, sobre todo, con no hablar demasiado.

Pero Cristina no acababa de convencerse.

—No conocí a Abel Ebezner —dijo—, pero por lo que me han contado, deduzco que era alguien a quien no resultaba fácil embaucar. Tarnogol es una farsa perfecta. Exige una inteligencia, un talento y una presencia de ánimo fuera de lo común. No creo que Jean-Bénédict Hansen tuviera esas capacidades.

—A menos que la genialidad de Jean-Bénédict Hansen haya sido, precisamente, pasar por ser mucho menos brillante de lo que era en realidad para que se fiasen los de alrededor. Ahí está la prueba de su talento: resultaba imposible sospechar de él.

Cristina estuvo de acuerdo con esa observación.

—¿Has podido seguirle la pista a la careta? —preguntó—. ¿Descubrir al fabricante?

—Lo he intentado, pero no he tenido éxito. Los especialistas de la comarca a quienes he preguntado afirman que nunca han visto nada igual. Es tecnología punta. Al nivel del cine de Hollywood.

Las dudas de Cristina habían quebrantado a Sagamore. Aquella mañana, en la cocina, tras haber estado mucho rato repasando esa charla, tomó una decisión que iba a dar un giro drástico a la investigación.

Se preparó para la jornada laboral, puso la mesa del desayuno para su mujer y sus dos hijos, que aún estaban durmiendo, y se marchó a la sede de la policía judicial, en el bulevar de Carl-Vogt.

El teniente Sagamore pensaba que solo un círculo muy limitado de policías estaba al tanto de la existencia de esa famosa bolsa encontrada en la habitación de Jean-Bénédict Hansen. Y en ese punto estaba equivocado.

Macaire Ebezner había dormido mal. Eran las ocho y media de la mañana en Cologny cuando apareció en la cocina en bata y con el pelo revuelto. Arma estaba tostando pan y preparando huevos por tercera vez: su señor llevaba hora y media de retraso sobre el horario habitual. Desde que era presidente del banco, desayunaba a las siete en punto todas las mañanas. Se presentaba siempre con un estupendo terno del guardarropa que había renovado íntegramente con vistas a sus nuevas responsabilidades. Se bebía un café y se comía los huevos con una rebanada de pan integral (para conservar la línea) mientras hojeaba el diario. A las siete y veinte como muy tarde salía de casa rumbo al banco.

—¿Todo bien, señorito? —preguntó Arma, asombrada al ver a Macaire levantarse tan tarde.

—Me desperté de madrugada, me volví a dormir, no oí el despertador —resumió Macaire, refunfuñando, mientras se sentaba a la mesa.

Arma le puso en el acto un café cargado.

—Estuve dudando en llamar a su puerta —le dijo a Macaire, poniéndole delante la taza humeante—. Tendría que haberlo hecho. Por mi culpa va a llegar tarde al banco.

—Da igual —contestó Macaire.

Se pasó la mano por la cara. Estaba pálido.

—¿Está malo, señorito?

—No, estoy preocupado.

—¿Complicaciones?

—Como quien dice.

—¿En el banco?

Macaire no contestó y se tomó el café. Estaba cansado, necesitaba una buena noche de sueño. Pese a los somníferos, llevaba dos meses despertándose porque sí todas las mañanas antes del amanecer. Abría los ojos, presa de una angustia que ya no lo soltaba y le impedía volver a dormirse.

Arma seguía hablándole, pero había dejado de escucharla. Engulló los huevos en dos bocados y se fue, para estar solo, a su gabinete. Necesitaba pensar con tranquilidad, pero no estaba tranquilo en ninguna parte: en el banco lo interrumpían sin parar y, en casa, Arma lo importunaba con tanta solicitud. Se sentó al escritorio. Tenía delante unos cuantos documentos bancarios sin gran interés que debía ordenar, unas fotos de Anastasia y una

cajita de música. La cogió mecánicamente antes de soltarla, como si ese objeto le hubiera abrasado los dedos. Se acordó entonces de lo que había sucedido dos meses antes, una noche de mediados de febrero. Desde entonces, tenía aquellos ataques de insomnio. Desde que había ido a la Ópera de Ginebra tras recibir por correo una entrada para una representación de *El lago de los cisnes* de Chaikovski. Al encontrarse con la invitación, comprendió en el acto que era Wagner, que volvía a tomar contacto con él.

*

Mediados de febrero, dos meses después del asesinato de Jean-Bénédict

Estaba acabando el entreacto. Sonó un timbre. Los espectadores del Grand Théâtre de Ginebra volvieron rápidamente a sus asientos. Iba a empezar el tercer acto de *El lago de los cisnes*.

En el *foyer*, que pronto quedaría desierto, dos hombres estaban sentados juntos en un banco de mármol.

—Creía que no estaba ya de servicio activo —dijo Macaire—, que mis actividades de presidente resultaban demasiado expuestas.

—Así es —dijo Wagner—. Quería sencillamente darle la enhorabuena por el éxito de su última misión para la P-30. Ya nos hemos librado de Tarnogol y es usted presidente del banco.

—Gracias —se limitó a contestar Macaire, que, de entrada, no había captado la alusión a Tarnogol.

—Macaire —dijo Wagner tras un breve silencio—, hay una pregunta que me gustaría hacerle, si me lo permite.

—Faltaría más.

—¿Por qué matar a Jean-Bénédict Hansen con un arma de fuego? ¿Por qué correr semejante riesgo?

Macaire se quedó perplejo:

—Pero ¡bueno! ¡Que yo no he matado a Jean-Bénédict!

Wagner sonrió.

—Eso cuéteselo a otro... En fin, lo pregunto por pura curiosidad. Pensé que podría haber hecho lo mismo que con Horace Hansen. No cabe duda de que fue más discreto.

—Horace Hansen se murió de un infarto —le recordó Macaire.

—¡Un infarto! —repitió Wagner, a quien por lo visto la respuesta le pareció muy ingeniosa.

—No entiendo dónde quiere ir a parar —dijo entonces Macaire, irritado.

—¡No se haga el ingenuo conmigo! —dijo Wagner—. Sé que se le da muy bien ocultar las cartas. ¡Mató a Horace Hansen! Usó el frasquito de veneno, el primero que le di. Infarto en un plazo de doce horas, del todo indetectable, el crimen perfecto. Cometió el crimen perfecto con el padre. En cambio, con el hijo ha sido una carnicería.

—¡Le estoy diciendo que no tengo nada que ver con eso, Wagner! ¡De haberme cargado a alguien, habría sido a Tarnogol!

Wagner soltó una risita.

—También estoy enterado de eso, Macaire. No me tome por imbécil.

—¿Enterado de qué?

—De que su primo era Sinió Tarnogol.

—¿Cómo? ¿Qué me está contando?

—Vamos, Macaire, a mí no me venga con esas. Sé que Tarnogol no ha existido nunca: era una creación pura y dura de Jean-Bénédict Hansen. ¡Siempre fue él quien encarnó a Tarnogol!

—Pero ¿de qué me está hablando? —balbució Macaire.

Ante la incredulidad de su interlocutor, Wagner entendió que no estaba al tanto de nada.

—¿La policía no se lo ha contado? —dijo, extrañado, Wagner—. En la *suite* de Jean-Bénédict había una cara de silicona, la de Tarnogol. ¡Tarnogol no existió nunca! No era más que una farsa magistral.

Macaire se quedó mirando fijamente a Wagner: se preguntó por un momento si no estaría allí por encargo de la policía para contarle falsedades y así sonsacarle lo que supiera sobre la muerte de Jean-Bénédict.

—No creo ni una palabra de lo que me está contando, Wagner. He pasado quince años con Tarnogol, créame, ya lo creo que ha existido. Y, además, si lo que dice es cierto, ¿por qué no me lo iba a contar la policía?

Wagner no insistió. Se puso de pie y le tendió una mano amistosa a Macaire:

—No he venido a buscarle las cosquillas. Quería más que nada disculparme por la forma en que me porté con usted en diciembre: tiene

muchas más agallas de lo que yo pensaba. Sepa que si necesita a la P-30 un día para lo que sea, siempre nos tendrá ahí.

Según decía esas palabras, Wagner se sacó del bolsillo un paquetito que le alargó a Macaire. Como este se limitaba a mirarlo, Wagner le dijo:

—Es un regalo, ábralo.

Macaire obedeció y quitó el papel, dejando a la vista una cajita de música de madera que se ponía en marcha girando una pequeña manivela. En la parte delantera estaba grabado: *El lago de los cisnes, acto II, escena 10*.

—Si un día me necesita —dijo Wagner, antes de irse—, ponga en marcha la caja de música. Y vendré.

*

Dos meses después, en el gabinete, Macaire le daba vueltas a su última conversación con Wagner. Desde ese día, la presidencia tenía un regusto amargo. La sensación embriagadora del poder se había echado a perder: ¿había orquestado la P-30 la muerte de Jean-Bénédict y Horace Hansen? ¿Estaba él implicado, aunque fuera de manera indirecta, en una terrible conspiración? ¿Estaba su trono manchado de sangre? Ya no sabía qué creer. Todo aquello era un quebradero de cabeza. Ya no dormía con el sueño de los justos. Como si tuviera algo de lo que arrepentirse.

Volvió a su cuarto para arreglarse y salió de casa rumbo al banco. Con un retraso tremendo. Se inventaría una excusa. Cuando cruzó en coche el portón de la propiedad, eran las nueve y media.

Eran las nueve y media. Sagamore estimó que era una hora decente para hacer una visita repentina y pulsó el interfono del palacete de la calle de Les Granges, en pleno casco histórico de Ginebra. Tras identificarse como policía, le abrieron la gran puerta cochera de madera maciza y entró en un patio interior; sujetaba en la mano la bolsa que había llevado consigo desde la sede de la policía judicial.

Al fondo del patio estaba la puerta principal del palacete. Una empleada del hogar recibió al teniente. Este, al enseñar su identificación, repitió lo que había dicho por el interfono.

—Teniente Sagamore, de la brigada criminal. Vengo a ver a Charlotte Hansen.

La criada contestó con un respetuoso ademán de la cabeza e hizo entrar al policía. Lo guio por un pasillo largo: el suelo era de mármol blanco y cubrían las paredes colgaduras de costosas telas. Aunque Sagamore ya había ido varias veces a casa de los Hansen, en cada una de ellas lo volvía a impresionar la lujosa decoración. El salón al que lo hicieron pasar parecía un museo. La criada le ofreció un té o un café, que él rechazó cortésmente, y luego lo dejó solo para ir a avisar a la señora.

Sagamore había ido a ver a Charlotte Hansen para revelarles lo que había descubierto sobre su marido. Había tomado esa decisión aquella misma mañana, al amanecer. Pensó que era la mejor forma de dar un nuevo impulso a la investigación. Pues si, en efecto, Jean-Bénédict Hansen se había pasado quince años encarnando a Tarnogol, a Sagamore le parecía poco verosímil que hubiese podido hacerlo sin que se enterara su mujer. Sabía que la reacción de Charlotte Hansen ante esa revelación descubriría la verdad. Había llegado, pues, la hora de jugar su mejor baza.

La puerta del salón se abrió y apareció Charlotte Hansen. Hacía algún tiempo que Sagamore no la veía y le pareció que estaba más delgada.

—Buenos días, teniente —dijo, dándole un recio apretón de manos—. ¿Sabe algo nuevo sobre la muerte de mi marido?

Se sentaron frente a frente en dos sillones y, tras un rápido repaso del punto en que se hallaba la investigación, Sagamore decidió tirarse al agua.

—Señora Hansen —dijo con tono grave—, me pregunto si conocía usted de verdad a su marido.

—¿Cómo dice? —preguntó, alterada, Charlotte Hansen.

Por toda respuesta, Sagamore sacó de la bolsa la cara de silicona y se la puso sobre la suya. La reacción de pasmo de Charlotte estuvo a la altura de la de Cristina la víspera.

—Tarnogol —susurró, espantada—. ¿Qué..., qué significa esto?

Sagamore se quitó la careta.

—Encontramos esto en la habitación de hotel de su marido, en el Palace de Verbier. Tenemos buenas razones para creer que Tarnogol y él eran la misma persona. Que inventó ese personaje y lo representó durante todos estos años. Que engañó a todo el mundo, incluida usted, por lo que veo.

Charlotte se quedó estupefacta unos instantes. Luego reaccionó al impacto poniendo en duda las afirmaciones del policía, asegurándole que estaba equivocado. Sagamore le habló entonces del palacete de la calle de

Saint-Léger, que había adquirido una sociedad pantalla perteneciente a Jean-Bénédict Hansen. Charlotte, sorprendidísima, no podía evitar rechazar todas aquellas alegaciones. Para respaldar lo que decía, Sagamore le enseñó los documentos bancarios que había llevado consigo. A continuación sacó varios objetos metidos en bolsas de plástico transparente: tarjetas de visita, algunas a nombre de Jean-Bénédict Hansen y otras a nombre de Sinior Tarnogol, una camisa bordada con las iniciales JBH, un mechero, unos puros y un frasco de perfume.

—¿Reconoce todas estas cosas?

—Sí —afirmó Charlotte Hansen—. Es el perfume que usaba mi marido, los puros que fumaba, una de sus camisas y su mechero, lo reconozco, es un Dupont al que le tenía mucho aprecio. Si lo ha encontrado en su habitación, es de lo más normal.

—Hemos encontrado estos objetos en el palacete del número 10 de la calle de Saint-Léger —indicó entonces Sagamore—. Señora Hansen, ese palacete está a pocos minutos a pie de aquí y el banco también está a dos pasos. Reconocerá que resulta bastante práctico. Su marido podía ir de un sitio a otro con una apariencia diferente sin que nadie sospechase nada.

Tras concluir la visita, Sagamore volvió al coche de servicio camuflado, que había aparcado en la plaza de Le Mézel. En el asiento del acompañante lo estaba esperando Cristina. Había dicho esa mañana en el banco que estaba enferma para poder dedicarse a la investigación.

—¿Y bien? —le preguntó a su compañero, que ocupó el asiento del conductor.

—Pues que vamos a esperar a ver cómo reacciona —contestó él, al tiempo que clavaba la vista en la puerta cochera del palacete de los Hansen, a unas decenas de metros de distancia.

55. Confidencias

Ese mismo día, a media tarde, en casa de los Ebezner, en Cologny.

Arma iba y venía delante de la puerta del gabinete, so pretexto de fregar el suelo, intentando por todos los medios oír la conversación que tenía lugar dentro. Pero sin conseguirlo, muy a su pesar. Todo cuanto sabía era que tenía que ver con el asesinato del primo del señorito.

La señora Hansen había llegado a la casa un poco antes, muy nerviosa. Estaba temblando. No parecía en un estado normal. El señorito se la había llevado enseguida al gabinete y se habían encerrado allí. Debía de ser algo grave. El señorito no había recibido nunca a nadie en el gabinete.

Dentro del cuarto, Macaire y Charlotte cuchicheaban, conscientes de la seriedad de la situación.

—¿Cómo iba a poder Jean-Béné ser Tarnogol? —repetía Macaire, que no daba crédito—. Es imposible, los he visto juntos.

—¿Muchas veces?

Esa pregunta hizo que se tambalease la certidumbre de Macaire. Bien pensado, se daba cuenta de que durante los últimos quince años pocas habían sido las ocasiones en que los había visto a los dos juntos.

—Tarnogol iba poco por el banco —indicó Macaire—. Siempre parecía estar yendo y viniendo, lo que ahora parece tener una explicación clara. Pero estaban las reuniones del Consejo. Tanto Jean-Béné como Tarnogol asistían. ¿Cómo podrían ser una única persona? ¿Tenía un cómplice Jean-Béné, alguien que adoptaba la apariencia de Tarnogol para estar a su lado?

—Entonces, ¿crees que fue de verdad Jean-Béné quien inventó todo eso?

—No tengo ni idea —confesó Macaire—. En vista de lo que te ha enseñado la policía, me gustaría mucho contar con datos para demostrar lo contrario. Por desgracia, ya no queda vivo ningún miembro del Consejo que pueda ayudarnos a aclarar las cosas.

Hubo un momento de silencio cargado de preocupación. Luego Macaire le preguntó a Charlotte:

—¿Has traído la agenda de Jean-Béné?

Charlotte, con movimientos nerviosos, sacó una libreta de cuero del bolso. Macaire la abrió por la semana anterior al Gran Fin de Semana.

—En la noche del lunes 10 al martes 11 de diciembre, vi a Tarnogol —explicó—. Estaba en su casa a eso de las tres de la madrugada; volvía de Basilea, adonde había ido a hacerle un recado.

Macaire puso el dedo en la casilla correspondiente de la agenda:

—Aquí pone que estaba en Zúrich. Me acuerdo bien de ese lunes. Fue el día en que empezó todo este follón. Recuerdo que se marchó del banco para una supuesta cita en Zúrich. Y resulta que, poco después, Tarnogol se presentó en mi despacho so pretexto de ver a Levovitch y me pidió que fuera a recogerle un sobre a Basilea.

—¿O sea, sería Jean-Bénédict, que se habría cambiado a toda prisa?

—Me dices que el palacete del 10 de la calle de Saint-Léger era suyo.

—Eso es lo que ha descubierto la policía. A mí nunca me dijo nada.

—Le daba tiempo de sobra para irse del banco como Jean-Bénédict, cambiar de apariencia en la calle de Saint-Léger y volver con los rasgos de Tarnogol. Hay menos de diez minutos andando entre los dos sitios... Y entonces esa noche, al volver de Basilea, cuando yo me creía que estaba con Tarnogol, estaba con Jean-Béné...

—Y yo creía que estaba en Zúrich —susurró Charlotte.

Macaire estaba impactado. Bajó el dedo por la agenda de Jean-Bénédict, que seguía abierta, hasta el martes 11 de diciembre, donde ponía: «cena en casa de Macaire».

—Ese martes por la noche, en el comedor de mi casa, Jean-Béné y yo tramamos juntos un plan que pretendía neutralizar a Tarnogol el jueves 13 de diciembre por la noche —confesó.

—¿Neutralizar a Tarnogol? —dijo Charlotte, con voz ahogada—. ¿Qué quieres decir?

—Después de la cena de la Asociación de Banqueros —explicó Macaire—, teníamos que ir andando juntos por el muelle, desierto y a oscuras en ese momento del año. Jean-Béné, al volante de su coche, tenía que hacer como que no nos veía y yo habría evitado que atropellase a Tarnogol, tirando de él. Así me debería un favor y me habría elegido presidente.

Charlotte clavó en Macaire una mirada intranquila.

—¿Y qué pasó esa noche?

—Por una razón misteriosa, Tarnogol no asistió a la cena de la Asociación de Banqueros de Ginebra. Qué coincidencia, ¿verdad? ¡Como si estuviera enterado de nuestro plan!

—Fue la noche en que Jean-Bénédict atropelló a Anastasia —cayó en la cuenta Charlotte—. Yo estaba en un concierto de órgano con mi hermana, y Jean-Béné estaba malísimo, supuestamente.

—No estaba malo en absoluto —reveló Macaire—. ¿A qué hora te fuiste al concierto?

—Temprano, porque cené con mi hermana antes de la función.

—En cuanto te marchaste, Jean-Béné fue al Hôtel des Bergues disfrazado de Tarnogol. Me crucé con él al llegar; pasó delante de mí, se había puesto enfermo de repente y le había cedido su lugar a Lev Levovitch. Cuando vuelvo a pensarlo ahora, comprendo que no fue una casualidad. Después de irse del hotel como Tarnogol, Jean-Béné se escondió en su coche, en el muelle de Les Bergues, donde recobró su apariencia normal y esperó, como teníamos previsto en el plan.

—Pero ¿por qué?

—Por una parte, para que yo lo viera al final de la cena y no pudiera sospechar su secreto. Se habría hecho el tonto y me habría preguntado dónde estaba Tarnogol. Pero creo que esperó porque se le había ocurrido una idea: librarse de Levovitch.

—¿De Levovitch?

—Creo que Jean-Béné, alias Tarnogol, le había pedido a Levovitch que lo sustituyese en la cena por una razón muy concreta. Sospechaba que, después de la velada, iría seguramente a pasear por el muelle para estirar las piernas. Y eso fue lo que pasó. Cuando Jean-Béné nos vio a él y a mí delante del hotel, no se lo pensó ni un segundo: se lanzó. Quería eliminar a Levovitch. Era el crimen perfecto: no había ningún testigo. Y si lo interrogaban, tenía una coartada sólida que tú habrías confirmado: había pasado la velada enfermo y metido en la cama. A mí me habría asegurado que estaba convencido de que se trataba de Tarnogol y se había limitado a llevar a cabo el guion que había preparado yo; y yo no habría podido decir nada porque estaba metido hasta el cuello. Pero le salieron mal los planes:

Anastasia pasó por delante de su coche en el momento en que él entraba en el muelle y la atropelló.

—Pero ¿por qué iba a querer matar a Levovitch?

—Para llegar a ser presidente del banco. Jean-Béné tenía ya plenos poderes en el banco, puesto que era miembro del Consejo por partida doble, e incluso triple, con su padre. Seguro que tenía un plan para desbaratar las últimas voluntades de mi padre y tomar oficialmente el control del banco. Pero no podía dar un golpe de Estado con Levovitch enfrente. Levovitch siempre tuvo demasiado poder.

Impresionada con estas explicaciones, Charlotte Hansen perdió el color y se quedó mucho rato callada.

—No puedo creerlo —susurró.

Macaire dio el toque de gracia:

—Esa famosa noche del 13 de diciembre, después del accidente, te reuniste con nosotros en el hospital y luego vinimos todos aquí, ¿te acuerdas?

—Sí, claro.

—¿Cómo fuiste al hospital?

—Cogí el coche de mi hermana. Lo había aparcado al ladito del Victoria Hall. Yo quería llegar rápidamente al hospital, me dio las llaves y quedamos en que se lo devolvería al día siguiente.

—Así que cuando os fuisteis de esta casa aquella noche Jean-Béné iba en su coche y tú en el coche de tu hermana. ¿Os fuisteis siguiendo?

—Ya no me acuerdo... ¿A qué viene esa pregunta?

—Porque nada más irnos Tarnogol se presentó delante del portón para hablar conmigo. Él, que estaba supuestamente enfermo, parecía de repente fresco como una lechuga. Luego, durante todo el fin de semana en el Palace de Verbier, no vi en ningún momento juntos a Jean-Béné y a Tarnogol hasta la última reunión del Consejo, el sábado a media tarde. Desde el principio el timón lo llevaba Jean-Béné.

Cuando Charlotte Hansen se marchó de casa de Macaire estaba aún más anonadada que al llegar. Al salir de la finca al volante de su coche, que se le caló varias veces, claro síntoma de lo nerviosa que estaba, no se fijó en el vehículo policial camuflado, discretamente aparcado en el camino de Ruth, que llevaba todo el día siguiéndola.

En el gabinete, Macaire estaba aterrado. Recordaba su última conversación con Wagner, en febrero: no le había mentado en lo referente a Jean-Béné.

Agarró la caja de música que tenía delante y la miró. «Si un día me necesita, ponga en marcha la caja de música», había dicho Wagner. Macaire tomó entre los dedos la manivelita y le dio vueltas.

Según la iba girando, mientras en un concierto de notas metálicas sonaba la célebre melodía de la escena 10 del acto II de *El lago de los cisnes*, un trozo de papel salió despacio de entre el tambor dentado del mecanismo. En él se leía un número de teléfono.

Macaire pensó que ya era hora de pedir ayuda.

En ese preciso instante, en Corfú, bajo el sol de media tarde, Anastasia y Lev se estaban bañando en las aguas turquesa del mar Jónico

Anastasia se quedó un momento mirando la cala y el pueblo que se alzaba a lo lejos, siguiendo el acantilado. Parecía pensativa. Lev la alcanzó y la rodeó con los brazos musculosos.

—¿Todo va bien? —le preguntó—. Te he notado muy callada hoy.

—Todo va bien —le aseguró ella.

—¿Es por culpa de nuestra discusión de ayer? Si de verdad no quieres que me haga cargo de la sucursal de Atenas, renunciaré.

—No te preocupes, todo va bien, te lo aseguro.

Le dio un beso para que no siguiera hablando.

Lo que la tenía preocupada era él. Notaba de sobra que le ocultaba algo. No podía evitar acordarse de su pistola, la pistola dorada que había metido en el bolso en Ginebra y no había encontrado al llegar a Corfú. La única persona que había tenido ese bolso al alcance de la mano había sido Lev en su *suite* del Palace.

Nunca se había atrevido a mencionarle el tema. En el fondo, no quería saberlo. Pues cada vez que se acordaba de esa pistola dorada, recordaba también lo que había ocurrido cuatro meses antes, en el Palace de Verbier, cuando Jean-Bénédict había ido a amenazar a Macaire en su habitación por apoderarse de la presidencia del banco y ella había descubierto luego la verdad sobre Sinior Tarnogol.

56. Bajo vigilancia

Principios de mayo. Al calor de primera hora de la tarde, Anastasia deambulaba sola por el casco histórico de Corfú. Lev iba a estar fuera todo el día. Desde que había aceptado dirigir la sucursal ateniense del Banco Ebezner, un mes antes, Lev se iba de Corfú todos los martes por la mañana, a primera hora, y volvía para la cena. Aquel martes, a petición de Macaire, Lev había ido a Ginebra para hacer balance de la situación.

A mil quinientos kilómetros de allí, en Ginebra, bajo un generoso sol de primavera.

En la terraza del Red Ox Steak House, en el bulevar de Les Tranchées, Macaire y Lev estaban acabando de comer. Eran los últimos clientes: habían llegado tarde, pues Macaire no había querido renunciar a su sesión semanal con el doctor Kazan y había escogido ese restaurante precisamente porque estaba al lado de la consulta de su psicoanalista.

—Estoy encantado de verdad de que te encuentres a gusto en Atenas —le dijo a Lev—. Y la ciudad es agradable, ¿no?

—Mucho. Me siento muy bien allí.

—¿Dónde vives exactamente?

—En el barrio de Kolonaki, en la ladera del Licabeto. No muy lejos del centro.

Macaire le dirigió una mirada engañosamente cómplice. Lev miró la hora.

—Tengo que irme dentro de nada para tomar el avión —dijo—, a menos que tengamos algo pendiente.

—No, creo que lo hemos visto todo. Gracias por haber venido hasta aquí. Los dos hombres se dieron un apretón de manos y Lev se fue.

Macaire salió a su vez del restaurante, pero en lugar de encaminarse al banco subió hasta el parque Bertrand por la calle de L'Athénée y se sentó en un banco de uno de los paseos, como se lo había indicado Wagner. Este apareció pocos minutos después y se sentó a su lado. Hicieron como si no se conociesen. Wagner se enfrascó en el periódico que llevaba.

—Le he metido el dispositivo en el maletín —susurró Macaire.

—¿No se ha dado cuenta?

—Había ido al lavabo.

Wagner sonrió, satisfecho.

—Dentro de unas horas sabremos exactamente si Levovitch está en Atenas y si Anastasia está con él.

—Gracias por la ayuda, Wagner.

—Es lo menos que podía hacer la P-30 por usted, Macaire.

*

Ese mismo día, mientras se ponía el sol sobre Corfú, Lev y Anastasia se tomaban una copa de vino en la terraza y contemplaban el crepúsculo. Una criada encendía a su alrededor muchas velas; la cena estaba casi a punto.

Los dos amantes estaban demasiado absortos el uno en el otro para fijarse en el hombre que, a unas decenas de metros, los observaba desde los peñascos que se alzaban por encima de la casa y los estaba fotografiando con un teleobjetivo.

En ese mismo momento, en Cologny. En casa de los Ebezner, Arma estaba acabando de preparar la cena.

—¿Tiene hambre, señorito? —le preguntó a su señor, que estaba descorchando una botella de vino.

Él llenó dos copas y le ofreció una a Arma.

—Tengo hambre —contestó—, pero no me apetece cenar solo. ¿Querría acompañarme?

Arma, sorprendida con el ofrecimiento, no supo qué decir. Luego reaccionó, se deshizo en agradecimientos y fue al aparador para añadir un cubierto a la mesa.

—Venga, Arma —le dijo entonces Macaire—, ya ha trabajado bastante por hoy. La llevo a cenar fuera. ¿Le parece bien Le Lion d'Or?

—Es demasiado fino para mí —dijo enseguida Arma, preocupada—. Voy con delantal.

—Qué va, está usted muy bien, ya lo verá.

—No puedo ir a cenar así —insistió ella—. Otro día lo acompañaré.

—¿Por qué no elige algo del armario de Anastasia? Aún están allí todas sus cosas. Tiene más o menos la misma talla, ¿no? Coja todo lo que quiera. Y tómese lo con calma, no tengo prisa.

Arma obedeció y subió al primer piso. Se metió en el amplio cuarto de baño conyugal donde todo seguía en su sitio. Se maquilló y se peinó. Escogió luego un vestido en el armario, algo sencillo y elegante. Encontró un par de zapatos a juego, de tacón, pero no demasiado. Cuando reunió valor para mirarse en el espejo, al principio le dio miedo estar ridícula. Pero no lo estaba. De hecho, estaba *muy bonita*.

—¡Guau, Arma! —exclamó Macaire, que se había acercado a mirar por la rendija de la puerta.

Ella se puso como un tomate.

—¿Seguro que estoy bien, señorito?

—Está... espectacular.

A Arma se le salía el corazón del pecho. Emocionada con el momento, fue siguiendo solemnemente a su señor, que la llevó en el coche deportivo hasta el restaurante, en el centro de Cologny, y le abrió la puerta con galantería.

Los sentaron a una mesa de la terraza, con una de las vistas más hermosas de Ginebra.

—¿Así que es aquí donde venía tantas veces con la señorita? —dijo Arma, contemplando el panorama.

—Sí —asintió Macaire.

Arma se arrepintió enseguida de haber mencionado a la señorita. ¡Había que cambiar de tema enseguida!

—Nunca había visto un sitio tan hermoso —añadió.

Le sonrió a Macaire y él le devolvió la sonrisa.

*

Diez años antes

Arma entró por el portón abierto y vio la mansión que se alzaba al final del sendero. Nunca había ido a Cognac hasta aquel día, y menos aún al camino de Ruth. Al pasar, se había quedado impresionada con el tamaño y el estilo de las casas que había podido ver.

Llamó a la puerta; una mujer joven y muy guapa la recibió sonriente. Era Anastasia.

—Buenos días, señorita —se presentó tímidamente Arma—. Vengo por lo del anuncio.

—Pase, pase. La estábamos esperando.

Llevó a Arma al salón. A esta le dio apuro sentarse en un sofá tan precioso. Entró un hombre. A Arma le pareció espléndido.

—Este es mi marido, Macaire —dijo Anastasia.

—Buenos días, señorito —saludó Arma, impresionada—. Me llamo Arma.

—Le agradecemos que haya venido, Arma —dijo Macaire, sonriendo—. La agencia de colocación nos ha dicho que es usted una joya. Acabamos de mudarnos a esta casa y necesitamos a alguien a tiempo completo para que se ocupe de ella. Es usted joven, pero tiene muy buenas referencias. ¿Estaría dispuesta a hacer una prueba?

—Sería un honor, señorito —contestó Arma.

*

Diez años después, Arma no se podía creer que estuviera sentada frente a frente con el señorito en aquel restaurante del que tanto había oído hablar. Se quedó maravillada con los platos que le sirvieron esa noche, con el vino, con el carrito de los postres. Quería que ese rato no terminara nunca, pero cuando llegó la hora de irse Macaire le dijo:

—Gracias, Arma.

—¿Por lo de esta noche? —dijo ella, asombrada.

—Por todo.

La acompañó a su casa, en el barrio de Les Eaux-Vives y la escoltó hasta el portal del edificio, en la esquina de la calle de Montchoisy con Les Vollandes. Arma entró en su piso estremecida. Él se volvió a la suya sonriendo.

Ya de vuelta en Cologny, Macaire pasó un rato en el gabinete. Se fumó un puro, pensativo. De pronto, sonó el teléfono. Aunque era ya tarde. Lo cogió y, del otro extremo del hilo, le llegó una melodía que reconocería entre mil: *El lago de los cisnes*. Era Wagner.

Sin perder un segundo, Macaire se metió en el coche y fue hasta la cabina telefónica del centro de Cologny. Marcó el número escondido en la caja de música. Tras un único timbrado, Wagner descolgó.

—Estoy en Corfú —le dijo a Macaire—. Los he encontrado.

—¿En Corfú? ¿Anastasia y Lev están juntos en Corfú?

—Sí. Les he hecho fotos. Ya se las mandaré.

Macaire colgó, con el corazón palpitante. Así que la carta anónima decía la verdad: Anastasia lo había dejado por Lev. Notó que la rabia se adueñaba de él.

Había llegado la hora de la venganza.

Y sabía exactamente lo que iba a hacer.

57. En Ginebra (3/5)

Cuando Sagamore volvió a su despacho, a Scarlett y a mí ya nos había dado tiempo a fotografiarlo todo. Estábamos sentados, muy formales, como dos niños que acaban de hacer una travesura.

—Disculpen la interrupción —dijo Sagamore—. Una cosita urgente que había que solventar.

—Lo comprendemos perfectamente —dijo Scarlett, tranquilizadora.

—¿Por dónde íbamos?

—Nos estaba contando que la investigación se había quedado estancada, que tenía sus dudas, que sus superiores lo presionaban...

Se fijó en que teníamos delante una foto grande de un panel blanco en el que había reconstruido toda la investigación.

—Conservé ese panel así durante casi dos años —nos dijo Sagamore—. Antes de desmontarlo, hice esa foto para acordarme de todo lo que había colocado en él.

Scarlett y yo habíamos fotografiado cuidadosamente todos los componentes de ese panel, lo que iba a revelarse como algo muy útil, al hilo de los acontecimientos.

—¿Qué es esta sortija? —preguntó entonces Scarlett, indicando en la imagen del panel la foto de una joya que parecía un zafiro.

—Por entonces fue una de las claves para que avanzara la investigación. Como les estaba diciendo, durante cuatro meses fue un callejón sin salida total. Pero resulta que a mediados de abril nos topamos con esa sortija. Fue Cristina quien la encontró.

58. Adiós Levovitch

Al llegar al banco esa mañana, hacía mucho que Macaire no sentía tanta serenidad. Desde la muerte de Jean-Bénédict, pese a haber llegado a la presidencia, tenía la impresión de que todo se le iba de las manos. Los sucesivos acontecimientos lo habían traqueteado como a un fardo: la desaparición de Anastasia y la carta anónima que le revelaba que lo engañaba con Levovitch; después que Tarnogol era una maquinación de Jean-Bénédict. Estaba tan conmovido que había perdido el sueño y el apetito. Se había hecho mil preguntas; se había vuelto a proyectar la película de los últimos quince años, esforzándose por recuperar los recuerdos más remotos y entender cómo había sido posible aquella farsa.

Había imaginado las teorías más inverosímiles. Había llegado incluso a preguntarse si Anastasia y Jean-Bénédict no habrían sido amantes en algún momento y si, quince años atrás, no habían organizado los dos una maquinación espantosa: con la cara de Tarnogol, Jean Bénédict le cambió las acciones por el amor de Anastasia y él picó como un idiota. Anastasia, que estaba en el ajo, fingió que se enamoraba locamente de él y Jean-Bénédict se quedó con las acciones. ¿Por amor? ¿Por dinero? ¡Los dividendos que cobraba todos los años Tarnogol eran enormes! ¡El banco tenía beneficios anuales de cientos de millones de francos y buena parte de ellos se los repartían los cuatro miembros del Consejo! ¿Jean-Bénédict le habría prometido una parte del botín a Anastasia?

Durante todas esas semanas, Macaire se había estado torturando. Se había sentido como un pelele. Pero desde la noche anterior, desde que había llamado a Wagner, le daba la impresión de que por fin cambiaban las tornas: se disponía a recuperar el control de la situación. Había localizado a Anastasia y, sobre todo, tenía la confirmación de que se había escapado con Levovitch. La carta anónima decía la verdad. Se preguntaba quién podría

estar al tanto. Y quién le había mandado esa carta. En el fondo, le daba lo mismo. Lo que contaba ahora era la venganza. Macaire por fin podría enfocar su rabia.

Levovitch lo había infravalorado. Lo había tomado por idiota. Llevaba meses riéndose de él: no se había ido de Ginebra porque necesitase mirar las cosas con perspectiva, no se había ido a vivir a Atenas. ¡Se había mudado a Corfú con su mujer! Levovitch lo tenía todo previsto desde el principio: había rechazado la presidencia para facilitar la fuga con Anastasia. ¿Estaba compinchado con Jean-Bénédict? ¿Se trataba de un trío maléfico? ¿Habían eliminado a Jean-Bénédict?

Macaire se esforzaba por no darle demasiadas vueltas. Por concentrarse en lo que tenía a su alcance: destruir a Levovitch, mancillar su nombre y su reputación.

Esa mañana, Macaire, con la mente fría, puso en marcha su plan, llamado Operación Adiós Levovitch. Era una idea bastante sencilla: por lo que le había contado Charlotte, la policía estaba convencida de que Jean-Bénédict, alias Tarnogol, había contado con un cómplice dentro del banco. No habría podido llevar a cabo esa farsa él solo, aunque no fuera más que para poder desdoblarse durante las reuniones del Consejo. Macaire iba, pues, a convertir a Levovitch en el cómplice de Jean-Bénédict. Gracias a su estrategia, lo acusarían de inmediato. La policía iría volando a trincarlo en su mansión de ensueño de Corfú. Lo extraditarían con las esposas puestas. ¡Qué caída! A partir de ahora, en primera plana no aparecería Levovitch paseando con el presidente de la República francesa, sino bajando de un furgón policial en el Palacio de Justicia de Ginebra. ¡Igual hasta le cargaban el asesinato de Jean-Bénédict, vaya usted a saber! Levovitch con una cadena perpetua, y Anastasia, ahora sola, arrastrándose de vuelta para pedirle perdón.

En el banco, esperó pacientemente a que Cristina saliera de su despacho para el descanso que solía tomarse todas las mañanas. En cuanto tuvo vía libre, Macaire bajó una planta sin que lo vieran. Se coló en el despacho de Levovitch, que, aunque estuviera en Grecia, de momento seguía igual que antes. Abrió uno de los cajones del escritorio y metió las dos pruebas determinantes que inculparían a Levovitch: el pañuelo bordado con el nombre de Sinior Tarnogol, que Macaire le robó aquella famosa noche que

fue a Basilea. Dentro del pañuelo, Macaire escondió el anillo de compromiso que le había devuelto Anastasia antes de escaparse. Ese anillo era lo que había sellado, quince años antes, el trato con Tarnogol. Era Tarnogol quien se lo había dado a Macaire la noche de su encuentro en el Palace de Verbier, asegurándole que la mujer a quien se lo regalase correspondería a su amor. Y él, tan enamorado, tan desesperado, se lo había creído. Ocultó el pañuelo entre un montón de carpetas y se fue enseguida.

Cuando Cristina volvió del descanso, Macaire estaba hablando por teléfono. La puerta del despacho estaba abierta de par en par y ella oyó la conversación.

—Estoy convencido, Lev —decía Macaire mientras en el auricular sonaba la señal de marcar—, te di la carpeta de Stevens. ¿Estás seguro de que no te la has llevado a Atenas? Vale... Pues es un problema... Sí, tenme al tanto...

Macaire colgó y soltó un sonoro suspiro, como si estuviera contrariadísimo.

—¿Pasa algo? —no pudo por menos de preguntar Cristina.

—Levovitch ha perdido la carpeta de un cliente. Eso es lo que pasa cuando se anda todo el día de acá para allá. Le entregué unos documentos muy importantes y no hay forma de dar con ellos. Dice que no los tiene en el despacho de Atenas.

—¿Y en el despacho de aquí? —sugirió Cristina—. ¿Quiere que baje ahora mismo para echar una ojeada?

—¡Anda, no se me había ocurrido! —reconoció Macaire—. Voy con usted, será más sencillo.

Al poco, Macaire y Cristina habían vuelto a la quinta planta, a los despachos de antes. Entraron en el de Levovitch. Macaire se puso a buscar enseguida en el armario. Cristina se dedicó a los cajones del escritorio. De pronto, se quedó cortada.

—¿Va todo bien, Cristina? —le preguntó Macaire, que la estaba observando.

—No lo sé.

Macaire se relamía. Se acercó.

—¿Ha encontrado la carpeta de Stevens?

—No —dijo ella—. He encontrado este pañuelo con una sortija dentro.

—«¿Sinior Tarnogol?» —leyó Macaire en el bordado—. ¿Qué quiere decir esto?... ¿Y este anillo? ¿Por qué Levovitch tiene un pañuelo y un anillo de Tarnogol en su escritorio?

—Parece más bien una sortija de mujer —comentó Cristina, fijándose en el diámetro—. Y es una piedra más bien femenina. Parece un zafiro. No recuerdo haber visto que Tarnogol llevase un zafiro.

Al darse cuenta de que su apaño no funcionaba, Macaire quiso reforzar la mentira.

—Sin embargo, ahora que veo el anillo, estoy seguro de haber visto que lo llevaba Tarnogol colgado del cuello, con una cadena de oro. Lo recuerdo bien, estaba en su casa y me llamó la atención esa joya. Por eso me acuerdo. Cristina miró a su jefe.

—¿Estuvo usted en casa de Tarnogol?

Macaire se mordió los labios; acababa de hablar de más.

*

A última hora, ese mismo día, en la sede de la policía judicial, en el bulevar de Carl-Vogt.

—Gracias, señor Ebezner, por sacar tiempo para venir —dijo el teniente Sagamore, mientras guiaba a Macaire hacia una sala de interrogatorios—. Disculpe que lo reciba en un sitio tan poco acogedor, pero no tenemos ninguna sala de reunión disponible.

—No se preocupe, teniente. Siempre es interesante pasar entre bastidores. Es como estar en una serie policiaca.

Sagamore sonrió.

—¿Así que ha encontrado un anillo de Sinior Tarnogol en el despacho de Lev Levovitch, en el banco? Es así, ¿no?

—Bueno —especificó Macaire—, fue mi secretaria quien lo encontró. Estábamos buscando una carpeta en el escritorio y allí estaba. De hecho, ha sido ella quien me ha sugerido que me dirigiera a usted.

—Sí, he hablado con ella hace un rato. Me ha dicho que reconoció usted la joya. ¿Es cierto?

Macaire pensó que había que afinar bien para salir del berenjenal.

—Debo decir que Charlotte Hansen, la viuda de Jean-Bénédict Hansen, me informó hace unas semanas de que su marido, por lo visto, había sido la

encarnación de Sinior Tarnogol, que solo era una tremenda superchería.

—Sí, eso es lo que creemos —confirmó Sagamore.

—No le ocultaré que esa noticia me trastornó. Sobre todo porque estaba muy unido a mi primo. Desde entonces no he dejado de darle vueltas a todas las veces que he estado con Tarnogol para intentar encajar las piezas de este puzle. Por eso, cuando vi la joya, en el acto tuve una iluminación...

—Reconoció la joya porque se la había visto a Tarnogol, ¿no?

—Sí, eso mismo.

—¿Y dónde lo vio con esa joya? —preguntó Sagamore—. ¿En el banco?

Macaire titubeó. No le apetecía en absoluto tener que explicarle a la policía para qué había ido a casa de Tarnogol. Pero tampoco podía cambiar la versión que le había dado a Cristina: en el caso de que Sagamore le hubiese preguntado sobre la cuestión, las dos versiones tenían que coincidir.

—Vi a Tarnogol llevando esa joya como un colgante un día en que tuve que ir a su casa. Me extrañó esa joya de mujer que conservaba como un talismán y por eso lo recuerdo. Sobre la marcha, pensé que se trataba del recuerdo de algún amor perdido o algo por el estilo.

—¿Para qué fue a casa de Tarnogol? —preguntó Sagamore.

Macaire adoptó una expresión despreocupada.

—Me había invitado. No recuerdo que se tratase de una ocasión particular. Faltaba poco para la elección del nuevo presidente del banco; supuse que quería hablar con los candidatos potenciales.

—Señor Ebezner —dijo entonces Sagamore—, disculpe que lo moleste con esto, pero ¿podría describirme detalladamente por dentro el palacete de Sinior Tarnogol?

A Macaire lo extrañó la pregunta. Se planteó si sería un test para comprobar la autenticidad de lo que decía. No cabía duda de que Sagamore habría registrado el palacete de Tarnogol y estaba al tanto de la disposición del lugar. Decidió, pues, hacer un relato fiel y detallado.

—Fue una noche; cenamos. A una hora más bien tardía. Un bufé frío. Muy elegante. Salmón, caviar, en fin, manjares muy refinados. Todo tenía mucha clase.

—El lugar —lo interrumpió Sagamore—. ¿Puede describirme el lugar? ¿Los muebles, las diversas habitaciones?

—Me acuerdo de que al entrar se encontraba uno directamente con un ascensor y una escalera inmensa de mármol blanco. Solo vi el salón donde

Tarnogol me recibió. Estaba en el primer piso. Había al menos tres salones seguidos. Separados con paneles móviles. En el que estábamos había unas tapicerías soberbias. Recuerdo unos sofás muy cómodos, de terciopelo azul. Había una mesa redonda cerca de la ventana en la que estaba servido el bufé. Una mesa de estilo Luis XVI. ¡En fin, Luis no-sé-cuántos, pero en plan antigüedad, vaya!

—¿Le llamó la atención algo en particular? Por ejemplo, algún objeto, un cuadro, una obra de arte...

Macaire se tomó unos segundos para pensar la respuesta.

—Había un cuadro grandísimo en una de las paredes, alargado, que representaba una vista de San Petersburgo. Lo recuerdo bien porque Tarnogol estuvo un buen rato hablando de él y contándome sus orígenes familiares.

Cuando Macaire acabó de declarar y salió de la sala de interrogatorios, Sagamore fue a un cuarto contiguo desde donde Cristina había podido asistir a todo el encuentro por una transmisión de vídeo.

—¿Y bien? —le preguntó Sagamore—. ¿Qué te parece?

—Pues no lo sé. Aparentemente está diciendo la verdad. O, si no, es un actor extraordinario. Pero no puedo evitar preguntarme: ¿y si fuera él el cómplice de Jean-Bénédict Hansen? ¿Y si fuera él quien encarnó a Tarnogol cuando tenía que aparecer a la vez que Jean-Bénédict Hansen? Ahora que sabe que hemos desenmascarado a su primo, cuela cosas en el despacho de Levovitch para desviar las sospechas. No deja de ser una feliz casualidad que me pidiera que registrase los cajones del escritorio y me encontrase con el anillo y el pañuelo. Me cuesta creer en una coincidencia.

Sagamore asintió.

—¿Te parece que la descripción del palacete es exacta?

—Cuesta decirlo —admitió Cristina.

Cuando la policía fue a registrar el palacete, después del asesinato, se encontró con un lugar vacío. Los muebles habían desaparecido, como para que no quedase rastro alguno. Todo lo que encontraron fue una caja olvidada en el fondo de un armario, donde había cosas que pertenecían a Jean-Bénédict Hansen. Un vecino les dijo que unos camiones de mudanzas se lo habían llevado todo el jueves anterior al asesinato. Pero había sido imposible dar con la empresa de mudanzas.

Sagamore torció el gesto.

—Por desgracia, carecemos de indicios concretos para sustentar las distintas hipótesis —dijo.

—¡Si por lo menos pudiéramos conseguir que este anillo hablara! —suspiró Cristina, sacudiendo la bolsa de plástico que contenía la joya aparecida en el cajón de Levovitch.

A Sagamore le pareció una idea excelente.

—¡Sé de alguien que nos puede ayudar! —exclamó de pronto—. ¡Ven, vamos allá!

Diez minutos después, el coche de policía camuflado de Sagamore estaba aparcando delante de una joyería pequeñita de segunda mano del barrio de Pâquis. A pesar de la hora tardía, la tienda aún estaba abierta. El dueño, un tal Frank, era un individuo malencarado que había estado implicado en el pasado en casos de joyas robadas. Con el tiempo había entrado en vereda y hacía las veces de informador ocasional de la policía, cuando algún antiguo conocido intentaba colarle brillantes robados.

Sagamore y Cristina entraron en la tienda desierta y Frank los saludó con aire jovial.

—Teniente, ¡qué alegría verlo! ¿Viene a comprarse un reloj?

—Vengo a buscar información —contestó Sagamore, dejando el anillo encima del mostrador.

—¿Qué quiere saber?

—¿Puedes localizar el origen de este anillo?

Frank puso expresión dubitativa.

—A primera vista me parece difícil, teniente. Pero voy a ver.

Frank cogió la joya y la estudió con una lupa.

—No vale mucho, el zafiro no es auténtico.

—¿Qué más? —preguntó Sagamore.

Llevó la joya a su mesa de trabajo, cambió de lupa, puso el anillo bajo diferentes luces y luego dijo:

—Me da la impresión de que hay algo grabado en el engarce, pero la piedra lo tapa.

—¿Consigues leer algo?

—No, tendría que desmontarlo.

—¡Adelante! —ordenó Sagamore.

Frank obedeció. Quitó la piedra del aro y pudo leer lo que había grabado debajo.

Kaham Joyero, Ginebra – 4560953

*

Kaham era un joyero anciano que llevaba décadas en la calle de Étienne-Dumont, en el centro del casco antiguo de Ginebra.

La tienda no tenía un horario fijo, y a Sagamore le tocó aguardar mucho rato antes de que el comerciante se decidiera por fin a abrir. Era un local polvoriento y oscuro: al entrar, Sagamore pensó que el anciano Kaham debía de llevar una buena temporada sin vender algo.

—Soy el teniente Philippe Sagamore —se presentó el policía, al tiempo que le enseñaba la identificación.

—¿La policía? —dijo extrañado el anciano, guiñando los ojos.

—Sí. La brigada criminal. Estoy investigando un asesinato.

El anciano se encogió de hombros sin que fuera posible saber si no le interesaba o si no se había enterado. Sagamore le enseñó la sortija, cuya piedra no estaba ya montada en el aro.

—¿Quiere arreglarla? —preguntó Kaham.

—No —contestó Sagamore—. Esta sortija es de su joyería. Necesito saber quién la compró.

Para su sorpresa, la respuesta a esa pregunta fue muy fácil de encontrar. Kaham, que opinaba que todas sus creaciones eran únicas, las tenía todas cuidadosamente numeradas. La referencia asociada al nombre del comprador estaba inscrita en unos enormes libros de contabilidad que había ido apilando con el correr de los años. Tras remontarse en el tiempo repasando sus interminables inventarios, Kaham puso de pronto el dedo en una línea y lanzó un grito de victoria. Lo había encontrado.

Sagamore se acercó presurosamente para leer lo que ponía:

4560953 – anillo de oro con circonita azul. Comprador: Sol Levovitch.

En ese mismo momento, en Corfú. A última hora de la mañana, Anastasia estaba tomando un desayuno tardío en la terraza de la casa. Frente a ella, Levovitch leía el periódico. Parecía feliz y despreocupado. Ella no se atrevió a hablarle de lo que la inquietaba cada vez más. No dejaba de darle vueltas a lo que había pasado pocas horas antes del asesinato, cuando había descubierto que Tarnogol era una farsa.

59. Sinior Tarnogol

Cinco meses antes, sábado 15 de diciembre

Poco antes de la medianoche, cuatro horas antes del asesinato

Anastasia acababa de presenciar el chantaje que le había hecho Jean-Bénédict a Macaire: este tenía que cederle la presidencia y, a cambio, Jean-Bénédict no diría que su primo había envenenado el vodka de los cócteles.

Volvió luego a la habitación de Lev y, tras contárselo todo, le dijo:

—Solo hay una persona que pueda impedirlo.

—¿Quién?

—Tarnogol. Voy a ir a hablar con él.

—¿Ahora?

—Ha dimitido —explicó ella—; sabe que está amenazado, también estará haciendo las maletas. Tengo que hablar con él antes de que se vaya del hotel. Macaire me ha dicho que está en la habitación de al lado.

—Tarnogol es peligroso —le avisó Lev.

—Ya lo sé.

La brusca respuesta de Anastasia sorprendió a Lev.

—Déjame que te acompañe —dijo.

—No, Lev. ¡No te metas en esto, por favor! Es algo entre Tarnogol y yo. Me..., me robó parte de mi vida. ¡Por su culpa me casé con Macaire! Por su culpa tú y yo...

Dejó la frase a medias. No le apetecía hablar de aquello. Salió al pasillo y llamó a la puerta de al lado.

Lev se quedó en la *suite* y notó que el pánico se adueñaba de él. Por primera vez en quince años que llevaba orquestando aquella farsa, su guion, tan bien calibrado, se le estaba yendo de las manos. No tenía más alternativa que ir a abrir esa puerta. Se abalanzó hacia la terraza y pasó de

una zancada por encima de la barandilla para llegar a la terraza de la habitación de al lado, la de Tarnogol, cuya puerta acristalada siempre estaba entreabierta.

Anastasia, en el pasillo de la sexta planta, llamaba a la puerta. No hubo respuesta. Entonces se agachó; al cabo de unos momentos vio una raya de claridad, como si alguien acabase de despertarse y de encender la luz.

Lev se había quitado la ropa a toda prisa para ponerse una bata cuando oyó la voz de Anastasia a través de la puerta:

—¡Tarnogol, sé que está ahí, abra!

Lev agarró la cara de silicona y se la puso deprisa y corriendo. Se ciñó la bata cruzando los brazos para ocultar la diferencia entre la silicona y la piel del cuello. Distaba mucho de quedar perfecto, estaba descuidando las normas elementales que le había inculcado su padre. Pero estaba entre la espada y la pared. Fue hacia la puerta. En lo más hondo sabía que ese iba a ser el momento de la verdad.

La puerta se abrió y Anastasia se encontró delante de Tarnogol en bata; estaba claro que lo había sacado de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pasa que usted y yo tenemos que hablar —dijo Anastasia.

Tarnogol se hizo a un lado para dejarla entrar. Ella se quedó mirándolo como una leona enfurecida y, de pronto, tuvo una breve visión. Reconocía esos ojos. Se acordó de lo que le había dicho esa misma mañana, en Ginebra, al teniente Sagamore: «Los ojos no engañan». De repente lo entendió todo y se lanzó sobre él.

En la *suite* 622, la contigua a la de Tarnogol, Jean-Bénédict Hansen no cabía en sí de gozo: el banco era suyo. Estaba guardando en la caja fuerte las acciones que le había quitado a Macaire cuando oyó ruido al otro lado del tabique. Parecía que había alboroto en la *suite* de Tarnogol. Oyó gritos de mujer y un golpe contra la pared. Se abalanzó hacia el teléfono para avisar al servicio de seguridad del hotel y luego salió al pasillo para ver qué estaba pasando. La puerta de la *suite* de Tarnogol estaba abierta: dentro

había un altercado. Se acercó despacio y se encontró, en el interior de la habitación, con una escena que no se esperaba. Anastasia estaba zarandeando a Lev por el cuello de la bata. En el suelo, tirada en la moqueta, una careta de silicona que se parecía a la cara de Tarnogol.

—¿Qué es lo que...? —susurró Jean-Bénédict.

Anastasia, al percatarse de la presencia del primo Hansen, soltó a Lev. Este miró, impotente, cómo Jean-Bénédict recogía la cara de silicona.

—¿Eras tú? —dijo estupefacto—. ¿Durante todos estos años eras tú? ¿Tarnogol era una farsa?

Jean-Bénédict colocó la careta a la altura del rostro de Lev, que se quedó petrificado. Habían descubierto su secreto.

—Es increíble —dijo Jean-Bénédict, no sin un toque de admiración—. ¡Es de lo más increíble!

Se les acercó más con un resplandor amenazante en los ojos. En ese momento, un forzudo del servicio de seguridad llegó a la puerta de la habitación.

—¿Todo va bien? —preguntó—. Un cliente se ha quejado de que había oído gritos.

—Ah, todo va muy bien —le aseguró Jean-Bénédict, con una amplia sonrisa—. Estábamos ensayando un número cómico. ¿Nos hemos pasado con el ruido? Si es así, mil disculpas.

Jean-Bénédict se acercó al agente de seguridad para tranquilizarlo con otra sonrisa y una palmada en el hombro y le dio con la puerta en las narices. Acto seguido, se volvió hacia Lev y Anastasia y los miró fijamente con expresión diabólica, mientras que ellos parecían aterrados.

—¡Qué cariz tan extraordinario está tomando esta velada! —dijo entusiasmado Jean-Bénédict.

Dicho lo cual, se puso la careta de silicona y contempló su aspecto en un espejo de la pared.

—¡Prodigioso! —exclamó—. ¡Sencillamente prodigioso! Nos has estado engañando quince años, Lev. ¡Quiero saberlo todo! Quiero saber cómo lo has hecho.

Jean-Bénédict se quitó la careta y fue hacia el salón de la *suite*.

—Venga, sentaos —les ordenó a Lev y a Anastasia.

No les quedó más remedio que obedecer. Se sentaron juntos en el sofá. Anastasia estaba asustada y tuvo el reflejo de cogerle brevemente la mano a

Lev. El gesto no le pasó inadvertido a Jean-Bénédict.

—¡Hombre, si tenemos aquí a dos tortolitos! —exclamó—. ¡Esto se pone cada vez mejor! ¡Ca-da-vez-me-jor!

Abrió el minibar y sacó una botella de champán.

—¿Puedo servirme? —le preguntó a Lev—. ¿O tengo que pedirle permiso a Tarnogol?

Sacudió la membrana de silicona y se echó a reír antes de abrir la botella y beber a morro. Se limpió los labios con un lengüetazo repulsivo y luego exclamó:

—¡Champán! ¡Champán para Sinior Tarnogol, la mayor farsa de la historia! ¡Y ahora, Lev, cuenta! ¡Quiero saberlo todo!

*

*Quince años antes,
el viernes del Gran Fin de Semana por la mañana*

Esa mañana, Lev había salido de Ginebra al amanecer para ir a Verbier. La noche antes, Anastasia lo había rechazado al no acudir a la cita del Hôtel des Bergues.

En Martigny, como le quedaba un rato de espera antes de coger el transbordo de La Châble desde donde iría a Verbier en autobús, Lev decidió ir a tomar un café y entrar en calor en el Hôtel de la Gare. Sentado allí dentro, entre el bullicio de los muchos clientes que estaban desayunando, observaba por la ventana la calle desierta. De pronto, para su sorpresa, vio aparecer a su padre, andando en la penumbra, con una maleta en la mano, y entrar precisamente en el hotel, donde se mezcló con los demás clientes. Lev, sin que lo viera, no le quitaba ojo. Sol Levovitch cruzó el vestíbulo y se dirigió a los aseos. Lev decidió seguirlo. Tenía el presentimiento de que fallaba algo. Entro él también en los aseos: no había nadie. Se fijó en que una de las cabinas estaba cerrada. Su padre estaba dentro. Con la maleta. Se oía cierto trajín. ¿Qué podía estar haciendo?

Lev esperó unos minutos.

De pronto, se abrió la puerta de la cabina.

Lev se quedó pasmado. No podía creerlo. El hombre que tenía delante era Sinior Tarnogol.

—Papá —susurró Lev, impactado.

Tarnogol se llevó las manos al cuello y despegó con cuidado la cara de silicona que llevaba puesta. La operación le llevó unos momentos: poco a poco, bajo la careta, apareció el rostro de Sol.

—¿Eres Tarnogol? —balbució Lev—. ¿Todo este tiempo has sido tú?
Sol asintió.

—Tarnogol y unos cuantos más. Por eso me contrató el señor Rose en el Palace. Para ser cliente del hotel con varias identidades y descubrir los fallos del servicio.

Y así fue como Lev, espantado, se enteró de que algunos de los clientes a quienes llevaba años sirviendo no habían existido en realidad. O, más bien, no habían sido más que una única persona: su padre.

Sol Levovitch era un grandísimo actor. Había engañado por completo a todo el mundo. Durante todos esos años había creado personajes más reales que la vida misma. Gracias al señor Rose, al fin había podido dar rienda suelta a su talento. Había encargado que fabricase caras de silicona a medida al mejor artesano del ramo, que estaba en Viena y era el proveedor de los mejores estudios cinematográficos.

Lev cogió la careta y la estudió. Era de un realismo pasmoso: la nariz, la implantación del pelo, la forma en que la silicona se adhería a la piel alrededor de los ojos y de la boca. La ilusión era perfecta.

Tras reponerse de la impresión, Lev volvió a pensar en cómo se había portado Tarnogol con él durante el año recién transcurrido y le pidió explicaciones a su padre:

—Pero si eres Tarnogol, ¿por qué me denunciaste al señor Bisnard la noche del gran baile del banco el año pasado?

—Todos los demás empleados del Palace te habían visto: estaban furiosos contigo. Quise acabar con esa transgresión mientras aún estuviera a tiempo. Antes de que te pusieras en evidencia o que estallase un escándalo. Te habría costado el empleo... Y además..., para serte sincero, vi cómo mirabas a todos esos banqueros, a todos esos poderosos. Me sentí muy poca cosa. Tenía celos de ellos. Cuando te oí mentir sobre tu identidad para hacer creer que pertenecías a ese mundo no lo pude soportar...

—¿Y después? —exigió Lev, que quería entenderlo.

—La primavera pasada, después de que Anastasia se fuera a Bruselas, eras muy desgraciado. No conseguía hablar contigo. Estaba frustrado. Te

propuse varias veces que saliéramos a cenar y no querías. ¿Te acuerdas?

—Sí —asintió Lev.

—Entonces se me ocurrió que a lo mejor Tarnogol podía tener éxito allí donde yo fracasaba. Escogí a Tarnogol mejor que a otro de mis personajes porque parecía encajar más con el mundo del banco, a mi modo de ver. Tarnogol te propuso invitarte a cenar y aceptaste.

—No podía rechazar su invitación —se defendió Lev.

—Da lo mismo —contestó su padre—. Lo importante es que pasé una velada estupenda en tu compañía. Descubrí que con el disfraz de Tarnogol podía ser ese padre lleno de sentido común que no sé ser contigo cuando soy yo mismo. Prueba de ello es que, cuando el verano pasado me dijiste que te habían hecho una oferta en el banco, me puse como loco. No quería que te fueras lejos de aquí, te monté un numerito ridículo para disuadirte de que te fueras y te quedaste. Luego me arrepentí porque saltaba a la vista que tu lugar ya no estaba en el hotel, sino en Ginebra.

—Entonces volviste al Palace con los rasgos de Tarnogol y te las apañaste para que me pusieran de patitas en la calle.

—Sí, el señor Rose estaba en el ajo. Le había dicho que te sacaría de quicio y exigiría que te despidiesen.

—¿Así que todo aquello no fue más que una gran obra de teatro? —dijo Lev.

—Podría decirse así. Quiso la casualidad que Anastasia apareciese en ese momento y te llevase ella. Me dolió por mí, pero Tarnogol se alegró por ti.

—Pero ¿por qué esa farsa del banco? —preguntó entonces Lev—. ¿Por qué esa historia de abrir una cuenta y luego eso de querer comprar el banco?

—El señor Rose me dijo que el abuelo Ebezner te había quitado atribuciones y que necesitabas un primer cliente importante para convertirte en directivo con todas las de la ley. Se me ocurrió que Tarnogol era el hombre indicado. Todos mis personajes disponen de un auténtico pasaporte falso fabricado en Berlín por un falsificador excepcional. Me hacía falta para registrarme en el hotel. Pensé que bastaría con una cita en el banco para abrir la cuenta, llevaba el pasaporte en el bolsillo, me parecía un juego de niños. Creía que luego podría ir retrasando el ingreso de un dinero que no existía. Alegaría problemas con los bancos. Entretanto, te habrías

convertido oficialmente en directivo, habrías conseguido otros clientes y ya nadie podría meterse contigo.

—Pero la cita en el Banco Ebezner no transcurrió como estaba previsto, ¿verdad?

—Exactamente. Me inventé una suma de dinero fabulosa. Abel Ebezner me pidió que firmase todos esos documentos. No me lo esperaba. Pero, por otra parte, no podía dejar la gestión a medias. Volví a la cita siguiente con todos los documentos intactos dentro del sobre. Sabía que no se iba a abrir ninguna cuenta. Solo quería ganar tiempo por ti, para ayudarte. Así que se me ocurrió poner una exigencia que Abel Ebezner no podía aceptar: que le vendiera a Tarnogol parte del banco.

—Pero ¡me dejaste como un completo imbécil! —dijo Lev enfadado.

—Lo siento. Solo quería ayudarte. Voy a arreglarlo todo, ya verás. Estoy a punto de volver al Palace con la apariencia de Tarnogol: el señor Rose me ha reservado una habitación junto a la de Abel Ebezner y voy a decirle...

—¡No vas a hacer nada de nada! —estalló Lev—. ¡Vas a olvidarte del personaje ese de Tarnogol!

—Voy a convencer a Abel Ebezner de que te haga directivo. ¡No te metas, por favor!

—Pero ¡si de todas formas seré directivo a partir del mes de enero, en cuanto Macaire se convierta oficialmente en vicepresidente! No necesito tu ayuda, ¿te enteras? ¡No necesito tu ayuda!

—Ese es precisamente el problema —susurró Sol.

—¿Cuál?

—Que ya no necesites mi ayuda. Siempre me has necesitado, soy tu padre. Pero ahora vuelas con tus propias alas. Ya no me necesitas, y eso cuesta aceptarlo.

Lev seguía sin salir de su asombro.

—¡No me lo puedo creer, todo esto no era más que una gigantesca farsa!

—¡No era una farsa! —protestó su padre.

—Pues llámalo un espectáculo circense, si lo prefieres —replicó Lev escandalizado con aquel embuste—. Todos esos clientes que se pasaban la vida elogiándome, que me hicieron sentirme orgulloso de mi trabajo, no son más que una tremenda superchería. ¡Lo que os habréis reído a mi costa el señor Rose y tú, cómo os habréis burlado de mí!

—¡No! —protestó Sol—, esos personajes servían para controlar la calidad de los servicios del Palace.

—¡Era una forma de que no me fuera del Palace! —le espetó Lev.

—No —le aseguró su padre.

Lev estaba fuera de sí. Se sentía traicionado y humillado a la vez.

—¡Esa ridícula obsesión tuya por ser actor! —dijo Lev, indignado—. ¡A mamá no la mató un banquero sino un cómico! ¡Mamá se marchó por tu culpa y por culpa de tus espectáculos ridículos! ¡Se murió por tu culpa!

—¡Lev, no, por favor! Perdóname, pensaba que lo estaba haciendo bien.

—¡Lo estropeaste todo! —dijo Lev a voces—. ¡Solo eres un payaso!

—¡No soy un payaso! —exclamó Sol.

—Si no eres un payaso, ¿quién eres, con el disfraz ese?

—Soy tu padre.

—No estoy seguro de que seas el padre que yo habría querido.

Al oír estas palabras, herido incluso en lo físico, el padre abofeteó al hijo. Impactado más por el gesto que por la fuerza del golpe, Lev se llevó la mano a la mejilla.

—Perdóname... —suplicó Sol, que lamentó en el acto su arrebató.

Lev retrocedió hacia la puerta de salida.

—¡Espera! —exclamó su padre—. Hay una buena razón por la que he hecho todo esto. Hay algo de lo que no te he hablado nunca...

Pero Lev no quería oír nada más. Salió huyendo. Quería desaparecer. Sobre todo necesitaba que alguien lo consolase. Necesitaba a Anastasia. Tenía que encontrarla. Se metió en el primer tren para Ginebra. Y mientras viajaba de Martigny a Ginebra, en el tren con el que se cruzó en dirección contraria, procedente de la ciudad del extremo del lago Lemán, iba Anastasia rumbo a Martigny, desde donde contaba con ir a Verbier para coincidir con Lev.

Lev pasó el día errante por Ginebra. En el piso de Olga von Lacht, nadie. En su propia casa, nadie. Esperó mucho rato a Anastasia en el Remor: nadie. Fue a todos los sitios de Ginebra que a ella le gustaban. En vano. Desesperado, volvió a casa de la madre de Anastasia. Seguía sin haber nadie. Esperó mucho rato en las escaleras a que llegase alguien. A eso de las siete de la tarde apareció Olga, que volvía del trabajo. En cuanto la vio, Lev se puso de pie para montarle su número de Románov. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Olga empezó a chillar.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? ¡Mal bicho! ¡Rata de cloaca!

Uniendo el gesto a la palabra comenzó a pegar a Lev con el bolso.

—Señora Von Lacht —exclamó Lev—, ¡pare ya! ¿Qué le ha dado?

—¡Lárgate, so asqueroso! ¡Piojo! ¡Impostor! ¡Lo sé todo!

—Señora Von Lacht —suplicó Lev—, tengo que hablar sin falta con Anastasia. Llevo todo el día buscándola.

Olga dejó en el aire el último bolsazo. ¿Anastasia no estaba con Lev? ¿Dónde se había ido entonces? Decidió aprovechar la oportunidad para alejar a Lev de su hija.

—Anastasia no quiere volver a verte —dijo entonces—. Quiere a otro hombre. ¡A un rico! ¡A un poderoso! ¡No a un mísero mozo de equipajes! Lárgate, ¿me oyes?

Lev se fue sin insistir más.

Esa noche, tras andar errabundo durante horas, Lev, trastornado por los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, volvió por fin al Palace de Verbier.

Era más de medianoche cuando un taxi lo dejó delante del Palace. En el vestíbulo desierto se encontró con su padre, que parecía estar esperándolo. Y así fue como este, para no perder la esperanza de conservar a su hijo, le había dado las cartas que había falsificado para hacerle creer que Anastasia quería a Macaire.

El padre se sintió como un cobarde por comportarse así. Tarnogol seguramente lo habría hecho mejor. Pero ya no era Tarnogol. Ya solo era Sol.

Y Lev, herido en pleno corazón por la que tomó por una carta de ruptura, fue a olvidar sus penas en brazos de Petra.

*

Quince años después, en la habitación 623 del Palace de Verbier, Jean-Bénédict interrumpió el relato de Lev.

—¿Qué es esa historia de las cartas? —preguntó.

Anastasia repitió las explicaciones que le había dado a Lev cuando volvieron a encontrarse por fin, hacía un año, en el funeral de Abel Ebezner.

—Escribí dos cartas —dijo—. Una para Lev, para decirle cuánto lo quería, y la otra para Macaire, para hacerle entender que no sentía nada por

él. Pero el padre de Lev, a quien se las había encomendado, las manipuló.

—Recortó los dos nombres y los intercambió —añadió Lev—. Me encontré con una carta de ruptura y pensé que con quien quería pasar la vida Anastasia era con Macaire. Al día siguiente por la noche, durante el gran baile, vi a Anastasia y a Macaire besarse, lo que para mí era la confirmación de todo.

—¡Fue Macaire quien me besó! —protestó Anastasia, que aún sentía la necesidad de defenderse quince años después—. ¡No lo vi venir!

—¡No recuerdo que te ofendiera! —le reprochó Lev.

—Venga, tortolitos —intervino Jean-Bénédict—, ¡no discutáis! Quiero saber qué pasó después y, sobre todo, por qué tu padre, Lev, cambió los nombres de esas cartas para hacerte dudar del amor de Anastasia.

—Porque estaba gravemente enfermo y no quería morir solo.

*

Quince años antes, en el salón de baile

Tras haber visto cómo se besaban Anastasia y Macaire, Lev quiso vengarse haciendo otro tanto con Petra. Anastasia, trastornada al descubrir su nueva conquista, se marchó precipitadamente.

En medio de aquel alegre gentío, Lev, al que Petra estaba estrechamente abrazada, se sentía desfallecer. Ver de nuevo a Anastasia y, sobre todo, presenciar ese beso entre Macaire y ella, lo había destrozado. Una cosa era saberlo por las cartas que había leído, y otra era verlos juntos.

Lev salió a su vez del salón de baile. No estaba en su lugar entre esos banqueros. Pensó que su padre tenía razón: el banco lo había cambiado. Deseaba volver a ser un empleado del hotel. Volver a vivir aquí. En esta burbuja. No salir del Palace nunca más. Reconoció que, finalmente, la única persona que siempre había querido su bien había sido su padre.

Según salía del salón de baile, se topó con el señor Rose. A todas luces, estaba al tanto de lo que había ocurrido entre Sol y su hijo.

—Lev —dijo el señor Rose—, tengo que hablar contigo. Sobre tu padre.

—Ya lo sé; quiso portarse bien y ayudarme recurriendo al personaje de Tarnogol.

—No es de eso de lo que quiero hablarte: Lev, tu padre tiene cáncer.

Lev se puso pálido: su padre no le había contado un cuento en esta ocasión.

—Así que no se lo había inventado —susurró.

—Se va a morir —desveló el señor Rose.

—¿Por qué nunca me ha dicho nada?

—No quería que te preocupases; pensaba que saldría adelante. Por desgracia, ya no hay nada que hacer. Va a morir y únicamente te tiene a ti. Solo le quedan unos pocos meses de vida.

A Lev le entraron unas ganas repentinas de ver a su padre y de abrazarlo. De no desperdiciar ya ni un segundo del tiempo que les quedaba por estar juntos.

En esa noche del baile del Banco Ebezner, Sol debería haber estado en el Palace. Lev no lo encontró en su despacho ni ninguno de los empleados a quienes preguntó lo había visto. Pensó que debía de estar en su casa. Fue y estuvo mucho rato llamando a la puerta, pero nadie le abrió. Como no estaba cerrada con llave, se tomó la libertad de entrar. Pero en el piso no había nadie. Llamó en voz alta: no hubo respuesta. Quedaba claro que su padre no estaba. Decidió hacer otra comprobación en el dormitorio. Vacío también. Pero en vez de salir de la habitación a Lev le entraron ganas de entrar en la intimidad de su padre. Abrió el armario que ocupaba toda la pared, enfrente de la cama. Cuál no fue su sorpresa cuando, en un estante, se topó con una serie de caras de silicona colocadas en cabezas de maniquí. Los rostros de clientes a quienes había atendido. Debajo, revueltos, objetos que le servían como accesorios para sus personajes: relojes, joyas, gafas, cigarrillos. Y, entre todo ello, el famoso álbum que su padre guardaba como oro en paño y en el que anotaba todas sus ideas. Lev lo abrió y reconoció, según iba pasando las páginas, bajo forma de croquis y notas, a todos los clientes a quienes había atendido en el Palace. Su padre había hecho esbozos de sus rasgos antes de encargar los moldes primero y luego las caretas de silicona. Lev comprendió que esos personajes existían de verdad: Sol Levovitch había apuntado sus historias personales, sus muletillas, sus preferencias y sus exigencias en el hotel para conservar la coherencia durante sus estancias.

Al pasar revista a los rostros de silicona, Lev estuvo mucho rato mirando el de Tarnogol. Estaba fascinado. Lo cogió y se colocó delante del tocador

que había en un lugar destacado de la habitación, el mismo en el que su padre, durante años, se había transformado para integrarse de incógnito en el Palace. Se dio cuenta de que su padre se lo había enseñado todo: se sabía los gestos y las posturas, sabía cómo cambiar la voz y darle más alcance. Pensó que, desde hacía un año, él también se había complacido en la farsa haciéndose pasar por Lev Románov. En el fondo, lo único que había hecho había sido poner en práctica cuanto le había enseñado su padre. Era un actor. Sí que eran un linaje de actores. Eran los Levovitch.

Una de las mitades del armario era para toda la ropa de los personajes. Lev identificó sin dificultad las prendas de Tarnogol y se las puso: iban forradas con tela y con espuma sintética para dar corpulencia y una silueta encorvada. Era deslumbrador.

Se puso luego la cara de silicona en su propia cara. El material se le ciñó al perfil de la mandíbula, se le adaptó a los ojos y a los labios. Se arregló el pelo gris y las pobladas cejas. El resultado era alucinante: era Sinior Tarnogol. Estuvo entrenándose unos instantes para hablar y moverse con aquella nueva envoltura corporal. Se dio cuenta de que podía imitar a la perfección al personaje que Sol había creado con el nombre de Tarnogol: la voz, la forma de moverse, las muletillas... Tal y como le había enseñado su padre. Lev comprendió que su padre lo había preparado para que tomase el relevo. Comprendió también que su padre no era solo un actor con muchas dotes: era un dramaturgo total, la personificación del alma del teatro. Un artista gigantesco.

Lev, sobrecogedor en el papel de Tarnogol, se quedó mucho rato mirándose en el espejo. Se sentía orgulloso. Orgulloso de ser un Levovitch. Quiso que su padre lo viera así. Quiso mostrarle que era como él. Que no era diferente.

Si su padre no estaba en casa, no podía estar más que en el Palace. Lev volvió al hotel. Al irse del piso, tuvo buen cuidado de llevarse su posesión más valiosa, que llevaba continuamente en el bolsillo de los pantalones desde la noche anterior: el anillo de compromiso de su madre, que pensaba regalarle a Anastasia en el Hôtel des Bergues.

De vuelta al Palace, Lev pudo inmediatamente darse cuenta del realismo de su nueva identidad: los empleados no notaron nada de particular y lo saludaron con deferencia. Lev se entretuvo demostrándoles un menosprecio

tarnogolesco. Fue una oportunidad para practicar la voz y el acento, diciéndoles «¡Quítese de mi camino!» a quienes le preguntaban «¿Qué tal está?». Bajo la cara de silicona, Lev estaba maravillado. ¡Qué cara iba a poner su padre al verlo así! Pero no había forma de encontrarlo. Tras estar un rato dando vueltas por el vestíbulo, Lev salió a la escalinata de la fachada para fumar un cigarrillo.

En ese mismo momento, Macaire salía del salón de baile del primer piso, con las acciones del banco en la mano y volvía al vestíbulo del Palace. Sin Anastasia, la velada se había echado a perder. Se sentía triste. Se sentía solo. Estaba dispuesto a pagar todo el oro del mundo por estar con ella. Necesitaba tomar el aire y salió a la escalinata de la fachada.

Lev vio a Macaire salir por la puerta del Palace y le echó una mirada furiosa antes de darse cuenta de que Macaire, por supuesto, no lo reconocía.

—Buenas noches, caballero —saludó cortésmente Macaire al pasar por su lado.

Lev se fijó en que tenía cara triste. Y entonces se dirigió a él imitando la voz y el acento de Tarnogol:

—¿Le pasa algo, joven?

Macaire se volvió, contento de que alguien notase que le pasaba algo.

—Penas de amor —contestó.

—Son cosas que ocurren.

Macaire miró a su interlocutor.

—¿Nos conocemos?

—No, no creo —respondió Tarnogol.

—Sí, ¡fue usted al Banco Ebezner hace unas semanas!

—¿Conoce ese banco? —preguntó Tarnogol.

—¿Que si lo conozco? —dijo Macaire, a quien le hizo gracia la pregunta —. Me llamo Macaire Ebezner —añadió tendiéndole la mano a Tarnogol—. Soy el nuevo vicepresidente del Banco Ebezner.

Se dieron un caluroso apretón de manos.

—Me llamo Sinió Tarnogol. Encantado de conocerlo. No me gusta ver triste a un chico guapo como usted. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarlo?

Macaire suspiró:

—Ay, ojalá pudiera usted conseguir que se enamorara de mí la mujer de la que estoy enamorado —dijo—. Se llama Anastasia. Daría lo que fuera para poder estar con ella.

Al oír estas palabras, Lev comprendió que Macaire no sabía que Anastasia lo había elegido a él. No había recibido la carta de amor que le había escrito. Anastasia quería pasar la vida con él, pero él no lo sabía. Y, como había escapado del salón de baile después del beso, debía de sentirse rechazado.

Lev pensó entonces que tenía la oportunidad de engañar a Macaire sin pensar por un segundo adónde iba a llevar todo esto. Con los rasgos de Tarnogol le reveló en tono confidencial:

—Puedo ayudarlo a conquistar a esa Anastasia.

—¿Cómo? —imploró Macaire; saltaba a la vista que estaba dispuesto a todo.

—Sale muy caro —avisó Tarnogol—. No sé si contará con medios.

Macaire no se dejó impresionar y sacudió el sobre que tenía en la mano.

—¿Ve esto? ¡Son acciones del Banco Ebezner! ¿Sabe cuánto valen aunque no sea más que en dividendos anuales? Así que, créame, tengo para pagar sus servicios. ¿Cuánto quiere?

—¿Está dispuesto a hacer un pacto con el diablo? —preguntó Tarnogol.

La palabra «diablo» asustó a Macaire, pero no dio marcha atrás.

—¡Estoy dispuesto a todo! —aseguró.

Y Tarnogol, reaccionando en el acto, le dijo entonces:

—Sus acciones a cambio de Anastasia.

Hubo un silencio. Macaire pareció titubear antes de rectificar su postura anterior y contestar con tono firme:

—Acepto. Si consigue que Anastasia me quiera, le doy mis acciones. ¡Me da igual el dinero, señor Tarnogol! Lo único a lo que aspiro es al amor de Anastasia.

*

Quince años después, Lev casi sentía alivio al poder revelar el secreto con el que había cargado todos esos años.

—No tenía nada que perder —le explicó a Jean-Bénédict Hansen—. Al principio solo pensaba en gastar una broma de mal gusto, antes de caer en la

cuenta de que quizá estaba dando un golpe maestro. Hacerme con el cargo de vicepresidente del banco, ¿os imagináis con qué palmo de narices dejaba a Macaire, que pensaba que me había quitado a Anastasia? Y además, si la cosa funcionaba, iba a ser, tan joven, infinitamente rico. Esa noche creía que estaba engañando a Macaire. En realidad, me engañé a mí mismo.

*

Quince años antes

Macaire entró en su habitación del Palace; lo seguía Tarnogol.

—Siéntese —le dijo, ofreciéndole un sillón, mientras él se sentaba detrás de la mesita de la habitación.

Abrió un cajón, sacó un papel y una pluma y empezó a redactar un contrato en toda regla. Unas cuantas líneas por las que cedía sus acciones a Sinió Tarnogol.

—¿Este contrato es válido? —inquirió Tarnogol—. No quiero jugarretas.

—No se preocupe —lo tranquilizó Macaire—. Estudié derecho en la universidad, sé lo que hago. Este contrato es completamente válido.

Guardó el documento en la caja fuerte de la habitación, así como las acciones. Luego dijo:

—Si, como me promete, gracias a usted consigo el amor de Anastasia, le daré este contrato firmado y mis acciones.

—¿Cómo puedo tener la certeza de que respetará sus compromisos? —preguntó Tarnogol.

—Soy hombre de palabra —dijo Macaire—. Puede fiarse de mí.

Era una oportunidad inmejorable y Lev decidió aprovecharla. ¡Si salía bien, era el negocio del siglo! Se metió la mano en el bolsillo y, rozando con las yemas de los dedos el anillo de su madre, dijo:

—Reúnase conmigo dentro de quince minutos delante de los ascensores de la tercera planta.

Al cabo de un cuarto de hora, Macaire se impacientaba en el pasillo de la tercera planta, en la que estaba la habitación de Anastasia. De pronto, se abrió una puerta excusada y apareció Tarnogol.

—¡Es usted el diablo! —dijo Macaire, sobrecogido.

—Sígueme —ordenó Tarnogol, llevándose a Macaire a un pasillo de servicio que solo conocían los empleados.

A salvo de las miradas, Tarnogol se sacó del bolsillo la sortija y se la metió en la mano a Macaire. Lev titubeó un momento al separarse del anillo de su madre. Pero pensó que, si su estratagema salía mal, lo recuperaría. Y, si funcionaba, tendría con qué comprarse los brillantes más grandes el resto de su vida.

—Regáله este anillo a Anastasia —le dijo a Macaire—. Pídale que se case con usted. Aceptará.

Macaire se abalanzó hacia la habitación de Anastasia. Al llegar delante de la puerta, se quedó quieto un instante, sin atreverse a llamar.

Tras esa puerta, Anastasia, sola, postrada en la cama, lloraba de desesperación. Engañada por Lev, que había preferido a Petra, rechazada por su madre, que no quería volver a saber nada de ella, sentía que todos la habían abandonado. En cuanto acabase el Gran Fin de Semana ya ni tendría dónde vivir. No sabía qué iba a ser de ella. Había llegado a un punto en que estaba pensando en tirarse por la ventana para acabar con todo.

De repente, sonaron unos golpes en la puerta. Se levantó trabajosamente para ir a abrir. Ante ella, con una rodilla hincada en tierra, Macaire le ofrecía un anillo con un zafiro.

—Anastasia von Lacht, ¿quiere casarse conmigo? —preguntó.

Anastasia apenas dudó. La respuesta no le brotó del corazón, sino del miedo a acabar sola y, sobre todo, de la necesidad de que la trataran bien, la necesidad visceral de que alguien la quisiera. Ya había sufrido bastante, con su madre arrastrándola de acá para allá para encontrar marido, después de los sucesivos fracasos en su relación con Klaus y con Lev; ahora quería que la mimaran y vivir en paz.

—¡Sí! —exclamó, incorporando a Macaire para abrazarse a él—. ¡Sí!

A pocos pasos, oculto tras el saliente de una pared, Tarnogol observaba la escena. Bajo la careta, Lev lloraba.

*

Quince años después de estos hechos, en la habitación 623 del Palace de Verbier, Anastasia lo entendió todo de pronto.

—¿El anillo que me regaló Macaire era el que me tenías reservado? —le dijo a Lev.

—Sí. Era el de mi madre.

Ella se tapó la boca con las manos en un gesto de desesperación.

—Se lo he devuelto a Macaire hace un rato...

—No importa —le aseguró Lev.

Anastasia no pudo contener las lágrimas, mientras Jean-Bénédict Hansen se quedaba pasmado con todo lo que acababa de oír.

—Macaire cumplió su promesa —dijo Lev—. Esa misma noche me entregó el contrato y las acciones. Un mes después, Tarnogol daba los primeros pasos como miembro del Consejo del banco, mientras a mí, a Lev Levovitch, me hacía directivo Abel Ebezner, que nunca sospechó nada. Hay que decir que Tarnogol a menudo estaba, supuestamente, de viaje, y yo tenía muchas citas con clientes, ya fuera en un salón del banco, en Ginebra, o en el extranjero. No era difícil hacer juegos malabares con las dos agendas. Casi no teníamos ocasión de coincidir. El dinero de los dividendos hizo el resto para crear el personaje; me bastó con untar a un funcionario de inmigración poco escrupuloso para conseguir, partiendo de un pasaporte falso de una república soviética que mi padre había mandado hacer, un permiso de residencia auténtico a nombre de Tarnogol, que se afincó definitivamente en Ginebra. Eligió para vivir un palacete en el número 10 de la calle de Saint-Léger, primero alquilado y luego en propiedad. No era más que un decorado de cartón piedra; solo estaban amueblados la entrada, las escaleras y los salones del primer piso, que se veían desde la calle. El resto siempre estuvo vacío y desocupado.

Jean-Bénédict se puso de pie y dio unos cuantos pasos por la *suite*:

—¡Es alucinante, Lev! ¡Eres un genio! ¡Un completo genio! ¿Te das cuenta? ¡Nos has engañado a todos! Hace una semana sin ir más lejos tenías aterrado al pobre Macaire dándole la presidencia del banco a Lev Levovitch. Era brillante: ya elegido presidente, habría bastado con que Tarnogol dimitiera del Consejo y nadie habría sabido nunca nada. Y tú serías presidente del Banco Ebezner, el primer dirigente de ese banco que no fuera un Ebezner.

—De eso nada —lo contradujo Lev—. Yo quería acorralar a Macaire para convencerlo de hacer el cambio a la inversa: la presidencia a cambio de Anastasia. Por fin había recuperado a Anastasia después de quince años,

que fueron una travesía del desierto. Quería que Macaire nos dejase en paz. Si ella lo dejaba, le habría montado escenas, la habría chantajeado amenazándola con suicidarse, lo habría echado todo a perder.

Jean-Bénédict miró a Lev de arriba abajo.

—Macaire estuvo a punto de matarte.

—Ya lo sé.

Jean-Bénédict se echó a reír:

—Qué historia tan demencial. En fin, lo más importante es que ahora tengo las acciones de Tarnogol, que Macaire me ha cedido amablemente. En cuanto a ti, Lev, o quizá debería decir Tarnogol, me has entregado tu carta de dimisión hace un rato. Estoy encantado de saber que piensas quitarte de en medio. También Macaire va a irse del banco, a nombrarme presidente en su lugar y a transmitirme las acciones de Abel. ¡Cuando muera mi padre, tendré la totalidad del capital en acciones del banco! ¡Seré el banquero más poderoso de Suiza! De modo que esto es lo que va a pasar, Lev: mañana interpretarás una vez más el número de Tarnogol. Vamos a convocar una rueda de prensa con Tarnogol, Macaire, mi padre y yo. Vamos a anunciar que Macaire queda elegido presidente, pero acto seguido dimitirá y me transmitirá sus acciones; y tú, inmediatamente después, anunciarás que te marchas también. Si los periodistas hacen preguntas y quieren saber por qué, te inventas una historia. Luego, te dejo que te vayas, Lev, y no quiero volver a verte en la vida. Te dejo en paz, te dejo vivir tu vida en cualquier parte del mundo con Anastasia. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Trato hecho —dijo Lev—. Es todo lo que te pido.

Jean-Bénédict salió de la habitación 623 para volver a la suya.

—¿Y ahora? —le susurró Anastasia a Lev cuando se quedaron solos en la habitación.

—Ahora tenemos que irnos y no volver nunca. No te preocupes, lo tengo todo previsto.

A las tres de esa madrugada, es decir, poco antes de que llegaran los primeros empleados del Palace, dos sombras salieron de la *suite* 624, que ocupaba Lev.

Sin un ruido, se escurrieron escaleras abajo; las gruesas moquetas ahogaban el ruido de sus pasos. Llegaron a la planta baja y fueron por un pasillo de servicio que conducía a una salida de emergencia. Lev empujó la puerta; fuera nevaba mucho y una corriente de aire glacial penetró en el

edificio. Fuera, una carreterita nevada. Allí estaba Alfred, esperándolos en el frío, delante de una berlina grande y negra con el motor en marcha. Lev sujetó la puerta para que pasase Anastasia, pero ella le dijo:

—Espérame aquí, tengo que volver a subir.

—¿Cómo?

—Tengo que hacer algo. ¡Es importante!

—Anastasia, no... Tenemos que irnos antes de que nos sorprenda alguien.

—¡Lev, te lo ruego! ¡Es importante!

Lev suspiró.

—¡Pues date prisa!

Anastasia volvió a entrar. Lev dejó que se cerrase la puerta y se quedó fuera con Alfred. Allí no corrían peligro de que los viera nadie.

Esperaron un rato muy largo. Tenían el pelo cubierto de nieve y tiritaban con el cuello del abrigo subido. Luego volvió a abrirse la puerta y apareció Anastasia. Lev sujetó la hoja para que no se cerrase.

—Pero, bueno, ¿dónde estabas? —dijo irritado.

Ella lo miró un momento antes de contestar:

—Tenía que hacerlo.

—¡Vámonos ya! —se permitió sugerir Alfred abriendo la puerta trasera del coche—. No hay que demorarse.

Anastasia se metió en el vehículo antes de volverse y comprobar que Lev no se había movido. Seguía sujetando la puerta abierta.

—Alfred —dijo—, ya sabe lo que tiene que hacer.

El chófer asintió con la cabeza.

—¿No vienes conmigo? —preguntó Anastasia con tono intranquilo.

—Tengo que quedarme —explicó Lev.

—No, Lev —le suplicó ella—. No te quedes, ¡vas a tener problemas graves!

—¡No voy a dejar que el banco caiga en manos de Jean-Bénédict Hansen! Es lo menos que le debo a Abel Ebezner.

Pese a las protestas de Anastasia, volvió a meterse en el Palace y cerró la puerta al entrar. El coche arrancó con Anastasia dentro y salió del Palace, en el secreto de la noche, luego de Verbier, y bajó al valle hasta el aeropuerto de Sion, donde entró directamente en una pista. Un jet privado estaba esperando, listo para despegar.

Poco después el aparato volaba con Anastasia a bordo, rumbo a Corfú.

60. San Petersburgo

Sagamore se había desplazado de Ginebra a Verbier. La primera parada que hizo fue en el puesto de la policía municipal.

—Está persiguiendo a un fantasma —le dijo el jefe de los municipales, un hombre regordete cuya aureola de pelo gris recordaba que le faltaban pocos meses para la jubilación.

—¿Por qué? —preguntó Sagamore.

—Sol Levovitch murió hace años.

—Estoy al tanto. Quería saber quién era. Me dijo usted por teléfono que lo había tratado.

—Esto es un pueblo, teniente, todo el mundo trata a todo el mundo. Sol Levovitch era un hombre afable y simpático que no le caía mal a nadie. Lleva ya muerto bastante tiempo. ¿Por qué se interesa usted por él?

—Porque me pregunto si hay una relación entre él y el asesinato de Jean-Bénédict Hansen.

El jefe de la policía alzó la cabeza, intrigado.

—¿El asesinato de la habitación 622? —dijo.

—Sí. Durante la investigación hemos encontrado una joya que, por lo visto, perteneció a Sol Levovitch.

—¿Sol Levovitch? Pero si lleva al menos diez años muerto.

—Catorce —especificó Sagamore.

—¿Sabe que tiene un hijo, un capitoste del Banco Ebezner, que estaba en el hotel la noche del asesinato?

—Lo sé —contestó Sagamore—. Esa es precisamente la razón por la que he venido hasta aquí.

Sagamore estaba convencido de que el anillo que había aparecido en el cajón de Levovitch tenía que ver con el caso. Cristina, en cambio, no era de esa opinión. La víspera lo habían estado hablando largo y tendido.

—Ha aparecido en un cajón del escritorio de Lev Levovitch un anillo que fue de su padre: nada que permita incriminarlo —concretó Cristina.

—Un anillo que iba envuelto en un pañuelo de Sinior Tarnogol y que Macaire Ebezner asegura que le vio a Tarnogol como colgante.

—¿Y si Macaire estuviera mintiendo? —sugirió Cristina.

Sagamore opinó que esa era una razón más para profundizar en las averiguaciones. O Macaire había dicho la verdad y Levovitch estaba implicado en aquel caso, o Macaire mentía, con lo cual quedaba incriminado.

Tras comprobar que el jefe de la policía municipal no le resultaba de gran ayuda, Sagamore anunció que iba al Palace para interrogar al director del hotel.

—Voy con usted —dijo el jefe de los municipales, encantado de poder participar a distancia en una investigación sobre un asesinato, lo que le permitía distraerse de los problemas de aparcamiento.

En su despacho, el señor Rose pidió café para los dos policías.

—¿Sol Levovitch? —dijo—. Lo traté bastante. Era un empleado al que todos apreciábamos. Lo conocí en Basilea, trabajaba en el bar del hotel Les Trois Rois. Le propuse contratarlo a él y a su hijo, y se vinieron a vivir aquí. Lev también trabajó en el Palace antes de marcharse al banco. Un chico al que se le daba bien todo.

—¿Qué cargo ocupaba Sol Levovitch en su hotel? —preguntó Sagamore.

—Controlaba la calidad del servicio —explicó el señor Rose—. Era mis ojos, por decirlo de alguna manera. Se le daba de miedo. No se le escapaba nada.

—Según mis investigaciones, había sido actor, ¿es así?

—Sí. Estuvo mucho tiempo intentando destacar, pero no tuvo éxito. Así que renunció a su carrera artística por una profesión más estable, digamos.

—He localizado a un antiguo compañero de Sol Levovitch de la época en que trabajaba en el hotel Les Trois Rois. Por lo visto, Sol Levovitch le dijo en confianza que lo habían contratado en el Palace de Verbier para que trabajase de cliente fantasma, recurriendo a sus artes de actor y a varios disfraces para sorprender mejor las negligencias y los fallos del personal del hotel.

El señor Rose reprimió una carcajada:

—¡Me parece algo de lo más fantasioso, teniente! Yo tengo un hotel, no un circo.

Sagamore no insistió y siguió con su lista de preguntas:

—¿Qué clase de hombre era Sol Levovitch?

El señor Rose frunció las cejas, como si no entendiese adónde iban a parar esas preguntas.

—Era un hombre simpático, trabajador y honrado. Le confieso que no veo muy bien adónde quiere llegar, teniente.

Sagamore le enseñó entonces el anillo al señor Rose.

—¿Reconoce esta joya?

—No. ¿Debería reconocerla?

—Este anillo pertenecía a Sol Levovitch.

—¿Dónde la ha encontrado?

—Eso da lo mismo.

El policía había contestado de forma más seca de lo que habría querido y el señor Rose comprendió que algo no iba bien. Pero no insistió. Preguntó sencillamente:

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, teniente?

—No por ahora —dijo Sagamore, dándole las gracias—. Aquí tiene mi tarjeta: si se acuerda de lo que sea, llámeme.

—¿Sobre qué? —preguntó el señor Rose, un poco confundido.

—Sobre Sol Levovitch.

Sagamore y el jefe de la policía municipal salieron del Palace. Desde la ventana del despacho, el señor Rose los vio subirse a un coche. Así que el famoso anillo había vuelto a aparecer, pensó. Ese anillo que había hecho que Lev y Sol riñesen y les había estropeado el tiempo que les quedaba juntos.

*

Quince años antes

Acababa el mes de enero. El señor Rose y Sol Levovitch se hallaban en la salita privada del restaurante L'Alpina. De repente, se abrió la puerta y entró en la habitación Tarnogol. Cerró al entrar, para tener la certeza de que

nadie los vería y, desabrochándose la camisa para agarrar los bordes de la cara de silicona, se la enrolló por la cabeza y apareció Lev.

El señor Rose y Sol se echaron a reír. Lev se sentó con ellos a la mesa y el señor Rose le sirvió champán.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó este—. Me has dicho que tenías una gran noticia.

—¡Ya está! —anunció Lev—. ¡El miércoles, Sinió Tarnogol participó por primera vez en el Consejo del banco!

Aplaudieron. Sol estaba henchido de orgullo.

—¡El alumno ha superado al maestro! —dijo.

—¿Nadie notó nada? —preguntó el señor Rose.

—Nadie. Tendría que haber visto a Abel Ebezner. Está rabioso. Dice que ha contratado a unos abogados y que va a oponerse a la cesión de las acciones de su hijo.

—¡Ten cuidado de no meterte en problemas! —lo avisó Sol.

—¡No os preocupéis! —los tranquilizó Lev—. Quería ver hasta dónde podía llegar. He conseguido sentarme en el Consejo; la broma ya ha durado bastante. Lo he pensado bien. Quiero devolverle sus acciones a Macaire. O volvérselas a vender por una bonita suma de dinero. Luego Tarnogol desaparecerá para siempre.

Los dos hombres aprobaron con alivio que Lev pusiera fin a aquella superchería antes de que lo desenmascarasen.

—En cualquier caso —dijo Sol, con la mirada llena de admiración—, ¡es increíble que consiguieras convencer a Macaire para que te cediera sus acciones! ¿Te das cuenta? ¡Si eso no demuestra que eres un gran actor...! ¿Cómo demonios te las apañaste? Cuéntamelo.

—Se las cambié por el anillo —dijo Lev.

—¿Qué anillo? —preguntó Sol, que se puso serio de pronto.

—El anillo de mamá.

Sol se puso lívido.

—¿El..., el anillo de tu madre? ¿Le has dado el anillo de tu madre a Macaire Ebezner?

—Siempre me has dicho que no era un zafiro de verdad, que no valía nada.

Sol se indignó.

—¡Tenía un valor sentimental, so banquero! ¿Así que este es el hombre en que te has convertido? ¡Un materialista obsesionado con el dinero!

—¡No, papá, no es eso! ¿Es que no era esto lo que querías?

Se hizo un silencio mortal. Sol estaba trémulo de rabia. En un arrebato de furia, acabó por dar un puñetazo en la mesa, una copa se volcó.

—¿Y qué es lo que yo quería, maldita sea? ¿Que te librases del único recuerdo que nos queda de tu madre?

—¡No, que fuera un actor! Me he hecho cargo de tu papel, lo he seguido desarrollando. ¿Acaso no estoy en la mayor representación que se pueda hacer? ¡Una representación a tamaño natural!

—¡Lo has hecho por dinero! —lo acusó Sol—. ¡Querías hacerte con el control del banco!

—¡Te digo que no! Lo he hecho para demostrarte que éramos del mismo linaje, que yo también era actor.

—¡Silencio! —gritó Sol—. No quiero seguir oyéndote. ¡El hijo que yo crie nunca hubiera hecho algo así! Vete, Lev. ¡Vuélvete a tu banco! ¡Vete y sigue contando tu dinero! ¡Vuélvete a vivir tu vida de banquero que no vale nada!

*

Mientras el teniente Sagamore estaba en Verbier, Cristina había pedido permiso en el banco para investigar en el Hôtel des Bergues. Desde el descubrimiento del anillo, Sagamore parecía haberse aferrado a la pista Levovitch.

Se presentó en la recepción del lujoso hotel ginebrino y puso su sonrisa más seductora, sin querer sacar a relucir sus funciones policiales por discreción.

—Buenos días, caballero; soy la secretaria de Lev Levovitch, que residió mucho tiempo en una de sus *suites*.

El empleado asintió con la cabeza para indicarle que sabía de sobra a quién se refería.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Es sobre la *suite* que tenía alquilada el señor Levovitch y que dejó hace poco. Por lo visto no se llevó todas sus cosas.

—¿Qué le falta?

—Unas carpetas. Papelotes. Seguramente se le quedaron en un cajón. ¿Le molestaría si fuera a echar una ojeada? El señor Levovitch le quedaría muy agradecido.

—Imposible, señora. En este momento, la *suite* está ocupada. Pero voy ahora mismo a preguntarles a mis compañeros: si las camareras de piso han encontrado algo, lo habrán guardado. De hecho, sería muy raro que no se le hubiera enviado ya al señor Levovitch.

El empleado cogió el teléfono para preguntar a la gobernanta. Cristina echó pestes para sus adentros. Tras una breve conversación, el empleado colgó y le comunicó:

—No se encontró nada en la *suite* del señor Levovitch después de que se fuera. Según mi compañera, todas sus pertenencias se las llevaron los mozos de la casa de mudanzas.

Los mozos de la mudanza, pensó Cristina. Esa es la pista.

—Muchas gracias —dijo—. Voy a hablar con ellos ahora mismo. ¿Sabe por casualidad el nombre de la empresa? Tengo todos los datos en la oficina; si puedo librarme de volver, ganaría tiempo.

—Vaya a preguntarle al conserje. Fue él quien se ocupó de todo.

Cristina hizo tiempo en el bar del hotel mientras el conserje localizaba en el ordenador sus conversaciones con la empresa de mudanzas. No tardó en reunirse con ella y dejó una hoja de papel en la barra.

—Se lo he apuntado todo aquí.

—Gracias —dijo Cristina, sacando en el acto el móvil para llamar a la empresa.

Habló con una administrativa que le dio sobre la marcha toda la información con la que contaba. Luego llamó a Sagamore:

—Philippe, ¿dónde estás?

—Volviendo de Verbier. Estoy a punto de entrar en la autopista en Martigny.

—Pues agárrate bien al volante porque tengo una buena noticia.

Dos horas después, el coche camuflado de Sagamore estaba aparcando delante de un gran guardamuebles del polígono industrial de Carouge. Aquí era donde, a petición de su cliente, los mozos de mudanzas habían dejado todos los efectos personales que tenía en el Hôtel des Bergues.

Bastó con que Sagamore y Cristina enseñasen la placa para conseguir que el responsable los llevase al local que tenía alquilado Levovitch para guardar sus pertenencias. La bombilla del techo iluminaba débilmente los objetos amontonados.

—Hay muebles —hizo constar Cristina—. Y eso que la casa de mudanzas me ha dicho que del hotel solo sacaron cajas.

Sagamore barría el lugar con el haz de la linterna: había mesas, lámparas y, sobre todo, unos sofás de terciopelo azul.

—Estas cosas coinciden con la descripción que hizo Macaire Ebezner del salón de Tarnogol —constató.

En un rincón, se fijó en unos carteles viejos y enmarcados, que anunciaban los espectáculos de Sol Levovitch. Al lado, en una mesa estilo Luis XVI, encontró un álbum grande de papel amarillento. Lo hojeó y descubrió croquis de unos personajes, acompañados de varias notas. Fue pasando las páginas hasta dar con una representación de Sinior Tarnogol.

—Creo que tengo algo —le dijo a Cristina.

—Yo también —contestó ella—. ¡Ven con la luz, por favor!

Sagamore se acercó a Cristina y enfocó la linterna hacia un cuadro colocado encima de dos sillas. Reconocieron en el acto aquella obra.

—¡La famosa vista de San Petersburgo de la que nos habló Macaire! —susurró Cristina.

En ese momento comprendieron que habían seguido un camino equivocado. Y que, en realidad, era Lev Levovitch quien había sido la encarnación de Sinior Tarnogol todos aquellos años.

61. En Ginebra (4/5)

En su despacho, Sagamore hizo una pausa y bebió un vaso de agua.

—¿Así que fue Lev Levovitch quien encarnó a Tarnogol todo ese tiempo? —dijo Scarlett.

—Sí. La intuición de Cristina era correcta. Había emborronado las pistas estupendamente. Al final descubrí por qué y cómo. Pero antes de eso, durante semanas, no hubo forma de dar con Levovitch. Desde que encontramos el guardamuebles estuve intentando echarle el guante, pero no había manera. Me daba la impresión de que se nos escurría entre los dedos como una anguila. Había desaparecido por completo de la circulación: no había vuelto por la sucursal de Atenas, donde fue a buscarlo la policía local. El piso de la capital griega se había vendido hacía mucho. No había forma de conocer sus desplazamientos, no figuraba en los registros de ninguna compañía aérea, seguramente viajaba con una identidad falsa. En Ginebra, el banco estaba vigilado y Cristina, sobre aviso. Pero nada de nada. Al final acabé por darme cuenta de que el último que lo había visto era Macaire Ebezner.

62. Fastidio(s)

En Ginebra, en el Banco Ebezner, Sagamore estaba interrogando a Macaire en su despacho.

—Como ya le he indicado —repitió Macaire—, Lev dimitió hace un mes.

—¿Cómo se lo comunicó? —preguntó el policía.

—Me dijo que no quería seguir —contestó Macaire, que no había entendido la pregunta—. Que lo había intentado durante cierto tiempo para darme gusto, pero que ya estaba hartado.

—Quería decir: ¿Levovitch le anunció su dimisión de viva voz?

—Sí.

—¿Levovitch estaba en Ginebra? —dijo, extrañado, Sagamore.

—Sí, claro. ¿Por qué esa pregunta?

—¿Cuándo fue eso?

—Ya se lo he dicho, hace un mes más o menos. No me acuerdo de la fecha exacta.

—¿Vino aquí, al banco?

—No, nos vimos fuera.

—¿Dónde?

—En el restaurante del parque de Les Eaux-Vives. Después de comer. Tomamos un café en la terraza.

Macaire notó que se le aceleraba el corazón, pero se esforzó por conservar la calma. Estaba claro que no podía contarle al policía lo que había sucedido de verdad ese día ni cómo Levovitch lo había condenado al silencio.

*

Un mes antes

Macaire acababa de terminar su sesión en la consulta del doctor Kazan. Al salir del edificio, lo estaba esperando un hombre vestido con terno.

—¿Cómo está, señor Ebezner? —lo saludó.

Macaire lo miró atentamente. Necesitó unos momentos para reconocerlo.

—Usted es el chófer de Levovitch...

—Sí —asintió Alfred—. El señor Levovitch querría hablar con usted.

Alfred señaló la berlina estacionada detrás de él y abrió la puerta del pasajero. No había nadie en el asiento de atrás.

—¿Dónde está Levovitch? —preguntó Macaire.

—Lo está esperando en otro sitio.

Macaire se mosqueó.

—¿Qué modales de facineroso son esos? ¡Que le den a Levovitch! ¡Que llame a mi secretaria para concertar una cita! ¡Soy el presidente del Banco Ebezner, vamos, hombre!

Alfred, sin inmutarse, le alargó a Macaire una tarjeta de visita. Llevaba impreso el nombre de Siniór Tarnogol. Debajo podía leerse: «La hora de la verdad».

—¿Qué significa esto? —balbució Macaire.

—Venga conmigo, señor Ebezner —lo animó amablemente Alfred.

Macaire obedeció a regañadientes.

El coche cruzó el centro de la ciudad para llegar al muelle de Gustave-Ador y, luego, al parque de Les Eaux-Vives. Entraron por el portón y siguieron hasta el restaurante. Había acabado el turno de comidas y el aparcamiento estaba vacío. No había nadie por los alrededores salvo, a pocos pasos, sentada en un banco, una silueta familiar. Era Siniór Tarnogol.

Macaire bajó del coche y se acercó, estupefacto. Tarnogol se despegó la cara de silicona y apareció, al descubierto, el rostro de Lev.

—¡Entonces eras tú! —exclamó Macaire, dirigiéndose a Lev—. ¿Tarnogol eras tú?

Lev asintió.

—La policía está convencida de que era Jean-Bénédict... —siguió Macaire—. No... No sé cómo lo has hecho, pero...

—Mejor —lo interrumpió Lev—. Así todo el mundo sale ganando. Tú eres presidente, que es lo que querías. Y yo he podido poner punto final a esta farsa.

—¿Fuiste tú quien mató a Jean-Béné?

—Iba a hacerte la misma pregunta.

Hubo un silencio durante el que los dos hombres se quedaron mirándose.

Luego Lev dijo:

—Dimito del banco, Macaire. Quería despedirme de ti.

—¿Despedirte? —bramó Macaire—. Estarás de broma, espero. ¡No vas a irte de rositas, Lev! ¡Sé que estás con Anastasia!

Lev pareció turbado:

—¿Cómo lo sabes?

—Da igual —dijo Macaire, triunfante—. Yo también tengo ases en la manga.

—Mira, Macaire, solo quería decirte que dejo el banco con efecto inmediato. Por mi parte, está todo en regla. Hace ya tiempo que les entregué todos mis expedientes a los colaboradores de la sucursal de Atenas. Me voy definitivamente. No intentes encontrarme.

Macaire soltó una risa sarcástica.

—¿Te crees que voy a limitarme a dejar que desaparezcas como si nada? ¿Y con mi mujer, de propina?

—Hicimos un pacto, Macaire. Anastasia a cambio de la presidencia. Y tú tienes la presidencia.

—Hice un trato con Tarnogol —le recordó Macaire.

—Tarnogol soy yo.

—¡No, tú solo eres Lev Levovitch!

Lev se encogió de hombros, como si todo aquello no importase nada. Hizo ademán de dirigirse hacia el coche, pero Macaire le dijo entonces:

—Sé que estáis en Corfú. En una villa de la costa.

—Ven a vernos, ya que sabes las señas —replicó Lev, sin dejarse desconcertar.

—La que va a ir es la policía —lo amenazó Macaire—. Para pescarte.

—No harás tal cosa. Por Anastasia.

—¿Por Anastasia?

—La noche del asesinato la ayudé a escapar del Palace. Cuando habíamos salido ya, quiso volver a entrar. Dijo que tenía que «volver a subir», como si se refiriese a la sexta planta. La esperé fuera, tardó un rato en volver.

—¿Quieres decir que...?

—No lo sé —dijo Lev—. Pero vamos a dejar a la policía al margen de todo esto.

—La mañana del asesinato de Jean-Béné —le confesó entonces Macaire, impresionado con esta confidencia—, me encontré con que me habían metido por debajo de la puerta de mi habitación del Palace una nota de puño y letra de Anastasia que decía más o menos:

Macaire:

Me voy para siempre.

No volveré nunca. No intentes encontrarme.

Perdóname.

Viviré para siempre con el peso de lo que he hecho.

Anastasia

*

Al teniente Sagamore, Macaire se limitó a contarle que había visto a Lev en el restaurante del parque de Les Eaux-Vives y que le había entregado su dimisión con efecto inmediato.

—¿Tiene problemas Lev? —le preguntó al policía.

—Hay una orden de arresto contra Lev Levovitch —anunció muy serio Sagamore—. Si habla con él, si lo ve, es primordial que me informe enseguida.

En ese mismo momento, en el animado y alegre casco antiguo de Corfú.

Anastasia estaba sentada en la terraza de un cafetín que le gustaba mucho. Iba allí una vez por semana, a última hora de la mañana, se sentaba a una mesa, tomaba para almorzar una ensalada de tomate, pepino y queso feta y luego pedía un café griego. Miraba a los transeúntes que cruzaban por la placita florida. Podía quedarse allí la tarde pasando revista a las siluetas de los transeúntes, a los vecinos siempre con prisas, a los turistas que iban a trancas y barrancas por los adoquines y, sobre todo, a las parejas. Era a ellas a las que miraba con mayor atención. Parejas que caminaban, parejas que se besaban, parejas que discutían. Parejas vivas.

Desde hacía una temporada, tenía la desagradable sensación de que Lev y ella estaban encerrados en un mundo de formol. No sabía cuándo había

empezado esa impresión. Pero se sorprendía imaginando que Lev y ella se irían pronto de Corfú. Y, sin embargo, estaba encariñada con esa casa, estaba encariñada con esa isla, se encontraba bien allí y le encantaría volver con regularidad en vacaciones. No podía negar que era feliz, pero llevaban casi seis meses en Corfú y no conseguía imaginarse viviendo allí siempre. ¿Qué iban a hacer a la larga? Por primera vez, sintió una punzada de fastidio.

Seis meses estando guapos de la mañana a la noche; seis meses de una vida perfecta, fuera del tiempo; seis meses de una partitura sin notas desafinadas que interpretaban Lev y el ejército de empleados que los atendían en casa. Seis meses de una perfección absoluta. Pero, pensaba Anastasia, de la perfección se cansa una.

Seis meses desayunando caviar. A veces se acordaba con una pizquita de nostalgia de Macaire, enfrascado en el periódico, leyéndole de vez en cuando algún fragmento que acompañaba con un «¿Te das cuenta, chatita?», mientras se zampaba una rebanada de pan con los dedos pringados de mermelada. Seis meses de coreografía de los criados mudos. A veces se acordaba de Arma y de su jovial impertinencia. Se preguntaba cómo estarían los dos. Y se preguntaba qué estaría pasando en Cologny.

Le gustaba guisar, pero en Corfú había una cocinera y una repostera que no le permitían hacer nada. En Cologny siempre había participado en las tareas domésticas y ayudaba muchas veces a Arma en su trabajo. En Corfú, Lev se oponía a ello: «No pierdas el tiempo en esas cosas —le decía—. ¡Con todo el personal que tenemos!».

Se sorprendía a sí misma soñando con hacer planes con Lev. Abrir una taberna, ella en la cocina y él de camarero. Casa Lev & Anastasia. Harían un dúo fantástico. Le había hablado de ello, pero Lev no se lo había tomado en serio. Estaba demasiado obnubilado creando para ella lo que él pensaba que era un paraíso. Pero el paraíso a la larga se convertía en un fastidio mortal. ¡Si Eva había acabado por zamparse la manzana aquella, había sido porque andaba buscando una buena excusa para largarse!

Así que una vez por semana, cuando Lev se iba a pasar el día a su trabajo, en Atenas, Anastasia se subía en la bicicleta y se iba a la ciudad. Alfred insistía en llevarla, pero ella ni se lo planteaba. Sola en su bicicleta, se sentía libre. Callejeaba por el casco antiguo y luego se instalaba en su mesa y observaba a las parejas, preguntándose cuál de ellas le gustaría ser.

Ese día, en la terraza del restaurante, Anastasia sacó del bolso una hoja de papel y un bolígrafo y terminó la carta que había empezado esa misma mañana. Se le había antojado de repente y había decidido no reprimirse. Concluida la carta, la volvió a leer varias veces. Luego la dobló y la metió en un sobre antes de ir a la oficina de correos.

En la ventanilla, el empleado le preguntó:

—¿Qué destino?

—Ginebra, Suiza.

63. Correspondencias

Había transcurrido una semana. Esa tarde, Macaire volvió a casa temprano, pero de mal humor: aún tenía que ir a un cóctel y no le apetecía nada.

Según entraba, se topó con Arma, que le estaba sacando brillo a la barandilla de las escaleras.

—Hola, señorito —saludó ella mirándolo con dulzura.

Macaire se quedó observándola.

—Oiga, Arma, ¿está libre esta noche?

—Sí, señorito. ¿Quiere que me vaya algo más tarde?

—No. Lo que quiero es que me acompañe a un cóctel.

—¿A un *cóstel*? —repitió Arma, incómoda—. ¿Dónde?

—En el Museo de Arte e Historia. Es para los mecenas importantes y uno de ellos es el banco. Lo sirven en el patio interior, será bonito.

—¡Ay, madre mía! —dijo Arma, preocupada—. ¡Eso es muy elegante!

—Sí, un poco —admitió Macaire.

—Pero ¡si no tengo nada que ponerme! ¡Harán falta trapos de lujo!

—Sírvase en el vestidor de Anastasia.

—¿Otra vez voy a meter mano en la ropa de la señorita?

—Pues sí, *meta mano otra vez en la ropa de la señorita. La señorita ya no está. La señorita no va a volver nunca.*

—Oiga, señorito —preguntó Arma tras un titubeo—, ¿puedo arreglarme en el cuarto de baño grande? Hay productos de belleza y...

—Use la habitación y el cuarto de baño todo lo que quiera, Arma. Yo no los necesito.

Arma no esperó a que se lo dijera dos veces. Subió corriendo al primer piso y empezó con una peregrinación por el enorme vestidor de Anastasia. Pasó revista a los vestidos, palpó las telas caras, admiró el calzado de piel

de serpiente. Eligió un conjunto que le pareció elegante, pero no exagerado. Se aseguró de que era de su talla. Le iba como un guante.

—Ahora toca la limpieza —dijo a continuación, completamente decidida a restregarse como una cazuela.

Se encerró en el cuarto de baño. Metió la cara en los mullidos albornoces que tantas veces había lavado y planchado, maravillándose en todas las ocasiones con esa textura tan acogedora. Luego olió las sales de baño y la colección de aceites corporales. Llenó la bañera y se quedó un buen rato a remojo, camuflada entre una montaña de espuma, untándose todas las cremas y todos los jabones que tenía a mano.

A la hora de salir para ir al cóctel, cuando se decidió a presentarse ante Macaire, este no ocultó lo impresionado que estaba.

—Arma —dijo—, está usted...

—Ridícula —completó ella la frase.

—Sublime —enmendó él.

Ella sonrió. Con lo que pareció aún más guapa.

Al llegar al Museo de Arte e Historia, se sumaron a la cohorte de invitados que charlaban bulliciosamente en el patio interior. Habían colocado velas alrededor de la fuente.

—¡Es precioso! —dijo Arma en voz baja—. Creo que nunca he visto nada tan bonito.

Mientras se mezclaban con los comensales, Macaire le dio el brazo a Arma y todo el mundo quiso saber quién era esa mujer que acompañaba al presidente Ebezner.

Esa noche, por primera vez desde hacía mucho, Macaire además de no sentirse solo, se divirtió, a pesar de que esos cócteles solían ser sosos y convencionales. Arma empezó enseguida con el champán, que tuvo en ella un efecto liberador. La emprendió luego con el bufé, fascinada por los sabores, las formas y la presentación. No vaciló en interrumpir a Macaire en plena conversación para meterle directamente en la boca su último hallazgo («¡Pruebe esto, señorito!»).

Lo hizo reír. Le iluminó la noche. Hasta tal punto que, al acabar el cóctel, como no quería que terminase la velada, se la llevó por las calles adoquinadas del casco antiguo de Ginebra. Encontraron un bar, se sentaron

en la barra y pidieron algo de beber. Macaire no recordaba haber hecho nunca algo así con Anastasia.

A eso de las doce de la noche, Arma le dijo:

—Señorito...

—Pare de llamarme señorito. Ya he dejado de ser el señorito.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Quién es usted entonces?

—Soy Macaire.

—¡Ah! ¿Y cómo lo llamo?

—Macaire.

Ella volvió a empezar la frase:

—Macaire...

—¿Sí?

—Creo que me he pasado con la bebida.

Arma se quedó dormida en el coche durante el trayecto de vuelta a su casa, en la calle de Montchoisy. Macaire la metió como pudo en el ascensor y, luego, tras encontrar la llave del piso en su bolso, la llevó hasta la cama y la dejó allí. A la mañana siguiente, cuando Arma abrió los ojos, lo vio sentado en una silla, dormido en una postura muy incómoda.

—¿Macaire? —llamó con voz queda.

Él abrió un ojo. Ella lo miró cariñosamente y alargó la mano para tocarle el brazo.

—¿Ha pasado la noche velándome?

—Sí.

—¿Fue *rumántico*?

—No, no fue *rumántico* para nada. Me daba miedo que se ahogase si vomitaba.

Se echaron a reír. Macaire pensó que hacía mucho que no se reía así. En un arranque espontáneo, se inclinó hacia Arma y la besó.

Ese mismo día, en Corfú.

En la oficina de correos, el empleado de la ventanilla informó a Anastasia de que le había llegado una carta. Macaire le había contestado a la lista de correos, como le había sugerido ella.

Se llevó la carta y volvió a su café habitual para leerla. Se instaló en la mesa, pidió algo y abrió el sobre:

Anastasia:
¡Qué feliz me ha hecho tu carta!
Llevo meses preguntándome dónde te habías metido. Y si estabas bien.
Llevo meses haciéndome miles de preguntas.
¿Por qué no me has dado noticias tuyas? ¿Por qué fuiste a Verbier durante el Gran Fin de Semana y te metiste en mi habitación del Palace para dejarme un recado amoroso y tratarme luego con tanto desprecio?
Espero volver a verte algún día. Y hablar de todo esto.
Te he esperado pero ya he dejado de esperarte.
Pero hay una pregunta que me obsesiona y que voy a hacerte aquí,
Anastasia: ¿fuiste tú quien mató a Jean-Béné?
Espero que me contestes.
Ni siquiera sé si sigues en Corfú. A lo mejor te has ido a otra parte ahora que Lev ha dimitido del banco.
Con mucho cariño,
Macaire

Anastasia alzó la vista. ¿Lev había dimitido del banco? Pero ¿dónde iba entonces todas las semanas cuando, según decía él, estaba en Atenas?

En ese mismo momento, en Ginebra. Lev estaba jugando con fuego. Era consciente. Si la policía lo detenía, todo habría acabado. Estaba pensativo. Se preguntaba cómo había podido llegar tan lejos. Recordaba aquel mes de diciembre de hacía catorce años.

*

Catorce años antes, diciembre

Se acercaba el Gran Fin de Semana.

Hacía casi un año que Lev había perdido a Anastasia y se había hecho con las acciones de Macaire.

Hacía casi un año que Lev vivía su doble identidad y era a un tiempo él y Sinior Tarnogol, miembro del Consejo del banco.

Hacía casi un año que su padre y él apenas si se dirigían la palabra. Sol iba perdiendo fuerzas a ojos vistas, ya no podía trabajar y recibía cuidados paliativos en un centro de Martigny.

Lev vivía muy solo. Llegaba al banco el primero y se iba el último. El papel que representaba requería todo su tiempo y todas sus energías. Pero iba a alcanzar sus objetivos: dentro de un mes, los dividendos del banco le permitirían comprar la casa del Pré Byron, esa casa con vistas extraordinarias con la que tanto había soñado Anastasia. Le había prometido regalársela. Estaba a punto de conseguirlo.

Esa casa iba a solucionarlo todo. Llevaría a su padre, lo instalaría cómodamente. Le diría: «Mira, papá, he podido comprarla gracias a mis dotes de actor». Y luego, con esa casa, podría volver a conquistar a Anastasia. Esa casa era su promesa mutua.

Ella iba a casarse con Macaire en febrero. Lev estaba convencido de que le iba a decir que no. Se daría cuenta de su error y rompería el compromiso. No podía imaginar que sucediera algo diferente. No podía imaginar que no acabasen juntos, él y ella. Se lo habían prometido.

Para toda la vida.

*

Catorce años después, al pensar en aquellos momentos, Lev seguía notando el corazón dolorido. Anastasia y él estaban juntos por fin, pero ¿cuánto tiempo necesitarían estarlo para borrar todos los sufrimientos pasados? Y, sobre todo, sin contar con el giro que iba a tomar, pocos días después, la investigación sobre el asesinato de Jean-Bénédict.

Ese día, el jefe de la policía municipal llegó al Palace de Verbier pocos minutos después de la llamada. Un jardinero que estaba arreglando los arriates se había fijado en un objeto que había en el suelo. Alrededor del pequeño macizo se habían formado un corrillo de empleados del hotel.

—¡No toquen nada! —ordenó el policía orondo, que llegaba a paso ligero.

El jardinero indicó con el dedo lo que había descubierto y el jefe de la policía se puso en cuclillas para mirarlo más de cerca.

—¡Carambolas, no es posible! —murmuró.

Agarró la radio y solicitó a la central que le enviaran inmediatamente a la policía judicial.

64. En Ginebra (5/5)

—Fue la policía judicial del Valois quien nos avisó —nos explicó Sagamore, al recordar los acontecimientos—. Me fui a Verbier sobre la marcha. Quería verlo con mis propios ojos.

—¿Qué había encontrado el jardinero? —preguntó Scarlett, que no podía más de impaciencia.

—Una pistolita dorada con un nombre grabado en la culata: *Anastasia*.

—¿Anastasia, como Anastasia Ebezner?

—Exactamente. ¡Ya se imaginará que no podía tratarse de una coincidencia! Mandamos analizar inmediatamente el arma en el laboratorio de la policía científica de Ginebra. La corrosión demostraba que había pasado varios meses a la intemperie, bajo la nieve y expuesta a los elementos y, por desgracia, impedía un peritaje balístico completo. Era, sin embargo, del calibre de 9 mm.

—Como el arma del crimen —dije.

—Como el arma del crimen —confirmó Sagamore.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Scarlett.

—Tenía que localizar a Anastasia. Llevaba meses completamente desaparecida.

—¿No les había parecido algo sospechoso hasta entonces? —preguntó Scarlett.

Antes de contestar, Sagamore rebuscó en sus papeles y encontró un informe sobre el asalto que nos alargó para que pudiéramos echarle una ojeada.

—La desaparición de Anastasia no me había intrigado —nos explicó Sagamore— porque el día que asaltaron la casa de los Ebezner encontré una nota que le había dejado Anastasia a su marido en la que le comunicaba que lo dejaba. Cosa que, por lo demás, me confirmó la criada de la casa, una tal

Arma, que me indicó que su señora tenía una aventura extraconyugal muy seria con un hombre y tenía pensado irse con él. Desde mi punto de vista, era algo coherente.

—¿Sabía quién era su amante? —pregunté.

—En aquel momento, no. Para ser sincero, no investigué más allá, porque no le veía relación con mi caso. Aunque más adelante descubrí que se trataba de Lev Levovitch. Qué coincidencia, ¿verdad? Las dos personas a quienes andaba buscando estaban juntas. Pero de momento, como aún no sabía nada, tuve que hacerle un tercer grado a mi sospechoso número uno.

—Macaire Ebezner —dijo Scarlett.

—Bingo.

65. La mujer de la pistola de oro

En una sala de interrogatorios de la sede de la policía judicial de Ginebra, Macaire miró con preocupación al teniente Sagamore. Este acababa de ponerle delante una pistola dorada metida en una bolsa de plástico. Macaire la reconoció en el acto.

—Por la cara que está poniendo —dijo Sagamore—, supongo que esta arma le resulta familiar.

Macaire asintió con la cabeza, incrédulo.

—Esa pistola pertenece a mi mujer, Anastasia. ¿Dónde la ha encontrado?

—En el parque del Palace de Verbier. Muy cerca de una salida de emergencia. A juzgar por su estado, ha pasado unos cuantos meses a la intemperie.

—¿Se trata del arma del crimen?

—Es lo que estamos intentando determinar. Señor Ebezner, ¿por qué tenía su mujer un arma de fuego?

—Se la regalé yo. Después de una serie de robos en Cologny. Tenía miedo. Quería poder defenderse, sobre todo si yo tenía que irme de viaje por negocios y se quedaba sola en casa.

—Esa arma no está declarada —comentó Sagamore.

—Como la mayoría de las armas que se venden entre particulares —indicó Macaire—. La ley no me obliga a hacerlo. La compré en una subasta de armas de Zúrich.

—¿Cuándo?

—Hace unos años.

Sagamore se quedó un rato mirando al hombre que tenía delante. El silencio hizo que Macaire se sintiera molesto.

—Señor Ebezner —siguió diciendo el policía—, ¿tiene usted alguna idea de por qué el arma de su mujer ha aparecido en Verbier?

—Ninguna. Estoy tan extrañado como usted.

—Hombre, reconocerá usted que resulta muy práctico: su mujer tiene un arma sin declarar. Y usted se la lleva a Verbier por lo que pueda pasar con la elección. Siempre puede venir bien.

—¡Oiga, teniente! —dijo, ofendido, Macaire—. ¡No le permito ese tipo de insinuaciones!

—¡Pues deme una explicación mejor!

—No la tengo. No entiendo cómo esa arma ha podido llegar a Verbier.

Sagamore preguntó entonces:

—¿Fue su mujer a Verbier durante el Gran Fin de Semana del banco?

—¿Mi mujer? No, ¿por qué?

Sagamore no respondió directamente a la pregunta.

—Señor Ebezner, ¿dónde está su mujer?

Macaire se quedó impertérrito.

—Lo ignoro —mintió—. Me dejó, como usted ya sabe; no he sabido nada de ella desde el mes de diciembre.

Sagamore sabía que no le sacaría nada a Macaire. Por lo demás, no lo había citado tanto para hacerlo confesar como para observar lo que hacía en las horas posteriores. Si Macaire Ebezner tenía que ver con ese asesinato, no tardaría en descubrirlo.

Según se fue Macaire de la sede de la policía judicial, Sagamore telefoneó a Cristina.

—Macaire acaba de irse. Tengo a un equipo siguiéndolo, y a otro apostado en su domicilio. Tú no le quites ojo en el banco.

—Entendido. ¿Hay noticias del laboratorio sobre el arma?

—En efecto, es del calibre 9 mm, como la del crimen, pero el óxido y la corrosión del cañón impiden establecer si se trata de la misma.

—¡Maldita sea! —renegó Cristina—. ¿Tienes una hipótesis?

—Creo que el asesino es Macaire Ebezner; y, si no, Anastasia Ebezner.

—¿Qué móvil iba a tener Anastasia Ebezner?

—No estoy seguro, pero se trata de su arma y lleva desaparecida desde el asesinato. Son suficientes indicios para hacerse preguntas. En fin, he citado a la madre y a la hermana de Anastasia Ebezner. A lo mejor me pueden ayudar.

Sagamore colgó y miró el panel blanco que tenía enfrente del escritorio y donde había añadido la foto de Anastasia. La pistola la habían encontrado cerca de una de las salidas de emergencia del Palace. Según el plano del hotel, se trataba de la salida más próxima para quien bajase a pie desde la sexta planta. Daba a una carreterita que permitía escapar discretamente del Palace andando o en coche. En opinión de Sagamore, el asesino había salido por esa puerta. ¿Había dejado caer el arma por un descuido al escapar? ¿La había tirado en la nieve para deshacerse de ella, con la certeza de que no la encontrarían hasta que se derritiera la nieve, cuando él estuviera ya muy lejos?

Sagamore volvió a mirar la foto de Anastasia. ¿Había matado ella a Jean-Bénédict Hansen?

Cuando Sagamore la interrogó, Olga von Lacht sostuvo que no tenía la menor idea de dónde estaba su hija.

—En cualquier caso, siento mucho que haya dejado a su marido —dijo—. Es de lo más lamentable.

—¿Anastasia la había avisado a usted de que pensaba irse?

—No —mintió Olga.

—¿Entonces cómo sabe que Anastasia ha dejado a su marido? —preguntó Sagamore.

—Fue Macaire, su marido, quien me informó, claro.

Olga no entendió a cuento de qué venía esa pregunta. Pero para Sagamore no dejaba de tener fundamento: se preguntaba si Macaire habría podido quitar de en medio a su mujer. ¿Sería un testigo molesto de lo que había ocurrido? Sin embargo, descartó esa hipótesis después de haber hablado con Irina, la hermana de Anastasia.

Irina refirió que Anastasia siempre había sido la preferida de su madre.

—Se ha pasado la vida mimándola y protegiéndola —explicó—. ¡Solo le importaba ella!

—¿Sabe usted dónde puede estar su hermana ahora?

—Ni idea; seguramente tomando el sol y pasándolo bien con su banquero.

—¿Su banquero? ¿Qué banquero?

—Lev Levovitch. Tenían una relación. Durante un almuerzo, Anastasia nos enseñó una pulsera de oro que le había regalado. Decía que quería irse

con él. Estoy segura de que están juntos. Por cierto, se lo he dicho a Macaire Ebezner.

—¿Ah, sí? —Le escribí una carta anónima a principios de la primavera. Me había cruzado con él una o dos veces, tan triste, tan enamorado todavía. Pensé que tenía derecho a saberlo.

*

Esa tarde, en Corfú.

Anastasia se bañaba en el mar Jónico. Lev la miraba amorosamente desde la terraza, donde estaba leyendo el periódico y tomando un café. Ella lo miraba también y acabó por echarse a reír.

—¿Vamos a estar mucho rato mirándonos así? —exclamó—. ¡Ve a ponerte el bañador y baja conmigo!

—Enseguida voy —prometió él—. Acabo de leer el periódico y voy para allá.

En ese mismo momento, en Cologny, Macaire llegó a su casa como un ciclón.

—¿Ya de vuelta? —dijo extrañada Arma, al verlo aparecer en el vestíbulo.

Macaire ni siquiera se tomó la molestia de contestar. Se fue directamente a su gabinete y se encerró. Las cosas andaban mal. Las pruebas se acumulaban contra Anastasia: su presencia en el Palace, el fin de semana del asesinato, su arma que había aparecido allí. Sobre todo, Macaire no dejaba de recordar lo que Lev le había confesado cuando se habían visto por última vez en el parque de Les Eaux-Vives. Anastasia y él se habían ido por una salida de emergencia, pero ella, de pronto, había vuelto a entrar. Había subido para matar a Jean-Bénédict y luego le había metido la nota por debajo de la puerta, había vuelto a salir por la salida de emergencia, se había librado del arma y había huido.

Abrió la caja fuerte y sacó esa nota que le había metido ella por debajo de la puerta la mañana del asesinato y las que le había enviado desde Corfú. Lo metió todo en la papelera de metal y le prendió fuego. Había que destruirlo todo. Mientras miraba cómo se consumían las cartas, Macaire sintió que la tristeza se adueñaba de él. Cuánto la había querido. Había sido el amor de

su vida. No podía soportar la idea de que tuviera problemas. Tenía que avisarla. Necesitaba ayuda.

Agarró la caja de música que estaba en un estante y la puso en marcha para sacar el número de teléfono. Lo memorizó y luego salió a zancadas de la habitación.

—¿Qué pasa, Macaire? —preguntó Arma al verlo pasar como un vendaval.

Se fue sin dar explicaciones. Se metió en el coche y arrancó a toda marcha. Enfiló el camino de Ruth y puso rumbo al pueblo de Cologny.

Los policías apostados delante de su casa empezaron a seguirlo inmediatamente.

Sagamore estaba en su despacho de la sede de la policía judicial cuando lo avisaron.

—Teniente, Macaire Ebezner ha vuelto a su casa como un loco, ha pasado allí diez minutos y acaba de marcharse otra vez. Parece que tiene prisa.

—¡Se larga! —dijo Sagamore—. ¡Péguense a él discretamente, hay que saber dónde va! Ahora me reúno con ustedes.

El teniente salió de su despacho corriendo y bajó las escaleras de dos en dos para llegar al aparcamiento subterráneo. Se metió en el coche camuflado, puso la luz giratoria en la parte de arriba y se lanzó por la ciudad con la sirena puesta.

Sin embargo, Macaire no fue muy lejos. Aparcó cerca de la plaza central del pueblo de Cologny y cruzó por el césped del parquecillo para llegar a una cabina telefónica.

Sagamore subía por la calle de La Confédération cuando lo informaron de la situación.

—¿Una cabina telefónica? —dijo, extrañado—. Búsquenme a alguien que rastree la llamada. Tenemos que saber con quién está hablando.

—Wagner —dijo Macaire en la cabina a su interlocutor—. Necesito su ayuda. Es por Anastasia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wagner.

—La policía ha encontrado un arma que le pertenece cerca del Palace de Verbier.

—¿Qué? —dijo, asombrado, Wagner—. ¿Cómo es posible?

—Es una larga historia. Todo apunta hacia ella, Wagner. Estaba en el Palace el fin de semana del asesinato, el arma de fuego que han encontrado es suya, me dejó una nota que parece una confesión. Pero yo sé que no tuvo nada que ver.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Me lo dijo. Bueno, me ha escrito desde Corfú. Hemos cruzado varias cartas; le contesto a la lista de correos.

—¿Anastasia le ha escrito?

—Sí, quería decirme que se acordaba de mí, que tenía la esperanza de que le perdonase lo que hizo.

—¿Lo que hizo? ¿Quiere decir *matar a Jean-Bénédict Hansen*?

—No, le he preguntado si fue ella. Me ha asegurado que no lo hizo.

—Déjeme ver qué puedo hacer —dijo Wagner—. Ya lo llamaré yo.

Los dos hombres colgaron.

—Ha colgado —le anunció a Sagamore uno de los inspectores que observaban la escena—. Están intentando rastrear la llamada, pero va a llevar algún tiempo.

El teniente iba ahora a toda velocidad por el muelle de Gustave-Ador.

—Deténganlo —ordenó.

En Cologny, los policías emboscados se abalanzaron hacia Macaire, que estaba saliendo de la cabina telefónica.

Wagner se quedó pensativo, con el auricular aún en la mano. No había visto la silueta que tenía detrás y había asistido a la conversación. Era Alfred.

—¿Qué está haciendo, señor Levovitch? Me había prometido que ya se había acabado.

Lev agachó la cabeza. Carraspeó para aclararse la voz:

—No tengo alternativa, Alfred.

—¡Pero, vamos a ver, señor, lo va a perder todo! ¡Está jugando con fuego y se va a quemar!

—No lo entiende, Alfred. No puedo parar...

*

Catorce años antes

A mediados de febrero, el día de la firma de la escritura de la casa del Pré Byron, Macaire y Anastasia se casaron en la alcaldía de Collonge-Bellerive.

Lev volvía del notario cuando los vio desde el coche, saliendo de la alcaldía. Parecían felices.

Así pues, Anastasia había dado el sí. Todo había acabado de verdad. Lev nunca sería ese hombre que iba a su lado. Nunca sería su marido.

Con el corazón destrozado, se fue y volvió a la mansión del Pré Byron, que ahora era suya. Todas las habitaciones estaban vacías. Menos una, en cuyo centro había una mesita y, encima, un teléfono. Descolgó y decidió llamar a la única persona que le quedaba en la vida: su padre.

En el centro de cuidados paliativos de Martigny, la enfermera que contestó a Lev tenía una voz muy seria.

—Señor Levovitch, llevamos desde esta mañana intentando hablar con usted. Su padre está muy mal. ¡Tiene que venir ahora mismo!

Lev se metió en el coche y salió volando hacia Martigny, sin hacer caso de los límites de velocidad. Cuando entró en la habitación de su padre, el señor Rose había llegado ya. Al ver las lágrimas que le corrían por las mejillas, Lev se dio cuenta de que su padre estaba viviendo sus últimos momentos. Se acercó a la cama y besó el rostro de aquel a quien no iba a ver más.

—Te pido perdón por lo del anillo de mamá —dijo Lev—. Siento mucho lo que hice.

—No sientas nada, Lev —pronunció Sol con dificultad—. Estoy tan orgulloso de ti. Sublimaste el personaje de Tarnogol. Has hecho lo que pocos actores son capaces de hacer: convertir un personaje en un ser vivo.

—Somos los Levovitch —susurró Lev—. Un gran linaje de actores.

—Un gran linaje de actores —dijo el padre, sonriendo.

Sol tenía abrazado el álbum encuadernado en piel en el que había descrito todos sus personajes. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se lo alargó a su hijo.

—Interpreta mis personajes, hijo mío.

—Te lo prometo.

—Hazlos vivir para siempre. Así yo viviré para siempre en ti.

El padre sonrió y se durmió para siempre, sosegado.

Esa noche, de vuelta en Ginebra, Lev derramó un bidón de gasolina por toda la planta baja de su casa nueva y le prendió fuego. Después, sin esperar a los bomberos, se marchó y fue al Hôtel des Bergues.

—Quisiera alquilar la *suite* más grande —le dijo al recepcionista.

—¿Para una noche?

—Para siempre.

66. Rupturas

Anastasia subió desde la playa hasta la casa, envuelta en una toalla. Se preguntó por qué Lev no había ido a bañarse con ella. Lo había visto dejar la terraza y pensó que iba a cambiarse, pero no había bajado.

Entró en la casa y le extrañó no ver a nadie. Ni Lev, ni Alfred, ni nadie del servicio. Como si todo el mundo hubiera desaparecido. Era muy raro. Llamó y no hubo respuesta.

Subió entonces al dormitorio y se encontró a Lev sentado en la cama. De inmediato se dio cuenta de que algo iba mal.

—Lev, ¿qué te pasa? ¿Por qué no has ido a la playa?

Sin decir palabra, él la miró con expresión casi aviesa. Ella se preocupó:

—Lev, ¿qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara?

Él enarboló entonces las cartas de Macaire, que había encontrado escondidas en uno de los cajones de la ropa.

—¿Así que ahora le escribes?

—¿Has estado hurgando en mis cosas?

Él subió el tono:

—Lo sigues queriendo, ¿es eso?

—¿Cómo? ¡No, de ninguna manera!

—Entonces, ¿por qué has sentido la necesidad de escribirle?

—Porque quería que supiera de mí.

—¿Que supiera de ti? ¡No doy crédito! ¿Qué necesidad había de que supiera de ti?

—Es amigo mío desde hace quince años —fue la justificación de ella.

—¡Es tu marido!

—Es alguien que siempre me ha tratado con respeto y cariño, y me sabe mal haberlo dejado así.

—¡Ah! ¿Ahora la señora está arrepentida?

—¡Lev, a mí no me pongas ese tono condescendiente! No se trata de arrepentimiento, sino de remordimientos por haberle hecho daño a alguien que siempre quiso lo mejor para mí.

—¿Sabes, Anastasia? Es curioso, porque en seis meses no has dicho nada de divorciarte de él.

—¡A lo mejor es porque en seis meses no se te ha ocurrido pedirme que me casara contigo! ¡Cuando es lo único que estoy deseando desde hace quince años! En el fondo, ¿qué estamos haciendo en Corfú? Encerrados en esta casa, jugando a las parejitas felices, día sí y día también. ¡No hemos planeado nada juntos, Lev!

—Hemos planeado querernos.

—¡Quererse no es un plan! ¿Qué estamos construyendo juntos?

—¿Qué construiste con Macaire? —replicó con torpeza Lev.

—¡De eso se trata, de que ya no estoy con Macaire! ¡Tu talón de Aquiles, Lev, es que no tienes confianza en ti mismo! La única persona que no siente admiración por ti ¡eres tú!

Hubo un prolongado silencio.

—Anastasia, ¿mataste a Jean-Bénédict Hansen?

—¿Que si yo... *qué?* —se ofendió ella—. ¡Por supuesto que no! ¡A quién se le ocurre!

—¡La policía ha encontrado en el parque del Palace una pistola con tu nombre grabado!

—¿Mi pistola dorada?

—¿Qué hacía tu arma en Verbier?

—La llevaba en el bolso cuando me fui de Ginebra. No quería dejarla allí. Hasta que no llegué aquí, a Corfú, no me di cuenta de que ya no estaba.

—¿Así que tu pistola desapareció de forma misteriosa? —preguntó Lev con retintín.

—Desapareció en tu habitación del Palace —concretó Anastasia—. Mi bolso no se movió de allí. ¿A lo mejor la cogió Sinior Tarnogol? ¡Ay, se me olvidaba! ¡Sinior Tarnogol eres tú!

—¿Qué estás insinuando? ¿*Que yo maté a Jean-Bénédict?*

—¿Acaso no me estás acusando tú a mí? ¡No eres precisamente el más indicado para reprocharme nada! ¿Cuándo pensabas decirme que has dimitido del banco?

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Macaire?

—¿Desde cuándo nos andamos con tapujos, Lev? ¿Dimites del banco y no me lo cuentas? ¿Dónde vas todas las semanas, cuando te marchas supuestamente a Atenas para ir a la sucursal del banco?

—Voy a trabajar para mí, para nosotros.

—¿A saber?

—A administrar mi dinero, a ocuparme de mis inversiones. De nuestras inversiones, debería decir. Todo lo hago por nosotros, para que podamos vivir sin preocupaciones en nuestra isla.

Se miraron un buen rato. Anastasia parecía triste.

—Creo que me asfixio en nuestra isla —confesó—. Me da la impresión de que nos estamos perdiendo mutuamente, Lev.

Salió de la habitación.

*

En la sede de la policía judicial, Sagamore estaba interrogando a Macaire sin miramientos. El número que había marcado en la cabina telefónica era el número de un portátil anónimo de prepago. No era posible averiguar de quién era la línea ni localizarlo a posteriori.

—¿A quién ha llamado? —repitió Sagamore—. ¿A Anastasia? ¿La está protegiendo?

—¡Ya le he dicho que no! No sé dónde está.

—Entonces, ¿a quién? ¿Quién era? ¡Se lo aviso, Macaire, voy a acusarlo del asesinato de Jean-Bénédict Hansen!

—Pero ¡si no lo maté yo! ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para ser presidente del Banco Ebezner. A quien había elegido el Consejo era a Levovitch. Pero resulta que la muerte de Jean-Bénédict Hansen le vino a usted que ni pintada.

—Yo no maté a mi primo —aseguró Macaire.

—Si es así, dígame a quién ha llamado por teléfono.

A Macaire no le quedaba más alternativa que decir la verdad.

—He llamado a un tal Wagner, un agente de los servicios de inteligencia suizos. Me dejó muy trastornado el hallazgo de la pistola en el Palace, quería ayudar a Anastasia y se me ocurrió que Wagner podría intervenir.

—¿Por qué quería ayudar a Anastasia?

—Porque ella estaba en Verbier el fin de semana del asesinato —explicó Macaire, acorralado.

—¿Su mujer estaba en el Palace en el momento del asesinato?

—Sí.

Sagamore se sentó cara a cara con Macaire.

—Ahora tiene que decirme quién es ese Wagner.

Macaire no podía más: aquel asunto le tenía los nervios destrozados. No dormía por las noches, y cuando, atontado por los somníferos, acababa por sumirse en el sueño, tenía pesadillas. Ya era hora de descargar su conciencia.

—¡Por mi culpa ha muerto gente! —gritó.

—¿Así que fue usted quien mató a Jean-Bénédict Hansen? —dijo Sagamore.

—¡No! ¡Claro que no! Participé a mi pesar en el doble asesinato de una pareja de jubilados en Madrid.

Sagamore no entendía nada. Abrió la puerta de la sala de interrogatorios y le espetó a Macaire con una mirada de frustración:

—Puede marcharse.

—¿De verdad? —dijo Macaire, extrañado, al tiempo que se ponía de pie.

—He hablado por teléfono con la pareja de jubilados a la que asesinó salvajemente. Están muy bien de salud. Le mandan recuerdos, por cierto.

Macaire pareció tan asombrado como Sagamore. Lo que confirmó la intuición del policía. No le estaba mintiendo. ¿Qué significaría todo aquello? Ninguno de sus contactos en la policía federal y en los servicios de inteligencia había oído hablar de la P-30. Y menos aún de operaciones para vigilar a las autoridades fiscales de países extranjeros. Su única certidumbre era que Macaire, a sabiendas o no, estaba en el centro de aquel caso. Sagamore había decidido que lo vigilaran discretamente, convencido de que así descubrirían alguna pista. Solo tuvo que esperar hasta el martes.

Ese día, alrededor de las doce de la mañana, Macaire salió del banco a pie. Un inspector de la brigada de observación le fue pisando los talones, guardando las distancias. Los dos hombres fueron por la calle de La Corraterie hasta la Place de Neuve y luego cruzaron el parque de Les Bastions antes de subir por la calle de Claparède, donde Macaire se metió en un edificio. Subió a la tercera planta y entró por una puerta.

Sagamore, a quien había avisado su compañero, se personó enseguida delante de esa misma puerta. Leyó la placa donde ponía el nombre del psicoanalista que tenía allí la consulta.

Tardó un poco en establecer una relación.

Hasta que, de pronto, se le iluminó la mente.

Se quedó de una pieza.

Acababa de entenderlo todo.

67. Le Dôme

Ese martes 3 de julio de 2018, Scarlett y yo volvimos a Verbier por la tarde. Nuestra charla con Sagamore había sido muy fructífera. Scarlett pidió en recepción que nos imprimieran todos los documentos que habíamos fotografiado en el despacho del policía y luego fuimos a sentarnos a la barra del bar para examinarlos juntos.

—En esta misma barra de mármol negro la vi por primera vez hace diez días —le dije de repente a Scarlett.

Ella sonrió.

—Y fíjese dónde estamos ahora: metidos en una investigación criminal. Oiga, me sacará en alguna parte de su libro, ¿verdad?

—No sé si voy a publicar este libro, Scarlett.

—¡Hombre, escritor, tiene que publicarlo! Estoy convencida de que no nos queda nada para resolver el caso.

—¿Y descubrir lo que no vio la policía?

—Somos buenos investigadores —me hizo notar—. ¡Y además, este libro se lo van a quitar de las manos! Imagínese: un novelista resuelve un caso criminal en un hotel de lujo de los Alpes.

—Le recuerdo que me he quedado sin editor.

—Ya encontrará otro —me aseguró Scarlett.

—¡Imposible! Después de Bernard, cualquier editor me parecería insignificante.

—Entonces, ¿qué va a hacer? ¿Dejar de escribir?

—No tengo ni idea.

Nos quedamos callados un momento. Luego me levanté para volverme a mi habitación.

—¿Cenamos juntos, escritor? —me propuso Scarlett—. Y antes lo invito a tomar algo aquí. ¿Le parece bien a las ocho? Luego vamos a cenar. Me

muerdo por pedir otra vez la pasta del otro día.

—No, es todo un detalle, pero tengo que avanzar en el libro.

Se me quedó mirando entre triste y decepcionada.

—¿Por qué me hace siempre lo mismo, escritor? Le ofrezco compañía, pero la rechaza sistemáticamente.

—Ya sabe por qué lo hago, Scarlett...

—Lo sé. Pero me gustaría que las cosas fueran de otra manera.

—Si las cosas fueran de otra manera, no sería escritor.

—Bueno, pues a veces me gustaría que no fuera escritor.

—Si no fuera escritor, no estaríamos juntos ahora mismo.

Subí a mi cuarto y salí a la terraza a fumar un cigarrillo.

Pensaba en Bernard.

La penúltima vez que vi a Bernard fue un lunes, a mediados de diciembre, en París. Habíamos comido en el restaurante Le Dôme donde pedimos, como siempre, pez de San Pedro con una copa de vino. Hablamos de nuestros proyectos. Recuerdo haberle dicho a Bernard:

—Tengo varias ideas de libros. Pero fijo que el siguiente hablará de usted.

Se echó a reír antes de contestar:

—Voy a tener que vivir muchos años.

Luego me llevó en su Mercedes antiguo a la estación de Lyon.

A la mañana siguiente de ese día colmado de promesas, se puso muy malo. En el café Le Mesnil, debajo de la editorial, donde diariamente mojaba las tostadas del desayuno en el café.

Avisaron a los bomberos,^[1] que lo trasladaron de inmediato al hospital.

68. Jaque mate

En Corfú, una mañana soleada de mediados de junio.

Anastasia y Lev estaban desayunando en la terraza. De repente, un grupo de policías griegos de uniforme llegó desde la playa. Al frente iba un hombre vestido de paisano. Anastasia y Lev se miraron, inquietos. Los policías se detuvieron y el hombre de paisano se acercó solo y subió los peldaños que llevaban a la casa. Anastasia lo reconoció.

—Teniente Sagamore... —dijo.

—Buenos días, señora Ebezner; buenos días, señor Levovitch.

Por la forma en que el policía lo miraba, Lev comprendió que había ido por él.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó.

—El martes lo seguí desde Ginebra. Desde la plaza de Claparède hasta el aeropuerto, a la terminal de aviación privada.

—¿Estabas en Ginebra el martes? —dijo Anastasia, sorprendidísima—. Me dijiste que estabas en Londres. ¿Qué hacías en Ginebra?

Lev no contestó. Sagamore continuó hablando:

—Desde principios de año, señor Levovitch, usted va todos los martes a Ginebra. En un avión privado. He podido comprobar todos sus desplazamientos.

—Tenía la sesión con el doctor Kazan.

—¿Eres paciente del doctor Kazan? —dijo asombrada Anastasia—. ¿Por qué no me lo has dicho nunca?

—Señor Levovitch, usted no es paciente del doctor Kazan —intervino Sagamore—. Usted es el doctor Kazan.

Ese día, Levovitch se mostró magistralmente sorprendido ante las insinuaciones de Sagamore y la presencia de la policía. Aseguró sin embargo que ese caso lo tocaba muy de cerca y que estaba deseando ayudar

a la policía. Mandó que le sirvieran café a Sagamore y que también lo llevaran a la playa a los policías griegos.

—Por lo visto fue usted quien le recomendó al doctor Kazan a Macaire Ebezner —dijo Sagamore.

—Así es —confirmó Lev—. Un terapeuta excelente.

—¿Y cómo lo conoció?

—En una fiesta en el Palace de Verbier. Fue hace años. Me pareció un hombre fascinante. Me aceptó como paciente aunque tenía la agenda muy llena.

—Deme el nombre de otros pacientes —exigió Sagamore.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? El doctor Kazan está obligado al secreto profesional.

—Déjelo ya, señor Levovitch, ¡el doctor Kazan no ha existido nunca!

—No entiendo lo que está insinuando. Tiene la consulta en el número 2 de la plaza de Claparède.

Sagamore puso una carpeta encima de la mesa y la abrió. Dentro había tres hojas que el policía les enseñó a Lev y a Anastasia. Eran tres fotocopias.

—Son páginas sacadas de un álbum de notas y croquis que era de su padre, Sol Levovitch. Lo encontramos en un guardamuebles que tiene usted alquilado.

En cada una de las páginas había un dibujo con una descripción.

El primero representaba a Siniór Tarnogol.

El segundo representaba al doctor Kazan.

El tercero representaba a Wagner.

Al ver los tres dibujos, Anastasia dio un respingo que a Sagamore no le pasó inadvertido. Lev se quedó impertérrito.

—Son dibujos de mi padre, en efecto. Se le daba bien dibujar y observar a las personas.

—Explíquemelo —dijo Sagamore—. ¿Quién era Siniór Tarnogol?

—Un miembro del Consejo del banco —contestó Lev, muy relajado—. Y un cliente de toda la vida del Palace, como ya debe saber usted.

—¡Deje de tomarme por imbécil! —dijo irritado Sagamore—. Tarnogol era un personaje que se había inventado su padre, Sol Levovitch, ¡que era actor! Y otro tanto sucedía con el doctor Kazan y el tal Wagner.

—No conozco a ese señor Wagner —dijo Lev—. Ahí pone que es miembro de los servicios de inteligencia. No me extraña. Hubo una época en que, con todos los industriales extranjeros ricos que se hospedaban en el Palace, el hotel se convirtió en un auténtico nido de espías. Está claro que todas esas personas eran clientes del Palace. Pero ¿por qué no los interroga a ellos directamente?

—Porque han desaparecido del mapa por arte de magia —le espetó Sagamore—. Al mismo tiempo que usted.

—Teniente Sagamore —dijo Lev como si la cosa no fuera con él—, me temo que va por un camino equivocado.

Anastasia, por su parte, miraba al vacío, blanca como el papel. Lo había entendido todo. No dijo ni palabra para no correr el riesgo de incriminar a su amante. Pero su palidez bastaba. Sagamore se dirigió a ella:

—Señora Ebezner, hemos encontrado un arma suya en el lugar del crimen.

Anastasia siguió muda. Ahora estaba aterrada.

—Sé que estaba en el Palace de Verbier la noche del asesinato —prosiguió Sagamore—. Va a tener que explicarse.

Ella empezaba a venirse abajo. Tenía los nervios a flor de piel. Se echó a llorar. Sagamore se puso de pie. Hizo una seña a los policías griegos que subieron a su vez a la terraza.

—Anastasia Ebezner y Lev Levovitch —dijo Sagamore entonces—, quedan detenidos por el asesinato de Jean-Bénédict Hansen.

Los policías rodearon a Lev y a Anastasia y les pusieron las esposas antes de llevárselos.

Lev tenía miedo, pero no lo demostró. Anastasia iba llorando.

Todo había concluido.

Las puertas del paraíso griego se habían cerrado dejándolos fuera.

Cuarta parte

TRES AÑOS DESPUÉS DEL ASESINATO

Septiembre

69. Caídas

El otoño se iba enseñoreando de Ginebra.

En un supermercado del centro de la ciudad, Anastasia estaba colocando fruta en los expositores cuando se le acercó Irina. Trabajaban las dos en el mismo establecimiento. Era Irina quien le había encontrado el empleo a su hermana.

—Ven a ayudarme —dijo Irina de buenas—. Hace falta gente en la caja.

Anastasia siguió a su hermana dócilmente. Irina se había portado muy bien con ella. Después de todo lo sucedido, la alojó durante una temporada, hasta que pudo encontrar un pisito en el barrio de La Servette. Empezaba a hacerse poco a poco a la nueva vida.

El final de Corfú, tres años antes, había sido el final de todo. Luego había dejado a Lev. Y se había divorciado de Macaire. Los trámites habían sido sencillísimos: había renunciado a todo, no había pedido ninguna pensión. Solo había querido que se disolviera el matrimonio y hacer borrón y cuenta nueva tras los últimos quince años de su vida.

Se sentía muy sola. Irina solía decirle: «No tardarás en encontrar a alguien, no te preocupes». Pero a ella no le apetecía encontrar a *alguien*. Quería volver a encontrarlo a él. Quería volver a encontrar a Lev, al mozo de equipajes, joven y soñador, del Palace de Verbier. No quería saber nada de Lev Levovitch el banquero, ni del doctor Kazan, ni de Wagner, ni de Siniór Tarnogol.

*

Tres años antes

Mediados de junio

Nada más detener a Lev y a Anastasia en Corfú, los extraditaron a Ginebra. Pero no pudieron inculparlos. Gracias al talento de los mejores abogados, Lev desmontó pieza por pieza las acusaciones que había contra ellos.

No existía ninguna prueba concreta que los incriminase en el asesinato de Jean-Bénédict Hansen. Sí que estaban en el Palace de Verbier esa noche, pero también estaban muchas otras personas. ¿La pistola de Anastasia que habían encontrado en el lugar de los hechos? Ella aseguraba que la había perdido y, de todas formas, estaba demasiado deteriorada por la corrosión para que se pudiera demostrar formalmente que se trataba del arma del crimen.

—A mí también, igual que a usted, me gustaría entender qué sucedió en la habitación 622 del Palace de Verbier —le aseguró Lev al teniente Sagamore.

—¡No me tome el pelo, Levovitch! Jean-Bénédict había descubierto que era usted Tarnogol, ¿no?

—¿Que soy Tarnogol? —dijo, enfadado, Lev—. Me lleva repitiendo esa sandez desde que se presentó en Corfú. ¿Qué quiere decir con eso de que soy Tarnogol? Usted es usted y yo soy yo.

—¡Acabe ya con el numerito, Levovitch! ¡Lo sabemos todo!

—No tiene ninguna prueba de lo que dice.

—Tenemos ese anillo que le pertenece.

—Pues sí, han encontrado un anillo que me pertenece, que era de mi madre y que estaba en el cajón de mi escritorio del banco. Y por eso mismo no veo que sea nada del otro mundo.

—Un testigo afirma que ese anillo lo tenía Tarnogol.

—Su testigo se equivoca. Por no hablar de que un único testimonio tiene muy poco peso. Incluso podría ser falso.

—Se han encontrado muebles de Sinior Tarnogol en un guardamuebles que tiene usted alquilado. Los mozos de mudanzas que se encargaron de transportarlos han identificado los objetos inequívocamente.

—Le presté mi guardamuebles a Tarnogol.

—¡Usted es Tarnogol! —repitió Sagamore, que no se rendía—. Era un personaje que se había inventado su padre. Igual que a ese tal Wagner y a ese doctor Kazan. Tenemos sus descripciones en el álbum de su padre.

—Ya se lo he explicado varias veces. Eran clientes del Palace. Vaya a comprobar los registros de las reservas del hotel y verá que no le miento. Mi padre tomaba apuntes de los huéspedes. En cualquier caso, me he quedado de piedra al enterarme de que Kazan no tenía título de medicina. Espero que pillen a ese estafador.

—¡Lo está usted empeorando, Levovitch!

—Lamento decirle, teniente, que lo que va a empeorar, y mucho, va a ser su situación, por culpa de esta detención arbitraria.

Anastasia había respondido a las preguntas de Sagamore con el mismo aplomo.

—¿Qué hacía en el Palace la noche del asesinato? Lev y yo teníamos previsto escaparnos. Me parecía una cobardía abandonar a mi marido dejándole una triste nota en la cama de nuestro dormitorio. Así que fui a verlo a Verbier para contárselo.

Sagamore no podía por menos de constatar que las afirmaciones de Anastasia coincidían con lo que Macaire Ebezner había declarado anteriormente.

—Reconozca que eso de desaparecer en plena noche resulta raro — comentó Sagamore.

—Después de haber hablado con Macaire, no quería quedarme más tiempo en el Palace. ¿Para qué? ¿Para que me suplicase y me montase una escena para retenerme? ¿Para que me chantajease con un suicidio? Quería irme enseguida.

—¿Por qué Lev Levovitch no se fue con usted esa noche?

—Quería esperar al final del Gran Fin de Semana. La designación se había quedado a medias por culpa de la intoxicación masiva. Y además, quería irse del banco con elegancia, no salir huyendo como un bandido.

Los interrogatorios no tardaron en empantanarse. Hasta que a Sagamore no le quedó más remedio que soltar a Anastasia y a Lev. Salieron juntos de la sede la policía judicial de Ginebra, en el bulevar de Carl-Vogt. Caminaron unos metros por la acera. Cuando estuvieron a salvo de oídos indiscretos, Anastasia miró a Lev con ojos iracundos.

—¿Quién eres? ¿Lev Levovitch? ¿El doctor Kazan? ¿Sinior Tarnogol? ¿Wagner? Ya no sé a quién tengo delante. Sé que has mentado a la policía,

Lev. Pero ¡tus trucos de magia no van a funcionar siempre! Quiero saber por qué has hecho todo eso.

Lev se puso muy serio.

—Al principio no tenía previsto darle una vida muy larga al personaje de Tarnogol —explicó—. Pero el día que murió mi padre, decidí prolongar la superchería. Mientras Tarnogol siguiera vivo, mi padre también lo seguiría estando en cierto modo. Me dejé llevar por el juego. Ser Tarnogol, engañar a todo el mundo en el banco, era una sensación de lo más embriagadora. Con cada reunión del Consejo tenía un subidón de adrenalina. Y además, Abel Ebezner estaba furioso con Macaire por esta situación y debo confesar que esto no me desagradaba en absoluto.

—Pero ¡no te bastó y añadiste al doctor Kazan!

—Macaire buscaba un psicoanalista. Vi enseguida la oportunidad de dar vida a otro personaje de mi padre, el doctor Kazan, médico y psicoanalista berlinés. En ese momento contaba con una ventaja considerable: gracias a las acciones de Tarnogol tenía dinero de sobra; y así fue como alquilé, con una identidad falsa, una consulta. Puse una placa en la puerta y contraté una línea telefónica. ¿Quién iba a comprobarlo?

Anastasia estaba aterrada.

—¿Y Wagner? —preguntó—. ¿Y esa historia de los servicios de inteligencia? ¿También eras tú?

Lev asintió. ¡Para qué negarlo!

—Todo era una invención. Wagner, la P-30, sus supuestas misiones... Nunca hubo un doble asesinato en Madrid. Ese pobre informático goza de una salud excelente. A cambio de algo de dinero, su mujer y él aceptaron que yo simulase su asesinato y les sacara una foto, con sangre falsa y todo. Inventé un pretexto.

—Pero ¿qué sacabas de todo eso? —preguntó Anastasia.

—La satisfacción de controlar la vida de Macaire, que, a mi modo de ver, me había quitado lo que yo más quería: tú. Gracias al doctor Kazan, estaba al tanto de su intimidad. En cuanto a Wagner, cada vez que enviaba a Macaire a una misión fuera de Ginebra, lo alejaba un poco de ti. Desde que tú y yo nos volvimos a encontrar en el entierro de Abel, tenía previsto acabar con toda esta farsa. Wagner le había explicado a Macaire que cuando llegase a la presidencia tendría que renunciar a las misiones sobre el terreno.

—Pero, si tanto me querías —susurró Anastasia, trastornada—, ¿por qué no me hiciste ni caso todos esos años?

—Porque pensaba que eras tú la que no me hacía caso a mí. Que eras tú la que no quería verme. Quince años de silencio. Y así hemos acabado.

—Lev, ¿mataste a Jean-Bénédict porque había descubierto tu secreto?

—No.

—Ya no sé si puedo creerte. Ha habido tantas mentiras.

—Pregúntame todo lo que quieras.

—¿Qué pasó la semana antes del asesinato? ¿De verdad tenías previsto que nos fuéramos juntos?

—Solo soñaba con escaparme contigo, Anastasia. Pero sabía que Macaire nos iba a hacer la vida imposible. A menos que consiguiera que te cambiase por la presidencia.

—¿Quieres decir de la misma forma que te cedió sus acciones?

—Sí. Sabía cuánto quería esa presidencia. Estaba dispuesto a lo que fuera para conseguirla. Era el mejor modo de que nos dejase en paz. Conocía bien al redactor jefe de *La Tribune de Genève*. Le prometí organizar una entrevista con el presidente francés a cambio de que divulgara una filtración en la edición del fin de semana.

—¿El artículo que afirmaba que iban a elegir a Macaire presidente?

—Sí, quería que Macaire estuviera en el séptimo cielo. Para derribarlo a continuación. Al día siguiente, el lunes, fui muy temprano al banco con la apariencia de Tarnogol y me las apañé para que nuestra secretaria, Cristina, oyese una conversación telefónica falsa de la cual deduciría que a Macaire no lo iban a elegir presidente. Me quedaban cinco días antes del nombramiento del nuevo presidente.

—Pero estábamos juntos esa mañana —destacó Anastasia.

—Todavía estabas dormida —aclaró Lev—. Volví al Hôtel des Bergues en cuanto acabé el número. Luego ya no me quedó más que esperar y manipular a Macaire. Todo fue sobre ruedas. Gracias al personaje de Tarnogol pude acorralarlo. Gracias al personaje de Wagner pude descubrir el plan que había organizado con Jean-Bénédict de salvar a Tarnogol de un atropello después de la cena de la Asociación de Banqueros de Ginebra. Por eso Tarnogol no asistió a esa cena.

—Pero ¡yo os he visto juntos a Tarnogol y a ti en el vestíbulo del Hôtel des Bergues! —dijo Anastasia.

—Esa noche Alfred se vistió de Tarnogol —explicó Lev.

—Entonces, el viernes por la mañana —preguntó Anastasia—, cuando nos encontramos en la estación de Cornavin para irnos juntos y me dijiste que, supuestamente, Tarnogol estaba impidiendo que eligieran a Macaire, ¿no tenías intención de irte conmigo?

—Era Macaire el que impedía su propia elección. Porque me oponía resistencia. El viernes por la mañana, gracias al personaje de Wagner, descubrí que estaba seguro de que podría persuadir a Tarnogol para que lo nombrase presidente. Macaire no parecía nada convencido de aceptar el pacto con Tarnogol y renunciar a ti a cambio de la presidencia, Anastasia. Tenía que encontrar algo para que cediera. Así que no me quedó otra que retrasar nuestro viaje. Y aproveché para buscar pruebas que comprometieran a Macaire asaltando vuestra casa.

—¿Cómo? ¿El asaltante eras tú?

—Alfred, para ser exactos. Por orden mía.

—¡Alfred! —dijo Anastasia con voz ahogada y dándose cuenta de que ese día había reconocido los ojos de Alfred sin conseguir identificarlo—. ¿Cómo pudiste...?

—Alfred había estado espionando a Macaire y había visto la combinación de la caja fuerte —siguió Lev—. Yo quería hacerme con el cuaderno de notas de Macaire para poder presionarlo. No sabía lo que había en ese cuaderno, pero pensaba que debía de ser algo importante si le dedicaba tanto tiempo y lo metía en la caja. Así que Alfred tenía que aprovechar nuestra cita en la estación para llevárselo. Pero el cuaderno ya no estaba en la caja. Entonces me llamó para saber qué tenía que hacer. Como yo suponía que ibas a volver a tu casa, le dije que te esperase y te diera un susto. Quería que Macaire creyese que los servicios secretos la tomarían con él si no conseguía la presidencia.

—¿Cómo pudiste hacerme eso, Lev?

—Lo hice por nosotros.

—Lo hiciste por ti —replicó Anastasia.

Se miraron en silencio. Lev vio un taxi y le hizo una seña para que se detuviera.

—Ven —le dijo a Anastasia—. Vamos a algún sitio para hablar de todo esto tranquilamente.

Pero ella se quedó atrás.

—No voy a irme contigo, Lev.

—Anastasia...

—¡Vete! ¡Te lo pido por favor!

Él obedeció con la cabeza gacha. Se metió en el taxi, que estaba esperando, y desapareció. Ella esperó a que estuviera lejos para romper a llorar. Otra vez estaba sola. Vagó sin rumbo y no tardó en llegar a la plaza de Le Cirque. Vio entonces el Remor, ese café donde había pasado tanto tiempo cuando estaba empezando a salir con Lev. Como no sabía ni adónde ir ni qué hacer, se metió en el café: se detuvo en seco en el umbral al ver a uno de los clientes, en una mesa, que la miraba también, estupefacto. Era Macaire.

Se sentó enfrente de él. Estuvieron ambos sin decir nada mucho rato. Luego Anastasia susurró:

—Siento mucho todo.

—Yo también lo siento.

—¿Qué tal estás?

—Mucho mejor. He rehecho mi vida. Estoy muy enamorado.

—Me alegro por ti.

Charlaron un buen rato. Tomaron decisiones para un divorcio rápido. Los dos querían pasar página enseguida. Antes de separarse, Macaire preguntó en tono confidencial:

—Anastasia..., hay una cosa que tengo que saber... ¿Mataste a Jean-Béné?

—No —le aseguró ella—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Es por la nota que me metiste por debajo de la puerta de mi habitación.

—En el momento de salir huyendo del Palace, en el momento de separarnos, me entraron ganas de dejarte una nota. Para decirte que fuiste importante para mí a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —protestó Macaire, muy ofendido—. Qué elegante.

—No he tenido la vida que quería, Macaire. No debería haberme casado contigo. Te hice perder el tiempo y lo lamento. Con lo valioso que es el tiempo y lo corta que es la vida. Habría que dedicarlos a querer de verdad. A querer con todo el corazón.

—Nunca me quisiste, ¿eh?

—Nunca te quise como tú habrías querido que te quisiera. Por eso necesitaba pedirte perdón.

Le dio un beso en la mejilla a Macaire y se fue.

Transcurrieron tres meses.

Al final de una hermosa tarde de principios de septiembre, el público acudía a la Place de Neuve, donde estaba el Grand Théâtre, para asistir al estreno de *Nabuco*. Decían que esa nueva adaptación de Verdi era absolutamente excepcional y la flor y nata de Ginebra se agolpaba en la Ópera.

Entre los espectadores, Macaire y Arma, radiantes, llegaron cogidos de la mano para ocupar uno de los mejores palcos de la sala. En el entreacto, a Macaire le apeteció salir a tomar el aire mientras que Arma prefirió quedarse en el palco. Salió solo a la escalinata exterior, donde se topó con Lev. Los dos hombres se echaron a reír.

—¿Un cigarrillo? —propuso Lev.

—¿Por qué no? —aceptó Macaire.

Se apartaron de los demás espectadores y fueron a sentarse en los peldaños de piedra, admirando el parque de Les Bastions.

—Gracias, Wagner —le dijo entonces Macaire.

Lev sonrió:

—¿Gracias por qué?

—Fui feliz gracias a ti. Todas las misiones fueron emocionantes. Tuve la impresión de existir más. Esos momentos, incluso si no existieron, los viví de verdad.

—¿No me guardas rencor? —preguntó Lev tras un titubeo.

—¡Al contrario! —le aseguró Macaire—. ¿Sabes? Después de irse Anastasia, fue difícil. Luego me di cuenta de que era la oportunidad de rehacer mi vida, de aprender de mis errores y de vivir una existencia más acorde con mis aspiraciones. Arma y yo nos hemos prometido. Soy feliz.

—¡Qué buena noticia! —dijo entusiasmado Lev—. ¡Me alegro mucho por vosotros!

—Gracias, me conmueves. Con Arma tengo un amor como no lo había vivido nunca. Espero que vengas a la boda.

—Cuenta con ello —prometió Lev.

—Gracias, hombre. En el fondo, somos casi como dos hermanos, ¿no?

—Es cierto. He estado más cerca de ti en estos últimos quince años que de cualquier otra persona. Por cierto, ¿Tarnogol también está invitado a la

boda?

Macaire se echó a reír:

—¿Cómo conseguiste algo así? Es prodigioso.

—Mi padre me había enseñado todo —confesó Lev—. Pero fue más que nada un cúmulo de circunstancias. No me reconociste cuando nos cruzamos en la escalinata del Palace y yo quería ver hasta dónde podía llegar la superchería. Todo duró mucho más de lo que tenía previsto.

—¿Y el doctor Kazan? —preguntó Macaire—. ¿Era un personaje de tu padre también?

—Sí, un día me abriste el corazón, no sé si lo recuerdas. Te tenían trastornado las consecuencias del caso Tarnogol: notabas que tu padre no te valoraba y sufrías muchísimo. Inmediatamente vi la oportunidad de darle vida al doctor Kazan.

—Nos entendimos enseguida —dijo Macaire.

—Sí, y duramos más de diez años.

Macaire sonrió.

—¿Y Wagner? ¿Cómo se te ocurrió semejante idea?

—Un día le contaste al doctor Kazan cuánto te gustaría que tu vida fuera menos monótona. Que querías acción y no pasarte la vida detrás de un escritorio. Y resulta que en una reunión del Consejo, en la que participaba mi personaje de Tarnogol, Abel nos explicó que la policía federal había solicitado la ayuda del banco en una investigación de Scotland Yard sobre blanqueo de capitales.

—La Operación Bodas de Diamante —cayó en la cuenta Macaire.

—Eso es. El Consejo decidió atender a la solicitud de Scotland Yard, lo que era de alto secreto. Y a mí me dio la idea de hacer que saliera del álbum de mi padre el personaje de Wagner, un agente de los servicios de inteligencia que solía alojarse con regularidad en el Palace para espionar a clientes extranjeros ricos. Wagner te pidió que le transmitieras información que el Consejo en realidad había transmitido ya a la auténtica policía federal.

—De ahí el artículo en el periódico que hizo completamente creíble a Wagner.

—Exactamente —confirmó Lev—. Fue un golpe de suerte inesperado. Después de eso, decidí crear un universo alrededor de Wagner y, sobre todo,

la P-30 que, so pretexto de ser un servicio clandestino, me permitió liberarme de cualquier compromiso de existencia oficial.

—Pero, aun así, sabías que había comprado un arma —comentó Macaire.

—Se lo habías dicho al doctor Kazan; es decir, a mí; es decir, a Wagner.

—¿Y la carta del presidente de la Confederación?

—Una falsificación que encargué.

—¿Y los informes que le enviaba al Consejo Federal?

—Lo que Wagner llamaba «informe» en realidad no era más que una carta muy larga enviada por correo a la que la administración respondía con una carta estándar, como hace con todos los ciudadanos que escriben al Gobierno. En lo referido a las misiones, me limité a mandarte a pasear por Europa a costa del banco. Tus informes acerca de los edificios de las administraciones fiscales solían acabar en alguna papelera del Grand Théâtre. Como bien sabes, el asesinato de Madrid no ocurrió nunca. Y los abogados que hicieron de intermediarios con los agentes de Hacienda en el extranjero eran mis abogados, que estaban en el ajo.

—¿Y los agentes de Hacienda?

—Actores.

—¿Y Pérez, el agente de los servicios de inteligencia de Madrid?

—Otro actor.

—¡Qué barbaridad! —dijo divertido Macaire—. Lo idiota que puede ser uno a veces.

—No —dijo Lev—, cuando se quiere de verdad creer en algo, solo se ve lo que se quiere ver.

Macaire asintió.

—¿Sabes, Lev? No me arrepiento de nada de lo que ocurrió durante esos quince años. ¡Gracias a ti he vivido!

—Es un gran alivio poder contártelo todo —confesó Lev.

—Has conseguido vivir cuatro vidas.

Lev sonrió a medias. Pasó un ángel y, luego, Macaire preguntó:

—Lev, ¿qué ocurrió en la habitación 622 aquella famosa noche de diciembre?

—Lo ignoro. No sé quién mató a Jean-Bénédict.

Desde el *foyer* sonó la llamada para que los espectadores volvieran a la sala.

—Antes de entrar —dijo Macaire—, tengo una última pregunta. Fue Wagner quien me puso sobre tu rastro en Corfú. Pero si Wagner eras tú, ¿por qué lo hiciste?

Lev suspiró. Sonrió con tristeza.

Sabía desde el principio que al huir con Anastasia corría el riesgo de que su relación cambiara.

Sabía que la pasión del reencuentro que habían vivido en Ginebra, la pasión de lo prohibido, la pasión de la novedad, esa necesidad que tenían ambos de verse continuamente, de adorarse cuando estaban juntos y de desesperarse cuando estaban separados, sabía que todo eso lo estropearía la convivencia cuando estuvieran ya juntos definitivamente en Corfú. Había que admitirlo: cuando no se hace nada, los días resultan muy largos. A veces se aburrían. Entonces, para proteger esa pasión mutua, habían tenido que luchar: esa comedia de la ropa bonita, del refinamiento y de las velas, tanto prepararse, tanto lavarse, tanto superarse... Había que someterse a ese interminable carnaval, la única medicina contra la fatalidad del amor y el poder disolvente de la rutina que padecen todos los enamorados cuando, tras haber sido dos amantes diferenciados, son solo ya una pareja unida. Es el comienzo de la gran adaptación, del gran olvido de uno mismo y del otro, el final de la gran mentira que les había permitido hasta ese momento ser perfectos, guapos, impecables y oler siempre bien y que de repente autoriza todas las formas de la dejadez: la ropa cómoda, los pantalones elásticos, la barriga creciente, el vello poco favorecedor, el mal aliento... «Cariño, ¿puedes traerme papel higiénico, por favor?» La cena en una bandeja delante de una peli. Quedarse dormidos como fardos tirados en el sofá con la televisión a todo volumen y la boca abierta, roncando y lo que haga falta. ¡Nunca!, se había prometido Lev. ¡No con Anastasia! Antes muerto.

Para precaverse de ello, hacía falta un enemigo. Hacía falta el marido celoso que se planta en Corfú y organiza una tragedia; y poder así irse a otra parte y reencontrarse otra vez. Volver a empezarlo todo a partir de cero. Una pareja siempre nueva es una pareja que no se desgasta nunca, había pensado Lev.

A Macaire solo le dijo:

—Creo que Corfú estaba abocado al fracaso.

Se pusieron de pie.

—¿Sin rencor? —le preguntó Lev a Macaire.

—¡Estás de broma! —le sonrió Macaire.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos fraternal. En la mirada de Macaire había algo triunfante. De repente, se desabrochó la camisa y le enseñó a Lev un micrófono pegado al pecho con cinta adhesiva. Unos policías de paisano salieron de la oscuridad y agarraron a Lev. Entre ellos estaba Sagamore.

—Esto es lo que se llama una confesión, señor Levovitch —le dijo antes de meterlo en un coche camuflado.

*

Tres años después, Anastasia rumiaba una y otra vez aquellos sucesos. Se había enterado de la detención por la prensa, como todo el mundo. Había seguido el juicio hasta el mínimo detalle: había acudido al tribunal tantas veces como había podido y conservado todas las reseñas publicadas en el periódico. Había tenido la esperanza de que Lev saliera bien parado. Al fin y al cabo, siempre caía de pie. Ella, que no creía en Dios, se había sorprendido rezando.

Tres años después, aunque no había vuelto a verlo desde entonces, no podía evitar pensar en él continuamente. Los domingos, salía a pie del barrio de La Servette e iba, calle de Chantepoulet abajo, hasta el lago Lemán y el Hôtel des Bergues. Elegía un banco y se sentaba un buen rato para mirar el edificio majestuoso. Examinaba la quinta planta de la fachada, con los ojos clavados en las ventanas de la *suite* donde él había vivido. Se preguntaba quién la ocuparía ahora. Luego, seguía andando y bordeaba el muelle del Mont-Blanc hasta el hotel Beau-Rivage. Se sentaba en un sillón del salón y pedía un té negro. Seguía pensando en él. Volvía a verlo, allí mismo, dieciocho años antes, interpretando para su madre el número del conde Románov. Desdoblaba el artículo de *La Tribune de Genève*, de los tiempos del juicio, que llevaba metido en el bolso. Había una foto grande de Lev, tan apuesto como siempre, a su llegada al Palacio de Justicia, y justo encima este titular:

CAÍDA DE LA ESTRELLA DE LA BANCA LEV LEVOVITCH

El tribunal de primera instancia de Ginebra ha declarado a Lev Levovitch culpable de estafa, ejercicio ilegal de la medicina y abuso de confianza. Recordemos que, entre otras cosas, el banquero perteneció con una identidad falsa al Consejo del Banco Ebezner y abusó durante años de la confianza de Macaire Ebezner, el actual presidente de dicho banco. Ha sido condenado a cuatro años de prisión incondicional y a la incautación de todos sus bienes. Con una prohibición de por vida para trabajar en el ámbito bancario.

70. Intoxicaciones

Miércoles 4 de julio de 2018.

En mi *suite* del Palace de Verbier, Scarlett braceaba en un mar de recortes de periódico. Había revisado todas las reseñas del juicio de Levovitch, al que tanto jugo le había sacado la prensa. La notaba impaciente: pensaba que nos estábamos acercando a la meta.

—Lo he repasado todo, escritor, y llego siempre a la misma conclusión: el asesino es Levovitch.

—Sin embargo, la justicia lo exculpó de esa acusación.

—Lo exculpó por falta de pruebas —matizó.

—No retuerza las palabras: si no hay pruebas, no es culpable. Ya sabe el dicho: inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Lo que me descoloca es por qué encontraron las cosas de Tarnogol en la habitación de Jean-Bénédict Hansen. ¿Qué sabía Jean-Bénédict Hansen? ¿Qué relación tenía con Levovitch? El quid del caso está ahí, estoy segura.

—¿Qué se le ocurre? —pregunté.

—Por ejemplo, no sabemos quién provocó el envenenamiento masivo del sábado por la noche del Gran Fin de Semana. Ni por qué, dicho sea de paso. Sabemos que Macaire y Jean-Bénédict manipularon unas botellas de vodka, pero Macaire Ebezner afirmó a la policía que buscaba un lote determinado y Jean-Bénédict Hansen ya no estaba para dar su versión de los hechos.

Scarlett quería interrogar a Macaire Ebezner a toda costa, pero desde que nos había recibido brevemente en el banco nuestras solicitudes de cita quedaban sin respuesta.

—Lo que es seguro es que ni Macaire Ebezner ni Jean-Bénédict Hansen se intoxicaron —siguió diciendo Scarlett—. Sus nombres no figuran en la lista de personas ingresadas esa noche.

Enarboló esa lista, que habíamos encontrado en el informe de la policía.

—¿Y Lev Levovitch? —pregunté.

—Se intoxicó —señaló su nombre subrayado en una de las páginas.

Se enfrascó un momento en la lista de nombres. De repente se puso muy seria.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó.

—¿Qué ha encontrado?

—¡Ay, Dios mío! —repitió—. ¡Mire!

Rodeó un nombre con un bolígrafo rojo y me alargó la hoja.

—Arma, la empleada de hogar de los Ebezner —me dijo Scarlett—. Padeció la intoxicación. Arma estaba en el Palace de Verbier durante el fin de semana del asesinato.

71. Arma

El descubrimiento de Scarlett nos obligó a hacer otro viaje de ida y vuelta a Ginebra el jueves 5 de julio para tener otra conversación con Arma. Quedamos con ella a primera hora de la tarde a orillas del lago Lemán. Hacía mucho calor. Anduvimos un rato juntos para llegar al puente de Les Bergues y sentarnos en un banco a la sombra de los árboles de la isla Rousseau. Ginebra no estaba nunca tan hermosa como en verano, verde y bañada de sol, que le daba al agua del lago reflejos de esmeralda y un aire a mar caribeño.

—Lo sabemos todo, Arma —dijo Scarlett.

—¿Qué es lo que saben?

—Que estuvo en el Palace de Verbier el fin de semana del asesinato. Se intoxicó el sábado por la noche y acabó en el hospital. Por lo visto, a la policía se le pasó ese detalle en su momento porque no consta en ninguna parte del expediente.

Arma agachó la cabeza.

—¿Por qué fue a Verbier ese fin de semana? —pregunté.

—Quería asistir al nombramiento de Macaire. Se suponía que iba a ser uno de los grandes momentos de su vida, quería vivirlo. Llevaba casi un año alegrándome por él.

—¿Él sabía de su presencia allí?

—No, claro que no. Probablemente no la habría autorizado. Yo lo único que quería era meterme en un rinconcito discreto del salón para presenciar su triunfo. De hecho, había pedido librar ese día con tiempo de sobra. Así que fui a Verbier el viernes mismo; había reservado un cuartito en un hostel. El sábado por la noche me arreglé y me colé en el cóctel, en el salón de baile del Palace. Nadie me preguntó nada.

—¿Y qué pasó luego?

—Reconozco que estaba algo nerviosa y pedí un cóctel. Un poco después, en el momento del anuncio, me puse muy mala de repente. Todo el mundo se puso muy malo. Acabé en el hospital. No salí hasta el lunes por la mañana, entonces fue cuando me enteré de lo del asesinato.

—¿Así que nadie supo nunca que estaba en el Palace esa noche? —preguntó Scarlett.

—Nadie. Aparte de Macaire. Por eso me dejó. Como ya les dije cuando nos vimos el otro día, fue por todos esos sucesos por lo que perdí a Macaire.

—¿La dejó porque descubrió que había ido a Verbier?

—No, me dejó porque creyó que yo había matado a Jean-Bénédict Hansen.

Arma rompió a llorar. Scarlett y yo nos miramos con expresión intrigada.

—¿Por qué pensó Macaire que usted había matado a Jean-Bénédict Hansen?

Pero Arma no nos contestó. Agarró el bolso y se fue, sollozando.

No nos quedaba más remedio que aclarar ese punto. La única persona que podía responder a nuestras preguntas era Macaire Ebezner. Sabíamos que no nos iba a recibir en el banco. Por lo que nos había dicho Arma, ahora vivía en un piso del muelle del Général-Guisan. Así que nos plantamos delante de la puerta de su edificio hasta media tarde, esperando a que volviese del banco. Cuando por fin llegó, le molestó vernos.

—¿Otra vez ustedes? Creía que me había expresado con total claridad.

—Señor Ebezner, tenemos que hablar con usted a toda costa.

—Y yo no tengo nada que decirles.

—Es sobre Arma. Sabemos que estaba en Verbier el fin de semana del asesinato.

Macaire Ebezner no pudo negarse a la conversación. Nos llevó a su gigantesco piso y nos acomodó en el salón, por cuyo ventanal se tenía una vista fantástica del Jet d'Eau.

—Así que han seguido husmeando —nos dijo con un tono muy desagradable.

—Hemos investigado —rectificó Scarlett— y hemos descubierto que su exempleada del hogar y expareja, Arma, estaba en el Palace de Verbier durante el fin de semana del asesinato.

—¿Cómo lo han sabido? —preguntó Macaire.

—Está en la lista de personas ingresadas por el envenenamiento. Ese detalle se le pasó a la policía. Tengo curiosidad por saber cómo se dio cuenta usted de que ella estaba en Verbier.

*

Un año después del asesinato
Diciembre

Era un jueves a media tarde. En la casa de Coligny, Arma, con brillantes en las orejas y luciendo un conjunto con estampado de leopardo, se metía con la criada:

—Venga, a ver si me friega un poquito mejor el suelo.

—Se siente, señorita —gimoteó la asistenta.

—Se siente, se siente, qué fácil es sentirlo todo tanto. A ver si sentimos menos y nos fijamos más.

Se abrió la puerta de la calle y apareció Macaire, a todas luces de muy buen humor. Arma se echó en sus brazos y lo llenó de besos. Cada vez que lo recibía así, Macaire pensaba que con Anastasia nunca le había pasado algo semejante. Ahora se sentía realmente muchísimo más feliz. Era un hombre nuevo.

—¿Qué tal el día, cariño? —le preguntó Arma.

—Muy bien. Sabrás que he anulado todas mis citas de mañana. Nos vamos de fin de semana largo. Ha nevado en los Alpes, me apetece aprovecharlo. Y además, hay compradores que vienen a ver la casa el sábado y no tengo ganas de que me den la lata. Voy a dejar al de la agencia que se las apañe solo.

Ella se le colgó del cuello.

—¿Dónde nos vamos de fin de semana? —preguntó.

—Me apetece ir a Verbier —dijo Macaire.

—¡Ay, sí! ¡Verbier! ¿Dónde? ¿Al Palace?

—Para ser sincero, me lo estoy pensando. Hace justo un año que asesinaron allí a Jean-Bénédict.

—Hay que olvidar toda esa historia. Apartar esos recuerdos horrorosos. ¡Tampoco te vas a pasar toda la vida sin ir al Palace!

—No lo tengo claro...

—¡Venga, cariño! ¡Todo ese lujazo! Nos encerraremos en la habitación, encenderemos la chimenea y la miraremos desde el sofá.

—Bueno, por darte gusto —consintió Macaire.

Tras quitarse el abrigo, pasó al salón y se puso un whisky. Se lo tomó junto a la ventana, mirando cómo la nieve se posaba despacio en el césped helado. Dejó vagar sus pensamientos. Se acordó de Anastasia. Era algo que le sucedía con regularidad. Se preguntaba por dónde andaría y qué estaría haciendo. Si sería feliz. Ya no la quería y, aun así, la seguía queriendo. Cuando se ama, es para siempre.

Probablemente porque acababa de mencionar el Palace de Verbier, recordó la nota escrita con barra de labios en el espejo del cuarto de baño:

Estoy aquí, gatito mío.

A.

Se preguntó de pronto por qué esa simple «A». Siempre había rematado sus cartas desde Corfú poniendo «Anastasia». Y lo mismo en la nota que le metió por debajo de la puerta. De pronto le vino a la memoria una frase de una de esas cartas: «Fui a Verbier para romper contigo, no para dejarte mensajitos cariñosos». Luego volvió a pensar en lo que Arma le había dicho hacía un momento: «Nos encerraremos en la habitación, encenderemos la chimenea y la miraremos desde el sofá». Nunca habían ido juntos al Palace de Verbier. ¿Cómo podía saber que todas las *suites* tenían chimenea y, delante, un confortable sofá? Con la impresión se le cayó el vaso de las manos.

Arma, al oír el ruido de cristales rotos, entró corriendo en el salón. ¡Se encontró a Macaire palidísimo!

—¿Qué pasa, cariño?

—¡Eras tú! —dijo él—. ¡Estabas en el Palace el fin de semana del asesinato! Te hiciste pasar por mi mujer, te metiste en mi habitación y me dejaste esa nota escrita con barra de labios para hacerme creer que era de Anastasia.

—No. Te oía decir cuánto te gustaba ese tono de carmín. Le había pedido a una prima mía que vive en París que me lo mandase. Me lo ponía cuando estaba aquí para que te fijases en mí, pero nunca lo viste. Acababa de

terminar de escribir la nota en el espejo cuando oí la puerta de la habitación. Me escondí en un armario y se me olvidó la barra de labios en el lavabo.

—Pero ¿qué demonios hacías en el Palace?

—Quería asistir a tu nombramiento. Estaba tan orgullosa de ti... Era tu gran día. Por eso te había pedido el día libre: quería estar presente en tu coronación. Había hecho una reserva hacía meses en un hostalito del pueblo. Mientras tanto, descubrí que Anastasia iba a abandonarte, que no la encontrarías en casa cuando volvieras. Así que quería declararte mi amor. ¡Para que pudieras estar con alguien que te quisiera de verdad! Me presenté en la recepción del Palace y dije que era tu mujer. El empleado ni siquiera me preguntó nada y me dio una copia de la llave. Como no estabas en la habitación, te dejé esa nota en el espejo del cuarto de baño y fui a esconderme para ver cómo reaccionabas. Pero cuando por fin volviste a la habitación, me entraron las dudas. Me dio miedo parecer ridícula. Y luego, de pronto, un individuo te llamó desde la terraza y, claro, no salí. Pensé que era mejor admirarte de lejos, que sin duda me rechazarías. En el fondo, solo era tu empleada del hogar.

Macaire estaba pasmado. Tuvo que servirse otro vaso de whisky y lo apuró de un trago. Entonces preguntó con voz trémula:

—Arma, ¿robaste la pistola dorada de Anastasia?

Ella se quedó mirándolo en silencio y, al cabo, se echó a llorar.

—Había encontrado la pistola en el equipaje que Anastasia había escondido en el armario hasta que se marchara con Levovitch. No sé por qué registré sus cosas, seguramente porque quería descubrir dónde iban. Esperaba encontrar un billete de avión o una nota. Y me topé con el arma. Primero me dio miedo que Anastasia quisiera matarse. Estaba muy sensible esa temporada y pensé que iba a hacer algo horrible, como en *Romero y Julieta*. Primero quise librarme de la pistola. Tirarla al lago o algo por el estilo. Pero me entró miedo de que me vieran y me tomaran por una criminal. Pensé en un barranco en la montaña, donde no la encontrase nadie. Y entonces me la llevé a Verbier.

—¡Arma! —susurró Macaire, espantado—. ¿Fuiste tú quien mató a Jean-Bénédict?

—¡No, te aseguro que no lo maté!

—¿Entonces qué demonios hiciste? —exigió saber Macaire, que notaba que Arma no se lo estaba contando todo.

—El sábado por la tarde, cuando estaba escondida en tu habitación, te oí hablar de Tarnogol. Sabía que te daba muchos quebraderos de cabeza y que era una amenaza para tu elección. Al volver de la terraza, dijiste que ibas a matarlo. Pero yo no quería que acabases en la cárcel. No habrías aguantado en la cárcel. ¡Lo habrías perdido todo, habrías acabado suicidándote! No podía dejar que lo hicieras. Tenía que tomar cartas en el asunto. Prefería mil veces que me condenasen a mí. Pensé que era una señal del cielo: si había encontrado esa pistola, si había ido allí con ella, era porque tenía que usarla. Había llegado el momento de demostrarte cuánto te quería. De iluminarte la vida con una acción valerosa. ¡Y además, todo el mundo se habría enterado! Se lo habría dicho al juez y a los jurados, habría salido en el periódico. ¿Puede haber mayor prueba de amor? ¡Habría dejado de ser nada más que una asistente, habría sido la enamorada terrible! ¡La Bonnie del amor! Sentí que ese día mi vida iba a dar un giro. Así que a las seis me mezclé con los empleados del banco en el salón de baile. Llevaba la pistola en el bolso y había decidido que en cuanto Tarnogol apareciera en el escenario le pegaría un tiro. ¡Por ti, amor mío! Pero, claro, estaba muy nerviosa, así que pedí un cóctel de vodka, para darme valor. Me tomé varios, qué menos para matar a un hombre. Y empecé a sentirme muy mal. Poco después de que el Consejo subiera al escenario me puse a vomitar. Cuando llegaron los servicios de emergencia, salí como pude del salón, tenía que librarme del arma antes de desmayarme y evitar que me la encontrasen encima. Fui al azar por los pasillos hasta una ventana desde la que tiré la pistola a un matorral cubierto de nieve. En ese momento no pensé que la nieve acabaría derritiéndose. No pensé en nada. Me libré de la pistola y me desmayé. Cuando volví a abrir los ojos, estaba en el hospital de Martigny.

Sin saber ya qué pensar, Macaire echó a Arma de la casa y se encerró en su gabinete. En la habitación, con el teléfono en la mano, se quedó mirando fijamente una tarjeta del teniente Sagamore.

*

—Pero al final no llamó a la policía —le dijo Scarlett a Macaire—. ¿Por qué?

Antes de responder, Macaire se levantó del sillón para ir a hurgar en el cajón de un mueble cerrado con llave. Sacó una carpeta, que nos alargó.

—Preferí hacer las comprobaciones personalmente. Esta es la ficha de ingreso hospitalario de Arma la noche del asesinato. Y un informe del médico que la reconoció. Los tengo guardados desde entonces, pensando que esta historia podría volver a salir a flote algún día.

Scarlett miró por encima los documentos.

—Pone que ingresaron a Arma el sábado 15 de diciembre a las ocho y cuarto y que no salió del hospital hasta el lunes por la mañana. La intoxicación fue grave y estuvo con suero todo ese tiempo.

—Mientras ocurría el asesinato —siguió diciendo Macaire—, Arma estaba en el hospital de Martigny, o sea, a media hora en coche de Verbier, con un gotero en el brazo. Me parece que es una coartada muy sólida.

Scarlett asintió y, luego, dijo:

—Investigó usted después. Lo cual no explica por qué, sobre la marcha, decidió no avisar a la policía.

—Porque si hubiera sido Arma la que mató a Jean-Bénédict, si hubiera matado para protegerme, entonces me habrían querido como no me habían querido nunca.

—Y, después de descubrir que no fue Arma, ¿no volvió con ella?

Macaire miró a lo lejos. Como si se avergonzase de la respuesta.

—Me di cuenta de que estaba con ella por razones equivocadas: no era más que una pálida imitación de Anastasia. Su fantasma. La única mujer a la que he querido en la vida es Anastasia. Tarnogol tenía razón, su profecía era exacta: me convertí en presidente del banco, pero me quedé solo.

—Tarnogol no existió nunca —comenté.

—Y, sin embargo —me contestó Macaire—, sí que estaba allí.

72. Fin de partida

Scarlett y yo nos fuimos de casa de Macaire Ebezner y de Ginebra sin haber avanzado gran cosa en la investigación. Seguíamos sin identificar al asesino. De vuelta a Verbier, nos encerramos en mi *suite* para encajar, una vez más, todas las piezas del puzle. Nos tiramos horas repasando todos los documentos del expediente; pedimos la cena al servicio de habitaciones: hamburguesas con queso y patatas fritas, que nos comimos mientras examinábamos minuciosamente y volvíamos a leer esos documentos, a pesar de haberlos leído ya varias veces.

Se nos escapaba un detalle, pero ¿cuál?

A las dos de la madrugada estábamos mirando fijamente la pared en la que habíamos colocado, en tres hojas de papel, los nombres de los tres sospechosos potenciales del caso:

ANASTASIA LEV MACAIRE

Scarlett suspiró mientras observaba una foto del panel que había realizado en su momento el teniente Sagamore y que señalaba a esos mismos sospechosos.

—Hemos llegado a la misma conclusión que la policía —dijo Scarlett—. Nos hemos atascado en el mismo punto de la investigación.

Estábamos agotados. Y, debo reconocerlo, un tanto alicaídos. Pero no podíamos flaquear.

—¿Un cafetito? —propuse.

—Vale.

Metí las cápsulas en la cafetera. Scarlett volvió a clasificar metódicamente todos los elementos del panel de Sagamore usando los documentos que habíamos fotografiado de manera ilegal. Pasó otra hora

revisando todos los indicios que Sagamore había tenido en cuenta en su momento. Así fue como sacamos de nuevo a relucir la intervención del servicio de seguridad en la habitación 623 y el siguiente extracto de la declaración que el denominado Milan Luka, jefe de seguridad del Palace, hizo a la policía la mañana del asesinato:

«El sábado 15 de diciembre por la noche, a las doce menos diez, me llamaron porque había un alboroto en la habitación 623. Fui en el acto a esa habitación, donde me recibió un hombre que me aseguró que todo iba bien. Pensé que quizá me había equivocado de habitación. No había ni un ruido en el pasillo. Todo parecía tranquilo. No insistí y me marché. Informé al director por si se daba el caso de que hubiera que intervenir de nuevo. La noche había sido tremenda y más valía ser prudente. Pero no hubo ninguna llamada más. El resto de la noche fue tranquilo. En fin, si se puede decir así: al día siguiente se encontró un cadáver en la habitación 622.»

Después de leérmelo, Scarlett añadió:

—El informe especifica que el hombre que recibió al jefe de seguridad en la habitación 623 era Jean-Bénédict Hansen, a quien reconoció en una foto.

Se interrumpió, pensativa de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El jefe de seguridad habla de «un alboroto».

—Sí. ¿Y qué?

—Eso presupone algo así como una pelea, ¿no?

—Sí, efectivamente. Es una discusión ruidosa.

—Así que eso implica que Jean-Bénédict Hansen no estaba solo en la habitación 623. Por entonces esto no le llamó la atención a Sagamore porque pensaba que Jean-Bénédict Hansen era Tarnogol. Así pues, la presencia de Jean-Bénédict en la habitación 623, la de Tarnogol, no tenía nada de sorprendente. Pero Tarnogol era en realidad Lev Levovitch. A Sagamore se le escapó ese detalle.

—¿Así que Jean-Bénédict se peleó con Tarnogol, o sea, con Levovitch!

—dije, al entender adónde quería llegar Scarlett.

Ella asintió.

El sábado 15 diciembre, Jean-Bénédict Hansen se estaba peleando con Levovitch. Unas horas después, lo encontraron muerto.

*

Milan Luka ya no trabajaba en el Palace desde hacía años, pero nos bastó con buscar en internet para encontrarlo: ahora dirigía su propia empresa, llamada Luka Seguridad, cuyas oficinas estaban en Sion.

Así fue como a la mañana siguiente, viernes 6 de julio de 2018, tras dormir brevemente, fuimos a ver a Milan Luka a la sede de su empresa, en el centro de la ciudad de Sion. Era un hombre de unos cincuenta años, robusto y de apariencia hostil, pero simpático en realidad. Nos recibió con amabilidad aunque nos presentamos por las buenas. A todas luces, se sentía conmovido cuando recordaba sus años en el Palace.

—Fui muy feliz allí —nos confesó—. Era muy joven cuando llegué a Suiza y tuve la suerte de conocer al señor Rose. Sabía infundirte confianza en ti mismo para sacar lo mejor de ti. Me contrató para el equipo de seguridad del que luego fui jefe. Le debo mucho.

—¿Por qué se fue del Palace?

—Lo hice después de morir el señor Rose. Ya no era lo mismo sin él. Y además, para ser sincero, hacía mucho que tenía ganas de irme y montar mi propio negocio. Pero me quedaba por fidelidad al señor Rose. En fin, incluso a pesar de que después del asesinato el ambiente había cambiado mucho.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Scarlett.

—El Palace era un sitio particular, un remanso de paz para los clientes. Reinaba una sensación de completa serenidad. Después del asesinato todo fue diferente. Al señor Rose lo afectaron mucho aquellos sucesos y, sobre todo, lo que ocurrió después: el juicio y la condena de Lev Levovitch. El señor Rose, que estaba tan orgulloso de él, se quedó hecho polvo. Si lo hubieran oído en su momento hablar de él... Era su héroe. Pensaba incluso que llegaría a presidir el Banco Ebezner. Pero su héroe, por desgracia, tuvo la caída más denigrante. Fue un palo tremendo para el señor Rose. De hecho, fue lo que lo mató.

—¿Cómo es eso?

—Se suicidó pocos meses después de que condenaran a Levovitch. Un disparo en la boca con su pistola del ejército; fue algo horroroso. Encontraron a su lado artículos de prensa que hablaban de la caída de Levovitch. Fue una temporada muy difícil para mí.

—¿Qué puede decirnos del asesinato de la habitación 622, señor Luka? —le pregunté yo entonces.

El antiguo jefe de seguridad nos contó primero el caos del sábado, con la intoxicación masiva, y luego el hallazgo del cadáver a la mañana siguiente.

—Fui uno de los primeros en enterarme —nos dijo—. Avisé a la policía de inmediato y prohibí el acceso a la planta para que no se destruyesen las posibles pruebas.

—¿Estaba en el Palace la mañana del asesinato? —dije, extrañado.

—Sí, ¿por qué?

—Porque también estaba el sábado por la noche; sabemos que intervino en la habitación 623 a las doce menos diez.

—Efectivamente, debería haberme ido a casa esa noche, al acabar el turno, pero después de la intoxicación masiva el señor Rose estaba muy nervioso y me quedé. Por las noches, en principio dejábamos un solo agente, con lo que siempre bastaba. Pero dadas las circunstancias me pareció más prudente garantizar un refuerzo, por si acaso.

—¿Dónde estaba esa noche? —pregunté.

—El agente nocturno estaba en recepción, como siempre, para vigilar la entrada principal, que era la única vía de acceso. Yo me eché a dormir en la oficina de administración; necesitaba descansar un poco, había tenido un día espantoso.

—¿Así que nadie de fuera habría podido entrar?

—No, salvo por la entrada principal. Era la norma para las noches en el Palace: que no hubiera ningún acceso desde el exterior. Había que andar con ojo, teníamos muchos clientes ricachones, con joyas y dinero en metálico.

—Pero se puede entrar por alguna de las salidas de emergencia siempre y cuando se cuente con un cómplice dentro —hice notar.

—Siempre y cuando se cuente con un cómplice dentro —repitió el antiguo jefe de seguridad, antes decir con ironía—: También podrían haber llegado unos bandidos en helicóptero a la azotea del Palace. Éramos

razonablemente prudentes para estar en un pueblo tranquilo como Verbier. ¿Dónde quiere ir a parar con todas estas preguntas?

—Señor Luka —dijo entonces Scarlett—, pensamos que a lo mejor vio algo importante pocas horas antes del asesinato.

—¿Como qué?

Ella le enseñó el extracto del informe policial.

—El sábado por la noche, 15 de diciembre, intervino en la habitación 623.

—Sí, lo recuerdo. Un cliente llamó a recepción y nos avisó. Estaba ocurriendo algo, unos gritos, me parece.

—¿Qué cliente hizo esa llamada?

—Nunca lo supe. De hecho, creo que no se identificó. Y por entonces la red telefónica no estaba aún informatizada, no podíamos saber desde qué habitación llamaban. No veo dónde quiere ir a parar.

—¿Quién estaba en la habitación 623?

—El señor Hansen. Ya se lo dije a la policía.

—¿Y no le extrañó no encontrarse allí con el señor Tarnogol? —pregunté—. Era su habitación, no la del señor Hansen.

—El equipo de seguridad no tiene que saber, en principio, quién ocupa tal o cual habitación. Nos dicen un número y vamos a ver qué pasa. Y ya está.

Scarlett sacó entonces el as que teníamos en la manga:

—Pensamos que había alguien más en esa habitación. Ya leyó la prensa de entonces, así que sabe que Siniór Tarnogol no existió nunca: era Lev Levovitch quien interpretaba al personaje. Por lo que pensamos que en la habitación 623 estaba Lev Levovitch. Esa noche, cuando usted intervino, estaban allí Jean-Bénédict Hansen y Lev Levovitch. ¿Estoy en lo cierto?

El antiguo jefe de seguridad soltó un profundo suspiro. Se levantó del escritorio y fue a la ventana, como si quisiera evitar nuestras miradas.

—Es cierto —confesó—. Lev Levovitch estaba en la habitación. Y también una mujer.

—¿Por qué no se lo dijo a la policía? —preguntó Scarlett.

—Porque el señor Rose me pidió que no dijera nada. Después del incidente, le informé de lo que había pasado y me ordenó que no dijera que Lev estaba en esa habitación. Siempre quiso protegerlo.

*

Todas las pistas nos llevaban a Lev Levovitch.

En la pared de mi *suite*, Scarlett y yo mirábamos los nombres de los tres sospechosos.

ANASTASIA LEV MACAIRE

A pesar de que, según Milan Luka, Anastasia (era lo que deducíamos sobre la identidad de la mujer que había mencionado el antiguo jefe de seguridad) estaba en la habitación 623 con Lev y con Jean-Bénédict Hansen, pensábamos que era inocente.

—Puesto que ya sabemos que fue Arma la que llevó el arma de Anastasia, podríamos eliminarla de la lista de sospechosos —sugirió Scarlett.

—Es cierto —admití—. Y además, también sabemos que Arma se libró de su pistola al comienzo del envenenamiento masivo, es decir, alrededor de las siete de la tarde. Así que podemos tener la seguridad de que no es el arma del crimen.

Scarlett quitó el nombre de Anastasia de la pared. Solo quedaban ya Macaire y Lev.

—Nuestro sospechoso tenía que disponer de un arma —añadí—. Sabemos que Macaire tenía acceso a una.

—Sí, pero Levovitch no le andaba a la zaga —recordó Scarlett—. En vista de esos quince años de farsas, si hubiera necesitado un arma, no le habría costado conseguirla.

En ese punto, Scarlett tenía razón. Siguió hablando:

—Estoy de acuerdo con Sagamore: el sospechoso estaba en el hotel y no se movió del hotel después del crimen. Mientras la policía suponía que estaba fuera, él se hallaba entre las cuatro paredes del Palace.

—Pudo escapar por la salida de emergencia, como hizo Anastasia —objeté.

—Hemos hecho localizaciones y estudiado juntos los planos del edificio. El trayecto de Anastasia para salir del Palace era la única forma de escapar sin que nadie la viera. Había que tener mucha información.

—Hay que suponer que el asesino había preparado minuciosamente la ejecución —comenté.

Scarlett hizo una mueca de desacuerdo.

—¡Un poco de seriedad, escritor! Si el asesino hubiera planificado con mucha antelación eliminar a Jean-Bénédict Hansen, no lo habría hecho con una pistola en un hotel. Lo que parece es una acción brutal e improvisada. De hecho, eso es lo que opina Sagamore y me parece de lo más lógico.

—¿En qué piensa entonces? —pregunté.

—Si el asesino usó la salida de emergencia para escapar, eso significa que conocía muy bien el hotel. Como solo podría haberlo conocido un empleado. Así que o bien el asesino no salió del Palace después del crimen, o bien conocía el lugar como nadie. Vamos, que ya no pueden quedar muchas dudas. ¿Quién podía disponer de un arma? ¿Quién conocía el Palace a fondo?

—Levovitch —dije.

—Levovitch —confirmó Scarlett—. Y el móvil es muy sencillo: Jean-Bénédict Hansen había descubierto la víspera del asesinato que Levovitch era Tarnogol. Levovitch lo mató por la noche para proteger su secreto.

—No encaja del todo —maticé—. Si Lev Levovitch mató a Jean-Bénédict Hansen porque había descubierto la verdad sobre Tarnogol, ¿por qué encontraron precisamente en la habitación de Hansen indicios que apuntaban a Tarnogol?

—Los pondría allí Levovitch para usarlos de tapadera más tarde —sugirió Scarlett.

—No estoy convencido. Creo que nos estamos dejando algo.

Necesitamos varias horas para entenderlo. Les dábamos vueltas y más vueltas a los sucesos y, en efecto, había algún detalle que fallaba. Hasta que, ya entrada la noche, cuando Scarlett estaba absorta en un océano de documentos repartidos por el suelo, exclamó con la cara repentinamente iluminada.

—¡Pues claro! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

—¿Ocurrido el qué? —pregunté.

—¡Lo hemos tenido delante de las narices todo este tiempo!

Sin más explicaciones, se abalanzó hacia su ordenador y empezó a teclear. Al acabar la búsqueda, alzó los ojos de la pantalla a un tiempo ufana y pasmada del descubrimiento. Luego salió de mi *suite* y fue corriendo

hacia las escaleras, como si no fuera capaz de esperar el ascensor. La seguí, sin haber entendido nada aún. Llegamos a la planta baja y cruzamos el vestíbulo desierto. El vigilante nocturno se había ido un momento del mostrador de recepción y Scarlett aprovechó para meterse detrás y colarse por el pasillo de la administración del hotel. Enseguida dio con el despacho del director. Empujó la puerta con brusquedad, segura de que a semejante hora no habría nadie en la habitación. Pero nos sorprendió la luz. Y un hombre, sentado en un sillón.

Scarlett lo miró, cortada. Lo reconoció en el acto: pese a los años no había cambiado. Estaba igual que en las fotos de los periódicos.

—Lev Levovitch —susurró—. Pero ¿qué está haciendo aquí?

—Así que lo han descubierto todo —nos dijo.

73. El asesino de la habitación 622

Esa noche, Lev Levovitch nos contó a Scarlett y a mí lo que había sucedido durante los meses anteriores al asesinato.

—Desde la muerte de Abel Ebezner —explicó Lev— yo había recuperado a Anastasia. Por fin era feliz. No pensaba ya más que en despedirme del papel de intérprete de esos personajes y vivir la vida con Anastasia. Pero notaba que titubeaba ante la idea de dejar a Macaire. No quería hacerle daño, temía que se suicidara. Decidí actuar con el disfraz de Tarnogol. Quince años antes había conseguido lo que me había parecido la hazaña del siglo: hacerme con las acciones de Macaire Ebezner echándole en los brazos a Anastasia. Estaba convencido de que me bastaría con presionar a Macaire para que aceptase renunciar a su mujer a cambio de la presidencia. Cinco días antes del Gran Fin de Semana, cuando tenía la seguridad de que lo iban a nombrar presidente, Macaire descubrió que Tarnogol quería colocar a Levovitch en su puesto. Su primera reacción fue la que yo suponía: se hundió. Yo quería jugar con él, tensarle los nervios al máximo para que no tuviera más opción que cambiar a Anastasia por la presidencia. Pero Macaire no tenía intención de renunciar ni a su mujer ni a la presidencia. Se empecinó, pese a mis estratagemas. Así que tuve que poner en marcha mi plan de último recurso: hacer que el Consejo eligiera a Levovitch, pero impedir *in extremis* que se anunciara. Para acorralar a Macaire.

—¡Más le habría valido largarse con Anastasia! —dijo Scarlett, pragmática.

Lev sonrió, divertido:

—Tiene toda la razón. Creo que me aferré por razones ridículas de orgullo. Quería ganarle la partida a Macaire.

—¿Y su plan para impedir *in extremis* que se anunciara fue esa intoxicación masiva? —le pregunté.

—Eso es. Fui yo quien envenenó a toda esa pobre gente. Antes de eso había estado mareando a Macaire. Dos días atrás, Wagner le había dado un veneno, que no era más que agua, con el que tenía que librarse de Tarnogol. Yo tenía todas las facilidades para conseguir que fracasara ese envenenamiento falso y obligar finalmente a Macaire a aceptar el trato con Tarnogol. Pero Macaire no pasó a la acción. Entonces Wagner, so pretexto de que el veneno iba a tardar demasiado en actuar, le entregó una botella de vodka supuestamente envenenada para que la pusiera en el bar de los salones de la primera planta, donde se celebraba la reunión del Consejo. Me bastó con aprovechar un momento de distracción de Macaire para recuperar esa botella y hacerle creer que se había perdido.

—Pero ¿la botella estaba envenenada de verdad? —preguntó Scarlett.

—De ninguna manera —contestó Lev—. No quería correr ningún riesgo. Lo tenía todo preparado de antemano desde hacía meses. Me había asegurado de que en el baile se servirían cócteles a base de vodka Beluga para confundir a Macaire si fuera necesario. Luego me las arreglé para que una botella en la que había puesto un vomitivo bastante fuerte aterrizase en manos del barman. La había marcado con una cruz, como la de Macaire, para que pensara que todo era culpa suya. El vomitivo debería haber hecho efecto enseguida y el caos habría impedido que se celebrase la velada. Pero debí de calcular mal las dosis. Cuando me di cuenta, a las seis y media, de que el vomitivo tardaría en hacer efecto, le pedí ayuda a Alfred. Se mezcló con los comensales con la consigna de desmayarse escandalosamente en el momento del anuncio. Solo que no le dio tiempo, porque, antes que él, se desplomó el primer comensal, arrastrando en la caída un mantel y todo lo que había encima de la mesa y pronto todos empezaron a caer como moscas. Hasta yo fingí que estaba afectado para apartar toda sospecha. El plan fue sobre ruedas a partir de ese instante. Macaire acabó aceptando renunciar a Anastasia a cambio de la presidencia. Solo nos faltaba salir huyendo. Pero Jean-Bénédict Hansen se metió por medio y aquello fue una catástrofe.

—¿Por qué? —pregunté.

—Macaire, convencido de que podría haber matado a todo su personal con el vodka envenenado, se lo contó a su primo. Y este entonces decidió

hacerle chantaje. La presidencia a cambio de su silencio. Pero Anastasia se enteró de esa conversación y, cuando quiso pedir ayuda de Tarnogol, se dio cuenta de que era yo quien interpretaba ese personaje. Nos peleamos y Jean-Bénédict Hansen nos sorprendió. Y le tocó también descubrir mi secreto.

Lev se interrumpió un segundo. Reinó el silencio en la habitación. Luego se volvió hacia Scarlett y le preguntó:

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Que el asesino era el señor Rose? Porque era el único que podía ir y venir por el Palace sin llamar la atención. Porque tenía un arma —señaló el cuadro donde se lo veía con uniforme de teniente coronel—. Acabo de mirarlo en internet: todos los altos mandos del ejército suizo tienen pistolas Sig Sauer P210, de calibre 9 mm, igual que el arma del crimen. Y, sobre todo, tenía un móvil: quería protegerlo a usted. Pocas horas antes del asesinato, el servicio de seguridad del hotel intervino en la habitación 623. Aparentemente una falsa alarma. Pero el jefe de seguridad le indicó a la policía que le había referido el incidente al director del Palace en vista de la singularidad de los acontecimientos de la velada. Supongo que en cuanto el señor Rose supo que había habido un incidente en la habitación 623, se preocupó. Sabe que la habitación 623 es la de Tarnogol. Y sabe también que Tarnogol es usted. Sabemos por los extractos de su juicio por estafa que Tarnogol era un personaje que se había inventado su padre a petición del señor Rose para interpretar a un cliente misterioso. Su padre había muerto y el señor Rose era, pues, el único que sabía que ahora Tarnogol era usted. Entonces, cuando se enteró de que Jean-Bénédict había descubierto el secreto, le pareció que estaba usted en peligro.

*

Sábado 15 de diciembre

Unas horas antes del asesinato

El señor Rose iba y venía por su despacho del Palace. Era evidente que estaba muy preocupado. Lev lo miraba sin saber muy bien qué hacer.

—No se preocupe, señor Rose, tengo la situación controlada.

—¿Controlada? Anda que no llevo tiempo pidiéndote que dejes de jugar con fuego con Tarnogol. Sabía que acabarían pillándote. ¿Te das cuenta de que te arriesgas a ir a la cárcel y a que te pongan una multa colosal? ¡Tu carrera se va a ir al traste! ¡Te quitarán todo lo que tienes!

—Jean-Bénédict ha aceptado no decir nada si interpreto mañana por última vez el papel de Tarnogol en una rueda de prensa para que lo nombren presidente del banco. Luego, desapareceré para siempre.

—¿Y tú te crees que la justicia no te va a encontrar?

—Nadie sabrá nunca nada —aseguró Lev.

—Vamos a ver, Lev —dijo enfadado el señor Rose—, tú que eres tan inteligente, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? ¿Te crees que Macaire Ebezner va a dejar que su primo le robe el banco con un chantaje grotesco? ¡Todo esto va a terminar muy mal!

—Señor Rose —dijo Lev por fin tras un prolongado silencio—, tranquilícese, lo tengo todo previsto.

—Eso no me tranquiliza nada. ¿Qué has previsto?

—Ya verá, toda esta historia le va a explotar en la cara a Jean-Bénédict Hansen —dijo Lev—. Y le estará bien empleado, siempre ha sido un traicionero. Llevaba ya años con ganas de dar un golpe de Estado en el banco y, sobre todo, desde que murió Abel Ebezner. Así que me he montado..., cómo decirlo..., un seguro de vida a su costa.

—¿Un seguro de vida?

—Sabía que el personaje de Tarnogol acabaría por quedar desenmascarado. En quince años las prácticas bancarias han cambiado mucho. Hace quince años no se hacían tantas preguntas sobre los flujos financieros, cosa que ahora no sucede. Yo me daba cuenta ya de que las autoridades de control bancario acabarían por meter las narices. Así que decidí protegerme. Fui juntando objetos que pertenecían a Jean-Bénédict Hansen para dejarlos en el palacete de Tarnogol. Me las apañé para que sus agendas coincidieran. Como aquel famoso lunes por la noche en que envié a Macaire a Basilea, sabiendo que Jean-Bénédict estaba en Zúrich. También le vendí a Jean-Bénédict por cuatro cuartos el palacete de la calle de Saint-Léger, que había comprado por mediación de una sociedad pantalla. Estaba pensando en invertir en un fondo inmobiliario: le hablé de un rendimiento sensacional y se fío de mí por completo. Envió fondos a la sociedad pantalla y al final se encontró con que era el propietario de un edificio en

Ginebra sin saberlo. Nunca hizo preguntas, sobre todo porque ganaba mucho. Pero era un dinero que le volvía a ingresar yo para que no se hiciera preguntas. En fin, lo que quiero decirle es que quería emborronar las pistas por si resultaba necesario. Y me queda una última cosa por hacer.

—¿Qué? —preguntó el señor Rose.

—Esconder una máscara de Tarnogol en la *suite* de Jean-Bénédict.

Al poco, Lev fue a la habitación de Jean-Bénédict Hansen con el pretexto de preparar la rueda de prensa del día siguiente.

—¿De qué quieres hablar a estas horas? —preguntó, molesto, Jean-Bénédict Hansen—. Estaba a punto de irme a la cama.

—Tenemos que asegurarnos de que todo está perfectamente a punto —dijo Lev—. Los periodistas van a hacer muchas preguntas. Habrá que saber qué contestarles.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¿Otra vez? —dijo, irritado, Jean-Bénédict Hansen—. Pero ¿qué demonios es esto de venir a molestar a la gente en plena noche?

Abrió la puerta, furioso, y se calmó al ver que se trataba del señor Rose.

—Perdone, señor Hansen —dijo el director del Palace—; ya sé que no son horas, pero las circunstancias son excepcionales. Ya que está usted a cargo, en nombre del Consejo, de la organización del Gran Fin de Semana, tengo que hablar ineludiblemente con usted.

—¿Qué ocurre?

Lev aprovechó que el visitante tenía distraído a Jean-Bénédict, y abrió discretamente la puerta de la terraza de la habitación.

—Los inspectores de la policía sanitaria siguen aquí, en las cocinas. Me gustaría mucho que hablase usted con ellos para que pudieran confirmarle que el envenenamiento no tiene nada que ver con la comida que preparó el hotel.

Jean-Bénédict no parecía muy entusiasmado, pero el señor Rose insistió y acabó por aceptar. Lev salió de la habitación 622 para volverse a la suya, mientras los dos hombres se iban en dirección a los ascensores.

En la oscuridad de la noche, Lev pasó de su terraza a la de la 623 (la habitación de Tarnogol) y de ahí a la 622. Con una bolsa en la mano, en la que iban una cara de silicona de Tarnogol y una chaqueta que había llevado este, entró en la *suite* de Jean-Bénédict Hansen por la puerta acristalada que

había dejado abierta. Cogió del peine de Jean-Bénédict unos pelos que colocó dentro de la careta, y lo escondió luego todo encima de un armario del vestidor. Acto seguido descolgó el teléfono de la *suite* para pedir en recepción un desayuno para la mañana siguiente, idéntico al que solía tomar Tarnogol: huevos, caviar y un vasito de vodka.

*

—¿Qué pretendía con esa maniobra? —preguntó Scarlett.

—Al día siguiente, durante la rueda de prensa que quería convocar Jean-Bénédict, lo habría acusado en público de haber encarnado a Tarnogol durante quince años y de haber traicionado al banco. De Ginebra a Verbier, todas las pruebas estaban en su sitio. Yo habría dicho que llevaba meses investigando, que había descubierto que era el propietario del palacete de la calle de Saint-Léger, que bastaba con ir a registrar la habitación, con ver lo que escondía en los armarios y en la caja fuerte (donde estaban las acciones de Macaire). La trampa se habría cerrado y lo habría pillado dentro.

—Pero el señor Rose sabía que, gracias a su plan, si eliminaba a Jean-Bénédict Hansen, lo ponía a usted a salvo para siempre —dije entonces—, puesto que todo el mundo creería que Jean-Bénédict había sido Tarnogol. De modo que, en la oscuridad de la noche, sin que nadie lo viera, fue a matarlo de dos disparos. Lo protegió a usted como a un hijo. Era un gesto de amor absoluto.

Lev asintió, conmovido.

—El señor Rose me lo confesó todo finalmente una noche, en Ginebra, cuando fue a apoyarme durante mi juicio —nos contó para terminar—. El crimen que había cometido lo ponía enfermo. Y, sobre todo, opinaba que toda la culpa era suya, que al matar a Jean-Bénédict Hansen había precipitado mi caída. Sentía muchos remordimientos. Repetía que yo iba a perderlo todo por su culpa. Mi condena lo dejó anonadado. Acabó suicidándose la víspera de mi salida de la cárcel. Me había hecho su heredero universal.

—Le dejó el Palace —dijo Scarlett—. Así que es usted el director de este hotel, el escurridizo director a quien no había conseguido ver desde que llegué.

—Sí. Cuando me enteré de que estaban investigando el asesinato de la habitación 622, me preocupé. Pero luego me dije que era la ocasión de arrojar luz sobre este caso.

—Señor Levovitch —pregunté entonces—, ¿dónde está ahora la pistola del señor Rose?

Levovitch sonrió a medias.

—La incautó la policía después del suicidio del señor Rose. Nadie la relacionó nunca con el asesinato del Palace. Como yo era su heredero, un policía me llamó un día, mucho después de haber salido ya de la cárcel, para decirme que podía ir a buscar su arma. Le dije que no la quería. El policía me comunicó entonces: «Si no viene por ella, la destruiremos». Le dije: «Destruyanla». Y lo hicieron. La policía destruyó la única prueba que incriminaba al señor Rose. Fue mi forma de protegerlo. ¿Qué somos capaces de hacer para defender a las personas a las que queremos? Ese es el rasero por el que medimos el sentido de nuestra propia vida.

74. Saber pasar página

Lunes 9 de julio de 2018, en el Palace de Verbier.

Llamaron a la puerta de mi *suite*. Era Scarlett. Le noté un atisbo de tristeza en la sonrisa que me dirigió. Detrás de ella, un empleado del hotel llevaba sus maletas.

—¿Ya es hora de irse? —dije.

—Sí.

—La acompaño al vestíbulo —sugerí para retrasar algo los adioses.

En el ascensor, Scarlett me dijo:

—No me ha contado qué pasó cuando Bernard se puso malo en el café de debajo de la editorial.

*

París, 1 de enero de 2018

Bernard había pasado unos días en el hospital. Luego pudo volver a casa. Los médicos le aconsejaron algo de reposo. Pero de repente empeoró y tuvo que ingresar de nuevo en el Hospital Americano de Neuilly.

Aquel 1 de enero cogí uno de los primeros trenes que salían de Ginebra para ir urgentemente a París, pues me habían comunicado que Bernard estaba muy mal. Al llegar a la capital francesa, fui corriendo al hospital. Me preocupaba en qué estado iba a encontrarlo. Con el porte que había tenido siempre, temía encontrármelo agonizante, en camisón, demudado, hundido en una cama. Al entrar por la puerta de su habitación, tenía el corazón desbocado. Y hete aquí que me lo encontré como una rosa, sentado en un sillón, con camisa y corbata, sonriente. Me pareció que nunca lo había visto con un aspecto tan saludable.

—Joël —me dijo—, se ha tomado una molestia para nada. Como puede ver, estoy muy bien.

Me pregunté por qué me lo habían pintado tan mal, aunque me tranquilizó ver que no era el caso. Charlamos un ratito y, luego, como llegó una visita, me aconsejó que fuese a aprovechar el día.

—Estese tranquilo, Joël —me reconfortó Bernard, con una sonrisa que no olvidaré nunca—. Nos vemos mañana.

Fue el último rato que pasamos juntos.

Al día siguiente por la mañana se había ido.

Él, a quien le gustaban tanto los payasos, me había hecho un último número espléndido.

*

Scarlett se limpió una lágrima de la mejilla.

Las puertas del ascensor se abrieron al llegar a la planta baja del Palace. Cruzamos el vestíbulo.

—Nunca supimos lo que había pasado por fin con Lev y Anastasia —me comentó—. ¿Se fueron cada uno por su lado? ¡Qué lástima!

—Creo que hubo un final feliz.

Precisamente, cuando estábamos llegando a la altura del mostrador de recepción, Lev Levovitch salió a nuestro encuentro.

—Señora Leonas —le dijo a Scarlett—, ha sido un placer haberla conocido.

—Un placer compartido —contestó Scarlett dándole un apretón de manos.

En ese momento apareció el director adjunto, a quien habíamos conocido unos días antes.

—Aquí llega el señor Alfred Agostinelli, director adjunto del Palace —dijo Lev.

—¿Su antiguo chófer? —preguntó Scarlett.

—El mismo —dijo Lev, sonriendo—. Y si me lo permiten también me gustaría mucho presentarles a mi mujer, que trabaja aquí conmigo.

Una mujer rubia y guapa se acercó. Era Anastasia. Nos saludamos y, luego, dos niños de unos diez años llegaron corriendo por el vestíbulo y se reunieron con sus padres. Edmond y Dora, los hijos de Lev y Anastasia.

—¿Cómo volvieron a reunirse? —preguntó entonces Scarlett.
Anastasia le cogió la mano a su marido y esbozó una sonrisa feliz.

*

Dos años antes

Unos meses después de que Lev saliera de la cárcel

Eran los primeros días del nuevo año. Una tarde soleada de invierno, en Ginebra, Olga von Lacht se presentó en el salón del hotel Beau-Rivage. Se sentó en un sillón y pidió un té negro. La mujer que estaba en el asiento de al lado, al oír su voz, alzó los ojos del periódico.

—¿Mamá? —dijo extrañada Anastasia.

—Hola, hija.

Llevaban mucho tiempo sin dirigirse la palabra. Desde que Anastasia se había ido al último Gran Fin de Semana, cuando se marchó a buscar a Lev.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—De tal palo, tal astilla.

Hubo un silencio y luego Olga añadió:

—Quería hablar contigo, Anastasia. Decirte que me gustaría que fueras feliz. No parece que lo seas.

—Gracias, mamá. Lo intento.

—Inténtalo mejor.

Anastasia desvió la mirada. Su madre no podía evitar convertirlo todo en reproches.

—No tienes hijos —añadió Olga—, pero espero que los tengas algún día.

—¿Con quién? —preguntó Anastasia.

No pudo contener un sollozo. Olga abrazó entonces a su hija y le susurró:

—Es a él a quien quieres. ¿Sabes? Creo que solo se quiere de verdad una vez en la vida; es una oportunidad que no hay que desperdiciar.

Olga tomó entre las manos la cara de Anastasia y le secó las lágrimas.

—¿Sabes lo que he querido siempre para ti y para tu hermana?

—Que nos casásemos con un hombre rico.

—No. La serenidad.

Pocos días después, Olga se presentó en el Palace de Verbier para ver a Lev.

—Por lo visto es usted el nuevo director —le dijo.

—¿Cómo se ha enterado?

—No me infravalore; siempre he estado al tanto de todo.

Levovitch no pudo por menos de sonreír. Ella lo miró de arriba abajo un instante antes de proseguir:

—¿Sabe, Lev? Para mí es solo una rata de cloaca. Pero para mi hija es usted el conde Románov. En el fondo, ¿no es eso lo más importante? —por primera vez, Olga sonrió—. Están hechos para estar juntos. ¡Vaya a Ginebra, vaya a conquistar de nuevo a mi hija! ¡Serán felices los dos aquí! ¡La vida es breve, Lev! ¡Hay que ingeniárselas para que las cosas acaben bien!

*

Scarlett tenía que irse ya. La estaba esperando un taxi delante del Palace. Bajamos juntos la escalinata.

—Le he cogido cariño, Scarlett —le dije.

—Yo también a usted, escritor. Sé que volveremos a vernos un día.

Me besó en la mejilla. Luego añadió:

—Gracias a usted me da la impresión de haber conocido un poco a Bernard.

—Si los lectores de esta novela sienten lo mismo, entonces merecía la pena escribir el libro.

Sonrió.

—¿Puedo hacerle una pregunta, escritor?

—Pues claro.

—¿Tiene el corazón roto? ¿Escribe por eso?

—Puede. ¿Y usted? —dije, devolviéndole la pregunta—. ¿Tiene el corazón roto?

—Si usted lo ha tenido, entonces yo también, puesto que soy uno de sus personajes.

—Scarlett, quería decirle que...

En ese instante, me cortó la frase el ruido de una puerta.

—¿Está ahí, Joël?

Era Denise, que había vuelto de vacaciones. Ya habían transcurrido quince días. Se me había pasado el tiempo sin sentir. La oí gritar: «¡Qué desastre de cocina!». Y luego apareció en mi despacho.

—Joël, ¿qué ha pasado aquí? ¡La casa está manga por hombro! Es como si llevase quince días sin salir.

Miró la pantalla de mi ordenador, las hojas que tenía encima de la mesa y las fichas pegadas en la pared.

—He escrito una novela —confesé—. Y me ha atrapado por completo. Denise pareció aterrada.

—¿Ha estado quince días sin pisar la calle?

Agarró un montón de páginas.

—Todavía no me ha dado tiempo a corregir.

Leyó:

EL ENIGMA DE LA HABITACIÓN 622

El sábado 23 de junio de 2018, al alba, metí el equipaje en el maletero del coche y me puse en camino hacia Verbier. El sol asomaba sobre el horizonte, inundando las calles desiertas del centro de Ginebra con un intenso halo anaranjado. Crucé el puente del Mont-Blanc, recorrí los muelles floridos hasta el barrio de las Naciones Unidas y luego tomé la autopista, rumbo al Valais.

Todo me dejaba maravillado en esa mañana de verano: los colores del cielo me parecían nuevos, los paisajes que desfilaban a mi alrededor me resultaban aún más bucólicos que de costumbre, los pueblecitos desperdigados entre los viñedos con el lago Lemán a sus pies..., todo formaba un decorado de tarjeta postal. Salí de la autopista en Martigny y seguí por la carretera secundaria que, pasado Le Châble, se convertía en una cinta que serpentea montaña arriba hasta Verbier.

—¿Se ha estado imaginando que se había ido a la montaña? —me preguntó Denise—. Es usted el diablo, Joël.

Por la ventana vio de repente el cenicero de la terraza, lleno a rebosar de colillas.

—Pero ¡qué asco, cuántos cigarrillos! ¡Por lo menos podría haber vaciado el cenicero!

—He pasado mucho tiempo en la terraza.

—Eso no es una razón para no vaciar el cenicero —me riñó—. Y la cocina está que da pena.

Miró las fichas que había pegado yo en la pared.

Sloane

22/6: un día que hay que olvidar

622: una habitación que hay que olvidar

—¿622 coincide con la fecha, al revés, de su ruptura con Sloane? —cayó en la cuenta Denise.

—Sí, muchos elementos del libro tienen que ver con Sloane —le confesé—. Ya lo entenderá usted cuando lo lea.

Denise leyó entonces otra ficha y me dijo:

—Supongo que este personaje de Scarlett Leonas, procedente de Londres, también está inspirado en su examiguista inglesa.

—Ha acertado —admití—. Leonas es un anagrama de Sloane.

—¿Y por qué le ha puesto de nombre Scarlett?

—Scarlett, como Scarlett O'Hara. *Lo que el viento se llevó* era la novela preferida de Bernard. La novela también está plagada de referencias a él. Por ejemplo, la elección de Verbier, que era un sitio que le encantaba. O el personaje de Alfred Agostinelli, que se llama como el secretario de Proust. Y además Scarlett empieza por «S», como Soledad. Esa soledad que me acompaña a todas partes y que me hace escribir. Creo que con Bernard me sentí menos solo. Luego Bernard se fue y Scarlett volvió.

Denise me mandó a dar una vuelta al parque Bertrand para que pisara la calle por primera vez después de quince días. El pretexto fue que quería ordenar un poco el piso, pero en realidad quería leer mi nueva novela.

Fui a andar por los paseos del parque. Sabía que, al terminar el libro, una parte de mí le decía adiós a Bernard. Me habría gustado que estuviera conmigo en este parque y que pudiéramos caminar juntos por última vez.

Entre los cantos de los pájaros, me pareció oír de pronto el sonido de su voz contestando a la pregunta que me hago desde que se fue.

¿Adónde van los muertos?

A todos los lugares en donde podemos recordarlos. Sobre todo a las estrellas. Porque no dejan de seguirnos, bailan y brillan en la oscuridad de la noche justo encima de nuestras cabezas.

Alcé los ojos hacia el cielo azul. Estaba solo, pero me sentía reconfortado. Fue en ese momento cuando me encontré con Sloane en plena carrera. Llegaba de frente. Se detuvo, me sonrió y se quitó los auriculares.

—Acabo de volver de pasar quince días de vacaciones —me dijo—. He estado pensando mucho. Creo que hice lo que no debía.

—Yo también.

Notaba el corazón latiéndome muy fuerte.

—A lo mejor podríamos ir a tomar algo esta noche —me propuso—. Bueno, si estás libre... Ya sé que últimamente estabas muy liado con tu libro.

—He terminado el libro. Tengo la vida entera por delante.

Ella volvió a sonreír.

—Entonces hasta esta noche —me dijo.

Se fue. Me senté en un banco, observé la naturaleza que me rodeaba y volví a conectarme con el mundo. Me sentía de pronto muy feliz.

La vida es una novela que ya sabemos cómo termina: al final el protagonista muere. Así que lo más importante no es cómo acaba nuestra historia, sino cómo vamos a llenar las páginas. Pues la vida, igual que una novela, tiene que ser una aventura. Y las aventuras son las vacaciones de la vida.

Nota

[1] En Francia son los bomberos los que se encargan de prestar los primeros auxilios en caso de emergencia y de trasladar al accidentado si fuera necesario. (*N. de las TT.*)

Título original: *L'Énigme de la chambre 622*

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Editions de Fallois

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Maria Teresa Gallego Urrutia y Amaya Garcia Gallego, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Ignasi Font

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3939-6

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

«Una voz napoleónica que no escribe, boxea.»

Laura Fernández, *El Cultural de El Mundo*



Una noche de diciembre, un cadáver yace en el suelo de la habitación 622 del Palace de Verbier, un hotel de lujo en los Alpes suizos. La investigación policial no llegará nunca a término y el paso del tiempo hará que muchos olviden lo sucedido. Años más tarde, el escritor Joël Dicker llega a ese mismo hotel para recuperarse de una ruptura sentimental.

No se imagina que terminará investigando el viejo crimen, y no lo hará solo: Scarlett, la bella huésped y aspirante a novelista de la habitación contigua, lo acompañará en la búsqueda mientras intenta aprender también las claves para escribir un buen libro.

¿Qué sucedió aquella noche en el Palace de Verbier? Es la gran pregunta de este *thriller* diabólico, construido con la precisión de un reloj suizo. Joël Dicker nos lleva nalmente a su país natal para narrarnos una investigación policial en la que se mezclan un triángulo amoroso, juegos de poder, traiciones y envidias en una Suiza no tan tranquila, donde la verdad es muy distinta a todo lo que hayamos imaginado.

«Entretenimiento en vena [...].Terriblemente adictivo.»

A L, *La Vanguardia*

«Su secreto, la elaboración de tramas adictivas que se alejan del *bestseller* convencional. [...] Un hábil generador de atmósferas y de intrigas vertiginosas, con constantes vueltas de tuerca y en las que no hay ni un minuto para el descanso

B. Mi, *El Periódico de Catalunya*

«Un suspense disfrazado de *noir* con una técnica precisa y una sucesión de tramas tan bien graduadas que es muy probable que si la inicias te veas leyendo en el pasillo, en la cocina o en el ascensor.»

U L, *El Ojo Crítico*

«Fenómeno planetario.»

Babelia

«Uno de los grandes escritores de principios del siglo.»

P V, *France Info*

«El principito de la literatura negra contemporánea [...]. El niño mimado de la industria literaria, el tipo de buena presencia que estaba llamado a revolucionar el *thriller* contemporáneo.»

Ju M Lo, *GQ*

Sobre Joël Dicker

Joël Dicker nació en Suiza en 1985. En 2010 obtuvo el Premio de los Escritores Ginebrinos con su primera novela, *Los últimos días de nuestros padres* (Alfaguara, 2014). *La verdad sobre el caso Harry Quebert* (Alfaguara, 2013), fue galardonada con el Premio Goncourt des Lycéens, el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, el Premio Lire a la mejor novela en lengua francesa, y, en España, fue elegido Mejor Libro del Año por los lectores de *El País* y mereció el Premio Qué Leer al mejor libro traducido y el XX Premio San Clemente otorgado por los alumnos de bachillerato de varios institutos de Galicia. Traducida con gran éxito a treinta y tres idiomas, se ha convertido en un fenómeno literario global y ha sido adaptada por Jean-Jacques Annaud como serie de televisión. Alfaguara también ha publicado su relato *El tigre* (2017) y sus novelas *El Libro de los Baltimore* (2016), en la que recuperaba el personaje de Marcus Goldman como protagonista, y *La desaparición de Stephanie Mailer* (2018). Su última y esperada novela es *El enigma de la habitación 622*.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[El enigma de la habitación 622](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[El día del asesinato](#)

[Primera parte. Antes del asesinato](#)

[1. Flechazo](#)

[2. Vacaciones](#)

[3. Comienza el caso](#)

[4. Empiezan los líos](#)

[5. Se acabaron las vacaciones](#)

[6. La carrera por la presidencia](#)

[7. Al servicio de la Confederación](#)

[8. Apaños amistosos](#)

[9. Empieza la investigación](#)

[10. Un hombre sin piedad](#)

[11. Un favor](#)

[12. Adulterio](#)

[13. El Libro de Ester](#)

[14. Un secreto](#)

[15. Paso en falso](#)

[16. Una carta anónima](#)

[17. Recuerdos](#)

[18. Una noche en Ginebra](#)

[19. Empiezan los problemas](#)

[20. Bernard y yo](#)

[21. Arma](#)

[22. El día de la Operación Vuelco](#)

[23. Operación Vuelco \(1/2\)](#)

[24. La juventud de Lev Levovitch](#)

[25. Operación Vuelco \(2/2\)](#)

[26. *Ultima ratio*](#)

Segunda parte. El fin de semana del asesinato

27. Primeras pistas
28. Salidas en falso (1/2)
29. Salidas en falso (2/2)
30. El cuaderno secreto
31. La buena estrella
32. Última oportunidad
33. Traiciones
34. Voto final
35. Días felices
36. El coordinador de banquetes
37. Grandes remedios
38. El anuncio
39. Días desdichados
40. Entre nosotros
41. Últimas horas
42. El gran vuelco
43. Personal y confidencial
44. En la oscuridad de la noche
45. Despedidas
46. La mañana del asesinato

Tercera parte. Cuatro meses después del asesinato

47. El nuevo presidente
48. Investigación policial
49. La mañana del asesinato
50. En Ginebra (1/5)
51. El topo
52. Cristina
53. En Ginebra (2/5)
54. La caja de música
55. Confidencias
56. Bajo vigilancia
57. En Ginebra (3/5)
58. Adiós Levovitch
59. Siniór Tarnogol
60. San Petersburgo

[61. En Ginebra \(4/5\)](#)

[62. Fastidio\(s\)](#)

[63. Correspondencias](#)

[64. En Ginebra \(5/5\)](#)

[65. La mujer de la pistola de oro](#)

[66. Rupturas](#)

[67. Le Dôme](#)

[68. Jaque mate](#)

[Cuarta parte. Tres años después del asesinato](#)

[69. Caídas](#)

[70. Intoxicaciones](#)

[71. Arma](#)

[72. Fin de partida](#)

[73. El asesino de la habitación 622](#)

[74. Saber pasar página](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Joël Dicker](#)